

EL GRAN CONFLICTO
ENTRE CRISTO Y SATANAS
Durante la dispensación cristiana

ELENA GOULD BLANCO

Autor de Patriarcas y Profetas, El Deseado de Todas las Gentes, El Camino a Cristo, Parábolas de Jesús y otras obras.

Todas las citas bíblicas contenidas en esta obra en el idioma original están tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional, a menos que se indique lo contrario.

Prefacio

Querido lector, este libro no se publica para decirnos que existe el pecado, la desgracia y miseria en este mundo.

Este libro no se publica para decirnos que existe una controversia irreconciliable entre la luz y las tinieblas, el pecado y la justicia, la vida y la muerte, el bien y el mal. En el fondo de nuestro corazón lo sabemos y sabemos que somos participantes, actores de este conflicto.

Pero cada uno de nosotros a veces tiene un deseo ardiente de saber más sobre esta tremenda guerra. ¿Cómo comenzó? O: ¿ella siempre estuvo aquí? ¿Qué elementos forman parte de sus aspectos complejos? ¿Cómo estoy relacionado con ella?

¿Cuál es mi responsabilidad? Estoy en este mundo no por mi propia elección. ¿Qué significa para mí el mal o el bien?

¿Cuáles son los principales principios involucrados? ¿Cuánto durará este conflicto? ¿Cuál será tu final? ¿Será que, como dicen algunos científicos, la Tierra se sumergirá en las profundidades de una noche densa, fría y eterna? ¿O habrá un futuro mejor, radiante de luz, cálido con el amor eterno de Dios?

La pregunta es aún más profunda: en mi corazón, ¿cómo puede este conflicto, la lucha entre el influjo del egoísmo y el amor efluyente, resolverse para siempre en la victoria del bien? ¿Qué dice la biblia? ¿Qué tiene Dios para enseñarnos sobre este tema eterno e importante para cada alma?

Preguntas como estas nos enfrentan desde todos lados. Surgen insistentemente desde lo más profundo de nuestro corazón. Y exigen respuestas definitivas.

Ciertamente, el Dios que creó en nosotros el anhelo de algo mejor, el deseo de la verdad, no nos negará la respuesta a toda esta necesidad de conocimiento, porque “el Señor Jehová no hará nada sin revelar Su secreto a Sus siervos, los profetas”.

El propósito de este trabajo, querido lector, es ayudar al alma atribulada a encontrar la solución correcta a todos estos problemas. Fue escrito por alguien que ha gustado y descubierto que el Señor es bueno, y que ha aprendido de la comunión con Dios y del estudio de Su Palabra, que el secreto del Señor está con los que le temen y que Él lo revelará en Su pacto.

Para que podamos comprender mejor el contenido de este conflicto tan importante, en el que está involucrada la vida del Universo, el autor nos lo presentó a través de lecciones concretas y objetivas extraídas de los últimos veinte siglos de historia.

El libro comienza con las tristes escenas finales de la historia de Jerusalén, la ciudad elegida por Dios, tras rechazar al Hombre del Calvario, que vino a salvar. A partir de ese momento, junto con el gran curso de las naciones, el libro señala las persecuciones que sufrió el pueblo de Dios en los primeros siglos; la gran apostasía de la iglesia apostólica que siguió; el despertar producido por la Reforma, en el que se manifiestan claramente algunas de las esencias principales del conflicto; El terrible lección del rechazo de Francia a los principios de justicia; la resurrección y exaltación de las Escrituras y su influencia benéfica y vivificante; el despertar religioso de los últimos días; la revelación de la fuente radiante de la Palabra de Dios, con sus maravillosas revelaciones de luz y conocimiento para enfrentar el levantamiento maligno de todo engaño de las tinieblas.

El inminente y presente conflicto, con los preceptos vitales en juego y en el que nadie puede optar por la neutralidad, es sencillo, lúcido y vigorosamente expuesto. Sobre todo, se nos muestra la gloriosa y eterna victoria del bien sobre el mal, del derecho

sobre el mal, la luz sobre la oscuridad, el gozo sobre el dolor, la vida sobre la muerte, la esperanza sobre la desesperación, la gloria sobre la humillación y el amor eterno y sufrido sobre el odio vengativo.

Las ediciones anteriores de este libro han guiado a muchas almas al verdadero Pastor. Es la oración de los editores que esta edición sea aún más fructífera en bienes eternos.

LOS EDITORES

Introducción

Antes de la entrada del pecado, Adán disfrutaba de una comunión abierta con su Creador, pero desde que el hombre se separó de Dios por la transgresión, la raza humana ha sido privada de este alto privilegio. Sin embargo, mediante el plan de redención se abrió un camino a través del cual los habitantes de la Tierra aún podían tener una conexión con el Cielo.

Dios se ha comunicado con los hombres a través de su Espíritu, y la luz divina ha sido derramada sobre el mundo a través de revelaciones hechas a siervos escogidos: "Los hombres hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo". (II Pedro 1:21).

Durante los primeros veinticinco siglos de la historia de la humanidad no hubo revelación escrita. Aquellos que habían sido enseñados por Dios comunicaron su conocimiento a otros y este fue transmitido de padres a hijos a través de generaciones sucesivas. La preparación de la Palabra escrita comenzó en el tiempo de Moisés. Luego, las revelaciones divinamente inspiradas se incorporaron a un libro sagrado. Esta obra continuó durante un largo período de mil seiscientos años, desde Moisés, el historiador de la creación y la ley, hasta Juan, el registrador de las verdades más sublimes del evangelio.

La Biblia señala a Dios como su autor, sin embargo, fue escrita por manos humanas y, en el variado estilo de sus diferentes libros, presenta las características de muchos autores. Las verdades reveladas son todas inspiradas por Dios (II Tim. 3:16), sin embargo, se expresan en palabras humanas. El Infinito, a través de Su Espíritu Santo, derrama luz en las mentes y los corazones de Sus siervos. Él se reveló a través de sueños y visiones, símbolos y figuras, y aquellos a quienes así se les reveló la verdad encarnaron el pensamiento en lenguaje humano.

Los Diez Mandamientos fueron pronunciados por Dios mismo y escritos por su mano. Son obra divina y no creación humana. Pero la Biblia, con sus verdades divinamente inspiradas, se expresa en lenguaje humano y presenta la conexión entre lo divino y lo humano. Tal unión existía en la naturaleza de Cristo, que era el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. Esto es cierto para la Biblia y también para Cristo: "El que es el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". (Juan 1:14).

Escritos en diferentes épocas por hombres que diferían ampliamente en posiciones, ocupaciones y dotes intelectuales y espirituales, los libros de las Escrituras presentan un marcado contraste en estilo, así como en la diversidad de la naturaleza de los temas expuestos. Los diferentes escritores utilizan diferentes formas de expresión. A menudo la misma verdad es presentada de manera más sorprendente por un autor que por otro. Dado que diferentes escritores presentan un tema en diferentes aspectos y relaciones, pueden parecer discrepantes o contradictorios al lector superficial y descuidado, pero el estudiante atento y reverente verá en sus escritos las ideas más claras y discernirá su armonía subyacente.

Presentada a través de diferentes individuos, la verdad se muestra en sus múltiples aspectos. Un escritor queda más impresionado con un aspecto del tema; recoge aquellos puntos que armonizan con su experiencia o capacidad de percepción y apreciación. Otros se centran en otro aspecto. Y cada uno, bajo la guía del Espíritu Santo, presenta lo que más convincentemente impresiona en su mente: una característica diferente de la verdad en cada uno de ellos, pero una perfecta armonía entre todos ellos. Y las verdades así reveladas se unen para formar un todo perfecto, adaptado para satisfacer las necesidades de los hombres en todas las circunstancias y experiencias de la vida.

Dios se ha complacido en comunicar Su verdad al mundo a través de agentes humanos, y Él mismo, a través de Su Espíritu Santo, ha calificado a los hombres y los ha capacitado para hacer esta obra. Guió la mente humana en la selección de qué hablar y escribir. El tesoro ha sido confiado a vasos terrenales, pero todavía es del Cielo. El testimonio se da mediante la expresión imperfecta del lenguaje humano, pero es el testimonio divino, y el hijo de Dios obediente y confiado contempla en él la gloria del poder. divina, llena de gracia y de verdad.

En Su Palabra, Dios ha confiado a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Sagradas Escrituras deben aceptarse como una revelación autorizada e infalible de Su voluntad. Son la norma de carácter, los reveladores de doctrinas y la prueba de la experiencia. "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios esté equipado y preparado plenamente para toda buena obra". (II Tim. 3:16 y 17).

Sin embargo, el hecho de que Dios haya revelado Su voluntad a los hombres a través de Su Palabra no hace innecesaria la presencia y guía continua del Espíritu Santo. Por el contrario, nuestro Salvador prometió que el Espíritu revelaría la Palabra a Sus siervos para aclarar y aplicar sus enseñanzas. Y dado que fue el Espíritu Santo quien inspiró la Biblia, es imposible que Su enseñanza sea adversa a la de la Palabra.

El Espíritu no fue dado (ni podría darse jamás) para reemplazar a la Biblia, porque las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es el estándar por el cual toda enseñanza y experiencia deben ser probadas. El apóstol Juan dice: "Amados, no creáis en todo espíritu, sino probad los espíritus para ver si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo". (I Juan 4:1).

E Isaías declara: "¡A la ley y a los mandamientos! Si no hablan conforme a esta palabra, nunca verán la luz". (Isaías 8:20).

Los errores de una clase que, afirmando estar iluminada, profesa no tener más necesidad de la guía de la Palabra de Dios, ha puesto un gran reproche a la obra del Espíritu Santo. Quienes pertenecen a él se rigen por impresiones que consideran la voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que los controla no es el Espíritu de Dios. Este seguimiento descuidado de las impresiones de las Escrituras sólo puede conducir a confusión, engaño y ruina. Sólo sirve para favorecer los designios del maligno. Dado que el ministerio del Espíritu Santo es de vital importancia para la iglesia de Cristo, este es uno de los engaños de Satanás perpetrados a través de los errores de extremistas y fanáticos, para desprestigiar la obra del Espíritu y llevar al pueblo de Dios a descuidar su obra. fuente de fortaleza que el mismo Señor proveyó.

En armonía con la Palabra de Dios, Su Espíritu continuó Su obra durante toda la era de la dispensación evangélica. Durante el tiempo en que se estaban dando las Escrituras de ambos Testamentos, el Espíritu Santo no dejó de comunicar luz a las mentes individuales, independientemente de las revelaciones que debían incorporarse al canon sagrado. La Biblia misma informa cómo, a través del Espíritu Santo, los hombres recibieron amonestación, reprensión, consejo e instrucción sobre asuntos no relacionados con la comunicación de las Escrituras. Se mencionan profetas de diferentes épocas, de los cuales no se registran declaraciones. De manera similar, después del cierre del canon bíblico, el Espíritu Santo continuó Su obra de iluminar, amonestar y consolar a los hijos de Dios.

Jesús prometió a sus discípulos: "Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho". (Juan 14:26). "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él

os guiará a toda la verdad... y os dirá lo que está por venir". (Juan 16:13). Las Escrituras enseñan claramente que estas promesas, lejos de limitarse a los días apostólicos, se extienden a la iglesia de Cristo en todas las épocas. El Salvador aseguró a Sus seguidores: "Y yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin de los tiempos". (Mateo 28:20). Y Pablo declara que los dones y manifestaciones del Espíritu fueron hechos en la iglesia "para preparar a los santos para la obra del ministerio, a fin de que el cuerpo de Cristo sea edificado, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento". del Hijo de Dios, y llegar a la madurez, alcanzando la medida de la plenitud de Cristo". (Efesios 4:12 y 13).

El apóstol oró por los creyentes de Efeso: "Oro para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre glorioso, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él. También pido que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis la esperanza a la que Él nos ha llamado... y la incomparable grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos..." (Efesios 1:17). -19). El ministerio del Espíritu Divino, iluminando el entendimiento y abriendo a la mente las cosas profundas de la Santa Palabra de Dios, fue la bendición que Pablo oró para la iglesia de Éfeso.

Después de la maravillosa manifestación del Espíritu Santo el día de Pentecostés, Pedro exhortó al pueblo al arrepentimiento y al bautismo en el nombre de Cristo para la remisión de sus pecados. Y dijo: "... Y recibirán el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hechos 2:38 y 39).

En conexión inmediata con las escenas del gran día de Dios, el Señor, a través del profeta Joel, prometió una manifestación especial de Su Espíritu (Joel 2:28). Esta profecía tuvo un cumplimiento parcial en el derramamiento del Espíritu el día de Pentecostés, pero alcanzará su plena realización en las manifestaciones de la gracia divina que verán la consumación de la obra del evangelio.

El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta el fin de los tiempos. En cada época la ira de Satanás se ha manifestado contra la Iglesia de Cristo. Dios dio Su gracia y Espíritu al pueblo para fortalecerlos y enfrentar el poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban a punto de llevar el evangelio al mundo y registrarlo para las generaciones futuras, recibieron el don especial de la iluminación del Espíritu. Pero a medida que la Iglesia se acerca a su liberación final, Satanás opera con gran poder. Desciende "lleno de gran ira, sabiendo que le queda poco tiempo". (Apocalipsis 12:12). Él obrará "con gran poder, con señales y prodigios engañosos" (II Tes. 2:9). Durante seis mil años esta mente privilegiada, que una vez fue la más elevada entre los ángeles, ha estado totalmente empeñada en la obra del engaño y la ruina. Y todas las profundidades de la habilidad y sutileza satánicas adquiridas y

toda la crueldad desarrollada durante las batallas seculares se pondrá en práctica contra el pueblo de Dios en el conflicto final. En este tiempo de peligro, los seguidores de Cristo deben proclamar al mundo la advertencia del segundo advenimiento del Señor. Y un pueblo debe estar preparado para presentarse ante Él en su venida, "sin mancha e irreprochable". (II Pedro 3:14). En ese momento, una investidura especial de gracia y poder divinos no será menos necesaria para la iglesia que en los días apostólicos.

Gracias a la iluminación del Espíritu Santo, el autor de estas páginas ha podido ver las escenas del largo conflicto entre el bien y el mal. De vez en cuando se me ha permitido contemplar el desarrollo, en diferentes épocas, del gran conflicto entre Cristo, el Príncipe de la vida, el Autor de nuestra salvación, y Satanás, el príncipe del mal, el autor del pecado, el primer transgresor de la santa ley de Dios. El mismo odio contra los principios de la ley de Dios, la misma estrategia de engaño mediante la cual se comete error

Las cosas que parecen verdad, las leyes humanas reemplazan a las leyes de Dios y los hombres son llevados a adorar a la criatura en lugar del Creador, pueden delinearse a lo largo de la historia pasada. Esfuerzos satánicos por tergiversar el carácter de Dios, para llevar a los hombres a tener una concepción falsa del Creador y así mirarlo con temor y odio en lugar de amor; Sus esfuerzos por marginar la ley de Dios, llevando al pueblo a pensar que están libres de sus demandas, y la persecución de aquellos que se atreven a resistir sus engaños, han continuado constantemente en todas las épocas. Se pueden observar en la historia de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires y reformadores.

En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma política, manifestará el mismo espíritu y trabajará hacia el mismo fin, como en todas las épocas anteriores. Lo que fue, será, excepto que la lucha por venir estará marcada por una intensidad terrible como el mundo nunca ha presenciado. Los engaños de Satanás serán más sutiles y sus ataques más decididos. Si fuera posible, engañaría a los mismos elegidos (Marcos 13:22).

A medida que el Espíritu de Dios revelaba en mi mente las grandes verdades de Su Palabra y las escenas del pasado y del futuro, se me ordenó dar a conocer a otros lo que así me había sido revelado: esbozar la historia de la controversia en los siglos pasados. ... y presentarlo especialmente para arrojar luz sobre la inminente lucha futura. Con este propósito en vista, me he esforzado por seleccionar y agrupar eventos en la historia de la iglesia, a fin de rastrear el desarrollo de las grandes y desafiantes verdades que en diferentes períodos han sido proclamadas al mundo, que han excitado la ira de Satanás y provocó la enemistad de la iglesia amante del mundo, y que ha sido sostenida por el testimonio de aquellos que "aún ante la muerte, no amaron sus propias vidas" (Apocalipsis 12:11).

En estos registros podemos ver presagios del conflicto que tenemos ante nosotros. Analizándolos a la luz de la Palabra de Dios y mediante la iluminación de Su Espíritu, podemos descubrir los planes del maligno y los peligros que deben evitar quienes se encontrarán "sin falta" ante el Señor en Su próximo.

Los grandes acontecimientos que marcaron el progreso de la Reforma en los siglos pasados son cuestiones históricas bien conocidas y universalmente reconocidas por el mundo protestante. Estos son hechos que nadie puede contradecir. Presenté esta historia de manera sucinta, de acuerdo con la extensión del libro y la brevedad que necesariamente debía observarse. Los hechos se condensaron en un breve espacio porque parecían coherentes con una comprensión adecuada de su aplicación. En algunos casos en los que el historiador ha agrupado acontecimientos para proporcionar, en resumen, una visión amplia del tema, o ha resumido detalles apropiadamente, se han citado sus palabras; pero, con excepción de unos pocos casos, no se dio ningún crédito específico, ya que no fueron citados con el propósito de citar a este autor como autoridad, sino porque su exposición proporciona una presentación rápida y convincente del tema. Al relatar la experiencia y las opiniones de quienes llevaron la obra de la Reforma hasta nuestros días, ocasionalmente se ha hecho un uso similar de sus obras publicadas.

El objetivo de este trabajo no es tanto presentar nuevas verdades sobre las batallas de tiempos primitivos, sino sacar a la luz hechos y principios que influyen en acontecimientos futuros. Sin embargo, vistos como parte del conflicto entre las fuerzas de la luz y las tinieblas, todos estos registros del pasado parecen adquirir un nuevo significado; y a través de ellos se derrama luz sobre el futuro, iluminando el camino de quienes, como los reformadores del pasado, serán llamados a dar testimonio de "la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo", incluso a riesgo de perder todos los bienes terrenales.

El objetivo de este libro es arrojar luz sobre las escenas de la gran controversia entre la verdad y el error; es revelar las maquinaciones de Satanás y los medios por los cuales se le puede resistir con éxito; es presentar una solución satisfactoria al gran problema del mal, arrojando luz sobre el origen y disposición final del pecado, así como manifestar plenamente la justicia y benevolencia de Dios en todo trato con Sus criaturas; y mostrar la naturaleza santa e inmutable de Su ley. Para que a través de su influencia las almas puedan ser liberadas del poder de las tinieblas y llegar a ser "participantes de la herencia de los santos en la luz", para alabar a Aquel que nos amó y se entregó por nosotros. Este es el más sincero deseo del autor.

Elena Gould White

Capítulo 1

La destrucción de Jerusalén

"¡Ah! ¡Si también supieras, al menos en este día tuyo, lo que es de tu paz! Pero ahora esto está oculto a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te te asediarán, y te trastornarán por todos lados; y te trastornarán a ti y a tus hijos que están dentro de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no supiste el tiempo de tu visitación. (Lucas 19:42-44).

Desde lo alto del Monte de los Olivos, Jesús contempló Jerusalén. Hermosa y pacífica fue la escena que se desarrolló ante Él. Era el tiempo de la Pascua, y los hijos de Jacob vinieron de todas las tierras para reunirse allí y celebrar la gran fiesta nacional. En medio de jardines, viñedos y verdes laderas ocupadas por tiendas de peregrinos, se alzaban las colinas terraplenadas, los imponentes palacios y los macizos bastiones de la capital de Israel. La hija de Sión parecía decir en su orgullo: "Estoy sentada como reina, y no veré... llorar", siendo entonces tan hermosa y creyéndose tan segura del favor del Cielo, como cuando, siglos antes, el trovador real había cantado: "Hermoso para un lugar, y la alegría de toda la tierra es el Monte Sión... la ciudad del gran Rey". (Sal. 48:2). A la vista se alzaban los magníficos edificios del templo. Los rayos del sol poniente iluminaban la nivea blancura de sus muros de mármol y brillaban desde el portal dorado, la torre y la aguja. Qué "perfección de belleza" representaba él: el orgullo de la nación judía. ¿Qué hijo de Israel podría contemplar esta escena sin estremecerse de gozo y asombro? Pero otros pensamientos ocuparon la mente de Jesús. "Cuando llegó y vio la ciudad, lloró sobre ella." (Lucas 19:41). En medio del regocijo universal por la entrada triunfal, mientras se agitaban palmas, mientras alegres hosannas resonaban por los cerros y miles de voces proclamado Rey, Redentor del mundo, se sintió oprimido por un dolor repentino y misterioso: Él, el Hijo de Dios, el Prometido de Israel, cuyo poder había vencido la muerte y había llamado a sus cautivos de la tumba, estaba llorando, no como resultado de un dolor común, pero de una agonía intensa e incontenible.

Sus lágrimas no eran para Él mismo, porque sabía bien adónde lo llevarían sus pasos. Ante Él estaba Getsemaní, el escenario de Su próxima agonía. También estaba a la vista la puerta de las Ovejas, a través de la cual durante siglos habían sido conducidas las víctimas de los sacrificios, que debía estar abierta para Él cuando fuera "como cordero llevado al matadero" (Isaías 53:7). No muy lejos estaba el Calvario, el lugar de la crucifixión. Sobre el camino que Cristo pronto había de recorrer, caería el horror de una gran oscuridad, al hacer de su alma una ofrenda por el pecado. Sin embargo, no fue la contemplación de estas escenas lo que ensombreció a Él en esta hora de alegría. Ningún indicio de su angustia sobrehumana nubló ese espíritu desinteresado. Jesús lloró por el destino de los miles de condenados en Jerusalén, por la ceguera y la impenitencia de aquellos a quienes había venido a bendecir y salvar.

La historia de más de mil años del favor especial y el cuidado protector de Dios para su pueblo escogido quedó abierta a los ojos de Jesús. Estaba el monte Moriah, donde el hijo de la promesa, como víctima obediente, había sido atado al altar, emblema de la ofrenda del Hijo de Dios (Gén. 22:9). Allí se había confirmado al padre de los fieles el pacto de bendiciones y la gloriosa promesa mesiánica.

(Génesis 22:16-18). Allí las llamas del sacrificio, que ascendían al cielo desde la era de Orán, habían desviado la espada del ángel destructor (I Crón. 21), símbolo apropiado del sacrificio y mediación del Salvador por los hombres culpables. Jerusalén había sido honrada por Dios sobre toda la tierra. El Señor había escogido Sión, que deseaba "para su habitación" (Sal. 132:13). En ese lugar, durante siglos, los santos profetas habían entregado mensajes de advertencia. Los sacerdotes allí habían agitado sus incensarios y la nube de incienso, con las oraciones de los adoradores, había ascendido ante Dios. Allí, diariamente, se ofrecía la sangre de los corderos inmolados que señalaban al Cordero de Dios. Allí Jehová había revelado Su presencia en la nube de gloria sobre el propiciatorio. Allí estaba la base de la escalera mística que conectaba la Tierra con el Cielo (Gén. 28:12; Juan 1:51), por la cual los ángeles de Dios descendían y ascendían, y que abrió el camino al Lugar Santísimo para el mundo. Si Israel, como nación, hubiera preservado el pacto con el Cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre como la elegida de Dios (Jer. 17:21-

25). Pero la historia del pueblo favorecido fue un registro de apostasía y rebelión. Habían resistido la gracia celestial, abusado de sus privilegios y despreciado las oportunidades.

Aunque Israel se había burlado de los mensajeros de Dios, despreciado Sus palabras y maltratado a Sus profetas (II Crónicas 36:16), todavía se les manifestó como "Jehová, Dios misericordioso y clemente, tardo para la ira, y grande en amor y amor". verdad." " (Éxodo 34:6); a pesar de los repetidos rechazos, su misericordia continuó sin súplicas. Con un amor más piadoso que el de un padre por el niño a su cuidado, Dios les había enviado "su palabra por medio de sus mensajeros, madrugando y enviándolos, porque tuvo compasión de su pueblo y de su habitación".

(II Crón. 36:15). Cuando fracasaron las amonestaciones, las súplicas y las reprensiones, les envió el regalo más valioso del cielo; es más, derramó todo el Cielo en ese único don.

El propio Hijo de Dios fue enviado a suplicar a la ciudad impenitente. Fue Cristo quien sacó a Israel de Egipto como una buena vid (Sal. 80:8). Su propia mano había expulsado a los gentiles de delante de ellos. Lo plantó "en una colina fértil". Su cuidado paternal había construido una valla a su alrededor. Envío a sus siervos para cuidarla. "¿Qué más se le podría hacer a mi viña", exclama, "que yo no le haya hecho?" Porque cuando esperaba que diera uvas, dio uvas silvestres" (Isaías 5:1-4), esperando todavía encontrar fruto, vino en persona a su viña, para, tal vez, salvarla de la destrucción. Cavó a su alrededor, la podó y la trató con esmero, fue incansable en sus esfuerzos por salvar esta viña que Él mismo había plantado.

Durante tres años el Señor de la luz y la gloria vino y se fue entre Su pueblo. "Anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo" (Hechos 10:38), consolando a los quebrantados de corazón, liberando a los encarcelados, devolviendo la vista a los ciegos, haciendo caminar a los cojos y escuchando a los sordos, limpiando leprosos, resucitando a los muertos y predicando el evangelio a los pobres (Lucas 4:18; Mateo 11:5). A todas estas clases por igual se dirigió la amable invitación: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". (Mateo 11:28).

Aunque su bien fue recompensado con el mal y su amor con odio (Sal. 109:5), Jesús continuó firmemente en su misión de misericordia. Aquellos que buscaron Su gracia nunca fueron rechazados. Un viajero sin hogar, con la ignominia y la penuria como su porción diaria, nuestro Señor vivió para atender las necesidades humanas y aliviar los males humanos, y para apelar a los hombres a aceptar el regalo de la vida. Las olas de misericordia repelidas por los corazones testarudos

regresaron en una marea más fuerte de amor piadoso e inexpresable. Pero Israel se había alejado de su mejor Amigo y único Ayudante. Las súplicas de su amor habían sido despreciadas, sus consejos desestimados y sus advertencias ridiculizadas.

La hora de la esperanza y del perdón pasaba rápidamente; la copa de la ira divina, retenida durante tanto tiempo, estaba casi llena. Las nubes que se habían acumulado durante siglos de apostasía y rebelión, ahora cargadas de desgracias, estaban a punto de estallar sobre un pueblo culpable. Y el único que podía salvarlos de la destrucción inminente había sido despreciado, afrentado, rechazado y luego crucificado.

Cuando Cristo fuera suspendido en la cruz del Calvario, el tiempo de Israel como nación favorecida y bendecida por Dios habría terminado. La pérdida de una sola alma es una calamidad infinitamente mayor que las ganancias y riquezas del mundo entero; pero cuando Cristo miró a Jerusalén, la ruina de toda la ciudad, de toda la nación, yacía ante Él. Esa ciudad, esa nación que una vez fue la escogida de Dios, su tesoro privado.

Los profetas habían lamentado la apostasía de Israel y las terribles desolaciones que habían afectado sus pecados. Jeremías quiso que sus ojos fueran fuente de lágrimas, para poder llorar día y noche por los muertos de la hija de su pueblo, por el rebaño de Jehová que fue llevado cautivo (Jer. 9:1; 13:17). ¡Cuál fue, entonces, el dolor de Aquel cuya mirada profética abarcó no años, sino siglos! Contempló al ángel destructor con su espada levantada contra la ciudad que había sido la morada de Jehová durante tanto tiempo. Desde la cima del Monte de los Olivos, en el mismo punto ocupado más tarde por Tito y su ejército, miró al otro lado del valle, hacia los atrios y pórticos sagrados, y, con los ojos nublados por las lágrimas, vio, en terrible perspectiva, las murallas rodeadas por anfitriones extranjeros. Escuchó los pasos de los ejércitos maniobrando para la guerra. Y también las voces de madres y niños pidiendo pan dentro de la ciudad sitiada. Cristo vio el santo y hermoso templo, los palacios y las torres, todos arrojados a las llamas y donde sólo había un montón de ruinas humeantes.

Mirando hacia abajo a través de los siglos, vio al pueblo del pacto esparcido por todas las tierras, como los restos de un barco naufragado en una costa desierta. En la retribución temporal que estaba a punto de caer sobre los hijos de Jerusalén, Cristo vio el primer sorbo de aquel cáliz de ira que, en el Juicio Final, los hombres deberán vaciar hasta el sedimento. La misericordia divina y el tierno amor encontraron expresión en estas tristes palabras: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te envían! ¿Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas? ¡Y no lo querías!". (Mateo 23:37). ¡Oh! ¡Si hubieras conocido, como nación favorecida sobre todas las demás, el tiempo de tu visitación y las cosas que pertenecen a tu paz! He frenado al ángel de la justicia, os he invitado al arrepentimiento, pero en vano. No son simplemente siervos, enviados y profetas a quienes habéis rechazado y rechazado, sino al Santo de Israel, vuestro Redentor. Si eres destruido, tú eres el único responsable. "Y no vendréis a mí para que tengáis vida". (Juan 5:40).

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y la rebelión, y que se dirigía rápidamente a enfrentar los juicios retributivos de Dios. Las desgracias de una raza caída, oprimiendo su alma, obligaron a salir de sus labios este grito rebotante de amargura. Vio la huella del pecado trazada en las miserias humanas, en las lágrimas y en la sangre; Su corazón se conmovió con infinita compasión por los afligidos y dolientes de la Tierra y anhelaba aliviarlos a todos. Pero ni siquiera Su mano pudo revertir la marea de desgracias humanas, porque pocos buscarían la única fuente de apoyo. Él estuvo dispuesto a derramar Su alma en la muerte para tener la salvación a su alcance. Sin embargo, pocos acudirían a Él para tener vida.

¡La Majestad del Cielo llorando! ¡El Hijo del Dios infinito atribulado en espíritu, encorvado en angustia! Esta escena llenó de asombro a todo el Cielo. Nos revela la tremenda malignidad del pecado; muestra cuán difícil es la tarea, incluso para el poder infinito, de salvar al culpable de las consecuencias de la transgresión de la ley de Dios.

Jesús, mirando a la última generación, vio al mundo envuelto en un engaño similar al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos fue su rechazo de Cristo; El gran pecado del mundo cristiano sería el repudio de la ley de Dios, fundamento de Su gobierno en el Cielo y en la Tierra. Los preceptos de Jehová serían despreciados y considerados como nada. Millones de personas esclavizadas por el pecado, esclavos de Satanás, condenadas a sufrir la muerte segunda, se negarían a escuchar las palabras de verdad en el día de su visita. ¡Terrible ceguera! ¡Extrañas tonterías!

Dois días antes da Páscoa, quando Cristo pela última vez saiu do templo, depois de denunciar a hipocrisia dos líderes judeus, novamente vai com Seus discípulos ao Monte das Oliveiras, e assenta-Se com eles no declive relvado, donde se tinha uma vista panorâmica de la ciudad. Una vez más observó sus murallas, torres y palacios.

Contempla nuevamente el templo en su fascinante esplendor, una diadema de belleza coronando la montaña sagrada.

Mil años antes, el salmista había magnificado el favor de Dios hacia Israel al hacer de la casa santa su morada: "En Salem está su tabernáculo, y su morada en Sión". (Sal. 76:2). Él "escogió la tribu de Judá, el monte de Sión, que amaba. Y edificó su santuario como lugares altos". (Sal. 78:68 y 69). El primer templo fue construido durante el período más próspero de la historia de Israel.

Para cumplir este propósito, el rey David había acumulado grandes tesoros y el plan para su construcción fue hecho por inspiración divina (I Crónicas 28:12 y 19). Salomón, el más sabio de los monarcas de Israel, había completado la obra. Este templo fue el edificio más magnífico que el mundo haya visto jamás. Sin embargo, el Señor declaró por medio del profeta Hageo, respecto del segundo templo: "La gloria de esta última casa será mayor que la de la primera". "Haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones, y llenaré de gloria esta casa, dice Jehová de los ejércitos".

(Hageo 2:9 y 7).

Después de la destrucción del templo por Nabucodonosor, fue reconstruido unos quinientos años antes del nacimiento de Cristo, por un pueblo que había regresado de un largo cautiverio a un país destruido y casi desierto. Había entonces entre ellos ancianos que habían visto la gloria del templo de Salomón y que lloraron cuando se pusieron los cimientos del nuevo edificio, porque lo consideraban muy inferior al primero. El sentimiento predominante es descrito efectivamente por el profeta: "¿Quién entre vosotros, habiendo permanecido, vio esta casa en su primera gloria? ¿Y cómo la veis ahora?

¿No os parece esto como nada comparado con aquello?" (Hageo 2:3; Esd. 3:12).

Luego se dio la promesa de que la gloria de esta última casa sería mayor que la del primer templo.

Pero el segundo templo no podía igualar al primero en magnificencia; ni fue santificado por las señales visibles de la presencia divina que ocurrieron en el templo de Salomón. No hubo manifestación de poder sobrenatural para marcar su dedicación. No se vio ninguna nube de gloria llenando el santuario recién construido. Ningún fuego del cielo descendió para consumir el sacrificio en el altar. La "shekinah" ya no habitaba entre los querubines en el lugar santísimo; el arca, el propiciatorio y las tablas del testimonio ya no estaban allí. Ninguna voz sonó del cielo para dar a conocer la voluntad de Jehová al sacerdote que preguntaba.

Durante siglos los judíos se habían esforzado en vano por demostrar que la promesa de Dios hecha a través de Hageo se había cumplido; Sin embargo, el orgullo y

la incredulidad cegó sus mentes al verdadero significado de las palabras del profeta. El segundo templo no fue honrado con la nube de la gloria de Jehová, sino con la presencia viva de Aquel en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad, quien era Dios mismo manifestado en carne. El "Deseo de todas las naciones" llegó, en verdad, a Su templo cuando el Varón de Nazaret enseñaba y sanaba en los atrios sagrados. Con la presencia de Cristo, y sólo con ella, el segundo templo superó al primero en gloria. Pero Israel se había quitado el Don ofrecido del Cielo: con el humilde Maestro que aquel día había abandonado su portal dorado, la gloria se había alejado para siempre del templo. Entonces se cumplieron las palabras del Salvador: "He aquí, vuestra casa os quedará desolada". (Mateo 23:38).

Los discípulos se llenaron de temor y asombro ante el Cristo que predijo el derrocamiento del templo, y deseó comprender más plenamente el significado de Sus palabras. La riqueza, el trabajo y la habilidad arquitectónica se gastaron generosamente durante más de cuarenta años para realzar sus esplendores. Herodes el Grande le había prodigado riquezas tanto romanas como judías, e incluso el emperador del mundo lo había enriquecido con sus regalos. Formaban parte de su estructura macizos bloques de mármol blanco, de dimensiones casi fabulosas, traídos directamente desde Roma para este fin. Los discípulos llamaron la atención del Maestro hacia ellos, diciendo: "¡Mira las piedras y los edificios!" (Marcos 13:1).

A estas palabras, Jesús dio una respuesta solemne e impresionante: "En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada". (Mateo 24:2).

Con el colapso de Jerusalén los discípulos asociaron los acontecimientos de la venida personal de Cristo en gloria temporal, para asumir el trono del imperio universal, castigar a los judíos impenitentes y liberar a la nación del yugo romano. El Señor les había dicho que vendría por segunda vez. Por lo tanto, ante la mención de los juicios sobre Jerusalén, sus mentes se volvieron hacia esa venida, y mientras estaban reunidos con el Salvador en el Monte de los Olivos, preguntaron: "¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de Tu venida y del fin del mundo?" (Mateo 24:3).

El futuro fue misericordiosamente velado para los discípulos. Si en ese momento hubieran comprendido plenamente los dos acontecimientos terribles: los sufrimientos y la muerte del Redentor y la destrucción de su ciudad y templo, se habrían sentido abrumados por el temor. Cristo presentó ante ellos un resumen de los movimientos importantes que tendrían lugar antes del fin del tiempo. Sus palabras, entonces, no fueron comprendidas del todo. Pero su significado iba a ser revelado cuando su pueblo necesitara la instrucción dada en ellos. La profecía que pronunció tenía un doble significado: si bien presagiaba la destrucción de Jerusalén, también presagiaba los terrores de los últimos días.

Jesús declaró a los discípulos que lo escuchaban los juicios que caerían sobre el Israel apóstata, y especialmente la venganza de retribución que caería sobre ellos por haber rechazado y crucificado al Mesías. Señales inequívocas precederían al terrible clímax. La hora terrible llegaría repentina y rápidamente. Y el Salvador advirtió a sus seguidores: "Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a las montañas". (Mateo 24:15 y 16; Lucas 21:20). Cuando los idólatras estandartes romanos se alzaron en la tierra santa, que se extendía unos cientos de metros más allá de las murallas de la ciudad, entonces los seguidores de Cristo tuvieron que encontrar seguridad en la huida. Cuando se vio la señal de advertencia, quienes deseaban huir no pudieron quedarse. En Judea, así como en Jerusalén, la señal de huir debía ser obedecida prontamente. El que finalmente fue

al tejado de su casa no debe descender ni siquiera para salvar sus tesoros más valiosos. Los que trabajan en los campos o en las viñas no deberían tomarse el tiempo de regresar y recoger su ropa exterior, que comúnmente se dejaba a un lado mientras trabajaban en el calor del día. No deberían vacilar ni por un momento, no sea que se vean arrastrados a la destrucción general.

Bajo el reinado de Herodes, Jerusalén no sólo había sido enormemente embellecida, sino que con la construcción de torres, murallas y fortalezas, sumadas a la fortaleza natural de su posición geográfica, la ciudad parecía invencible. Cualquiera que hubiera predicho públicamente su destrucción en aquel momento habría sido llamado, como Noé en su época, un alarmista loco. Pero Cristo había dicho: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán". (Mateo 24:35). A causa de sus pecados y de su obstinada incredulidad, que hacía segura su suerte, se anunció la ira contra Jerusalén.

El Señor había declarado por medio del profeta Miqueas: "Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob y gobernantes de la casa de Israel, que aborrecéis el juicio y pervertís toda la justicia, edificando Sion con sangre y Jerusalén con injusticia. . Sus gobernantes dictan sentencias a cambio de dádivas, y sus sacerdotes enseñan a cambio de interés, y sus profetas adivinan a cambio de dinero; y, sin embargo, se apoyan en el Señor, diciendo: ¿No está el Señor entre nosotros? sobreviviremos." (Miqueas 3:9-11).

Estas palabras describieron con precisión a los habitantes corruptos de Jerusalén, que estaban llenos de justicia propia. Aunque pretendían observar estrictamente los preceptos de la ley de Dios, estaban transgrediendo todos sus principios. Odiaban a Cristo porque su pureza y santidad les revelaban su propia iniquidad, y lo acusaban de ser la causa de todos los problemas que les habían sobrevenido como resultado de sus pecados. A pesar de saber que Él no tenía pecado, declararon que Su muerte era necesaria para su seguridad como nación. Los líderes judíos dijeron: "Si lo dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y nos quitarán nuestro lugar y nuestra nación". (Juan 11:48). Si Cristo fuera sacrificado, podrían volver a ser un pueblo fuerte y unido. Así razonaron y estuvieron de acuerdo con la decisión de su sumo sacerdote, de que sería mejor que muriera un hombre que que pereciera toda la nación.

Así, los líderes judíos construyeron "Sión con sangre y Jerusalén con injusticia". Además, aunque asesinaron a su Salvador porque reprendió sus pecados, su sentido de justicia propia era tal que todavía se consideraban el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor los librara de sus enemigos.

"Por tanto", continuó el profeta, "por culpa de vosotros, Sión será arada como un campo, y Jerusalén se convertirá en un montón de piedras, y el monte de esta casa en lo alto de un bosque". (Miqueas 3:12).

Durante cuarenta años después de que Cristo pronunció la condenación de Jerusalén, el Señor prolongó sus juicios sobre la ciudad y la nación. Maravillosa fue la paciencia de Dios hacia los que rechazaban Su evangelio y los asesinos de Su Hijo. La parábola del árbol infructuoso representó los tratos de Dios con la nación judía. Se había dado una orden: "Córtenlo; ¿por qué sigue ocupando la tierra inútilmente?" (Lucas 13:7). Pero la misericordia divina todavía la salvó por un tiempo. Había muchos entre los judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los niños no habían disfrutado de las oportunidades ni recibido la luz que sus padres habían despreciado. Mediante la predicación de los apóstoles y sus asociados, Dios haría que la luz brillara sobre ellos. Se les permitiría ver cómo se había cumplido la profecía, no sólo en el nacimiento y la vida de Cristo, sino también en

en Su muerte y resurrección. Los niños no fueron condenados por los pecados de sus padres. Pero cuando, con el conocimiento de toda la luz dada a sus padres, los hijos rechazaron la luz adicional que se les había dado, se hicieron partícipes de los pecados de su padre y llenaron la medida de su iniquidad.

La paciencia de Dios hacia Jerusalén sólo confirmó a los judíos en su obstinada impenitencia. En su odio y crueldad hacia los discípulos de Jesús, rechazaron la última oferta de misericordia. Entonces Dios les retiró Su protección y les quitó el poder restrictivo que tenían Satanás y sus ángeles, y la nación quedó a merced del líder que Él había elegido. Sus hijos habían rechazado la gracia de Cristo, que les habría permitido dominar sus malos impulsos, y ahora se convirtieron en vencedores. Satanás estimuló las pasiones más bajas y feroces del alma. Los hombres no pensaban; estaban más allá de la razón, controlados por el impulso y la ira ciega. Se han vuelto satánicos en su crueldad. En la familia y en la nación, tanto entre las clases altas como entre las bajas, había sospechas, envidias, odios, disputas, rebeliones y asesinatos. No había seguridad en ninguna parte. Amigos y familiares se traicionaron unos a otros. Los padres mataron a sus hijos y los hijos mataron a sus padres. Los líderes del pueblo no tenían poder para gobernarse a sí mismos. Las pasiones incontroladas nos convirtieron en tiranos. Los judíos habían aceptado falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora las falsas acusaciones hicieron que su propia vida fuera incierta. Con sus acciones venían diciendo desde hacía mucho tiempo: "Haced que el Santo de Israel deje de estar delante de nosotros". (Isaías 30:11). Ahora tu deseo ha sido concedido. El temor de Dios ya no los perturbaría. Satanás estaba a la cabeza de la nación y las más altas autoridades civiles y religiosas estaban bajo su gobierno.

Los líderes de las facciones opuestas a veces se unían para saquear y torturar a sus desafortunadas víctimas, y nuevamente caían unos sobre otros, matando sin piedad. Incluso la santidad del templo no restringió su aterradora ferocidad. Los fieles fueron asesinados ante el altar y el santuario fue contaminado con los cadáveres de las personas asesinadas. Sin embargo, en su presunción ciega y blasfema, los instigadores de esta obra infernal declararon públicamente que no temían que Jerusalén fuera destruida, ya que era la ciudad misma de Dios. Para establecer su poder con mayor firmeza, sobornaron a falsos profetas para que proclamaran, incluso cuando las legiones romanas sitiaban el templo, que el pueblo debía esperar la liberación por intervención divina. Hasta el final, la multitud se aferró firmemente a la creencia de que el Altísimo intervendría para derrotar a sus adversarios. Pero Israel había hecho caso omiso de la protección divina y ahora no tenía defensa. ¡Desdichada Jerusalén! ¡Fragmentado por disensiones internas, con la sangre de sus hijos asesinados a manos de otros, enrojeciendo sus calles, mientras ejércitos extranjeros derribaban sus fortificaciones y mataban a sus hombres de guerra!

Todas las predicciones hechas por Cristo respecto a la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Los judíos experimentaron la verdad de sus palabras de advertencia: "Con la medida con que midieron, se les medirá". (Mateo 7:2).

Aparecieron señales y prodigios que anunciaban desastres y fatalidades. En medio de la noche, una luz sobrenatural brilló sobre el templo y el altar. Por encima de las nubes, al atardecer, carros y hombres de guerra se reunían para la batalla. Los sacerdotes que ministraban de noche en el santuario estaban aterrorizados por unos sonidos misteriosos. La tierra tembló y se oyó una multitud de voces que gritaban: "¡Vámonos de aquí!". La gran puerta oriental, tan pesada que apenas veinte hombres podían cerrarla, y que estaba asegurada por inmensas barras de hierro, firmes y

Profundamente fijada en el sólido pavimento de piedra, se abrió a medianoche, sin ninguna acción visible del agente.

Durante siete años un hombre siguió recorriendo las calles de Jerusalén, anunciando las desgracias que sobrevendrían a la ciudad. Día y noche cantaba un lamento asombroso: "¡Una voz del Oriente, una voz del Occidente, una voz de los cuatro vientos! ¡Una voz contra Jerusalén y contra el templo!

¡Una voz contra el novio y la novia! ¡Una voz contra el pueblo!" Este extraño ser fue arrestado y azotado, pero ningún lamento escapó de sus labios. A los insultos y malos tratos sólo respondió: "¡Ay! ¡Ay de Jerusalén!" "¡Ay! ¡Ay de sus habitantes!" Su grito de advertencia no cesó hasta que fue asesinado en el asedio que había predicho.

Ningún cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Cristo había advertido a sus discípulos y todos los que creyeron en sus palabras esperaban la señal prometida. Jesús dijo: "Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que ha llegado su desolación. Entonces los que estén en Judea, huyan a las montañas; los que estén en medio de la ciudad, que se vayan". (Lucas 21:20 y 21). Después de que los romanos, bajo el mando de Cestio, asediaron la ciudad, inexplicablemente levantaron el asedio cuando todo parecía favorable a un ataque inmediato. Los sitiados, al no tener ya ninguna esperanza de una resistencia exitosa, estaban a punto de rendirse, cuando el general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. Pero la misericordiosa providencia de Dios estaba dirigiendo los acontecimientos para el bien de su propio pueblo. La señal prometida había sido dada a los cristianos expectantes, y ahora se les presentaba la oportunidad de prestar atención a la advertencia del Salvador. Los acontecimientos se dirigieron de tal manera que ni los judíos ni los romanos impidieron a los cristianos escapar. Con la retirada de Cestio, los judíos abandonaron Jerusalén y persiguieron al ejército en retirada, y mientras ambas fuerzas estaban plenamente enfrascadas en la batalla, los cristianos tuvieron la oportunidad de abandonar la ciudad. En esta ocasión el país había quedado libre de enemigos que podrían haber intentado interceptarlos. En el momento del asedio, los judíos estaban reunidos en Jerusalén para participar en la Fiesta de los Tabernáculos. De esta manera, los cristianos de todo el país pudieron escapar sin ser molestados. Huyeron sin demora a un lugar seguro: la ciudad de Pela, en la tierra de Perea, al otro lado del Jordán.

Las fuerzas judías, que perseguían a Cestio y su ejército, cayeron detrás de ellos con tal salvajismo, amenazándolo con la destrucción total. Los romanos lograron con gran dificultad completar su retirada. Los judíos escaparon casi sin sufrir bajas y regresaron triunfantes con su botín a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito sólo les trajo daño. Fomentó una obstinada resistencia a los romanos, que rápidamente trajo una desgracia indescriptible a la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito Vespasiano reanudó el asedio. La ciudad fue atacada en la época de Pesaj, cuando millones de judíos estaban reunidos dentro de sus muros. Sus reservas de alimentos, que si se hubieran conservado cuidadosamente habrían abastecido a los habitantes durante años, habían sido previamente destruidas por la envidia y la venganza entre las facciones contenciosas, y ahora se experimentaban todos los horrores del hambre. Una medida de trigo se vendía por un talento. Tan violentas eran las penurias del hambre que los hombres mordían el cuero de sus cinturones, sandalias y el forro de sus escudos. Un gran número de personas se escapaban por la noche para recolectar plantas silvestres que crecían fuera de las murallas de la ciudad, aunque muchas fueron capturadas y asesinadas bajo crueles torturas. A menudo, aquellos que regresaban sanos y salvos eran despojados de lo que habían reunido con tan gran riesgo. Las torturas más inhumanas

fueron infligidos por quienes estaban en el poder, para obligar a las personas necesitadas a revelar los últimos y escasos suministros que podrían haber escondido.

Y tales crueldades eran practicadas a menudo por hombres que estaban bien alimentados y simplemente deseaban acumular provisiones para el futuro.

Miles de personas murieron de hambre y pestilencia. El afecto natural parecía haber sido destruido. Los maridos robaban a sus mujeres y las mujeres a sus maridos. Los niños tomaban comida de la boca de sus padres ancianos. La pregunta del profeta: "¿Puede una mujer olvidarse tanto del niño que cría?" (Isa. 49:15) recibió una respuesta dentro de los muros de la ciudad condenada: "Las manos de mujeres piadosas han cocido a sus propios hijos; los han servido de comida en la destrucción de la hija de mi pueblo". (Justicia.

4:10). Nuevamente se cumplió la profecía de advertencia dada catorce siglos antes: "Y la mujer más tierna y delicada entre vosotros, que jamás haya intentado poner la planta de su pie en la tierra, sus ojos serán malos contra el hombre de su seno, y contra su hijo, y contra su hija... y por amor de sus hijos que tiene: porque los comerá en secreto por falta de todo, en el asedio y en la estrechez con que oprimirá tu enemigo. tú en tus puertas." (Deuteronomio 28:56 y 57).

Los líderes romanos se esforzaron por aterrorizar a los judíos y así obligarlos a rendirse. Los prisioneros que resistieron, cuando fueron encarcelados, fueron azotados, torturados y crucificados frente a la muralla de la ciudad. Cientos de personas eran asesinadas diariamente de esta manera, y esta horrible obra continuó hasta que a lo largo del valle de Josafat y en el Calvario se erigieron cruces en tal número que apenas había espacio para moverse entre ellas. De manera tan terrible fue pagada aquella espantosa maldición pronunciada ante el tribunal de Pilato: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". (Mateo 27:25).

Tito habría puesto voluntariamente fin a la terrible escena y así habría ahorrado a Jerusalén toda su condenación. Estaba aterrorizado al ver los cadáveres amontonados en los valles. Como quien está fascinado, miró desde la cima del Monte de los Olivos hacia el magnífico templo y dio la orden de que ninguna de sus piedras fuera tocada. Antes de intentar tomar la fortaleza, hizo un fuerte llamamiento a los líderes judíos para que no lo obligaran a profanar el lugar santo con sangre. Si salieran y pelearan en otro lugar, ningún romano violaría la santidad del templo.

El propio Josefo, mediante un llamamiento muy elocuente, rogó a sus compatriotas que se rindieran y se salvaran a sí mismos, a su ciudad y a su lugar de culto. Sin embargo, sus palabras fueron respondidas con amargas maldiciones. Le dispararon flechas a él, su último mediador humano, mientras continuaba instándolos. Los judíos habían rechazado las súplicas del Hijo de Dios, y ahora las amonestaciones y súplicas sólo los hicieron más decididos a resistir hasta el final. Los esfuerzos de Tito por salvar el templo fueron en vano. Alguien más grande que él había declarado que no dejaría piedra sin remover.

otro.

La obstinación ciega de los líderes judíos y los crímenes detestables perpetrados dentro de la ciudad sitiada produjeron horror e indignación entre los romanos, y Tito finalmente decidió atacar el templo con violencia. Sin embargo, determinó que, si era posible, debía evitarse la destrucción. Pero sus órdenes fueron desobedecidas.

Después de que se hubo retirado a su tienda para pasar la noche, los judíos, saliendo del templo, atacaron a los soldados que estaban afuera. En la lucha, se arrojó una antorcha a través de una abertura en el pórtico, e inmediatamente las cámaras revestidas de cedro que rodeaban el edificio sagrado quedaron envueltas en llamas.

Tito acudió corriendo al lugar, acompañado de sus generales y legionarios, y ordenó a los soldados que apagaran el fuego. Sus palabras no fueron escuchadas. En su

Furiosos, los soldados arrojaron antorchas a las habitaciones adyacentes al templo y con sus espadas eliminaron en gran número a quienes allí habían buscado refugio. La sangre corría como agua por las escaleras del templo. Miles y miles de judíos perecieron. Por encima del ruido del combate, se oían voces que gritaban: "¡Ichabod!" - la gloria se ha ido.

A Tito le resultó imposible controlar la ira del soldado. Entró en el edificio sagrado con sus oficiales y examinó su interior. El esplendor que vieron los dejó asombrados; y como las llamas aún no habían llegado al lugar santo, hizo un último esfuerzo para salvarlo. Saltando en medio de los soldados, los exhortó una vez más a poner fin a la lucha. El centurión Liberalis se esforzó por imponer la obediencia junto con su estado mayor; pero ni siquiera el respeto por el emperador pudo evitar la furiosa animosidad contra los judíos, la feroz exacerbación de la batalla y la insaciable expectativa de botín. Los soldados vieron todo a su alrededor radiante de oro, que brillaba deslumbrantemente bajo la violenta luz de las llamas. Pensaban que en el santuario se acumulaban tesoros incalculables.

Sin que nadie se diera cuenta, un soldado arrojó una antorcha encendida entre las bisagras de la puerta. Todo el edificio quedó envuelto en llamas en un instante. El humo cegador y las llamas obligaron a los oficiales a retirarse, y el noble edificio quedó abandonado a su suerte.

"Fue un espectáculo aterrador para los romanos. ¿Y cómo sería para los judíos? Toda la cresta de la colina que domina la ciudad ardía como un volcán. Los edificios se derrumbaron uno tras otro con un tremendo estrépito, y fueron tragados por el abismo del fuego. Los tejados Las torres de cedro parecían espadas de fuego; las agujas doradas brillaban como puntas de luz roja; las torres del portal arrojaban columnas de fuego y humo. Las colinas vecinas estaban iluminadas; y se veían grupos anónimos de personas observando con terrible ansiedad el avance de la destrucción; las murallas y puntos altos de la parte alta de la ciudad estaban atestados de rostros, algunos pálidos, con la agonía de la desesperación, otros marcados con la ira de una venganza inútil.

Los gritos de los soldados romanos, que se movían de una parte a otra, y los gritos de los insurgentes que perecían en las llamas, se mezclaban con el ruido del incendio y el estruendoso ruido de las vigas al derrumbarse. Los ecos de las montañas respondían o traían de regreso el ruido de la gente en las partes altas; Gritos y lamentos resonaron a lo largo de las paredes. Los hombres que perecían de hambre reunieron sus últimas fuerzas para lanzar un grito de angustia y desolación.

Dentro de la ciudad, la masacre fue aún más terrible que el espectáculo visto afuera. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, insurgentes y sacerdotes, los que lucharon y los que suplicaron clemencia, fueron asesinados en una matanza indiscriminada. El número de muertos superó al de los asesinos. Los legionarios tuvieron que trepar por encima de los montones de cadáveres para realizar la labor de exterminio."

Después de la destrucción del templo, toda la ciudad pronto cayó en manos de los romanos. Los líderes judíos abandonaron sus torres invencibles y Tito las encontró vacías. Los observó con asombro y declaró que Dios los había entregado en sus manos; porque ninguna máquina de guerra, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra esos estupendos muros. Tanto la ciudad como el templo fueron demolidos hasta sus cimientos, y el terreno sobre el cual se construyó la casa santa fue "arado como un campo" (Jer. 26:18). En el asedio y la matanza que siguieron, murieron más de un millón de personas; los supervivientes fueron hechos cautivos y vendidos como esclavos, arrastrados a Roma para adornar el triunfo del vencedor, arrojados a las fieras en los anfiteatros o dispersados por la Tierra como vagabundos sin hogar.

Los judíos se habían forjado sus propios grilletes; habían llenado la copa de la venganza. En la destrucción total que les sobrevino como nación, y en todos

desgracias que los acompañaron después de su dispersión, no fueron más que cosechar lo que sus propias manos sembraron. Dice el profeta: "Para tu pérdida, oh Israel, te has rebelado contra mí", "por tus pecados has caído". (Ose. 13:9; 14:1). Sus sufrimientos a menudo se representan como un castigo impuesto por decreto directo de Dios. Así busca el gran engañador ocultar su propia obra. Por su obstinado rechazo del amor y la misericordia divinos, los judíos hicieron que se les retirara la protección de Dios y se permitió a Satanás controlarlos según su voluntad. Las terribles crueldades cometidas en la destrucción de Jerusalén son una demostración del poder vengador de Satanás sobre aquellos que se someten a su control.

No podemos saber cuánto le debemos a Cristo por la paz y la protección que disfrutamos. Es el poder restrictivo de Dios el que impide que la humanidad pase completamente bajo el control de Satanás. Los desobedientes e ingratos tienen grandes motivos para estar agradecidos por la misericordia y la paciencia de Dios, que refrena el poder cruel y perverso del maligno. Pero cuando los hombres exceden los límites de la tolerancia divina, la restricción desaparece. Respecto al pecador, Dios no actúa como ejecutor de la sentencia contra la transgresión; pero Él permite que aquellos que rechazan Su misericordia queden solos para cosechar lo que sembraron. Cada rayo de luz rechazado, cada advertencia despreciada o ignorada, cada pasión consentida, cada transgresión de la ley de Dios, es una semilla sembrada que produce una cosecha inevitable. El Espíritu de Dios, resistido persistentemente, finalmente es retirado del pecador, con lo cual ya no queda poder para controlar las malas pasiones del alma, ni protección contra la maldad y la enemistad de Satanás. La destrucción de Jerusalén constituye una tremenda y solemne advertencia para todos los que tratan a la ligera los ofrecimientos de la gracia divina y resisten las súplicas de la misericordia de Dios. Nunca se ha dado un testimonio más decisivo del odio de Dios hacia el pecado y del castigo seguro que recaerá sobre los culpables.

La profecía del Salvador acerca de los juicios que deberían caer sobre Jerusalén tendrá otro cumplimiento, del cual aquella horrenda tragedia no fue más que una débil sombra. En el destino de la ciudad escogida podemos observar la condenación de un mundo que rechazó la misericordia de Dios y se regodeó en su ley. Oscuros son los registros de la miseria humana de los que la Tierra ha sido testigo durante sus largos siglos de crimen. Al contemplarlas, el corazón desfallece y el espíritu languidece. Los efectos de ignorar la autoridad del Cielo han sido tremendos, sin embargo, un escenario aún más oscuro se muestra en las revelaciones del futuro. Los registros del pasado—el largo espectáculo de tumultos, conflictos y revoluciones, las "armaduras de los que peleaban con estruendo, y las vestiduras que se revolcaban en la sangre" (Isa. 9:5)—no son nada en comparación con los ¡Los horrores de ese día en que el Espíritu de Dios será completamente retirado de los impíos, sin contener más el estallido de las pasiones humanas y la ira satánica! Entonces el mundo contemplará, como nunca antes, los resultados del gobierno de

Pero ese día, así como en la ocasión de la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será liberado, "todos los que están escritos entre los vivientes" (Isaías 4:3). Cristo declaró que vendrá por segunda vez para reunir a sus fieles: "Y todas las tribus de la tierra harán duelo, y verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con fuerte toque de trompeta, que reunirá a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. (Mateo 24:30 y 31). Entonces aquellos que no presten atención al evangelio serán consumidos por el espíritu de Su boca y destruidos por el resplandor de Su venida (II Tes. 2:8). Como el Israel de la antigüedad, los malvados se destruyen a sí mismos; están arruinados por su propia iniquidad. Como resultado de toda una vida de pecados, se desviaron hacia

tan lejos de la armonía con Dios que su naturaleza se ha degradado tanto por el mal, y la manifestación de la gloria divina se convertirá para ellos en un fuego consumidor.

Tengan los hombres mucho cuidado para no menospreciar la lección comunicada por las palabras de Cristo. Así como advirtió a sus discípulos de la ruina de Jerusalén, dándoles una señal de escape de la hecatombe que se acercaba, así advirtió al mundo del día de su destrucción final, y le dio señales de su proximidad para que todos los que lo deseen puedan escapar. la ira venidera. Jesús declaró: "Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las naciones". (Lucas 21:25; Mateo 24:29; Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17). Quienes observen estos presagios de su venida deben saber que "está cerca, a las puertas".

(Mateo 24:33). "Velad, pues" (Marcos 13:35), son sus palabras de advertencia. Los que escuchen la amonestación no serán abandonados a las tinieblas, de modo que ese día los sorprenda. Para aquellos que no velan, sin embargo, "el día del Señor vendrá como ladrón en la noche" (1 Tes. 5:2).

El mundo no está más preparado para dar crédito al mensaje de este tiempo que los judíos para recibir la advertencia del Salvador acerca de Jerusalén. Pase lo que pase, el día del Señor vendrá repentinamente sobre los impíos. Siguiendo tu rutina invariable; encontrar hombres involucrados en el placer, los negocios, el comercio y la avaricia de ganancias; con los líderes del mundo religioso ensalzando el progreso y la cultura del mundo, y la gente encontrándose adormecida en una falsa seguridad, entonces, como un ladrón a medianoche saquea la casa que no está vigilada, la destrucción repentina sobrevendrá a los negligentes y malvados. , y "no escaparán" (1 Tes. 5:3-5).

Capítulo 2

Persecución en los primeros siglos

Cuando Jesús reveló a sus discípulos el destino de Jerusalén y las escenas de la segunda venida, también predijo la experiencia de su pueblo desde el momento en que debía partir de ellos hasta su regreso en poder y gloria para la liberación de los suyos. Desde el Monte de los Olivos, el Salvador contemplaba las tormentas que estaban a punto de caer sobre la iglesia apostólica; y al penetrar más profundamente en el futuro, sus ojos discernieron las tormentas feroces y devastadoras que azotarían a sus seguidores en las edades venideras de oscuridad y persecución. En unas pocas declaraciones sucintas de terrible significado, predijo el papel que los gobernantes de este mundo impondrían a la iglesia de Dios (Mateo 24:9, 21 y 22). Los seguidores de Cristo debían recorrer el mismo camino de humillación, reproche y sufrimiento que había recorrido su Maestro. La enemistad que había descendido sobre el Redentor del mundo se manifestaría contra todos los que creyeran en su nombre.

La historia de la iglesia primitiva fue testigo del cumplimiento de las palabras del Salvador. Los poderes de la tierra y del infierno se unieron contra Cristo en la persona de Sus seguidores. El paganismo predijo que si el evangelio triunfaba, sus templos y altares serían destruidos; por lo tanto, reunió sus fuerzas para destruir el cristianismo. Se encendieron los fuegos de la persecución. Los cristianos fueron despojados de sus propiedades y expulsados de sus hogares. Soportaron "una gran lucha de aflicciones" (Heb. 10:32). "Sufrieron burlas y azotes, e incluso cárceles y prisiones". (Hebreos 11:36). Un gran número de ellos selló su testimonio con su propia sangre. Los nobles y los esclavos, ricos y pobres, educados y no educados, fueron igualmente asesinados sin piedad.

Estas persecuciones que comenzaron bajo el gobierno de Nerón, en la época del martirio de Pablo, continuaron con mayor o menor furia durante siglos. Los cristianos fueron acusados falsamente de los crímenes más atroces y culpables de causar grandes calamidades: hambrunas, pestilencias y terremotos. Al convertirse en blanco del odio y la sospecha popular, aparecieron detractores que, por afán de lucro, estaban dispuestos a traicionar a los inocentes. Fueron condenados como rebeldes contra el imperio, enemigos de la religión y plagas de la sociedad. Un gran número de ellos fueron arrojados a las fieras o quemados vivos en los anfiteatros. Algunos fueron crucificados, otros cubiertos con pieles de animales feroces y arrojados a la arena para que los perros los despedazaran. Su castigo se convirtió a menudo en el principal espectáculo público. Grandes multitudes se reunieron para disfrutar del espectáculo y saludaron la agonía mortal de las víctimas con risas y aplausos.

Dondequiera que buscaron refugio, los seguidores de Cristo fueron cazados como animales salvajes. Se vieron obligados a buscar refugio en lugares desolados y solitarios. "Indigentes, afligidos y maltratados (de los cuales el mundo no era digno), vagando por los desiertos y montañas, y por los hoyos y cuevas de la tierra". (Hebreos 11:37 y 38). Las catacumbas proporcionaron refugio a miles de personas. Debajo de las colinas, fuera de los límites de Roma, se habían excavado largas galerías en tierra y roca. Una oscura e intrincada red de pasadizos se extendía kilómetros más allá de las murallas de la ciudad. En estos aislamientos subterráneos los seguidores de Cristo enterraban a sus muertos; y allí también, cuando fueron sospechosos y proscritos, encontraron un hogar. Cuando el Dador de la vida despierta Los que pelearon la buena batalla, muchos de los que fueron martirizados por causa de Cristo, saldrán de estas cuevas oscuras.

Bajo la persecución más bárbara, estos testigos de Jesús conservaron su fe inmaculada. Aunque privados de todo confort y luz solar, teniendo como hogar el corazón oscuro pero amigable de la tierra, no se quejaron. Con palabras de fe, paciencia y esperanza, se animaron unos a otros a soportar las privaciones y las aflicciones. La pérdida de todas las comodidades terrenales no podía obligarlos a renunciar a su fe en Cristo. Las pruebas y la persecución no fueron más que pasos que los acercaron a su descanso y recompensa.

Como sucedió con los siervos de Dios del pasado, muchos "fueron torturados, no aceptando su liberación, para obtener una resurrección mejor" (Heb. 11:35). Se acordaron de las palabras de su Maestro, que cuando fueran perseguidos por causa de Cristo, deberían estar gozosos porque grande sería su recompensa en el cielo, porque los profetas también habían sido perseguidos antes que ellos. Se regocijaron de haber sido considerados dignos de sufrir por la verdad, y melodías de triunfo se elevaron entre los crepitantes de las llamas. Mirando hacia arriba mediante la fe, vieron a Cristo y a los ángeles apoyados en las almenas del cielo, mirándolos con el más profundo interés y observando su firmeza con aprobación. Una voz vino del trono de Dios que les decía: "Sed fieles hasta la muerte, y yo os daré la corona de la vida". (Apocalipsis 2:10).

En vano fueron los esfuerzos de Satanás por destruir la iglesia de Cristo por la violencia. El gran conflicto en el que los discípulos de Jesús entregaron sus vidas no se vio interrumpido cuando estos fieles abanderados cayeron de sus puestos. Ganaron mediante la derrota. Los obreros de Dios estaban muertos, pero Su obra siguió adelante con determinación. El evangelio continuó difundiéndose y el número de sus seguidores siguió creciendo. Penetró en regiones inaccesibles incluso para las águilas de Roma.

Dijo un cristiano, mientras amonestaba a los gobernadores paganos que fomentaban la persecución: "Podéis matarnos, afligirnos y atormentarnos. Su maldad pone a prueba nuestra debilidad, pero tal crueldad no sirve de nada.

No es más que una poderosa invitación a llevar a otros a la misma convicción. Cuanto más cosechamos, más crecemos. La sangre de los cristianos es semilla."

Miles de personas fueron arrestadas y asesinadas, pero surgieron otros para ocupar su lugar. Y aquellos que fueron martirizados por su fe fueron garantizados por Cristo y considerados vencedores. Habían peleado la buena batalla y recibirían la corona de gloria cuando viniera Cristo. El sufrimiento que soportaron acercó a los cristianos entre sí y a su Redentor. Su ejemplo de vida y el testimonio que dieron al momento de su muerte fueron un testimonio permanente a favor de la verdad; y, donde menos se esperaba, los súbditos de Satanás abandonaban su servicio y se alistaban bajo el estandarte de Cristo.

Por lo tanto, Satanás hizo planes para luchar con más éxito contra el gobierno de Dios plantando su bandera en la iglesia cristiana. Si los seguidores de Cristo pudieran ser engañados y llevados a desagradar a Dios, entonces su fuerza, resistencia y constancia fallarían y se convertirían en presa fácil.

El gran adversario se esforzó ahora en obtener con astucia lo que no había logrado por la fuerza. La persecución cesó y su lugar fue ocupado por el peligroso atractivo de la prosperidad y el honor mundanos. Los idólatras fueron inducidos a recibir parcialmente la fe cristiana, mientras rechazaban otras verdades esenciales.

Profesaban aceptar a Jesús como el Hijo de Dios y creer en su muerte y resurrección; pero no tenían convicción de pecado y no sentían la necesidad de arrepentirse ni de cambiar de opinión. Con algunas concesiones de su parte, propusieron que los cristianos transigieran en otras cosas, para que todos pudieran unirse bajo la plataforma de la creencia en Cristo.

Ahora la iglesia estaba en tremendo peligro. La prisión, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto. Algunos cristianos se mantuvieron firmes y declararon que no harían concesiones. Otros se mostraron partidarios de ceder o modificar algunos rasgos de su fe, y se unieron a los que habían aceptado parte del cristianismo, insistiendo en que éste podría ser el medio para completar la conversión. Fue un tiempo de profunda angustia para los fieles seguidores de Cristo. Bajo la apariencia del llamado cristianismo, Satanás se estaba insinuando en la iglesia para corromper su fe y desviar su mente de la Palabra de verdad.

La mayoría de los cristianos finalmente aceptaron rebajar sus estándares y se formó una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaban estar convertidos y unidos a la iglesia, todavía se aferraban a la idolatría, cambiando sólo los objetos de adoración por las imágenes de Jesús, e incluso de María y los santos. El odioso fermento de la idolatría introducido en la iglesia continuó su obra dañina. Se incorporaron a su fe y adoración doctrinas erróneas, ritos supersticiosos y ceremonias idólatras. Cuando los seguidores de Cristo unieron fuerzas con los idólatras, la religión cristiana se corrompió y la iglesia perdió su pureza y poder. Sin embargo, hubo algunos que no se dejaron desviar por estos engaños. Todavía mantenían su lealtad al Autor de la verdad y adoraban sólo a Dios.

Siempre ha habido dos clases entre los que profesan ser seguidores de Cristo. Mientras uno de ellos estudia la vida del Salvador y busca fervientemente corregir sus defectos y ajustarse al Modelo, el otro evita las verdades claras y prácticas que exponen sus errores. Incluso en el mejor de los casos, la iglesia no estaba enteramente compuesta de personas puras, verdaderas y sinceras. Nuestro Salvador enseñó que aquellos que voluntariamente se entregan al pecado no deben ser aceptados en la iglesia. Sin embargo, unió a sí mismo a hombres de carácter defectuoso y les dio los beneficios de sus enseñanzas y ejemplos, para que tuvieran la oportunidad de ver sus errores y corregirlos. Entre los doce apóstoles había un traidor. Judas fue aceptado no por sus defectos de carácter, sino a pesar de ellos. Se unió a los discípulos para que, mediante la instrucción y el ejemplo de Cristo, aprendiera lo que constituye el carácter cristiano, y así fuera llevado a ver sus errores, a arrepentirse y, con la ayuda de la gracia divina, purificar su alma". en obediencia a la verdad." Pero Judas no caminó en la luz que con tanta gracia se le permitió brillar sobre él. Al entregarse al pecado, invitó a las tentaciones de Satanás. Sus malos rasgos de carácter se volvieron predominantes. Sometió su mente al control de los poderes de las tinieblas; Se enfureció cuando sus faltas fueron criticadas, lo que lo llevó a cometer el terrible crimen de traicionar a su Maestro. Así, todos los que aprecian el mal bajo una profesión de piedad odian a aquellos que perturban su paz condenando sus caminos de pecado. Cuando se presenta una oportunidad favorable, ellos, como Judas, traicionan a quienes, por su bien, intentaban censurarlos.

Los apóstoles encontraron en la iglesia a quienes profesaban piedad, mientras que en secreto albergaban la iniquidad. Ananías y Safira actuaron como engañadores, con la intención de hacer un sacrificio completo a Dios, cuando con avidez retuvieron parte para sí. El Espíritu de verdad reveló a los apóstoles el verdadero carácter de estos engañadores, y los juicios de Dios liberaron a la iglesia de esta odiosa mancha sobre su pureza. Esta sorprendente evidencia del discernimiento del Espíritu de Cristo en la iglesia fue un terror para los hipócritas y los malhechores. Ya no podían permanecer en conexión con aquellos que eran, por hábito y disposición, representantes constantes de Cristo. Y cuando sus seguidores sufrieron pruebas y persecuciones, sólo aquellos que estaban dispuestos a abandonarlo todo por causa de la verdad podían convertirse en sus discípulos. Así, mientras continuaba la persecución, la iglesia permaneció

comparativamente puro. Pero cuando cesó el acoso, los conversos que eran menos sinceros y dedicados se unieron a la iglesia, y se abrió el camino para que Satanás penetrara.

Pero no hay unión entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas, y no puede haber ningún vínculo entre sus seguidores. Cuando los cristianos aceptaron unirse con aquellos que no eran más que semiconversos del paganismo, se desviaron por un camino que los alejaría cada vez más de la verdad. Satanás se alegró de haber logrado engañar a un número tan grande de seguidores de Cristo. Luego concentró su poder para ejercer mayor dominio sobre ellos e inspirarlos a perseguir a quienes permanecían fieles a Dios. Nadie entendió tan bien la forma de oponerse a la verdadera fe cristiana como quienes alguna vez fueron sus defensores; y estos apóstatas, uniéndose a sus compañeros medio paganos, centraron sus ataques en los rasgos más esenciales de las doctrinas de Cristo.

Se requería una lucha desesperada por parte de aquellos que fueran fieles y se mantuvieran firmes contra los engaños y abominaciones introducidas en la iglesia, y disfrazadas bajo túnicas sacerdotales. La Biblia no fue aceptada como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa se consideraba una herejía y sus defensores eran odiados y proscritos.

Después de un conflicto largo y severo, los pocos fieles decidieron disolver toda unión con la iglesia apóstata, si ésta todavía se negaba a abandonar la falsedad y la idolatría. Vieron que la separación era una necesidad absoluta si querían obedecer la Palabra de Dios. No se atrevieron a tolerar errores fatales para sus propias almas y dieron el ejemplo. lo que implicaría peligro para la fe de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Para asegurar la paz y la unidad, estaban dispuestos a hacer cualquier concesión compatible con la fidelidad a Dios, pero sentían que incluso la paz se lograría a un gran costo sacrificando principios. Si la unidad sólo puede lograrse comprometiendo la verdad y la justicia, entonces que haya diferencias e incluso luchas.

Sería bueno para la iglesia y el mundo si los principios que obraron en estas almas leales fueran revividos en los corazones del profeso pueblo de Dios. Existe una alarmante indiferencia hacia las doctrinas que son los pilares de la fe cristiana. Está ganando terreno la opinión de que, después de todo, no son de vital importancia. Esta degeneración está fortaleciendo las manos de los agentes de Satanás, de modo que las teorías falsas y las ilusiones fatales, que los fieles de épocas pasadas expusieron y combatieron a riesgo de sus propias vidas, hoy son consideradas con favor por miles de personas que profesan ser seguidores de Cristo. .

Los antiguos cristianos eran en verdad un pueblo peculiar. Su conducta intachable y su fe inquebrantable fueron una reprensión continua que perturbó la paz de los pecadores. Aunque eran pocos en número, sin riqueza, posición ni títulos honoríficos, eran un terror para los malhechores dondequiera que se conociera su carácter y sus doctrinas. En consecuencia, fueron odiados por los malvados, tal como Abel fue odiado por el sacrílego Caín. Por la misma razón que Caín mató a Abel, aquellos que buscaron liberarse de las restricciones del Espíritu Santo mataron al pueblo de Dios. Fue por la misma razón que los judíos rechazaron y crucificaron al Salvador: porque la pureza y la santidad del carácter de Jesús eran una reprimenda continua a su egoísmo y corrupción. Desde los días de Cristo hasta ahora, los discípulos fieles han despertado el odio y la oposición de quienes aman y siguen los caminos del pecado.

¿Cómo, entonces, se puede llamar al evangelio un mensaje de paz? Cuando Isaías predijo el nacimiento del Mesías, le dio el título de "Príncipe de Paz". Cuando los ángeles anunciaron a los pastores que Cristo había nacido, cantaron en las llanuras de Belén: "Gloria a Dios en las alturas, en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres". (Lucas 2:14). Hay una aparente contradicción entre estas declaraciones proféticas y

las palabras de Cristo: "No he venido a traer paz, sino espada". (Mateo 10:34). Pero si se entienden correctamente, ambos están en perfecta armonía. El evangelio es un mensaje de paz. El cristianismo es un sistema que, si se recibe y se obedece, difundirá la paz, la armonía y la felicidad por toda la Tierra. La religión de Cristo unirá en íntima hermandad a todos los que acepten sus enseñanzas. La misión de Jesús era reconciliar a los hombres con Dios y, por tanto, entre sí. Pero el mundo, en general, está bajo el control de Satanás, el adversario más acérrimo de Cristo. El evangelio les presenta principios de vida que están en total discordia con sus hábitos y deseos, y se rebelan contra él. Odian la pureza que revela y condena sus pecados, y persiguen y destruyen a quienes intentan presentarles sus derechos justos y santos. Es en este sentido, debido a las verdades exaltadas que presenta, que ocasionan odio y lucha, que al evangelio se le llama espada.

La misteriosa providencia que permite que los justos sufran persecución a manos de los malvados ha sido causa de gran perplejidad para muchos que son débiles en la fe. Algunos incluso están dispuestos a rechazar su confianza en Dios, porque Él permite que los hombres más viles prosperen, mientras que los mejores y más puros son afligidos y atormentados por su cruel poder. ¿Cómo, se pregunta, puede Aquel que es justo y misericordioso, y que además tiene un poder infinito, tolerar semejante injusticia y opresión? Esta es una pregunta con la que no tenemos nada que ver. Dios nos ha dado evidencia suficiente de su amor, y no debemos dudar de su bondad porque no podemos entender los movimientos de su providencia. Previendo las dudas que oprimirían sus almas en los días de prueba y oscuridad, el Salvador dijo a sus discípulos: "Acordaos de la palabra que os dije: Un siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me perseguían, también me perseguían. vosotros os perseguirán." (Juan 15:20). Jesús sufrió más por nosotros de lo que cualquiera de sus seguidores podría sufrir jamás bajo la crueldad de hombres malvados.

Quienes están llamados a soportar la tortura y el martirio no son más que seguir las huellas del amado Hijo de Dios.

"El Señor no demora su promesa". (II Pedro 3:9). Él no olvida a Sus hijos ni los menosprecia; pero Él permite que los impíos revelen su verdadero carácter, para que nadie que desee hacer Su voluntad sea engañado acerca de ellos. Los justos son arrojados nuevamente al horno de la aflicción para que ellos mismos sean purificados, para que su ejemplo convenza a otros de la realidad de la fe y la piedad, y también para que su conducta constante condene a los malvados e incrédulos.

Dios permite que los malvados prosperen y revelen enemistad contra Él, para que cuando hayan colmado la medida de su iniquidad, todos puedan ver la justicia y la misericordia divinas en su destrucción total. Se acerca el día de la venganza, en el cual todos los que han transgredido Su ley y oprimido a Su pueblo recibirán la justa recompensa por sus obras; cuando todo acto de crueldad e injusticia hacia los fieles de Dios sea castigado como si se hubiera hecho contra el mismo Cristo.

Hay otra cuestión más importante que debería atraer la atención de las iglesias de hoy. El apóstol Pablo declara que "todos los que desean vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución" (II Tim. 3:12). ¿Por qué, entonces, la persecución parece en gran medida latente? La única razón es que la iglesia se ha conformado a las normas mundanas y por lo tanto no suscita oposición. La religión actual en nuestros días no es de ese carácter puro y santo que marcó la fe cristiana en los días de Cristo y Sus apóstoles. Es sólo por el espíritu de compromiso con el pecado que las grandes verdades de la Palabra de Dios son consideradas con tanta indiferencia; Debido a que hay tan poca piedad vital en la iglesia, el cristianismo es aparentemente tan popular en el mundo.

Que haya un avivamiento de la fe y el poder de la iglesia primitiva y el espíritu de persecución será reavivado, reavivando el fuego de la persecución.

Capítulo 3

La apostasía

El apóstol Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses, predijo la gran apostasía que resultaría del establecimiento del poder papal. Declaró que el día de Cristo no vendría “a menos que venga primero la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdicción, que se opone y se enaltece contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; para sentarse como Dios en el templo de Dios, queriendo aparecer como Dios” (II Tesalonicenses 2: 3 y 4). Además, el apóstol advierte a sus hermanos que “el misterio de la iniquidad está obrando” (II Tesalonicenses 2:7). Incluso en aquellos días vio, infiltrándose en la iglesia, errores que prepararían el camino para el desarrollo del papado.

Poco a poco, encubierta y silenciosamente al principio, y luego más abiertamente a medida que ganaba poder y dominio sobre las mentes de los hombres, el misterio de la iniquidad continuó su obra blasfema y engañosa. Casi imperceptiblemente, las costumbres del paganismo penetraron en la iglesia cristiana. El espíritu de compromiso y conformidad estuvo restringido por un tiempo por las feroces persecuciones que sufrió la iglesia bajo el paganismo. Pero cuando cesó la persecución y el cristianismo penetró en las cortes y palacios de los reyes, dejó de lado la humilde sencillez de Cristo y sus apóstoles y la cambió por la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos. En lugar de afirmaciones divinas, la iglesia colocó teorías y tradiciones humanas. La conversión nominal de Constantino, a principios del siglo IV, produjo gran regocijo, y el mundo, revestido de una apariencia de justicia, entró en la iglesia. Ahora el trabajo de la corrupción avanzaba rápidamente. El paganismo, aunque parecía derrotado, salió victorioso. Su espíritu controlaba la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones se incorporaron a la fe y el culto de los profesos seguidores de Cristo.

Este compromiso entre el paganismo y el cristianismo resultó en el desarrollo del “hombre de pecado” predicho en la profecía, oponiéndose a Dios y exaltándose a sí mismo por encima de Él. Este gigantesco sistema de religión falsa es la obra maestra del poder de Satanás, un monumento a sus esfuerzos por sentarse en el trono y gobernar la tierra según su voluntad.

Una vez, Satanás luchó por comprometerse con Cristo. Vino al Hijo de Dios en el desierto de la tentación y, mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, propuso entregarlos a todos en sus manos si Jesús reconociera la supremacía del príncipe de las tinieblas. Cristo reprendió al tentador arrogante y lo obligó a irse. Pero Satanás tiene más éxito al presentar las mismas tentaciones al hombre. Para asegurarse honores y ventajas mundanas, la iglesia buscó el favor y el apoyo de los grandes hombres de la tierra, y habiendo rechazado así a Cristo, fue inducida a rendir obediencia al representante de Satanás: el obispo de Roma.

Una de las principales doctrinas del romanismo es que el Papa es la cabeza visible de la iglesia universal de Cristo, investido de autoridad suprema sobre obispos y pastores en todas partes del mundo. Más aún, el Papa se ha arrogado los títulos de Divinidad. Se llama a sí mismo “Señor Dios Papa”, afirma ser infalible y exige que todos los hombres le rindan homenaje. Así, el mismo reclamo hecho por Satanás en el desierto de la tentación todavía lo reclama a través de la iglesia de Roma, y vastas multitudes están listas para rendirle homenaje.

Pero aquellos que temen y reverencian a Dios enfrentan esta audaz presunción, tal como Cristo enfrentó las peticiones del astuto enemigo: "Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás". (Lucas 4:8). Dios nunca insinuó en Su Palabra que designó a un hombre para ser cabeza de la iglesia. La doctrina de la supremacía papal está en directa oposición a las enseñanzas de las Escrituras. El Papa no tiene poder sobre la iglesia de Cristo excepto por usurpación.

Los romanistas han insistido en acusar a los protestantes de herejía y de separación intencional de la verdadera iglesia. Pero estas acusaciones se aplican más bien a ellos mismos. Ellos son los que han dejado el estandarte de Cristo y se han apartado de "la fe que fue una vez dada a los santos" (Judas 3).

Satanás sabía bien que las Sagradas Escrituras permitirían a los hombres discernir sus engaños y resistir su poder. Fue a través de la Palabra que el mismo Salvador del mundo enfrentó sus ataques. Con cada ataque satánico Cristo levantó el escudo de la verdad eterna, diciendo: "Escrito está". A cada sugerencia del adversario opuso la sabiduría y el poder de la Palabra. Para que Satanás mantuviera su dominio sobre los hombres y estableciera la autoridad del usurpador papal, necesitaba mantenerlos en la ignorancia de las Escrituras. La Biblia exaltaría a Dios y colocaría al hombre finito en su verdadera posición. Por lo tanto, sus verdades sagradas debían ocultarse y suprimirse. Esta lógica fue adoptada por la iglesia romana. Durante cientos de años estuvo prohibida la circulación de la Biblia. Al pueblo se le prohibió leerlo o tenerlo en sus casas, y sacerdotes y preladados sin escrúpulos interpretaron sus enseñanzas para defender sus pretensiones. Así, el Papa llegó a ser reconocido casi universalmente como el representante de Dios en la Tierra, investido de autoridad sobre la Iglesia y el Estado.

Una vez eliminado el detector de errores, Satanás obró según su voluntad. La profecía declaraba que el papado consideraría "cambiar los tiempos y la ley" (Daniel 7:25). Esto no tomaría mucho tiempo para lograrlo. Para permitir a los conversos del paganismo un sustituto de la adoración de ídolos y promover así su aceptación nominal del cristianismo, la adoración de imágenes y reliquias se introdujo gradualmente en el culto cristiano. El decreto del consejo general¹ estableció finalmente el sistema idólatra. Para completar la obra sacrílega, Roma pensó que podía eliminar de la ley de Dios el segundo mandamiento, que prohíbe el culto a las imágenes, y dividió el décimo mandamiento para preservar el número de diez.

El espíritu de permisividad hacia el paganismo preparó el camino para una falta de respeto aún mayor hacia la autoridad celestial. Satanás también decidió alterar el cuarto mandamiento y trató de dejar de lado el multimillonario sábado, el día en que Dios bendecía y santificaba², y en su lugar ensalzó una fiesta observada por los paganos como "el venerable día del Sol". Este cambio no se intentó abiertamente al principio. En los primeros siglos, todos los cristianos guardaban el verdadero sábado. Tenían celos del honor divino y, creyendo que su ley era inmutable, observaban celosamente el carácter sagrado de sus preceptos. Sin embargo, Satanás, con gran sutileza, obró por medio de sus agentes para llevar a cabo sus objetivos. Para atraer la atención del pueblo hacia el domingo, se instituyó una fiesta en honor de la resurrección de Cristo. Ese día se llevaban a cabo servicios religiosos, sin embargo, todavía se observaba como un día recreativo. Al mismo tiempo, el sábado todavía se guardaba celosamente.

Para preparar el camino para la obra que se proponía realizar, Satanás había inducido a los judíos, antes del advenimiento de Cristo, a cargar el sábado con las exigencias más rigurosas, haciendo de su observancia una carga pesada. Ahora, aprovechando la falsa luz que había arrojado sobre el sábado, lo despreció como institución judía. Mientras los cristianos siguieran observando la

El domingo como día de ocio, Satanás les ordenó que mostraran su odio hacia el judaísmo y que hicieran del sábado un día de tristeza, ayuno y melancolía.

En la primera mitad del siglo IV, el emperador Constantino emitió un decreto que convertía el domingo en una fiesta pública en todo el Imperio Romano.³ El día del sol era reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por el cristianismo. La política del emperador era unir los intereses en conflicto del paganismo y el cristianismo. Fue persuadido a hacer esto por los obispos de la iglesia, quienes, impulsados por la ambición y la sed de poder, se dieron cuenta de que si el mismo día era observado tanto por cristianos como por paganos, promovería la aceptación nominal del cristianismo por parte de los paganos, haciendo así prosperar el poder y la gloria de la iglesia. Pero aunque los cristianos fueron inducidos gradualmente a observar el domingo como si tuviera cierto grado de santidad, todavía consideraban el verdadero sábado como el día santo del Señor y lo observaban en obediencia al cuarto mandamiento.

El gran engañador aún no había completado su trabajo. Estaba decidido a unir al mundo cristiano bajo su bandera y a ejercer su poder a través de su vicerregente, el orgulloso pontífice que pretendía ser el representante de Cristo. A través de paganos medio convertidos, prelados ambiciosos y eclesiásticos amantes del mundo, cumplió su propósito. De vez en cuando se celebraban grandes concilios, en los que se reunían dignatarios de la iglesia de todo el mundo. En casi todos los concilios, se enfatizó un poco más el sábado que Dios había instituido, mientras que el domingo fue igualmente exaltado. Así, una fiesta pagana finalmente llegó a ser honrada como institución divina, mientras que el sábado bíblico fue declarado reliquia del judaísmo y su observancia declarada una maldición.

El gran apóstata había logrado exaltarse "contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto" (II Tesalonicenses 2:4). Se atrevió a cambiar el único precepto de la ley divina que apunta inequívocamente al Dios vivo y verdadero a toda la humanidad. En el cuarto mandamiento, Dios se revela como el Creador de los cielos y de la tierra y es, por lo tanto distinguido de los dioses falsos. El séptimo día fue santificado como memorial de la obra de la creación y dado como día de descanso para el hombre. Fue instituido para mantener vivo a Dios siempre en la mente de los hombres, como origen de todo ser y objeto de reverencia y adoración. Satanás se esfuerza por apartar a los hombres de su lealtad a Dios y de la obediencia a su ley. Por ello, centra sus esfuerzos especialmente contra el mandamiento que señala a Dios como Creador.

Los protestantes ahora insisten en que la resurrección de Cristo en domingo lo convirtió en el sábado cristiano. Pero falta evidencia bíblica que respalde esta afirmación. Ni Cristo ni sus apóstoles dieron ningún honor a ese día. La observancia del domingo como institución cristiana tiene su origen en el "misterio de la iniquidad" (II Tesalonicenses 2:7), que, en los días de Pablo, ya había comenzado su obra. ¿Dónde y cuándo adoptó el Señor a este hijo del papado? ¿Qué razón válida se puede dar para un cambio que las Escrituras no aprueban?

En el siglo VI, el papado quedó firmemente establecido. La sede de su poder se estableció en la ciudad imperial y el obispo de Roma se declaró jefe de todas las iglesias. El paganismo dio paso al papado. El dragón le dio a la bestia "su poder, y su trono, y gran poder" (Apocalipsis 13:2)¹. Y así comenzaron los 1.260 años de opresión papal predichos en las profecías de Daniel y el Apocalipsis".² Los cristianos se vieron obligados a elegir entre mantener su integridad y aceptar el culto y las ceremonias papales, o pasar el resto de sus vidas en mazmorras o sufrir la muerte en el potro de tortura, en la hoguera o bajo el hacha del verdugo. Así se cumplieron las palabras de Jesús: "Y aun vuestros padres, hermanos, parientes y amigos seréis traicionados, y a algunos de vosotros matarán. Seréis odiados de todos a causa de mi nombre". (Lucas 21:16 y

17). La persecución cayó sobre los fieles con gran furia, como nunca antes, y el mundo se convirtió en un vasto campo de batalla. Durante cientos de años la iglesia de Cristo encontró refugio en el aislamiento y la oscuridad. El profeta dijo: "La mujer, sin embargo, huyó al desierto, donde Dios le había preparado un lugar para que pudieran sustentarla allí durante mil doscientos sesenta días". (Apocalipsis 12:6).

El ascenso de la Iglesia Romana al poder marcó el comienzo de la Edad Media. Cuanto más se expandía su poder, más se profundizaba la oscuridad. La fe fue transferida de Cristo, el verdadero fundamento, al Papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y la salvación eterna, el pueblo miró al Papa, a los sacerdotes y preladados en quienes había delegado autoridad. Se les enseñó que el Papa era su mediador terrenal y que nadie podía llegar a Dios excepto a través de él y que, además, él estaba en el lugar de Dios y debía ser obedecido implícitamente.

Una desviación de estos requisitos era motivo suficiente para aplicar el castigo más severo al cuerpo y al alma de los infractores. Así las mentes del pueblo se desviaron de Dios hacia hombres falibles, errantes y crueles, y peor aún, hacia el mismo príncipe de las tinieblas, quien ejercía su poder a través de ellos. El pecado estaba disfrazado de santidad.

Cuando se suprimen las Escrituras y el hombre comienza a sentirse supremo, sólo podemos esperar fraude, engaño y una tremenda maldad. Con la elevación de las leyes y tradiciones humanas, se hizo manifiesta la corrupción que siempre resulta de dejar de lado la ley de Dios.

Eran días de peligro para la iglesia de Cristo. Los fieles abanderados eran realmente pocos. Aunque la verdad no quedó sin testigos, a veces parecía que el error y la superstición prevalecerían por completo y que la verdadera religión sería desterrada de la tierra. Se perdió de vista el evangelio, pero las formas de religión se multiplicaron y el pueblo se vio agobiado por exigencias rigurosas.

Se le enseñó no sólo a considerar al Papa como su mediador, sino también a confiar en obras adecuadas para la expiación del pecado. Largas peregrinaciones, actos de penitencia, culto de reliquias, construcción de iglesias, santuarios y altares, pago de grandes sumas a la iglesia, estas y muchas acciones similares fueron ordenadas para apaciguar la ira de Dios o asegurar Su favor, como si Dios fuera igual a ¡Hombres, que se enoje por nimiedades o se calme con ofrendas o actos de penitencia!

A pesar de la prevalencia del vicio, incluso entre los líderes de la iglesia romana, su influencia parecía crecer constantemente. Hacia finales del siglo VIII los papistas afirmaban que en los primeros días de la Iglesia los obispos de Roma poseían el mismo poder espiritual que ahora afirmaban. Para establecer esta afirmación, era necesario emplear algunos medios para darle rostros de autoridad y estos fueron fácilmente sugeridos por el padre de la mentira. Los monjes falsificaron escritos antiguos. Se descubrieron decretos de concilios de los que nunca antes se había oído hablar, que establecían la supremacía universal del Papa desde los primeros tiempos.

Y una iglesia que había rechazado la verdad aceptó con entusiasmo estos engaños.

Los pocos y fieles constructores del verdadero fundamento (I Corintios 3:10 y 11) quedaron perplejos y obstaculizados cuando los escombros de las falsas doctrinas obstruyeron la obra. Como los constructores de los muros de Jerusalén en tiempos de Nehemías, algunos estaban dispuestos a decir: "Las fuerzas de los portadores han fallado, y los escombros son tan grandes que no podemos construir el muro". (Nehemías 4:10). Fatigados por las constantes luchas contra la persecución, el fraude, la iniquidad y todo obstáculo que Satanás pudiera idear para impedir su progreso, algunos de los que habían sido fieles constructores se desanimaron; y por la paz y seguridad de su

bienes y vidas, apartados del verdadero fundamento. Otros, impertérritos ante la oposición de sus enemigos, declararon sin miedo: "No les temáis; acordaos del Señor, grande y temible" (Nehemías 4:14); y continuaron con el trabajo, cada uno con su espada ceñida al costado (Efesios 6:17).

El mismo espíritu de odio y oposición a la verdad ha inspirado a los enemigos de Dios en todas las épocas, y se ha requerido la misma vigilancia y fidelidad de sus siervos. Las palabras de Cristo a los primeros discípulos son aplicables a sus seguidores de los últimos tiempos: "Y lo que os digo, lo digo a todos los hombres: velad". (Marcos 13:37).

La oscuridad pareció volverse más espesa. El culto a las imágenes se generalizó. Se quemaron velas antes de ofrecerles imágenes y oraciones. Prevalecían las costumbres y supersticiones más absurdas. Las mentes de los hombres estaban tan completamente controladas por la superstición que la razón misma parecía haber perdido su influencia. Dado que los sacerdotes y los obispos eran amantes de los placeres, sensuales y corruptos, sólo se podía esperar que las personas que buscaban orientación en ellos se hundirían en la ignorancia y el vicio.

Se dio otro paso en la ascensión papal cuando, en el siglo XI, el Papa Gregorio VII proclamó la perfección de la Iglesia romana. Entre las proposiciones que hizo hubo una que declaraba que la iglesia nunca se había equivocado ni se equivocaría, según las Escrituras. Pero la evidencia bíblica no respalda estas afirmaciones. El orgullo pontificio reivindicaba el poder de deponer a los emperadores y declaraba que ninguna sentencia que él pronunciara podía ser revocada por nadie, sino que era su prerrogativa revocar las decisiones de todos los demás.

Un ejemplo extraordinario del carácter tiránico de este defensor de la infalibilidad se presentó en el trato dado al emperador alemán Enrique IV. Como se pensaba que había faltado el respeto a la autoridad del Papa, este monarca fue excomulgado y destronado. Aterrorizado por la desertión y la amenaza de sus propios príncipes, alentados a rebelarse por orden papal, Enrique sintió la necesidad de hacer las paces con Roma. En compañía de su esposa y de un fiel servidor, cruzó los Alpes durante el invierno, para poder humillarse ante el Papa. Al llegar al castillo al que se había retirado Gregorio, fue conducido sin la escolta de sus guardias a un patio exterior y allí, en el severo frío invernal, con la cabeza descubierta, los pies descalzos y vestido con ropas miserables, esperó el permiso del Papa para ir delante de él.

No fue hasta que Enrique ayunó durante tres días y se confesó que el pontífice condescendió a concederle el perdón. E incluso entonces esto se dio con la condición de que el emperador esperara la sanción del Papa antes de retomar su dignidad o ejercer su poder real. Y Gregorio, orgulloso de este triunfo, se jactaba de que era su deber "abatir el orgullo de los reyes".

¡Qué sorprendente el contraste entre el orgullo dominante de este arrogante pontífice y la docilidad y mansedumbre de Cristo, que se presenta suplicando a la puerta del corazón que sea admitido, para traer consigo el perdón y la paz, y que enseñó Sus discípulos: "Y el que quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro servidor". (Mateo 20:27).

Los siglos posteriores fueron testigos de un aumento constante del error en las doctrinas enseñadas por Roma. Incluso antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían recibido atención y ejercido influencia en la iglesia. Muchos de los que afirmaban haberse convertido todavía se aferraban a los principios de su filosofía pagana y no sólo continuaron sus estudios, sino que persuadieron a otros como medio de extender su influencia entre los paganos. Se introdujeron así graves errores en la fe cristiana. La creencia en la inmortalidad natural del hombre y su conciencia de la muerte ocupaban un lugar destacado entre

ellos. Esta doctrina sentó las bases sobre las que Roma estableció la invocación de los santos y el culto a la Virgen María. De allí surgió también la herejía del tormento eterno para los impenitentes, que fue inmediatamente incorporada a la fe papal.

Entonces se preparó el camino para la introducción de otra invención del paganismo, que Roma llamó purgatorio, y que se empleó para aterrorizar a las multitudes crédulas y supersticiosas. Mediante esta herejía afirmaba la existencia de un lugar de tormento, en el que las almas que no merecían la condenación eterna sufrirían el castigo por sus pecados y, después de ser liberadas de la impureza, serían admitidas en el Cielo.

Aún era necesario otro engaño para que Roma pudiera aprovecharse de los temores y vicios de sus seguidores: la doctrina de las indulgencias. Se prometió la remisión total de los pecados pasados, presentes y futuros, y la libertad de todos los dolores y penas incidentales a todos los que se alistaran en las guerras pontificias para expandir su dominio temporal, castigar a sus enemigos o exterminar a aquellos que se atrevieran a negar su supremacía espiritual. También se enseñó al pueblo que pagando dinero a la iglesia podían liberarse del pecado y también liberar las almas de sus amigos fallecidos que estaban confinados en las llamas atormentadoras. Por estos medios Roma llenó sus arcas y sostuvo la magnificencia, el lujo y el vicio de los supuestos representantes de Aquel que no tenía dónde recostar su cabeza.

La ordenanza bíblica de la Cena del Señor fue suplantada por el sacrificio idólatra de la misa. Los sacerdotes papales pretendían, con su pantomima sin sentido, convertir el simple pan y el vino en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo. Con presunción blasfema afirmaron abiertamente el poder de "crear a Dios, el Creador de todas las cosas". Todos los cristianos estaban obligados, bajo pena de muerte, a declarar su fe en esta horrible herejía que desafiaba al Cielo, y las multitudes que se negaban a ceder ante ella eran arrojadas a las llamas.

En el siglo XIII se estableció la más terrible de todas las creaciones del papado: la Inquisición. El príncipe de las tinieblas estaba trabajando con los líderes de la jerarquía papal. En sus consejos secretos, Satanás y sus ángeles controlaban las mentes de los hombres malvados, mientras que, invisible entre ellos, había un ángel de Dios que registraba terriblemente sus malvados decretos y escribía la historia de hechos demasiado terribles para ser vistos por nadie. ojos humanos. "Babilonia la grande" estaba "ebria con la sangre de los santos". Las formas mutiladas de millones de mártires clamaron a Dios venganza contra este poder apóstata.

El papado se convirtió en el déspota del mundo. Reyes y emperadores se sometieron a los decretos del pontífice romano. Los destinos de los hombres, tanto presentes como eternos, parecían estar bajo su control. Durante siglos, las doctrinas de Roma fueron amplia y explícitamente aceptadas, sus rituales se realizaron con reverencia y sus festividades se observaron en general. Su clero era honorable y estaba liberalmente apoyado. Nunca antes la iglesia romana había alcanzado mayor dignidad, magnificencia o poder.

El mediodía del papado fue la medianoche moral del mundo. Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas, no sólo para el pueblo, sino también para los sacerdotes. Al igual que los fariseos de la antigüedad, los líderes papistas odiaban la luz que revelaría sus pecados. Una vez eliminada la ley de Dios, la norma de justicia, ejercieron un poder ilimitado y practicaron el vicio sin restricciones. Prevalcieron el fraude, la avaricia y el libertinaje. Los hombres no retrocedían ante ningún delito que pudiera aportarles riqueza o posición. Los palacios de los papas y de los prelados fueron escenario del más vil libertinaje. Algunos de los pontífices reinantes fueron culpables de crímenes tan repugnantes que los gobernadores seculares se esforzaron por deponer a estos dignatarios eclesiásticos,

como monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos, Europa no logró avances en el conocimiento, las artes o la civilización. Una parálisis moral e intelectual había caído sobre el cristianismo.

La condición del mundo bajo el gobierno papal presentó el cumplimiento terrible y espantoso de las palabras del profeta Oseas: "Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento. Por cuanto tú, sacerdote, has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré... Puesto que tú, sacerdote, has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré... te has olvidado de la ley de tu Dios, yo también me olvidaré de tus hijos." (Oseas 4:6); "Porque en ella no hay verdad, ni amor, ni conocimiento de Dios. Lo único que prevalece es el perjurio, la mentira, el matar, el hurto y el adulterio, y hay allanamientos y asesinatos sobre asesinatos". (Oseas 10:1-2). Tales fueron los resultados del destierro de la Palabra de Dios.

Capítulo 4

Los Valdenses

En medio de la oscuridad que cayó sobre la Tierra durante el largo período de supremacía papal, la luz de la verdad no pudo extinguirse por completo. En todas las épocas ha habido testigos de Dios: hombres que apreciaron su fe en Cristo como el único mediador entre Dios y el hombre, que sostuvieron la Biblia como la única regla de vida y que santificaron el verdadero sábado. Cuánto les debe el mundo a estos hombres, la posteridad nunca lo sabrá. Fueron condenados como herejes, sus motivos cuestionados, su carácter difamado, sus escritos prohibidos, distorsionados o mutilados.

Sin embargo, se mantuvieron firmes y de generación en generación mantuvieron la fe en su pureza como herencia sagrada para las generaciones venideras.

La historia del pueblo de Dios durante los siglos de oscuridad que siguieron al establecimiento de la supremacía de Roma está escrita en el cielo, pero tiene poco espacio en los registros humanos. Pocas huellas de su existencia se pueden encontrar salvo en las acusaciones de sus perseguidores. La política de Roma era eliminar todo rastro de disensión de sus doctrinas o decretos. Todo lo que consideraba herético, ya fueran personas o escritos, fue destruido. Una simple expresión de duda, una pregunta sobre la autoridad de los dogmas papales, era suficiente para acabar con la vida de ricos o pobres, de altos o bajos. Roma también se esforzó por destruir todo registro de su crueldad hacia los disidentes. Los concilios papales decretaron que los libros y escritos que contuvieran tales registros debían ser arrojados a las llamas. Antes de la invención de la imprenta, los libros eran pocos y estaban hechos de materiales difíciles de conservar. Por lo tanto, poco se podía hacer para impedir que los romanistas llevaran a cabo su propósito.

Ninguna iglesia dentro de los límites de la jurisdicción romana estuvo durante mucho tiempo cómoda en el disfrute de la libertad de conciencia. Tan pronto como el papado obtuvo el poder, extendió sus brazos para aplastar a todos los que se negaban a reconocer su autoridad; y las iglesias se sometieron a su gobierno una tras otra.

El cristianismo primitivo echó raíces muy temprano en Gran Bretaña. El evangelio recibido por los británicos en los primeros siglos estuvo libre de la corrupción de la apostasía romana. La persecución de los emperadores paganos, que se extendió hasta estas lejanas costas, fue el único regalo que las primeras iglesias de Gran Bretaña recibieron de Roma. Muchos cristianos, que huían de la persecución en Inglaterra, encontraron refugio en Escocia; de allí la verdad fue llevada a Irlanda, y en todos estos países fue recibida con alegría.

Cuando los sajones invadieron Gran Bretaña, el paganismo tomó el control. Los conquistadores desdeñaron ser instruidos por sus esclavos y los cristianos se vieron obligados a retirarse a las montañas y pantanos salvajes. Sin embargo, la luz, oculta por un tiempo, siguió brillando. En Escocia, un siglo después, brilló con un resplandor que se extendió hasta las tierras más lejanas. De Irlanda vinieron el piadoso Columba y sus colaboradores quienes, reuniendo a los creyentes dispersos en la solitaria isla de Iona, hicieron de ese lugar el centro de sus labores misioneras. Entre estos evangelistas había un observador del sábado bíblico, y así esta verdad se introdujo entre el pueblo. En Iona se fundó una escuela, de la que partieron misioneros no sólo para Escocia e Inglaterra, sino también para Alemania, Suiza e incluso Italia.

Pero Roma había puesto sus ojos en Gran Bretaña y resolvió someterla a su dominio. En el siglo VI, sus misioneros emprendieron la conversión de los sajones paganos. Fueron recibidos con favor por los orgullosos bárbaros e indujeron a miles a profesar la fe romana. A medida que avanzaba la obra, los líderes papistas y sus conversos se encontraron con los primeros cristianos. Se mostró un sorprendente contraste. Estos últimos eran sencillos, humildes y de carácter, doctrina y modales bíblicos, mientras que los primeros manifestaban la superstición, la pompa y la arrogancia del papado.

El emisario romano exigió que estas iglesias cristianas reconocieran la supremacía del soberano pontífice. Los británicos respondieron dócilmente que deseaban amar a todos los hombres, pero que el Papa no tenía derecho a la supremacía en la Iglesia y que sólo podían cederle la sumisión debida a todo seguidor de Cristo. Se hicieron repetidos intentos para obtener su sumisión a Roma, pero estos humildes cristianos, asombrados por el orgullo mostrado por sus emisarios, respondieron firmemente que no conocían otro maestro que Cristo. Entonces se reveló el verdadero espíritu del papado. El líder romanista dijo: "Si no recibís a los hermanos que os traen la paz, recibiréis enemigos que os traerán la guerra. Si no se unen a nosotros para mostrarles a los sajones el modo de vida, recibirán de ellos el golpe mortal". No fueron amenazas vanas. Se emplearon guerras, intrigas y engaños contra estos testigos de la fe bíblica, hasta que las iglesias de Gran Bretaña fueron destruidas u obligadas a someterse a la autoridad del Papa.

En tierras fuera de la jurisdicción de Roma, existieron durante muchos siglos grupos de cristianos que permanecieron casi completamente libres de la corrupción papal. Estuvieron rodeados de paganismo y, con el tiempo, afectados por sus errores; pero continuaron observando la Biblia como su única regla de fe y obedecieron muchas de sus verdades. Estos cristianos creían en la perpetuidad de la ley de Dios y observaban el sábado del cuarto mandamiento. Existían iglesias que mantenían esta fe y práctica en África Central y entre los armenios en Asia.

Pero entre los que resistieron los abusos del poder papal, los valdenses siguieron siendo los primeros. En la misma tierra donde el papado había fijado su trono, sus falsedades y corrupción fueron resistidas con mayor firmeza. Durante siglos las iglesias del Piamonte mantuvieron su independencia; pero llegó el momento en que Roma exigió su sumisión. Después de luchas infructuosas contra su tiranía, los líderes de estas iglesias reconocieron a regañadientes la supremacía del poder al que toda la tierra parecía rendir homenaje. Hubo algunos, sin embargo, que se negaron a someterse a la autoridad del Papa o de los prelados. Estaban decididos a mantener su fidelidad a Dios y preservar la pureza y sencillez de su fe. Luego hubo separación. Los que se aferraron a la antigua fe cayeron; algunos abandonaron los Alpes nativos y alzaron la bandera de la verdad en tierras extranjeras; otros se retiraron a estrechos valles aislados y retiros de montañas rocosas, y allí preservaron su libertad para adorar a Dios.

La fe que durante muchos siglos habían mantenido y enseñado los cristianos valdenses contrastaba marcadamente con las falsas doctrinas propagadas por Roma. Su creencia religiosa estaba fundada en la Palabra de Dios, el sistema legítimo del cristianismo. Sin embargo, aquellos humildes campesinos en sus oscuros retiros, aislados del mundo y ligados al trabajo diario entre sus rebaños y viñedos, no habían llegado por sí solos a la verdad en oposición a los dogmas y herejías de la iglesia apóstata. Su fe no había sido recibida recientemente. Su creencia religiosa fue heredada de sus padres. Contendieron por la fe de la iglesia apostólica: "la fe que una vez fue entregada a los santos" (Judas 3). "La iglesia en el desierto" y no la orgullosa jerarquía entronizada en la gran capital del

mundo, era la verdadera iglesia de Cristo, la guardiana de los tesoros de la verdad que Dios dio a su pueblo para ser entregados al mundo.

Entre las principales causas que llevaron a la verdadera iglesia a separarse de Roma estuvo su odio al sábado bíblico. Como se predijo en la profecía, el poder papal arrojó la verdad por tierra. La ley de Dios fue pisoteada hasta el polvo, mientras que las tradiciones y costumbres de los hombres fueron exaltadas. Las iglesias que estaban bajo el control del papado pronto se vieron obligadas a honrar el domingo como día santo. Entre el error prevaleciente y la superstición, muchos, incluso entre el verdadero pueblo de Dios, estaban tan desconcertados que, mientras observaban el sábado, se abstendían de trabajar también el domingo. Pero esto no satisfizo a los líderes papales. Exigieron no sólo que se santificara el domingo, sino que también se profanara el sábado. Y denunciaron con lenguaje más duro a quienes se atrevían a rendirle honores. Sólo huyendo del poder de Roma algunos pudieron obedecer la ley de Dios en paz.

Los Valdenses fueron los primeros, entre todos los pueblos de Europa, en obtener una traducción de las Sagradas Escrituras. Cientos de años antes de la Reforma, tenían una Biblia escrita a mano en su idioma nativo. Tenían en su poder la verdad inmaculada, y esto los convertía en objetos especiales de odio y persecución. Declararon que la iglesia de Roma era Babilonia apostatada del Apocalipsis y, a riesgo de sus vidas, se levantaron para resistir sus corrupciones. Mientras que bajo la presión continua de una persecución prolongada muchos transigieron en su fe, abandonando poco a poco sus principios distintivos, otros se mantuvieron firmes en la verdad. A través de siglos de oscuridad y apostasía hubo valdenses que negaron la supremacía de Roma, que rechazaron la adoración de imágenes como idolatría y que guardaron el verdadero sábado. Bajo las más feroces tormentas de oposición, mantuvieron su fe. Aunque atravesados por las lanzas de los Saboya y abrasados por los fuegos romanos, permanecieron inquebrantables ante la Palabra de Dios y su honor.

Detrás de las altas murallas de las montañas, durante todos los siglos refugio de los perseguidos y oprimidos, los Valdenses encontraron un escondite. Allí se mantuvo encendida la luz de la verdad en medio de las tinieblas de la Edad Media. Allí, durante mil años, los testigos de la verdad mantuvieron la antigua fe.

Dios ha provisto para su pueblo un santuario de impresionante grandeza, adecuado a las poderosas verdades que se les han confiado. Para aquellos fieles exiliados, las montañas eran un emblema de la justicia inmutable de Jehová. Señalaron a sus hijos las alturas que se alzaban sobre ellos con inalterable majestad, y les hablaron de Aquel en quien no hay variación ni sombra de cambio, cuya palabra permanece como la montañas eternas. Dios había establecido las montañas y las había ceñido de fortaleza. Ningún brazo excepto el de poder infinito podría moverlos de sus lugares. De la misma manera había establecido Su ley, fundamento de Su gobierno en el Cielo y en la Tierra. El brazo humano podría alcanzar a sus semejantes y acabar con sus vidas, pero ese brazo sería tan impotente para arrancar las montañas de sus cimientos y arrojarlas al mar, como lo sería para cambiar un precepto de la ley de Jehová o destruir uno de sus promesas hechas a quienes hacen su voluntad. En fidelidad a su ley, los siervos de Dios deben ser tan firmes como las montañas inmutables.

Las montañas que rodeaban sus valles eran testigos constantes del poder creativo de Dios y una seguridad infalible de su cuidado protector. Estos peregrinos aprendieron a amar los símbolos silenciosos de la presencia de Jehová. No cedieron a lamentos por las dificultades de su suerte. Nunca se sintieron solos en la soledad de las montañas. Estaban agradecidos a Dios por brindarles un refugio contra la ira y la crueldad de los hombres. Se regocijaban en su libertad para adorar a Dios.

A menudo, cuando son perseguidos por sus enemigos, la fortaleza de las altas montañas

les proporcionó una defensa segura. Desde los imponentes acantilados cantaron alabanzas a Dios, y los ejércitos de Roma no pudieron silenciar sus cánticos de acción de gracias.

Pura, sencilla y ferviente era la piedad de estos seguidores de Cristo. Valoraban los principios de la verdad por encima de las casas y las tierras, los amigos, los parientes e incluso la vida misma. Procuraron grabar cuidadosamente estos principios en el corazón de los jóvenes. Desde su más tierna infancia, los jóvenes fueron instruidos en las Escrituras y se les enseñó a observar sagradamente los requisitos de la ley de Dios. Las copias de la Biblia eran raras; por eso sus preciosas verdades fueron confiadas a la memoria. Muchos pudieron repetir grandes porciones tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Los pensamientos de Dios estaban asociados de esta manera con el paisaje sublime de la naturaleza y las sencillas bendiciones de la vida diaria. Los niños pequeños aprendieron a mirar a Dios con gratitud, como el Dador de todo favor y de todo consuelo.

Como eran padres cariñosos y afectuosos, amaban a sus hijos muy sabiamente y no permitían que se acostumbraran a la autocomplacencia. Ante ellos se extendía una vida de sufrimiento y aflicción, y tal vez la muerte de un mártir. Fueron educados desde la infancia para soportar las dificultades, someterse al control y, sin embargo, pensar y actuar por sí mismos. Desde muy pequeños se les enseñó a asumir responsabilidades, a ser mesurados en su discurso y a comprender la sabiduría del silencio. Una palabra inoportuna cayendo en oídos de sus enemigos podía poner en peligro no sólo la vida de quien la pronunciaba, sino la de cientos de sus hermanos, porque como lobos cazando a su presa, los enemigos de la verdad perseguían a quienes se atrevían a reclamar la libertad para los suyos. bien, fe religiosa.

Los valdenses habían sacrificado su antigua prosperidad en aras de la verdad y con paciencia perseverante lucharon por su pan de cada día. Cada pedazo de tierra cultivable entre las montañas fue cuidadosamente desarrollado. Los valles y laderas baldías fueron trabajados para permitirles producir. La economía y una severa abnegación formaron parte de la educación que los niños recibieron como único legado.

Se les enseñó que Dios había diseñado la vida para que fuera una vida de disciplina y que sus necesidades serían satisfechas sólo mediante el trabajo personal, la previsión, el cuidado y la fe. El proceso fue laborioso y agotador, pero beneficioso, justo lo que el hombre necesita en su estado caído; la escuela que Dios ha provisto para tu formación y desarrollo.

Si bien la juventud estaba acostumbrada a trabajar en medio de dificultades, no se descuidaba la cultura del intelecto. A los jóvenes se les enseñó que todas sus facultades pertenecían a Dios y que todas debían ser mejoradas y desarrolladas para su servicio.

Las iglesias valdenses, en su pureza y sencillez, se parecían a la iglesia de los tiempos apostólicos. Rechazando la supremacía del Papa y los prelados, sostuvieron la Biblia como la autoridad única, suprema e infalible. Sus pastores, a diferencia de los arrogantes sacerdotes de Roma, siguieron el ejemplo de su Maestro, quien "no vino a ser servido, sino a servir". (Mateo 20:28). Alimentaron al rebaño de Dios, conduciéndolo a los verdes pastos y manantiales vivos de Su Santa Palabra. Lejos de los hitos de la pompa y el orgullo humanos, el pueblo se reunía, no en magníficas iglesias y grandes catedrales, sino bajo la sombra de las montañas, en los valles alpinos o, en tiempos de peligro, en alguna fortaleza rocosa, para escuchar a los siervos de Cristo las palabras de verdad. Los pastores no sólo predicaban el evangelio, sino que también visitaban a los enfermos, catequizaban a los niños, amonestaban a los descarriados y trabajaban para resolver disputas y promover la armonía y el amor fraternal. En tiempos de paz se sostenían con ofrendas voluntarias del pueblo; pero, como Pablo,

el fabricante de tiendas, cada uno se dedicaba a algún oficio o aprendía alguna profesión con la que, si era necesario, podía mantenerse.

Los jóvenes recibieron instrucciones de sus pastores. Si bien se prestó atención a las ramas del conocimiento general, la Biblia fue el estudio principal. Se memorizaron los evangelios de Mateo y Juan y también muchas epístolas. También estaban ocupados copiando las Escrituras. Algunos manuscritos contenían la Biblia entera, otros sólo breves extractos, a los que aquellos que eran capaces de explicar las Escrituras añadían explicaciones sencillas del texto. Así quedaron expuestos los tesoros de la verdad escondidos durante tanto tiempo por aquellos que buscaban exaltarse por encima de Dios.

A través de un trabajo paciente e incansable, a veces en cuevas profundas y oscuras de la Tierra, bajo la luz de antorchas, las Sagradas Escrituras fueron copiadas versículo por versículo, capítulo por capítulo. Así continuó la obra y la voluntad revelada de Dios brilló como oro puro. Y cuánto más brillante, más claro y más poderoso era debido a las pruebas por las que pasó su amor, sólo aquellos que estaban comprometidos en un trabajo similar podían entenderlo. Ángeles del cielo rodearon a estos fieles trabajadores.

Satanás había instigado a los sacerdotes y prelados papales a enterrar la Palabra de la Verdad bajo la basura del error, la herejía y la superstición, pero se conservó incorruptible de la manera más maravillosa a lo largo de todas las edades oscuras. No llevaba el sello del hombre, sino la impresión divina. Los hombres han sido infatigables en sus esfuerzos por oscurecer el significado simple y puro de las Escrituras y hacerlas contradecir su propio testimonio, pero, como el arca en el mar tempestuoso, la Palabra de Dios vence las tormentas que amenazan su destrucción. Así como la mina tiene ricas vetas de oro y plata escondidas debajo de la superficie y todos deberían cavar para descubrir sus preciosas vetas, así las Sagradas Escrituras tienen los tesoros de la verdad que se revelan sólo al buscador sincero, humilde y piadoso. Dios diseñó la Biblia para que fuera el libro de texto para toda la humanidad, en la niñez, la juventud y la madurez, y para que fuera estudiada en todas las edades. Dio su Palabra a los hombres como revelación de sí mismo. Cada nueva verdad discernida es una nueva revelación del carácter de Su Autor. El estudio de las Escrituras es el medio divinamente ordenado para conectar a los hombres con su Creador y darles un conocimiento más claro de su voluntad. Son los medios de comunicación entre Dios y el hombre.

Aunque los Valdenses consideraban el temor del Señor como principio de sabiduría, no ignoraban la importancia del contacto con el mundo, con el conocimiento humano y la vida activa, para expandir la mente y despertar las percepciones. De sus escuelas de montaña, algunos jóvenes pasaban a instituciones de aprendizaje en las ciudades de Francia o Italia, donde había un campo más extenso para el estudio, el pensamiento y la observación que en sus Alpes nativos. Los jóvenes así enviados estuvieron expuestos a la tentación, fueron testigos del vicio y se enfrentaron a los astutos agentes de Satanás, quienes atrajeron sobre ellos las herejías más sutiles y los engaños más peligrosos. Pero su educación desde la niñez fue tal que los preparó para todo esto.

En las escuelas a las que asistían, se suponía que no debían convertir a nadie en su confidente. Su ropa estaba diseñada para ocultar su mayor tesoro: los preciosos manuscritos de las Escrituras. Llevaron consigo estos frutos de meses y años de arduo trabajo, y cuando pudieron hacerlo sin despertar sospechas, colocaron cuidadosamente una parte en manos de aquellos cuyos corazones parecían abiertos a recibir la verdad. Desde las rodillas de sus madres, los jóvenes vaudois habían sido entrenados con este propósito. Entendieron su trabajo y lo realizaron fielmente. En estas instituciones educativas se ganaban conversos a la verdadera fe y, a menudo, sus

Se consideró que los principios impregnaban toda la escuela. Sin embargo, los líderes papistas no pudieron, a pesar de la investigación más estricta, descubrir la fuente de la supuesta herejía corruptora.

El espíritu de Cristo es misionero. El primer impulso del corazón renovado es llevar a otros al Salvador. Ése era el espíritu de los cristianos valdenses. Sentían que Dios exigía más de ellos que simplemente preservar la verdad en su pureza en las iglesias; que sobre ellos recaía el deber de hacer brillar su luz sobre los que estaban en tinieblas. A través de la poderosa Palabra de Dios, buscaron romper el cautiverio que Roma había impuesto. Los ministros valdenses fueron capacitados como misioneros; A todo aquel que esperaba entrar en el ministerio se le exigía, primero, adquirir experiencia como evangelista. Tuvieron que servir durante tres años en algún campo misionero antes de hacerse cargo de una iglesia en su ciudad natal. Este servicio, que al principio exigía abnegación y sacrificio, fue una adecuada introducción a la vida pastoral en aquellos tiempos difíciles para las almas de los hombres. Los jóvenes que recibieron la ordenación al sagrado oficio no vieron ante ellos la perspectiva de riquezas y gloria terrenales, sino una vida de duro trabajo y peligro, y posiblemente el destino de un mártir.

Los misioneros salieron de dos en dos, de la misma manera que Jesús había enviado a sus discípulos. Generalmente, cada joven estaba asociado con un hombre de mayor edad y experiencia, y estaba bajo la guía de su compañero, quien era responsable de su formación y cuyas instrucciones el joven debía escuchar. Estos colaboradores no siempre estaban juntos, pero a menudo se reunían para orar y aconsejarse, fortaleciéndose mutuamente en la fe.

Dar a conocer el objeto de su misión les habría asegurado la derrota; por eso ocultaron cuidadosamente su verdadero carácter. Cada ministro tenía conocimientos en alguna rama del comercio o profesión, y los misioneros continuaban su trabajo al amparo de una ocupación secular. Por lo general, elegían ser comerciantes o vendedores. Comercian con artículos seleccionados y valiosos, como seda, encajes y joyas, que no se encontraban fácilmente en aquellos tiempos, encontrando así entrada donde, de otro modo, habrían sido repelidos. Al mismo tiempo, elevaron su corazón a Dios pidiendo sabiduría para presentarles un tesoro más precioso que el oro o las piedras preciosas. Llevaban consigo ejemplares de la Biblia, completos o parciales, y cada vez que había oportunidad, los presentaban, llamando la atención de sus clientes sobre estos manuscritos. La lectura de la Palabra de Dios a menudo despertaba interés, y con gusto se dejaba una parte a quienes deseaban recibirla.

La obra de estos misioneros comenzó en las llanuras y valles al pie de sus propias montañas, pero se extendió mucho más allá de estos límites. Con los pies descalzos y con ropas rústicas marcadas por el viaje, al igual que las de su Maestro, atravesaron grandes ciudades y se adentraron en tierras lejanas. Esparcieron la preciosa semilla por todas partes. Las iglesias aparecieron en su camino y la sangre de los mártires atestiguó la verdad. El día de Dios revelará la rica cosecha de almas que surgen del trabajo de estos hombres fieles. Velada y silenciosamente, la Palabra de Dios se abrió paso por el mundo cristiano y encontraba feliz acogida en los hogares y en los corazones de los hombres.

Para los valdenses, las Escrituras no eran simplemente un registro de los tratos de Dios con los hombres en el pasado y una revelación de las responsabilidades y deberes del presente, sino una revelación de los peligros y glorias del futuro. Creían que el fin de todas las cosas no estaba muy lejano y, a medida que estudiaban la Biblia con oración y lágrimas, quedaron más impresionados con sus preciosas declaraciones y con su deber de dar a conocer a otros sus verdades redentoras. Vieron el plan de salvación claramente revelado en las páginas sagradas y encontraron consuelo, esperanza y paz en la fe.

en Jesús. Mientras la luz iluminaba su entendimiento y alegraba sus corazones, ansiaban derramar sus rayos sobre aquellos que estaban envueltos en las tinieblas del error papal.

Vieron que bajo la dirección del Papa y de los sacerdotes, multitudes se esforzaban en vano por obtener el perdón de la aflicción de sus cuerpos por el pecado de sus almas. Enseñados a confiar en sus buenas obras para salvarlos, estaban siempre mirándose a sí mismos y pensando en su condición de pecadores, viéndose expuestos a la ira de Dios, afligiendo alma y cuerpo, pero no encontrando alivio. De esta manera, las almas conscientes quedaron encadenadas a las doctrinas de Roma. Miles abandonaron a amigos y familiares y pasaron sus vidas en las celdas de un convento. Mediante frecuentes ayunos y crueles flagelaciones, mediante vigiliadas de medianoche, postrándose durante largas horas sobre las frías y húmedas piedras de su lúgubre cámara, mediante largas peregrinaciones, penitencias humillantes y torturas espantosas, millones buscaron en vano la paz de conciencia... Oprimidos por el sentimiento de pecado y atormentados por el temor de la ira retributiva de Dios, muchos continuaron sufriendo hasta que su naturaleza exhausta sucumbió y, sin un rayo de luz o esperanza, se hundieron en la tumba.

Los Valdenses deseaban compartir el pan de vida con estas almas, revelarles los mensajes de paz en las promesas de Dios y señalarles a Cristo como su única esperanza de salvación. Dijeron que la doctrina de que las buenas obras pueden expiar la transgresión de la Ley de Dios era falsa. La confianza en los méritos humanos impide la visión del amor infinito de Cristo. Jesús murió como sacrificio por el hombre porque la raza caída no puede hacer nada para recomendarse a Dios. Los méritos de un Salvador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe cristiana. La dependencia del alma de Cristo es tan real, y su conexión con Él debe ser tan íntima como la de un miembro al cuerpo, o la de un pámpano a la vid.

Las enseñanzas de los papas y los sacerdotes habían llevado a los hombres a considerar el carácter de Dios, e incluso el de Cristo, como severo, oscuro y hostil. El Salvador fue representado tan desprovisto de simpatía hacia el hombre en su estado caído, que debería invocarse la mediación de sacerdotes y santos. Aquellos cuyas mentes fueron iluminadas por la Palabra de Dios anhelaban señalar a estas almas a Jesús como su compasivo y amoroso Salvador, con los brazos extendidos para invitar a todos a venir a Él con su carga de pecado, preocupaciones y cansancio. Tenían como objetivo eliminar los obstáculos que Satanás había erigido para que los hombres no vieran las promesas y vinieran directamente a Dios, confesando sus pecados y obteniendo perdón y paz.

Con entusiasmo, el misionero valdense reveló a la mente inquisitiva las preciosas verdades del evangelio. Con gran cuidado presentó porciones escritas de las Sagradas Escrituras. Su mayor gozo era llevar esperanza al alma consciente y herida por el pecado que sólo podía vislumbrar a un Dios vengativo y esperando ejecutar juicio. Con labios temblorosos y ojos llorosos, él, a menudo de rodillas dobladas, descubrió para sus hermanos las preciosas promesas que revelaban la única esperanza del pecador. Así, la luz de la verdad penetró en muchas mentes oscurecidas, repeliendo la nube oscura, hasta que el Sol de Justicia brilló en el corazón, trayendo sanación con sus rayos. A menudo ocurría que alguna porción de las Escrituras se leía varias veces y el oyente quería que se repitiera como para asegurarse de haber escuchado correctamente. Se deseaba vivamente la repetición de estas palabras: "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado". (I Juan 1:7). "Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él crea tenga vida eterna". (Juan 3:14 y 15).

Muchos no podían dejarse engañar acerca de las exigencias de Roma. Habían visto cuán vana es la mediación de hombres o ángeles a favor del pecador.

Cuando la verdadera luz amaneció en sus mentes, exclamaron con gozo: "Cristo es mi Sacerdote, su sangre es mi sacrificio; Tu altar es mi confesionario". Se confiaron completamente en los méritos de Jesús, repitiendo las palabras: "De hecho, sin fe es imposible agradar a Dios". (Hebreos 11:6). "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en el que podamos ser salvos". (Hechos 4:12).

La seguridad del amor del Salvador parecía difícil de comprender para algunas de estas pobres almas azotadas por la tormenta. Tan grande fue el alivio que les produjo, tal fue el torrente de luz derramado sobre ellos, que parecieron transportados al Cielo.

Su mano fue puesta confiadamente en la mano de Jesús; sus pies plantados sobre la Roca de los siglos. Todo temor a la muerte quedó desterrado. Ahora podrían codiciar la prisión y la hoguera, si así pudieran honrar el nombre de su Redentor.

La Palabra de Dios fue llevada a lugares escondidos y leída a veces a una sola alma, a veces a un pequeño grupo ávido de luz y verdad. A menudo pasaban así toda la velada. Tan grande fue la sorpresa y admiración de los oyentes que el mensajero de la misericordia a menudo se vio obligado a dejar de leer, hasta que el entendimiento pudiera captar la noticia de la salvación. Palabras como estas se pronunciaron repetidamente: "¿Aceptaré Dios mi ofrenda? ¿Me sonreirá? ¿Me perdonará?" Luego se leyó la respuesta: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar".

(Mateo 11:28).

La fe se aferró a la promesa y se escuchó la gozosa respuesta: "No más peregrinaciones largas que hacer; No más viajes dolorosos a relicarios sagrados. Puedo venir a Jesús tal como soy, pecador e impío, y Él no despreciará la oración de penitencia. "Tus pecados te son perdonados". ¡Míos, sí, mis pecados pueden ser perdonados!

Una corriente de santo gozo llenó el corazón y el nombre de Jesús fue magnificado por la alabanza y la acción de gracias. Estas almas felices regresaron a sus hogares para difundir luz, para repetir su nueva experiencia a los demás de la mejor manera posible; experiencia de que habían encontrado el Camino verdadero y vivo. Había un poder extraño y solemne en las palabras de las Escrituras, que hablaban directamente a los corazones de aquellos que ansiaban la verdad. Ella era la voz de Dios y traía convicción a quienes la escuchaban.

El mensajero de la verdad siguió su camino, pero su apariencia de humildad, su sinceridad, su seriedad y su profundo fervor fueron a menudo objeto de observación. En muchas ocasiones sus oyentes no le preguntaron de dónde venía ni adónde iba. Al principio estaban tan asombrados, tan sorprendidos y luego tan agradecidos y felices, que ni siquiera pensaron en hacerle preguntas. Cuando insistieron en acompañarlos a sus casas, él respondió que tenía que visitar a las ovejas perdidas del rebaño. "¿Sería un ángel del cielo?", preguntaron.

En muchos casos, ya no se veía al mensajero de la verdad. Viajó a otras tierras y pasó el resto de su vida en un calabozo desconocido, o tal vez sus huesos se blanquearon en un lugar donde había sido testigo de la verdad. Pero las palabras que había dejado atrás no podían ser destruidas.

Estaban haciendo su trabajo en los corazones de los hombres; los benditos resultados serán plenamente conocidos sólo en el Juicio.

Los misioneros valdenses estaban invadiendo el reino de Satanás y los poderes de las tinieblas despertaron a una mayor vigilancia. Cada esfuerzo por promover la verdad fue observado por el príncipe del mal, y despertó los temores de sus agentes.

Los líderes papistas vieron un gran peligro para su causa en el trabajo de estos humildes

itinerante. Si se permitiera que la luz de la verdad brillara sin obstáculos, disiparía las pesadas nubes de error que envolvían al pueblo; dirigiría las mentes de los hombres únicamente hacia Dios y eventualmente destruiría la supremacía de Roma.

La verdadera existencia de este pueblo, mantenedor de la fe de la antigua iglesia, fue un testimonio constante de la apostasía de Roma y, por tanto, provocó el odio y la persecución más amargos. Su negativa a someterse a las Escrituras era una ofensa frecuente que Roma no podía tolerar. Había decidido borrarlos de la faz de la Tierra. Ahora comenzaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios en su hogar montañoso. Los inquisidores lo perseguían y a menudo se repetía la escena del inocente Abel cayendo ante el asesino Caín.

Una y otra vez sus tierras fértiles fueron devastadas, sus casas y capillas arrasadas, de modo que donde antes había campos florecientes y casas de un pueblo laborioso, ahora sólo quedaba un desierto. A medida que la bestia de presa se enfurece más ante el sabor de la sangre, la ira de los papistas alcanzó mayor intensidad ante los sufrimientos de sus víctimas. Muchos de estos testigos de fe pura fueron perseguidos por las montañas y cazados en los valles donde estaban escondidos, encerrados en densos bosques y pináculos rocosos.

No se podría presentar ninguna acusación contra el carácter moral de esta clase proscrita. Incluso sus enemigos los declararon un pueblo pacífico, tranquilo y piadoso. Su gran crimen fue no adorar a Dios según la voluntad del Papa. Por esta transgresión, se les impuso toda humillación, insulto y tortura que los hombres o los demonios pudieran idear.

Cuando Roma decidió exterminar a la odiada secta, el Papa (Inocencio VIII, 1487 d.C.) emitió una bula condenándolos como herejes y entregándolos al matadero. No se les acusó de vagabundos, deshonestos o desordenados, pero se les declaró que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía a "las ovejas del verdadero rebaño". Por eso, el Papa ordenó que "la maliciosa y abominable secta de los malvados", si se negaban a abjurar, "sean aplastadas como serpientes venenosas". ¿Esperaba este altivo potentado tener que enfrentarse nuevamente a estas palabras? ¿Sabía que estaban registrados en los libros del Cielo, para enfrentarlo en el Juicio? "Cada vez que lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". (Mateo 25:40).

Esta bula llamaba a todos los miembros de la iglesia a unirse a la cruzada contra los herejes. Como incentivo para alistarse en esta cruel labor, el individuo era "absuelto de todos los sufrimientos y penas eclesiásticas, generales e individuales; la bula liberó a todos los que se unieron a la cruzada de cualquier juramento que pudieran haber hecho; legitimaba sus títulos sobre cualquier propiedad que pudieran haber adquirido ilegalmente y prometía la remisión de todos los pecados, como matar a cualquier hereje. Anuló todos los contratos celebrados a favor de los Vaudois, ordenó a sus sirvientes que los abandonaran, prohibió a todos prestarles ayuda y autorizó a todos a tomar posesión de sus propiedades. Este documento revela claramente el espíritu controlador detrás de escena. Es el rugido del dragón y no la voz de Cristo lo que se escucha aquí.

Los líderes papales no querían conformar su carácter a la gran norma de la ley de Dios, pero construyeron su propia norma a seguir y decidieron obligar a todos a ajustarse a ella, porque Roma así lo quería. Se llevaron a cabo las tragedias más terribles. Sacerdotes y papas corruptos y blasfemos estaban haciendo la obra que Satanás les había señalado. La misericordia no tenía lugar en su naturaleza. El mismo espíritu que crucificó a Cristo y mató a los apóstoles; el mismo

que había movido al sanguinario Nerón contra los fieles de su época, estaba trabajando para librar la tierra de aquellos que eran amados de Dios.

Las persecuciones llevadas a cabo durante muchos siglos contra el pueblo temeroso de Dios las soportó con paciencia y constancia que honraron a su Redentor. A pesar de las cruzadas contra ellos y de la cruel matanza a la que fueron sometidos, continuaron enviando a sus misioneros para difundir la preciosa verdad. Fueron cazados hasta la muerte, sin embargo, su sangre regó la semilla sembrada y esta no dejó de dar frutos. Así los valdenses testificaron de Dios, siglos antes del nacimiento de Lutero. Sembraron en muchas tierras, plantaron las semillas de la Reforma que comenzó en tiempos de Wycliffe, creció muy amplia y profundamente en los días de Lutero, y debe ser llevada hasta el fin de los tiempos por aquellos que también están dispuestos a sufrir todas las cosas "por por la palabra de Dios y el testimonio de Jesús" (Apocalipsis 1:9).

Capítulo 5

Juan Wycliffe

Antes de la Reforma sólo existían unas pocas copias de la Biblia, pero Dios no permitió que Su Palabra se extinguiera por completo. Sus verdades no permanecerían ocultas para siempre. Él fácilmente podría quitarse los grilletos de las palabras de vida, así como podría abrir las puertas de la prisión y quitar los cerrojos de las puertas de hierro para liberar a Sus siervos. En los diferentes países de Europa, el Espíritu de Dios impulsó a los hombres a buscar la verdad como tesoros escondidos. Guiados providencialmente por las Sagradas Escrituras, estudiaron las páginas sagradas con intenso interés. Estaban dispuestos a aceptar la luz, cueste lo que cueste. Aunque no podían ver todas las cosas con claridad, podían percibir verdades que habían estado ocultas durante mucho tiempo. Como mensajeros enviados del Cielo, continuaron rompiendo las cadenas del error y la superstición y llamando a aquellos que habían estado esclavizados durante tanto tiempo a levantarse y declarar su libertad.

Excepto entre los valdenses, la Palabra de Dios había estado encerrada durante siglos en idiomas conocidos sólo por los eruditos, pero había llegado el momento en que las Escrituras debían ser traducidas y puestas en manos de personas de diferentes tierras en sus respectivos países. lengua materna. El mundo había pasado la medianoche. Las horas de oscuridad se disiparon y en muchos lugares aparecieron los presagios del amanecer venidero.

En el siglo XIV apareció en Inglaterra la “estrella de la mañana de la Reforma”. John Wycliffe fue un heraldo de la reforma, no sólo para Inglaterra, sino para toda la cristiandad. La gran protesta contra Roma, que se le permitió pronunciar, nunca debería ser silenciada. Esta protesta desencadenó una lucha que resultó en la emancipación de individuos, iglesias y naciones.

Wycliffe recibió una educación liberal y para él el temor del Señor fue el comienzo de la sabiduría. Era conocido en la universidad por su ferviente piedad, así como por su notable talento y su prolífica sabiduría. En su sed de conocimiento, buscó familiarizarse con todas las ramas del conocimiento. Wycliffe recibió educación en filosofía escolástica, cánones eclesiásticos y derecho civil, especialmente el de su propio país. En sus obras posteriores el valor de su educación se hizo muy evidente. Su profunda familiaridad con la filosofía especulativa de su tiempo le permitió exponer sus errores, y mediante sus estudios de las leyes nacionales y eclesiásticas estaba preparado para participar en una tremenda lucha por la libertad civil y religiosa. Si bien empuñaba armas extraídas de la Palabra de Dios, la disciplina intelectual que había adquirido en las escuelas le permitió comprender las tácticas de los teólogos filosóficos. La fuerza de su genio, la amplitud y eficacia de sus conocimientos se ganaron el respeto tanto de amigos como de adversarios. Los seguidores de Wycliffe vieron con satisfacción que su campeón ocupaba el primer lugar entre las mentes más privilegiadas del país, y a sus enemigos se les impidió despreciar la causa de la Reforma exponiendo la ignorancia o la debilidad de sus partidarios.

Cuando Wycliffe todavía estaba en la universidad, comenzó a estudiar las Escrituras. En aquellos tiempos, cuando la Biblia sólo existía en lenguas antiguas, los eruditos pudieron encontrar el camino hacia la fuente de la verdad, que estaba cerrada a las clases analfabetas. Por tanto, el camino ya estaba preparado para el futuro trabajo de Wycliffe como reformador. Hombres eruditos habían estudiado la Palabra de Dios y habían descubierto la gran verdad de su gracia gratuita allí revelada. A través de sus enseñanzas

difundieron el conocimiento de esta verdad y llevaron a otros a recurrir a los Oráculos Vivientes.

Cuando la atención de Wycliffe se dirigió a las Escrituras, se dedicó a su investigación con la misma habilidad que le había permitido dominar la enseñanza de las escuelas. Hasta entonces había sentido una gran necesidad que ni sus estudios escolásticos ni las enseñanzas de la iglesia habían podido satisfacer. En la Palabra de Dios, Wycliffe encontró lo que anteriormente había buscado en vano. En él vio revelado el plan de salvación y a Cristo mostrado como el único abogado del hombre. Se entregó al servicio de Cristo y decidió proclamar las verdades que había descubierto.

Al igual que los futuros reformadores, Wycliffe no podía predecir, al comienzo de su trabajo, a dónde conduciría esto. No se opuso deliberadamente a Roma. Pero la devoción a la verdad no podía sino ponerlo en conflicto con la falsedad. Cuanto más claramente discernía los errores del papado, con más determinación presentaba las enseñanzas de la Biblia. Vio que Roma había cambiado la Palabra de Dios por la tradición humana. Sin miedo, Wycliffe acusó al sacerdocio de haber prohibido las Escrituras y exigió que la Biblia fuera restaurada al pueblo y su autoridad establecida en la iglesia. Era un maestro capaz, celoso y un predicador elocuente. Su vida diaria era una clara demostración de las verdades que proclamaba. Su conocimiento de las Escrituras, el poder de su razonamiento, la pureza de su vida y un valor inquebrantable le granjearon estima y confianza generales. Muchas personas estaban insatisfechas con su fe anterior al ver la iniquidad que prevalecía en la Iglesia Romana, y aclamaron con alegría manifiesta las verdades presentadas por Wycliffe. Los líderes papistas, sin embargo, se enojaron cuando se dieron cuenta de que este reformador estaba ganando mayor influencia que el suyo.

Wycliffe era un agudo detector de errores y atacó sin miedo muchos de los abusos sancionados por la autoridad de Roma. Cuando sirvió como capellán del rey, adoptó una postura valiente contra el pago de tributo que el Papa exigía al soberano de Inglaterra y demostró que la pretensión papal de autoridad sobre los gobernantes seculares era contraria tanto a la razón como a la revelación. Las demandas del Papa habían despertado gran indignación y las enseñanzas de Wycliffe estaban ejerciendo influencia sobre los líderes de la nación. El rey y los nobles se unieron para negar los derechos del pontífice a la autoridad temporal y negarse a pagar tributo.

De este modo se asestó un duro golpe a la supremacía papal en Inglaterra.

Otro mal contra el cual el reformador libró una larga y decidida batalla fue la institución de la orden de los frailes mendicantes. Estos frailes invadieron Inglaterra, obstaculizando la grandeza y la prosperidad del país. La industria, la educación, la moral, todo sintió la influencia deletérea. La vida ociosa y la mendicidad de los monjes no sólo constituían una sangría voraz de los recursos del pueblo, sino que también generaban desprecio por el trabajo productivo. La juventud estaba desmoralizada y corrompida. Por influencia de los frailes, muchos fueron inducidos a entrar en el claustro y dedicarse a la vida monástica, y esto no sólo sin el consentimiento de sus padres, sino también sin su conocimiento y contrariamente a sus órdenes. Uno de los primeros padres de la Iglesia Romana, enfatizando las exigencias del monaquismo por encima de las obligaciones del amor y el deber filial, declaró: "Aunque tu padre yace ante tu puerta, llorando y lamentándose, y tu madre te muestre el cuerpo que te protegió y los pechos que te alimentaron, ponlos bajo tus pies y ve derecho a Cristo". "Por esta monstruosa inhumanidad", como la tituló más tarde Lutero, "que olía más a lobo y tiranía que a cristiano y hombre", los corazones de los niños se endurecieron contra sus padres. Así, los líderes papales, como los fariseos de la antigüedad, dejaron de lado el mandamiento de Dios debido a su

tradición. Así, los hogares quedaron desolados y los padres se vieron privados de la compañía de sus hijos e hijas.

Incluso los estudiantes de las universidades fueron engañados por las falsas representaciones de los monjes y inducidos a unirse a sus órdenes. Muchos más tarde se arrepintieron del paso que habían dado, al ver que habían arruinado sus vidas y causado dolor a sus padres. Pero una vez atrapados en la trampa, les resultó imposible obtener la libertad. Muchos padres, temiendo la influencia de los monjes, se negaron a enviar a sus hijos a las universidades. Se produjo un descenso en el número de alumnos que asisten a los grandes centros educativos. Las escuelas se extinguieron y prevaleció la ignorancia.

El Papa había concedido a estos monjes el poder de escuchar confesiones y conceder el perdón. Esto se convirtió en una fuente de gran mal. Propensos a aumentar sus ganancias, los frailes estaban tan dispuestos a conceder la absolución, que criminales de toda índole recurrieron a ellos, situación que resultó en el rápido aumento de los peores vicios. Los enfermos y los pobres eran dejados sufrir, mientras que las donaciones que supuestamente debían aliviar sus necesidades iban a parar a los monjes, quienes con amenazas exigían las donaciones al pueblo, denunciando la impiedad de quienes retenían las limosnas de sus órdenes. A pesar de su profesión de pobreza, la riqueza de los frailes aumentaba constantemente y sus magníficos edificios y suntuosas mesas hacían más evidente la creciente pobreza de la nación. Y, mientras pasaban su tiempo en el lujo y el placer, enviaron en su lugar a hombres ignorantes que sólo podían contar historias fascinantes, leyendas y hacer chistes para divertir a la gente y hacer que confiaran aún más en los monjes. Sin embargo, los frailes continuaron manteniendo bajo control a las multitudes supersticiosas, haciéndolas creer que todos los deberes religiosos estaban incluidos en el

reconocimiento de la supremacía del Papa, en el culto a los santos y en la ofrenda de donaciones a los monjes, y esto fue suficiente para garantizarles un lugar en el Cielo.

Hombres sabios y piadosos habían trabajado en vano para lograr una reforma en estas órdenes monásticas, pero Wycliffe, con una visión más clara, atacó las raíces del mal al declarar que el sistema en sí era falso y debía ser abolido. Se desató el debate y la investigación. Mientras los monjes recorrían el país vendiendo perdones papales, muchos dudaron de la posibilidad de obtener perdón por dinero y se preguntaron si debían buscar el perdón de Dios o del Romano Pontífice. No pocos se alarmaron por la capacidad de los frailes, cuya codicia no tenía límites. "Los monjes y prebostes de Roma", decían, "nos están devorando como un cáncer. Dios debe librarnos o el pueblo perecerá". Para encubrir su avaricia, estos monjes mendicantes pretendían seguir el ejemplo del Salvador, declarando que Jesús y sus discípulos habían sido sostenidos por la caridad del pueblo. Esta pretensión resultó perjudicial para su causa, porque llevó a muchos a consultar la Biblia para aprender la verdad por sí mismos, resultado que, entre todos los demás, era el menos deseado por Roma. Las mentes de los hombres estaban dirigidas a la Fuente de la verdad, que el objetivo romano era ocultar.

Wycliffe comenzó a escribir y publicar tratados contra los frailes, sin embargo, no tanto para entrar en disputa con ellos, sino para atraer las mentes de la gente a las enseñanzas de la Biblia y a su Autor. Afirmó que el poder de perdón o excomunión no lo poseía el Papa en mayor grado que los sacerdotes ordinarios, y que ningún hombre podía ser verdaderamente excomulgado a menos que primero trajera sobre sí mismo la condena divina. No podría haber emprendido de manera más eficaz la destrucción de esa gigantesca estructura de dominio temporal y espiritual que el Papa había erigido y en la que se mantenían cautivas las almas y los cuerpos de millones.

Una vez más Wycliffe fue convocado para defender los derechos de la corona inglesa contra la injerencia de Roma y, nombrado embajador real, pasó dos

años en los Países Bajos, en conferencia con delegados papales. Allí entró en comunicación con clérigos de Francia, Italia y España, y tuvo la oportunidad de revisar la situación y adquirir conocimiento de muchas cosas que le habían sido ocultadas en Inglaterra. Aprendió muchas cosas que le dieron la base para su trabajo posterior.

En estos representantes de la corte papal leyó el verdadero carácter y objetivos de la jerarquía. Luego regresó a Inglaterra para repetir sus enseñanzas anteriores más abiertamente y con mayor celo, declarando que la codicia, el orgullo y el fraude eran los dioses de Roma.

En uno de sus tratados, hablando del Papa y sus coleccionistas, dijo: "Ellos QUITAN de nuestra tierra el sustento de los pobres y muchos miles de marcos al año, y también el dinero del rey, para los sacramentos y las cosas espirituales, lo cual es la maldita herejía de la simonía, y hace que toda la cristiandad apoye y mantenga su herejía. De hecho, incluso si nuestro reino poseyera una inmensa montaña de oro y ningún otro hombre jamás hiciera uso de ella, excepto sólo el coleccionista de este sacerdote orgulloso y mundano, con el tiempo esta elevación se agotaría, ya que toma todo el dinero de nuestra tierra y Él no da nada a cambio excepto la maldición de Dios por su simonía".

Poco después de su regreso a Inglaterra, Wycliffe recibió del rey un nombramiento para la rectoría de Lutterworth. Era seguro que al monarca, al menos, no le habían molestado sus claros discursos. La influencia de Wycliffe se dejó sentir en la configuración de la acción del tribunal, así como en las creencias de la nación.

Rápidamente le lanzaron truenos papales. Se enviaron tres bulas a Inglaterra (una a la universidad, otra al rey y otra a los prelados), ordenando en todas ellas medidas inmediatas y decisivas para silenciar al maestro de la herejía. Sin embargo, antes de que llegaran las bulas, los obispos, en su celo, habían convocado a Wycliffe para que compareciera ante ellos para ser juzgado. Pero dos de los príncipes más poderosos del reino lo acompañaron a la corte, y el pueblo, que rodeó el edificio y lo asaltó precipitadamente, intimidó tanto a los jueces que el procedimiento se suspendió temporalmente y a Wycliffe se le permitió seguir su camino en paz. .

Poco después murió Eduardo III, a quien los prelados, aprovechando su avanzada edad, habían intentado influir contra el reformador, y un antiguo protector de Wycliffe se convirtió en regente de la nación.

Pero la llegada de las bulas papales impuso una orden perentoria de encarcelar al hereje en toda Inglaterra. Estas medidas apuntaban directamente a la hoguera. Parecía seguro que Wycliffe pronto sería víctima de la venganza de Roma.

Pero Aquel que había declarado en el pasado: "No temas... Yo soy tu escudo" (Génesis 15:1), nuevamente extendió Su mano para proteger a Su siervo. La muerte no le llegó al reformador, sino al pontífice que había decretado su destrucción. Gregorio XI murió y los eclesiásticos que se habían reunido para el juicio de Wycliffe se dispersaron.

La providencia de Dios también promovió acontecimientos que dieron oportunidad para el crecimiento de la Reforma. A la muerte de Gregorio siguió la elección de dos papas rivales. Dos potencias en conflicto, cada una de ellas declaradamente infalible, exigían ahora obediencia. Cada uno pidió a los fieles que lo ayudaran a hacer la guerra contra el otro, reforzando sus exigencias con terribles anatemas contra sus adversarios y promesas de recompensa en el Cielo para quienes lo apoyaran. Estos acontecimientos debilitaron enormemente el poder del papado. Las facciones rivales hicieron todo lo posible para atacarse entre sí, y Wycliffe tuvo descanso por un tiempo. Anatemas y recriminaciones volaron de un Papa a otro, y se derramaron torrentes de sangre para respaldar sus afirmaciones contradictorias. Crímenes y escándalos inundaron la iglesia.

Mientras tanto, el reformador, en el tranquilo retiro de su parroquia de Lutterworth, estaba

trabajando diligentemente para desviar la atención de la gente de los papas contendientes hacia Jesús, el Príncipe de Paz.

El cisma, con toda la rivalidad y corrupción que causó, preparó el camino para la Reforma, permitiendo al pueblo ver quién era realmente el papado. En un tratado que publicó, "El cisma de los papas", Wycliffe llamó a la gente a considerar si estos dos sacerdotes no estaban diciendo la verdad al condenarse mutuamente como el Anticristo. "El diablo", dijo, "ya no reina en uno, sino en dos sacerdotes; que los hombres, en el nombre de Cristo, los venzan a ambos".

Wycliffe, al igual que su Maestro, predicó el evangelio a los pobres. No contento con difundir la luz en los humildes hogares de su parroquia en Lutterworth, se propuso llevarla a todas partes de Inglaterra. Para cumplir esta intención, organizó un grupo de predicadores sencillos y devotos que amaban la verdad y no querían más que difundirla. Estos hombres iban a todas partes, enseñando en los mercados, en las calles de las grandes ciudades y en los callejones del campo. Fueron a buscar a los ancianos, a los enfermos y a los pobres, y les transmitieron la buena noticia de la gracia de Dios.

Como profesor de teología en Oxford, Wycliffe predicó la Palabra de Dios en los pasillos de la universidad. Así reveló tan fielmente la verdad a los estudiantes bajo su cuidado que recibió el título de "Doctor del Evangelio". Pero la gran obra de su vida iba a ser la traducción de las Escrituras al idioma inglés. En una obra titulada La verdad y el significado de las Escrituras, expresó su intención de traducir la Biblia, para que cada hombre en Inglaterra pudiera leer en su lengua materna los maravillosos obras de Dios.

Pero de repente su trabajo fue interrumpido. Aunque aún no tenía sesenta años, el trabajo incesante, el estudio y los ataques de sus enemigos habían minado sus fuerzas y lo habían envejecido prematuramente. Wycliffe fue atacado por una peligrosa enfermedad. La noticia produjo gran júbilo entre los frailes.

Ahora, pensaron, se arrepentiría amargamente del daño que había hecho a la iglesia; rápidamente se dirigieron a su alojamiento para escuchar su confesión. Representantes de cuatro órdenes religiosas, junto con seis funcionarios civiles, se reunieron alrededor del hombre supuestamente moribundo. "Tienes la muerte en tus labios", dijeron. "Reconoce tus faltas y retractate en nuestra presencia de todo lo que dijiste en perjuicio nuestro". El reformador escuchó en silencio y luego ordenó a su asistente que lo levantara de la cama; Mirándolos fijamente mientras esperaban su dimisión, dijo con voz firme y fuerte, lo que tantas veces les había hecho temblar: "No moriré, pero viviré y contaré las malas acciones de los frailes". Asombrados y avergonzados, los monjes abandonaron rápidamente la habitación.

Las palabras de Wycliffe se hicieron realidad. Vivió para poner en manos de sus compatriotas la más poderosa de todas las armas contra Roma, para darles la Biblia, instrumento designado por el Cielo para liberar, iluminar y evangelizar al pueblo. Hubo muchos grandes obstáculos que superar para poder llevar a cabo este trabajo. Wycliffe estaba agobiado por su enfermedad y sabía que sólo le quedaban unos pocos años para hacer el trabajo; vio la oposición que debía enfrentar, pero, animado por las promesas de la Palabra de Dios, siguió adelante sin temer nada. En el pleno vigor de sus facultades intelectuales, ricas en experiencia, había sido preservado y preparado por una especial divina providencia para la mayor de sus labores. Mientras toda la cristiandad estaba envuelta en confusión, el reformador, en su rectoría de Lutterworth, no prestó atención a la tormenta que azotaba afuera, sino que se dedicó a la tarea que se le había asignado.

Por fin se completó el trabajo: la primera traducción de la Biblia jamás realizada. La Palabra de Dios estaba abierta a Inglaterra. El reformador ya no temía la prisión ni la hoguera.

Había puesto en manos del pueblo inglés una luz que nunca se apagaría. Al entregar la Biblia a sus compatriotas, Wycliffe había hecho más para romper las cadenas de la ignorancia y el vicio, más para liberar y elevar a su país, de lo que había logrado con las victorias más brillantes en el campo de batalla.

Como el arte de imprimir aún era desconocido, sólo mediante un trabajo lento y agotador se podían multiplicar ejemplares de la Biblia. Tan grande era el interés en obtener el libro que muchos se dedicaron voluntariamente a la tarea de transcribirlo, pero fue con dificultad que los copistas pudieron satisfacer la demanda. Algunos de los compradores más ricos querían la Biblia entera. Otros compraron sólo una porción. En muchos casos, varias familias se reunieron para adquirir un ejemplar. Así que la Biblia de Wycliffe pronto llegó a los hogares de la gente.

La apelación a la razón de los hombres los despertó de su sumisión pasiva a los dogmas papales. Wycliffe enseñó ahora las doctrinas distintivas del protestantismo: la salvación mediante la fe en Cristo y la infalibilidad exclusiva de las Escrituras. Los predicadores que había enviado hicieron circular la Biblia, junto con los escritos del reformador, con tal éxito que la nueva fe fue aceptada por casi la mitad de la población de Inglaterra.

La aparición de las Escrituras trajo miedo a las autoridades de la iglesia. Ahora tenían que enfrentarse a un instrumento mucho más poderoso que Wycliffe, un agente contra el que sus armas eran de poca utilidad. En ese momento, no había ninguna ley en Inglaterra que prohibiera la Biblia, ya que nunca antes se había publicado en idioma inglés popular. Posteriormente, dichas leyes fueron creadas y aplicadas estrictamente. Mientras tanto, a pesar de los esfuerzos de los sacerdotes, hubo por un tiempo una oportunidad para que la Palabra de Dios circulara.

Nuevamente los líderes papistas conspiraron para silenciar la voz del reformador. Fue citado sucesivamente a comparecer ante tres tribunales, pero fue en vano. Primero, un sínodo de obispos declaró heréticos sus escritos y, ganando al joven rey Ricardo II para su lado, obtuvo un decreto real que condenaba a prisión a todos aquellos que sostenían las doctrinas condenadas.

Wycliffe apeló del sínodo al Parlamento. Valientemente, denunció a la jerarquía ante el consejo nacional y pidió reformas contra los tremendos abusos sancionados por la iglesia. Con poder convincente retrató las usurpaciones y corrupciones de la sede papal. Sus enemigos estaban confundidos. Los amigos y partidarios de Wycliffe se vieron obligados a someterse, y se esperaba que el propio reformador, en su avanzada edad, solo y sin amigos, se inclinara con confianza ante la autoridad combinada de la corona y la mitra. Pero, en cambio, los papistas se vieron derrotados. El Parlamento, despertado por los conmovedores llamamientos de Wycliffe, derogó el edicto de persecución y el reformador fue nuevamente puesto en libertad.

Por tercera vez fue llevado a juicio, y ahora ante el más alto tribunal eclesiástico del reino. En él no se mostraría ningún favor hacia la herejía. Después de todo, en él triunfaría Roma y se detendría la obra del reformador. Eso pensaban los papistas. Si pudieran lograr su propósito, Wycliffe se vería obligado a abjurar de sus doctrinas o dejar esa corte directamente a las llamas.

Pero Wycliffe no se retractó; no podía utilizar el disimulo. Mantuvo valientemente sus enseñanzas y refutó las acusaciones de sus perseguidores. Perdiéndose de vista a sí mismo y también a su posición, convocó a sus oyentes ante el tribunal divino y pesó sus sofismas y engaños en la balanza de la verdad eterna. El poder del Espíritu Santo se sintió en ese salón del consejo. Una fascinación celestial dominaba a sus oyentes. Parecían no tener poder para abandonar el lugar. Como flechas de la aljaba del Señor, las palabras del reformador traspasaron sus corazones. La acusación de herejía que le habían formulado les recayó sobre ellos mismos. Por

¿Quién, preguntó, se atrevió a difundir sus errores? Por el bien de la ganancia, para comercializar la gracia de Dios.

Finalmente dijo: “¿Con quién crees que estás contendiendo? ¿Con un anciano al borde de la tumba? ¡No! Con la verdad, la verdad que es más fuerte que tú y te vencerá”. Dicho esto, se retiró de la asamblea y ninguno de sus adversarios intentó detenerlo.

El trabajo de Wycliffe estaba casi terminado; el estandarte de la verdad que había llevado durante tanto tiempo casi se le caía de las manos. Pero una vez más debe testificar del evangelio. La verdad debía ser proclamada desde la misma fortaleza del reino del error. Wycliffe fue citado para comparecer ante la corte papal en Roma, que tantas veces había derramado la sangre de los santos. No era ajeno al peligro que lo amenazaba, sin embargo, habría obedecido el emplazamiento de no haber sido por un ataque de parálisis que le hizo imposible realizar el viaje. Pero aunque su voz no se oía en Roma, podía hablar por carta. Y así lo hizo.

Desde su rectoría, el reformador escribió una carta al Papa que, aunque respetuosa en entonación y cristiana en espíritu, fue una dura reprimenda a la pompa y el orgullo de la sede papal. Dijo: “En verdad, me alegro de abrir y declarar a todos los hombres la fe que tengo, y especialmente al Obispo de Roma, quien, como supongo que es recto y verdadero, muy gustosamente confirmará mi supuesta fe, o, si está equivocado, lo corregirá. En primer lugar, creo que el evangelio de Cristo es todo el cuerpo de la ley de Dios... Digo y sostengo que el obispo de Roma, por ser vicario de Cristo aquí en la Tierra, está vinculado más que todos los hombres a la ley del evangelio. Porque la grandeza entre los discípulos de Cristo no consistía en la dignidad ni en los honores mundanos, sino en seguir a Cristo exacta y muy de cerca en su vida y actitudes... Cristo, en el momento de su peregrinación aquí, era el hombre más pobre, despreciando y rechazando todo honor y dominio mundanos”.

“Ningún hombre fiel debe seguir ni al Papa ni a ningún otro varón santo, excepto en aquellos puntos en los que ha seguido al Señor Jesucristo. Porque Pedro y los hijos de Zebedeo, al desear los honores mundanos, en contra de seguir las huellas de Cristo, pecaron y, por tanto, no deben ser seguidos en estos errores”.

“El Papa debe dejar todo dominio y gobierno temporal al poder secular, y para ello debe persuadir y exhortar eficazmente a todo su clero, como lo hizo Cristo y especialmente por sus apóstoles”.

“Si me equivoco en cualquiera de estos puntos, humildemente me someteré a la corrección e incluso a la muerte, si es necesario. Si pudiera trabajar según mi voluntad y mi deseo, ciertamente comparecería ante el Obispo de Roma. Pero el Señor quiso otra cosa y me enseñó a obedecer a Dios antes que a los hombres”.

Para concluir, Wycliffe dijo: “Oremos al Señor nuestro Dios, para que conmueva a nuestro Papa, Urbano VI, como ya lo está haciendo, para que junto con su clero pueda seguir al Señor Jesucristo en vida y actitudes. y que puedan enseñar a la gente con eficacia, y que ellos también puedan seguirlos fielmente”.

Así, Wycliffe presentó al Papa y a sus cardenales la mansedumbre y la humildad de Cristo, mostrando no sólo a ellos, sino a toda la cristiandad, el contraste entre ellos y el Maestro de quien profesaban ser representantes.

Wycliffe ciertamente esperaba que su vida fuera el precio de la fidelidad. El rey, el Papa y los obispos estaban unidos para promover su ruina, y parecía seguro que entre él y la hoguera se interponían a lo sumo unos pocos meses. Pero su coraje fue inquebrantable. “¿Por qué hablas de buscar la lejana corona del martirio?”, dijo. “Predicar el evangelio de Cristo a los preladados orgullosos y el martirio no

faltaré. ¡Qué! ¿Debo vivir y estar en silencio... Nunca! Que se dé el golpe. Espero tu llegada”.

Pero la providencia de Dios todavía protegió a su siervo. El hombre que durante toda su vida se había levantado con valentía en defensa de la verdad, en los peligros cotidianos de su vida, no fue víctima del odio de sus enemigos. Wycliffe nunca buscó protegerse a sí mismo, pero el Señor había sido su protector. Y ahora, cuando los enemigos estaban seguros de su presa, la mano de Dios lo apartó de su alcance. En su iglesia de Lutterworth, mientras se disponía a dar la comunión, cayó víctima de un parálisis y pronto abandonó su vida.

Dios le había asignado a Wycliffe su trabajo. Había puesto la palabra de verdad en su boca y una guardia a su alrededor, para que esta palabra llegara al pueblo. Su vida fue protegida y sus labores se prolongaron hasta que se sentaron las bases para la gran obra de la Reforma.

Wycliffe surgió de la oscuridad de la Edad Media. No hubo nadie antes que él mediante cuyo trabajo pudiera dar forma a su sistema de reforma. Movido, como Juan Bautista, a cumplir una misión especial, fue el heraldo de una nueva era. Sin embargo, en el sistema de verdades que presentó había una unidad e integridad que los reformadores que lo siguieron no pudieron superar, y que algunos no alcanzaron ni siquiera cien años después. Los cimientos fueron tan amplios y profundos, tan firme y verdadera la estructura, que no fue necesario que los que vinieron después de él la reconstruyeran.

El gran movimiento que inauguró Wycliffe, que iba a liberar la conciencia y el intelecto, y liberar a las naciones que durante tanto tiempo estuvieron uncidas al carro triunfal de Roma, tuvo su origen en la Biblia. Aquí estaba la fuente de esa corriente de bendición que, como el agua de la vida, ha fluido desde el siglo XIV. Wycliffe aceptó las Sagradas Escrituras con fe implícita como la revelación inspirada de la voluntad de Dios, la regla suficiente de fe y práctica. Había sido educado para estimar a la Iglesia de Roma como una autoridad divina e infalible y para aceptar con reverencia incondicional las enseñanzas y costumbres establecidas hace un milenio. Pero él dejó todo esto para escuchar la Santa Palabra de Dios. Ésta era la autoridad que él pedía que el pueblo reconociera.

En lugar de que la iglesia hablara a través del Papa, declaró que la única autoridad verdadera debe ser la voz de Dios hablando a través de Su Palabra. Y enseñó no sólo que la Biblia era la revelación perfecta de la voluntad de Dios, sino que el Espíritu Santo era su único intérprete, y que cada hombre debería, mediante el estudio de sus enseñanzas, aprender el deber por sí mismo. De esta manera Wycliffe desvió la mente de los hombres del Papa y la iglesia de Roma a la Palabra de Dios.

Fue uno de los mayores reformadores. En amplitud intelectual, en claridad de pensamiento, en firmeza para mantener la verdad y en valentía para defenderla, fue igualado por pocos de los que lo siguieron. Pureza de vida, incansable diligencia en el estudio y el trabajo, integridad incorruptible y amor cristiano y fidelidad en su ministerio, caracterizaron al primero de los reformadores. Y esto a pesar de la oscuridad intelectual y la corrupción moral de la época en que vivió.

El carácter de Wycliffe es un testimonio del poder educativo y transformador de las Sagradas Escrituras. Fue la Biblia la que lo convirtió en lo que era. El esfuerzo por comprender las grandes verdades de la revelación da frescura y vigor a todas las facultades. Expande la mente, agudiza la percepción y madura el juicio. El estudio de la Biblia ennoblecerá cada pensamiento, sentimiento y aspiración como ningún otro estudio puede hacerlo. Da estabilidad de propósito, paciencia, coraje y fortaleza; refina el carácter y santifica el alma. Un estudio cuidadoso y reverente de las Escrituras.

poner la mente en contacto directo con la Mente Infinita, le dará al mundo hombres de

Un intelecto más fuerte y más activo, así como principios más nobles, que nunca resultaron de la formación más competente proporcionada por los recursos de la filosofía humana. “La exposición de tus palabras alumbró”, dice el salmista, “hace entender a los simples” (Salmo 119:130).

Las doctrinas enseñadas por Wycliffe continuaron difundiendo durante algún tiempo. Sus seguidores, conocidos como “wycliphitas o lolardos”, no sólo cruzaron Inglaterra, sino que se extendieron a otras tierras trayendo el conocimiento del evangelio. Ahora que su líder se había ido, los predicadores trabajaron aún con más celo que antes y las multitudes acudieron en masa para escuchar sus enseñanzas.

Entre los conversos se encontraban algunos pertenecientes a la nobleza, e incluso la esposa del rey. En muchos lugares hubo una notable reforma en las costumbres del pueblo y los símbolos idólatras del romanismo fueron eliminados de las iglesias. Pero pronto se desató una cruel tormenta de persecución sobre quienes se atrevían a aceptar la Biblia como guía. Los monarcas ingleses, deseosos de fortalecer su poder gracias al favor de Roma, no dudaron en sacrificar a los reformadores. Por primera vez en la historia de Inglaterra se ordenó una hoguera contra los discípulos del evangelio. El martirio siguió al martirio.

Los defensores de la verdad, proscritos y torturados, sólo pudieron derramar sus lágrimas a los oídos del Señor de los ejércitos. Perseguidos como enemigos de la iglesia y traidores al reino, continuaron predicando en lugares secretos, buscando refugio lo mejor que pudieron en los hogares humildes de los pobres y, a menudo, escondiéndose incluso en pozos y cuevas.

A pesar de la ira persecutoria, durante siglos continuó una protesta tranquila, devota, ferviente y paciente contra la corrupción prevaleciente de la fe religiosa. Los cristianos de aquellos primeros tiempos sólo tenían un conocimiento parcial de la verdad, pero habían aprendido a amar y obedecer la Palabra de Dios y habían sufrido pacientemente por Él. Al igual que los discípulos de los días apostólicos, muchos sacrificaron sus posesiones seculares por amor a Cristo. Aquellos a quienes se les había permitido residir en sus propios hogares protegieron con gusto a sus hermanos desterrados, y cuando ellos también fueron expulsados, aceptaron con gusto el destino de los excomulgados.

Es cierto que miles de personas, asustadas por la furia de sus perseguidores, obtuvieron la libertad mediante el sacrificio de la fe y abandonaron sus cárceles vestidos de penitentes para hacer pública su renuncia. Sin embargo, no fue pequeño el número –incluidos hombres de noble cuna y otros de condición humilde– que sin miedo dieron testimonio de la verdad en el calabozo, en las “Torres de los Lolardos” y en medio de torturas y llamas, regocijándose de ser considerado digno de conocer la “participación de sus aflicciones”.

Los papistas no habían logrado imponer su voluntad a Wycliffe durante su vida, y su odio no podía satisfacerse mientras su cuerpo descansaba pacíficamente en la tumba. Por decreto del Concilio de Constanza, más de 40 años después de la muerte del reformador, sus huesos fueron exhumados y quemados públicamente y sus cenizas arrojadas a un arroyo cercano. “El arroyo”, dice un escritor antiguo, “llevó sus cenizas al Avon, el Avon al Severn, el Severn a los pequeños mares y éstos al océano. Y por eso las cenizas de Wycliffe son el emblema de su doctrina, que ahora se difunde por todo el mundo”. Los enemigos entendieron poco el significado de su acto malicioso.

A través de los escritos de Wycliffe, Juan Hus, de Bohemia, fue inducido a renunciar a muchos de los errores del romanismo y a participar en la obra de la Reforma. Así, en estos dos países tan alejados, se sembró la semilla de la verdad. Desde Bohemia la obra se extendió a otras tierras. Las mentes de los hombres estaban dirigidas a

Palabra de Dios largamente olvidada. La mano divina estaba preparando el camino para la Gran Reforma.

Capítulo 6

Hus y Jerónimo

El evangelio se estableció en Bohemia ya en el nuevo siglo. La Biblia había sido traducida y el culto público se llevaba a cabo en el idioma del pueblo. Pero a medida que el poder del Papa aumentó, la Palabra de Dios quedó oscurecida. Gregorio VII, que se jactaba de "destruir el orgullo de los reyes", no estaba menos decidido a esclavizar al pueblo y, en consecuencia, hizo circular una bula que prohibía el culto público en lengua bohemia. El Papa declaró que "Dios se agradó de que su culto se celebrara en un idioma desconocido, y que el incumplimiento de esta regla resultaba en muchos males y herejías." Así, Roma decretó que la luz de la Palabra de Dios fuera extinguida y el pueblo confinado en la oscuridad. Pero el Cielo había provisto otros medios para la preservación de la iglesia.

Muchos de los valdenses y albigenses, obligados por la persecución a abandonar sus hogares en Francia e Italia, se dirigieron a Bohemia. Aunque no se atrevían a enseñar abiertamente, trabajaban celosamente en secreto. Así se preservó la verdadera fe de siglo en siglo.

Antes de los días de Hus había hombres en Bohemia que se levantaron para condenar abiertamente la corrupción en la iglesia y el libertinaje del pueblo. Sus obras despertaron un gran interés. Se despertaron los temores de la jerarquía y la persecución contra los discípulos del evangelio. Obligados a adorar en bosques y montañas, fueron perseguidos por los soldados y muchos de ellos murieron. Después de un tiempo, se emitió un decreto que amenazaba con quemar en la hoguera a cualquiera que se desviara del culto romano. Pero mientras los cristianos daban sus vidas, esperaban el triunfo de su causa. Uno de los que "enseñó que la salvación sólo se encuentra por la fe en el Salvador crucificado", declaró al morir: "La furia de los enemigos de la verdad prevalece ahora contra nosotros, pero no será así para siempre; uno resucitará". de entre el pueblo común, sin espada ni autoridad, y contra él no podrán prevalecer." La época de Lutero aún estaba muy lejos; pero alguien ya se estaba levantando, alguien cuyo testimonio contra Roma conmovería a las naciones.

João Huss era de origen humilde y quedó huérfano a temprana edad por la muerte de su padre. Su piadosa madre, estimando la educación y el temor de Dios como las posesiones más valiosas, buscó asegurar tal herencia para su hijo. Hus estudió en la escuela provincial y luego fue a la Universidad de Praga, donde fue admitido como un estudiante pobre. Lo acompañó en el viaje su madre; viuda y pobre, que no tenía herencia ni riquezas mundanas para otorgar a su hijo. Pero cuando se acercaban a la gran ciudad, ella se arrodilló junto al joven huérfano e invocó sobre él la bendición del Padre celestial. No se imaginaba cómo sería respondida su oración.

En la Universidad, Huss pronto se distinguió por su infatigable aplicación y su rápido progreso, mientras que su vida irreprochable y su comportamiento amable y atractivo le granjearon la estima general. Era un sincero partidario de la iglesia romana y un ardiente buscador de las bendiciones espirituales que ésta profesaba otorgar. Con motivo de un jubileo, se confesó y tomó las últimas monedas de sus escasos ahorros. Participó en las procesiones para participar en la absolución prometida. Después de terminar la escuela secundaria, ingresó al sacerdocio. Rápidamente ganó prominencia y pronto fue llamado a la corte real. También se convirtió en profesor y luego rector de

universidad donde recibió su educación. En pocos años, aquel pobre estudiante se convirtió en el orgullo de su país y su nombre ganó celebridad en toda Europa.

Sin embargo, fue en otro campo donde Hus inició el trabajo de reforma. Varios años después de recibir las órdenes sacerdotales, fue nombrado predicador de la capilla de Belén, cuyo fundador había defendido la predicación de las Escrituras en el lenguaje popular como un tema de gran importancia. A pesar de la oposición de Roma a esta práctica, no se detuvo por completo en Bohemia. Sin embargo, existía un gran desconocimiento respecto de la Biblia y los peores vicios prevalecían entre personas de todas las clases sociales. Hus denunció abiertamente tales males, apelando a la Palabra de Dios para reforzar los principios de verdad y pureza que pretendía inculcar en la mente del pueblo.

Jerónimo, un ciudadano de Praga que más tarde se asoció estrechamente con Hus, había traído consigo, a su regreso de Inglaterra, los escritos de Wycliffe. La Reina de Inglaterra, que había sido convertida por las enseñanzas de Wycliffe, era una princesa bohemia y, gracias a su influencia, las obras del reformador también tuvieron amplia circulación en su país natal. Hus leyó estas obras con interés y creía que su autor era un cristiano sincero. Se inclinaba a considerar favorablemente las reformas que defendía. Aunque no lo sabía, Hus había tomado un camino que lo alejaría de Roma.

En aquella ocasión llegaron a Praga dos extranjeros procedentes de Inglaterra, hombres que sabían que habían recibido la luz y habían venido a difundirla en aquella tierra lejana. Comenzaron con un ataque abierto a la supremacía del Papa y pronto fueron silenciados por las autoridades; pero no estando dispuestos a renunciar a su propósito, recurrieron a otras medidas. Siendo tanto artistas como predicadores, continuaron practicando su habilidad. En un lugar abierto al público pintaron dos cuadros. Uno representaba la entrada de Cristo a Jerusalén, "manso y sentado sobre un asno" (Mateo 21:5), seguido por sus discípulos, descalzos y vestidos con ropa usada por el viaje. El otro mostraba una procesión pontificia, con el Papa ataviado con ricas vestiduras y una triple corona, montado en un caballo magníficamente adornado, precedido por trompetistas y seguido por cardenales y prelados con deslumbrantes ornamentos.

Aquí hubo un sermón que captó la atención de todas las clases. Multitudes acudieron a contemplar las pinturas. Nadie podía dejar de comprender la moraleja, y muchos quedaron profundamente impresionados por el contraste entre la mansedumbre y la humildad de Cristo Maestro y el orgullo y la arrogancia del Papa, su siervo profeso. Hubo gran conmoción en Praga y los extranjeros, después de un tiempo, consideraron necesario partir como medida de seguridad. Pero la lección que habían enseñado no fue olvidada. Las pinturas causaron una profunda impresión en la mente de Huss, lo que lo llevó a un estudio más cuidadoso de las Escrituras y los escritos de Wycliffe. Aunque todavía no estaba preparado para aceptar todas las reformas defendidas por Wycliffe, vio más claramente el verdadero carácter del papado y con mayor celo comenzó a denunciar el orgullo, la ambición y la corrupción de la jerarquía.

Desde Bohemia la luz se extendió a Alemania, ya que los disturbios en la Universidad de Praga provocaron la retirada de cientos de estudiantes alemanes. Muchos de ellos habían recibido sus primeros conocimientos de las Sagradas Escrituras de Hus y, al regresar, difundieron el evangelio en su tierra natal.

La noticia de la obra en Praga llegó a Roma y Hus pronto recibió una citación para comparecer ante el Papa. Obedecer sería exponerse a una muerte segura. El rey y la reina de Bohemia, la Universidad, miembros de la nobleza y funcionarios del gobierno se unieron para pedir al pontífice que permitiera a Hus permanecer en Praga y responder ante Roma mediante una representación. En lugar de acceder a esta petición, el Papa procedió a procesar y condenar a Hus, declarando que la ciudad de Praga estaba bajo interdicto.

Semejante sentencia, en aquel momento, dondequiera que se pronunciara, generó una alarma generalizada. Las ceremonias que lo acompañaron se celebraron de tal manera que produjeron terror en el pueblo que consideraba al Papa como un representante de Dios mismo, poseedor de las llaves del Cielo y del Infierno y poseedor del poder de invocar juicios tanto temporales como espirituales. Se creía que los portales celestes estaban cerrados a la región afectada por la prohibición; y, hasta que el Papa estuvo dispuesto a levantar la excomunión, a los muertos se les impidió acceder a las moradas de la bienaventuranza. Como señal de esta terrible calamidad, se suspendieron todos los servicios religiosos y se cerraron las iglesias. Las bodas se celebraban en el patio de la iglesia. A los muertos se les negaba el entierro en terrenos consagrados y se los colocaba en fosas o campos sin ningún rito funerario. Así, mediante medidas que apelaban a la imaginación, Roma buscó dirigir las conciencias de los hombres.

La ciudad de Praga estaba alborotada. Una clase numerosa acusó a Hus de ser la causa de todas sus calamidades y exigió que fuera abandonado a la venganza de Roma. Para calmar la tormenta, el reformador se retiró por un tiempo a su pueblo natal. Escribiendo a los amigos que había dejado en Praga, decía: "Si me retiré de entre vosotros, fue para seguir el precepto y el ejemplo de Jesucristo, para no dar espacio a personas mal intencionadas para que se acarreen la condenación eterna". , y no ser causa de angustia y persecución para los piadosos. Me retiré también, temiendo que los malvados sacerdotes continuaran prohibiendo la predicación de la Palabra de Dios entre vosotros. Sin embargo, no los abandoné para negar la divina verdad, por la cual, con la ayuda de Dios, estoy dispuesto a morir". Hus no interrumpió sus labores, sino que viajó por el territorio circundante, predicando a multitudes ansiosas. Por lo tanto, las medidas que el Papa había tomado para suprimir el evangelio estaban provocando que se difundiera más ampliamente. "No podemos hacer nada contra la verdad, excepto a través de la verdad."

(II Corintios 13:8).

"La mente de Hus, en este punto de su carrera, parece haber sido el escenario de un doloroso conflicto. Aunque la iglesia buscaba aniquilarlo con sus rayos, Hus no había renunciado a su autoridad. La iglesia de Roma seguía siendo para él la esposa. de Cristo, y el papa el representante y vicario de Dios. Lo que Hus estaba combatiendo era el abuso de autoridad, no el principio en sí. Esto desató un terrible conflicto entre su entendimiento y los principios de su conciencia. Si la autoridad era justa y infalible, tal como él lo entendía, ¿cómo podría sentirse obligado a desobedecerlo?

Obedecer, pensó, era pecar; pero ¿por qué la obediencia a una iglesia infalible debería producir tal situación? Éste fue el problema que Hus no pudo resolver; Ésa era la duda que lo torturaba cada hora. La solución que le parecía más adecuada era lo que ya había sucedido, como en los días del Salvador, que los sacerdotes de la iglesia se habían convertido en personas impías y estaban usando su autoridad legítima para fines ilegales. Esto le llevó a adoptar, para su propia guía y la de aquellos a quienes predicaba, la máxima de que los preceptos de la Escritura, transmitidos a través del entendimiento, deben regir la conciencia; en otras palabras, que Dios, hablando en la Biblia, y no la iglesia hablando a través del sacerdocio, es el único guía infalible."

Cuando, después de algún tiempo, la agitación en Praga se calmó, Hus regresó a su capilla en Belén, para continuar con mayor celo y entusiasmo la predicación de la Palabra de Dios. Sus enemigos eran activos y poderosos, pero la reina y muchos de los nobles eran sus amigos y el pueblo, en su mayor parte, lo apoyaba. Comparando sus puras y elevadas enseñanzas y su santa vida con los degradantes dogmas que predicaban los romanistas, y la avaricia y libertinaje que practicaban, muchos consideraron un honor estar a su lado.

Hasta entonces Hus había estado solo en sus labores; Ahora, sin embargo, Jerónimo, que mientras estuvo en Inglaterra había aceptado las enseñanzas de Wycliffe, se unió a la obra de la Reforma. Desde entonces sus vidas estuvieron unidas y ni siquiera en la muerte debieron dividirse. Jerome poseía en grado sobresaliente genio brillante, elocuencia y erudición, dones que se ganaron el favor popular; pero en aquellas cualidades que constituyen la verdadera fuerza de carácter, Hus fue mayor. Su tranquila percepción sirvió de freno al espíritu impulsivo de Jerónimo, quien, con verdadera humildad, comprendió su valor y se sometió a sus consejos. Gracias a sus esfuerzos combinados, la Reforma se extendió más rápidamente.

Dios permitió que una gran luz brillara en las mentes de estos hombres escogidos, revelándoles muchos de los errores de Roma. Pero no recibieron toda la luz que debería darse al mundo. A través de estos Sus siervos, Dios estaba sacando al pueblo de las tinieblas del romanismo. Sin embargo, hubo muchos grandes obstáculos que debieron enfrentar, y Él los guió, paso a paso, según lo que podían soportar. No estaban preparados para recibir toda la luz a la vez. Al igual que la plena gloria del sol del mediodía para aquellos que habían estado en la oscuridad durante mucho tiempo, si se les hubiera presentado esta luz, los habría descarriado. Por eso, se lo reveló a los líderes poco a poco, a medida que pudiera ser recibido por el pueblo. De siglo en siglo, otros fieles trabajadores les seguirían para guiar al pueblo cada vez más por el camino de la Reforma.

Y el cisma en la iglesia continuó. Tres papas competían ahora por la supremacía, y su lucha llenó a la cristiandad de crimen y desorden. No contentos con lanzar anatemas, recurrieron a armas temporales. Cada uno propuso adquirir armas y alistar soldados. Lógicamente necesitaban dinero; y para lograrlo se pusieron a la venta todos los dones, oficios y bendiciones de la iglesia. Los sacerdotes también, imitando sus superiores, recurrían a la simonía [compra o venta ilegal de artículos espirituales como indulgencias y sacramentos, o de cosas temporales relacionadas con lo espiritual, como beneficios eclesiásticos] y a la guerra para humillar a sus rivales y fortalecer su propio poder. Hus clamó contra las abominaciones que se toleraban en nombre de la religión; y el pueblo acusó abiertamente a los líderes romanistas como la causa de las miserias que oprimían al cristianismo.

Una vez más la ciudad de Praga parecía al borde de un conflicto sangriento. Como en tiempos pasados, el siervo de Dios fue acusado de ser "el perturbador de Israel". (I Reyes 18:17). La ciudad fue nuevamente puesta bajo interdicto y Hus se retiró a su aldea natal. El testimonio tan fielmente dado desde su querida capilla de Belém ha llegado a su fin. Debería hablar de un escenario más amplio, a toda la cristiandad, antes de dar su vida como testigo de la verdad.

Para curar los males que aquejaban a Europa, se convocó un concilio general en Constanza. Este concilio fue convocado a petición del emperador Segismundo, por uno de los tres papas rivales : Juan XXIII. La solicitud de un concilio estuvo lejos de ser bien recibida por el Papa Juan, cuyo carácter y políticas difícilmente resistirían una investigación, incluso por funcionarios eclesiásticos tan relajados en moral como lo eran los prelados de esa época. Sin embargo, el Papa no se atrevió a ir en contra de los deseos de Segismundo.

El principal objetivo que debía alcanzar el concilio era resolver el cisma de la iglesia y erradicar la herejía. En consecuencia, a la asamblea fueron convocados los dos antipapas, así como el principal propagador de las nuevas opiniones: Juan Hus. Los primeros, por motivos de seguridad, no asistieron personalmente, sino que estuvieron representados por sus delegados. El Papa Juan, aunque aparentemente era el convocante del concilio, asistió con muchas preocupaciones, sospechando el propósito secreto del emperador de deponerlo y temiendo que lo llamaran a la policía.

hablas por los vicios que habían deshonrado la tiara, así como por los crímenes que la habían asegurado. Sin embargo, entró en la ciudad de Constanza con gran pompa, acompañado de prelados del más alto rango y escoltado por un séquito de cortesanos. Todo el clero y dignatarios de la ciudad, con una inmensa multitud de ciudadanos, salieron a recibirlos. Sobre su cabeza había un dosel dorado, sostenido por cuatro de los más altos magistrados. La hostia fue llevada ante él, y las ricas túnicas de los cardenales y nobles formaron un despliegue imponente.

Mientras tanto, otro viajero se acercó a Constanza. Hus era consciente de los peligros que le amenazaban. Dejó a sus amigos como si no fuera a volver a verlos nunca más, y continuó su viaje sospechando que dirigía sus pasos directamente hacia el fuego. A pesar de haber obtenido un salvoconducto del rey de Bohemia y otro del emperador Segismundo durante el viaje, hizo todos sus preparativos pensando en la posibilidad de su muerte.

En una carta dirigida a sus amigos de Praga, decía: "Parto, hermanos míos, con salvoconducto del rey, al encuentro de mis numerosos y mortales enemigos... Confío enteramente en Dios Todopoderoso, en mi Salvador; soy seguro de que escuchará vuestras fervientes oraciones; que infundirá su prudencia y sabiduría en mi boca, para que pueda resistirlas; y que me dará su Espíritu Santo para fortalecerme en su verdad, para que pueda afrontar con valentía tentaciones, prisión y, si es necesario, una muerte cruel.

Jesucristo sufrió por sus amados. ¿Deberíamos tal vez sorprendernos de que Él nos haya dejado su ejemplo, para que nosotros mismos podamos soportar con paciencia todas las cosas para nuestra propia salvación? Él es Dios y nosotros somos sus criaturas; Él es el Señor y nosotros somos sus siervos; Él es Señor del mundo y nosotros somos mortales despreciables. Sin embargo, ¡sufrió! ¿Por qué, entonces, no deberíamos sufrir también nosotros, particularmente cuando el sufrimiento es una purificación para nosotros? Por tanto, amados, si mi muerte ha de contribuir a su gloria, orad para que llegue pronto y para que Él me capacite para soportar todas mis calamidades con constancia.

Pero si es mejor que vuelva a vosotros, roguemos a Dios que lo haga sin tacha, es decir, que no suprima ni un ápice de la verdad del evangelio, para dejar a mis hermanos un excelente ejemplo. seguir. Por esta razón, probablemente nunca más veréis mi cara en Praga; pero si la voluntad de Dios Todopoderoso se digna restituirme a vosotros, avancemos con el corazón más firme en el conocimiento y amor de su ley".

En otra carta dirigida a un sacerdote que se había convertido en discípulo del Evangelio, Huss hablaba con profunda humildad de sus propios errores, acusándose "de haber disfrutado vistiendo ropas ricas y de haber pasado horas en ocupaciones inútiles".

Luego añadió estos conmovedores consejos: "Que la gloria de Dios y la salvación de las almas ocupen tu mente, y no la posesión de beneficios y bienes. Cuídate de adornar tu casa más que tu alma; y sobre todo, dirige tus cuidados hacia al edificio espiritual.

Sed piadosos y humildes con los pobres; y no gastéis vuestros recursos en placeres.

Si no modificas tu vida y te abienes de lo superfluo, temo que serás severamente castigado, como lo soy yo... Tú conoces mi doctrina, pues has recibido mis instrucciones desde pequeño.

Por lo tanto, no es necesario que escriba más. Pero te conjuro, por la misericordia de nuestro Señor, que no me imites en ninguna de las vanidades en que me has visto caer." En el anverso de la carta, agrega: "Te conjuro, amigo mío, que no Abre esta carta antes de que recibas el mensaje Estoy seguro de que estoy muerto."

En su viaje, Hus pudo observar por todas partes indicios de la difusión de sus doctrinas y del favor con el que se veía su causa. El pueblo se reunió para verlo, y en algunas ciudades los magistrados lo acompañaron por las calles.

Al llegar a Constanza, a Hus se le concedió plena libertad. Al salvoconducto del emperador se añadió una garantía personal de protección por parte del Papa. Pero, en violación de estas declaraciones solemnes y repetidas, el reformador fue arrestado al poco tiempo por orden del Papa y de los cardenales, y arrojado a un calabozo repulsivo.

El Papa, sin embargo, aprovechando muy poco de su perfidia, pronto fue encerrado en la misma prisión. Se había demostrado ante el consejo que era culpable de los crímenes más viles, además de asesinato, simonía y adulterio: "pecados que no valen la pena mencionar". Así lo afirmó el mismo concilio; y finalmente fue despojado de la tiara y encarcelado. Los antipapas también fueron depuestos y se eligió un nuevo pontífice.

A pesar de que el propio Papa había sido acusado de crímenes mayores que aquellos de los que Hus había acusado a los sacerdotes, y contra los cuales había exigido reformas, el mismo concilio que había destituido al pontífice también intentó aplastar al reformador. El encarcelamiento de Hus provocó una gran indignación en Bohemia. Los nobles poderosos dirigieron vehementes protestas al consejo contra el ultraje. El emperador, que se oponía a permitir la violación de un salvoconducto, se opuso al procesamiento de Hus. Pero los enemigos del reformador eran maliciosos y decididos. Apelaron a los prejuicios del emperador, a sus temores y a su celo por la iglesia. Idearon argumentos de gran peso para demostrar que el emperador tenía "perfecta libertad para no mantener lealtad a un hereje" y que el consejo, al estar por encima del emperador, "estaba libre de su palabra". Así prevalecieron.

Debilitado por la enfermedad y el encarcelamiento, ya que el aire contaminado y húmedo de la prisión le había provocado una fiebre que casi acaba con su vida, Hus fue finalmente llevado ante el concilio. Cargado de cadenas, se presentó en presencia del emperador, cuyo honor y buena fe se habían comprometido a protegerlo. Durante su largo juicio mantuvo firmemente la verdad y, en presencia de los dignatarios reunidos de la Iglesia y el Estado, hizo una protesta solemne y fiel contra las corrupciones de la jerarquía. Cuando se le pidió que eligiera entre renunciar a sus doctrinas o morir, aceptó el destino de un mártir.

La gracia de Dios lo sostuvo. Durante las semanas de sufrimiento que pasó antes de su sentencia final, la paz del Cielo llenó su alma. Le dijo a un amigo: "Escribo esta carta en prisión y con las manos esposadas, esperando mi sentencia de muerte para mañana... Cuando, con el apoyo de Jesucristo, nos encontremos nuevamente en la deliciosa paz de la vida futura, querréis saber cuán misericordioso se ha mostrado Dios conmigo, y cuán efectivamente me ha sostenido en medio de las tentaciones y pruebas."

En la oscuridad del calabozo predijo el triunfo de la verdadera fe. Al regresar, en sueños, a la capilla de Praga, donde había predicado el evangelio, vio al Papa y a sus obispos borrando las pinturas de Cristo que había hecho en sus paredes. Hus quedó profundamente perturbado por esta visión; pero al día siguiente su pena se transformó en alegría, cuando vio que muchos artistas venían a reemplazar las figuras en mucho mayor número y colores más brillantes. Cuando terminaron su trabajo, los pintores exclamaron a la multitud que los rodeaba: "¡Ahora, que vengan los papas y los obispos, que nunca más los borrarán!" Dijo el reformador al relatar el sueño: "Tengo por seguro que la imagen de Cristo nunca será borrada. Querían destruirla, pero será pintada nuevamente en todos los corazones por predicadores mucho mejores que yo". Por última vez, Hus fue llevado ante el concilio, que era una asamblea vasta y brillante: el emperador, los príncipes del imperio, los delegados reales, los cardenales, obispos y sacerdotes, y una inmensa multitud que había venido a observar. los acontecimientos del día. . De todas partes de la cristiandad se reunieron testigos de este primer gran sacrificio en la larga batalla por la cual se debía asegurar la libertad de conciencia.

Llamado a expresar su decisión final, Hus declaró que se negaba a abjurar y, fijando su mirada penetrante en el monarca, cuya palabra comprometida había sido tan vergonzosamente violada, declaró que por su propia voluntad había comparecido ante el concilio, "bajo la fe pública y la protección del emperador allí presentes". Un intenso sonrojo enrojeció el rostro de Segismundo, mientras los ojos de todos los presentes en la asamblea estaban fijos en él.

Con la sentencia pronunciada comenzó la ceremonia de degradación. Los obispos vistieron al preso con un hábito sacerdotal, y al recibir las vestiduras sacerdotales, dijo: "Nuestro Señor Jesucristo estaba cubierto con un manto blanco para insultarlo cuando Herodes lo hizo llevar ante Pilato". Instado nuevamente a retractarse, respondió, volviéndose hacia el pueblo: "¿Con qué rostro, entonces, contemplaría los Cielos? ¿Cómo miraría a las multitudes de hombres a quienes prediqué el evangelio puro? ¡No! Valoro más tu salvación que este pobre cuerpo, ahora condenado a muerte." Las vestiduras fueron quitadas una por una, y cada obispo pronunció una maldición mientras desempeñaba su parte en la ceremonia. Finalmente, una corona o mitra, sobre la cual estaban pintadas Sobre su cabeza se colocaron espantosamente figuras de demonios con la inscripción "archhereje". Entonces Hus dijo: "Con gran placer llevaré sobre mi cabeza esta corona de infamia por amor a Ti, oh Jesús, que por mí llevaste una corona" de espinas."

Así vestidos, los prelados prometieron sus almas a Satanás. Hus, mirando al cielo, exclamó: "Encomiendo mi espíritu en tus manos, oh Señor Jesús, porque tú me has redimido".

Luego fue entregado a las autoridades seculares y conducido al lugar de ejecución. Lo acompañaba una inmensa procesión: cientos de hombres armados, sacerdotes y obispos con sus costosas vestimentas y los habitantes de Constanza. Cuando ya estaba atado a la hoguera, y todo estaba listo para ser incendiado, el mártir fue nuevamente exhortado a salvarse renunciando a sus errores. "¿A qué errores renunciaré? No me reconozco culpable de ninguno. Pido a Dios que sea testigo de que todo lo que escribí y prediqué fue con miras a rescatar almas del pecado y la perdición. Y por eso confirmaré con mi sangre esta verdad que he escrito y predicado."

Cuando las llamas comenzaron a envolverlo, comenzó a cantar: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí", y así continuó hasta que su voz fue silenciada para siempre.

Incluso sus enemigos quedaron impresionados por su heroico proceder. Un celoso papista, al describir los martirios de Hus y Jerónimo, que murieron poco después, dijo: "Ambos se comportaron con firmeza inquebrantable cuando se acercaba su hora final. Se prepararon para el fuego como si fuera un banquete de bodas. No dejaron escapar un solo grito de dolor. Cuando las llamas se elevaron, comenzaron a cantar himnos, y la intensidad del fuego apenas podía detener su canto".

Una vez que el cuerpo de Hus fue completamente incinerado, sus cenizas, junto con la tierra sobre la que reposaban, fueron recogidas y arrojadas al Rin, y así transportadas al océano. Sus perseguidores imaginaron en vano que habían desarraigado las verdades que él había predicado. Poco imaginarían que las cenizas llevadas al mar ese día serían como semillas esparcidas por todas las naciones de la tierra; que en tierras aún desconocidas producirían frutos abundantes en testimonio de la verdad. La voz que se había elevado en la sala del consejo de Constanza había despertado ecos que se escucharían en todas las épocas venideras. Hus ya no estaba vivo, pero las verdades por las que murió nunca perecerían. Su ejemplo de fe y firmeza alentaría a multitudes a mantenerse firmes en defensa de la verdad frente a la tortura y la muerte. Su ejecución mostró al mundo entero la perversa crueldad de Roma. los enemigos de

De hecho, aunque no lo sabían, habían promovido la causa que en vano buscaban destruir.

Pero en Constanza hubo que encender otro fuego. La sangre de otro testigo debería dar testimonio de la verdad. Jerónimo, al despedirse de Hus a su partida para el concilio, lo exhortó a ser firme y valiente, declarando que, si cayera en algún peligro, él mismo acudiría en su ayuda. Al enterarse del arresto del reformador, el fiel discípulo se preparó inmediatamente para cumplir su promesa. Sin salvoconducto y con un solo acompañante, partió hacia Constança. Cuando llegó allí, estaba convencido de que sólo se estaba exponiendo al peligro, sin posibilidad de hacer nada para liberar a Hus. Jerónimo huyó de la ciudad, pero fue arrestado en el camino a casa y devuelto con grilletes a la custodia de un grupo de soldados. En su primera comparecencia ante el consejo, sus intentos de responder a las acusaciones vertidas en su contra se toparon con gritos de: "¡A las llamas con él! ¡A las llamas!". Jerónimo fue arrojado a un calabozo, alimentado con pan y agua y encadenado en una posición que le causó gran sufrimiento.

Después de unos meses, las crueldades de su encarcelamiento le provocaron una enfermedad que puso en peligro su vida. Sus enemigos, temiendo que pudiera escapar de sus manos, lo trataron con menos severidad, aunque permaneció en prisión durante un año. La muerte de Hus no había producido los resultados que esperaban los papistas. La violación del salvoconducto había provocado una tormenta de indignación y, como medio más seguro, el consejo decidió, en lugar de quemar a Jerónimo, obligarlo, si era posible, a retractarse. Lo llevaron ante la asamblea y le ofrecieron la alternativa de dimitir o morir en la hoguera. La muerte, al comienzo de su encarcelamiento, habría sido un acto de compasión, comparado con los terribles sufrimientos que había soportado. Pero ahora, debilitado por la enfermedad, por los rigores del calabozo y la tortura de la ansiedad y el suspenso, separado de sus amigos y desanimado por la muerte de Hus, la valentía de Jerónimo decayó y consintió en someterse al consejo. Prometió su palabra de adherirse a la fe católica y aceptó la acción del concilio al condenar las doctrinas de Wycliffe y Hus, con la excepción de las "santas verdades" que habían enseñado.

Mediante este expediente, Jerónimo se esforzó por silenciar la voz de su conciencia y escapar de la muerte. Pero en la soledad del calabozo vio más claramente lo que había hecho. Pensó en el coraje y la fidelidad de Hus y, en contraste, reflexionó sobre su propia negación de la verdad. Pensó en el divino Maestro a quien se había comprometido a servir y que por él sufrió la muerte en la cruz. Antes de retractarse, había encontrado consuelo en medio de todos sus sufrimientos, en la certeza del favor de Dios; pero ahora el remordimiento y la duda torturaban su alma. Sabía que todavía tendría que retractarse más antes de poder estar en paz con Roma. El camino que estaba siguiendo sólo terminaría en una apostasía total. Entonces tomó una resolución: para escapar de un breve período de sufrimiento, no n

Luego fue llevado nuevamente ante el consejo. Su presentación no había satisfecho a los jueces. Su sed de sangre, estimulada por la muerte de Hus, pedía a gritos nuevas víctimas. Sólo mediante una renuncia sin reservas a la verdad Jerónimo pudo preservar su vida. Pero estaba decidido a declarar su fe y seguir a su hermano mártir hasta las llamas.

Renunció a su dimisión anterior y, como un moribundo, exigió solemnemente la oportunidad de hacer su defensa. Temiendo el efecto de sus palabras, los prelados insistieron en que se limitara a afirmar o negar la verdad de los cargos que se le imputaban. Jerome protestó contra tal crueldad e injusticia.

"Me has tenido encerrado durante trescientos cuarenta días en una prisión horrible", dijo, "entre inmundicia, fétida y la mayor necesidad de todas las cosas. Entonces me traes ante ti y, escuchando a mis enemigos mortales, me rechazáis. Si me escucháis. Si en verdad sois sabios y lumbreras del mundo, tened cuidado de no pecar contra la justicia. En cuanto a mí, sólo soy un débil mortal, mi vida es de poca importancia; y cuando os exhorto a no dictar una sentencia injusta, hablo menos por mí que por vosotros."

Su petición finalmente fue concedida. En presencia de los jueces, Jerónimo se arrodilló y oró para que el Espíritu divino dirigiera sus pensamientos y palabras, de modo que no pudiera decir nada contrario a la verdad o indigno de su Maestro. Ese día se cumplió para él la promesa de Dios hecha a los primeros discípulos: "Aún seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de Mí... Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis"., porque en aquella misma hora se os enseñará lo que habéis de decir, porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros." (Mateo 10:18-20). Las palabras de Jerónimo despertaron asombro y admiración, incluso entre sus enemigos. Durante todo un año estuvo encarcelado en un calabozo, sin poder leer ni ver, con gran sufrimiento físico y ansiedad mental. Sin embargo, sus argumentos fueron presentados con tanta claridad y poder como si hubiera tenido una oportunidad tranquila de dedicarse a estudiar. Señaló a sus oyentes la larga fila de santos que habían sido condenados por jueces injustos. En casi todas las generaciones ha habido quienes, aunque buscaban elevar a la gente de su tiempo, fueron acusados y expulsados, pero que en épocas posteriores demostraron ser dignos de honor. El mismo Cristo fue condenado como malhechor por un tribunal injusto.

En su retractación, Jerónimo había estado de acuerdo con la justicia de la sentencia que condenó a Hus. Ahora, sin embargo, declaró su arrepentimiento y dio testimonio de la inocencia y santidad del mártir. "Conocía a João Huss desde que era niño", dijo. "Era un hombre excelente, justo y santo; fue condenado a pesar de su inocencia... Yo también estoy dispuesto a morir. No retrocederé ante los tormentos que me preparan mis enemigos y falsos testigos, que un día tendrán que dar cuenta de sus imposturas ante el gran Dios, a quien nada puede engañar."

En su autorreproche por su propia negación de la verdad, Jerónimo continuó: "De todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno pesa tanto sobre mi espíritu y me causa un remordimiento tan cortante como el que cometí en este lugar fatal, cuando aprobé la inicua sentencia dictada contra Wycliffe y contra el santo mártir Juan Hus, mi maestro. Sí, lo confieso de corazón y declaro con horror que cedí vergonzosamente cuando, por miedo a la muerte, condené sus doctrinas. Por lo tanto, ruego a Dios Todopoderoso que se digne perdonar mis pecados, y éste en particular, el más atroz de todos." Señalando a los jueces, dijo con firmeza: "Ustedes condenaron a Wycliffe y a Juan Hus, no porque sacudieran la doctrina de la iglesia, sino simplemente porque estigmatizaron con desaprobación los escándalos del clero; su pompa, orgullo y todos los vicios de prelados y sacerdotes. Las cosas que dijeron y que son irrefutables, yo también pienso de la misma manera y declaro como ellos."

Sus palabras fueron interrumpidas. Los prelados, estremecidos de ira, gritaron: "¿Qué necesidad tenemos de más pruebas? ¡Fuera el más obstinado de los herejes!"

Inquebrantable ante la tormenta, Jerónimo exclamó: "¡Qué! ¿Crees que tengo miedo de morir? Me mantuviste durante un año entero en un calabozo horrible, más terrible que la muerte misma. Me trataste con más crueldad que un Judío turco o pagano, y mi carne literalmente se pudrió en los huesos en

vida completa; sin embargo, no me quejo, porque la lamentación difícilmente fortalece a un hombre en corazón y espíritu; pero no puedo dejar de expresar mi asombro ante tan gran barbarie hacia un cristiano."

Nuevamente estalló la tormenta de ira y Jerónimo fue llevado de urgencia a prisión. Sin embargo, había algunos en la asamblea a quienes las palabras de Jerónimo causaron una profunda impresión y deseaban salvarle la vida. Fue visitado por dignatarios de la iglesia, quienes insistieron en que se sometiera al consejo. Se le presentaron las perspectivas más brillantes como recompensa por renunciar a su oposición a Roma. Pero, como su Maestro cuando le fue ofrecida la gloria del mundo, Jerónimo se mantuvo firme.

"Demuéstrame con las Sagradas Escrituras que estoy en un error", dijo, "y renunciaré a ello".

"¡Las Sagradas Escrituras!", exclamó uno de sus tentadores; "todo debe ser juzgado por ellos? ¿Quién podrá entenderlos hasta que la iglesia los haya interpretado?"

"¿Son las tradiciones de los hombres más dignas de fe que el evangelio de nuestro Salvador?", respondió Jerónimo. "Pablo no exhortó a aquellos a quienes escribió a que escucharan las tradiciones de los hombres, sino que dijo: 'Escudriñad las Escrituras'".

"¡Hereje!" fue la respuesta; "Me arrepiento de haber razonado contigo por tanto tiempo. Veo que estás impulsado por el diablo."

Pronto se dictó contra él la pena de muerte. Fue llevado al mismo lugar donde Hus había entregado su vida. Siguió su camino cantando y su rostro se iluminó de alegría y paz. Su mirada estaba fija en Cristo y la muerte había perdido para él sus terrores. Cuando el verdugo estaba a punto de encender el fuego, pasó detrás del mártir, pero éste exclamó: "Avanza con valentía; prende fuego delante de mí. Si tuviera miedo, no estaría aquí".

Sus últimas palabras pronunciadas mientras las llamas se elevaban a su alrededor fueron una oración. Clamó: "Señor, Padre todopoderoso, ten piedad de mí y perdona mis pecados, porque sabes que siempre he amado tu verdad". Su voz se quedó en silencio, pero sus labios continuaron moviéndose en oración.

Cuando el fuego hubo completado su trabajo, las cenizas del mártir, junto con la tierra sobre la que reposaban, fueron recogidas y, como las de Hus, arrojadas al río Rin. Así perecieron los fieles portadores de la luz de Dios. Pero la luz de las verdades que proclamaron, la luz de su ejemplo heroico, no pudo apagarse. Los hombres podrían intentar desviar al Sol de su órbita, así como impedir el amanecer de ese día que amanecía en el mundo.

La ejecución de Hus había encendido una llama de indignación y horror en Bohemia. Toda la nación sintió que había caído presa de la malicia de los sacerdotes y de la traición del emperador. Fue declarado fiel maestro de la verdad y el concilio que decretó su muerte fue acusado de asesinato. Sus doctrinas atrajeron ahora mayor atención que nunca. Por edictos papales, los escritos de Wycliffe habían sido condenados a las llamas. Pero los que habían escapado de la destrucción ahora fueron sacados de su escondite y estudiados en relación con la Biblia o aquellas partes de ella que la gente pudo adquirir. Y así muchos fueron inducidos a aceptar la fe reformada.

Los asesinos de Hus no se quedaron callados ante el triunfo de su causa. El Papa y el emperador se unieron para aplastar el movimiento y los ejércitos de Segismundo fueron lanzados contra Bohemia.

Pero ha surgido un libertador. Zisca, quien poco después del inicio de la guerra quedó completamente ciego. Sin embargo, fue uno de los generales más capaces de su tiempo y líder de los bohemios. Confiando en la ayuda divina y en la justicia de su causa, aquel pueblo resistió a los ejércitos más poderosos que podían atacarlos. En varias ocasiones, el

El emperador, organizando nuevos ejércitos, invadió Bohemia sólo para ser rechazado humillantemente. Los husitas superaron el miedo a la muerte y nada pudo resistirlos. Unos años después del inicio de la guerra, el valiente Zisca murió, pero su lugar lo ocupó Procopio, que era un general igualmente valiente y capaz y, en algunos aspectos, un líder más competente.

Al saber que el guerrero ciego había muerto, los enemigos de los bohemios pensaron que la oportunidad de recuperar todo lo que habían perdido era favorable. Entonces el Papa lanzó una cruzada contra los husitas y de nuevo una fuerza inmensa se abalanzó sobre Bohemia, pero sólo para sufrir una terrible derrota. Siguió otra cruzada. En todos los países papales de Europa se reunieron hombres, dinero y municiones de guerra.

Las multitudes se reunieron bajo el estandarte papal, seguras de que, después de todo, se acabaría con los herejes husitas. Confiada en la victoria, la enorme fuerza entró en Bohemia. El pueblo se reunió para repelerlo. Los dos ejércitos se acercaron hasta que sólo un río se interpuso entre ellos. Las fuerzas aliadas eran muy superiores en número, sin embargo, en lugar de lanzarse agresivamente a atacar a los husitas, permanecieron en silencio, contemplándolos, como hechizados. Entonces, de repente, un terror misterioso se apoderó de los anfitriones. Sin dar un solo golpe, esa poderosa fuerza se desmoronó y se dispersó, como si fuera dispersada por un poder invisible. Un gran número de soldados aliados fueron asesinados por el ejército husita, que persiguió a los fugitivos. Un inmenso

El botín cayó en manos de los vencedores, de modo que la guerra, en lugar de empobrecerlos, enriqueció a los bohemios.

Unos años más tarde, bajo el nuevo Papa, se lanzó otra cruzada. Como antes, se trajeron hombres y medios de todos los países papales de Europa. Grande fue el estímulo que se presentó a quienes debían emprender esta peligrosa empresa. A cada cruzado se le garantizaba el perdón total por los crímenes más atroces. A todos los que murieron en la guerra se les prometió una rica recompensa en el cielo, y los que sobrevivieran cosecharían honores y riquezas en el campo de batalla. Una vez más se reunió un inmenso ejército y, cruzando la frontera, invadió Bohemia. Las fuerzas husitas se retiraron ante ellos, arrastrando así a los invasores cada vez más hacia el interior del territorio.

interior del país, y haciéndolos contar con la victoria en sus manos. Finalmente, el ejército de Procopio se detuvo y, volviéndose contra el enemigo, avanzó hacia la batalla. Los cruzados, al descubrir su error, permanecieron en el campamento esperando el ataque. Cuando se escuchó el ruido de la fuerza que se acercaba, incluso antes de que los husitas estuvieran a la vista, el pánico volvió a apoderarse de los cruzados. Príncipes, generales y soldados rasos, quitándose las armaduras, huyeron en todas direcciones.

En vano el legado papal, que era el líder de la invasión, se esforzó por reunir sus fuerzas aterrorizadas y desorganizadas. A pesar de enormes esfuerzos, él mismo fue absorbido por la ola de fugitivos. La derrota fue completa y de nuevo un inmenso botín cayó en manos de los vencedores.

Así, por segunda vez, un vasto ejército enviado por las naciones más poderosas de Europa, una hueste de guerreros valientes, entrenados y equipados para la batalla, huyó ante los defensores de una nación pequeña y débil, sin asestar un solo golpe. En esto hubo una manifestación del poder divino. Los invasores fueron invadidos por un terror sobrenatural. Aquel que derrotó a los ejércitos de Faraón en el Mar Rojo, que puso en fuga a los ejércitos madianitas ante Gedeón y sus trescientos, que en una sola noche derrocó a las fuerzas de la altiva Asiria, había extendido nuevamente su mano para debilitar el poder del opresor. "He aquí, tuvieron gran temor, donde no había temor, porque Dios esparció los huesos de los que estaban alrededor de ti; los confundiste, porque Dios los rechazó" (Sal. 53:5).

Los líderes papales, perdiendo la esperanza de conquistar por la fuerza, decidieron recurrir a la diplomacia. Se llegó a un compromiso que, aunque preveía la concesión de libertad de conciencia a los bohemios, en realidad los traicionó y los entregó al poder de Roma. Los bohemios habían especificado cuatro puntos como condiciones de paz con Roma: libre predicación de la Biblia; el derecho de toda la iglesia al pan y al vino en la comunión, y al uso de la lengua materna en el culto divino; la exclusión del clero de todos los cargos y autoridades seculares; y, en casos de delito, la jurisdicción de los tribunales civiles otorgada tanto al clero como a los laicos. Las autoridades papales finalmente aceptaron los cuatro artículos, estipulando, sin embargo, que el derecho de explicarlos y decidir sobre su significado exacto debería pertenecer a la Iglesia. Se concluyó un tratado sobre esta base, y Roma ganó mediante el disimulo y el fraude lo que no había logrado mediante el conflicto; porque, al dar su propia interpretación a los artículos husitas así como a las Sagradas Escrituras, podía pervertir su significado para adaptarlo a sus propios intereses.

Una gran clase en Bohemia, al ver que esto traicionaba sus libertades, no dio su consentimiento al tratado. Surgieron disensiones y divisiones que llevaron a conflictos y derramamiento de sangre entre ellos. El noble Procopio pereció en esta lucha y también la libertad de Bohemia.

Segismundo, el traidor de Hus y Jerónimo, se convirtió ahora en rey de Bohemia y, haciendo caso omiso de su juramento de apoyar los derechos de los bohemios, procedió al establecimiento del papado. Pero poco obtuvo de su sumisión a Roma. Durante veinte años su vida había estado llena de trabajo y peligros. Sus ejércitos habían sido debilitados y los tesoros imperiales agotados por una lucha larga e infructuosa, y ahora, después de reinar un año, murió, abandonando su reino al borde de la guerra civil y legando a la posteridad un nombre estigmatizado por la infamia.

Siguieron disturbios, luchas y derramamiento de sangre. Nuevamente los ejércitos extranjeros invadieron Bohemia y las disensiones internas continuaron perturbando a la nación. Los que permanecieron fieles al evangelio fueron objeto de una sangrienta persecución.

Cuando sus antiguos hermanos llegaron a un acuerdo con Roma y absorbieron sus errores, aquellos que se aferraron a la antigua fe finalmente formaron una iglesia distinta y adoptaron el nombre de "Hermanos Unidos". Este acto les trajo maldiciones de todas las clases. Sin embargo, su firmeza era inquebrantable. Obligados a buscar refugio en bosques y cuevas, todavía se reunían para leer la Palabra de Dios y adorar en Su adoración.

A través de mensajeros enviados secretamente a diferentes países, supieron que aquí y allá había personas aisladas que confesaban la verdad, un poco en esta ciudad y un poco en aquella, objetos de persecución como ellos, y que en medio de los Alpes Tenía una iglesia antigua fundada sobre el fundamento de las Escrituras. Esta noticia fue recibida con gran alegría y se abrió correspondencia con los cristianos valdenses.

Firmes en el evangelio, los bohemios esperaron toda la noche de su persecución, volviendo la vista al horizonte en la hora más oscura, como hombres que esperan la mañana. "Su suerte estaba echada en días malos, pero recordaron las palabras de Hus, repetidas por Jerónimo, de que debía pasar un siglo antes de que amaneciera el día. Estas fueron para los husitas lo que fueron las palabras de José para las tribus de la casa de servidumbre: 'Yo muero; pero Dios ciertamente os visitará y os hará subir de esta tierra'". Alrededor del año 1470, la persecución cesó y siguió un período de relativa prosperidad. "A finales de siglo había doscientas iglesias de los 'Hermanos Unidos' en Bohemia y Moravia". "Tan prósperos fueron los que quedaron que, escapando del

furia destructiva de fuego y espada, tuvo el privilegio de ver el amanecer de aquel día que Hus había predicho”.

Capítulo 7

Lutero se separa de Roma

En primer lugar, entre los que fueron llamados a guiar a la iglesia de la oscuridad papal a la luz de la fe más pura, se encuentra Martín Lutero. Celoso, ardiente y devoto, sin conocer otro temor que el de Dios y no reconociendo ningún otro fundamento para la fe religiosa que las Sagradas Escrituras, Lutero fue el hombre de su época. A través de él, Dios realizó una gran obra para la reforma de la iglesia y para la iluminación del mundo.

Como los primeros heraldos del evangelio, Lutero provenía de las clases más pobres. Sus primeros años los pasó en la humilde casa de un campesino alemán. En su trabajo diario como minero, su padre le proporcionó los medios para su educación. Quería que su hijo fuera abogado, pero el plan de Dios era convertirlo en constructor del gran templo que poco a poco se fue construyendo a lo largo de los siglos.

Necesidades, privaciones y severa disciplina acudieron a la escuela en la que la Sabiduría Infinita preparó a Lutero para la importante misión de su vida.

El padre de Lutero era un hombre de voluntad fuerte y activa, y de gran fortaleza de carácter, honesto, resuelto y justo. Fue leal a sus convicciones del deber, cualesquiera que fueran las consecuencias. Su legítimo sentido común le llevó a mirar con disgusto la vida monástica. Se molestó mucho cuando Lutero, sin su consentimiento, entró en un monasterio. Pasaron dos años antes de que el padre se reconciliara con su hijo, y aun así las opiniones siguieron siendo las mismas.

Los padres de Lutero pusieron mucho cuidado en la educación y preparación de sus hijos. Se esforzaron por instruirlos en el conocimiento de Dios y la práctica de las virtudes cristianas. Las oraciones del padre, presenciadas por el hijo, a menudo llegaban al Cielo, para que el hijo pudiera recordar el nombre del Señor y un día ayudara a promover Su verdad. Cada ventaja moral y cultural que su vida de arduo trabajo les permitió disfrutar fue proporcionada con entusiasmo por sus padres. Sus esfuerzos fueron sinceros y perseverantes para preparar a sus hijos para una vida de piedad y utilidad. Con su firmeza y vigor de carácter, a veces ejercían una tremenda severidad. Pero el reformador, aunque consciente de que en algunos aspectos se habían equivocado, encontró en su disciplina más cosas para aprobar que para condenar.

En la escuela, a la que fue enviado desde pequeño, Lutero fue tratado con dureza e incluso violencia. La pobreza de sus padres era tan grande que cuando iba de su casa a la escuela en otra ciudad, durante algún tiempo se vio obligado a conseguir su comida cantando de puerta en puerta, y hubo muchas ocasiones en que pasó hambre. En aquella época prevalecían ideas oscuras y supersticiosas sobre la religión que lo llenaban de miedo. Yacía en la noche con el corazón apesadumbrado, mirando con temblor el futuro oscuro y en constante terror al pensar en Dios como un juez austero, implacable y un tirano cruel, más que como un bondadoso Padre celestial. Incluso bajo tantos grandes desalientos, Lutero resueltamente continuó hacia el alto nivel de moralidad y excelencia intelectual que atraía a su alma.

Tenía sed de conocimiento y el carácter enérgico y práctico de su mente le llevó a desear lo sólido y útil, más que lo ostentoso y superficial. Cuando, a la edad de dieciocho años, ingresó en la Universidad de Erfurt, su situación era más favorable y sus perspectivas más brillantes que en sus primeros años. Sus padres, habiendo logrado con parsimonia y dedicación obtener ingresos suficientes para hacer frente a sus

necesidades, pudieron proporcionar toda la asistencia necesaria. La influencia de amigos inteligentes había atenuado, en cierta medida, los oscuros efectos de su educación anterior. Se dedicó al estudio de los mejores autores, atesorando diligentemente sus pensamientos más importantes y haciendo suya la sabiduría de los sabios. Incluso bajo la estricta disciplina de sus primeros educadores, ya había dado signos de distinción; y, con influencias favorables, su mente se desarrolló rápidamente. La memoria retentiva, la imaginación vívida, el fuerte poder de razonamiento y la aplicación incansable pronto lo colocaron por delante de sus colegas. La disciplina intelectual maduró su comprensión y despertó en él tal actividad mental y agudeza de percepción que lo estaban preparando para los conflictos de la vida.

El temor del Señor habitaba en el corazón de Lutero, permitiéndole mantener su firmeza de propósito y guiándolo a una profunda humildad ante Dios. Poseía un sentido permanente de su dependencia de la ayuda divina y no dejaba de comenzar cada día con oración, mientras su corazón respiraba continuamente una petición de guía y apoyo. "Orar bien", decía a menudo, "es la mejor mitad del estudio".

Un día, mientras examinaba los libros de la biblioteca de la universidad, Lutero descubrió una Biblia en latín. Nunca antes había visto un libro así. Incluso ignoró su existencia. Había oído partes de los evangelios y de las epístolas que se leían al pueblo durante el culto público y suponía que eran toda la Biblia. Ahora, por primera vez, estaba mirando la Palabra de Dios completa. Con una mezcla de miedo y curiosidad estudió minuciosamente las páginas sagradas. Con el pulso acelerado y el corazón acelerado, leyó por sí mismo las palabras de vida, deteniéndose y exclamando: "¡Oh, si Dios me diera un libro así!" Los ángeles celestiales estaban a su lado, y los rayos de luz del trono de Dios revelaron a su entendimiento los tesoros de la verdad. Siempre había temido ofender a Dios, pero ahora la profunda convicción de su condición pecaminosa se apoderó de él como nunca antes.

Un deseo sincero de liberarse del pecado y encontrar la paz con Dios lo llevó a ingresar en un convento y dedicarse a la vida monástica. Allí se le exigió que realizara los trabajos más difíciles y mendigara de casa en casa. Estaba en una edad en la que el respeto y el aprecio son los más deseados, y esas tareas humillantes mortificaban profundamente sus sentimientos naturales. Pero soportó pacientemente esta humillación, creyendo que era necesaria a causa de sus pecados.

Cada momento que podía aprovechar en medio de sus quehaceres diarios lo empleaba en estudiar, evitando el descanso e incluso ahorrando el tiempo dedicado a sus escasas comidas. Por encima de todo, se deleitaba en el estudio de la Palabra de Dios. Había descubierto la Biblia encadenada a la pared del convento y acudía a ella con frecuencia. A medida que sus propias convicciones de pecado se profundizaban, buscó a través de sus propias obras obtener perdón y paz. Llevó una vida muy rigurosa, esforzándose mediante ayunos, vigiliias y flagelaciones, para dominar los males de su naturaleza, a los que la vida monástica no había aportado ningún alivio. No se escatimó en ningún sacrificio que le permitiera obtener aquella pureza de corazón que le permitiera ser aprobado ante Dios. "Era realmente un monje piadoso", dijo más tarde, "y seguí las reglas de mi orden más estrictamente de lo que puedo expresar. Si algún monje pudiera alcanzar el Cielo mediante sus obras monásticas, yo ciertamente tendría derecho a ello. Si hubiera continuado, habría llevado mis mortificaciones hasta la muerte". Como resultado de esta dolorosa disciplina, perdió vigor y comenzó a sufrir desmayos de los que nunca se recuperó del todo. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, su alma agobiada no encontró alivio. Después de todo, estaba al borde de la desesperación.

Cuando a Lutero le pareció que todo estaba perdido, Dios levantó un amigo y ayuda. El piadoso Staupitz abrió la Palabra de Dios a la mente de Lutero y le hizo apartar la mirada de sí mismo, dejar de contemplar el castigo eterno por violar la ley de Dios y mirar a Jesús, su Salvador que perdona los pecados. "En lugar de torturarte por tus pecados, arrójate en los brazos de tu Redentor. Confía en Él, en la justicia de Su vida, en la expiación hecha por Su muerte. Escuche al Hijo de Dios. Se hizo hombre para darte la seguridad del favor divino". "Ámalo, porque Él te amó primero" Así habló aquel mensajero de misericordia. Sus palabras causaron una profunda impresión en la mente de Lutero. Después de una tremenda lucha contra errores largamente acariciados, se aferró a la verdad y la paz invadió su alma atribulada.

Lutero fue ordenado sacerdote y llamado del convento para enseñar en la Universidad de Wittenberg. Allí se dedicó al estudio de las Escrituras en los idiomas originales. Comenzó a dar charlas sobre la Biblia. El libro de los Salmos, los Evangelios y las Epístolas se abrieron al entendimiento de multitudes de oyentes encantados. Staupitz, su amigo y superior, lo instó a subir al púlpito y predicar la Palabra de Dios. Lutero vaciló, sintiéndose indigno de hablarle al pueblo en lugar de Cristo. Fue una larga lucha antes de que accediera a las peticiones de sus amigos. Lutero ya era poderoso en las Escrituras y la gracia de Dios reposaba sobre él. Su elocuencia cautivó a sus oyentes y la claridad y poder con que presentó la verdad penetró y persuadió en su entendimiento; El fervor del monje tocó sus corazones.

Lutero era todavía un verdadero hijo de la iglesia papal y no pensó que sería otra cosa. En la providencia de Dios fue llevado a visitar Roma. Hizo este viaje a pie, alojándose en monasterios a lo largo del camino. En un convento italiano se maravilló de la riqueza, la magnificencia y el lujo que presenció. Favorecidos por magníficos ingresos, los monjes vivían en espléndidos apartamentos, adornándose con las ropas más ricas y caras y festejando en mesas suntuosas. Con dolorosas preocupaciones, Lutero contrastó esta escena con el altruismo y la dureza de su propia vida. Su mente estaba perpleja.

Finalmente, contempló a lo lejos la ciudad de las siete colinas. Con profunda emoción se postró en tierra exclamando: "¡Santa Roma, te saludo!" Entró en la ciudad, visitó las iglesias, escuchó las maravillosas historias repetidas por los sacerdotes y monjes y realizó todas las ceremonias requeridas. Por todas partes contemplaba escenas que lo llenaban de asombro y horror. Vio que la iniquidad existía en todas las clases del clero. Escuchó chistes indecentes de los prelados y quedó horrorizado por sus terribles blasfemias, incluso durante la misa. Mientras se mezclaba con los monjes y los ciudadanos, Lutero fue testigo de la disipación y la sensualidad. Dondequiera que iba, en lugar de santidad encontraba profanación. "Es increíble", escribió, "los pecados y atrocidades que se cometen en Roma; necesitan ser vistos y oídos para creer. Por eso se suele decir: "Si hay un infierno, Roma está construida sobre él". Ella es un abismo del que proceden todos los pecados".

Mediante un decreto reciente, el Papa había prometido una indulgencia a todos los que subieran de rodillas por la "escalera de Pilato", por la que se decía que nuestro Salvador descendió al salir de la corte romana y que fue transportada milagrosamente desde Jerusalén a Roma. Lutero estaba un día subiendo devotamente estos escalones, cuando de repente oyó una voz como de trueno que le decía: "El justo por la fe vivirá". Se levantó de un salto y se apresuró a abandonar el lugar, avergonzado y horrorizado. Este texto bíblico nunca perdió su fuerza en el alma del monje alemán. A partir de entonces llegó a ver más claramente que antes la falacia de confiar en las obras humanas para la salvación y la necesidad de una fe constante en los méritos de Cristo. Sus ojos habían sido abiertos a los engaños del papado y nunca más se cerrarían. Cuando le dio la espalda

a Roma también lo hizo en su corazón y desde entonces la separación creció mucho hasta cortar toda conexión con la iglesia papal.

A su regreso de Roma, Lutero se doctoró en la Universidad de Wittenberg. Ahora era libre de dedicarse como nunca antes a las Escrituras que tanto amaba. Había hecho un voto solemne de estudiar cuidadosamente y predicar fielmente la Palabra de Dios, y no los dichos y doctrinas de los papas, todos los días de su vida. Ya no era un simple monje o maestro, sino un heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado como pastor para alimentar el rebaño de Dios, que tenía hambre y sed de la verdad. Declaró firmemente que los cristianos no deberían recibir otras doctrinas que las que se basaban en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras devastaron los cimientos mismos de la supremacía papal. Contenían el principio vital de la Reforma.

Lutero vio el peligro de exaltar las teorías humanas por encima de la Palabra de Dios. Y atacó valientemente la infidelidad especulativa de los escolásticos [profesores universitarios medievales] y se opuso a la filosofía y la teología que durante mucho tiempo habían ejercido una influencia controladora sobre el pueblo. Denunció tal conocimiento como no sólo inútil sino pernicioso, y buscó desviar las mentes de sus oyentes de los sofismas de los filósofos y teólogos hacia las verdades eternas presentadas por los profetas y apóstoles.

Precioso fue el mensaje que llevó a las multitudes hambrientas y embelesadas por sus palabras. Nunca antes habían escuchado tales enseñanzas. La feliz noticia del amor del Salvador, la certeza del perdón y la paz mediante su sangre expiatoria, regocijó sus corazones y les inspiró esperanza eterna. En Wittenberg se encendió una luz cuyos rayos se extenderían hasta los lugares más remotos de la tierra y aumentarían en brillo hasta el fin de los tiempos.

Pero la luz y la oscuridad no armonizan. Entre la verdad y el error hay un conflicto inevitable. Apoyar y defender a uno es atacar y subvertir al otro. Nuestro Salvador declaró: "No he venido a traer paz, sino espada". (Mat. 10:34) Lutero declaró, unos años después del comienzo de la Reforma: "Dios no me guía, sino que me impulsa hacia adelante. No soy dueño de mis propias acciones. Viviría feliz en tranquilidad, pero estoy arrojado en medio de la agitación y la revolución". Ahora estaba a punto de ser llevado a la batalla.

La iglesia romana había comercializado la gracia de Dios. Las mesas de los cambistas (Mateo 21:12) estaban colocadas junto a sus altares, y el aire resonaba con los gritos de compradores y vendedores. Con el pretexto de recaudar fondos para la construcción de la iglesia de San Pedro en Roma, se ofrecían públicamente a la venta indulgencias por el pecado, bajo la autoridad del Papa. Por el precio del crimen se debía construir un templo para la adoración de Dios: la piedra angular colocada con la paga de la iniquidad. Pero los mismos medios adoptados para engrandecer a Roma causaron el golpe más mortal a su poder y grandeza. Fue esto lo que dio lugar a los enemigos más decididos y exitosos del papado, promovió la guerra que sacudió el trono papal e hizo temblar la triple corona sobre la cabeza del Papa.

El funcionario designado para administrar la venta de indulgencias en Inglaterra, llamado Tetzl, fue acusado de los más viles crímenes contra la sociedad y contra la Ley de Dios; pero, habiendo escapado del justo castigo por sus delitos, fue empleado para promover los designios mercenarios y sin escrúpulos del Papa. Con gran arrogancia repetía las más notorias falsedades, y contaba cuentos fantasiosos para engañar a los crédulos, supersticiosos e ignorantes. Si la población tuviera la Palabra de Dios en sus manos, no se dejaría engañar. Para mantenerlo bajo el control del papado y aumentar el poder y la riqueza de sus ambiciosos líderes, le quitaron la Biblia.

Cuando Tetzal entraba en una ciudad, un mensajero le precedía anunciando: “La gracia de Dios y del santo padre está a vuestras puertas”. Y el pueblo acogió al pretencioso blasfemo como si Dios mismo hubiera descendido hasta ellos del cielo. El tráfico infame había penetrado en la iglesia y Tetzal, subiendo al púlpito, promovía las indulgencias como el don más preciado de Dios. Declaró que en virtud de estos certificados de perdón, todos los pecados que el comprador quisiera cometer posteriormente serían perdonados, y que “el arrepentimiento era prescindible”. Más aún, aseguró a sus oyentes que las indulgencias tenían el poder de salvar no sólo a los vivos sino también a los muertos; que en el momento exacto en que el dinero tintineaba en el fondo de su cofre, el alma en cuyo favor había sido entregado salió del purgatorio y se dirigió al Cielo.

Cuando el mago Simón quiso adquirir de los apóstoles poder para realizar milagros, Pedro le respondió: “Tu dinero está contigo para destrucción, porque pensabas que el don de Dios se obtiene con dinero” (Hechos 8:20). Pero la oferta de Tetzal fue aceptada con entusiasmo por miles de personas. El oro y la plata fluían hacia el tesoro. La salvación que se podía comprar con dinero se lograba más fácilmente que la que requería arrepentimiento, fe y esfuerzo diligente para resistir y vencer el pecado.

La doctrina de las indulgencias había sido confrontada por hombres eruditos y piadosos en la iglesia romana, y había muchos que no creían en afirmaciones tan contrarias tanto a la razón como a la revelación. Ningún prelado se atrevió a alzar la voz contra este tráfico inicuo, pero las mentes de los hombres se estaban perturbando y avergonzando, y muchos preguntaban ansiosamente si Dios no obraría mediante algún instrumento para la purificación de su iglesia.

Lutero, aunque todavía era un papista del tipo más estricto, estaba horrorizado ante las pretensiones blasfemas de los comerciantes de indulgencias. Muchos de su propia congregación que habían obtenido certificados de perdón pronto apelaron a su pastor confesando sus diversos pecados y esperando la absolución, no porque fueran penitentes y desearan reformarse, sino sobre la base de indulgencias. Lutero se negó a darles la absolución y les advirtió que, a menos que se arrepintieran y reformaran sus vidas, perecerían en sus pecados. Con gran perplejidad acudieron a Tetzal con la queja de que su confesor había rechazado sus certificados. Y algunos exigieron audazmente que se les devolviera el dinero. El fraile estaba muy enojado. Profirió las más terribles maldiciones y ordenó erigir hogueras en las plazas públicas y declaró que tenía órdenes del Papa de “quemar a los herejes que se atrevieran a oponerse a sus santísimas indulgencias”.

Lutero entra ahora con valentía en su trabajo como defensor de la verdad. Su voz se escuchó desde el púlpito en una advertencia ardiente y solemne. Expuso ante el pueblo el carácter ofensivo del pecado, enseñándoles que era imposible para el hombre, por sus propias obras, reducir la culpa de la transgresión o escapar de su castigo. Nada puede salvar al pecador sino el arrepentimiento hacia Dios y la fe en Cristo. La gracia de Cristo no se puede adquirir; Es un regalo gratuito. Lutero aconsejó al pueblo que no adquirieran indulgencias, sino que miraran con fe a un Redentor crucificado. Relató su propia experiencia dolorosa al buscar la salvación a través de la humillación y el autocastigo, y aseguró a sus oyentes que fue mirando fuera de sí mismo y creyendo en Cristo que encontró paz y gozo.

Mientras Tetzal continuaba con sus negocios y pretensiones impías, Lutero decidió hacer una protesta más eficaz contra estos flagrantes abusos. Pronto surgió una oportunidad adecuada para esto. La iglesia del castillo de Wittenberg albergaba numerosas reliquias que, en determinados días festivos, se exponían al público. Se concedía la remisión total de los pecados a todos los que visitaban la iglesia y se confesaban. De acuerdo

Como era costumbre en aquellos días, la gente asistía en gran número. Se acercaba una de las más importantes de estas ocasiones, la fiesta de "Todos los Santos". La víspera, Lutero, uniéndose a la multitud que se dirigía a la iglesia, colocó en sus puertas un documento que contenía noventa y cinco proposiciones contra la doctrina de las indulgencias. Declaró su disposición a defenderlos en la universidad, al día siguiente, contra cualquiera que quisiera atacarlos.

Sus propuestas atrajeron una atención generalizada. Fueron leídos y releídos, y repetidos por todas partes. Gran entusiasmo surgió en la universidad y en toda la ciudad. A través de Estas tesis demostraban que el poder de conceder el perdón del pecado y la remisión de su pena nunca había sido concedido al Papa ni a ningún otro hombre. Todo el plan de indulgencias era un engaño, un dispositivo para extorsionar dinero aprovechándose de las supersticiones de la gente, un truco de Satanás para destruir las almas de todos los que confiaban en sus mentirosas pretensiones. También se demostró claramente que el evangelio de Cristo es el tesoro más valioso de la iglesia, y que la gracia de Dios revelada en él se da gratuitamente a todos los que la buscan con arrepentimiento y fe.

Las tesis de Lutero provocaron discusión; pero nadie se atrevió a aceptar el desafío. Las preguntas que propuso se difundieron por toda Alemania en pocos días y al cabo de unas semanas resonaron en toda la cristiandad. Muchos romanistas devotos que presenciaron y lamentaron la terrible iniquidad que prevalecía en la iglesia, pero que no supieron detener su avance, leyeron las tesis con gran alegría, reconociendo en ellas la voz de Dios. Sintieron que el Señor había puesto Su mano bondadosamente para detener la creciente ola de corrupción proveniente de la sede romana. Príncipes y magistrados se alegraban en secreto de que el poder arrogante que negaba el derecho a apelar sus decisiones estuviera a punto de ser reprimido.

Pero las multitudes supersticiosas y amantes del pecado quedaron aterrorizadas cuando los sofismas que calmaban sus temores fueron barridos. Los astutos eclesiásticos, detenidos en su labor de ratificar el crimen y viendo peligrar sus rentas, se enfurecieron y se unieron para defender sus pretensiones. El reformador ahora tenía que enfrentar a amargos acusadores. Algunos lo acusaron de actuar apresuradamente y por impulso. Otros lo acusaron de presunción, declarando que no estaba guiado por Dios, sino que actuaba con orgullo y arrogancia. Lutero respondió: "¿Quién no sabe que rara vez alguien promueve una nueva idea sin tener cierta apariencia de orgullo y sin ser acusado de provocar contiendas?... ¿Por qué fueron asesinados Cristo y todos los mártires? Porque parecían pretenciosos despreciadores de sabiduría de la época en que vivieron, y porque presentaban nuevas ideas sin haber consultado primero humildemente los oráculos de viejas opiniones".

Nuevamente el reformador declaró: "Lo que estoy haciendo no será hecho por el pensamiento del hombre, sino por el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién podrá detenerla? Si no, ¿quién podrá llevarla adelante? Ni siquiera mi voluntad, ni la de ellos ni la nuestra, sino la tuya, oh Padre santo, que estás en los cielos".

Aunque Lutero fue impulsado por el Espíritu de Dios a comenzar su obra, no la avanzaría sin sufrir graves conflictos. Las acusaciones de sus enemigos, la distorsión de sus propósitos y las referencias injustas y maliciosas a su carácter y motivos, cayeron sobre él como una inundación devastadora y no quedaron sin efecto. Había pensado que los líderes del pueblo, tanto en la iglesia como en las escuelas, con gusto se unirían a él en sus esfuerzos de reforma. Las palabras de aliento de quienes ocupaban altos cargos le habían inspirado alegría y esperanza. Ya había previsto un día más brillante para la iglesia. Pero este entusiasmo se había convertido en censura y condena. Muchos dignatarios, tanto

de la Iglesia y del Estado, estaban convencidos de la veracidad de sus tesis; pero pronto se dieron cuenta de que la aceptación de estas verdades implicaría grandes cambios. Iluminar y reformar al pueblo significaba prácticamente socavar la autoridad de Roma, contener los miles de torrentes que ahora fluían hacia su tesoro y, por tanto, cortar la extravagancia y el lujo de los líderes papales. Además, enseñar a las personas a pensar y actuar como seres responsables, mirando sólo a Cristo para obtener la salvación, subvertiría el trono pontificio y, en consecuencia, destruiría su propia autoridad. Por esta razón las autoridades rechazaron el conocimiento ofrecido por Dios y se opusieron a Cristo y a la verdad al oponerse al hombre que había sido enviado para iluminarlos.

Lutero tembló al mirarse a sí mismo, un hombre que simplemente se oponía a los potentados más poderosos de la Tierra. A veces dudaba si realmente había sido guiado por Dios para oponerse a la autoridad de la iglesia. Escribió: "¿Quién era yo para oponerme a la majestad del Papa, ante quien temblaban los reyes de la tierra y el mundo entero?" En la desesperación me sumergí a menudo". Pero no se abandonó al desaliento: cuando le falló el apoyo humano, miró sólo a Dios y aprendió que podía apoyarse con perfecta seguridad en ese brazo todopoderoso.

Lutero le escribió a un amigo de la Reforma: "No podemos llegar a comprender las Escrituras ni mediante el estudio ni mediante la fuerza del intelecto. Por lo tanto, tu primer deber debe ser comenzar con la oración. Ruega al Señor que se digne concederte en Su rica misericordia la comprensión de Su Palabra. No hay otro intérprete de la Palabra de Dios que el Autor mismo de esa Palabra. Como Él mismo dice: 'Y todos serán enseñados por Dios'. No esperes nada de tu propio estudio y del poder de tu intelecto, sino simplemente confía en Dios y en la guía de Su Espíritu. Cree en alguien que tenga experiencia en la materia." Aquí hay una lección de vital importancia para aquellos que sienten que Dios los ha llamado con el propósito de presentar a otros las verdades solemnes para este tiempo. Estas verdades provocarán la enemistad de Satanás y de los hombres que aman las fábulas que él ha inventado. En conflicto con los poderes del mal se necesita algo más que la fuerza del intelecto y la sabiduría humana.

Cuando los enemigos apelaron a las costumbres y tradiciones, o a las declaraciones y la autoridad del Papa, Lutero los enfrentó con la Biblia y solo con la Biblia. Aquí había argumentos que no podían responder; Por esta razón los esclavos del formalismo y la superstición clamaron por su sangre, como lo hicieron los judíos por la sangre de Cristo. "Es un hereje", rugieron los fanáticos romanos. "¡Es un pecado permitirle vivir una hora más! ¡Llévenlo inmediatamente a la horca!"

Sin embargo, Lutero no cayó presa de su ira. Dios tenía una obra para él y ángeles fueron enviados desde el cielo para protegerlo. Sin embargo, muchos de los que habían recibido la preciosa luz de Lutero se convirtieron en objeto de la ira de Satanás y, por amor a la verdad, sufrieron valientemente la tortura y la muerte.

Las enseñanzas de Lutero atrajeron la atención de mentes pensantes de toda Alemania. De sus sermones y escritos surgieron rayos de luz que despertaron e iluminaron a miles. Una fe viva estaba tomando el lugar del formalismo muerto en el que se había mantenido la iglesia durante mucho tiempo. La gente perdía diariamente la confianza en las supersticiones del romanismo. Las barreras del prejuicio se estaban desmoronando. La Palabra de Dios mediante la cual Lutero demostró cada doctrina y declaración fue como una espada de dos filos que se abrió paso en los corazones del pueblo. En todas partes se había despertado el deseo de progreso espiritual. En todas partes había tal hambre y sed de justicia como no se había experimentado en siglos. Los ojos del pueblo, por tanto

tiempo dirigido a los ritos humanos y a los mediadores terrenales, ahora se dirigieron al arrepentimiento y a la fe en Cristo y en Él crucificado.

Este interés generalizado despertó aún más los temores de las autoridades papales. Lutero recibió una citación para presentarse en Roma para responder al cargo de herejía. La orden llenó de terror a sus amigos. Sabían muy bien el peligro que le amenazaba en aquella ciudad corrupta, ya ebria de la sangre de los mártires de Jesús. Protestaron contra su viaje a Roma y pidieron que fuera interrogado en Alemania.

Este acuerdo finalmente se llevó a cabo y se nombró un legado papal para conocer el caso. Las instrucciones comunicadas por el pontífice a su funcionario indicaban que Lutero ya había sido declarado hereje. Por lo tanto, el legado estaba encargado de "perseguirlo y obligarlo a someterse sin demora." Si permanecía irreductible y el legado no tomaba posesión de su persona, estaba facultado para "condenarlo en todos los lugares de Alemania, al exilio, maldecir y excomulgar a todos los que estaban relacionados con él." El Papa también ordenó a su legado, con el propósito de desarraigar por completo la perniciosa herejía, excomulgar a todos, excepto al emperador, cualquiera que fuera su dignidad. en la iglesia o en el estado, y a todos los que se negaron arrestar a Lutero y sus seguidores, entregándolos a la venganza de Roma.

Aquí se muestra el verdadero espíritu del papado. En todo el documento no se ve ningún indicio de principios cristianos o incluso de justicia común. Lutero estaba muy lejos de Roma y no tuvo oportunidad de explicar o defender su posición. Sin embargo, antes de que se investigara su caso, fue declarado sumariamente hereje, y ese mismo día amonestado, acusado, juzgado y condenado; ¡y todo esto por quien se hacía llamar santo padre, única autoridad suprema e infalible en la Iglesia o Estado!

En aquel momento, cuando Lutero necesitaba tanto la simpatía y el consejo de un verdadero amigo, la providencia de Dios envió a Felipe Melanchthon a Wittenberg. Joven, de modales modestos y tímidos, el buen juicio de Melanchthon, su amplio conocimiento y su elocuencia persuasiva, combinados con la pureza y la rectitud de carácter, se ganaron la admiración y la estima generales. La brillantez de sus talentos no era más sorprendente que la gentileza de su naturaleza. Rápidamente se convirtió en un ferviente discípulo del evangelio, el amigo más fiel de Lutero y su apoyo más valioso. Su amabilidad, cautela y precisión sirvieron de complemento al coraje y la energía del reformador alemán. Su adhesión a la obra fortaleció la Reforma y fue una fuente de gran entusiasmo para Lutero.

Se había designado Augsburgo como lugar del juicio y el reformador partió a pie para viajar a esa ciudad. Había serios temores sobre él. Le amenazaron abiertamente con que lo secuestrarían y lo asesinarían en el camino, y sus amigos le rogaron que no corriera ningún riesgo. Incluso le rogaron que abandonara Wittenberg por un tiempo y buscara seguridad con aquellos que con gusto lo protegerían. Pero no quería abandonar la posición en la que Dios lo había puesto. Debe seguir manteniendo fielmente la verdad, a pesar de las tormentas que le sobrevinieron. Su lenguaje era: "Soy como Jeremías, hombre de luchas y contiendas; pero cuanto más aumentan sus amenazas, más multiplican mi alegría... Ya han destruido mi honra y mi buen nombre. Sólo queda mi miserable cuerpo; que lo tomen y así acorten mi vida unas horas. Pero, en cuanto a mi alma, no la tendrán. El que se propone llevar la verdad de Cristo al mundo debe esperar la muerte a cada momento."

La noticia de la llegada de Lutero a Augsburgo supuso una gran satisfacción para el legado papal. El hereje sedicioso que estaba captando la atención del mundo entero.

ahora parecía estar en poder de Roma, y el legado decidió que Lutero no debería escapar. El reformador no se había provisto de salvoconducto. Sus amigos le instaron a que no se presentara ante el legado sin esta salvaguardia, y ellos mismos se esforzaron por obtenerla del emperador. El representante eclesiástico de Roma tenía la intención de obligar a Lutero, si era posible, a retractarse o, en su defecto, llevarlo a Roma para compartir el destino de Hus y Jerónimo. Así, a través de sus agentes, hizo todo lo posible para inducir a Lutero a presentarse sin salvoconducto y confiado en su piedad. El reformador se negó rotundamente a hacer esto. Hasta que recibió el documento prometiendo la protección del emperador, Lutero no se presentó en presencia del embajador papal.

Por razones políticas, los romanistas habían decidido ganarse a Lutero mediante una apariencia cortés. El legado, en sus entrevistas con él, le declaró una gran amistad, pero exigió que Lutero se sometiera implícitamente a la autoridad de la iglesia y cediera en todos los puntos sin discusión ni cuestionamiento. El nuncio papal no había evaluado adecuadamente el carácter del hombre con quien tenía que tratar. En respuesta, Lutero mostró su consideración por la iglesia, su deseo de la verdad, su disposición a responder a todas las objeciones a lo que había enseñado y a someter sus doctrinas al examen de algunas de las universidades más notorias. Pero al mismo tiempo protestó contra la conducta del cardenal, quien exigió su retractación sin siquiera haber probado error alguno de su parte.

La única respuesta fue: "¡Retractarse, retractarse!" El reformador demostró que su actitud estaba respaldada por las Escrituras y declaró firmemente que no podía renunciar a la verdad. El legado, incapaz de responder al argumento de Lutero, lanzó contra él una tormenta de acusaciones, desprecios y halagos, intercalados con citas de la tradición y pronunciamientos de los padres de la iglesia, sin darle al reformador la oportunidad de hablar. Al ver que la conferencia, de continuar de esta manera, sería completamente inútil, Lutero finalmente obtuvo, a regañadientes, permiso para presentar su respuesta por escrito.

Dijo, escribiendo a un amigo, que "al hacerlo, los oprimidos disfrutaban de un doble beneficio: en primer lugar, lo que está escrito puede estar sujeto al juicio de otros; en segundo lugar, hay más posibilidades de trabajar con los miedos, si no la conciencia de un déspota arrogante y locuaz, que de otro modo predominaría con su lenguaje obligatorio." En la siguiente entrevista, Lutero presentó una exposición clara, concisa y eficaz de sus puntos de vista, plenamente respaldada por muchas citas de las Escrituras. Este documento, después de ser leído en voz alta, fue entregado por Lutero al cardenal quien, sin embargo, lo desechó con desdén, declarándolo un conjunto de palabras ociosas y citas irrelevantes. Lutero, sintiéndose completamente desafiado, confronta al arrogante prelado en su propio terreno (las tradiciones y enseñanzas de la iglesia) y desafía completamente sus suposiciones.

Cuando el prelado vio que el razonamiento de Lutero era incontestable, perdió todo dominio de sí mismo y exclamó enojado: "Retírate o te enviaré a Roma para que comparezcas ante los jueces encargados de conocer de tu caso. Excomulgadle a él, también a todos sus partidarios y a los que en alguna ocasión le apoyan, echándolos de la iglesia." Y finalmente declaró con entonación altiva y enojada: "¡Retírate o no vuelvas!"

El reformador se retiró rápidamente con sus amigos, declarando así plenamente que no se podía esperar ninguna retractación de su parte. Éste no era el fin que el cardenal se había propuesto alcanzar. Se había jactado de haber obligado a Lutero a someterse mediante la violencia. Ahora, a solas con sus seguidores, miraba a uno y otro, completamente decepcionado por el inesperado fracaso de sus métodos.

Los esfuerzos de Lutero en esta ocasión no dejaron de tener buenos resultados. La numerosa asamblea presente tuvo la oportunidad de comparar a los dos hombres y juzgar por sí mismos el espíritu que expresaron, así como la fuerza y veracidad de sus posiciones. ¡Qué sorprendente fue el contraste! El reformador, sencillo, humilde, firme, permaneció en la fuerza de Dios, con la verdad a su lado; El representante del Papa, presuntuoso, autoritario, altivo e irracional, no tenía un solo argumento extraído de las Escrituras y, sin embargo, gritaba con vehemencia: "¡Retírate o serás enviado a Roma para sufrir un castigo!"

A pesar de que Lutero se había proporcionado un salvoconducto, los romanistas conspiraron para atraparlo y encarcelarlo. Sus amigos insistieron en que era inútil que prolongara su estancia allí, que debía regresar sin demora a Wittenberg y que debía extremarse la precaución para ocultar sus intenciones.

Coincidiendo con las consideraciones de sus amigos, abandonó Augsburgo antes del amanecer, a caballo, acompañado únicamente por un guía designado por el magistrado. Con muchos presentimientos se abrió paso por las calles oscuras y silenciosas de la ciudad. Enemigos vigilantes y crueles estaban planeando su destrucción. ¿Escaparía de las trampas que le tendieron? Eran tiempos de ansiedad y oración ferviente. Lutero llegó a una pequeña puerta en la muralla de la ciudad.

Lo abrió y, junto con el guía, lo atravesó sin problemas. Una vez fuera, los fugitivos apresuraron su huida y antes de que el legado supiera de la partida de Lutero ya estaba fuera del alcance de sus perseguidores. Satanás y sus emisarios han sido derrotados. El hombre que creían que estaba en su poder había escapado como un pájaro de la trampa de un cazador.

Al escuchar la noticia de la fuga de Lutero, el legado se llenó de sorpresa y enojo. Había esperado recibir un gran honor por su sabiduría y firmeza al tratar con los perturbadores de la iglesia, pero su esperanza fue decepcionada. Dio rienda suelta a su ira a través de una carta dirigida a Federico, elector de Sajonia, denunciando amargamente a Lutero y exigiendo que Federico enviara al reformador a Roma o lo desterrara de Sajonia.

En su defensa, Lutero insistió en que el legado papal le mostrara sus errores en las Escrituras y prometió solemnemente renunciar a sus doctrinas si se demostraba que estaban en contradicción con la Palabra de Dios. Y expresó su agradecimiento a Dios por haber sido considerado digno de sufrir por tan santa causa.

El elector todavía tenía poco conocimiento de las doctrinas reformadas, pero quedó profundamente impresionado por la sinceridad, fuerza y claridad de las palabras de Lutero; y, hasta que se demostrara que el reformador estaba equivocado, Federico decidió seguir siendo su protector. En respuesta a la petición del legado, escribió: "Dado que el Dr. Martinho apareció en Augsburgo en su presencia, debería estar satisfecho. No esperábamos que usted hiciera un esfuerzo para hacerlo retractarse sin convencerlo de sus errores. Ninguno de "Los eruditos de nuestro principado nos han dicho que la doctrina de Martín es impía, anticristiana o herética. Por lo tanto, debemos negarnos a enviar a Lutero a Roma o expulsarlo de nuestros Estados".

El elector notó un colapso general de las barreras morales en la sociedad. Se necesitaba un gran proyecto de renovación. Las complejas y costosas medidas para restringir y castigar el crimen serían innecesarias si los hombres sólo reconocieran y obedecieran los mandamientos de Dios y los dictados de una conciencia iluminada. Se dio cuenta de que Lutero estaba trabajando para lograr esa meta y en secreto se regocijó de que se estuviera sintiendo una mejor influencia en la iglesia.

También vio que, como profesor en la Universidad, Lutero había logrado un éxito notable. Sólo había pasado un año desde que el reformador publicó sus tesis

en la iglesia del castillo, y ya se ha producido un gran descenso en el número de peregrinos que visitan la iglesia con motivo de la fiesta de Todos los Santos. Roma había quedado despojada de adoradores y ofrendas, pero su lugar había sido ocupado por otra clase que ahora llegaba a Wittenberg, no de peregrinos para adorar sus reliquias, sino de estudiantes para llenar sus aulas. Los escritos de Lutero habían despertado en todas partes un nuevo interés por las Sagradas Escrituras, y no sólo de todas partes de Alemania, sino también de otros países, los estudiantes acudían en masa a la Universidad. Los jóvenes, al llegar a Wittenberg por primera vez, "levantaron sus manos al cielo y alabaron a Dios por haber hecho brillar la luz de la verdad desde Wittenberg como lo había hecho antiguamente desde el Monte Sión, para que desde allí penetrara en los lugares más profundos". tierras distantes. "

Lutero todavía estaba sólo parcialmente convertido de los errores del romanismo. Pero se sorprendió al comparar las Sagradas Escrituras con los decretos y constituciones papales. El reformador escribió: "Estoy leyendo los decretos pontificios y... no sé si el Papa es el anticristo mismo o su apóstol, dada la forma en que Cristo está tan falsamente representado en ellos e incluso crucificado". Sin embargo, Lutero todavía era partidario de la Iglesia de Roma en ese momento y no pensó que alguna vez se separaría de su comunión.

Los escritos y doctrinas del reformador se estaban difundiendo por todas las naciones de la cristiandad. El trabajo se extendió a Suiza y Holanda. Copias de sus escritos llegaron a Francia y España. En Inglaterra, sus enseñanzas fueron recibidas como palabra de vida. La verdad también llegó a Bélgica e Italia. Miles de personas estaban despertando de su estupor mortal al gozo y la esperanza de una vida de fe.

Roma se exasperó cada vez más por los ataques de Lutero, y algunos de sus oponentes más fanáticos, incluso médicos de universidades católicas, declararon que quien matara al monje rebelde estaría libre de pecado. Un día, un extraño con un arma de fuego escondida bajo su capa se acercó al reformador y le preguntó por qué caminaba solo. "Estoy en manos de Dios", respondió Lutero.

"Él es mi ayuda y mi escudo. ¿Qué puede hacerme el hombre?" Al oír estas palabras, el extraño palideció y huyó, como si huyera de la presencia de ángeles celestiales.

Roma había decidido destruir a Lutero, pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se escucharon en todas partes: en conventos, casas de agricultores, castillos de nobles, universidades y palacios reales; y los nobles estaban surgiendo por todas partes para sostener sus esfuerzos.

Fue en esta ocasión que Lutero, al leer las obras de Hus, vio que la gran verdad de la justificación por la fe que él mismo buscaba defender y enseñar, había sido predicada por el reformador bohemio. Lutero declaró: "¡Todos, Pablo, Agustín y yo, hemos sido husitas sin saberlo!" Y continuó: "¡Dios ciertamente pedirá cuentas al mundo por esto, porque la verdad le fue predicada hace un siglo y quemada! "

En un llamamiento al emperador y a la nobleza de Alemania a favor de la Reforma del cristianismo, Lutero escribió sobre el Papa: "Es monstruoso ver que él, que es llamado el vicario de Cristo, se jacta de tal magnificencia que ningún emperador puede rivalizar. ¿Esto representa al Jesús pobre y humilde o al modesto Pedro? ¡El Papa, dicen, es señor del mundo! Pero Cristo, de quien se jacta de ser vicario, dijo: 'Mi reino no es de este mundo'. ¿Pueden los dominios de ¿Un vicario se extiende más allá de los de su superior?"

Respecto a las universidades, escribió: "Temo mucho que las universidades resulten ser grandes puertas que conducen al infierno, a menos que se preocupen diligentemente por explicar las Sagradas Escrituras y grabarlas en los corazones de nuestros jóvenes. No aconsejo a nadie que ponga su hijo donde no se observan las Sagradas Escrituras como regla de vida. Toda institución donde no se estudia diligentemente la Palabra de Dios tiende a corromperse."

Este llamamiento circuló rápidamente por toda Alemania y ejerció una poderosa influencia sobre el pueblo. Toda la nación se conmovió y multitudes se movilizaron para reunirse alrededor del estandarte de la Reforma. Los oponentes de Lutero, que deseaban fervientemente venganza, instaron al Papa a tomar medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas fueran inmediatamente condenadas.

Se concedieron sesenta días al reformador y sus seguidores, después de los cuales, si no se retractaban, todos serían excomulgados.

Fue una crisis terrible para la Reforma. Durante siglos, la sentencia de excomuniación de Roma había aterrorizado a monarcas poderosos y llenado de infelicidad y desolación a poderosos imperios. Aquellos sobre quienes cayó su destino fueron universalmente mirados con miedo y horror. Se rompieron las relaciones con sus compañeros y se les trató como forajidos que debían ser perseguidos hasta la muerte. Lutero no fue ciego a la tormenta que estaba a punto de caer sobre él, pero se mantuvo firme confiando en que Cristo sería su apoyo y escudo. Con la fe y el coraje de un mártir escribió: "Lo que está por suceder no lo sé y no me importa saber... Dondequiera que me alcance la tormenta no temeré. Ni una hoja cae sin la voluntad de nuestro Padre.

¡Cuánto más cuidará de nosotros! Es fácil morir por la Palabra, ya que esa Palabra, que se hizo carne por nosotros, murió. Si morimos con Él, viviremos con Él; y pasando por lo que Él ha pasado antes que nosotros, estaremos donde Él está y moraremos con Él para siempre".

Cuando la bula papal llegó a manos de Lutero, éste dijo: "La desprecio y la resisto como impía y falsa... Es Cristo mismo quien es condenado en ella... Me glorío en la perspectiva de sufrir por la mejor de las causas. Ya siento una mayor libertad, porque sé que el Papa es el anticristo y que su trono es el del mismo Satanás".

Sin embargo, la resolución de Roma no quedó sin efecto. La prisión, la tortura y la espada eran armas poderosas para imponer la obediencia. Los débiles y supersticiosos temblaron ante el decreto del Papa; y si bien había una simpatía general por Lutero, muchos sentían que la vida era demasiado cara para arriesgarla por el bien de la Reforma. Todo parecía indicar que la obra del reformador estaba a punto de terminar.

Pero Lutero aún mantuvo su coraje. Roma le había lanzado anatemas y el mundo miró su situación y no tuvo dudas de que moriría o se vería obligado a ceder. Pero con un poder terrible revocó la sentencia de condenación y declaró públicamente su decisión de abandonar la iglesia romana para siempre. Ante una multitud de estudiantes, médicos y ciudadanos de todas las clases sociales, Lutero quemó la bula papal, con leyes canónicas, decretos y algunos escritos que defendían el poder papal.

"Mis enemigos, al quemar mis libros, pudieron dañar la causa de la verdad en la mente de algunos y destruir sus almas; por esta razón, yo, en represalia, puse fin a sus libros. Una lucha seria acaba de comenzar. Hasta aquí sólo he estado jugando con el Papa. Comencé esta obra en nombre de Dios; terminará sin mí y con su poder".

Lutero respondió a las acusaciones de sus enemigos, quienes se burlaban de él por la supuesta debilidad de su causa, diciendo: "Quién sabe si Dios no me ha elegido y llamado para realizar esta obra necesaria, y si estos charlatanes no deberían temer eso, despreciando ¿El yo, desprecia al mismo Dios? Dicen que estoy solo. No es cierto, porque Jehová está conmigo. En su entendimiento, Moisés estaba solo a la salida de Egipto; Elías estaba solo en el reino del rey Acab; Isaías solo en Jerusalén, Ezequiel sólo en Babilonia... Escucha, oh Roma: Dios nunca escogió como profeta al sumo sacerdote, ni a ningún otro gran personaje, sino que dio preferencia a hombres humildes y despreciados, y una vez incluso al pastor Amós. En aquella época los santos se vieron obligados a reprender a reyes, príncipes, sacerdotes traidores y sabios, con peligro

de sus vidas... No digo que sea profeta; pero que deben temer precisamente porque estoy solo, mientras que del lado del opresor hay muchos de alta posición social, ricos y hasta de letras burlonas. Sí, estoy sola, pero serena porque a mi lado está la Palabra de Dios. Y con todos sus numerosos partidarios, el mayor de todos los poderes no está con ellos".

Sin embargo, no sin una lucha terrible consigo mismo, Lutero decidió separarse definitivamente de la Iglesia. Por esta época escribió: "Cada día siento más y más lo difícil que es dejar de lado los escrúpulos que hemos asimilado desde la infancia. ¡Oh! ¡Cuánto dolor me causó esto, aunque tenía las Escrituras de mi lado para justificarme que debía atreverme a enfrentarme solo al Papa y considerarlo el Anticristo! ¡Cuáles fueron las tribulaciones de mi corazón! ¿Cuántas veces me he hecho, con amargura, la pregunta que tan frecuentemente estaba en labios de los papistas: '¿Eres el único sabio? ¿Podrían todos los demás estar equivocados? ¿Cómo será si al final eres tú quien está equivocado y has involucrado a tantas almas en tu error, quien será condenado eternamente?' Entonces luché conmigo mismo y con Satanás, hasta que Cristo, por su Palabra infalible, fortaleció mi corazón contra estas dudas."

El Papa había amenazado a Lutero con la excomunión si no se retractaba, y la amenaza ahora se había cumplido. Se emitió una nueva bula declarando la separación definitiva del reformador de la Iglesia de Roma, denunciándolo como maldito del Cielo e incluyendo en la misma condena a todos aquellos que recibieron sus doctrinas. La gran pelea había comenzado.

La oposición es la suerte de todos aquellos a quienes Dios emplea para presentar verdades especialmente aplicables a su tiempo. Había una verdad presente en los días de Lutero, una verdad de especial importancia para esa época. Hay una verdad presente para la iglesia hoy. El que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad ha tenido a bien colocar a los hombres en diversas circunstancias y ordenarles deberes pertinentes a los tiempos en que viven y a las condiciones en que se encuentran. Si valoraran la luz que se les ha dado, se abrirían ante ellos las perspectivas más amplias de la verdad. Esto, sin embargo, no es deseado por la mayoría hoy en día, como tampoco lo deseaban los romanistas que se oponían a Lutero. Existe la misma disposición a aceptar las teorías y tradiciones de los hombres en lugar de la Palabra de Dios como en la antigüedad. Aquellos que presentan la verdad para este tiempo no deben esperar ser recibidos con más favor que los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y el error, entre Cristo y Satanás, aumentará en intensidad hasta el fin de la historia de este mundo.

Jesús dijo a sus discípulos: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero como no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que os dije: "Un siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, guardarán la vuestra". (Juan 15:19 y 20). Y por otro lado, nuestro Señor afirmó claramente: "¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres entre vosotros hablen bien, porque así lo hicieron sus padres con los falsos profetas!". (Lucas 6:26). El espíritu del mundo no está más en armonía hoy con el espíritu de Cristo que en épocas anteriores; y aquellos que predicán la Palabra de Dios en su pureza no serán recibidos ahora con mayor favor que entonces. Las formas de oposición a la verdad pueden cambiar, la enemistad puede ser menos abierta porque es más sutil; pero el mismo antagonismo todavía existe y se manifestará hasta el fin de los tiempos.

Capítulo 8

Lutero frente a la dieta de Worms

El emperador Carlos V ascendió al trono de Alemania y los emisarios de Roma se apresuraron a felicitarlo y persuadir al monarca para que empleara su poder contra la Reforma. Por otra parte, Federico, elector de Sajonia, a quien Carlos debía en gran parte su corona, le rogó que no tomara ninguna medida contra Lutero antes de concederle una audiencia. El emperador quedó así en una situación de gran perplejidad y vergüenza. Los papistas no estarían satisfechos con nada menos que un edicto imperial que condenara a muerte a Lutero. El elector había declarado firmemente que "ni su majestad imperial ni nadie había demostrado todavía que los escritos de Lutero hubieran sido refutados". Por ello, solicitó "que el Dr. Lutero recibiera un salvoconducto para poder responder por sí mismo ante un tribunal de jueces sabios, piadosos e imparciales".

La atención de todos los partidos se centró ahora en la asamblea de los Estados germánicos reunida en Worms poco después del ascenso de Carlos al trono imperial. Había importantes cuestiones e intereses políticos que debían ser considerados por este consejo nacional. Por primera vez los príncipes alemanes se reunirían con su joven monarca en una asamblea deliberante. De todas partes de la tierra natal vinieron los dignatarios de la Iglesia y del Estado. Señores de noble cuna, poderosos y celosos de sus derechos hereditarios; eclesiásticos principescos, engreídos por su consciente superioridad jerárquica y poder; En Worms se reunieron nobles caballeros y sus sirvientes armados, así como embajadores del extranjero y de países lejanos. Sin embargo, en esa vasta asamblea, el tema que había despertado el mayor interés fue la causa del reformador sajón.

Carlos había ordenado previamente al elector que llevara a Lutero a la Dieta, asegurándole protección y prometiéndole libre discusión de los temas en disputa con personas competentes. Lutero estaba ansioso por presentarse ante el emperador. Su salud era, en aquel momento, muy frágil. A pesar de ello, escribió al elector: "Si no puedo viajar sano y salvo a Worms, me llevarán allí enfermo. Porque si el emperador me ha llamado, no puedo dudar de que es la llamada de Dios". Si quieren usar la violencia contra mí, como probablemente lo harán, porque ciertamente no es para obtener información de mí por lo que me exigen que comparezca ante ellos, dejo el asunto en manos del Señor. Tres israelitas en el horno aún viven y reinan ardiendo. Si no es Su voluntad salvarme, mi vida tiene poca importancia. Sólo cuidémonos de que el evangelio no quede expuesto al desprecio de los malvados. Y que derramemos nuestra sangre en su defensa en lugar de permitirles triunfar. ¿Quién puede decir si mi vida o mi muerte contribuirán más a la salvación de mis hermanos? Espera todo de mí, excepto escapar o retractarte. No puedo escapar y ni siquiera puedo retractarme".

Cuando circuló en Worms la noticia de que Lutero iba a comparecer ante la Dieta, se creó un revuelo general. Alejandro, el legado papal a quien se había confiado especialmente el caso, estaba alarmado y enfurecido. Vio que el resultado sería desastroso para la causa papal. Abrir una investigación sobre un caso en el que el Papa ya había pronunciado una sentencia de muerte sería desprestigiar la autoridad del soberano pontífice. Además, Alejandro temía que el

Los elocuentes y poderosos argumentos de ese hombre podrían desviar a muchos de los príncipes de la causa del Papa. Éste, de la manera más vehemente, advirtió al emperador contra la llegada de Lutero a Worms. Mientras tanto, se publicó una bula declarando la excomunión de Lutero. Este hecho, sumado a las gestiones del legado, indujo al emperador a retirarse. Carlos V escribió al elector que si Lutero no se retractaba, debería permanecer en Wittenberg.

No contento con esta victoria, Aleandro trabajó con toda la fuerza y perspicacia a su disposición para obtener la condena de Lutero. Con una perseverancia digna de la mejor causa, hizo todo lo posible para llamar la atención del asunto a los príncipes, prelados y demás miembros de la asamblea, acusando al reformador de sedición, rebelión y blasfemia. Pero la vehemencia y la pasión manifestadas por el legado revelaron muy claramente el espíritu que lo impulsó. "El odio y la sed de venganza", dijo un escritor papista, "son sus motivos más que el verdadero celo por la religión". La mayoría de los miembros de la Dieta estaban más que inclinados a ver con buenos ojos la causa de Lutero.

Con redoblado celo, Aleandro insistió al emperador en el deber de ejecutar los edictos papales. Pero, según las leyes de Alemania, esto no podía hacerse sin la cooperación de los príncipes y, finalmente vencido por la importunidad del legado, Carlos le ordenó que presentara su caso a la Dieta. "Este fue un día maravilloso para el nuncio. La asamblea fue impresionante; la causa aún mayor. Alejandro debía defender a Roma, la madre y señora de todas las iglesias". Debería reivindicar la primacía de Pedro ante los principados reunidos de la cristiandad. Poseía el don de la elocuencia y estuvo a la altura de la magnificencia de la ocasión. "La Divina Providencia había determinado que Roma compareciera y fuera defendida por el más hábil de sus oradores, en presencia del más augusto de los tribunales, antes de ser condenada". Con algunos temores, quienes apoyaron al reformador presagiaban el efecto del discurso de Aleandro. El elector de Sajonia no estuvo presente, pero, bajo su dirección, algunos de sus consejeros estuvieron allí para tomar notas del discurso del nuncio.

Con todo el poder de la erudición y la elocuencia, Aleandro se propuso destruir la verdad. Acusación tras acusación lanzó contra Lutero, como enemigo de la Iglesia y del Estado, de los vivos y de los muertos, del clero y de los laicos, de los concilios y de los cristianos en particular. "Hay suficiente material en los errores de Lutero", declaró, "como para justificar la quema de cien mil herejes".

En conclusión, se esforzó por desprestigiar a los partidarios de la fe reformada: "¿Qué son estos luteranos? Una turba heterogénea de gramáticos insolentes, sacerdotes corruptos, monjes disolutos, abogados ignorantes y nobles degradados, junto con la gente común a la que engañaron". y pervertido.

¡Cuán superior es el partido católico en número, inteligencia y poder! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea abrirá los ojos de los simples, mostrará a los incautos su peligro, establecerá a los vacilantes y dará fuerza a los débiles."

Con tales armas los defensores de la verdad han sido atacados en todas las épocas. Los mismos argumentos se lanzan todavía contra todos los que se atreven a presentar, contra los errores establecidos, las enseñanzas simples y directas de la Palabra de Dios. "¿Quiénes son estos predicadores de nuevas doctrinas?", exclaman los que desean una religión popular. "Son ignorantes, pocos y de clases pobres.

Sin embargo, afirman tener la verdad y ser el pueblo elegido de Dios. Son incapaces y están equivocados. ¡Cuán superior en número e influencia es nuestra iglesia! ¡Cuántos hombres grandes e ilustres hay entre nosotros! ¡Cuán más poder hay de nuestro lado!" Estos son los argumentos que han tenido una influencia notable en el mundo; pero no son más concluyentes hoy que en los días del Reformador.

La Reforma no terminó con Lutero, como muchos suponen. Continuará hasta el fin de la historia de este mundo. Lutero tuvo una gran obra que hacer al reflejar a otros la luz que Dios permitió que brillara sobre él. Sin embargo, no recibió toda la luz que debería darse al mundo. Desde entonces hasta hoy, continuamente ha brillado nueva luz sobre las Escrituras y continuamente se han revelado nuevas verdades.

La conferencia del legado causó una profunda impresión en la Dieta. No estuvo presente ningún Lutero, con las verdades claras y convincentes de la Palabra de Dios, para vencer al campeón papal. No se hizo ningún intento de defender al reformador. Se manifestó una disposición general no sólo a condenar a Lutero y las doctrinas que enseñaba, sino, si era posible, a desarraigar la herejía. Roma había tenido la oportunidad más favorable para defender su causa. Todo lo que podía decir en su propia defensa había sido expresado. Pero la aparente victoria fue la señal de la derrota. A partir de ese momento el contraste entre verdad y error se vería más claramente, cuando los contendientes entraron en una lucha abierta. A partir de ese día Roma nunca más se sentiría tan segura como antes.

Aunque la mayoría de los miembros de la Dieta no habrían dudado en entregar a Lutero a la venganza de Roma, muchos de ellos vieron y deploraron la corrupción que existía en la Iglesia, y anhelaron la eliminación de los abusos sufridos por el pueblo alemán como resultado de la corrupción y ambición de la jerarquía. El legado había presentado la norma papal de la manera más favorable. Luego, el Señor influyó en un miembro de la Dieta para que hiciera una verdadera delimitación de los efectos de la tiranía papal. Con noble firmeza, el duque Jorge de Sajonia se puso de pie en esa noble asamblea y especificó con terrible exactitud los engaños y abominaciones del papado, y sus horrendos resultados. Dijo al final de su discurso: "Estos son sólo algunos de los abusos que claman contra Roma pidiendo reparación. Toda vergüenza queda a un lado y su único y perseguido objetivo es... ¡dinero, siempre dinero! Así, los hombres cuyo deber es enseñar la verdad, no dicen más que falsedades y no sólo son tolerados, sino recompensados, porque cuanto mayores son sus mentiras, mayores son sus ganancias. Ésta es la fuente contaminada de donde manan tantas y corruptas aguas. se dan la mano... ¡Ay! Éste es el escándalo producido por el clero, que arroja a tantas pobres almas a la perdición eterna. Es necesario llevar a cabo una reforma completa".

El propio Lutero no podría presentar una denuncia más eficaz y convincente de los abusos papales; y el hecho de que el duque Jorge fuera enemigo declarado del reformador dio mayor influencia a sus palabras.

Si los ojos de todos los miembros de la asamblea se hubieran abierto en ese momento, habrían visto ángeles de Dios entre ellos derramando rayos de luz en las tinieblas del error y abriendo mentes y corazones a la recepción de la verdad. Fue el poder del Dios de la verdad y la sabiduría el que dirigió a los mismos adversarios de la Reforma y preparó así el camino para la gran obra que estaba a punto de realizarse. Martín Lutero no estuvo presente; pero en esa asamblea se escuchó la voz de Uno mucho más grande que Lutero.

Pronto la Dieta nombró una comisión para presentar una lista de las opresiones papales que tanto pesaban sobre el pueblo alemán. Esta lista que contenía ciento una especificaciones fue presentada al emperador, con la petición de que tomara medidas inmediatas para corregir estos abusos. "¡Qué desperdicio de almas cristianas", dijeron los peticionarios, "¡qué injusticia, qué extorsión, son los frutos diarios de esas prácticas escandalosas a las que la cabeza espiritual de la cristiandad da su aprobación! Deben evitarse la ruina y el deshonor de nuestra nación. Por lo tanto, muy humildemente, pero con gran urgencia, le rogamos que ordene una reforma general y que emprenda el trabajo y lo lleve adelante".

Luego, el consejo requirió que el reformador compareciera ante él. A pesar de las súplicas, protestas y amenazas de Aleandro, el emperador finalmente accedió y Lutero fue convocado a asistir a la Dieta. Con esta citación se emitió un salvoconducto que garantizaba su regreso a un lugar seguro. Lutero fue llevado a Wittenberg por un heraldo encargado especialmente de conducirlo a Worms.

Los amigos de Lutero estaban aterrorizados y angustiados. Conociendo los prejuicios y la enemistad contra él, temieron incluso que no se respetara su salvoconducto y le rogaron que no se expusiera al peligro. Él respondió: "Los papistas tienen pocos deseos de verme en Worms, pero anhelan mi condena y muerte. No importa.

No oren por mí, sino por la Palabra de Dios... Cristo me dará Su Espíritu para vencer a estos ministros de Satanás. Los despreciaré mientras viva; Los venceré con mi muerte. Están ocupados en Worms pensando en cómo obligarme a retractarme. Y mi retractación será ésta: anteriormente dije que el Papa es el vicario de Cristo; Hoy digo que es el adversario de nuestro Señor y el apóstol del diablo."

Lutero no hizo solo su peligroso viaje. Además del mensajero imperial, tres de sus amigos más cercanos decidieron acompañarlo. Melancthon deseaba ardientemente unirse a ellos. Su corazón estaba unido al de Lutero y ansiaba seguirlo, si fuera necesario, a la prisión y a la muerte. Sin embargo, sus apelaciones fueron rechazadas. Si Lutero pereciera, las esperanzas de la Reforma debían centrarse en este joven colaborador. Al despedirse de Melancthon, Lutero dijo: "Si no vuelvo y mis enemigos me matan, continúa enseñando y mantente firme en la verdad. Trabaja en mi lugar... Si tu vida se perdona, poco importará mi muerte." Los estudiantes y ciudadanos que se habían reunido para presenciar la partida de Lutero quedaron profundamente conmovidos. Una multitud cuyos corazones habían sido tocados por el evangelio se despidió de él entre lágrimas. Así, el reformador y sus compañeros partieron de Wittenberg.

Durante el viaje, descubrieron que las mentes de las personas estaban oprimidas por oscuros presentimientos. En algunas ciudades por las que pasaron no se les rindió ningún honor. Por la noche, cuando se detuvieron a descansar, un sacerdote amigo expresó sus temores sosteniendo ante Lutero el retrato de un reformador italiano que había sufrido el martirio. Al día siguiente recibieron información de que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. Los mensajeros imperiales proclamaban el decreto del emperador y pedían al pueblo que llevara las obras proscritas a los magistrados. El heraldo, temiendo por la seguridad de Lutero en el concilio y juzgando que la decisión del reformador podría vacilar, le preguntó si aún deseaba continuar. Él respondió: "Seguiré adelante, aunque estaré prohibido en todas las ciudades".

En Erfurt, Lutero fue recibido con honores. Rodeado de multitudes que lo admiraban, caminó por las calles por las que a menudo había vagado con su bolsa de mendicidad. Visitó su celda en el convento y pensó en las luchas mediante las cuales la luz que ahora inundaba Alemania había sido derramada en su alma. Lutero fue invitado insistentemente a predicar. Se le había prohibido dar conferencias, pero el heraldo imperial le concedió permiso y el fraile que había servido en el convento subió ahora al púlpito.

A la multitud reunida, Lutero habló de las palabras de Cristo: "La paz sea con vosotros". Dijo: "Filósofos, médicos y escritores han tratado de enseñar a los hombres el camino para obtener la vida eterna, y no han tenido éxito. Yo os diré ahora: Dios resucitó a un Hombre de entre los muertos, al Señor Jesucristo, para poder destruir la muerte, expiar los pecados y cerrar las puertas del infierno. Esta es la obra de la salvación. ¡Cristo ha vencido! ¡Esta es la buena nueva! Y somos salvos por su obra y no por la nuestra... Nuestro Señor Jesucristo. dijo: 'La paz sea con vosotros';

mira Mis manos'. Esto significa: ¡Mira, oh hombre! Soy yo, sólo yo, quien quitó vuestros pecados y os rescató. Ahora tenéis paz, dice el Señor."

Lutero continuó mostrando que la verdadera fe se manifestará en una vida santa. "Ya que Dios nos ha salvado, ordenemos nuestras obras para agradarle. ¿Eres rico? Que tus riquezas satisfagan las necesidades de los pobres. ¿Eres pobre? Que su servicio ayude a los ricos. Si el trabajo que haces es sólo para ti mismo, entonces el servicio que ofreces a Dios es mera presunción".

La gente escuchaba encantada. El pan de vida había sido distribuido a aquellas almas hambrientas. Cristo fue exaltado ante ellos como por encima de papas, legados, emperadores y reyes. Lutero no hizo ninguna referencia a su arriesgada posición. No buscó convertirse en objeto de pensamientos y simpatía. En la contemplación de Cristo había perdido de vista a sí mismo. Se escondió detrás del Hombre del Calvario, buscando únicamente presentar a Jesús como el Redentor del pecador.

Mientras el reformador continuaba su viaje, en todas partes se le observaba con gran interés. Una multitud ansiosa se reunió a su alrededor y voces amistosas le advirtieron de las intenciones de los romanistas. "Lo quemarán vivo", decían algunos, "y su cuerpo quedará reducido a cenizas como hicieron con Juan Hus". Lutero respondió: "Aunque pudieran encender fuegos desde Worms hasta Wittenberg, cuyas llamas se elevarían al cielo, yo los cruzaría en el nombre del Señor y me presentaría ante ellos. Entraría por las fauces de ese hipopótamo y rompería sus dientes, confesando al Señor Jesucristo."

La noticia de su llegada a Worms provocó un gran revuelo. Los amigos temían por su seguridad; Los enemigos temían por el éxito de su causa. Se hicieron tenaces esfuerzos para disuadirlo de entrar en la ciudad. Por instigación de los papistas, le insistieron en ir al castillo de un caballero amistoso, donde, según se decía, todas las dificultades podrían resolverse amistosamente. Sus amigos intentaron despertar sus miedos describiéndole los peligros que lo amenazaban.

Todos sus esfuerzos fracasaron. Lutero, todavía inquebrantable, declaró: "Aunque hubiera tantos demonios en Worms como tejas en sus tejados, yo entraría allí".

A su llegada a Worms, una gran multitud se reunió a las puertas de la ciudad para recibirlo. Nunca se había celebrado una reunión tan grande, ni siquiera para saludar al propio emperador. La emoción era intensa y, desde en medio de la multitud, una voz penetrante y lastimera entonó un canto fúnebre como advertencia a Lutero sobre el destino que le esperaba. "Dios será mi defensa", dijo mientras bajaba del carruaje.

Los papistas no creían que Lutero realmente se atreviera a aparecer en Worms, y su llegada los llenó de consternación. El emperador inmediatamente llamó a sus consejeros para considerar qué camino debía seguirse. Uno de los obispos, un romanista acérrimo, declaró: "Hemos debatido este tema durante mucho tiempo. Que Su Majestad se deshaga de este hombre de una vez por todas. ¿No hizo Segismundo que quemaran a Juan Hus en la hoguera? Nosotros No están obligados a dar ni siquiera observar el salvoconducto de un hereje". "No", dijo el emperador; "Debemos cumplir nuestra promesa". Por lo tanto, se decidió que se debía escuchar al reformador.

Toda la ciudad estaba ansiosa por ver a este hombre extraordinario, y pronto una multitud de visitantes llenó sus posadas. Lutero apenas se había recuperado de una enfermedad reciente y estaba cansado por el viaje que había durado dos semanas completas. Debía prepararse para afrontar los trascendentales acontecimientos del día siguiente, y necesitaba quietud y descanso. Pero tan grande era su deseo de verlo que sólo había disfrutado de unas pocas horas de descanso cuando nobles, caballeros, sacerdotes y ciudadanos se reunieron para recibirlo. Entre ellos había muchos nobles que con gran valentía habían pedido al emperador una reforma contra los abusos.

eclesiásticos y que, dice el propio Lutero, "todos habían sido liberados por mi evangelio". Tanto enemigos como amigos vinieron a ver al intrépido monje. Los recibió con invariable calma, respondiendo a todos con dignidad y sabiduría. Su conducta fue firme y valiente. Su rostro pálido y demacrado, marcado por huellas de duro trabajo y enfermedad, mostraba una expresión amable e incluso alegre. La solemnidad y la profunda seriedad de sus palabras le dieron un poder al que ni siquiera sus enemigos podían oponerse por completo. Tanto amigos como enemigos quedaron asombrados. Algunos estaban convencidos de que una influencia divina lo estaba ayudando. Otros declaraban, como los fariseos acerca de Cristo: "Tiene demonio".

Al día siguiente, Lutero fue convocado a comparecer ante la Dieta. Se asignó a un oficial imperial para que lo condujera hasta la sala de audiencias. Sin embargo, con dificultad llegó al lugar. Todas las avenidas estaban repletas de espectadores, ansiosos de ver al monje que se había atrevido a resistir la autoridad del Papa.

Cuando se disponía a entrar en presencia de sus jueces, un viejo general, héroe de muchas batallas, le dijo amablemente: "¡Pobre monje! ¡Pobre monje! Tienes que afrontar tal marcha y lucha como ni yo ni muchos otros capitanes lo hemos hecho". jamás enfrentado." ¡Lo sabemos en nuestras batallas más sangrientas! Pero si tu causa es justa y estás convencido de ello, avanza en el nombre de Dios y no temas a nada. Dios no te abandonará."

Después de todo, Lutero comparece ante el concilio. El emperador ocupaba el trono y estaba rodeado de los personajes más ilustres del imperio. Nunca ningún hombre había aparecido en presencia de una asamblea más imponente que aquella ante la cual Martín Lutero debía responder por su fe. "Esta asistencia fue, en sí misma, una victoria notable sobre el papado. El Papa había condenado al hombre y ahora se encontraba ante un tribunal que, por ese mismo acto, se colocaba por encima del Papa. Lo había puesto bajo prohibición, separándolo de toda asociación humana, y sin embargo había sido convocado en lenguaje respetuoso y recibido ante la asamblea más augusta del mundo. El Papa lo había condenado a un silencio perpetuo y ahora estaba a punto de hablar ante miles de atentos oyentes procedentes de los rincones más lejanos de la cristiandad. De este modo se había efectuado una inmensa revolución gracias a la intervención de Lutero. Roma ya descendía del trono, y fue la voz de un monje la que provocó esta humillación".

En presencia de esa poderosa y atroz asamblea, el reformador de humilde cuna parecía intimidado y avergonzado. Muchos de los príncipes, al observar su emoción, se acercaron a él y uno le susurró: "No temas a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma". Otro dijo: "Cuando por causa de mí os lleven ante gobernadores y reyes, el Espíritu de vuestro Padre os administrará lo que debáis decir". Así, los grandes hombres del mundo utilizaron las palabras de Cristo para fortalecer a su siervo en la hora de la prueba.

Lutero fue llevado a una posición justo al lado del trono del emperador. Un profundo silencio invadió a la asamblea reunida. Entonces un funcionario imperial se puso de pie y, señalando una colección de escritos de Lutero, pidió al reformador que respondiera dos preguntas: si los reconocía como propios y si estaba dispuesto a retractarse de las opiniones expresadas en ellos. Después de leer los títulos de los libros, Lutero respondió que, con respecto a la primera pregunta, reconocía los libros como suyos. "En cuanto a la segunda -dijo-, puesto que se trata de una cuestión que concierne a la fe, a la salvación de las almas y a la Palabra de Dios, que es el tesoro más grande y precioso ya sea en el Cielo o en la Tierra, sería imprudente y Es peligroso para mí responder sin reflexionar. Podría afirmar menos de lo que exigen las circunstancias o más de lo que exige la verdad; y en cualquier caso

de casos a incluir en la condenación de Cristo: 'Al que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos'. (Mateo 10:33). Por esta razón, suplico humildemente a Su Majestad Imperial que me dé tiempo para que puedo responder sin ofender la Palabra de Dios."

Al hacer esta petición, Lutero actuó sabiamente. Su procedimiento persuadió a la asamblea de que no actuaba por pasión o impulso. Semejante serenidad y dominio de sí, inesperados en quien se había mostrado intrépido e inflexible, le dieron fuerzas y le permitieron responder después con prudencia, decisión, sabiduría y dignidad, que sorprendieron y decepcionaron a sus adversarios, y censuraron su insolencia y orgullo.

Al día siguiente, apareció para dar su respuesta final. Por unos momentos su corazón se desmayó al contemplar las fuerzas combinadas contra la verdad. Su fe vaciló; le sobrevino miedo y temblor, y se convirtió en presa del terror. Los peligros se multiplicaron ante él; sus enemigos parecían a punto de triunfar, los poderes de las tinieblas prevalecerían. Las nubes se acumularon sobre Lutero y parecieron separarlo de Dios. Anhelaba la seguridad de que el Señor de los ejércitos estaría con él. En angustia de espíritu cayó rostro en tierra y se derramó y gritó con un corazón quebrantado y desgarrado que nadie sino Dios podía comprender plenamente: "¡Oh Dios, Todopoderoso y eterno, qué terrible es este mundo! Abre su boca para tragar". mí, y qué poca es mi fe en Ti... Si dependo de las fuerzas de este mundo, todo se acaba... Ya se oye la sentencia de muerte... Ya ha salido la sentencia... ¡Oh, Dios, ayúdame contra toda la sabiduría del mundo. Haz esto, te lo pido, por tu propio poder... La obra no es mía, sino tuya. No tengo nada que luchar con los grandes hombres del mundo... Pero la causa es Tuya... y es una causa justa y eterna. ¡Oh Dios fiel e inmutable! No me apoyo en ningún hombre... Todo lo que viene del hombre es vacilante, todo lo que viene de él tiende al fracaso. .. Tú me elegiste para esta obra... Por tanto, oh Dios, cúmplase tu voluntad; no me olvides, por amor de tu amado Hijo, Jesucristo, mi Defensor, mi escudo y fortaleza."

Una providencia omnisciente había permitido a Lutero comprender el peligro y no confiar en sus propias fuerzas, exponiéndose impertinente al peligro. Sin embargo, no fue el miedo a la tortura o a la muerte lo que parecía inminente lo que lo aplastó con su terror. Se enfrentó a la crisis y sintió su incompetencia para afrontarla. A causa de su debilidad, la causa de la verdad podría sufrir daño. No por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio, Lutero luchó con Dios. Como la de Jacob, en la lucha de esa noche junto al arroyo solitario, fue la angustia y el conflicto de su alma. Al igual que Jacob, Lutero prevaleció ante Dios. En su absoluta impotencia, su fe se aferró a Cristo, el poderoso Libertador. Lo fortaleció la certeza de que no estaría solo ante el concilio. La paz volvió a su alma y se alegró de que se le permitiera ensalzar la Palabra de Dios ante los potentados de la nación.

Con su mente fija en Dios, Lutero se preparó para la lucha que tenía por delante. Pensó en planificar sus respuestas, examinó pasajes de sus propios escritos y tomó evidencia satisfactoria de las Sagradas Escrituras para respaldar sus posiciones. Luego, colocando su mano izquierda sobre el Volumen Sagrado que estaba abierto ante él, levantó su mano derecha al cielo y prometió "retener constantemente el evangelio y confesar libremente su fe, aunque le cueste sellar su testimonio con el suyo". sangre."

Cuando Lutero fue reintroducido ante la Dieta, su rostro no mostraba ningún rastro de miedo o vergüenza. Tranquilo y pacífico, pero valiente y noble, siguió siendo testigo de Dios entre los grandes de la Tierra. El oficial

Imperial solicitó entonces su decisión sobre si deseaba retractarse de sus doctrinas. Lutero respondió en un tono sumiso y humilde, sin violencia ni pasión. Su comportamiento era tímido y respetuoso; sin embargo, expresó una confianza y una alegría que sorprendió a la asamblea.

"Serenísimo emperador, príncipes ilustres, nobles clementes", dijo Lutero, "me presento ante vosotros en este día, de acuerdo con vuestra orden, e imploro a vuestra majestad y alteza augusta que escuchen con favor, por las misericordias de Dios, a la defensa de una causa que, estoy seguro, es justa y verdadera. Si en mi respuesta no asisto al ceremonial de la corte, perdónenme, porque no estoy familiarizado con su etiqueta. No soy más que un pobre monje, residente de el claustro, y he trabajado sólo para la gloria de Dios".

Luego, respondiendo a la pregunta, declaró que sus obras publicadas no eran todas del mismo carácter. En algunos había tratado con la fe y las buenas obras, e incluso sus enemigos las declararon no sólo inofensivas, sino también rentables. Renunciar a ellas públicamente sería condenar las verdades que confesaron todas las partes. La segunda clase consistió en escritos que exponían las corrupciones y abusos del papado. Derogarlas fortalecería la tiranía de Roma, abriendo una puerta más amplia a muchas grandes impiedades. La tercera clase de sus libros atacaba a individuos que habían defendido los males existentes. Respecto a estos, Lutero confesó francamente que había sido más violento de lo necesario. No pretendía estar libre de faltas; pero ni siquiera estos libros podían cancelarse, ya que tal actitud alentaría a los enemigos de la verdad, quienes luego aprovecharían la oportunidad para oprimir al pueblo de Dios con aún mayor crueldad.

"Sin embargo, no soy más que un simple hombre y no Dios", continuó. "Me defenderé como lo hizo Cristo, que dijo: 'Si he hablado mal, den testimonio del mal'. Por la misericordia de Dios, ruego a Su Majestad Imperial o quien sea que me demuestre mediante los escritos de los profetas y apóstoles que estoy en un error. Tan pronto como esté convencido, me retractaré instantáneamente de todos mis errores y seré el primero en arrojar mis libros al fuego".

"Lo que acabo de decir muestra que he considerado y sopesado los peligros a los que me he expuesto; pero, lejos de desanimarme por esto, estoy muy contento de ver que el evangelio, en este día como en el pasado, es una causa de perturbación y disensión. Este es el carácter, el destino de la Palabra de Dios. Cristo dijo: 'No he venido a traer paz a la tierra, sino espada'. Deus é maravilhoso e terrível em Seus conselhos; tenhamos cuidado para que em nossos esforços para evitar discórdias sejamos encontrados lutando contra a santa Palavra de Deus e atraindo sobre nossa cabeça um medonho dilúvio de perigos inextricáveis de desastres presentes e desolação eterna... Poderia citar muitos exemplos extraídos dos oráculos de Deus. Poderia falar dos Faraós, dos reis de Babilônia e de Israel, que jamais contribuíram tanto para a própria ruína do que quando, por medidas aparentemente mais prudentes, pensavam estabelecer sua autoridade. Deus 'remove montanhas e eles no sabem.'"

Lutero habló en alemán. Se le pidió que repitiera las mismas palabras en latín. Aunque agotado por el esfuerzo anterior, volvió a repetir su discurso con la misma claridad y energía que antes. La providencia de Dios guió el trabajo de la asamblea. Las mentes de muchos de los príncipes estaban tan cegadas por el error y la superstición que, en la primera disertación, no vieron la fuerza del razonamiento de Lutero; pero la repetición les permitió percibir claramente los puntos expuestos.

Aquellos que obstinadamente cerraron los ojos a la luz y decidieron no dejarse convencer por la verdad estaban furiosos ante la fuerza de las palabras de Lutero. Cuando dejó de hablar, el portavoz de la Dieta dijo visiblemente irritado: "No

Respondió la pregunta... Se requiere una respuesta clara y exacta... ¿Vas a retractarte o no?"

El reformador respondió: "Como Su Serenísima Majestad y los Príncipes requieren una respuesta simple, clara y directa, se la daré y es ésta: no puedo someter mi fe ni al Papa ni a los concilios, porque es tan claro como mediodía que muchas veces han caído en error e incluso en contradicción consigo mismos, si, pues, no me han convencido las pruebas extraídas de la Sagrada Escritura o razonamientos más convincentes, si no me han satisfecho los pasajes que he citado, y Si mi pensamiento no ha sido puesto en sujeción a la Palabra de Dios, no puedo ni retractarme, porque no es justo que un cristiano hable en contra de su conciencia. Me mantengo firme aquí; no puedo hacer otra cosa. Que Dios ayúdame. Amén."

Así el justo se mantuvo firme sobre el fundamento seguro de la Palabra de Dios. La luz del cielo iluminó su rostro. Su grandeza y pureza de carácter, su paz y alegría de corazón, se manifestaron a todos cuando testificó contra el poder del error y testificó de la superioridad de la fe conquistadora del mundo.

Toda la asamblea permaneció en silencio durante algún tiempo, asombrada. En su primera respuesta, Lutero habló en voz baja, de manera respetuosa, casi sumisa. Los romanistas habían interpretado esto como evidencia de que su coraje estaba empezando a fallar. Entendieron que la solicitud de más tiempo era sólo el preludio de su retractación. El propio Carlos, al notar con desdén la expresión cansada del monje; su vestimenta modesta y la sencillez de su discurso, declaró: "Este hombre nunca me convertirá en hereje". El coraje y la firmeza que ahora mostraba Lutero, así como la fuerza y claridad de sus consideraciones, llenaron a todos de sorpresa. El emperador, conmovido por la admiración, exclamó: "Este monje habla con un corazón intrépido y un coraje inquebrantable". Muchos de los príncipes alemanes miraban con orgullo y alegría al representante de su nación.

Los correligionarios de Roma fueron derrotados; su causa apareció ahora bajo una luz más desfavorable. Intentaron mantener su dominio, no apelando a las Escrituras, sino utilizando amenazas: el argumento infalible de Roma. Dijo el portavoz de la Dieta: "Si no os retractáis, el Emperador y los Estados del Imperio considerarán cómo tratar con un hereje obstinado".

Los amigos de Lutero, que escucharon gustosos su noble defensa, temblaron ante estas palabras, pero el propio médico dijo con calma: "Que Dios sea mi ayuda, porque no puedo retractarme de nada".

Fue apartado de la Dieta mientras los príncipes confabulaban. Se sintió que había llegado una gran crisis. La persistente negativa de Lutero a someterse podría afectar la historia de la iglesia durante siglos. Se decidió que tendría una oportunidad más para retractarse. Por última vez fue llevado a la asamblea. Una vez más se preguntó si renunciaría a sus doctrinas. "No tengo otra respuesta que dar", dijo Lutero, "que la que ya he dado." Estaba claro que no podía ser inducido, ni por promesas ni por amenazas, a rendirse al orden de Roma.

Los jefes papistas estaban disgustados de que su gobierno, que había hecho temblar a reyes y nobles, fuera despreciado por un humilde monje. Anhelaban hacerle sentir su ira mediante la tortura física. Pero Lutero, comprendiendo el peligro que corría, se dirigió a todos con calma y dignidad cristianas. Sus palabras estaban libres de orgullo, pasión y engaño. Había perdido de vista a sí mismo y a los grandes hombres que lo rodeaban, y sólo sentía que estaba en presencia de Alguien infinitamente superior a los papas, prelados, reyes y emperadores. Cristo habló a través del testimonio de Lutero, con un poder y una grandeza que, en ese momento, causó asombro y miedo a amigos y enemigos. El Espíritu de Dios había sido

presente en ese concilio, impresionando los corazones de los jefes del imperio. Muchos de los príncipes reconocieron valientemente la justicia de la causa de Lutero. Estaban convencidos de la verdad. En otros, sin embargo, se perdieron las impresiones recibidas. Hubo otra clase que, en ese momento, no expresaron sus convicciones, pero que, después de haber estudiado las Escrituras por sí mismos, más tarde se convirtieron en firmes partidarios de la Reforma.

El elector Federico esperó ansiosamente la comparecencia de Lutero ante la Dieta y escuchó con profunda emoción su discurso. Con júbilo y orgullo constató el coraje, la firmeza y el autocontrol del médico, y decidió permanecer más firme en su defensa. Hizo comparaciones entre las partes contenciosas y vio que la sabiduría de los papas, reyes y prelados había sido reducida a nada por el poder de la verdad. El papado había sufrido una derrota que se sentiría en todas las naciones y en todas las épocas.

Cuando el legado se dio cuenta del efecto producido por el discurso de Lutero, temió, como nunca antes, por la seguridad del dominio romano y decidió utilizar todos los medios a su alcance para derrotar al reformador. Utilizando toda la elocuencia y habilidad diplomática que le hicieron famoso, presentó al joven emperador la estupidez y el peligro de sacrificar, por la causa de un monje insignificante, la amistad y el apoyo de la poderosa sede romana.

Sus palabras no quedaron sin efecto. El día después de la respuesta de Lutero, Carlos ordenó que se presentara un mensaje a la Dieta, anunciando su determinación de continuar la política de sus predecesores, manteniendo y protegiendo la religión católica. Como Lutero se había negado a renunciar a sus errores, se debían tomar las medidas más estrictas contra él y las herejías que enseñaba. "Un simple monje, descarriado por su propia locura, se opuso a la fe de la cristiandad. Sacrificaré mis reinos, mi poder, mis amigos, mi tesoro, mi cuerpo y sangre, mis pensamientos y mi vida para detener el progreso de esta maldad. Estoy a punto de despedir al agustino Lutero, prohibiéndole provocar el menor desorden entre el pueblo. Entonces tomaré medidas contra él y sus sectarios, como herejes pertinaces, mediante la excomunión, el entredicho y por todos los medios necesarios para destruirlos. Hago un llamado a los miembros de los Estados Unidos para que se comporten como cristianos fieles." A pesar de esto, el emperador declaró que se debía respetar el salvoconducto de Lutero y que, antes de que se pudiera iniciar cualquier proceso contra él, se le debía permitir llegar sano y salvo a casa. .

Los miembros de la Dieta presentaron ahora dos opiniones contradictorias. Los emisarios y representantes del Papa volvieron a exigir que se ignorara el salvoconducto del reformador. Argumentaron: "El Rin debería recibir sus cenizas, tal como recibió las de Juan Hus hace un siglo". Los príncipes alemanes, aunque eran papistas convencidos y enemigos declarados de Lutero, protestaron contra tal violación de la fe pública, como una mancha en el honor de la nación. Señalaron las calamidades que siguieron a la muerte de Hus y declararon que no se atrevían a provocar sobre Alemania y sobre la cabeza de su joven emperador la repetición de esos terribles males.

El propio Carlos, en respuesta a la miserable propuesta, dijo que incluso si esta fe fuera desterrada de todos los corazones, debería encontrar refugio en los príncipes. Los enemigos papistas más acérrimos de Lutero insistieron más tarde en que se tratara al reformador como lo había hecho Segismundo con Hus, abandonándolo al cuidado de la Iglesia; pero recordando la escena en la que Hus, en una asamblea pública, había señalado sus cadenas recordando al monarca su palabra prometida. Carlos V declaró: "No me gustaría sonrojarme de vergüenza como Segismundo".

Aun así, Carlos había rechazado deliberadamente las verdades presentadas por Lutero. "Estoy firmemente decidido a seguir los pasos de mis predecesores", escribió el monarca. Había decidido que no abandonaría el camino habitual, ni siquiera para caminar por los caminos de la verdad y la justicia. Debido a que sus padres lo hicieron, apoyaría al papado con toda su crueldad y corrupción. Así tomó su posición, negándose a aceptar cualquier luz más allá de la que sus padres habían recibido, o a realizar cualquier deber al que ellos no atendieron.

Hoy en día, muchos optan por aferrarse a las costumbres y tradiciones de sus padres. Cuando el Señor les envía luz adicional, se niegan a aceptarla porque, como no fue dada a sus padres, no deberían recibirla. No fuimos colocados donde estaban nuestros padres y, en consecuencia, nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos que los de ellos. No seremos aprobados por Dios si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar nuestro deber, en lugar de buscar la Palabra de verdad por nosotros mismos. Nuestra responsabilidad es mayor que la de nuestros antepasados. Somos responsables de la luz que recibieron y que nos fue dada en herencia; También somos responsables de la luz adicional que ahora brilla sobre nosotros desde la Palabra de Dios.

Jesús les dijo a los judíos incrédulos: "Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no habrían pecado, pero ahora no tienen excusa por su pecado". (Juan 15:22). El mismo poder divino había hablado a través de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Y mientras la luz brillaba desde la Palabra de Dios, Su Espíritu suplicó por última vez a muchos en esa asamblea. Como Pilato, siglos antes, permitió que el orgullo y la popularidad cerraran su corazón contra el Redentor del mundo; cómo el pusilánime Félix ordenó al mensajero de la verdad: "Por ahora vete, y cuando tenga oportunidad te llamaré"; como confesó el orgulloso Agripa: "¡Casi me convences de que me haga cristiano!" (Hechos 24:25; 26:28), sin embargo, se desvió del mensaje enviado por el Cielo, por lo que Carlos V, cediendo a las sugerencias del orgullo y la política mundanas, decidió rechazar la luz de la verdad.

Los rumores circularon ampliamente sobre los planes contra Lutero, produciendo gran entusiasmo en toda la ciudad. El reformador había hecho muchos amigos que, conociendo la perversa crueldad de Roma contra todos los que se atrevían a exponer sus corrupciones, decidieron que no sería sacrificado. Cientos de nobles se comprometieron a protegerlo. No pocos denunciaron abiertamente el mensaje real por considerarlo una muestra de escasa sumisión al poder de Roma. Se colocaron carteles en las puertas de las casas y en lugares públicos, algunos condenando a Lutero y otros apoyándolo. En uno de ellos estaban escritas simplemente las significativas palabras del sabio: "¡Ay de ti, tierra cuyo rey es un niño!" (Eclesiastés 10:16). El entusiasmo popular a favor de Lutero en toda Alemania convenció tanto al emperador como a la Dieta de que cualquier injusticia cometida contra Lutero pondría en peligro la paz del imperio e incluso la estabilidad del país. trono.

Federico de Sajonia mantuvo una estudiada reserva, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos hacia el reformador, mientras, con vigilancia infatigable, observaba todos sus movimientos y los de todos sus enemigos. Pero hubo muchos que no intentaron ocultar su simpatía por Lutero. Fue visitado por príncipes, condes, barones y otras personas distinguidas, tanto laicas como eclesiásticas. Spalatin escribió: "La pequeña habitación del médico no podía contener a todos los visitantes que se presentaban". La gente lo miraba como si fuera más que humano. Incluso aquellos que no tenían fe en sus doctrinas no podían dejar de admirar esa integridad sublime que lo llevó a enfrentar la muerte en lugar de violar su conciencia.

Se hicieron esfuerzos diligentes para obtener el consentimiento de Lutero para llegar a un acuerdo con Roma. Los nobles y príncipes le dijeron que si persistía en oponer sus propias opiniones a las de la iglesia y los concilios, pronto sería desterrado del imperio y ya no tendría defensa. A este llamado Lutero respondió: "Es imposible predicar el evangelio de Cristo sin ofender... ¿Por qué, entonces, el temor al peligro debería separarme del Señor y de la Palabra divina, que es la única verdad? ¡No! Preferiría renunciar a mi cuerpo, mi sangre y mi vida".

Nuevamente se le instó a someterse al juicio del emperador, y así ya no tendría que temer. En respuesta, Lutero habló: "Estoy de acuerdo con todo mi corazón en que el emperador, los príncipes y hasta el cristiano más humilde, examinen y juzguen mis escritos; pero bajo una sola condición: que tomen la Palabra de Dios como guía. No tenemos nada que hacer más que darle obediencia.

Mi conciencia depende de esta Palabra y estoy ligado a su autoridad."

A otro llamamiento, respondió: "Acepto renunciar a mi salvoconducto y pongo mi ser y mi vida a disposición del emperador. ¡Pero nunca la Palabra de Dios!" Declaró su voluntad de someterse a la decisión de un concilio general, pero sólo con la condición de que el concilio decidiera de acuerdo con las Escrituras. "Cuando se trata de la Palabra de Dios y de la fe, cada cristiano es tan buen juez como el Papa, incluso si cuenta con el apoyo de un millón de concilios". Tanto amigos como adversarios finalmente se convencieron de que cualquier esfuerzo a favor de la reconciliación sería inútil.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus huestes habrían obtenido la victoria. Pero su firmeza inquebrantable fue el medio para emancipar a la iglesia y marcar el comienzo de una era nueva y mejor. La influencia de este hombre, que se atrevió a pensar y actuar por sí mismo en asuntos religiosos, afectaría a la iglesia y al mundo, no sólo en su propio tiempo, sino en todas las generaciones futuras. Su firmeza y fidelidad fortalecerán, hasta el fin de los tiempos, a todos aquellos que hayan pasado por una experiencia similar. El poder y la majestad de Dios estaban por encima del consejo de los hombres, por encima de la poderosa fuerza de Satanás.

Por orden del emperador, a Lutero se le ordenó regresar a su casa. Sabía que a esta orden le seguiría otra de condena. Nubes amenazadoras se pusieron sobre su camino. Pero al salir de Worms, su corazón se llenó de alegría y alabanza. "El mismo diablo", dijo, "guardaba la ciudadela del Papa, pero Cristo abrió una amplia brecha en ella, y el diablo se vio obligado a confesar que Jesús es más poderoso que él".

Después de su partida, todavía deseoso de que su firmeza no fuera tomada por la rebelión, Lutero escribió al emperador: "Testigo me es Dios, que conoce mis pensamientos, de que estoy dispuesto de todo corazón a obedecer a Su Majestad en el bien o en el mal". malas noticias, en la vida o en la muerte, sin excepción sino la Palabra de Dios, por la cual vive el hombre. En todos los asuntos de esta vida mi fidelidad será inquebrantable, porque en ellos, perder o ganar nada tiene que ver con la salvación. "Pero es contrario a la voluntad de Dios que el hombre esté sujeto al hombre en lo que pertenece a la vida eterna. La sujeción, en asuntos espirituales, es un verdadero culto, y debe rendirse únicamente al Creador".

En el viaje de regreso de Worms, el recibimiento de Lutero fue aún más agradable que en el camino de ida. Los nobles eclesiásticos saludaron al monje excomulgado y los gobernantes civiles honraron al hombre que el emperador había denunciado. Se le insistió en predicar y, a pesar de la prohibición imperial, Lutero volvió a subir al púlpito. Afirmó: "Nunca me he comprometido a esposar la Palabra de Dios y tampoco lo haré". No pasó mucho tiempo después de su partida de Worms, cuando los papistas persuadieron al emperador para que decretara un interdicto contra él. En este decreto, Lutero fue denunciado.

como "el mismo Satanás bajo apariencia de hombre y túnica de monje". Se ordenó que, una vez vencido el salvoconducto, se tomaran medidas para interrumpir su trabajo. A todas las personas se les prohibió recibirlo, darle comida o bebida, o brindarle ayuda o apoyo, de palabra o de hecho, en público o en privado. Debería ser detenido y entregado a las autoridades dondequiera que se encuentre. Sus seguidores también deberían ser arrestados y sufrir la confiscación de bienes y propiedades. Sus escritos serían destruidos y finalmente todos los que se atrevieran a actuar en contra de este decreto serían incluidos en su condena. El elector de Sajonia y los príncipes más amigos de Lutero se habían retirado de Worms poco después de su partida, y el decreto del emperador recibió la sanción de la Dieta. Los romanistas estaban jubilosos. Consideraron sellado el destino de la Reforma.

Dios había proporcionado una vía de escape para su siervo en esta hora de peligro. Una mirada atenta siguió los movimientos de Lutero y un corazón verdadero y noble decidió su rescate. Estaba claro que Roma no estaría satisfecha con nada menos que su muerte. Sólo el ocultamiento podría preservar a Lutero de las fauces del león. Dios le dio sabiduría a Federico de Sajonia para desarrollar un plan destinado a preservar al reformador. Con la cooperación de verdaderos amigos, se logró el propósito del elector y Lutero quedó muy efectivamente oculto de sus amigos y enemigos. En el camino a casa fue arrestado, separado de sus asistentes y llevado rápidamente a través del bosque hasta Wartburg, una fortaleza aislada en la montaña. Su captura y desaparición estuvieron tan rodeadas de misterio que ni siquiera el propio Federico supo, durante mucho tiempo, adónde habían llevado a Lutero. Esta falta de información no era descabellada. Mientras el votante desconociera el paradero de Lutero, no se podría decir nada. Federico estaba contento de saber que el reformador estaba a salvo.

Pasaron la primavera, el verano y el otoño y llegó el invierno; Lutero todavía seguía prisionero. Aleandro y sus seguidores se regocijaron cuando la luz del evangelio parecía a punto de apagarse. Pero en lugar de esto, el reformador estaba llenando su lámpara con el depósito de la verdad, y su luz brillaría más intensamente.

En la propicia seguridad de Wartburg, Lutero se regocijó por un tiempo por haber sido liberado del calor y el tumulto de la batalla. Pero no pudo encontrar satisfacción en la quietud y el reposo por mucho tiempo. Acostumbrado a una vida de actividad y de graves conflictos, difícilmente podía soportar permanecer inactivo. En aquellos días solitarios, la condición de la iglesia se levantó ante él, y gritó desesperado: "¡Ay! ¡No hay nadie en estos últimos tiempos de la ira de Dios que pueda levantarse como muro delante del Señor y salvar a Israel!" Una vez más sus pensamientos se volvieron hacia sí mismo y temió que lo acusarían de cobardía por retirarse de la batalla. Se reprochó su indolencia y su autocomplacencia. Sin embargo, al mismo tiempo, producía más diariamente de lo que parecía posible para un solo hombre. Su pluma nunca estuvo inactiva. Cuando sus enemigos se jactaron de haber reducido a Lutero al silencio, quedaron sorprendidos y confundidos por la prueba tangible de que todavía estaba activo. Un gran número de folletos de su pluma circularon por toda Alemania. También prestó un servicio extraordinario a sus compatriotas al traducir el Nuevo Testamento al idioma alemán. Desde su rocosa Patmos, continuó durante casi un año entero proclamando el evangelio y reprendiendo los pecados y errores de aquel tiempo.

No fue simplemente para preservar a Lutero de la ira de sus enemigos, ni siquiera para permitirle un tiempo tranquilo para estas importantes labores, por lo que Dios retiró a su siervo del escenario de la vida pública. Había resultados más valiosos que estos por lograr. En la soledad y oscuridad de su retiro montañoso,

Lutero fue retirado del alcance de todo apoyo terrenal y de las alabanzas humanas.

De esta manera se libró del orgullo y la confianza en sí mismo que son tan comunes cuando se logra el éxito. Mediante el sufrimiento y la humillación estuvo nuevamente preparado para caminar con seguridad por las vertiginosas alturas a las que tan repentinamente había sido exaltado.

Cuando los hombres se regocijan en la libertad que les brinda la verdad, se inclinan a alabar a aquellos a quienes Dios ha empleado para romper las cadenas del error y la superstición. Satanás busca desviar los pensamientos y afectos de los hombres de Dios y fijarlos en agentes humanos. Los lleva a honrar el mero instrumento y a ignorar la Mano que dirige todos los acontecimientos de la Providencia. ¿Con qué frecuencia los líderes religiosos que son elogiados de esta manera pierden de vista su dependencia de Dios y son inducidos a confiar en sí mismos? Como resultado, buscan controlar las mentes y las conciencias de las personas, que se inclinan a buscar orientación en ellos más que en la Palabra de Dios. La obra de reforma se ve a menudo retrasada debido a este espíritu acariciado por quienes la defienden. Dios quería impedir que la causa de la Reforma corriera este peligro. Deseaba que tal obra recibiera no impresiones humanas, sino divinas. Los ojos de los hombres se habían vuelto hacia Lutero como expositor de la verdad, pero fue retirado para que todos los ojos pudieran dirigirse al Autor eterno de la verdad.

Capítulo 9

El reformador suizo

Al elegir los instrumentos para la reforma de la iglesia, se ve el mismo plan divino que en la formación de la iglesia. El Maestro celestial pasó junto a los grandes hombres de la Tierra, portadores de títulos y ricos en bienes materiales, acostumbrados a recibir alabanzas y honores como líderes del pueblo. Estaban tan orgullosos y confiados en su alardeada superioridad que no podían ser moldeados para simpatizar con sus semejantes y convertirse en colaboradores del humilde Hombre de Nazaret. A los pescadores analfabetos y trabajadores de Galilea se les extendió la invitación: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mateo 4:19). Estos discípulos fueron humildes y receptivos. Cuanto menos hubieran sido influenciados por las falsas enseñanzas de su tiempo, más exitosamente podría Cristo instruirlos y prepararlos para su servicio. Este fue también el caso en los días de la Gran Reforma. Los grandes reformadores fueron hombres de vida humilde, hombres más que cualquier otro de su tiempo, libres del orgullo de posición y de la influencia de la intolerancia y la corrupción del clero. Es el plan de Dios emplear instrumentos humildes para lograr grandes resultados. Entonces la gloria no será dada a los hombres, sino a Aquel que por medio de ellos obra tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad.

Unas semanas después del nacimiento de Lutero en una cabaña de minero en Sajonia, Ulrico Zwinglio nació en una cabaña de pastor en los Alpes. La atmósfera que rodeó la infancia de Zwinglio y sus primeras lecciones fueron muy adecuadas para prepararlo para su futura misión. Llevado a escenas de magnificencia natural, belleza y sublimidad reverente, su mente quedó muy pronto impresionada con un sentido de la grandeza, el poder y la majestad de Dios. La historia de las valientes hazañas logradas en sus montañas natales despertaron sus aspiraciones juveniles. Y al lado de su piadosa abuela escuchó las pocas pero preciosas historias bíblicas que ella había recopilado entre las leyendas y tradiciones de la iglesia. Con ávido interés escuchó de las grandes hazañas de los patriarcas y de los profetas, de los pastores que guardaban sus rebaños en las montañas de Palestina, donde los ángeles les anunciaron al Niño de Belén, y del Hombre del Calvario.

Al igual que Juan Lutero, el padre de Zwinglio deseaba una educación para su hijo, y el niño fue enviado desde su valle natal a la escuela a una edad temprana. Su mente se desarrolló rápidamente y pronto se convirtió en una cuestión importante encontrar maestros competentes que lo instruyeran. A la edad de trece años fue a Berna, donde entonces se encontraba la escuela más importante de Suiza. Allí, sin embargo, surgió un peligro que amenazó con destruir el prometedor futuro de su vida. Los frailes hicieron esfuerzos decididos para atraerlo a un monasterio. Los monjes dominicos y franciscanos rivalizaban por el favor popular. Para asegurarse una ventaja sobre sus rivales, no escatimaron en los adornos de sus iglesias, la pompa de sus liturgias y los atractivos de sus famosas reliquias e imágenes “obreras milagrosas”. Los dominicos de Berna vieron que si podían conquistar a este joven estudiante talentoso, obtendrían ganancias y honores. Su corta edad, su habilidad natural como orador y escritor, y su genio para la música y la poesía, serían más eficaces que toda su pompa y exhibición para atraer gente a sus servicios y así aumentar los ingresos de su orden religiosa. Mediante engaños y halagos excesivos se esforzaron en inducir a Zwinglio a entrar en su convento. Lutero, mientras era estudiante, se había enclaustrado en una celda en un

convento, y se habría perdido para el mundo si Dios no lo hubiera liberado. A Zwinglio no se le permitiría correr el mismo peligro.

Providencialmente su padre fue advertido de los planes de los frailes. No tenía ninguna intención de permitir que su hijo siguiera la vida ociosa e inútil de los monjes. Vio que su utilidad futura estaba en riesgo y le ordenó que regresara a casa sin demora.

La orden fue obedecida; pero el joven no pudo quedar muy satisfecho en su valle natal, y rápidamente reanudó sus estudios, instalándose, al cabo de un tiempo, en Basilea. Fue allí donde Zwinglio escuchó por primera vez el evangelio de la gracia gratuita de Dios. Wittembach, un profesor de lenguas antiguas, mientras estudiaba griego y hebreo, había sido guiado a las Sagradas Escrituras, y de esta manera rayos de luz divina fueron irradiados a las mentes de los estudiantes bajo su instrucción. Declaró que había una verdad más antigua y de valor infinitamente mayor que las teorías enseñadas por eruditos y filósofos. Esta antigua verdad era que la muerte de Cristo es el único precio por el rescate del pecador. Para Zwinglio estas palabras fueron como los primeros rayos de luz que preceden al amanecer.

Pronto Zwinglio fue llamado desde Basilea para asumir su ministerio. Su primer trabajo de campo fue en una comunidad alpina, no lejos de su valle natal. Habiendo recibido la ordenación sacerdotal, "se dedicó con toda su alma a la búsqueda de la verdad divina; porque sabía muy bien", dijo un reformador contemporáneo, "cuánto debe saber a quién se ha confiado el rebaño de Cristo". Cuanto más investigaba las Escrituras, más claramente aparecía el contraste entre sus verdades y las herejías de Roma. Se sometió a la Biblia como la Palabra de Dios, la única norma suficiente e infalible. Vio que ella debía ser su propia intérprete. No intentó explicar las Escrituras para apoyar una teoría o doctrina preconcebida, sino que sostuvo que era su deber aprender cuál es su enseñanza directa y obvia. Buscó toda ayuda para obtener una comprensión plena y correcta de su significado, e invocó la ayuda del Espíritu Santo, quien, declaró, se revelaría a todos los que lo buscaran con sinceridad y oración.

"Las Escrituras", dijo Zwinglio, "provienen de Dios, no del hombre. Y el mismo Dios que ilumina os hará comprender que la palabra viene de Dios. La palabra de Dios... no puede fallar; Ella es luz, se explica, se revela, ilumina el alma con toda salvación y gracia, la consuela en Dios, la humilla, para que se pierda y se niegue y abrace a Dios". La verdad de estas palabras de Zwinglio había sido probada. Hablando de su experiencia en ese momento, escribió más tarde: "Cuando comencé a entregarme plenamente a las Sagradas Escrituras, la filosofía y la teología (escolasticismo) siempre me provocaban disgusto. Finalmente, esto es lo que digo: 'Debes dejar atrás todo lo que te engaña y aprender el significado de Dios explicado puramente en Su propia y sencilla Palabra'. Luego comencé a pedirle a Dios su luz y las Escrituras se me hicieron mucho más fáciles".

La doctrina predicada por Zwinglio no fue recibida de Lutero. Era la doctrina de Cristo. "Si Lutero predica a Cristo", dijo el reformador suizo, "hace lo que yo hago. Él ha guiado a muchas más almas a Cristo que yo; que así sea. Sin embargo, no llevo otro nombre que el de Cristo, de quien soy soldado y que es el único que es mi cabeza. Nunca escribí una sola línea para Lutero, ni Lutero para mí. ¿Y por qué?... Para que sea manifiesto a todos cuán uniforme es el testimonio del Espíritu de Dios, ya que nosotros, que no hemos tenido comunicación unos con otros, enseñamos con tanta uniformidad la doctrina de Jesucristo".

En 1516, Zwinglio fue invitado a convertirse en predicador en el convento de Einsiedeln. Allí conoció de cerca las corrupciones de Roma y comenzó a ejercer una influencia como reformador que se sentiría mucho más allá de su hogar.

Alpes nativos. Entre las grandes atracciones de Einsiedeln se encontraba una imagen de la virgen de la que se decía que tenía el poder de realizar milagros. Sobre la puerta del convento estaba la inscripción: "Aquí se puede obtener la completa remisión de los pecados". Los peregrinos en todas las estaciones acudían a la capilla de la virgen; pero en la gran fiesta anual de su consagración acudieron multitudes de todas partes de Suiza, e incluso de Francia y Alemania. Zwinglio, muy angustiado por el escenario, aprovechó para proclamar la libertad a través del evangelio a estos esclavos de la superstición.

"No imaginen", dijo, "que Dios esté en este templo más que en cualquier otra parte de la creación. Dondequiera que Él haya fijado vuestra morada, Él está alrededor de vosotros y os escucha... ¿Qué poder puede haber en los trabajos inútiles, en las tediosas peregrinaciones, en las ofrendas, en las oraciones a la virgen y a los santos, para conseguir para vosotros el favor de Dios? ¿Qué significan las palabras multiplicadas en la oración? ¿Qué eficacia hay en una capucha pulida, una cabeza rapada, unas túnicas largas y sueltas o unas zapatillas adornadas con oro? Dios mira el corazón – y nuestro corazón está lejos de Dios". "Cristo", dijo, "que se ofreció a sí mismo en la cruz una vez por todas, es el sacrificio satisfactorio y la víctima por toda la eternidad por los pecados de todos los creyentes".

Para muchos oyentes estas enseñanzas no fueron bien recibidas. Fue una amarga decepción para ellos ver que su agotador viaje había sido en vano. No podían entender el perdón ofrecido gratuitamente a través de Cristo.

Estaban satisfechos con el antiguo camino al cielo que Roma les había trazado. Se retiraron de la perplejidad de buscar algo mejor. Era más fácil confiar vuestra salvación a los sacerdotes y al Papa que buscar la pureza de corazón.

Pero otra clase recibió con gozo la noticia de la redención por medio de Cristo. Las observancias ordenadas por Roma no habían logrado traer paz al alma, y por la fe aceptaron la sangre del Salvador como propiciación. Éstos regresaron a sus hogares para revelar a los demás la preciosa luz que habían recibido. La verdad fue así llevada de comunidad en comunidad, de ciudad en ciudad, y disminuyó mucho el número de peregrinos al convento de la virgen. Hubo una reducción de las ofertas y, en consecuencia, del salario de Zwinglio, quien fue despedido por ellos. Pero esto sólo le produjo alegría, porque vio que el poder del fanatismo y la superstición había sido quebrantado.

Las autoridades de la Iglesia no estaban ciegas al trabajo que estaba llevando a cabo Zwinglio; pero hasta ese momento evitaron interferir.

Con la esperanza todavía de asegurarlo para su causa, se esforzaron por ganárselo mediante la adulación, y mientras tanto la verdad iba ganando un lugar en el corazón del pueblo.

Los esfuerzos de Zwinglio en Einsiedeln lo habían preparado para un campo más amplio, y pronto entraría en él. Después de tres años allí, fue llamado al cargo de predicador en la catedral de Zurich. Ésta era entonces la ciudad más importante de la confederación suiza y la influencia ejercida allí se sentiría ampliamente. Sin embargo, los eclesiásticos por cuya invitación llegó a Zurich deseaban evitar cualquier innovación y resolvieron instruirlo sobre sus deberes.

"Usaréis todas vuestras energías", dijeron, "para recoger las ofrendas de la asamblea, sin ignorar ni la más pequeña. Los exhortarás a ser fieles, tanto desde el púlpito como en el confesionario, a pagar todos los diezmos y ofrendas, y a testificar con sus ofrendas su cuidado por la iglesia. Serás diligente en aumentar las contribuciones que provienen de los enfermos, de las masas y, en general, de todas las ordenanzas eclesiásticas". "Además de administrar los sacramentos, predicar y cuidar personalmente del rebaño", agregaron sus instructores, "estos son también deberes del sacerdote.

Pero para la ejecución de estos, podrá contratar un sustituto que actúe en su lugar.

– especialmente en la predicación. Debes administrar los sacramentos sólo a personas distinguidas, cuando te lo soliciten especialmente; No se le permite administrarlos indiscriminadamente a personas de todas las clases”.

Zwinglio escuchó en silencio estas acusaciones y, en respuesta, después de expresar su gratitud por el honor de ser llamado a tan importante cargo, comenzó a explicar el rumbo que se proponía adoptar. “La historia de Jesús”, dijo, “se ha mantenido fuera de la vista del público durante demasiado tiempo. Es mi propósito enseñar todo el Evangelio según San Mateo, hablando únicamente de las fuentes de la Escritura, hablando desde toda su profundidad, comparando texto con texto y empleando oraciones fervientes e incesantes, para que me sea permitido descubrir lo que la mente del Espíritu Santo. Es para gloria de Dios, para alabanza de su único Hijo, para la salvación de las almas y para su instrucción en la verdadera fe, que deseo consagrar mi ministerio”. Aunque algunos de los eclesiásticos desaprobaban su plan y trataron de [disuadirlo](#), Zwinglio permaneció impasible. Declaró que no estaba dispuesto a introducir ningún método nuevo, sino el antiguo método empleado por la iglesia en sus inicios, en los días de su pureza.

Las verdades que enseñaba ya habían despertado el interés; y el pueblo se reunió en gran número para oír su predicación. Entre sus oyentes se encontraban muchos que hacía tiempo que habían dejado de asistir a las reuniones. Comenzó su ministerio abriendo los Evangelios, leyendo y explicando a sus oyentes la narrativa inspirada de la vida, las enseñanzas y la muerte de Cristo. Aquí, como en Einsiedeln, presentó la Palabra de Dios como la única autoridad infalible y la muerte de Cristo como el único sacrificio completo. “Es a Cristo”, dijo, “a quien deseo conducir: a Cristo, la verdadera fuente de salvación”. Personas de todas las clases se reunieron alrededor del predicador, desde líderes gubernamentales y maestros hasta artesanos y campesinos. Con profundo interés escucharon sus palabras. No sólo proclamó la oferta de la salvación gratuita, sino que censuró sin miedo los engaños y corrupciones de aquellos tiempos. Muchos regresaron de la catedral alabando a Dios. “Este hombre”, dijeron, “es un predicador de la verdad. Él será nuestro Moisés, para sacarnos de las tinieblas de este Egipto”.

Pero aunque al principio su trabajo fue recibido con gran entusiasmo, después de un tiempo aumentó la oposición. Los monjes se propusieron impedir su trabajo y condenar sus enseñanzas. Muchos lo atacaron con burlas y burlas; otros recurrieron a la insolencia y las amenazas. Pero Zwinglio aburrió a todos con paciencia, diciendo: “Si queremos ganar almas para Jesús, debemos aprender a cerrar los ojos ante muchas cosas que se interponen en nuestro camino”.

En ese momento, llegó un nuevo factor para hacer avanzar la obra de reforma. Un tal Luciano fue enviado a Zurich con algunos de los escritos de Lutero por un amigo de la fe reformada en Basilea, quien sugirió que la venta de estos libros podría ser un medio poderoso para difundir la luz. “Compruebe”, le escribió a Zwinglio, “si este Luciano posee suficiente prudencia y habilidad; si es así, que lo lleve de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de pueblo en pueblo, e incluso de casa en casa, por toda Suiza, llevando consigo los escritos de Lutero, y especialmente su exposición de la oración del Señor. escrito para los laicos. Cuanto más se les conozca, más compradores encontrarán”. De esta manera la luz encontró entrada.

En el momento en que Dios se prepara para romper los grilletes de la ignorancia y la superstición, entonces es cuando Satanás obra con mayor poder para envolver a los hombres en oscuridad y sujetar sus cadenas aún con más fuerza. Cómo se estaban levantando hombres en diferentes lugares para presentar al pueblo el perdón y

Después de la justificación por la sangre de Cristo, Roma comenzó con energías renovadas a abrir su mercado en toda la cristiandad, ofreciendo perdón por dinero.

Cada pecado tenía su precio, y a los hombres se les garantizaba libertad para cometer delitos si las tesorerías de la iglesia se mantenían llenas. De esta manera avanzaron ambos movimientos: uno que ofrecía perdón de pecados por dinero; y el otro, el perdón por medio de Cristo. Roma permitió el pecado, convirtiéndolo en su fuente de ingresos; los reformadores condenaron el pecado y señalaron a Cristo como la propiciación y el Libertador.

En Alemania, la venta de indulgencias había sido encargada a los frailes dominicos y estaba a cargo del infame Tetzl. En Suiza, el tráfico quedó en manos de los franciscanos, bajo el control de Sanção, un monje italiano. Sanção ya había prestado un buen servicio a la Iglesia, habiendo obtenido inmensas sumas de Alemania y Suiza para llenar el tesoro papal. Ahora cruzó Suiza, atrayendo grandes multitudes, despojando a los campesinos pobres de sus magros ingresos y exigiendo ricas donaciones a las clases ricas. Pero ya se había sentido que la influencia de la Reforma restringía el tráfico, aunque no podía impedirlo. Zwinglio todavía se encontraba en Einsiedeln cuando Sanção, poco después de entrar en Suiza, llegó con su comercio ilícito a las proximidades de la ciudad. Enterado de su misión, el reformador inmediatamente se opuso a él. Los dos no se conocieron, pero el éxito de Zwinglio al exponer las intenciones del fraile fue tal que se vio obligado a partir hacia otros distritos.

En Zurich, Zwinglio predicó celosamente contra los traficantes de indultos; y cuando Sanção se acercó al lugar, le salió al encuentro un mensajero del consejo, con citatorio adónde se esperaba que fuera. Finalmente consiguió la entrada mediante una estratagema, pero fue rechazado sin obtener ningún perdón y poco después abandonó Suiza.

La aparición de la peste, o "gran muerte", que arrasó Suiza en el año 1519 dio un fuerte impulso a la reforma. Cuando los hombres se vieron así cara a cara con el destructor, muchos sintieron lo vanos e inútiles que eran. El valor era el perdón que habían adquirido recientemente; y anhelaban una base más segura para su fe. Zwinglio en Zurich cayó enfermo; enfermó tanto que se abandonó toda esperanza de recuperación y circuló ampliamente la noticia de que había muerto. En esa hora de prueba su esperanza y su coraje fueron inquebrantables. Miró con fe a la cruz del Calvario, confiando en la propiciación todo suficiente por el pecado. Cuando regresó de las puertas de la muerte, fue para predicar el evangelio con mayor fervor que nunca; y sus palabras ejercieron un poder extraordinario. El pueblo saludó con alegría a su amado pastor, que regresó a ellos desde el borde de la tumba. Ellos mismos habían venido cuidando a los enfermos y

muriendo, y sintieron, como nunca antes, el valor del evangelio.

Zwinglio había llegado a una comprensión clara de sus verdades y había experimentado más plenamente en sí mismo su poder renovador. La caída del hombre y el plan de redención fueron los temas sobre los que meditó. "En Adán", dijo, "todos estamos muertos, completamente arruinados en corrupción y condenación". "Pero Cristo compró para nosotros la redención eterna". "Su pasión es un sacrificio eterno y tiene una eficacia perpetua; Él satisface para siempre la justicia divina en favor de todos aquellos que en Él confían con fe firme e inquebrantable". Sin embargo, habló claramente de que los hombres no son libres, debido a la gracia de Cristo, de continuar en pecado. "Donde hay fe en Dios, allí habita Dios; y donde está Dios, hay un celo despierto que constriñe y conduce a los hombres a las buenas obras".

Tal fue el interés por la predicación de Zwinglio que la catedral se llenó hasta el punto de no poder albergar a la multitud que acudía a escucharlo. Poco a poco, según pudieron soportarlo, fue abriendo la verdad a sus oyentes. Tuvo cuidado de no introducir, al principio, puntos que pudieran alarmarlos y dar lugar a prejuicios. Su primera obra fue ganar sus corazones para las enseñanzas de Cristo, suavizarlos con su amor y mantener su ejemplo delante de ellos; y a medida que recibieran los principios del evangelio, sus creencias y prácticas supersticiosas serían inevitablemente abandonadas.

Paso a paso la reforma avanzó en Zurich. Alarmados, sus enemigos se opusieron activamente. Un año antes, el monje de Wittenberg había pronunciado su "no" al Papa y al emperador en Worms, y ahora todo parecía indicar una resistencia similar a las pretensiones papales en Zurich. Se realizaron repetidos ataques contra Zwinglio. En el cuartel papal, de vez en cuando, quemaban en la hoguera a discípulos del evangelio, pero esto no era suficiente; el maestro de herejías debe ser silenciado. En consecuencia, el obispo de Constancia envió tres delegados al Concilio de Zurich, acusando a Zwinglio de enseñar al pueblo a transgredir las leyes de la Iglesia, amenazando así la paz y el buen orden de la sociedad. Si se dejara de lado la autoridad de la iglesia, argumentaba, el resultado sería la anarquía universal. Zwinglio respondió que había estado enseñando el evangelio durante cuatro años en Zurich, "que era más tranquila y pacífica que cualquier otra ciudad de la confederación". "¿No es, entonces", dijo, "el cristianismo la mejor salvaguardia de la seguridad general?"

Los delegados habían instado a los consejeros a permanecer en la iglesia, fuera de la cual, declararon, no hay salvación. Zwinglio respondió: "No dejes que esta acusación te conmueva. El fundamento de la iglesia es la misma Roca, el mismo Cristo, que le dio a Pedro su nombre porque fielmente lo confesó. En cada nación, quien cree con todo su corazón en el Señor Jesús es aceptado por Dios. Aquí está verdaderamente la iglesia, fuera de la cual nadie puede salvarse". Como resultado de la conferencia, uno de los delegados del obispado aceptó la fe reformada.

El concilio se negó a tomar medidas contra Zwinglio y Roma se preparó para un nuevo ataque. El reformador, cuando fue advertido de los planes de sus enemigos, exclamó: "Que vengan; Les temo como el acantilado teme a las olas que truenan a sus pies". Los esfuerzos de los clérigos sólo impulsaron la causa que buscaban subvertir. La verdad siguió difundiéndose. En Alemania, sus seguidores, deprimidos por la desaparición de Lutero, se sintieron alentados cuando vieron el progreso del evangelio en Suiza.

Tan pronto como la Reforma se estableció en Zurich, sus frutos se vieron más plenamente en la supresión del vicio y la promoción del orden y la armonía. "La paz tiene su morada en nuestra ciudad", escribió Zwinglio; "Sin disputas, sin hipocresía, sin avaricia, sin discordia. ¿De dónde puede venir tal unión sino del Señor y de nuestra doctrina, que nos llena de frutos de paz y de piedad?"

Las victorias obtenidas por la Reforma motivaron a los romanistas a emplear esfuerzos aún más decididos para su subversión. Al ver lo poco que la persecución había logrado en la supresión de la obra de Lutero en Alemania, decidieron afrontar la reforma con sus propias armas. Mantendrían una disputa con Zwinglio, y zanjada la cuestión, asegurarían su victoria, eligiendo ellos mismos no sólo el lugar del enfrentamiento, sino también los jueces que debían decidir entre los contendientes. Y si alguna vez pudieran tener a Zwinglio en su poder, se cuidarían de que no se les escapara. Con el líder silenciado, el

el movimiento podría ser atenuado rápidamente. Este propósito, sin embargo, fue cuidadosamente ocultado.

La discusión estaba prevista en Baden; pero Zwinglio no estaba presente. El Concilio de Zurich, receloso de los designios de los papistas y advertido de los fuegos encendidos en los cuarteles papales para quienes confesaban el evangelio, impidió a su pastor exponerse a este peligro. En Zurich estaba dispuesto a reunirse con todos los militantes que Roma pudiera enviar; pero ir a Baden, donde recientemente se había derramado la sangre de los mártires de la verdad, era ir a una muerte segura. Ecolampadio y Haller fueron elegidos para representar a los reformadores, mientras que el famoso doctor Eck, apoyado por una multitud de eruditos doctores y prelados, fue el campeón de Roma.

Aunque Zwinglio no estuvo presente en la conferencia, su influencia se sintió. Todos los secretarios fueron elegidos por los papistas, y a otros se les prohibió tomar notas, bajo pena de muerte. Aún así, Zwinglio recibió diariamente un informe fiel de lo que se decía en Baden. Un estudiante presente en la disputa hizo un registro cada noche de los argumentos que se presentaron ese día. Otros dos estudiantes entregaron estos registros junto con las cartas diarias de Oecolampadius a Zwinglio, en Zurich. El reformador respondió dando consejos y sugerencias. Sus cartas las escribía por la noche y los estudiantes regresaban con ellas a Baden por la mañana. Para evadir la vigilancia de la guardia apostada a las puertas de la ciudad, estos mensajeros llevaban cestas con aves de corral sobre sus cabezas y se les permitía pasar sin obstáculos.

De esta manera Zwinglio mantuvo la batalla con sus astutos antagonistas. "Trabajó más", dijo Miconio, "mediante su meditación y asistencia al debate, y transmitiendo sus consejos a Baden, de lo que podría haber hecho disputando en medio de sus enemigos".

Los romanistas, llenos de triunfo anticipado, habían llegado a Baden vestidos con sus ricos trajes y adornados con joyas. Vivían lujosamente, en sus mesas se servían las delicias más caras y los vinos más selectos. El peso de sus deberes eclesiásticos fue aliviado con diversión y celebración. En marcado contraste aparecieron los reformadores, a quienes el pueblo consideraba poco mejores que un grupo de mendigos, y cuya dieta moderada los mantenía en la mesa por poco tiempo. El anfitrión de Ecolampadio, aprovechando la oportunidad para observarlo en su habitación, lo encontró siempre ocupado en el estudio o en la oración y, muy admirado, informó que "el hereje era al menos muy religioso".

En la conferencia, "Eck subió arrogantemente a un púlpito espléndidamente decorado, mientras que el humilde y modestamente vestido Oecolampadius se sentó frente a su oponente en una plataforma toscamente construida". La poderosa voz de Eck y su confianza ilimitada nunca le fallaron. Su celo fue estimulado tanto por la esperanza del oro como por la fama; porque el defensor de la fe estaba a punto de ser recompensado con una generosa suma. Cuando los mejores argumentos fallaron, recurrió a los insultos e incluso a las maldiciones.

Ecolampadio, modesto y poco seguro de sí mismo, había evitado el combate y entró en él con la solemne declaración: "No reconozco otra norma de justicia que la Palabra de Dios". Aunque gentil y cortés en su proceder, demostró ser capaz y resuelto. Mientras los representantes de Roma, según su costumbre, apelaban a la autoridad de las costumbres de la iglesia, el reformador se aferró a las Sagradas Escrituras. "En nuestra Suiza", dijo, "las costumbres no tienen fuerza a menos que estén de acuerdo con la Constitución; Ahora, en materia de fe, la Biblia es nuestra constitución".

El contraste entre los dos contendientes no dejó de tener efecto. El razonamiento tranquilo y claro del reformador, presentado con tanta gentileza y modestia, atrajo a mentes que se volvían disgustadas ante las declaraciones violentas y arrogantes de Eck.

La discusión continuó durante dieciocho días. Al final, los papistas declararon con gran confianza la victoria. La mayoría de los delegados se puso del lado de Roma y la Dieta declaró que los reformadores estaban derrotados y que ellos, junto con Zwinglio, su líder, habían sido separados de la Iglesia. Pero los frutos de la conferencia revelaron de qué lado estaba la ventaja. El debate resultó en un gran impulso para la causa protestante, y no mucho después las importantes ciudades de Berna y Basilea se declararon a favor de la Reforma.

Capítulo 10

El progreso de la reforma en Alemania

La misteriosa desaparición de Lutero produjo consternación en toda Alemania. Se escucharon preguntas sobre Lutero por todas partes. Sobre el reformador circularon los rumores más contradictorios y muchos creyeron que había sido asesinado. Hubo gran lamentación, no sólo por sus amigos profesos, sino por miles de personas que no se habían puesto abiertamente del lado de la Reforma.

Muchos juraron solemnemente vengar su muerte.

Los líderes romanos vieron con terror hasta qué punto se despertaban los sentimientos contra ellos. Aunque al principio estaban jubilosos por la supuesta muerte de Lutero, pronto quisieron esconderse de la ira del pueblo. Sus enemigos no se habían sentido tan perturbados por las audaces acciones de Lutero mientras estuvo entre ellos como por su desaparición. Aquellos que en su ira trataron de destruir al audaz reformador se llenaron de miedo ahora que se había convertido en un cautivo indefenso. Dijo uno de ellos: "La única manera que podemos escapar es encender nuestras antorchas y salir por toda la tierra en busca de Lutero, hasta que podamos enviarlo a la nación que así lo desee". El edicto del emperador parecía impotente. Los legados papales se llenaron de indignación al ver que el edicto atraía menos atención que el destino de Lutero.

La noticia de que se encontraba a salvo, aunque prisionero, calmó los temores del pueblo, al mismo tiempo que despertaba entusiasmo a su favor. Sus escritos fueron leídos con mayor entusiasmo que nunca. Un número cada vez mayor de personas se unió a la causa del valiente que, en tan temible batalla, había defendido la Palabra de Dios. La Reforma iba ganando fuerza constantemente. La semilla que Lutero había sembrado había brotado por todas partes. Su ausencia cumplió una tarea que su presencia no habría podido realizar. Otros trabajadores sintieron una nueva responsabilidad ahora que su gran líder estaba lejos. Con fe y fervor renovados, avanzaron a hacer todo lo que estaba a su alcance, para que la obra que tan noble manera había comenzado no fuera impedida.

Pero Satanás no se quedó inactivo. Ahora intentó lo que había intentado con todos los demás movimientos reformistas: engañar y destruir al pueblo mostrándole una falsificación en lugar del verdadero trabajo. Así como hubo falsos Cristos en el primer siglo de la iglesia cristiana, también surgieron falsos profetas en el siglo XVI.

Algunos hombres, profundamente afectados por la excitación que se estaba produciendo en el mundo religioso, imaginaron recibir revelaciones especiales del cielo y afirmaron haber sido comisionados divinamente para llevar a cabo hasta el fin la Reforma que, según declararon, había sido iniciada tímidamente por Lutero. De hecho, estaban deshaciendo el mismo trabajo que él había hecho. Rechazaron el gran principio que fue el fundamento mismo de la Reforma: que la Palabra de Dios es la regla más que suficiente de fe y práctica; y sustituyeron esa guía infalible por la norma cambiante e incierta de sus propios sentimientos e impresiones. Mediante este acto de dejar de lado al gran detector de error y falsedad, se abrió un camino para que Satanás controlara las mentes a su antojo.

Uno de estos profetas afirmó haber sido instruido por el ángel Gabriel. Un estudiante que se había unido a él abandonó sus estudios declarando que era un don de Dios.

con sabiduría para exponer Su Palabra. A ellos se unieron otros que tenían una inclinación natural al fanatismo. La acción de estos entusiastas generó no poca emoción. La predicación de Lutero había despertado entre la gente de todas partes el sentimiento de la necesidad de una reforma, y ahora algunas personas verdaderamente sinceras estaban engañadas por las pretensiones de estos nuevos profetas.

Los líderes del movimiento fueron a Wittenberg e intentaron persuadir a Melanchthon y sus aliados para que aceptaran sus demandas. Dijeron: "Somos enviados por Dios para enseñar al pueblo; hemos recibido revelaciones especiales del Señor mismo y por lo tanto sabemos lo que sucederá. Somos apóstoles y profetas y apelamos al Dr. Lutero, así como la verdad de lo que predica."

Los reformadores quedaron asombrados y perplejos. Este era un elemento que aún no habían encontrado y no sabían qué rumbo tomar. Dijo Melanchthon: "Hay ciertamente espíritus extraordinarios en estos hombres; pero ¿qué espíritus?... Tengamos cuidado, por un lado, de no entristecer al Espíritu de Dios, y por otro, de no dejarnos seducir por el espíritu de Dios". Satán."

El fruto de la nueva enseñanza pronto se hizo evidente. La gente fue inducida a descuidar la Biblia o a dejarla de lado por completo. Las escuelas quedaron sumidas en la confusión. Los estudiantes, rechazando todas las restricciones, abandonaron sus estudios y abandonaron la universidad. Los hombres que se creían capaces de revivir y administrar la obra de la Reforma sólo la llevaron al borde de la ruina. Los romanistas recobraron la confianza y exclamaron exultantes: "Un esfuerzo más y todo será nuestro".

Lutero, en Wartburg, escuchó lo sucedido y dijo con profundo pesar: "Siempre esperé que Satanás nos enviara esta plaga". Comprendió el verdadero carácter de estos falsos profetas y vio el peligro que amenazaba la causa de la verdad. La oposición del Papa y del emperador no le había causado tanta angustia y perplejidad como la que experimentaba ahora. De los amigos profesos de la Reforma habían surgido sus peores enemigos. Las mismas verdades que le habían traído tanto gozo y consuelo estaban siendo utilizadas para provocar conflictos y crear confusión en la iglesia.

En la obra de la Reforma, Lutero fue impulsado por el Espíritu de Dios y llevado mucho más allá de sí mismo. No se había propuesto asumir tales posiciones como lo hizo. No había sido más que un instrumento en manos del Poder infinito.

Sin embargo, a menudo se sentía conmovido por los resultados de su trabajo.

El reformador dijo una vez: "Si supiera que mi doctrina perjudicaría a un ser humano, a un solo hombre, sea humilde y oscuro - lo cual no puede ser, porque eso es el evangelio mismo - preferiría enfrentar la muerte diez veces. renunciar."

Y así el propio Wittenberg, el verdadero centro de la Reforma, estaba cayendo rápidamente bajo el poder del fanatismo y la anarquía. Esta terrible condición no fue el resultado de las enseñanzas de Lutero; pero en toda Alemania sus enemigos lo acusaban de ser la causa de todo. Con amargura de alma, a veces preguntaba: "¿Podría ser este el final de esta gran obra de Reforma?" Una vez más, luchando con Dios en oración, la paz fluyó en su corazón. "La obra no es mía, sino tuya", dijo; "No permitirás que la superstición o el fanatismo lo corrompan". Pero la idea de mantenerse alejado del conflicto por más tiempo en una crisis así se volvió insoportable para Lutero. Decidió regresar a Wittenberg.

Sin demora emprendió el arriesgado viaje. Se encontró bajo la prohibición del imperio. Los enemigos eran libres de quitarle la vida; a sus amigos se les prohibió ayudarlo o darle refugio. El gobierno imperial estaba adoptando las medidas más estrictas contra sus seguidores. Pero el reformador vio que el trabajo del

El evangelio estaba en peligro y, en el nombre del Señor, salió valientemente a luchar por la verdad.

En una carta al Elector de Sajonia, después de declarar su propósito de abandonar Wartburg, Lutero dijo: "Que sepa Su Alteza que me dirijo a Wittenberg bajo una protección mucho más poderosa que la de un Elector. No pienso en pidiendo Su ayuda, Alteza, y estoy tan lejos de querer su protección que mi propósito es más bien protegerla. Si supiera que Su Alteza podría o querría tomar mi defensa, no iría a Wittenberg. Ninguna espada secular puede avanzar esta causa; Dios debe hacerlo todo sin la ayuda o cooperación del hombre. El que tiene más fe tiene la mejor defensa."

En una segunda carta escrita de camino a Wittenberg, Lutero añadió: "Estoy dispuesto a soportar la desaprobación de Su Alteza y la ira del mundo entero. ¿No son los habitantes de Wittenberg mis propias ovejas? ¿No las ha confiado Dios a mis ¿Y no debería, si es necesario, dar mi vida por vosotros? Además, me temo que podríamos ver en toda Alemania una revolución por la cual Dios castigará a nuestra nación".

Con mucho cuidado y humildad, pero con decisión y firmeza, emprendió su tarea. Dijo: "Por la Palabra, debemos refutar y deshacer lo que ha ganado control y control a través de la violencia. No usaré la fuerza contra los supersticiosos e incrédulos... Que nadie sea forzado. He trabajado por la libertad de conciencia. Libertad es la verdadera esencia de la fe."

Pronto se difundieron por todo Wittenberg rumores de que Lutero había regresado y iba a predicar. Se reunió gente de todas direcciones y la iglesia estaba abarrotada. Subiendo al púlpito con gran sabiduría y bondad, instruyó, exhortó y reprendió. Hablando del comportamiento de algunos que habían utilizado medidas violentas para abolir la Misa, dijo:

"La Misa es una cosa mala; Dios se opone a ella. Debe ser abolida, y desearía que en todo el mundo se estableciera en su lugar la cena evangélica. Pero que nadie sea sacado de ella por la fuerza. Debemos salir de ella. los resultados con Dios. No somos nosotros quienes debemos actuar, sino Su Palabra. '¿Y por qué tiene que ser así?', te preguntarás. Porque el corazón de los hombres no está en mis manos como el barro en las manos del alfarero. Tenemos derecho a hablar, pero no a obligar. Prediquemos; el resto pertenece a Dios. Si recurría a la fuerza, ¿qué ganaría? Manierismos faciales, apariencia bella, uniformidad espasmódica e hipocresía. Pero no habría sinceridad de corazón, ni fe, ni amor. Donde faltan, falta todo y yo no daría un comino por una victoria así. Dios hace mucho más por el simple poder de Su Palabra de lo que usted, yo y el mundo entero podemos hacer con todos nuestros esfuerzos combinados. Dios cuida el corazón y, con ello, todo se gana".

"Estoy dispuesto a predicar, debatir y escribir; pero no avergonzaré a nadie, porque la fe es una acción voluntaria. Recuerden lo que ya he hecho. Me enfrenté al Papa, a las indulgencias y a los papistas, pero sin violencia ni disturbios.

Presenté la Palabra de Dios; Prediqué, escribí y luego dejé de hacerlo. Y mientras me acostaba y dormía... la Palabra que prediqué derribó al papado, de tal manera que ningún príncipe o emperador jamás le había asestado tal golpe. Por mi parte no hice casi nada; el poder de la Palabra lo logró todo. Si hubiera recurrido a la fuerza, toda Alemania tal vez se habría visto inundada de sangre. ¿Pero cuál habría sido la consecuencia? Ruina y destrucción de almas y cuerpos. Por eso me quedé quieto y dejé que la Palabra corriera a lo largo y a lo ancho de la Tierra".

Día tras día, durante una semana entera, Lutero continuó predicando a las multitudes expectantes. La Palabra de Dios rompió el hechizo de la excitación fanática. El poder del evangelio devolvió al pueblo descarriado al camino de la verdad.

Lutero no tenía ningún deseo de encontrarse con los fanáticos cuyo comportamiento había causado tanto daño. Sabía que eran hombres de juicio loco y pasiones indisciplinadas que, aunque pretendían estar especialmente iluminados por el Cielo, no tolerarían la más mínima contradicción, ni siquiera la más amable reprensión o consejo. Creyéndose con derecho a ejercer la autoridad suprema, exigieron que cada persona, sin cuestionamiento alguno, reconociera sus derechos.

Pero cuando solicitaron una entrevista con Lutero, él accedió a reunirse con ellos y tuvo tanto éxito en exponer sus supuestos derechos que los impostores pronto abandonaron Wittenberg.

El fanatismo fue controlado por un tiempo; unos años más tarde, sin embargo, estalló con mayor violencia y resultados más terribles. De los líderes de este movimiento, Lutero dijo: "Para ellos las Sagradas Escrituras no eran más que letra muerta, y todos comenzaron a clamar: '¡El Espíritu! ¡El Espíritu!' Pero seguramente no los seguiré a donde sus espíritus los lleven. Que Dios, en su misericordia, me preserve de una iglesia en la que no hay más que esa clase de santos. Deseo estar en compañía de los humildes, los débiles y los enfermos, que conocen y sienten sus pecados, y que continuamente suspiran y claman a Dios, desde el fondo de su corazón, para obtener de Él consuelo y apoyo."

Thomaz Münzer, el más activo de los fanáticos, era un hombre de considerable habilidad que, correctamente dirigida, le habría permitido hacer el bien; pero no había aprendido los principios elementales de la religión verdadera. Se imaginaba predestinado por Dios a reformar el mundo, olvidando, como ocurre con muchos otros entusiastas, que la reforma debe comenzar por él mismo. Aspiraba a ganar posición e influencia, y no estaba dispuesto a ser el segundo, ni siquiera detrás de Lutero. Münzer declaró que los reformadores, al sustituir la autoridad del Papa por la de las Escrituras, simplemente estaban estableciendo una forma diferente de papado. Afirmó haber recibido el encargo divino de lograr una verdadera reforma. Una vez dijo: "Quien posee este espíritu posee la verdadera fe, aunque nunca haya visto las Sagradas Escrituras en toda su vida".

Los maestros fanáticos se sometieron al gobierno de las impresiones, entendiendo cada pensamiento e impulso como la voz de Dios; en consecuencia, llegaron a grandes extremos. Algunos incluso quemaron sus Biblias, exclamando: "La letra mata, pero el Espíritu vivifica". Las enseñanzas de Münzer apelaban al deseo del hombre por lo maravilloso, al tiempo que gratificaban su orgullo al colocar virtualmente las ideas y opiniones de los hombres por encima de la Palabra de Dios. Sus doctrinas fueron recibidas por miles. Pronto criticó todo orden en el culto público y declaró que obedecer a los príncipes era tratar de servir tanto a Dios como a Belial.

Las mentes del pueblo, que ya comenzaban a repudiar el yugo del papado, se impacientaban bajo las restricciones del poder civil. Las enseñanzas revolucionarias de Münzer, reclamando la sanción divina, los llevaron a romper con todo control y dar rienda suelta a sus prejuicios y pasiones. Siguió las más terribles escenas de sedición y conflicto, y los campos de Alemania quedaron empapados de sangre.

La agonía del alma que Lutero había experimentado algún tiempo antes en Erfurt, ahora lo oprimía con redoblado poder, al observar los efectos del fanatismo atribuido a la Reforma. Los príncipes papistas declararon (y muchos estaban dispuestos a creer en esta declaración) que la rebelión era el fruto legítimo de las doctrinas de Lutero. Aunque esta acusación no tenía el más mínimo fundamento, no podía dejar de

causar gran angustia al reformador. Que la causa de la verdad fuera así deshonrada, clasificada entre el más bajo fanatismo, le parecía más de lo que podía soportar. Por otro lado, los líderes de la revuelta odiaban a Lutero porque no sólo se había opuesto a sus doctrinas y negado sus pretensiones de inspiración divina, sino también porque los había considerado rebeldes contra la autoridad civil. En represalia, lo denunciaron como un pedante innoble. Parecía haberse atraído sobre sí la enemistad tanto de los príncipes como del pueblo.

Los romanistas se regocijaron, esperando presenciar el rápido declive de la Reforma; y culparon a Lutero incluso por los errores que con tanto esfuerzo se había esforzado en corregir. El partido fanático, afirmando falsamente que había sido tratado con una enorme injusticia, logró ganarse las simpatías de una gran parte de la población y, como siempre ocurre con los que están del lado equivocado, llegaron a ser vistos como mártires. Así, aquellos que estaban ejerciendo cada gramo de energía para oponerse a la Reforma fueron compadecidos y elogiados como víctimas de la crueldad y la opresión. Esta fue obra de Satanás, incitado por el mismo espíritu de rebelión que inicialmente había manifestado en el Cielo.

Satanás busca constantemente engañar a los hombres para que llamen al pecado justicia y a la justicia pecado. ¡Cuán exitoso ha sido su trabajo! ¡Cuán a menudo se acumulan censuras y recriminaciones sobre los fieles siervos de Dios, porque se mantienen firmes en defensa de la verdad! Los hombres que no son más que agentes de Satanás son alabados y halagados, e incluso vistos como mártires, mientras que aquellos que deberían ser respetados y apoyados por su fidelidad a Dios quedan solos, bajo sospecha y desconfianza.

La falsa santidad todavía está haciendo su obra de engaño. En muchas formas exhibe el mismo espíritu de la época de Lutero, desviando la mente de las Escrituras y llevando a los hombres a seguir sus propios sentimientos e impresiones en lugar de obedecer la ley de Dios. Este es uno de los inventos más exitosos de Satanás para ignominiar la pureza y la verdad.

Íntimamente, Lutero defendió el evangelio de ataques que venían de todos lados. La Palabra de Dios demostró ser un arma poderosa en cada conflicto. Con esta Palabra luchó contra la autoridad usurpada del Papa y la filosofía racionalista de los escolásticos, mientras se mantuvo firme como una roca contra el fanatismo que pretendía aliarse con la Reforma.

Cada uno de estos elementos opuestos estaba, a su manera, dejando de lado las Sagradas Escrituras y exaltando la sabiduría humana como fuente de verdad y conocimiento religioso. El racionalismo idolatra la razón y la convierte en criterio de la religión. El romanismo, que reclama para su soberano pontífice una inspiración que desciende en línea ininterrumpida de los apóstoles y que es inmutable a través de todos los tiempos, brinda amplia oportunidad para que toda clase de extravagancia y corrupción se esconda bajo la santidad de la comisión apostólica. La inspiración buscada por Münzer y sus colaboradores no procedía de ninguna fuente superior a la de las excentricidades de la imaginación, y su influencia subvertía toda autoridad humana o divina.

El verdadero cristianismo recibe la Palabra de Dios como el gran tesoro de la verdad inspirada y prueba de toda inspiración.

A su regreso a Wartburg, Lutero completó su traducción del Nuevo Testamento y así el evangelio fue puesto en manos del pueblo alemán en su lengua materna. Esta traducción fue recibida con gran alegría por todos los que amaban la verdad, pero repudiada con desprecio por aquellos que preferían las tradiciones y preceptos de los hombres.

Los sacerdotes se alarmaron al pensar que la gente común ahora podía discutir con ellos los preceptos de la Palabra de Dios, y que así su propia ignorancia quedaba expuesta. Las armas de su razonamiento carnal eran impotentes contra la espada del Espíritu. Roma reunió toda su autoridad para impedir la circulación de las Escrituras. Pero los decretos, los anatemas y las torturas fueron igualmente vanos. Cuanto más condenaba y prohibía la Biblia, mayor era la ansiedad de la gente por saber lo que realmente enseñaba el Libro Sagrado. Todos los que sabían leer estaban deseosos de estudiar la Palabra de Dios por sí mismos. Lo llevaron consigo, lo leyeron y releeron, y no quedaron satisfechos hasta que memorizaron grandes porciones de las Escrituras.

Al ver el favor con el que se recibió el Nuevo Testamento, Lutero inmediatamente comenzó a traducir el Antiguo, publicándolo en partes tan pronto como las completó.

Los escritos de Lutero fueron bien recibidos tanto en la ciudad como en los pueblos pequeños. "Todo lo que escribieron Lutero y sus amigos, otros circularon por todas partes. Los monjes que habían sido inducidos a ver la ilegalidad de las obligaciones monásticas, deseosos de cambiar una vida de indolencia por una de actividad, recorrieron las provincias vendiendo los escritos del reformador y de sus amigos. Alemania fue, en poco tiempo, invadida por estos valientes repartidores".

Estos escritos fueron estudiados con profundo interés por ricos y pobres, eruditos e ignorantes. Por la noche, los profesores de las escuelas del pueblo los leen en voz alta ante pequeños grupos reunidos junto a la chimenea. Con cada esfuerzo, algunas almas se convencieron de la verdad y, recibiendo la palabra con alegría, contaron a otros, a su vez, la buena nueva.

Las palabras de la inspiración han sido probadas: "La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples". (Sal. 119:130). El estudio de las Escrituras estaba obrando un cambio poderoso en la mente y el corazón de la gente. El gobierno papal había impuesto un yugo de hierro sobre sus súbditos que los mantenía en la ignorancia y la degradación. Se mantenía escrupulosamente una observancia supersticiosa de las formas. Pero en todo su servicio el corazón y el intelecto tuvieron poca parte. La predicación de Lutero, exponiendo las verdades claras de la Palabra de Dios, y luego la Palabra misma, puesta en manos de la gente común, despertó sus facultades dormidas, no sólo purificando y ennobleciendo la naturaleza espiritual, sino impartiendo nueva fuerza y vigor a la intelecto.

Se vio a personas de todas las clases sociales con la Biblia en la mano, defendiendo las doctrinas de la Reforma. Los papistas, que habían dejado el estudio de las Escrituras a los sacerdotes y monjes, ahora los llamaron a presentarse y cuestionar las nuevas enseñanzas. Pero, ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios, los sacerdotes y frailes fueron completamente derrotados por aquellos a quienes previamente habían denunciado como incultos y herejes. Un escritor católico dijo una vez: "Desafortunadamente, Lutero persuadió a sus seguidores a basar su fe únicamente en los oráculos de las Sagradas Escrituras". Multitudes se reunían para escuchar la verdad defendida por hombres de bajo nivel educativo, e incluso discutida por ellos con teólogos eruditos y elocuentes, y la vergonzosa ignorancia de estos grandes hombres quedó al descubierto cuando sus argumentos fueron refutados por las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Los trabajadores, los soldados, las mujeres e incluso los niños estaban más familiarizados con las enseñanzas bíblicas que los sacerdotes y los médicos eruditos.

El contraste entre los discípulos del evangelio y los defensores de la superstición romanista no era menos evidente entre las clases alfabetizadas que entre la gente común. "A los viejos defensores de la jerarquía, que habían descuidado el estudio de las lenguas y el cultivo de la literatura, se oponían jóvenes de mente abierta, la mayoría de ellos dedicados al estudio y la investigación de las Escrituras y familiarizados con

con los antiguos tesoros de la literatura. Dotados de facultades de rápido aprendizaje, alma elevada e intrepidez de corazón, estos jóvenes pronto adquirieron tal habilidad que nadie podía competir con ellos". "Así, en reuniones públicas, estos jóvenes defensores de la Reforma se enfrentaron a los médicos romanistas y los atacaron con tal facilidad y confianza que avergonzaron la obtusidad de sus adversarios y los expusieron ante todos a un merecido desprecio".

Cuando el clero romano vio disminuir sus congregaciones, pidió ayuda a los magistrados y por todos los medios a su alcance se esforzó por recuperar su audiencia anterior. Pero el pueblo había descubierto en las nuevas enseñanzas aquello que satisfacía las necesidades del alma, y se apartó de aquellos que durante tanto tiempo los habían alimentado con las pajas inútiles de los ritos supersticiosos y las tradiciones humanas.

Cuando se reavivó la persecución contra los maestros de la verdad, escucharon las palabras de Cristo: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra". (Mateo 10:23). La luz así penetró por todas partes. Los fugitivos encontraron en algunos lugares una puerta hospitalaria abierta para ellos y, viviendo allí, predicaron a Cristo, a veces en la iglesia o, si se les negaba este privilegio, en casas particulares o al aire libre. Cualquier lugar donde pudieran conseguir audiencia era para ellos un templo consagrado. La verdad, proclamada con tanta energía y seguridad, se difundió con un poder irresistible.

En vano se pidió a las autoridades eclesiásticas y civiles que aplastaran la herejía. En vano recurrieron a la prisión, la tortura, el fuego y la espada. Miles de creyentes sellaron su fe con su propia sangre y, sin embargo, la obra siguió adelante. La persecución sólo sirvió para difundir la verdad; y el fanatismo que Satanás se esforzó por unir a él tuvo como resultado hacer más claro el contraste entre la obra de Satanás y la de Dios.

Capítulo 11

La protesta de los príncipes

Uno de los testimonios más nobles dados por la Reforma fue la protesta de los príncipes cristianos de Alemania en la Dieta de Spira, en 1529. El coraje, la fe y la firmeza de estos hombres de Dios obtuvieron la libertad de pensamiento y de conciencia para los tiempos venideros. Su protesta dio a la iglesia reformada el nombre de protestante. Sus principios "son la verdadera esencia del protestantismo".

Habían llegado tiempos oscuros y amenazadores para la Reforma. A pesar del edicto de Worms que declaró a Lutero proscrito y prohibió enseñar o creer en sus doctrinas, la tolerancia religiosa había perdurado en el imperio. La divina providencia había mantenido bajo control las fuerzas que se oponían a la verdad. Carlos V estaba decidido a aplastar la Reforma, pero a menudo, cuando levantaba la mano para asestar el golpe mortal, se veía obligado a desviarlo. A menudo, la destrucción inmediata de todo lo que se atrevía a oponerse a Roma parecía inevitable. Pero en el momento crítico, los ejércitos turcos aparecieron en la frontera oriental, o el rey de Francia, o incluso el propio Papa, celoso de la creciente grandeza del emperador, le declararon la guerra. Así, en medio de las luchas y el tumulto de las naciones, se dejó que la Reforma se fortaleciera y se extendiera.

Después de todo, los soberanos romanistas obligaron a sus feudos a unirse para luchar contra los reformadores. La Dieta de Espira, en 1526, había dado a cada Estado amplia libertad en materia religiosa, hasta la reunión de un consejo general. Sin embargo, tan pronto como pasaron los peligros que habían conducido a esta concesión, el emperador convocó una segunda Dieta que se reunió en Espira, en 1529, con el propósito de destruir la herejía. Se debería presionar a los príncipes, si es posible por medios pacíficos, para que se opongán a la Reforma; pero si fracasaban, Carlos estaba dispuesto a empuñar la espada.

Los papistas estaban exultantes. Aparecieron en Espira en gran número y expresaron abiertamente su hostilidad hacia los reformadores y todos los que los apoyaban. Dijo Melanchthon: "Somos la abominación, el odio y la hojarasca del mundo; pero Cristo mirará a su pobre pueblo y lo preservará". A los príncipes evangélicos que asistieron a la Dieta se les prohibió predicar el evangelio incluso en su residencia. Pero los habitantes de Espira tenían sed de la Palabra de Dios y, a pesar de la prohibición, miles de personas se reunieron para los servicios religiosos celebrados en la capilla del Elector de Sajonia.

Esto precipitó la crisis. Un mensaje imperial anunció a la Dieta que, como la resolución que concedía la libertad de conciencia había provocado grandes desórdenes, el emperador exigía su anulación. Este acto arbitrario provocó indignación y alarmó a los cristianos evangélicos. Uno de ellos dijo: "Cristo volvió a caer en manos de Caifás y Pilato". Los romanistas se volvieron más violentos. Un papista intolerante declaró: "Los turcos son mejores que los luteranos; porque observan los días de ayuno, y los luteranos los violan. Si tuviéramos que elegir entre las Sagradas Escrituras de Dios y los viejos errores de la iglesia, deberíamos rechazar las primeras". Dijo Melanchthon: "Cada día, en plena asamblea, Faber arroja una nueva piedra contra los evangélicos".

La tolerancia religiosa se había establecido legalmente y los estados evangélicos decidieron oponerse a la violación de sus derechos. A Lutero, todavía bajo interdicto impuesto por el edicto de Worms, no se le permitió estar presente en Espira; pero su lugar lo ocuparon sus colaboradores y los príncipes que Dios había levantado para defender su causa en esa emergencia. El noble Federico de Sajonia, antiguo protector

de Lutero, había fallecido, pero el duque Juan, su hermano y sucesor, había recibido la Reforma con alegría y, aunque amigo de la paz, mostró gran energía y coraje en todas las cuestiones relativas a los intereses de la fe.

Los sacerdotes exigieron que los estados que habían aceptado la Reforma implícitamente se sometieran a la jurisdicción romanista. Los reformadores, por el contrario, exigieron la libertad que antes se les había concedido. No podían permitir que Roma volviera a tener bajo su control aquellos Estados que con tanta alegría habían recibido la Palabra de Dios.

A modo de acuerdo, finalmente se propuso que allí donde la Reforma no se hubiera afianzado, se ejecutara estrictamente el edicto de Worms; y que en los Estados evangélicos "donde había peligro de revuelta, no se debían introducir nuevas reformas ni predicar sobre puntos controvertidos; la celebración de la Misa no debería verse obstaculizada y a ningún católico romano se le permitiría abrazar el luteranismo". Esta medida fue aprobada en la Dieta con gran satisfacción de los sacerdotes y prelados papales.

Si se ejecutara este edicto, la Reforma no podría extenderse donde aún era desconocida, ni podría establecerse sobre bases sólidas donde ya existía. Se prohibiría la libertad de expresión. No se permitirían conversiones. Y a estas restricciones y prohibiciones los amigos de la Reforma debían someterse inmediatamente. Las esperanzas del mundo parecían a punto de extinguirse. El restablecimiento del culto papal produciría inevitablemente un resurgimiento de los antiguos abusos; y pronto habría la oportunidad de completar la destrucción de una obra ya tan violentamente sacudida por el fanatismo y la disensión.

Cuando el partido evangélico se reunió para realizar consultas, parecía que todos estaban desanimados. De uno a otro pasó la pregunta: "¿Qué se puede hacer?" Estaban en juego grandes intereses para el mundo. "¿Deberían los líderes de la Reforma someterse y aceptar el edicto? ¿Con qué facilidad los reformadores, en esta tremenda crisis, habrían discutido consigo mismos de manera equivocada! ¿Cuántos pretextos y razones plausibles podrían haber presentado para justificar la sumisión! Los príncipes luteranos se les garantizaba la libertad en el ejercicio de su religión. La misma ventaja se extendía a todos sus súbditos que, antes de promulgarse la medida, habían abrazado las concepciones de la Reforma. ¿No debería esto alegrarlos? ¿Cuántos peligros evitaría la sumisión! ¿En qué? Peligros y conflictos desconocidos ¿Los lanzaría la oposición? ¿Quién sabría las oportunidades que depararía el futuro? Abracemos la paz; Aferrémonos a la rama de olivo que extiende Roma y curemos las heridas de Alemania. Con argumentos como estos, los reformadores podrían haber justificado la adopción de una línea de conducta que ciertamente terminaría en la ruina total de su causa.

"Afortunadamente, consideraron el principio en el que se basó este acuerdo y actuaron por fe. ¿Cuál era el principio? Era el derecho de Roma a coaccionar la conciencia y prohibir la libre investigación. Pero, ¿no deberían ellos mismos y sus súbditos protestantes disfrutar de libertad religiosa? " Sí, como un favor especialmente estipulado en ese acuerdo, pero no como un derecho. De todo lo que ese acuerdo expresaba, debía prevalecer el gran principio de la autoridad; la conciencia estaba fuera de la jurisdicción. Roma era un juez infalible y debía ser obedecida. Asentimiento a el pacto propuesto habría sido prácticamente una admisión de que la libertad religiosa debería limitarse a la Sajonia reformada. Para el resto de la cristiandad, la libre investigación y la profesión de la fe reformada serían crímenes y deberían ser castigados con la mazmorra y la hoguera. ¿Podrían los príncipes aceptar restringir la libertad religiosa? ¿Aceptarían la proclamación de que la Reforma había hecho su último converso y conquistado su último pedazo de tierra? Y que dondequiera que Roma ejerciera su influencia en aquella época, debería perpetuarse

¿Tu dominio? ¿Podrían los reformadores declarar que eran inocentes de la sangre de aquellos cientos y miles de personas que, en cumplimiento de este acuerdo, iban a dar sus vidas en las tierras papales? Hacerlo sería traicionar la causa del evangelio y las libertades de la cristiandad en esa hora crítica". De lo contrario, sacrificarían sus dominios, su título nobiliario e incluso sus vidas.

Los príncipes resolvieron: "Rechacemos este decreto. En cuestiones de conciencia, la mayoría no tiene poder". Los delegados declararon que Alemania estaba en deuda con el decreto de tolerancia por la paz que disfrutaba, y que su abolición llenaría todo el imperio de malestar y divisiones. Afirmaron: "La Dieta no tiene poder para hacer más que preservar la libertad religiosa hasta que se reúna el Consejo". Proteger la libertad de conciencia es deber del Estado, y éste es el límite de su autoridad en materia de religión. Cualquier gobierno secular que intente regular o hacer cumplir las observancias religiosas mediante la autoridad civil está sacrificando el principio mismo por el que lucharon tan noblemente los cristianos evangélicos.

Los papistas decidieron poner fin a lo que calificaban de "obstinación desenfrenada". Comenzaron por tratar de causar divisiones entre los partidarios de la Reforma e intimidar a todos aquellos que no se habían declarado abiertamente a su favor. Los representantes de las ciudades libres fueron finalmente convocados ante la Dieta y se les pidió que declararan si estarían de acuerdo con los términos de la propuesta. Pidieron un aplazamiento, pero fue en vano. Cuando se les puso a prueba, casi la mitad apoyó la Reforma. Quienes así se negaron a sacrificar la libertad de conciencia y el derecho de juicio individual sabían bien que su posición los condenaba a la crítica, la persecución y la condena. Uno de los delegados dijo: "O negamos la Palabra de Dios o somos quemados".

El rey Fernando, representante del emperador en la Dieta, vio que el decreto produciría graves divisiones a menos que se pudiera inducir a los príncipes a aceptarlo y apoyarlo. Para ello probó el arte de la persuasión, sabiendo muy bien que el uso de la fuerza con estos hombres sólo los haría más decididos. Pidió a los príncipes que aceptaran el decreto, asegurándoles que tal acto agradaría mucho al emperador. Pero estos hombres fieles reconocieron una autoridad superior a la de los gobernantes terrenales, y respondieron con calma: "Obedeceremos al emperador en todo lo que pueda contribuir a mantener la paz y el honor de Dios".

En presencia de la Dieta, el rey anunció finalmente que el decreto estaba a punto de ser publicado como edicto imperial y que sólo faltaba que el elector y sus amigos se sometieran a la mayoría. Habiendo dicho esto, se retiró de la asamblea, sin dar a los reformadores ninguna oportunidad de deliberar o responder. "En vano enviaron mensajeros rogándole a Fernando que regresara". A esta petición respondió simplemente: "Ese es un asunto resuelto; lo único que queda es la sumisión".

El partido imperial estaba convencido de que los príncipes cristianos considerarían las Sagradas Escrituras superiores a las doctrinas y preceptos humanos, y sabían también que dondequiera que se aceptara este principio, el papado acabaría siendo derrotado. Pero, como lo han hecho miles desde entonces, sólo miraron "las cosas que se ven", halagándose de que la causa del emperador y el Papa era fuerte y la de los reformadores débil. Si los reformadores hubieran dependido únicamente de la ayuda humana, habrían sido tan impotentes como suponían los papistas. A pesar de ser pocos en número y estar en desacuerdo con Roma, tenían su fuerza. Apelaron "de la decisión de la Dieta a las Escrituras de la Verdad, y del Emperador de Alemania al Rey del Cielo y de la Tierra".

Como Fernando se negó a considerar sus convicciones de conciencia, los príncipes decidieron no prestar atención a su ausencia, sino tomar inmediatamente su lugar.

protesta ante el consejo nacional. Se redactó y presentó a la Dieta una declaración solemne:

"Por la presente protestamos ante Dios, nuestro único Creador, Sustentador, Redentor y Salvador, y quien un día será nuestro Juez, así como ante todos los hombres y todas las criaturas, que nosotros, por nosotros y nuestro pueblo, no consentimos y ni ¿Nos adherimos al decreto propuesto, en todo lo que sea contrario a Dios, a su Palabra, a nuestro derecho de conciencia, a la salvación de nuestra alma... No podemos afirmar que cuando el Dios Todopoderoso llama a un hombre a su conocimiento, no se atreve a aceptar este conocimiento divino... No hay otra doctrina verdadera que la que se ajusta a la Palabra divina. El Señor prohíbe la enseñanza de cualquier otra fe. Las Sagradas Escrituras, con un texto explicado por otros textos más claros, son en todo necesarias para el cristiano, sencillas de entender y apropiadas para iluminar. Estamos, por lo tanto, resueltos por la gracia divina a mantener la predicación pura de su santa Palabra, tal como está contenida en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, sin añadir cualquier cosa para ellos. Esta Palabra es la única verdad. Es la regla segura para toda doctrina y vida, y nunca puede fallarnos ni engañarnos. El que construye sobre este fundamento se opondrá a todos los poderes del infierno, a pesar de todas las vanidades humanas que se alzan contra él, las cuales caerán ante el rostro de Dios. Por eso rechazamos el yugo que se nos impone. Al mismo tiempo, esperamos que Su Majestad Imperial nos trate como a un príncipe cristiano que ama a Dios sobre todas las cosas. Nos declaramos dispuestos a brindaros a vosotros, así como a vosotros, gentiles nobles, todo el afecto y la obediencia que es nuestro justo y legítimo deber."

La Dieta causó una profunda impresión. La mayoría de los miembros de la Dieta quedaron asombrados y alarmados por el coraje de los protestantes. El futuro les parecía tormentoso e incierto. La disensión, el conflicto y el derramamiento de sangre parecían inevitables. Los reformadores, sin embargo, seguros de la justicia de su causa y confiando en el brazo de la Omnipotencia, estaban llenos de valor y firmeza.

La Protesta se opuso al derecho de los gobernadores civiles a legislar sobre asuntos pertinentes al alma y a Dios, y declaró junto con los profetas y apóstoles: "Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres". Este documento también rechazó el poder arbitrario de la iglesia y estableció el principio infalible de que toda enseñanza humana debe estar sujeta a los oráculos divinos. Los protestantes se sacudieron el yugo de la supremacía humana y exaltaron a Cristo como supremo en la iglesia y su Palabra como la máxima autoridad en el púlpito. El poder de la conciencia fue colocado por encima del poder del Estado, y la autoridad de las Sagradas Escrituras por encima de la iglesia visible. La corona de Cristo se alzaba sobre la tiara papal y la diadema del emperador. Además, los protestantes habían afirmado su derecho a expresar libremente sus convicciones de verdad. No sólo creyeron y obedecieron, sino que enseñaron lo que presentaba la Palabra de Dios y negaron el derecho del magistrado o sacerdote a interferir. La Protesta de Espira fue un testimonio solemne contra la intolerancia religiosa y una afirmación del derecho de todos los hombres a adorar a Dios según los dictados de su propia conciencia.

La declaración había sido hecha. Fue escrito en la memoria de miles de personas y registrado en los libros del Cielo, donde ningún esfuerzo humano podría borrarlo. Toda la Alemania evangélica adoptó la protesta como expresión de su fe. En todas partes los hombres contemplaron en esta declaración la promesa de una era nueva y mejor. Uno de los príncipes dijo a los protestantes de Espira: "Que el Todopoderoso, que os dio la gracia de confesarlo con energía, libertad y sin miedo, os conserve en esta firmeza cristiana hasta el día de la eternidad".

Si la Reforma, después de lograr el éxito, hubiera consentido en transigir para ganarse el favor del mundo, habría sido desleal a Dios y a sí misma, y así habría asegurado su propia destrucción. La experiencia de estos nobles reformadores contiene una lección para todas las épocas venideras. La forma de actuar de Satanás contra Dios y Su Palabra no ha cambiado. Todavía se opone a que se adopten las Escrituras como guía para la vida, como lo hizo en el siglo XVI. En nuestro tiempo hay un abierto abandono de las doctrinas y preceptos bíblicos, y es necesario volver al gran principio protestante: la Biblia, y sólo la Biblia, como regla de fe y práctica. Satanás todavía está trabajando con todos los medios a su alcance para destruir la libertad religiosa. El poder anticristiano que rechazaron los protestantes de Espira busca ahora con renovado vigor restablecer su supremacía perdida. El mismo apego inquebrantable a la Palabra de Dios manifestado en la crisis de la Reforma es la única esperanza de reforma hoy.

Entonces aparecieron señales de peligro para los protestantes. También hubo señales de que la mano divina estaba extendida para proteger a los fieles. Fue en ese momento cuando Melancton llevó apresuradamente a su amigo Grineo al río Rin a través de las calles de Spira, instándolo a cruzar el río sin demora. Grineo, sorprendido, quiso saber el motivo de tan repentina huida. Dijo Melancton: "Un hombre anciano de apariencia grave y solemne, pero desconocido para mí, apareció ante mí y dijo: 'Dentro de un minuto Fernando enviará a los alguaciles para arrestar a Grineo'. A orillas del Rin, Melancton Esperó hasta que las aguas del río se interpusieron entre su querido amigo y aquellos que buscaban quitarle la vida. Cuando por fin lo vio al otro lado, dijo: "Está libre de las crueles fauces de aquellos que sedían de sangre inocente. "

Grineo había estado relacionado con un eminente médico papista, pero, sorprendido por uno de sus sermones, fue a verlo y le rogó que no hiciera más guerra contra la verdad. El papista ocultó su ira, pero inmediatamente acudió al rey y obtuvo de él una orden de arresto contra el protestante. Cuando Melancton regresó a su casa, le informaron que después de su partida, los oficiales vinieron a buscar a Grineo y saquearon la casa de arriba a abajo. Melancton vio entonces que el Señor había salvado a su amigo, enviando un santo ángel para advertirle.

La reforma debía alcanzar una mayor preeminencia ante los poderosos de la tierra. Los príncipes evangélicos no fueron escuchados por el rey Fernando, pero se les debería dar la oportunidad de presentar su causa en presencia del emperador y de los dignatarios de la Iglesia y del Estado reunidos en asamblea. Para calmar las disensiones que perturbaban al imperio, Carlos V, al año siguiente de la protesta de Espira, convocó una Dieta en Augsburgo, anunciando su intención de presidirla personalmente. Los príncipes protestantes fueron convocados a comparecer.

Grandes peligros amenazaron la Reforma; pero sus abogados aún confiaron su causa a Dios y se comprometieron a mantenerse firmes del lado del evangelio. Sus asesores habían aconsejado al elector de Sajonia que no asistiera a la Dieta. El emperador, dijeron, exigió la presencia de los príncipes para atraerlos a una trampa. "¿No sería eso arriesgarlo todo y encerrarte dentro de los muros de una ciudad con un enemigo poderoso?" Otros, sin embargo, declararon noblemente: "Que los príncipes se comporten con valentía y la causa de Dios se salvará". "Nuestro Dios es fiel y no nos abandonará", dijo Lutero. El elector y su séquito partieron hacia Augsburgo. Todos eran conscientes de los peligros que acechaban y muchos viajaban con rostros tristes y corazones atribulados. Pero Lutero, que los acompañó a Coburgo, alentó su vacilante fe cantando un himno compuesto durante ese tiempo.

viaje: "Un castillo fuerte es nuestro Dios". Muchos de los angustiosos presagios fueron desterrados, y muchos corazones agobiados se aliviaron con el sonido de las inspiradoras melodías.

Los príncipes reformados resolvieron hacer una declaración sistemática de sus puntos de vista respaldados por evidencia extraída de las Escrituras para presentarla a la Dieta; y su elaboración fue encomendada a Lutero, Melanchthon y sus asociados.

Esta Confesión fue aceptada por los protestantes como una exposición de su fe, y se reunieron para estampar sus nombres en el importante documento. Este fue un tiempo solemne y de prueba. Los reformadores estaban ansiosos de que su causa no se confundiera con cuestiones políticas. Sintieron que la Reforma no debería ejercer otra influencia que la proveniente de la Palabra de Dios.

Cuando los príncipes cristianos se reunieron para firmar la Confesión, Melanchthon intervino diciendo: "Es competencia de los teólogos y ministros proponer estas cosas, mientras que la autoridad de los poderosos de la tierra debe reservarse para otros asuntos". "Dios no permita", respondió Juan de Sajonia, "que me excluyas.

Estoy resuelto a cumplir con mi deber, sin preocuparme por mi corona. Quiero confesar al Señor. Mi sombrero y toga electoral no son para mí tan preciosos como la cruz de Jesucristo." Dicho esto, firmó con su nombre. Otro de los príncipes dijo mientras tomaba la pluma: "Si el honor de mi Señor Jesucristo así lo requiere, estoy dispuesto a dejar atrás mis posesiones y mi vida." "Preferiría renunciar a mis súbditos y Estados; Preferiría dejar el país de mis padres con un bastón en la mano", continuó, "que recibir cualquier otra doctrina que la contenida en esta Confesión". Tal era la fe y el coraje de aquellos hombres de Dios.

Llegó la hora fijada para presentarse ante el emperador. Carlos V, sentado en el trono, rodeado de votantes y príncipes, concedió la palabra a los reformadores protestantes. Se leyó la confesión de su fe. En esa augusta asamblea se presentaron claramente las verdades del evangelio, al igual que los errores de la iglesia papal. Ese día fue declarado con razón "el día más grande de la Reforma y uno de los más gloriosos en la historia del cristianismo y del mundo".

Sin embargo, habían pasado algunos años desde que el monje de Wittenberg se presentó solo en Worms ante el consejo nacional. Ahora, en su lugar estaban los príncipes más nobles y poderosos del imperio. A Lutero se le prohibió aparecer en Augsburgo, pero estuvo presente para sus palabras y oraciones. Escribió: "Vibro de alegría por vivir hasta esta hora en que Cristo sea exaltado públicamente por tan ilustres confesores en tan gloriosa asamblea". Se ha cumplido lo que dicen las Escrituras: "Hablaré de tus testimonios delante de los reyes". (Sal. 119:46).

En los días de Pablo, el evangelio por el cual había sido encarcelado era llevado ante los príncipes y nobles de la ciudad imperial. También en aquella ocasión se proclamó en palacio lo que el emperador había prohibido predicar desde el púlpito. Lo que muchos habían considerado inapropiado que oyeran los sirvientes, fue escuchado con asombro por los gobernantes y señores del imperio. Reyes y grandes hombres estaban en el auditorio; Los príncipes coronados eran los predicadores y el sermón era la verdad divina real.

"Desde la época apostólica", dice un escritor, "nunca ha habido una obra mayor ni una confesión más magnífica de Jesucristo".

"Todo lo que han dicho los luteranos es verdad; no podemos negarlo", declaró un obispo papista. "¿Puede usted refutar, con razones sólidas, la confesión hecha por el elector y sus aliados?", preguntó otro eclesiástico al doctor Eck. "No con los escritos de los apóstoles y profetas", fue la respuesta; "pero con los de los padres de la iglesia y los concilios, ¡sí!" El interrogador respondió: "Entiendo que los luteranos, como usted dice, estamos con las Escrituras y que nosotros estamos fuera de ellas". Algunos de los príncipes alemanes fueron ganados para la fe reformada. El propio emperador declaró que los antiguos

Los protestantes no eran más que la verdad. La Confesión fue traducida a muchos idiomas, circuló por toda Europa y ha sido aceptada por millones de personas en generaciones sucesivas como expresión de su fe.

Los fieles siervos de Dios no estaban trabajando solos. Aunque "principados y potestades y maldades espirituales en las alturas" se reunieron contra ellos, el Señor no se olvidó de su pueblo. Si el tuyo estuviera abierto ojos y habrían visto la misma fuerte evidencia de la presencia divina y la asistencia dada a los profetas de la antigüedad. Cuando el siervo de Eliseo mostró a su amo el ejército hostil que los rodeaba, excluyendo toda posibilidad de escapar, el profeta oró: "Señor, te ruego que abras sus ojos para que pueda ver". (II Reyes 6:17). Y he aquí, la montaña estaba llena de carros y caballos de fuego, el ejército del Cielo estacionado allí para proteger al hombre de Dios. Así los ángeles protegieron a los trabajadores en la causa de la Reforma.

Uno de los principios más firmemente sostenidos por Lutero era que no se debía recurrir a ningún poder secular en apoyo de la Reforma, ni se debía hacer ningún llamado a las armas en su defensa. Lutero se alegró de que los príncipes del imperio profesaran el evangelio; pero cuando propusieron confederarse en una liga defensiva, declaró que "la doctrina del evangelio sería defendida sólo por Dios... Cuantos menos hombres se entrometieran en la obra, más sorprendente sería la intervención de Dios en su favor". Las precauciones políticas eran, en su opinión, atribuibles a un miedo indigno y a una desconfianza pecaminosa".

Cuando poderosos adversarios se estaban uniendo para provocar la caída de la fe reformada, y miles de espadas parecían listas para ser desenvainadas contra ella, Lutero escribió: "Satanás está enfurecido; sacerdotes malvados están consultando entre ellos y estamos amenazados con la guerra. Insta al pueblo a contender valientemente ante el trono del Señor, por la fe y la oración, para que nuestros adversarios, vencidos por el Espíritu de Dios, sean obligados a la paz. La más urgente de nuestras necesidades, lo primero que debemos hacer "Es orar. Que sepan el pueblo que en esta hora están expuestos al filo de la espada y a la ira del diablo. Que oren".

De nuevo, en fecha posterior, refiriéndose a la alianza sugerida por los príncipes reformados, declaró que la única arma empleada en esta guerra debería ser "la espada del Espíritu". Escribió al elector de Sajonia: "No podemos, antes de nuestra conciencia, aprobar la alianza propuesta. Nuestro Señor Jesucristo es lo suficientemente poderoso y puede encontrar maneras y medios para rescatarnos del peligro y disipar los pensamientos de los príncipes malvados... Cristo nosotros Él está probando para ver si estamos dispuestos a obedecer Su Palabra o no, y si la consideramos verdad infalible o no. Preferiríamos morir diez veces antes que ver el evangelio como causa de derramamiento de sangre, o herido por cualquier acto sobre nuestra parte. Más bien, suframos con paciencia y, como dice el salmista, seamos contados como ovejas para el matadero. Y en lugar de vengarnos o defendernos, dejemos lugar a la operación de la ira divina. La cruz de Cristo debe ser erigido. Que Su Alteza no tema. Haremos más con nuestras oraciones que nuestros enemigos con su jactancia. Sólo que no se manchen sus manos con la sangre de sus hermanos. Si el emperador exige que seamos entregados a sus cortes, estamos listos para aparecer. No se puede defender la fe; Cada uno debería creer bajo su propio riesgo".

Del lugar secreto de oración surgió el poder que sacudió al mundo durante la gran Reforma. Allí, con santa calma, los siervos del Señor establecieron sus pies sobre la roca de sus promesas. Durante los combates de Augsburgo, Lutero no pasó un solo día sin dedicar al menos tres horas a la oración. Este tiempo estuvo separado de las horas más favorables para estudiar. En la intimidad de su habitación se le escuchó derramar su alma.

ante Dios con palabras llenas de adoración, temor y esperanza, como si hablara con un amigo. "Sé que tú eres nuestro Padre y nuestro Dios", dijo, "y que dispersarás a los perseguidores de tus hijos, porque tú mismo estás en peligro junto con nosotros. Todo este negocio es tuyo, y sólo es impulsado por ti. . que pongamos nuestras manos sobre él. ¡Defiéndenos entonces, oh Padre! A Melancthon, agobiado por el peso de la ansiedad y del miedo, le escribió: "¡Gracia y paz en Cristo! En Cristo, digo, y no en el mundo. ¡Amén! Odio con todas mis fuerzas estos cuidados extremos que consumen Él. Si la causa es injusta, abandónala; si la causa es justa, ¿por qué hemos de contradecir las promesas de Aquel que nos envió a dormir sin temor? Cristo no fallará en la obra de la justicia y de la verdad. Él vive, Él reina. ¿Qué miedo entonces podemos tener?"

Dios escuchó los gritos de sus siervos. Dio a los príncipes y ministros gracia y valor para defender la verdad contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo. El Señor dijo: "He aquí, yo pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida y preciosa; y todo el que en ella crea no será avergonzado". (I Pedro 2:6). Los reformadores protestantes habían construido sobre Cristo y las puertas del infierno no prevalecerían contra ellos.

Capítulo 12

La reforma francesa

A la protesta de Espira y la Confesión de Augsburgo, que marcaron el triunfo de la Reforma en Alemania, les siguieron años de conflicto y oscuridad. Debilitado por las divisiones entre sus seguidores, atacado por enemigos poderosos, el protestantismo parecía destinado a ser completamente destruido. Miles sellaron su testimonio con su propia sangre. Estalló la guerra civil y la causa protestante fue traicionada por uno de sus principales partidarios. Los príncipes reformados más nobles cayeron en manos del emperador y fueron arrastrados como prisioneros de ciudad en ciudad. Pero en el momento de su aparente triunfo, el emperador fue golpeado por la derrota. Vio que le arrebataban la presa de las manos y se vio obligado, por fin, a conceder tolerancia a las doctrinas cuya eliminación había sido la ambición de su vida. Había puesto en riesgo su reino, sus tesoros y su propia vida para aplastar la herejía. Ahora veía sus ejércitos agotados por la batalla, sus tesoros agotados, sus numerosos reinos amenazados por la revuelta, mientras por todas partes se extendía la fe que en vano se había esforzado por suprimir. Carlos V había estado librando una guerra contra el Poder Todopoderoso. Dios había dicho: "Hágase la luz", pero el emperador había tratado de mantener intacta la oscuridad. Sus propósitos habían fracasado y, prematuramente envejecido y desgastado por la larga lucha, abdicó del trono y se enterró en un claustro.

En Suiza, como en Alemania, llegaron días oscuros para la Reforma. Si bien muchos cantones aceptaron la fe reformada, otros se aferraron con ciega tenacidad al credo de Roma. Su persecución de aquellos que deseaban recibir la verdad finalmente condujo a la guerra civil. Ulrico Zwinglio y muchos de los que se habían unido a él en la Reforma cayeron en el sangriento campo de Cappel. Ecolampadio, vencido por estos terribles reveses, murió poco después. Roma triunfó y en muchos lugares parecía dispuesta a recuperar todo lo que había perdido. Pero Aquel cuyos consejos son eternos no ha abandonado su causa ni a su pueblo. Su mano les traería liberación. En otros países, despertó trabajadores para llevar a cabo la Reforma.

En Francia, antes de que se oyera el nombre de Lutero como reformador, ya había comenzado a amanecer. Uno de los primeros en aferrarse a la luz fue el viejo Lefèvre, hombre de amplios conocimientos, profesor de la Universidad de París y papista sincero y celoso. En su investigación sobre la literatura antigua, su atención se centró en la Biblia e introdujo su estudio entre sus alumnos. Lefèvre era un entusiasta adorador de los santos y había emprendido la preparación de la historia de los santos y mártires, tal como se presenta en las leyendas de la iglesia. Esta era una obra que implicaba mucho trabajo, pero ya había hecho progresos considerables en ella cuando, pensando que podría obtener ayuda muy útil en la Biblia, comenzó su estudio con ese propósito. De hecho, allí encontró referencias a santos, pero no como los representados en el calendario romano. Un torrente de luz divina irrumpió en su mente.

Asombrado y disgustado, abandonó la tarea propuesta y se dedicó a la Palabra de Dios. Pronto empezó a enseñar las preciosas verdades que había descubierto. En 1512, antes de que Lutero o Zwinglio comenzaran la obra de la Reforma, Lefèvre escribió: "Es Dios quien nos da, por la fe, la justicia que por gracia justifica para vida eterna". Tratando de los misterios de la redención, exclamó: "¡Oh! ¡Qué grandeza inefable es esta sustitución: el Inocente es condenado y los culpables quedan libres; el Bienaventurado sufre la maldición y el maldito recibe la bendición; la Vida muere, y los muertos viven!" ; La gloria está sumergida en las tinieblas y aquel que

No conoció nada más que confusión de rostro y estaba revestido de gloria interior, esa gloria que el ojo carnal no puede ver".

Y mientras enseñaba que la gloria de la salvación pertenece exclusivamente a Dios, también declaró que el deber de la obediencia pertenece al hombre. Él dijo: "Si eres miembro de la iglesia de Cristo, eres miembro de Su cuerpo; si eres miembro de Su cuerpo, entonces estás lleno de la naturaleza divina... ¡Oh! Si tan solo los hombres pudieran llegar a comprender este privilegio, cuán puros, castos y santos vivirían, y cuán abominable considerarían toda la gloria de este mundo, en comparación con la gloria interior, esa gloria que el ojo carnal no puede ver".

Hubo algunos entre los alumnos de Lefèvre que escucharon ansiosamente sus palabras y que, mucho después de que la voz del maestro se callara, continuaron proclamando la verdad. Uno de ellos fue Guilherme Farel. Hijo de padres piadosos y enseñado a aceptar las enseñanzas de la Iglesia con fe implícita, podría, como el apóstol Pablo, haber declarado de sí mismo: "Según la secta más severa de nuestra religión, viví como fariseo". (Hechos 26:5). Como fiel romanista, estaba inflamado de celo por destruir a todos los que se atrevían a oponerse a la iglesia. "Crují los dientes como un lobo furioso", declaró más tarde, refiriéndose a ese momento de su vida, "cuando oí a alguien hablar contra el Papa". Había sido un infatigable adorador de los santos en compañía de Levèvre, mientras recorría las iglesias de París, adorando en los altares y adornando los santos relicarios con ofrendas. Pero estas observancias no trajeron paz al alma. Todos los actos de penitencia que realizó no lograron desterrar la convicción de pecado que pesaba sobre su alma. Como si fuera una voz procedente del cielo, Levèvre escuchó las palabras del reformador: "La salvación es gratuita. El inocente es condenado y el criminal absuelto. Sólo la cruz de Cristo abre las puertas del cielo y cierra las del infierno". "

Farel aceptó la verdad con gran alegría. Siguiendo el ejemplo de la conversión de Pablo, pasó del cautiverio de la tradición a la libertad de los hijos de Dios. Dijo: "En lugar de tener el corazón asesino de un lobo rapaz, regresé tranquilo, como un cordero manso e inofensivo, habiendo apartado completamente mi corazón del Papa y entregado a Jesucristo".

Mientras Lefèvre seguía difundiendo la luz entre sus alumnos, Farel, tan celoso por la causa de Cristo como lo había sido por la del Papa, salió a anunciar la verdad en público. Poco después se le unió un dignatario de la iglesia, el obispo de Meaux. Otros maestros de gran distinción por sus habilidades y erudición se sumaron al anuncio del evangelio, ganando adeptos entre todas las clases, desde las casas de artesanos y campesinos, hasta el palacio real. La hermana de Francisco I, el entonces monarca reinante, aceptó la fe reformada. Durante algún tiempo el rey y la reina madre parecieron verla con buenos ojos, y con grandes esperanzas los reformadores esperaban el momento en que Francia sería ganada para el evangelio.

Pero sus esperanzas no se hicieron realidad. A los discípulos de Cristo les esperaban tribulaciones y persecuciones. Esto, sin embargo, afortunadamente quedó oculto a sus ojos. Se produjo un tiempo de paz para que pudieran tomar fuerzas para enfrentar la tormenta; y la Reforma progresó rápidamente. El obispo de Meaux trabajó celosamente en su propia diócesis para instruir tanto al clero como al pueblo. Los sacerdotes ignorantes e inmorales fueron destituidos y, en la medida de lo posible, reemplazados por hombres cultos y piadosos. El obispo deseaba mucho que su pueblo pudiera acceder por sí mismo a la Palabra de Dios, y esto pronto se cumplió. Lefèvre emprendió la traducción del Nuevo Testamento y, al mismo tiempo que se imprimía en Wittenberg la Biblia alemana de Lutero, se publicaba el Nuevo Testamento en francés en Meaux. El obispo no escatimó esfuerzos ni gastos para hacerlo circular

en sus parroquias, y pronto los campesinos de Meaux estuvieron en posesión de las Sagradas Escrituras.

Así como los viajeros que mueren de sed saludan con alegría a una fuente de agua viva, así estas almas recibieron el mensaje del Cielo. Los trabajadores del campo y los artesanos en los talleres se animaron en su trabajo diario hablando de las preciosas verdades de la Biblia. Por la noche, en lugar de ir a las tabernas, se reunían en las casas de los demás para leer la Palabra de Dios y unirse en oración y alabanza. Pronto se manifestó un gran cambio en estas comunidades. Aunque pertenecían a la clase más humilde y eran campesinos trabajadores y analfabetos, el poder transformador y edificante de la gracia divina se dejó ver en sus vidas. Humildes, amorosos y santos, siguieron siendo testigos de lo que el evangelio hará por quienes lo reciben con sinceridad.

La luz encendida en Meaux extendía sus rayos a lo lejos. Cada día aumentaba el número de conversos. La furia de la jerarquía estuvo controlada durante algún tiempo por el rey, que despreciaba el estrecho fanatismo de los monjes; pero los jefes papales finalmente prevalecieron. La estaca para el fuego se levantó. El obispo de Meaux, obligado a elegir entre la hoguera y la retractación, aceptó el camino más fácil. Pero a pesar de la caída del líder, el rebaño se mantuvo firme. Muchos testificaron de la verdad en medio de las llamas. Por su valentía y fidelidad en el martirio, estos humildes cristianos hablaron a miles de personas que, en días de paz, nunca habían escuchado su testimonio.

No fueron sólo los humildes y los pobres quienes, en medio del sufrimiento y las burlas, se atrevieron a dar testimonio de Cristo. En los salones nobles del castillo y del palacio había almas reales para quienes la verdad era valorada más que la riqueza, la posición social o incluso la vida. Las armaduras de los nobles ocultaban un espíritu más sublime y decidido que las túnicas y la mitra del obispo. Luis de Berquin era noble de nacimiento, caballero valiente y cortés, entregado al estudio, de modales refinados y de moral inexpugnable. Un escritor dice: "Era un fiel seguidor de las ordenanzas papales y un gran asistente a misas y sermones. Y coronó todas estas otras virtudes teniendo una aversión especial al luteranismo". Pero, como tantos otros, providencialmente dirigido a las Escrituras, se sorprendió al encontrar allí no las enseñanzas del papado, sino las doctrinas de Lutero. Desde entonces se entregó con total devoción a la causa del evangelio.

"El más culto de los nobles franceses", su genio y elocuencia, su coraje indomable, su celo heroico y su influencia en la corte, al ser el favorito del rey, le hicieron considerar por muchos como el predestinado a ser el reformador de su país, afirmó Beza. : 'Berquin habría sido un segundo Lutero si hubiera encontrado en Francisco I un segundo elector". "Es peor que Lutero", exclamaron los papistas. En realidad, era el más temido por los romanistas en Francia. Lo encarcelaron por hereje, pero el rey lo liberó. Durante años mantuvo una lucha continua.

Francisco, vacilante entre Roma y la Reforma, toleró y reprimió alternativamente el celo feroz de los monjes. Berquin fue encarcelado tres veces por las autoridades papales, sólo para ser liberado por el monarca que, admirado por su genio y nobleza de carácter, se negó a sacrificarlo al mal de la jerarquía.

Berquin fue advertido repetidas veces del peligro que le amenazaba en Francia y se le instó a seguir los pasos de quienes lo habían encontrado seguridad en el exilio voluntario. El tímido y contemporizador Erasmo, que a pesar del esplendor de su erudición carecía de esa grandeza moral que mantiene la vida y el honor al servicio de la verdad, escribió a Berquin: "Pide que te envíen como embajador a algún país extranjero; viaja a Alemania. Ya conoces a Beda y a otros como él; es un monstruo de mil cabezas que escupe veneno a

en todos lados. Tus enemigos son legiones. Si vuestra causa fuera mejor que la de Jesucristo, no os dejarían ir hasta destruirnos miserablemente. No confíes demasiado en la protección del rey. En cualquier caso, no me comprometas con la facultad de teología."

Pero a medida que los peligros se hicieron mayores, el celo de Berquin se hizo más fuerte. Así, lejos de adoptar la política y el consejo servil de Erasmo, decidió tomar medidas aún más valientes. No sólo permanecería en defensa de la verdad, sino que atacaría el error. La acusación de herejía que los romanistas intentaban presentar contra él sería respondida contra ellos mismos. Los más activos y acérrimos de sus oponentes fueron los eruditos doctores y monjes del departamento de teología de la gran Universidad de París, una de las más altas autoridades eclesiásticas tanto de la ciudad como de la nación. De los escritos de estos doctores Berquin tomó doce proposiciones que declaró públicamente "contrarias a la Biblia y, por tanto, heréticas", y apeló al rey para que el soberano actuara como juez en esta controversia.

El monarca, no dispuesto a negarse la oportunidad de contrastar el poder y la agudeza de los campeones opuestos, y contento de tener la oportunidad de humillar el orgullo de estos altivos monjes, invitó a los romanistas a defender su causa a través de la Biblia. Sabían bien que esta arma no les serviría de mucho. La prisión, la tortura y la quema eran las armas que mejor conocían. Ahora el juego había cambiado y se encontraban a punto de caer en el hoyo al que esperaban arrojar a Berquin. Asombrados, mirando a su alrededor, buscaron una salida.

Precisamente en esa ocasión, en una esquina de una de las calles, apareció una imagen mutilada de la Virgen María. Había una gran exasperación en la ciudad. Multitudes de personas se reunieron en el lugar con expresiones de lamento e indignación. El rey también estaba profundamente agitado. Aquí había una circunstancia de la que los monjes podían aprovecharse, y no tardaron en hacerlo. "Éstos son los frutos de las doctrinas de Berquin", gritaban. "Todo está a punto de arruinarse: la religión, las leyes, el trono mismo, por esta conspiración luterana".

Berquin fue encarcelado nuevamente. El rey abandonó París y los monjes quedaron libres de hacer lo que quisieran. El reformador fue juzgado y condenado a muerte; y temiendo que Francisco aún interviniera para salvarlo, la sentencia se ejecutó el mismo día de su pronunciamiento. Al mediodía, Berquin fue trasladado al lugar de ejecución. Una enorme multitud se reunió para presenciar el hecho, y fueron muchos los que vieron con asombro y preocupación que la víctima había sido elegida entre las mejores, más valiosas y nobles familias de Francia. El asombro, la indignación, el desprecio y el odio amargo estaban escritos en los rostros de aquella multitud inquieta; pero sobre un solo rostro no flotaba ninguna sombra. Los pensamientos del mártir estaban lejos de aquel escenario de tumulto; sólo era consciente de la presencia de su Señor.

El miserable carro en el que viajaba, la mirada sombría de sus perseguidores, la muerte terrible hacia la que se dirigía, Berquin no los escuchaba. A su lado estaba el que vive y fue asesinado y vive para siempre, que tiene las llaves de la muerte y del infierno. La expresión de Berquin irradiaba la luz y la paz del cielo: se había vestido con ropa agradable, llevando "un manto de terciopelo, un jubón de raso y damasco y medias de oro". Estaba a punto de testificar de su fe en presencia del Rey de reyes y del Universo expectante; y ningún signo de lamento iba a atenuar su alegría.

Mientras la procesión avanzaba lentamente por las concurridas calles, el pueblo notaba con admiración la serena paz, el gozoso triunfo que transmitía en su mirada y apariencia. "Él es", decían, "como alguien que se sienta en un templo y medita en las cosas sagradas".

En medio de las llamas, Berquin se esforzó por dirigir algunas palabras al pueblo; pero los monjes, temiendo el resultado, empezaron a gritar y los soldados a batir sus armas, y el ruido ahogó la voz del mártir. Así, en 1529, la máxima autoridad literaria y eclesiástica del París culto, "dio a la población de 1793 el ejemplo execrable de cómo los hombres sofocan en la horca las palabras sagradas de un moribundo".

Berquin fue estrangulado y su cuerpo consumido en llamas. La noticia de su muerte causó tristeza entre los amigos de la Reforma en toda Francia. Pero su ejemplo no fue en vano. "También nosotros estamos dispuestos", dijeron los testigos de la verdad, "a afrontar la muerte con alegría, fijando la vista en la vida futura".

Durante la persecución en Meaux, a los maestros de la fe reformada se les canceló la licencia para predicar y se marcharon a otros campos. Lefèvre, al cabo de un tiempo, viajó a Alemania. Farel regresó a su ciudad natal, en el este de Francia, con el propósito de difundir luz en el ambiente de su infancia. Ya se habían recibido noticias de lo que estaba sucediendo en Meaux, y la verdad que enseñaba con celo intrépido encontró oyentes. Pronto las autoridades actuaron para silenciarlo y fue desterrado de la ciudad. Aunque ya no pudo trabajar públicamente, atravesó llanuras y pueblos, enseñando en casas particulares, en prados aislados, encontrando refugio en los bosques y entre las cuevas rocosas que habían sido su escondite juvenil. Dios lo estaba preparando para pruebas mayores. "Cruces, persecuciones y emboscadas de Satanás, que conozco", dijo Farel, "y en verdad son mucho más de lo que podría soportar con mis propias fuerzas, pero Dios es mi Padre; Él me ha ayudado y me ayudará". con el poder necesario."

Como en los días apostólicos, la persecución había contribuido "a mayor provecho del evangelio" (Fil. 1:12). Desterrados de París y de Meaux, "los que estaban dispersos iban por todas partes proclamando la Palabra" (Hch 8,4). Y así se envió luz a muchas de las provincias más remotas de Francia.

Dios todavía estaba preparando trabajadores para promover su causa. En una de las escuelas de París había un joven meditativo y tranquilo, que mostraba signos de una mente poderosa y aguda, no menos marcado por una notable corrección de vida, ardor intelectual y devoción religiosa. Su genio y aplicación pronto lo convirtieron en el orgullo de la universidad, y ya se anticipaba que Juan Calvino sería uno de los defensores más capaces y honrados de la iglesia. Pero un rayo de luz divina penetró los muros del escolasticismo y la superstición en los que Calvino se encontraba atrapado. Oyó hablar de las nuevas doctrinas con temblor, sin dudar de que los herejes merecían el fuego al que estaban condenados. Sin embargo, inconscientemente, se vio enfrentado a la herejía y obligado a poner a prueba el poder de la teología romana para combatir las enseñanzas protestantes.

Un primo de Calvino que se había unido a los reformadores estaba en París. Los dos parientes se reunían a menudo y discutían juntos temas que preocupaban a la cristiandad. "Sólo hay dos religiones en el mundo", afirmó el protestante olivetano. "El primer tipo de religión es la que los hombres han creado, y en toda la cual el hombre se salva mediante ceremonias y buenas obras; la otra es la religión que se revela en la Biblia y enseña al hombre a buscar la salvación únicamente por la gracia gratuita de Dios." "No quiero ninguna de vuestras nuevas doctrinas", exclamó Calvino. "¿Crees que he vivido en el error todos mis días?"

Pero en su mente se despertaron pensamientos que no podían ser expulsados por la voluntad. Solo en su habitación, reflexionó sobre las palabras de su prima. La convicción de pecado se aferraba a él. Calvino se encontró sin intercesor ante la presencia de un Juez justo y santo. La mediación de los santos, las buenas obras, las ceremonias de la iglesia, eran impotentes para expiar el pecado. No podía ver nada ante él más que la oscuridad de la eterna desesperación. En vano los doctores de la iglesia se esforzaron por relevarlo.

él infelicidad. La confesión y la penitencia eran vanas porque no podían reconciliar el alma con Dios.

Mientras participaba en estas luchas estériles, Calvino, visitando por casualidad una plaza pública, presencié allí la quema de un hereje. Quedé asombrado por la expresión de paz que se reflejaba en el rostro del mártir. En medio de las torturas de esa terrible muerte y bajo la más aterradora condena de la iglesia, manifestó tal fe y coraje que el joven estudiante contrastó dolorosamente con su propia desesperación y oscuridad, aunque vivía en la más estricta obediencia a la iglesia. Sabía que los herejes apoyaban su fe en la Biblia. Decidió estudiarla y descubrir, si podía, el secreto de su alegría.

En la Biblia descubrió a Cristo. Y exclamó: "Oh Padre, tu sacrificio ha apaciguado tu ira; tu sangre ha lavado mis impurezas; tu cruz ha llevado mi maldición; tu muerte ha hecho expiación por mí. Hemos creado para nosotros muchas tonterías inútiles, pero tú has puesto tu Palabra ante mí como una antorcha, y tocaste mi corazón, para que pudiera aborrecer todos los demás méritos, salvo los de Jesús".

Calvino había sido educado para el sacerdocio. Cuando tenía sólo doce años, fue nombrado capellán de una pequeña iglesia y su cabeza fue tonsurada por el obispo local, de acuerdo con el canon de la iglesia. No recibió la consagración ni cumplió los deberes de un sacerdote, pero se convirtió en miembro del clero, manteniendo el título de su oficio y recibiendo una asignación en virtud del mismo.

Ahora, sintiendo que nunca podría llegar a ser sacerdote, se dedicó por algún tiempo al estudio de las leyes, pero finalmente abandonó este propósito y decidió dedicar su vida al evangelio. Sin embargo, dudaba en convertirse en predicador público. Era tímido por naturaleza y se sentía oprimido por la intuición de las graves responsabilidades de este puesto, queriendo dedicarse a estudiar. Sin embargo, los fervientes llamamientos de sus amigos lograron finalmente obtener su consentimiento. Dijo: "Es maravilloso que una persona de origen tan humilde sea exaltada a una dignidad tan grande".

Serenamente, Calvino comenzó su trabajo y sus palabras eran como un rocío refrescante que caía sobre la tierra. Había abandonado París y ahora se encontraba en una ciudad de provincias, bajo la protección de la princesa Margarita, quien, amando el evangelio, le extendió su protección a sus discípulos. Calvino era todavía joven, de porte amable y sin pretensiones. Su trabajo comenzó en los hogares de la gente. Rodeado de familiares, leyó la Biblia y abrió las verdades de la salvación al entendimiento de sus oyentes. Los que escucharon el mensaje llevaron la buena noticia a otros, y pronto el maestro partió de la ciudad a los pueblos y aldeas más remotos. Tuvo acceso tanto al castillo como a la cabaña y siguió adelante poniendo los cimientos de las iglesias que debían dar testimonio audaz de la verdad.

Al cabo de unos meses volvió a París. Había un entusiasmo inusual en los círculos de hombres alfabetizados y eruditos. El estudio de las lenguas antiguas había llevado a los hombres a la Biblia, y muchos cuyos corazones no habían sido tocados por sus verdades ahora las discutían con entusiasmo e incluso luchaban contra los campeones del romanismo. Calvino, a pesar de ser un hábil combatiente en los campos de la controversia religiosa, tenía una misión mucho más alta que cumplir que la de aquellos ruidosos teólogos. Las mentes de los hombres estaban confusas y había llegado el momento de revelarles la verdad. Mientras las aulas universitarias se llenaban con el clamor de las discusiones teológicas, Calvino iba de casa en casa, abriendo las Escrituras a la gente, hablándoles de Cristo y de Él crucificado.

En la providencia de Dios, París debería recibir otra invitación a aceptar el evangelio. Los llamamientos de Lefèvre y Farel fueron rechazados, pero nuevamente el mensaje iba a ser escuchado por todas las clases sociales de esta gran capital. El rey, influenciado por

intereses políticos, todavía no había apoyado a Roma contra la Reforma. Margarita, sin embargo, se aferraba a la esperanza de que el protestantismo triunfaría en Francia. Resolvió que la fe reformada debería predicarse en París. Durante la ausencia del rey, ordenó a un ministro protestante que predicara en las iglesias de la ciudad. Al estar esto prohibido por los dignatarios papales, la princesa abrió las puertas del palacio. Uno de los salones se acondicionó como capilla y se anunció que, diariamente, a una hora determinada, se predicaría un sermón y se invitaría a ciudadanos de todas las clases y condiciones. Multitudes se reunieron para participar en el servicio religioso. No sólo la capilla, sino también las antecámaras y las salas estaban repletas de gente. Miles de personas se reunían nobles, estadistas, abogados, comerciantes y artesanos. El rey, en lugar de prohibir estas asambleas, ordenó la apertura de dos de las iglesias de París. Nunca antes la ciudad había sido tan conmovida por la Palabra de Dios. El espíritu de vida del Cielo parecía exhalar su bendición sobre el pueblo. La templanza, la pureza, el orden y el trabajo sustituyeron a la embriaguez, el libertinaje, las riñas y la indolencia.

Pero la jerarquía no permaneció inactiva. El rey todavía se negó a intervenir para detener la predicación y los papistas se dirigieron a la población. No se escatimaron medios para despertar los miedos, los prejuicios y el fanatismo de las masas ignorantes y supersticiosas. Cediendo ciegamente a sus falsos maestros, París, como la antigua Jerusalén, no conoció el tiempo de su visita ni las cosas que pertenecían a su paz. Durante dos años se predicó la Palabra de Dios en la capital; pero aunque hubo muchos que aceptaron el evangelio, la mayoría lo rechazó. Francisco había demostrado tolerancia simplemente para servir a sus propios propósitos, y los papistas pudieron recuperar su ascendencia sobre el monarca. Se volvieron a cerrar las iglesias y se encendió la hoguera.

Calvino aún estaba en París, preparándose mediante el estudio, la meditación y la oración, para sus futuras labores y para seguir difundiendo la luz. Sin embargo, finalmente surgieron sospechas contra él. Las autoridades decidieron condenarlo a las llamas. Considerándose seguro en su retiro, no tenía idea del peligro, cuando sus amigos llegaron apresuradamente a su habitación con la noticia de que los agentes estaban en camino para arrestarlo. En ese momento se escuchó un fuerte golpe en la puerta exterior. No había un momento que perder. Algunos amigos detuvieron a los agentes en la puerta, otros ayudaron al reformador a bajar por una de las ventanas y rápidamente huyó a los suburbios de la ciudad. Al encontrar refugio en la cabaña de un trabajador amigo de la Reforma, Calvino se disfrazó con las ropas de su anfitrión y, llevando una azada sobre sus hombros, emprendió su viaje. Viajando hacia el sur, encontró nuevamente refugio en los dominios de Margaret.

Durante algunos meses, el reformador permaneció allí a salvo, bajo la protección de amigos poderosos y dedicado a su estudio, como antes. Pero su corazón estaba decidido a evangelizar Francia y no podía permanecer inactivo por mucho tiempo. Tan pronto como amainó la tormenta, Calvino buscó un nuevo campo de trabajo en Poitiers, donde había una universidad, y donde las nuevas opiniones ya habían sido bien recibidas. Personas de todas las clases sociales escucharon felices el evangelio. No hubo predicación pública, pero en la casa del magistrado principal, en sus propios aposentos y, a veces, en un jardín público, Calvino expuso las palabras de vida eterna a quienes deseaban escucharlas. Después de un tiempo, a medida que aumentaba el número de oyentes, se pensó que sería más seguro reunirse fuera de la ciudad. Se eligió una cueva como lugar de encuentro junto a un profundo y estrecho desfiladero, donde árboles y rocas prominentes hacían el aislamiento aún más completo. Pequeños grupos que salieron de la ciudad por distintos caminos se dirigieron hacia ese lugar. En este lugar aislado, se leyeron y explicaron las Escrituras. Allí se celebró por primera vez la cena.

del Señor por los protestantes de Francia. Desde esta pequeña iglesia fueron enviados a trabajar muchos fieles evangelistas.

Una vez más Calvino regresó a París. Incluso entonces no podía perder la esperanza de que Francia, como nación, aceptara la Reforma. Sin embargo, casi todas las puertas del trabajo estaban cerradas. Enseñar el evangelio era tomar el camino directo al fuego. Finalmente decidió partir hacia Alemania. Apenas había salido de Francia cuando se desató la tormenta sobre los protestantes, que, si hubiera permanecido en el país, ciertamente lo habría implicado en la ruina general.

Los reformadores franceses, ansiosos de ver a su país alcanzar a Alemania y Suiza, decidieron asestar un duro golpe a las supersticiones de Roma, que debería despertar a toda la nación. Así, se distribuyeron por toda Francia carteles que luchaban contra las masas. En lugar de promover el avance de la Reforma, este movimiento celoso pero inoportuno trajo la ruina no sólo a sus propagadores, sino también a los amigos de la fe reformada en toda Francia. Les dio a los romanistas lo que habían deseado durante mucho tiempo: un pretexto para pedir la destrucción completa de los herejes como agitadores peligrosos para la estabilidad del trono y la paz de la nación.

Por alguna mano oculta, nunca se supo si la de un amigo descuidado o la de un adversario astuto, uno de los carteles fue colocado en la puerta de la cámara privada del rey. El monarca se llenó de horror. En ese papel, se atacaron duramente las supersticiones que habían recibido veneración durante siglos. Y la audacia sin precedentes de introducir estas declaraciones directas y aterradoras en presencia real despertó la ira del rey. En su asombro, el rey permaneció algún tiempo temblando y mudo.

Entonces su ira encontró expresión en estas terribles palabras: "Que sean arrestados todos y que el luteranismo sea completamente exterminado". La suerte estaba echada. El rey se había decidido completamente del lado de Roma.

Inmediatamente se tomaron medidas para arrestar a todos los luteranos de París. Un pobre artesano, partidario de la fe reformada, que se había acostumbrado a convocar a los creyentes a reuniones secretas, fue apresado y, bajo amenaza de muerte instantánea en la hoguera, se vio obligado a conducir al emisario papal a la casa de cada protestante en la ciudad. Quedó horrorizado ante la sórdida propuesta, pero el miedo a las llamas prevaleció y aceptó traicionar a sus hermanos. Precedido por la hueste y rodeado por una procesión de sacerdotes, incensarios, monjes y soldados, Morin, detective real, junto al traidor, recorrió lenta y silenciosamente las calles de la ciudad. Esa manifestación fue aparentemente en honor del "santo sacramento", un acto de expiación por el insulto hecho por los protestantes a la misa. Pero detrás de ese desfile se esconde un propósito mortal. Cuando llegaron frente a la casa de un luterano, el traidor hizo una señal, pero no pronunció ninguna palabra. La procesión se detuvo, la casa fue invadida, la familia arrestada y esposada, y la temible procesión continuó buscando nuevas víctimas. "Ninguna casa se salvó, ni grande ni pequeña, y ni siquiera los colegios de la Universidad de París... Morin sacudió toda la ciudad... El reinado del terror había comenzado."

Las víctimas fueron asesinadas con crueles torturas, dándose órdenes especiales de que se redujera el fuego para prolongar su agonía. Pero estos creyentes murieron como ganadores. Su fidelidad era inquebrantable y su paz imperturbable. Sus perseguidores, incapaces de apartarlos de su inquebrantable firmeza, se sintieron derrotados. "Las horcas fueron distribuidas por todos los barrios de París, y las hogueras ardieron durante días sucesivos, con el objetivo de difundir las ejecuciones para promover el terror de la herejía. La ventaja, sin embargo, permaneció en el evangelio. Todo París pudo ver lo que clase de hombres que produjeron las nuevas opiniones. No había púlpito como la hoguera del mártir. La alegría serena que iluminaba los rostros de aquellos hombres mientras caminaban hacia el lugar de ejecución; su heroísmo entre las llamas atroces; sus mansos

perdón de las injurias, transformaron en muchos la ira en piedad y el odio en amor, suplicando con irresistible elocuencia a favor del evangelio".

Los sacerdotes, queriendo mantener encendida la ira popular, promovieron la circulación de las más terribles acusaciones contra los protestantes. Fueron acusados de conspirar para masacrar a los católicos, provocar la caída del gobierno y asesinar al rey. No se añadió ni la más mínima prueba para fundamentar las acusaciones. Estas profecías del mal, sin embargo, debían cumplirse, en circunstancias muy diferentes y por causas de carácter contrario. Las crueldades que los católicos infligieron a los protestantes inocentes acumularon un peso de retribución y, siglos después, produjeron la misma perdición que habían predicho que era inminente para el rey, su gobierno y sus súbditos. Pero esto fue producido por los infieles y los propios papistas. No fue el establecimiento del protestantismo, sino su eliminación, lo que, tres siglos más tarde, traería a Francia estas espantosas calamidades.

La sospecha, la desconfianza y el terror impregnaron ahora todas las clases de la sociedad. En medio de la alarma general, se vio cuán profundamente la enseñanza luterana se había apoderado de las mentes de hombres que se distinguían por su educación, influencia y excelencia de carácter. De repente, puestos de confianza y honor quedaron vacantes. Desaparecieron artesanos, impresores, estudiantes, profesores universitarios, autores e incluso cortesanos. Cientos de ellos huyeron de París, exiliándose voluntariamente de su patria, dando así, en muchos casos, el primer aviso de que aceptaban la fe reformada. Los papistas miraron a su alrededor con asombro, al pensar que entre ellos se había tolerado a herejes insospechados. Su ira se desvió hacia las multitudes de víctimas más humildes que estaban a su alcance. Las cárceles se sobrepoblaron y el aire mismo parecía nublado por el humo de las hogueras encendidas para los que confesaban el evangelio.

Francisco I se había jactado de ser el líder del gran movimiento de renacimiento del conocimiento que marcó principios del siglo XVI. Le encantaba reunir en su corte a literatos de todos los países. Su amor por el conocimiento y su desprecio por la ignorancia y la superstición de los monjes se debían, al menos en parte, al nivel de tolerancia que se había concedido a la Reforma. Pero, inspirado por el afán de reprimir la herejía, este [protector](#) del conocimiento emitió un edicto declarando abolida la prensa en toda Francia. Francisco I presenta uno de los muchos ejemplos registrados que muestran que la cultura intelectual no es una salvaguardia contra la intolerancia y la persecución religiosa.

Mediante una ceremonia pública solemne, Francia se comprometería completamente con la destrucción del protestantismo. Los sacerdotes exigieron que la afrenta hecha a los altos Cielos, con la condena de la misa, fuera expiada con sangre, y que el rey, en favor de su pueblo, diera públicamente su sanción a la terrible obra.

El 21 de enero de 1535 estaba fijado para la aterradora ceremonia. Se despertaron los temores supersticiosos y el odio fanático de toda la nación. París se llenó de muchedumbres que, procedentes de todas las regiones circundantes, atestaban las calles. El día debía comenzar con una vasta e imponente procesión. "A lo largo del camino las casas mostraban cortinas lúgubres. A intervalos determinados se erigían altares" y ante cada puerta se encendía una antorcha en honor del "santo sacramento". Antes del amanecer, se formó la procesión en el palacio del rey. Tras las cruces y banderas de las parroquias llegaron los ciudadanos caminando de dos en dos y portando antorchas. Le siguieron cuatro órdenes de frailes con sus peculiares vestimentas. Luego siguió una amplia colección de reliquias famosas. Luego cabalgaban nobles eclesiásticos con sus túnicas de púrpura y escarlata y adornados con joyas, un despliegue deslumbrante y deslumbrante.

La hostia fue llevada bajo un espléndido cielo portátil por el obispo de París, llevada por cuatro príncipes de alto rango. Tras ellos venía el monarca, sin corona ni manto real, con la cabeza inclinada y descubierta, y portando una fina vela en la mano. Así, el rey de Francia apareció públicamente humillado, no por los vicios que contaminaban su alma ni por la sangre inocente que manchaba sus manos, sino por el pecado mortal de sus súbditos que se habían atrevido a condenar la misa. Poco después de él llegaron la reina y los dignatarios del estado, caminando también de dos en dos, cada uno con una antorcha encendida.

Como parte de la agenda del día, el propio monarca se dirigió a los altos cargos del reino, en el salón principal del palacio episcopal. Con expresión triste en su rostro se presentó ante ellos, y con palabras de conmovedora elocuencia deploró "el crimen, la blasfemia, el día de tristeza y deshonor" que había caído sobre la nación. Y pidió a todos los súbditos leales que ayudaran a eliminar la pestilente herejía que amenazaba con la ruina a Francia. "Señores, tan verdaderamente como soy su rey", dijo, "si supiera que uno de mis propios miembros está contaminado o contaminado por esta detestable corrupción, se lo daría a ustedes para que lo cortaran... Además, si viera Si uno de mis hijos estuviera infectado, no lo perdonaría... Yo mismo lo entregaría y lo sacrificaría a Dios." Las lágrimas ahogaron su voz y toda la asamblea lloró, y a una sola voz exclamaron: "¡Viviremos y moriremos por la religión católica!".

Las tinieblas de la nación que había rechazado la luz de la verdad se volvieron terribles. "La gracia que traía la salvación" se había manifestado, pero Francia, después de contemplar su poder y su santidad, después de que miles de personas se sintieran atraídas por su divina belleza, después de que ciudades y pequeños pueblos fueran iluminados por su resplandor, la rechazó, prefiriendo la oscuridad a la oscuridad. luz. Habían rechazado el regalo celestial cuando se les ofreció. Habían llamado al bien mal y al mal bien, hasta que fueron víctimas de su propio engaño. Ahora bien, aunque realmente creían que le estaban haciendo un servicio a Dios al perseguir a Su pueblo, su sinceridad no los hacía inocentes. La luz que los habría salvado del engaño de contaminar sus almas con crímenes de sangre, la habían rechazado por su propia voluntad.

El juramento solemne para extinguir la herejía se tomó en la gran catedral, donde, unos tres siglos más tarde, la "Diosa de la Razón" sería entronizada por una nación que se había olvidado del Dios vivo. Una vez más se formó la procesión y los representantes de Francia partieron para comenzar el trabajo que habían jurado realizar. A intervalos regulares a lo largo del camino de regreso de la procesión se habían erigido horcas para la ejecución de los herejes, y estaba previsto que, cuando el rey se acercara, se encendiera la hoguera para que pudiera contemplar el terrible espectáculo. Los detalles de la tortura que sufrieron aquellos testigos de Cristo son demasiado impactantes para contarlos. No hubo dudas por parte de las víctimas. Cuando se le pidió que se retractara, uno de los condenados respondió: "Sólo creo en lo que los profetas y apóstoles predicaron antes, y en lo que todos los santos creían. Mi fe tiene una confianza en Dios que resistirá todos los poderes del infierno".

La procesión se detuvo varias veces en los lugares de tortura. Tras regresar a su punto de partida, el palacio real, la multitud se dispersó y el rey y los prelados regresaron a sus casas, muy satisfechos con los acontecimientos de aquel día y felicitándose de que la obra recién iniciada continuaría hasta la completa destrucción de la herejía.

El evangelio de paz que Francia había rechazado iba a ser efectivamente erradicado y los resultados serían terribles. El 21 de enero de 1793, doscientos cincuenta y ocho años después del mismo día en que Francia se comprometió

Una vez terminada por completo la persecución a los reformadores, otra procesión, con un propósito muy diferente, cruzó las calles de París. "Nuevamente el rey fue el protagonista; nuevamente hubo disturbios y alboroto. Nuevamente se escuchó el grito de más víctimas. Una vez más se erigieron horcas negras y una vez más las escenas cotidianas terminaron con horrendas ejecuciones. Luis XVI, luchando con sus carceleros y verdugos, fue arrastrado al patíbulo y retenido allí a la fuerza hasta el golpe del hacha y la caída de su cabeza cortada sobre el estrado." El rey no fue la única víctima. Cerca del lugar de Después de su ejecución, dos mil ochocientos seres humanos perecieron en la guillotina durante los sangrientos días del reinado del terror.

La Reforma presentó la Biblia abierta al mundo, revelando los preceptos de la ley de Dios e insistiendo en sus exigencias en relación con la conciencia de las personas. El amor infinito había desplegado ante los hombres los estatutos y principios del Cielo. Dios había dicho: "Guardadlos, pues, y hacedlos, porque ésta será vuestra sabiduría y vuestro entendimiento ante los ojos del pueblo, que oirá todos estos estatutos y decir: Este gran pueblo es sólo gente sabia y comprensiva." (Deuteronomio 4:6). Cuando Francia rechazó el regalo del Cielo, sembró las semillas de la anarquía y la ruina, y la operación infalible de la ley de causa y efecto resultó en la Revolución y el Reino del Terror.

Mucho antes de la persecución provocada por los anuncios, el intrépido y ardiente Farel se había visto obligado a huir de su tierra natal. Fue a Suiza y, mediante su esfuerzo, apoyando la obra de Zwinglio, ayudó a inclinar la balanza a favor de la Reforma. Sus últimos años los pasaría en ese país, pero continuó ejerciendo una influencia decidida en la Reforma en Francia. Durante los primeros años de su exilio, sus esfuerzos se centraron especialmente en difundir el evangelio en su país de origen. Dedicó mucho tiempo a predicar entre sus compatriotas que vivían en la región cercana a la frontera, donde con incansable vigilancia observaba el conflicto y brindaba asistencia con palabras de aliento y consejos. Con la ayuda de otros exiliados, los escritos de los reformadores alemanes se tradujeron al francés y, junto con la Biblia gala, se imprimieron en grandes cantidades.

Gracias a la acción de los repartidores, estas obras se vendieron ampliamente en Francia. Se entregaban a los repartidores a bajo precio y así los beneficios de las ventas les permitían continuar el trabajo.

Farel empezó a trabajar en Suiza bajo la humilde apariencia de maestro de escuela primaria. Llegando a una parroquia aislada, se dedicó a la educación de los niños. Además de los temas de enseñanza comunes, introdujo cautelosamente las verdades de las Escrituras, con la esperanza de llegar a los padres a través de los hijos. Hubo algunos que creyeron, pero los sacerdotes intervinieron para detener la obra, y la gente del campo supersticiosa se levantó para oponerse a ellos. "Este no puede ser el evangelio de Cristo", insistieron los sacerdotes, "ya que su predicación no trae paz, sino guerra". Al igual que los primeros discípulos, cuando fue perseguido en una ciudad, huyó a otra. De pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, Farel iba a pie, soportando hambre, frío y cansancio, y por todas partes en peligro su vida. Predicó en mercados, iglesias y en ocasiones desde los púlpitos de las catedrales. En algunas ocasiones encontré la iglesia vacía de oyentes; otras veces su predicación era interrumpida con gritos y burlas. Y nuevamente fue arrancado violentamente del púlpito. Más de una vez la multitud lo agarró y lo golpeó casi hasta matarlo. Aunque frecuentemente rechazado, volvió al ataque con incansable persistencia. Y, uno tras otro, observó que pueblos y ciudades que habían sido baluartes del papado abrían sus puertas al evangelio. La pequeña parroquia en la que había trabajado anteriormente pronto aceptó la fe reformada. Las ciudades de Morat y Neuchatel también renunciaron a los ritos romanos y retiraron de sus iglesias las imágenes idólatras.

Farel había querido durante mucho tiempo implementar el nivel de vida protestante en Ginebra. Si esta ciudad pudiera ser conquistada, sería un centro de la Reforma en Francia, Suiza e Italia. Con este objetivo en mente continuó su trabajo, hasta que muchas ciudades y pueblos de los alrededores fueron conquistados. Luego, acompañado de un solo amigo, entró en Ginebra. Sólo se le permitió predicar dos sermones. Los sacerdotes, habiendo intentado en vano obtener su condena por parte de las autoridades civiles, lo citaron a comparecer ante un concilio eclesiástico. Fueron allí con armas escondidas debajo de la ropa, decididos a matarlo. Fuera del salón, una multitud enojada se había reunido, con garrotes y espadas, para asegurarse de que Farel fuera asesinado si lograba escapar del consejo. Sin embargo, la presencia de magistrados y de una fuerza armada lo salvó. Temprano a la mañana siguiente, él y su compañero fueron conducidos a través del lago hacia un lugar seguro. Así terminó su primer esfuerzo por evangelizar Ginebra.

Para el siguiente experimento se eligió un instrumento aún más humilde, un joven de apariencia tan moderada, que fue tratado con frialdad incluso por los profesos amigos de la Reforma. Pero ¿qué podía hacer cuando Farel había sido rechazado? ¿Cómo podría alguien con poco coraje y experiencia resistir la tormenta ante la cual los más fuertes y valientes se habían visto obligados a huir? "No con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice el Señor". (Zacarías 4:6). "Dios escogió lo débil de este mundo para confundir a los fuertes." "Porque la necedad de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres". (I Corintios 1:27 y 25).

Froment comenzó su labor como profesor de escuela primaria. Las verdades que enseñó a los niños en la escuela fueron repetidas por ellos en casa. Pronto los padres fueron a escuchar la explicación de la Biblia, hasta que el salón de clases se llenó de oyentes atentos. Se distribuyeron ampliamente copias del Nuevo Testamento y folletos que llegaron a muchos que no se atrevían a escuchar abiertamente las nuevas doctrinas. Después de algún tiempo, este misionero también se vio obligado a huir, pero las verdades que había enseñado se habían apoderado de las mentes de las personas. La Reforma se había implementado y continuó fortaleciéndose y extendiéndose. Los predicadores regresaron y, gracias a sus esfuerzos, finalmente se estableció el culto protestante en Ginebra.

La ciudad ya se había declarado partidaria de la Reforma cuando Calvino, después de varios vagabundeos y tribulaciones, pasó por sus puertas. Al regresar de su última visita a su ciudad natal, se dirigía a Basilea, cuando, al encontrar un camino directo ocupado por los ejércitos de Carlos V, se vio obligado a tomar una ruta tortuosa a través de Ginebra.

Farel reconoció la mano de Dios en esta visita. Aunque Ginebra había aceptado la fe reformada, aún quedaba allí un gran trabajo por hacer. Los hombres no se convierten a Dios como comunidades, sino como individuos. La obra de la regeneración debe realizarse en el corazón y en la conciencia por el poder del Espíritu Santo, y no por los decretos de los concilios. Aunque el pueblo de Ginebra había repudiado la autoridad de Roma, no estaba tan dispuesto a renunciar a los vicios que habían florecido bajo su gobierno. Establecer allí los principios puros del evangelio y preparar a estas personas para ocupar dignamente el puesto al que la Providencia parecía haberlos llamado no fue una tarea fácil.

Farel confiaba en haber encontrado en Calvino a alguien con quien unirse en esta obra. En nombre de Dios, rogó solemnemente e inmediatamente al joven evangelista que se quedara allí y trabajara. Calvino retrocedió asustado. Tímido y pacífico, temía el contacto con el espíritu audaz, independiente e incluso violento de aquel ginebrino. La delicadeza de tu salud, junto con tus hábitos de estudio,

le llevó a buscar la retirada. Creyendo que podría, a través de su pluma, servir mejor a la causa de la reforma, quiso encontrar un retiro silencioso y allí, a través de la prensa, instruir y edificar a las iglesias. Pero la solemne amonestación de Farel le llegó como un llamado directo del cielo y no se atrevió a rechazarla. Dijo: "Me pareció como si la mano de Dios se hubiera extendido desde el cielo y se hubiera apoderado de él, fijándolo irrevocablemente en el lugar que tanto estaba impaciente por abandonar".

En aquel momento, grandes peligros rodeaban la causa protestante. Los anatemas del Papa retumbaron contra Ginebra y las naciones poderosas la amenazaron con la destrucción. ¿Cómo podría esta pequeña ciudad resistir la poderosa jerarquía que tantas veces había obligado a reyes y emperadores a la sumisión? ¿Cómo podría enfrentarse a los ejércitos de los grandes conquistadores del mundo?

En toda la cristiandad el protestantismo se vio amenazado por adversarios formidables. Después de los primeros triunfos de la Reforma, Roma convocó nuevas fuerzas con la esperanza de provocar su destrucción. En esta época se creó la orden de los jesuitas, la más cruel, inescrupulosa y poderosa de todos los campeones del papado. Separados de todos los vínculos terrenales y de los intereses humanos, impasibles ante los gritos de las afecciones naturales, con toda la razón y la conciencia cauterizadas, no conocían más reglas ni conexiones que las de la propia orden; y no tiene más deber que ampliar su poder. El evangelio de Cristo había permitido a sus seguidores afrontar el peligro y soportar intrépidamente el sufrimiento a través del frío, el hambre, el trabajo duro y la pobreza, para alzar la bandera de la verdad frente a la tortura, el calabozo y la hoguera. Para combatir estas fuerzas, el jesuitismo inspiró a sus seguidores un fanatismo que les permitió soportar peligros similares y oponerse al poder de la verdad y a todas las armas del engaño. Para ellos no había crimen tan grande que pudieran cometer, ningún engaño tan vil de practicar, ningún disfraz tan difícil de asumir. Haciendo votos perpetuos de pobreza y humildad, su estudiado objetivo era obtener riqueza y poder para dedicarse a la destrucción del protestantismo y al restablecimiento de la supremacía papal.

Cuando aparecían como miembros de su orden, se vestían con vestiduras de santidad, visitaban cárceles y hospitales, cuidaban a los enfermos y a los pobres, profesaban haber renunciado al mundo y llevaban el sagrado nombre de Jesús, que andaba haciendo el bien. Pero bajo este exterior inocente, se escondían los propósitos más criminales y mortíferos. Era un principio fundamental del orden que el fin justifica los medios. Según este código, la mentira, el robo, el perjurio y el asesinato no sólo eran perdonables, sino también encomiables, cuando servían a los intereses de la iglesia. Escondidos bajo diversos disfraces, prepararon su camino para desempeñar funciones estatales, llegando a convertirse en asesores de reyes y dando forma a la política de las naciones. Se convirtieron en sirvientes para actuar como espías de sus amos. Establecieron escuelas para los hijos de príncipes y nobles, y escuelas para la gente común. Y los hijos de padres protestantes fueron obligados a observar los ritos papales. Toda la pompa y ostentación externas del culto romano se presentaban con miras a confundir la mente y cegar y cautivar la imaginación. Así, la libertad por la que los padres habían luchado y derramado su sangre fue traicionada por los hijos. Los jesuitas se extendieron rápidamente por toda Europa y dondequiera que fueron hubo un resurgimiento del papado.

Para darles mayor poder, se emitió una bula papal que restablecía la Inquisición. A pesar del aborrecimiento general con el que era considerado, incluso en los países católicos, este execrable tribunal fue nuevamente establecido por los líderes papales, y en sus mazmorras secretas se repitieron brutalidades demasiado terribles para soportar la luz del día. En muchos países, miles y miles de la flor y nata de la nación, de los más puros y nobles, de los más intelectuales y educados, de los más piadosos y

Pastores devotos, ciudadanos trabajadores y patrióticos, eruditos brillantes, artistas talentosos y artesanos hábiles fueron asesinados u obligados a huir a otras tierras.

Tales fueron los medios que Roma había invocado para apagar la luz de la Reforma, quitarle la Biblia a los hombres y restaurar la ignorancia y la superstición de la Edad Media. Pero bajo la bendición de Dios y el trabajo de aquellos hombres nobles a quienes Él había levantado para suceder a Lutero, el protestantismo no fue subvertido. No fue por el favor ni por las armas de los príncipes que recibió fuerza. Los países más pequeños, las naciones más humildes y menos poderosas, se convirtieron en su bastión. Era la pequeña Ginebra, en medio de los más poderosos adversarios que tramaban su destrucción; era Holanda con sus costas arenosas a lo largo del Mar del Norte, luchando contra la tiranía de España, entonces la nación más grande y opulenta; fue la fría y estéril Suecia la que logró victorias para la Reforma.

Durante unos treinta años, Calvino trabajó en Ginebra, primero para establecer allí una iglesia que adoptara la moralidad de la Biblia y luego para promover la Reforma en toda Europa. Su comportamiento como líder público no fue intachable, ni sus doctrinas estuvieron exentas de error.

Pero jugó un papel decisivo en la promulgación de verdades que eran de especial importancia en su tiempo, en el mantenimiento de los principios del protestantismo contra la rápida corriente del papado y en la promoción de la simplicidad y la pureza de vida en las iglesias reformadas, en lugar del orgullo y la corrupción. por la enseñanza romanista.

Desde Ginebra salieron publicaciones y profesores para difundir las doctrinas reformadas. A este punto acudieron los perseguidos de todos los países en busca de instrucción, consejo y aliento. La ciudad de Calvino se convirtió en un refugio para los reformadores perseguidos de toda Europa occidental. Huyendo de las terribles tormentas que duraron siglos, los fugitivos llegaron a las puertas de Ginebra.

Hambrientos, heridos, privados de casa y de familiares, fueron recibidos cordial y gratamente y tratados con ternura. Y al encontrar un hogar allí, bendijeron la ciudad de su adopción con su habilidad, sabiduría y piedad. Muchos de los que buscaron refugio allí regresaron a su propio país para resistir la tiranía de Roma. John Knox, el valiente reformador escocés, no pocos puritanos ingleses, protestantes de Holanda y España y hugonotes de Francia, llevaron desde Ginebra la antorcha de la verdad para iluminar las tinieblas de su tierra natal.

Capítulo 13

La Reforma en los Países Bajos y Escandinavia

En los Países Bajos, la tiranía papal suscitó muy pronto una decidida protesta. Setecientos años antes de la época de Lutero, el pontífice romano fue criticado valientemente por dos obispos que, habiendo sido enviados en una embajada a Roma, conocían el verdadero carácter de la "Santa Sede". "Dios hizo de la iglesia su reina y esposa, provisión noble y eterna para su familia, otorgándole una dote que no decae ni corrompe, y le dio corona y cetro eternos. Todo lo que sea beneficioso, tú, como un ladrón, lo interceptas. Te sientas en el templo como Dios. En lugar de pastor, te has convertido en lobo para las ovejas. Quieres que creamos que eres el obispo supremo, cuando no eres más que un tirano... Aunque debes ser servidor de servidores, como te llamas, intrigas para convertirte en señor de señores... Traes desprecio sobre los mandamientos de Dios... El Espíritu Santo es el Constructor de todas las iglesias hasta donde se extiende la tierra... La ciudad de nuestro Dios, de la cual somos ciudadanos, llega a todas las regiones celestiales y es mayor que la ciudad llamada Babilonia de los santos profetas, que dice ser divina e igual al Cielo, y se jacta de que su sabiduría es inmortal. Y finalmente, aunque sin razón, dice que nunca se ha equivocado y que ni siquiera puede equivocarse."

Otros se levantaron de siglo en siglo para hacerse eco de esta protesta. Y esos primeros maestros, conocidos por varios nombres y que pasaron por diferentes países, tenían las características de los misioneros valdenses, difundieron el conocimiento del evangelio por todas partes y penetraron en los Países Bajos. Sus doctrinas se difundieron rápidamente. Tradujeron la Biblia valdese al holandés. Dijeron: "Hay una gran ventaja en ello. Está libre de chistes, fábulas, bagatelas y errores, pero contiene palabras de verdad. Es cierto que aquí y allá hay una corteza dura, pero incluso allí se puede descubrir fácilmente la esencia y la dulzura de lo que es bueno y santo." Así escribieron los amigos de la antigua fe en el siglo XII.

Mientras tanto comenzaron las persecuciones romanas; pero en medio de las llamas y las torturas, los creyentes continuaron multiplicándose, declarando firmemente que la Biblia es la única autoridad infalible en materia de religión, y que "nadie debe ser coaccionado a creer, sino más bien conquistado por la predicación".

Las enseñanzas de Lutero encontraron un terreno adecuado en los Países Bajos, y hombres celosos y fieles se levantaron para predicar el evangelio. De una de las provincias de Holanda vino Menno Simons. Criado como católico romano y ordenado sacerdote, ignoraba por completo la Biblia y no quería leerla por miedo a ser seducido por la herejía. Cuando pesaba en su mente una duda sobre la doctrina de la transubstanciación, la entendió como una tentación de Satanás y a través de la oración y la confesión trató de deshacerse de ella, pero fue en vano. Participando en escenas de disipación, se esforzó por silenciar la voz acusadora de la conciencia; sin embargo, sin lograr el éxito.

Después de algún tiempo, lo llevaron a estudiar el Nuevo Testamento. Este examen, junto con los escritos de Lutero, le hicieron aceptar la fe reformada. Poco después, presenció, en un pueblo vecino, la decapitación de un hombre condenado por ser rebautizado. Esto lo llevó a estudiar la Biblia sobre el tema del bautismo infantil. No encontró evidencia en las Escrituras que lo justificara, pero vio que el arrepentimiento y la fe eran todo lo que se necesitaba para recibir el bautismo.

Menno dejó la iglesia romana y dedicó su vida a enseñar las verdades que había recibido. En Alemania y también en los Países Bajos había surgido una clase de fanáticos que defendían doctrinas absurdas y sediciosas, ultrajaban el orden y la decencia y producían violencia e insurrección. Menno vio los resultados desastrosos a los que conduciría inevitablemente este movimiento y con todas sus fuerzas se opuso a las enseñanzas erróneas y los planes bárbaros de los fanáticos. Sin embargo, hubo muchos que fueron descarriados por estos fanáticos, pero que habían renunciado a sus doctrinas perniciosas. Aún quedaban muchos descendientes de los antiguos cristianos, frutos de las enseñanzas valdenses. Menno trabajó entre estas clases con gran celo y éxito.

Durante veinticinco años viajó con su esposa e hijos, sufriendo grandes penurias y privaciones y, a menudo, en peligro de muerte. Cruzó los Países Bajos y el norte de Alemania, trabajando principalmente entre las clases más humildes, pero ejerciendo una gran influencia. Naturalmente elocuente, aunque tenía una educación limitada, era un hombre de integridad inalterable, de espíritu humilde y modales amables, y de piedad sincera y ferviente, ejemplificando en su propia vida los preceptos que enseñaba, ganándose así la confianza del pueblo. Sus seguidores estaban dispersos y oprimidos. Sufrieron mucho al ser confundidos con los seguidores fanáticos de Múnster. A pesar de todo, un gran número de ellos fueron convertidos por sus obras.

En ningún lugar las doctrinas reformadas fueron rechazadas más despiadadamente que en los Países Bajos. En pocos países sus partidarios han soportado una persecución tan terrible. En Alemania, Carlos V había prohibido la Reforma y habría quemado gustosamente a todos sus partidarios; pero los príncipes se levantaron como barrera contra su tiranía. En los Países Bajos su poder era mayor y los edictos persecutorios se sucedían rápidamente. Leer la Biblia, [escucharla](#) o predicarla, o incluso hablar de ella, era cometer un crimen digno de morir en las llamas. Orar a Dios en secreto, no inclinarse ante las imágenes o cantar un salmo también se castigaban con la muerte. Incluso aquellos que renunciaron a sus supuestos errores fueron condenados. Si fueran hombres, morirían a espada; si fueran mujeres, serían enterradas vivas. Los que permanecieron leales sufrieron el mismo castigo. Miles de personas murieron bajo el reinado de Carlos y Felipe II.

Una vez, una familia entera fue llevada ante los inquisidores, acusada de faltar a misa y practicar el culto en casa. Durante la investigación de sus prácticas secretas, el hijo menor respondió: "Nos arrodillamos y oramos para que Dios ilumine nuestras mentes y perdone nuestros pecados. Oramos por nuestro soberano, para que su reino sea próspero y su vida feliz; nosotros orad por nuestros magistrados para que Dios los preserve." Algunos de los jueces quedaron profundamente conmovidos; sin embargo, el padre y uno de los hijos fueron condenados a ser quemados en la hoguera.

La ira de los perseguidores fue igualada por la fe de los mártires. No sólo los hombres, sino también las delicadas damas y las jóvenes mostraron un coraje decidido. "Las esposas estaban junto a sus maridos junto al fuego, y mientras las llamas los quemaban, susurraban palabras de consuelo o cantaban salmos para animarlos. Las jóvenes doncellas yacían en su tumba viviente, como si estuvieran entrando a sus aposentos para pasar la noche. ; o se dirigieron a la horca y al fuego ataviados con sus mejores galas, como si fueran a su propia boda."

Como en los días en que el paganismo buscaba destruir el evangelio, "la sangre de los cristianos era semilla". La persecución sirvió para aumentar el número de testigos de la verdad. Año tras año, el monarca, atormentado hasta la locura por la determinación invencible del pueblo, insistió en su cruel labor, pero en vano. bajo el noble

Guillermo de Orange, la Revolución finalmente trajo a los Países Bajos la libertad de adorar a Dios.

En las montañas del Piamonte, en las llanuras de Francia y en las playas de Holanda, el progreso del evangelio estuvo marcado por la sangre de sus discípulos. Pero en los países del norte encontró una entrada pacífica. Los estudiantes de Wittenberg, al regresar a sus hogares, llevaron la fe reformada a Escandinavia. La publicación de los escritos de Lutero también difundió la luz. El pueblo sencillo y vigoroso del Norte abandonó la corrupción, la pompa y las supersticiones de Roma para acoger con agrado la pureza, la sencillez y las verdades vivificantes de la Biblia.

Tausen, el "reformador de Dinamarca", era hijo de un campesino. Desde temprana edad, el niño mostró signos de un intelecto vigoroso; Tenía sed de conocimiento; pero esto le fue negado por las condiciones en que se encontraban sus padres, y entró en un monasterio. Allí, su pureza de vida, unida a su diligencia y fidelidad obtuvieron el favor de su superior. Un análisis mostró que tenía un talento que prometía un buen servicio a la iglesia en el futuro. Se decidió que le darían una educación en una de las universidades de Alemania o de los Países Bajos. Al joven estudiante se le permitió elegir una escuela, con la condición de que no fuera Wittenberg. No era aconsejable exponer al académico al veneno de la herejía. Eso dijeron los frailes.

Tausen fue a la ciudad de Colonia, que era entonces, como hoy, uno de los bastiones del romanismo. Allí pronto se disgustó con el misticismo de los profesores.

Por esta época obtuvo copias de los escritos de Lutero.

Los leyó con asombro y deleite, deseando mucho disfrutar recibiendo instrucción personal del reformador. Pero para lograrlo tendría que correr el riesgo de ofender a su superior monástico y perder su apoyo. Pronto tomó su decisión y poco después se matriculó como estudiante en Wittenberg.

Al regresar a Dinamarca, regresó a su monasterio. Nadie, por el momento, sospechaba que fuera un simpatizante luterano. Tausen no reveló su secreto, pero se esforzó, sin despertar los prejuicios de sus compañeros, por conducirlos a una fe más pura y a una vida más santa. Les abrió la Biblia y les explicó su verdadero significado, predicándoles finalmente a Cristo como la justicia del pecador y su única esperanza de salvación. Grande fue la ira del prior, que había depositado extraordinarias esperanzas en Tausen como intrépido abogado de Roma. Inmediatamente fue trasladado de su monasterio a otro y confinado en su celda bajo estricta supervisión.

Para terror de sus nuevos guardianes, muchos de los monjes pronto se declararon conversos al protestantismo. A través de los barrotes de su celda, Tausen había comunicado a sus compañeros el conocimiento de la verdad. Si esos sacerdotes daneses hubieran sido expertos en el plan de la iglesia para hacer frente a la herejía, la voz de Tausen nunca se habría vuelto a escuchar. Pero en lugar de enterrarlo en algún calabozo subterráneo, lo expulsaron del monasterio. Ahora estaban impotentes.

Un edicto real [emitido recientemente](#) ofrecía protección a los maestros de la nueva doctrina. Tausen comenzó a predicar. Las iglesias se abrieron para él y la gente acudió en masa para [escucharlo](#). Otros también estaban predicando la Palabra de Dios. El Nuevo Testamento, traducido al danés, tuvo una amplia circulación. Los esfuerzos hechos por los papistas para destruir la obra resultaron en su mayor expansión y, poco después, Dinamarca confesó su aceptación de los reformados.

También en Suecia, jóvenes que habían bebido de la fuente de Wittenberg llevaron el agua de la vida a sus compatriotas. Dos de los líderes de la Reforma sueca, Olaf y Laurentius Petri, hijos de un herrero de Orebro, estudiaron con Lutero y Melanchthon,

y las verdades que aprendieron fueron diligentes en enseñarlas. Como gran reformador, Olaf despertó al pueblo con su celo y elocuencia, mientras que Laurentius, como Melanchthon, era un intelectual de temperamento tranquilo y reflexivo. Ambos eran hombres de ardiente piedad, profundos dones teológicos y un valor inquebrantable en la difusión de la verdad. La oposición papista no podía faltar. Los sacerdotes católicos incitaron a la gente ignorante y supersticiosa. Olaf Petri fue asaltado a menudo por la mafia y en varias ocasiones apenas escapó con vida. Sin embargo, estos reformadores fueron favorecidos y protegidos por el rey. Bajo el gobierno de la Iglesia de Roma, el pueblo quedó sumido en la pobreza y aplastado por la opresión. Privados de las Escrituras, teniendo una religión de meras formas y ceremonias que no aportaban luz a la mente, estaban regresando a las creencias y prácticas paganas supersticiosas de sus ancestros paganos. La nación estaba dividida en facciones contendientes, cuya lucha continua aumentaba la miseria de todos. El rey decidió reformar el estado y la iglesia, y recibió con gusto a aquellos capaces asistentes en la batalla contra Roma.

En presencia del monarca y de los principales hombres de Suecia, Olaf Petri, con gran habilidad, defendió la doctrina de la fe reformada contra los campeones romanos. Declaró que las enseñanzas de los padres de la iglesia debían recibirse sólo cuando estuvieran de acuerdo con las Escrituras; que las doctrinas esenciales de la fe estén presentadas de forma clara y sencilla en la Biblia, para que todos los hombres puedan entenderlas. Cristo dijo: "Mi doctrina no es mía, sino **del** que me envió" (Juan 7:16); y Pablo declaró que si predicaba cualquier otro evangelio distinto del que había recibido, sería anatema (Gálatas 1:8). "¿Cómo entonces", dijo el reformador, "se atreverán otros, según su voluntad, a promulgar dogmas a su gusto, imponiéndolos como cosas necesarias para la salvación?" Demostró que los decretos de la iglesia no tienen autoridad cuando se oponen a los mandamientos de Dios, y defendió el gran principio protestante de que "la Biblia y sólo la Biblia" es la regla de fe y práctica.

Este debate, aunque se llevó a cabo en un escenario relativamente oscuro, sirve para "mostrarnos la calidad de los hombres que formaron la clase y las filas del ejército de reformadores. Cuando prestamos atención a los brillantes centros de Wittenberg y Zurich y a nombres ilustres como Lutero y Melanchthon, Zwinglio y Ecolampadio, podemos escuchar que estos fueron los líderes del movimiento, pero que los subordinados no eran como ellos. Bueno, volvamos al oscuro teatro de Suecia y a los humildes nombres de Olaf y Laurentius Petri (de maestros a discípulos), ¿qué encontramos? No polemistas ignorantes, sectarios y ruidosos; ¡lejos de ahí! Vemos hombres que habían estudiado la Palabra de Dios y que sabían muy bien manejar las armas que les había proporcionado el arsenal bíblico. Eruditos y teólogos que lograron una fácil victoria sobre los sofistas de las escuelas y los dignatarios de Roma."

Como resultado de esta disputa, el rey de Suecia aceptó la fe protestante y poco después la asamblea nacional se declaró a su favor. Olaf Petri había traducido el Nuevo Testamento al sueco y, atendiendo a los deseos del rey, los dos hermanos emprendieron la traducción de toda la Biblia. Así, por primera vez, el pueblo de Suecia recibió la Palabra de Dios en su lengua materna. La Dieta ordenó que en todo el reino los ministros explicaran las Escrituras y que se enseñara a los niños en las escuelas a leer la Biblia.

Ininterrumpida y seguramente las tinieblas de la ignorancia y la superstición fueron expulsadas por la bendita luz del evangelio. Libre de la opresión romana, la nación alcanzó una fuerza y una grandeza que nunca antes había alcanzado. Suecia se convirtió en uno de los bastiones del protestantismo. Un siglo más tarde, en una época de intenso peligro, esta pequeña y hasta entonces débil nación fue la única en Europa que se atrevió a tender una mano amiga para liberar a los

Alemania en las terribles luchas de la Guerra de los Treinta Años. Todo el norte de Europa parecía a punto de caer nuevamente bajo la tiranía de Roma. Fueron los ejércitos de Suecia los que permitieron a Alemania contrarrestar la ola de éxito papista, ganar tolerancia para los protestantes (calvinistas y también luteranos) y restablecer la libertad de conciencia en los países que habían aceptado la Reforma.

Capítulo 14

Otros reformadores ingleses (Tyndale, Latimer, Wishart, Knox, Cranmer y Ridley)

Mientras Lutero abría la Biblia al pueblo alemán, que hasta entonces había estado cerrada, Tyndale fue impulsado por el Espíritu de Dios a hacer lo mismo con Inglaterra. La Biblia de Wycliffe había sido traducida del texto latino, que contenía muchos errores. Nunca se había impreso y el coste de las copias del manuscrito era tan elevado que sólo unos pocos hombres ricos o nobles podían obtenerlas; Además, al estar estrictamente proscrito por la iglesia, el Volumen Sagrado tuvo relativamente poca difusión. En 1516, un año antes de que aparecieran las tesis de Lutero, Erasmo publicó su versión grecolatina del Nuevo Testamento. Ahora, por primera vez, la Palabra de Dios fue impresa en el idioma original. En este trabajo se corrigieron muchos errores de las versiones anteriores y se aclaró el significado. Esto llevó a muchas personas de las clases educadas a un mejor conocimiento de la verdad y dio un nuevo impulso a la obra de la Reforma. Pero a la gente común todavía se le impedía, en su mayor parte, tener la Palabra de Dios. Tyndale iba a completar la obra de Wycliffe al dar la Biblia a sus compatriotas.

Como estudiante diligente y ferviente buscador de la verdad, recibió el evangelio del Testamento griego de Erasmo. Predicó valientemente sus convicciones, reiterando que toda doctrina estaba probada por las Escrituras. A la afirmación papista de que la iglesia había dado la Biblia y sólo ella podía explicarla, Tyndale respondió: "¿Sabes quién enseñó a las águilas a encontrar sus presas? El mismo Dios enseña a sus hijos hambrientos a encontrar al Padre en su Palabra. quien nos has dado las Escrituras, eres tú quien nos las has escondido. Eres tú quien quema a los que las enseñan, y si pudieras, quemarías las Escrituras mismas."

La predicación de Tyndale despertó gran interés. Muchos aceptaron la verdad. Pero los sacerdotes estaban alerta, y tan pronto como abandonó el campo, intentaron destruir su obra con amenazas y calumnias. Una y otra vez tuvieron éxito en su trabajo. "¡Ah!", gritó Tyndale, "¿qué se puede hacer? Mientras siembro en un lugar, el enemigo destruye el campo que acabo de dejar. No puedo estar en todas partes. ¡Oh! Si los cristianos tuvieran las Sagradas Escrituras en su propio idioma, ¿podrían Ellos mismos se oponen a estos sofistas. Sin la Biblia es imposible establecer al laico en la verdad."

Entonces un nuevo propósito se apodera de tu mente. Dijo: "Era en el idioma de Israel que se cantaban los salmos en el templo de Jehová; ¿Y la lengua de Inglaterra no hablará el evangelio entre nosotros?... ¿Debería la iglesia tener menos luz al mediodía que al amanecer?... Los cristianos deberían leer el Nuevo Testamento en su lengua materna." Los doctores y maestros de la iglesia no estaban de acuerdo entre sí. Sólo a través de la Biblia pudieron los hombres llegar a la verdad. "Uno cree en este médico, otro en aquel... Ahora bien, cada uno de estos autores contradice al otro. ¿Cómo, entonces, podemos saber si esto o aquello habla bien o mal?... ¿Cómo?... Ciertamente por la Palabra de Dios."

No mucho después, un erudito médico católico, envuelto en una controversia con él, exclamó: "Sería mejor para nosotros estar sin las leyes de Dios que sin las del Papa". Tyndale respondió: "Desafío al Papa y todas sus leyes; y si Dios me perdona la vida, pronto haré que un muchacho que maneja el arado sepa más de las Escrituras que tú".

El propósito que Tyndale había comenzado a cultivar, de dar a la gente las Escrituras del Nuevo Testamento en su propio idioma, quedó ahora confirmado, e inmediatamente se dedicó a esa obra. Expulsado de su casa por la persecución, se fue a Londres y continuó allí su trabajo durante algún tiempo sin ser molestado. Pero nuevamente la violencia de los papistas lo obligó a huir. Toda Inglaterra parecía acercarse a él; entonces decidió buscar refugio en Alemania. Allí comenzó a imprimir el Nuevo Testamento en inglés. Dos veces se interrumpió el trabajo; pero cuando se le prohibió imprimir en una ciudad, se mudó a otra. Finalmente, se dirigió a Worms, donde unos años antes Lutero había defendido el evangelio ante la Dieta. En esa antigua ciudad había muchos amigos de la Reforma, y Tyndale continuó su obra sin ningún obstáculo. Pronto se terminaron tres mil copias del Nuevo Testamento y ese mismo año se preparó otra edición.

Con gran determinación y perseverancia continuó su trabajo. Aunque las autoridades inglesas mantuvieron sus puertos bajo la más estricta vigilancia, la Palabra de Dios fue llevada secretamente a Londres de diversas maneras, y desde allí circuló por todo el país. Los papistas intentaron suprimir la verdad, pero fue en vano. El obispo de Durham compró una vez a un librero amigo de Tyndale todo su stock de Biblias, con el propósito de destruirlas, suponiendo así obstaculizar enormemente la obra. Pero, por el contrario, con el dinero así aportado se adquirió material para una nueva y mejor edición que, de otro modo, no habría podido publicarse. Cuando Tyndale fue arrestado posteriormente, se le ofreció la libertad con la condición de que revelara los nombres de quienes lo habían ayudado a cubrir los gastos de impresión de sus Biblias. Él respondió que el obispo de Durham había hecho más que nadie, porque al pagar un alto precio por los libros que quedaban en su poder, les había permitido proceder con buen humor.

Tyndale fue traicionado y entregado en manos de sus enemigos, permaneciendo en prisión muchos meses. Finalmente, dio testimonio de su fe, sufriendo la muerte de mártir; pero las armas que preparó permitieron a otros soldados seguir luchando a lo largo de los siglos, incluso en nuestros días.

Latimer argumentó desde el púlpito que la Biblia debería leerse en el idioma del pueblo. Decía: "El Autor de la Sagrada Escritura es Dios mismo y esta Escritura participa del poder y la eternidad de su Autor. No hay rey, emperador, magistrado o gobernador que esté exento de obedecerla. Tengamos cuidado con esos atajos de la tradición humana, llenos de piedras, zarzas y árboles arrancados de raíz. Sigamos el camino recto de la Palabra. No deberíamos preocuparnos por lo que hicieron los padres, sino por lo que deberían haber hecho".

Barnes y Frith, fieles amigos de Tyndale, se levantaron para defender la verdad. Detrás de ellos venían los Ridley y Cranmer. Estos líderes de la Reforma inglesa eran hombres eruditos y la mayoría de ellos habían sido muy apreciados por su celo y piedad en la comunidad romana. Su oposición al papado se debió a su conocimiento de los errores de la "Santa Sede". Su familiaridad con los misterios de Babilonia dio mayor poder a sus testimonios contra ella.

"¿Sabes", dijo Latimer, "quién es el obispo más diligente de toda Inglaterra? Veo que escuchas y escuchas que debo dar su nombre. Te diré: es el diablo. Él nunca abandona su diócesis. nunca lo dejes." lo encontrará inactivo.

Búscalo cuando quieras y siempre estará en casa, siempre con su arado.

Nunca lo encontrará negligente, se lo aseguro. Donde reside el diablo es así: fuera los libros y dentro las velas; fuera las Biblias y dentro los rosarios; ¡Sal con la luz del evangelio y ven a la luz de las velas, sí, al mediodía! Debajo de la cruz de Cristo, viva el purgatorio; quitar la ropa a los desnudos, a los pobres y a los

inválido; y vive el adorno de imágenes y la gozosa ornamentación de piedras y maderas; Abajo Dios y su Santísima Palabra, vengan las tradiciones, los concilios humanos y un Papa insensible. ¡Oh! ¡Que nuestros prelados sean tan diligentes en sembrar el grano de la buena doctrina, como lo es Satanás en la siembra de cizaña!

El gran principio mantenido por aquellos reformadores, el mismo que habían defendido los Valdenses, Wycliffe, Juan Hus, Lutero, Zwinglio y sus seguidores, era la autoridad infalible de las Sagradas Escrituras como regla de fe y práctica.

Impugnaron el derecho de los papas, los concilios, los padres de la iglesia y los reyes a controlar la conciencia en cuestiones de religión. La Biblia era su autoridad y por sus enseñanzas pusieron a prueba todas las doctrinas y pretensiones.

La fe en Dios y Su Palabra sostuvo a aquellos santos hombres mientras entregaban sus vidas en la hoguera. Latimer dijo a su compañero de martirio cuando las llamas estaban a punto de silenciar sus voces: "Consolate; encenderemos una luz este día, en Inglaterra, que por la gracia de Dios, espero, nunca se apagará".

En Escocia, las semillas de la verdad sembradas por Columba y sus colaboradores nunca fueron completamente destruidas. Durante cientos de años, después de que las iglesias de Inglaterra se sometieran a Roma, las de Escocia mantuvieron su libertad. Sin embargo, en el siglo XII el papado se estableció allí y en ningún otro país ejerció un dominio más absoluto. En ninguna parte la oscuridad era más profunda. Sin embargo, allí aparecieron rayos de luz para atravesar la oscuridad y traer la promesa del día venidero. Los lolardos, que vinieron de Inglaterra con la Biblia y las enseñanzas de Wycliffe, hicieron mucho para preservar el conocimiento del evangelio, y cada siglo tuvo sus testigos y mártires.

Con el comienzo de la Gran Reforma llegaron los escritos de Lutero y luego el Nuevo Testamento en inglés de Tyndale. Imperceptibles para la jerarquía, estos mensajeros cruzaron silenciosamente montañas y valles, encendiendo la casi apagada antorcha de la verdad en Escocia y apagando la obra que Roma había realizado durante cuatro siglos de opresión.

Entonces, la sangre de los mártires dio un nuevo impulso al movimiento. Los líderes papistas, al darse cuenta repentinamente del peligro que amenazaba su causa, quemaron a algunos de los hijos más nobles y honorables de Escocia. No hacían más que erigir un púlpito, desde donde se escuchaban por todo el país las palabras de aquellos testigos moribundos, conmoviendo las almas del pueblo con el firme propósito de sacudirse las cadenas de Roma.

Hamilton y Wishart, nobles tanto de carácter como de nacimiento, con un gran número de discípulos más humildes, dieron sus vidas en la hoguera. Pero de la pira llameante de Wishart surgió alguien a quien las llamas no debían silenciar, alguien que, bajo la autoridad de Dios, asestaría el golpe mortal al gobierno papal en Escocia.

John Knox se había apartado de las tradiciones y misticismos de la iglesia para alimentarse de las verdades de la Palabra de Dios; y las enseñanzas de Wishart habían confirmado su determinación de abandonar la comunión de Roma y unirse a los reformadores perseguidos.

Al ser persuadido por sus compañeros para que asumiera el cargo de predicador, se estremeció ante su responsabilidad y sólo después de días de reclusión y doloroso conflicto consigo mismo aceptó. Pero, habiendo aceptado el puesto, siguió adelante con determinación inquebrantable y coraje inquebrantable mientras duró su vida. Este reformador fiel y verdadero no temió el rostro del hombre. Los fuegos del martirio que ardían a su alrededor sólo sirvieron para estimular con mayor intensidad su celo. Con el hacha del verdugo colgando amenazadoramente sobre su cabeza,

Mantuvo su posición, dando potentes golpes a derecha e izquierda para derribar la idolatría.

Cuando se encontró cara a cara con la Reina de Escocia, en cuya presencia se había debilitado el celo de muchos líderes protestantes, John Knox dio un testimonio inquebrantable de la verdad. No se ganaría con mimos; No cedería ante las amenazas.

La reina lo acusó de herejía. Había enseñado al pueblo a recibir una religión prohibida por el Estado, declaró, y había transgredido así el mandamiento de Dios que ordena a los súbditos obedecer a sus príncipes. Knox respondió con firmeza: "Como la religión verdadera no se origina en los príncipes, ni recibe su autoridad de ellos, sino sólo del Dios eterno, los súbditos no están obligados a conformar su religión al gusto de los príncipes. Porque sucede a menudo que los príncipes, de todos los demás, son los más ignorantes de la verdadera religión de Dios... Si toda la descendencia de Abraham hubiera sido de la religión del Faraón, de quien fueron súbditos durante mucho tiempo, yo os pregunto, señora: ¿qué religión profesaríais? ¿Qué religión habría habido en la Tierra?... Y así veis que los súbditos no están obligados a adoptar la religión de sus príncipes, aunque se recomienda rendirles honores."

Dijo la Reina María: "Usted interpreta las Escrituras de una manera y ellos [los Maestros romanos] por el otro. ¿A quién debo creer y quién será el juez?".

"Debéis creer en Dios, que habla claramente en Su Palabra", respondió el reformador; "y más allá de lo que enseña la Palabra, no debéis creer en lo uno ni en lo otro. La Palabra de Dios es clara en sí misma; y si en algún lugar hay oscuridad, el Espíritu Santo, que nunca se contradice, incluso explica más el asunto". claramente en otros lugares. Así que no pueden quedar dudas, excepto para aquellos que son obstinadamente ignorantes." Éstas fueron las verdades que el intrépido reformador, a riesgo de su vida, contó a oídos de la realeza. Con el mismo coraje indomable mantuvo su propósito, orando y peleando las batallas del Señor, hasta que Escocia pudo liberarse del papado.

En Inglaterra, el establecimiento del protestantismo como religión nacional desaceleró la persecución, pero no la detuvo por completo. Aunque muchas de las doctrinas de Roma habían sido abandonadas, no pocas de sus formas aún se mantenían. Se rechazó la supremacía del Papa, pero en su lugar se entronizó al monarca como cabeza de la Iglesia. En el servicio de adoración de la iglesia todavía había un gran alejamiento de la pureza y sencillez del evangelio. Aún no se había comprendido el gran principio de la tolerancia religiosa. Aunque los gobernantes protestantes rara vez utilizaron las terribles crueldades que Roma practicó contra la herejía, aún no se reconocía el derecho de cada hombre a adorar a Dios según los dictados de su propia conciencia. Todos debían aceptar las doctrinas y observar las formas de adoración prescritas por la iglesia establecida. Los disidentes sufrieron persecución, en mayor o menor medida, durante cientos de años.

En el siglo XVII, miles de pastores fueron despedidos de sus funciones. Al pueblo se le prohibió, bajo pena de fuertes multas, prisión y destierro, asistir a cualquier reunión religiosa excepto las permitidas por la iglesia. Las almas fieles que no podían evitar reunirse para adorar a Dios se veían obligadas a reunirse en callejones oscuros, en áticos lúgubres y, en determinadas estaciones, a medianoche en el bosque. En las acogedoras profundidades del bosque, templo erigido por Dios mismo, se reunieron aquellos hijos del Señor dispersos y perseguidos para derramar sus almas en oración y alabanza.

Pero a pesar de todas las precauciones, muchos sufrieron por su fe. Las cárceles estaban superpobladas. Las familias fueron separadas. Muchos fueron desterrados a tierras extranjeras.

Sin embargo, Dios estaba con su pueblo y la persecución no pudo silenciar su testimonio. Muchos se vieron obligados a emigrar a América, al otro lado del océano, y allí sentaron las bases de la libertad civil y religiosa, que ha sido el baluarte y la gloria de ese país.

Una vez más, como sucedió en los días apostólicos, la persecución fue a favor del evangelio. En una mazmorra nauseabunda, repleta de libertinos y criminales, John Bunyan respiraba la verdadera atmósfera del Cielo; y allí escribió su maravillosa alegoría del viaje del peregrino desde la tierra de destrucción hasta la ciudad celestial. Durante casi doscientos años, esa voz desde la cárcel de Bedford ha hablado con poder vibrante a los corazones de los hombres. El progreso del peregrino y gracia abundante para el jefe de los pecadores, escrito por Bunyan, han guiado a muchos por el camino de la vida.

Baxter, Flavel, Alleine y otros hombres de talento, educación y profunda experiencia cristiana se alzaron en valiente defensa de la fe que una vez se comprometió con los santos. La obra realizada por estos hombres, condenados y rechazados por los gobernantes de este mundo, nunca podrá perecer. La Fuente de la Vida y el Método de la Gracia, escritos por Flavel, han enseñado a miles de personas a confiar el cuidado de sus almas a Cristo. El Pastor Reformado de Baxter resultó ser una bendición para muchos que deseaban un avivamiento de la obra de Dios, y El Eterno Descanso de los Santos hizo su trabajo al guiar a las almas al "descanso que aún queda para el pueblo de Dios".

Cien años después, en una época de gran oscuridad espiritual, Whitefield y los hermanos Wesley aparecieron como portadores de luz para Dios. Bajo el gobierno de la iglesia establecida, el pueblo de Inglaterra se hundió en una decadencia religiosa que difícilmente podía distinguirse del paganismo. La religión natural era el estudio favorito del clero e incluía gran parte de su teología. Las clases altas despreciaban la piedad y se enorgullecían de estar por encima de lo que llamaban fanatismo. Las clases bajas eran en gran medida ignorantes y abandonadas al vicio, mientras que la iglesia ya no tenía el coraje ni la fe para apoyar la destrozada causa de la verdad.

La gran doctrina de la justificación por la fe, tan claramente enseñada por Lutero, se había perdido casi por completo de vista; y el principio romano de confiar en las buenas obras para la salvación había tomado su lugar. Whitefield y los hermanos Wesley, miembros de la iglesia establecida, eran sinceros peticionarios del favor divino, y enseñaban que éste debía obtenerse mediante una vida virtuosa y la observancia de ordenanzas religiosas.

Cuando Charles Wesley una vez enfermó y sintió que la muerte se acercaba. Al acercarse, le preguntaron qué sustentaba su esperanza de vida eterna. Su respuesta fue: "He hecho mis mejores esfuerzos para servir a Dios". Como el amigo que había hecho la pregunta parecía no estar del todo satisfecho con su respuesta, Wesley pensó: "¡Qué! ¿No son mis esfuerzos una base suficiente para tener esperanza? ¿Me privaría de mis esfuerzos? No me queda nada en qué confiar." Tal era la espesa oscuridad que había descendido sobre la iglesia, ocultando la expiación, robando a Cristo su gloria y desviando las mentes de los hombres de su única esperanza de salvación: la sangre del Redentor crucificado.

Wesley y sus asociados fueron llevados a ver que la verdadera religión se establece en el corazón y que la ley de Dios se extiende tanto a los pensamientos como a las palabras y las acciones. Convencidos de la necesidad de la pureza de corazón, así como de la corrección del comportamiento exterior, se comprometieron celosamente a llevar una nueva vida. Mediante los esfuerzos más diligentes y piadosos, se dedicaron a controlar los males del corazón natural. Vivieron una vida de abnegación, caridad y humillación, observando con gran rigor y exactitud cada medida que creían que podía obtener lo que más deseaban: la santidad que garantizaría el favor de Dios. Pero no llegaron a

objetivo que se propusieron alcanzar. En vano fueron sus esfuerzos por liberarse de la condena del pecado o por quebrantar su poder. Esta fue la misma lucha que Lutero había experimentado en su celda en Erfurt. La misma pregunta que había torturado su alma: "¿Cómo podría el hombre justificarse ante Dios?" (Job 9:2).

Las llamas de la verdad divina, casi extinguidas en los altares del protestantismo, debían reavivarse en la antigua antorcha transmitida a través de los siglos por los cristianos bohemios. Después de la Reforma, el protestantismo en Bohemia había sido pisoteado por las hordas de Roma. Todos los que se negaron a renunciar a la verdad se vieron obligados a huir. Algunos de ellos, encontrando refugio en Sajonia, mantuvieron allí la antigua fe. Fue de los descendientes de estos cristianos que la luz brilló para Wesley y sus compañeros.

John y Charles Wesley, después de ser ordenados al ministerio, fueron enviados en misión a Estados Unidos. A bordo del barco había un grupo de moravos. Durante el cruce se desataron violentas tormentas, y Juan Wesley, cuando se enfrentó a la muerte, sintió que no tenía seguridad de estar en paz con Dios. Los alemanes, por el contrario, demostraron una calma y una confianza que desconocían.

"Hace mucho tiempo", dijo, "observé la gran seriedad de su comportamiento. Daban pruebas continuas de su humildad, realizando tareas serviles para los demás pasajeros que ninguno de los ingleses aceptaría; y esto sin querer ni recibir pago, diciendo que era bueno para sus corazones orgullosos, y que su amado Salvador había hecho mucho más por ellos, y cada día les daba oportunidad de mostrar una mansedumbre que ningún insulto podía afectar.

Si los empujaran, golpearan o derribaran, se levantarían nuevamente y se alejarían. Ninguna queja escapó de su boca. Entonces hubo una oportunidad de demostrar si estaban libres del espíritu, así como del miedo, el orgullo, la ira y la venganza. En medio del salmo con el que comenzaron su culto, el mar bramó, reduciendo a jirones la vela mayor, cubriendo el barco y extendiéndose por la cubierta, como si el gran abismo ya nos hubiera tragado. Una terrible protesta estalló entre los ingleses. Los alemanes continuaron cantando tranquilamente. Después le pregunté a uno de ellos: '¿No tuviste miedo?' Él respondió: '¡Gracias a Dios, no!' Le pregunté: '¿Pero no tenían miedo sus mujeres y sus niños?' Él respondió suavemente: 'No, nuestras mujeres y niños no tienen miedo de morir'.

Al llegar a Savannah, Wesley permaneció algún tiempo con los moravos y quedó profundamente impresionado por su comportamiento cristiano. De uno de sus servicios religiosos, que presentaba un sorprendente contraste con el culto formalista de la Iglesia de Inglaterra, escribió: "La gran sencillez, así como la solemnidad de todo ello, casi me hicieron olvidar los diecisiete siglos que habían pasado". , y me imagino en una de esas asambleas donde no había formas ni aparatos, pero con demostración del Espíritu y del poder."

Al regresar a Inglaterra, Wesley, bajo la instrucción de un predicador moravo, llegó a una comprensión más clara de la fe bíblica. Se convenció de que necesitaba renunciar a toda confianza en sus propias obras para la salvación y creer completamente en "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". En una reunión de la Sociedad Morava de Londres se leyó una declaración de Lutero que describe el cambio que el Espíritu de Dios obra en el corazón del creyente. Cuando Wesley la escuchó, la fe se encendió en su alma.

"Sentí que mi corazón se calentaba extrañamente", dijo. "Sentí que confiaba en Cristo, y sólo en Él, para la salvación; y tuve la seguridad de que Él había borrado mis pecados, incluso los míos, y me había salvado de la ley del pecado y de la muerte".

A través de un largo período de años de esfuerzo agotador y desolado, años de renunciación rigurosa, reproches y humillaciones, Wesley había permanecido enfocado en su único propósito de buscar a Dios. Ahora lo había encontrado y

había descubierto que la gracia que se había esforzado por alcanzar mediante la oración y el ayuno, la limosna y la abnegación, era un don "sin dinero y sin precio".

Una vez establecido en la fe en Cristo, toda su alma ardía en deseo de difundir por todas partes el conocimiento del glorioso evangelio de la gratuita gracia de Dios. Dijo: "Veo al mundo entero como mi parroquia, en cualquier parte del mismo en la que me encuentre. Considero que es justo y mi deber sagrado declarar a todos los que estén dispuestos a escuchar, las buenas nuevas de la salvación".

Continuó su vida severa y desinteresada, ya no como fundamento, sino como producto de la fe; no como raíz, sino como fruto de santidad. La gracia de Dios en Cristo es el fundamento de la esperanza del cristiano y esta gracia se manifestará en la obediencia. La vida de Wesley estuvo dedicada a predicar las grandes verdades que había recibido: la justificación mediante la fe en la sangre expiatoria de Cristo y el poder renovador del Espíritu Santo en el corazón, produciendo fruto en una vida conformada al ejemplo de Cristo.

Whitefield y los hermanos Wesley fueron preparados para su trabajo a través de largas y profundas convicciones personales respecto de su propia condición perdida. Y para que pudieran soportar las dificultades, como buenos soldados de Cristo, fueron sometidos a ardientes pruebas de burla, burla y persecución, tanto en la Universidad como cuando iniciaban su ministerio. Ellos y algunos otros que simpatizaban con ellos fueron llamados burlescamente metodistas por sus colegas incrédulos, un nombre que ahora es considerado honorable por una de las denominaciones más grandes de Inglaterra y Estados Unidos.

Como miembros de la Iglesia de Inglaterra, estaban fuertemente atados a sus formas de adoración, pero el Señor les había fijado una norma más alta en Su Palabra. El Espíritu Santo los instó a predicar a Cristo y a éste crucificado. El poder del Altísimo acompañó su trabajo. Miles quedaron convencidos y verdaderamente convertidos. Era necesario que estas ovejas estuvieran protegidas de los lobos devoradores. Wesley no pensó en establecer una nueva denominación religiosa, sino que las organizó en una entidad a la que llamó Unión Metodista.

Misteriosa y dolorosa fue la oposición que estos predicadores enfrentaron por parte de la iglesia establecida. Sin embargo, Dios, en Su sabiduría, dirigió los acontecimientos de tal manera que la Reforma pudiera comenzar dentro de la iglesia misma. Si hubiera procedido enteramente desde fuera, no habría penetrado donde más se necesitaba. Pero como los predicadores del avivamiento eran miembros de la iglesia y trabajaban dentro de su marco dondequiera que pudieran encontrar oportunidad, la verdad penetró donde las puertas de otro modo habrían permanecido cerradas. Algunos clérigos despertaron de su estupor moral y se convirtieron en celosos predicadores en sus propias parroquias. Resucitaron iglesias que habían estado petrificadas por el formalismo.

En la época de Wesley, como en todas las épocas de la historia de la iglesia, hombres con diferentes dones llevaron a cabo la obra para la que fueron designados. No estaban de acuerdo en todos los puntos de la doctrina, pero todos estaban movidos por el Espíritu de Dios y unidos en la meta que todo lo consume de ganar almas para Cristo. Las disensiones entre Whitefield y los hermanos Wesley amenazaron una vez con crear una separación; pero como eran estudiantes de la escuela de Cristo, fueron reconciliados por la paciencia y el amor. No tenían tiempo para discutir, mientras el error y la iniquidad proliferaban por todas partes y los pecadores corrían hacia la ruina.

Los siervos de Dios recorrieron un camino difícil. Hombres influyentes y eruditos emplearon sus poderes contra ellos. Después de un tiempo, muchos clérigos comenzaron a mostrarles una hostilidad deliberada y las puertas de las iglesias se cerraron.

por la fe pura y por quienes la proclaman. La conducta del clero al denunciarlos desde el púlpito agitó los elementos de oscuridad, ignorancia e iniquidad. Una y otra vez, Juan Wesley escapó de la muerte por un milagro de la misericordia de Dios. Cuando la ira de la multitud se despertó contra él y parecía que no había forma de escapar, un ángel en forma humana vino a su lado y la multitud se retiró. Así el siervo de Cristo salió ileso del lugar del peligro.

De su liberación de la gente enojada en una de esas ocasiones, Wesley relató: "Muchos se esforzaron por empujarme mientras bajábamos la colina por un camino resbaladizo hacia la ciudad. Creo que si me cayera, difícilmente podría levantarme de nuevo. Pero yo no tropecé.", después de todo, y no tuve ni el más mínimo resbalón hasta que estuve completamente fuera de su alcance... Aunque muchos intentaron agarrarme por el cuello y la ropa y tirarme al suelo, no pudieron. "No me retienes de ninguna manera. Uno de los atacantes me sujetó firmemente por la solapa de mi chaleco, que pronto estuvo en su mano. La otra solapa, en cuyo bolsillo había un billete de banco, estaba rota sólo por la mitad... Un hombre vigoroso que estaba justo detrás de mí, intentó golpearme varias veces con una enorme porra de roble. Si me hubiera golpeado en la nuca sólo una vez, se habría salvado de mayores molestias. Pero cada vez el Los golpes eran desviados, no sé cómo, no podía moverme ni a derecha ni a izquierda... Otro vino corriendo entre la multitud y, levantando el brazo para atacarme, de pronto lo bajó y apenas me tocó ligeramente en la nuca. la cabeza, diciendo: '¿Qué? ¡Tiene el pelo suave!'... Los primeros hombres a los que se les transformó el corazón fueron los héroes de la ciudad, los líderes del pueblo en todos los tiempos, uno de los cuales era un boxeador.

"¡Con qué suaves pasos nos prepara Dios para su voluntad! Hace dos años, un fragmento de ladrillo rozó mi hombro. Hace un año que una piedra me golpeó entre los ojos. El mes pasado recibí un golpe, y esta noche dos, uno antes de llegar a la ciudad, y otro después de salir; pero ambos quedaron en nada, ya que a pesar de que un hombre me golpeó con todas sus fuerzas en el pecho y otro en la boca, con tal fuerza que inmediatamente salió la sangre. "No sentí mayor dolor por esos golpes que si me hubieran golpeado con una pajita".

Los metodistas de aquellos primeros días, tanto el pueblo como los predicadores, soportaron el ridículo y la persecución, tanto por parte de los miembros de la iglesia como de los declaradamente irreligiosos, quienes estaban enojados por la información que proporcionaban. Fueron llevados a juicio ante los tribunales de justicia, tribunales judiciales sólo de nombre, ya que la justicia era poco común en los tribunales legales de esa época. A menudo sufrieron la violencia de sus perseguidores. Las turbas iban de casa en casa destruyendo muebles y posesiones, saqueando todo lo que querían y abusando brutalmente de hombres, mujeres y niños. En algunos casos, se publicaron avisos públicos llamando a quienes desearan ayudar a romper ventanas y saquear las casas de los metodistas a presentarse. reunirse en un día, hora y lugar determinados. Estas flagrantes violaciones de la ley humana y divina quedaron impunes. Se emprendió una persecución sistemática contra un pueblo cuyo único crimen era tratar de desviar los pies de los pecadores del camino de la destrucción al camino de la santidad.

Dijo Juan Wesley, refiriéndose a los cargos formulados contra él y sus aliados: "Algunos alegan que las doctrinas de estos hombres son falsas, erróneas y entusiastas; que son nuevas e inauditas hasta hace poco. Son cuaquerismo, intolerancia y papismo". . Toda esta fantasía ahora ha sido cortada de raíz, habiéndose demostrado ampliamente que cada rama de esta enseñanza es la clara doctrina de las Escrituras tal como la interpreta nuestra propia iglesia. Por tanto, no puede ser ni falso ni erróneo, ya que las Escrituras son verdaderas. Otros afirman: "Vuestras doctrinas son demasiado rígidas; ellos

hacen que el camino al cielo sea muy estrecho.' Y esta es, en verdad, la objeción original, ya que fue casi la única durante algún tiempo, y está secretamente en el fondo de otras mil que aparecen en diversas formas. Pero, ¿hacen el camino al Cielo de alguna manera más estrecho que lo que lo hicieron nuestro Señor y Sus apóstoles? ¿Es su doctrina más estricta que la de la Biblia? Considere sólo algunos textos claros: '¡Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente!' 'De cada palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio.' 'Ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios.'

"Si su doctrina es más estricta que ésta, son culpables; pero sabéis en vuestra conciencia que no es así. ¿Y quién puede ser un ápice menos estricto sin corromper la Palabra de Dios? ¿Se puede encontrar algún administrador de los misterios de Dios? ¿El creyente altera alguna parte del depósito sagrado? No, no puede disminuir nada, no puede disminuir nada. Está obligado a declarar a todos los hombres: "No puedo reducir las Escrituras a vuestro gusto. Debéis ascender a ellas o perecer para siempre". El grito popular es: ¡ausencia de caridad de estos hombres! ¡¿Sin caridad ellos?! ¿En qué sentido? ¿No dan de comer al hambriento, ni visten al desnudo? No, no es así. No tienen la culpa en esto. . ¡Pero son implacables al juzgar! Piensan que nadie puede salvarse sino el que sigue su propio camino."

La decadencia espiritual que se produjo en Inglaterra justo antes de la época de Wesley, fue en gran medida el resultado de la enseñanza antinómica. Muchos afirmaron que Cristo abolió la ley moral y que, por tanto, los cristianos no están obligados a observarla; que el creyente está libre de "la esclavitud de las buenas obras". Otros, aunque admitían la perpetuidad de la ley, declaraban que no era necesario que los ministros exhortaran al pueblo a obedecer sus preceptos, ya que aquellos a quienes Dios había elegido para la salvación serían, "por el impulso irresistible de la gracia divina, llevados a practicar la ley". de piedad y de virtud", mientras que los que estaban predestinados a la condenación eterna "no tenían en sí mismos fuerza alguna para obedecer la ley divina".

Otros más, defendiendo la tesis de que "los elegidos no pueden caer en desgracia ni perder el favor divino", llegaron a la conclusión aún más detestable de que "las acciones impías que cometen no son realmente pecaminosas, ni deben considerarse una transgresión de la ley divina y que , en consecuencia, no necesitan confesar sus pecados ni apartarse de ellos mediante el arrepentimiento". Por lo tanto, declararon que incluso uno de los pecados más viles, "universalmente considerado una tremenda transgresión de la ley divina, no es pecado ante los ojos de Dios", si es cometido por uno de los elegidos, "porque es uno de los pecados esenciales". y características distintivas de los elegidos, que no pueden hacer nada que desagrade a Dios y esté prohibido por su ley". , 0

Esta monstruosa doctrina es esencialmente la misma que enseñan los romanistas, afirmando "que el Papa puede liberarse de la observancia de la ley y corregir lo que está mal, corrigiendo y cambiando las leyes"; que "puede pronunciar sentencias y juicios en contradicción... con la ley de Dios y de los hombres". Todo esto revela la inspiración del mismo espíritu maestro, sí, del mismo que, entre los habitantes sin pecado del Cielo, comenzó su obra de buscar dismantelar las justas restricciones de la ley de Dios.

La doctrina de los decretos divinos, que fijan inalterablemente el carácter de los hombres, había llevado a muchos al virtual rechazo de la ley de Dios. Wesley se opuso perseverantemente a los errores de los teólogos antinomianos, demostrando que la doctrina que condujo a la postura antinomiana es contraria a las Escrituras. "La gracia de Dios

ha aparecido, trayendo salvación a todos los hombres." "Esto es bueno y agradable a los ojos de Dios, nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque hay un Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos." (Tito 2:11; I Tim. 2:3-6). El Espíritu de Dios es gratuito. otorgado para permitir a todos los hombres echar mano de los medios de salvación. Así, Cristo, "la Luz verdadera", "ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan 1:9). Los hombres no pueden obtener la salvación únicamente debido a su rechazo obstinado del don de la vida.

En respuesta a la afirmación de que con la muerte de Cristo los preceptos del Decálogo fueron abolidos junto con la ley ceremonial, Wesley dijo: "La ley moral, contenida en los Diez Mandamientos y aplicada por los profetas, no fue anulada por Cristo. El propósito de Su venida no era revocar ninguna parte de ella. Es una ley que nunca puede ser anulada, que 'permanece inmutable como testigo fiel en el Cielo'... Ha existido desde el principio del mundo, estando 'escrita no en tablas de piedra, sino en el corazón de todos los hijos de los hombres, cuando salieron de las manos del Creador. Y aunque las letras escritas una vez por el dedo de Dios ahora están, en gran parte, desfiguradas por el pecado, no pueden borrarse por completo mientras tengamos alguna conciencia del bien y del mal. Cada parte de esta ley debe permanecer vigente para toda la humanidad y en todo momento. No depende del tiempo ni del lugar, ni de ninguna otra circunstancia sujeta a cambio, sino de la naturaleza de Dios y de la naturaleza del hombre, y de la relación inmutable entre una y otra".

"No he venido para destruir, sino para cumplir'... Sin lugar a dudas, lo que Jesús quiso decir con esto es (en coherencia con todo lo que vino antes y lo que vino después): 'Vine a establecerlo en tu plenitud. , a pesar de todas las falsas interpretaciones de los hombres; vine a poner en perspectiva plena y lúcida todo lo que había de oscuro o nebuloso en él. Vine a declarar el propósito pleno y verdadero de cada parte de él; a mostrar la longitud, la amplitud total y longitud de cada mandamiento contenido en él, y la altura y profundidad, la inconcebible pureza y espiritualidad de él, en todas sus partes".

Wesley afirmó la perfecta armonía entre la ley y el evangelio. "Existe, por tanto, la conexión más estrecha que se puede concebir entre la ley y el evangelio. Por un lado, la ley continuamente nos abre el camino hacia el evangelio y nos señala hacia él; por el otro, el evangelio continuamente nos orienta al cumplimiento más exacto de la Ley. La Ley, por ejemplo, nos exige amar a Dios y al prójimo, ser mansos, humildes y santos. Sentimos que no estamos capacitados para cumplir estas cosas. Sí, "esto es imposible para el hombre". Pero vemos la promesa de que Dios nos concede este amor y nos hace humildes, mansos y santos. Hacemos uso de este evangelio, de estas benditas noticias. Y esto nos es hecho según nuestra fe; y 'la justicia de la ley se cumple en nosotros por la fe en Cristo Jesús".

"En las filas más altas de los enemigos del evangelio de Cristo", dijo Wesley, "están aquellos que abierta y explícitamente 'juzgan la ley', 'hablan mal de la ley', quienes enseñan a los hombres a quebrantar (deshacer, aflojar, liberar). de obligación)) no sólo los mandamientos más pequeños sino también los más grandes, sino todos a la vez... Lo más sorprendente de todas las circunstancias que acompañan a este gran engaño es que quienes lo aceptan realmente creen que están honrando a Cristo al subvertir Su ley, ¡y que están magnificando Su ministerio cuando en verdad están destruyendo Su doctrina! Sí, lo honran así como lo hizo Judas cuando dijo: 'Te saludo, Maestro, y te besé'. Y con igual justicia puede decir a cada uno de ellos: '¿Con un beso traicionáis al Hijo del hombre?' Esto no es otra cosa que traicionarlo con una

besar, hablar de su sangre y quitarle la corona. Tratar cualquier parte de Su ley con desprecio bajo el pretexto de promover el avance del evangelio. Nadie que, en verdad, predique una fe de este tipo, que directa o indirectamente tienda a marginar cualquier elemento de obediencia, o que predique a Cristo con el propósito de, de alguna manera, anular o debilitar el menor de los mandamientos de Dios. No podrá escapar de esta acusación".

A aquellos que argumentaban que "la predicación del evangelio cumple con todos los fines de la ley", Wesley respondió: "Esto lo negamos rotundamente. No corresponde al primer propósito de la ley misma, es decir, convencer a los hombres del pecado, para despertar a aquellos que todavía duermen al borde del infierno." El apóstol Pablo declara que "por la ley viene el conocimiento del pecado"; "y antes de que el hombre sea convencido de pecado, no sentirá verdaderamente la necesidad de la sangre expiatoria de Cristo... 'Los que están sanos no tienen necesidad de médico', como observa nuestro Señor mismo, 'sino los que están enfermos. ". Es absurdo, por lo tanto, ofrecer un médico a aquellos que están sanos, o que al menos creen que lo están. Primero debes convencerlos de que están enfermos; de lo contrario, no te agradecerán el trabajo. Es igualmente absurdo ofrecer a Cristo a aquellos cuyos corazones están sanos y aún no han sido humillados".

Así, mientras predicaba el evangelio de la gracia de Dios, Wesley, al igual que su Maestro, buscó magnificar la ley y hacerla gloriosa. Realizó fielmente la obra que Dios le había confiado y gloriosos fueron los resultados que se le permitió contemplar. Al final de su larga vida de más de ochenta años, después de haber pasado más de medio siglo en el ministerio itinerante, sus seguidores declarados sumaban más de medio millón de almas. Pero la multitud que, a través de sus trabajos, fue levantada de la ruina y degradación del pecado a una vida más pura y superior, y el número de quienes por su enseñanza adquirieron una experiencia más profunda y rica, nunca se conocerá hasta que toda la familia de los redimidos sea reunidos en el reino de Dios. Su vida enseña a cada cristiano una lección invaluable. ¡Que la fe y la humildad, el celo infatigable, el desinterés y la devoción de este siervo de Cristo se reflejen en las iglesias de hoy!

Capítulo 15

La Biblia y la Revolución Francesa

En el siglo XVI, la Reforma, que mostraba al pueblo una Biblia abierta, intentó introducirse en todos los países europeos. Algunas naciones la recibieron con alegría, como a una mensajera del Cielo, en otras tierras, en gran medida, el papado logró impedir su entrada; y la luz del conocimiento bíblico, con sus influencias ennoblecedoras, fue eliminada casi por completo. En cierto país, aunque la luz logró entrar, no se entendió debido a la densa oscuridad. Durante siglos, la verdad y el error lucharon por el dominio. Después de todo, el mal venció y la verdad celestial fue repudiada.

"Esta es la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz". (Juan 3:19). Se dejó que la nación cosechara los resultados de la elección que había hecho. La restricción del Espíritu de Dios fue quitada de un pueblo que había despreciado el don de su gracia. Se permitió que el mal alcanzara su punto de maduración. Y el mundo entero vio los frutos del rechazo voluntario de la luz.

La lucha contra la Sagrada Escritura, que duró tantos siglos en Francia, alcanzó su apogeo en los escenarios de la Revolución. Esta terrible conflagración no fue más que el resultado inexorable de la eliminación de las Escrituras. Mostró al mundo la ilustración más notable del funcionamiento de la política papal: una demostración de los resultados que, durante más de mil años, había tendido a producir las enseñanzas de Roma.

Los profetas predijeron la proscripción de las Escrituras durante el período de supremacía papal; y el Revelador también señala los terribles resultados que se producirían, especialmente en Francia, debido al dominio del "hombre de pecado".

El ángel del Señor dijo: "Hollarán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses. Y daré poder a Mis dos Testigos, y profetizarán por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio... Y cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará, y sus cadáveres yacerán en la plaza de la gran ciudad que espiritualmente se llama Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado... Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos, y se alegrarán, y se enviarán presentes unos a otros, porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra. Esos tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida de Dios; y se pusieron de pie, y gran temor cayó sobre los que los veían." (Apocalipsis 11:2-11).

Los períodos mencionados aquí - "cuarenta y dos meses" y "mil doscientos sesenta días" - se refieren al mismo paso del tiempo, representando igualmente la era en la que la iglesia de Cristo sufriría la opresión de Roma. Los 1.260 años de supremacía papal comenzaron con el establecimiento del papado en 538 d.C. y, por tanto, terminarían en 1798. Durante ese tiempo, el ejército francés invadió Roma y tomó prisionero al Papa, quien murió en el exilio. Aunque poco después se eligió un nuevo Papa, la jerarquía papal nunca ha podido ejercer el poder que alguna vez tuvo.

La persecución de la iglesia no continuó durante todo el período de 1.260 años. Dios, por misericordia hacia su pueblo, acortó el tiempo de su prueba de fuego. Profetizando sobre la "gran tribulación" que sobrevendría a la iglesia, el Salvador dijo: "Si aquellos días no fueran acortados, nadie se salvaría; pero por causa de los escogidos, esos días serán acortados". (Mateo 24:22). Por influencia de la Reforma, la persecución llegó a su fin antes de 1798.

Refiriéndose a los dos testigos, el profeta añade: "Estos son los dos olivos y los dos candeleros que están delante del Dios de toda la tierra". "Tu palabra", dice el salmista, "lámpara es a mis pies y lumbrera a mi camino". (Apocalipsis 11:4; Sal. 119:105). Los dos testigos representan las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento. Ambos son testigos importantes del origen y la perpetuidad de la ley de Dios. Ambos son también testigos del plan de salvación. Los tipos, sacrificios y profecías del Antiguo Testamento apuntan a la venida del Salvador. Los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento hablan de un Salvador que vino en la manera exacta predicha por tipo y profecía.

"Profetizarán durante mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio". Durante la mayor parte de este período, los testigos de Dios permanecieron en un estado de oscuridad. El poder papal buscó ocultar la Palabra de verdad al pueblo y colocar ante él testigos falsos para contradecir su testimonio. Cuando la Biblia fue prohibida por las autoridades religiosas y seculares; cuando su testimonio fue pervertido, y los hombres y los demonios hicieron todo lo posible para idear medios para desviar las mentes de los hombres del Libro; cuando aquellos que se atrevieron a proclamar sus verdades sagradas fueron perseguidos, traicionados, torturados, enterrados en calabozos, martirizados por su fe u obligados a huir a las fortalezas de las montañas y a los pozos y cuevas de la Tierra, entonces los testigos fieles que ellos profetizó con cilicio.

Sin embargo, continuaron dando su testimonio durante todo el período de 1.260 años. En los tiempos más oscuros, hubo hombres fieles que amaban la Palabra de Dios y eran celosos del honor divino. A estos fieles servidores se les ha dado sabiduría, poder y autoridad para declarar Su verdad en todo momento.

"Si alguno quiere hacerles daño, de su boca saldrá fuego y devorará a sus enemigos; y si alguno quiere hacerles daño, será muerto." (Apoc. 11:5). Los hombres no podrán pisotear impunemente la Palabra de Dios. El significado de esta temible denuncia se presenta en el capítulo final del Apocalipsis: "Yo testifico a todo el que oye las palabras de la profecía de este libro, que si alguno añade algo a ellas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro; y si alguno quita alguna palabra del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están escritos en este libro. (Apocalipsis 22:18 y 19).

Tales son las advertencias que Dios ha dado para impedir que los hombres cambien de alguna manera lo que Él ha revelado o ordenado. Estas solemnes denuncias se aplican a todos los que por su influencia inducen a los hombres a considerar la ley de Dios a la ligera. Deberían producir temblor en aquellos que irreverentemente afirman que es una cuestión de poca importancia obedecer o no la ley de Dios. Todos los que exaltan sus propias opiniones por encima de la revelación divina, todos los que cambian el significado claro de las Escrituras para adaptarlas a su propia conveniencia o para amoldarse al mundo, están asumiendo una tremenda responsabilidad. La Palabra escrita, la ley de Dios, medirá el carácter de cada hombre y condenará a quienes dicen ser deficientes en esta prueba infalible.

"Cuando hayan terminado con su testimonio". El período en el que los dos testigos debían profetizar vestidos de cilicio terminó en 1798. A medida que se acercaba el final de su trabajo en la oscuridad, hubo que librarles una guerra por el poder representado como la "bestia que surge del abismo". En muchas de las naciones europeas, los poderes que dominaban la Iglesia y el Estado estuvieron, durante siglos, controlados por Satanás a través del papado. Pero aquí, sin embargo, se revela una nueva manifestación del poder satánico.

Fue la política de Roma, bajo una profesión de reverencia por la Biblia, la que la mantuvo encerrada en un idioma desconocido y oculta al pueblo. Bajo su gobierno los testigos profetizaron "vestidos de cilicio". Pero otro poder, la bestia del abismo, debería surgir para hacer guerra abierta y declarada contra la Palabra de Dios.

La "gran ciudad" en cuyas calles fueron asesinados los testigos y donde yacían sus cadáveres, "se llama espiritualmente Sodoma y Egipto". De todas las naciones presentadas en la historia bíblica, Egipto negó la existencia del Dios vivo y resistió sus preceptos, de una manera extremadamente audaz. Ningún monarca se aventuró jamás en una rebelión más arrogante contra la autoridad del Cielo que el rey de Egipto. Cuando Moisés trajo el mensaje, en el nombre del Señor, Faraón respondió con orgullo: "¿Quién es el Señor?" ¿Qué voz oiré para dejar ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel." (Éxodo 5:2). Esto es ateísmo; y la nación representada por Egipto manifestaría una negación similar de las exigencias del Dios viviente, y un espíritu similar de incredulidad y desafío. La "gran ciudad" también se compara "espiritualmente" con Sodoma. La corrupción de Sodoma en la transgresión de la ley de Dios se manifestó especialmente en el libertinaje. Y este pecado también debería ser una característica preeminente de la nación que iba a cumplir las especificaciones del texto sagrado.

Según las palabras del profeta, poco antes del año 1798, algún poder de origen y carácter satánico se levantaría para hacer la guerra a la Biblia. Y en la tierra donde el testimonio de los dos testigos de Dios fuera así silenciado, se manifestaría el ateísmo de Faraón y el libertinaje de Sodoma.

Esta profecía tuvo el cumplimiento más exacto e impresionante de la historia de Francia. Durante la Revolución de 1793, "el mundo escuchó por primera vez a una asamblea de hombres, nacidos y educados en la civilización, y asumiendo el derecho de gobernar una de las más grandes naciones europeas, alzar su voz al unísono para negar la verdad más solemne de que El alma humana recibe y renuncia unánimemente a la creencia y adoración de la Deidad". "Francia es la única nación del mundo de la que se conserva un testimonio auténtico de que, como nación, ha levantado su mano abierta contra el Autor del Universo. Sobreabundancia de blasfemos, infinidad de infieles, ha habido y continúa estar en Inglaterra, Alemania, España y otras tierras; pero Francia se destaca en la historia mundial como el único Estado que, por decreto de la Asamblea Legislativa, declaró que no había Dios, y en el que toda la población de su capital y una En la mayoría de los demás lugares, tanto mujeres como hombres bailaron y cantaron de alegría al escuchar esta infame declaración".

Francia también mostró características que distinguían más especialmente a Sodoma. Durante la Revolución hubo un estado manifiesto de degradación moral y corrupción similar al que trajo destrucción a las ciudades del llano. Y el historiador presenta juntos el ateísmo y el libertinaje de Francia, según la revelación de la profecía: "Estrechamente relacionada con estas leyes que atañen a la religión, estaba la que reducía la unión matrimonial, la unión más sagrada que el ser humano puede formar, y cuya permanencia redundaba con mayor fuerza en la consolidación de la sociedad - al estado de mero contrato civil de carácter transitorio, en el que cualquiera de las dos personas podría comprometerse y deshacer, a su gusto... Si los demonios se hubieran comprometido a descubrir No podrían haber encontrado una forma más eficaz de destruir todo lo que es venerable, elegante o permanente en la vida doméstica, y de obtener al mismo tiempo la certeza de que el daño que su objetivo era crear se perpetuaría de una generación a otra. ideó un plan más eficiente, eficiente que la degradación del matrimonio... Sophie Arnoult, una actriz famosa por sus dichos ingeniosos, describió el matrimonio republicano como "el sacramento del adulterio".

"Donde también vuestro Señor fue crucificado". Esta especificación profética también fue cumplida por Francia. En ningún otro país se ha manifestado más abiertamente el espíritu de enemistad contra Cristo. En ningún país la verdad ha encontrado una oposición más amarga y feroz. En la persecución de Francia contra quienes profesaban el evangelio, ella crucificó a Cristo en la persona de sus discípulos.

Siglo tras siglo, la sangre de los santos había sido derramada. Mientras los valdenses dieron sus vidas en las montañas del Piamonte, "por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo", sus hermanos, los albigenses de Francia, dieron un testimonio similar de la verdad. En los días de la Reforma, sus discípulos fueron asesinados con horribles torturas. El rey y los nobles, las damas de alta cuna y las delicadas doncellas, el orgullo y la nobleza de la nación, habían deleitado sus ojos con las agonías de los mártires de Jesús. Los valientes hugonotes, que luchaban por los derechos que el corazón humano considera más sagrados, habían derramado su sangre en muchos campos de guerra difíciles. Los protestantes eran considerados proscritos y se ponía precio a sus cabezas; fueron cazados como bestias salvajes.

La "iglesia en el desierto", los pocos descendientes de los antiguos cristianos que sobrevivieron en la Francia del siglo XVIII, escondidos en las montañas del sur, todavía apreciaban la fe de sus padres. Arriesgándose a reunirse por la noche en las laderas de las montañas o en pantanos solitarios, fueron perseguidos por soldados de caballería y arrastrados a la esclavitud perpetua en galeras. "Los franceses más puros, más cultos e inteligentes fueron encadenados, con horribles torturas, en medio de ladrones y asesinos". Otros, tratados con más piedad, fueron fusilados a sangre fría, cayendo de rodillas y orando, indefensos y abandonados. Cientos de ancianos, mujeres indefensas y niños inocentes fueron asesinados y quedaron insepultos en el suelo, exactamente donde se reunieron. Al cruzar las laderas de las montañas o del bosque, donde solían reunirse, no era raro encontrar "a cada paso cadáveres esparcidos sobre la hierba, o colgados de los árboles". Sus campos, "arruinados por la espada, el hacha y el fuego, se volvieron vastos y sombríos".

"Estas atrocidades no se cometieron durante la Edad Media, sino en la era plena y brillante, "cuando se cultivaba la ciencia y florecían las letras; cuando los clérigos de la corte y de la capital eran hombres alfabetizados y elocuentes, que hacían gala de las gracias de la mansedumbre". y caridad".

Pero el más atroz del negro catálogo de crímenes, la más horrible de las acciones demoníacas de todos los terroríficos siglos, fue la masacre de San Bartolomé. El mundo todavía recuerda, temblando de horror, las escenas de aquel ataque extremadamente cobarde y cruel. El rey de Francia, persuadido por los sacerdotes y prelados romanos, aprobó la terrible obra. La gran campana del palacio, que repicaba en las horas muertas de la noche, fue la señal de la masacre. Miles de protestantes que dormían pacíficamente en sus casas, confiando en el comprometido honor de su rey, fueron sacados a rastras sin previo aviso y asesinados a sangre fría.

Satanás, en la persona de los fanáticos romanos, estaba a cargo. Así como Cristo fue el líder invisible de su pueblo en su liberación de la esclavitud egipcia, así Satanás fue la cabeza invisible de sus súbditos en esta siniestra obra de multiplicar los mártires. Durante siete días continuó la masacre en París; los tres primeros de una ferocidad inconcebible. Y la matanza no se limitó sólo a la ciudad, sino que por orden especial del rey se extendió a todas las provincias y ciudades donde había protestantes. No se respetó edad ni sexo. Ni el niño inocente ni el hombre canoso. Nobles y campesinos, viejos y jóvenes, madres y niños, fueron exterminados juntos. La matanza duró dos meses en toda Francia. Perecieron setenta mil de las hermosas flores de la nación.

"El Papa Gregorio XIII recibió con desenfadada alegría la noticia de la suerte de los hugonotes. El deseo de su corazón se vio satisfecho y Carlos IX era ahora su hijo favorito.

Roma se regocijó de alegría. Los cañones del castillo de Santo Ángel tronaron en un saludo festivo. En cada torre sonaron campanas. Durante toda la noche ardieron hogueras. Y Gregorio, asistido por sus cardenales y sacerdotes, siguió en magnífica procesión hasta la iglesia de São Luís, donde el cardenal de Lorena cantó el Te Deum... El grito de las multitudes agonizantes fue una suave armonía para la corte de Roma. Se acuñó una medalla para conmemorar la gloriosa masacre. Se pintó un cuadro, que aún existe en el Vaticano, que representa los principales acontecimientos de San Bartolomé. El Papa, ansioso por mostrar su gratitud a Carlos por su conducta obediente, le envió la Rosa de Oro. Y desde los púlpitos de Roma, predicadores elocuentes elogiaron a Carlos, Catalina y los líderes militares como los nuevos fundadores de la iglesia papal".

El mismo espíritu diabólico que incitó la masacre de San Bartolomé dirigió también los escenarios de la Revolución. Jesucristo fue declarado impostor y el grito burlón de los incrédulos franceses fue: "¡Aplastad al desgraciado!", refiriéndose a Cristo. La blasfemia que desafiaba al cielo y la abominable impiedad iban de la mano, y los hombres más bajos, los monstruos más despreciables de crueldad y vicio, eran los más exaltados. En todo este homenaje supremo se rindió a Satanás, mientras que Cristo, en Sus características de verdad, pureza y amor abnegado, fue crucificado.

"La bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, los vencerá y los matará". El poder ateo que gobernó en Francia durante la Revolución y el Reino del Terror, libró tal guerra contra Dios y Su santa Palabra como nunca se ha visto en todo el mundo. La Palabra de Dios fue prohibida por la asamblea nacional. Se recogieron Biblias y se quemaron públicamente en medio de todas las posibles e imaginables manifestaciones de burla. La ley de Dios fue pisoteada. Las instituciones bíblicas fueron abolidas. Se apartó el día de descanso semanal y en su lugar cada décimo día se dedicó a la juerga y la blasfemia. Estaban prohibidos el bautismo y la comunión. Se colocaron carteles en lugares destacados de los cementerios declarando que la muerte era un sueño. Eterno.

Se decía que el temor de Dios estaba muy lejos de ser el principio de la sabiduría, sino que era el principio de la estupidez. Se prohibieron todos los cultos religiosos excepto el de la libertad y la patria. "El obispo constitucional de París fue obligado a desempeñar el papel principal en la farsa más descarada y escandalosa jamás representada ante una representación nacional... Fue presentado en plena procesión y obligado a declarar ante la Convención que había enseñado durante tantos años. Fue, en todos los aspectos, una estratagema sacerdotal desprovista de fundamento ni en la Historia ni en la verdad sagrada. Negó en términos solemnes y explícitos la existencia de la Divinidad a cuyo culto estaba dedicada, para luego dedicarse a rendir homenaje a la libertad, la igualdad, la virtud y la moral. Luego colocó sobre la mesa sus adornos episcopales y recibió un abrazo fraternal del presidente de la Convención. Varios sacerdotes apóstatas siguieron el ejemplo de este prelado."

"Y los moradores de la tierra se alegrarán y se alegrarán sobre ellos, y se enviarán presentes los unos a los otros, porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra". La Francia pagana había silenciado la voz de reproche de los dos testigos de Dios. La Palabra de verdad yacía muerta en sus calles, y aquellos que odiaban las restricciones y exigencias de la ley de Dios estaban exultantes. Los hombres

desafió públicamente al Rey del Cielo. Como los pecadores de antaño, clamaron: "¿Cómo lo sabe Dios? O: ¿hay conocimiento en el Altísimo?" (Sal. 73:11).

Con audacia blasfema, casi increíble, uno de los sacerdotes de la nueva orden dijo: "Dios, si el Señor existe, venga su nombre ofendido. ¡Lo desafío! El Señor guarda silencio; No te atrevas a lanzar sus truenos. ¿Quién, después de eso, creerá en Su existencia? "Qué eco tan exacto es este de la pregunta de Faraón: "¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz?" "¡No conozco al Señor!"

"El necio dijo en su corazón: No hay Dios". (Sal. 14:1). Y el Señor declara acerca de aquellos que pervierten la verdad: "Su necesidad será manifiesta a todos". (II Timoteo 3:9). Después de que Francia renunció al culto del Dios vivo, el "Alto y Sublime que habita en la eternidad", no pasó mucho tiempo antes de que se sumergiera en una idolatría degradante mediante el culto a la diosa de la Razón, en la persona de una mujer libertina. ¡Y esto en la asamblea representativa de la nación y en presencia de sus más altas autoridades civiles y legislativas! Dice el historiador: "Una de las ceremonias de aquella época salvaje no tiene rival por su absurdo combinado con la impiedad. Las puertas de la convención se abrieron a una banda de música, seguida por los miembros del cuerpo municipal, que entraron en solemne procesión cantando una himno en el que alababa la libertad y escoltaba, como objeto de su futuro culto, a una mujer vestida con un velo y a quien llamaban diosa de la Razón, llevada ante las autoridades, le fue quitada el velo con gran ceremonia y colocada en el lado derecho. del presidente, ocasión en la que fue reconocida como bailarina de ópera... A esta persona, como representante más legítima de la razón que adoraban, la Convención Nacional Francesa rindió su público homenaje. Esta actuación impía y ridícula se transformó en moda. , y la investidura de la Diosa de la Razón fue repetida e imitada en todo el país, en los lugares donde los habitantes deseaban estar a la altura de la Revolución."

Dijo el orador que introdujo el culto a la Razón: "El fanatismo legislativo ha perdido su influencia y ha sido reemplazado por la razón. Hemos abandonado sus templos. Estos han sido renovados. Hoy, la inmensa multitud se reúne bajo su techo gótico, que, por primera vez, hará eco de la voz de la verdad. Allí los franceses celebrarán el verdadero culto a la Libertad y a la Razón. Allí presentaremos nuestros deseos de prosperidad a los ejércitos de la República. Allí abandonaremos el culto a los ídolos inanimados para seguir a la Razón, esta imagen animada, obra maestra de la creación." Cuando la diosa fue presentada a la Convención, el orador la tomó de la mano y, volviéndose hacia la asamblea, dijo: "Mortales , deja de temblar ante el trueno inofensivo de un Dios creado por tus propios miedos. No reconozcáis, en adelante, otra divinidad que la Razón. Te ofrezco tu imagen más noble y pura. Si necesitáis ídolos, sacrificad sólo aquellos como éste... Caed ante el augusto senado de la libertad, el velo de la Razón".

"La diosa, después de ser abrazada por el presidente, fue colocada en un magnífico auto y llevada, en medio de una inmensa multitud, a la Catedral de Notre Dame para ocupar el lugar de la Divinidad. Allí fue elevada al altar mayor y recibió la adoración de todos. presente."

A esto siguió, poco después, la quema pública de la Biblia. Y "la Sociedad Popular del Museo entró al salón municipal exclamando: "Vive la ¡Razón! Y llevando encima de un palo los restos medio quemados de varios libros, entre ellos ediciones condensadas del Antiguo y Nuevo Testamento, que "expiaron en un gran fuego", como dijo el presidente, "todas las necesidades que había hecho el género humano". comprometerse."

Fue el papado el que había iniciado la obra que el ateísmo estaba ahora completando. La política de Roma había creado aquellas condiciones sociales, políticas y religiosas que

rápidamente estaban llevando a Francia a la ruina. Un escritor, hablando de los horrores de la Revolución, dijo: "Estos excesos, en verdad, deben atribuirse al trono y a la iglesia". Con estricta justicia deben ser imputados a la iglesia. El papado había envenenado las mentes de los reyes contra la Reforma, como enemigo de la corona y como elemento de discordia que sería fatal para la paz y la armonía de la nación. Fue el genio de Roma el que inspiró la crueldad más horrenda y la opresión más tortuosa que procedieron de trono.

El espíritu de libertad acompañó a la Biblia. Dondequiera que se recibió el evangelio, se despertó la mente de la gente. Comenzaron a romper los grilletes que los habían mantenido como esclavos de la ignorancia, el vicio y la superstición.

Comenzaron a pensar y actuar como hombres. Los monarcas, al ver esto, temieron por su propio despotismo.

Roma no tardó en inflamar los celosos temores de los soberanos. El Papa le dijo al regente de Francia en 1525: "Esta manía [el protestantismo] no sólo destruirá la religión, sino también todos los principados, nobleza, leyes, órdenes y clases". Unos años más tarde, un dignatario papista advirtió al rey: "Si deseas preservar intactos tus derechos soberanos; si deseas mantener a las naciones en sumisión a tu majestad, en tranquilidad, defiende valientemente la fe católica y subyuga a todos tus enemigos mediante fuerza." Y los teólogos apelaron a los prejuicios del pueblo, declarando que la doctrina protestante "incita a los hombres a las innovaciones y a la estupidez; arranca del rey el afecto devoto de sus súbditos y devasta tanto a la Iglesia como al Estado." De esta manera Roma logró hacer a Francia hostil a la Reforma. "Era mantener el trono, preservar a los nobles y preservar las leyes, que el La espada de la persecución fue desenvainada por primera vez en Francia".

Los gobernantes de la nación apenas predijeron los resultados de esta desastrosa política. La enseñanza de la Sagrada Escritura habría implantado en las mentes y los corazones del pueblo los principios de justicia, templanza, verdad, equidad y benevolencia, que son la piedra angular de la prosperidad de la nación. "La justicia enaltece a las naciones". De esta manera, "con justicia se establece el trono" (Prov. 14:34; 16:12). "El efecto de la justicia será paz, y la operación de la justicia descanso y seguridad para siempre". (Isaías 32:17). Quien obedece la ley divina respetará verdaderamente las leyes de su país. El que teme a Dios honrará al rey en el ejercicio de toda autoridad justa y legítima. Pero la desafortunada Francia prohibió la Biblia y desterró a sus discípulos. Siglo tras siglo, hombres de principios e integridad, hombres de agudeza intelectual y fortaleza moral, que tuvieron el coraje de expresar sus convicciones y su fe para sufrir por la verdad, durante siglos, estos hombres trabajaron como esclavos en las galeras, perecieron en la hoguera, o podrido en las celdas del calabozo. Miles y miles encontraron seguridad en la huida; y esto continuó durante doscientos cincuenta años después del comienzo de la Reforma.

"Difícilmente hubo una generación de franceses durante este largo período que no presenciara la huida de los discípulos del evangelio para escapar de la furia loca del perseguidor, llevándose consigo la inteligencia, las artes, la industria, el orden, en el cual "Normalmente, prosperaron enormemente, resaltado, por el enriquecimiento de la tierra en la que encontraron refugio. Y en la medida en que llenaron a otros países con estos regalos precisos, privaron a su propio país de ellos. Si todo lo que había desaparecido entonces hubiera conservado en Francia; si, durante estos trescientos años, la capacidad industrial de los exiliados hubiera cultivado su suelo; si, durante estos trescientos años, sus dotes artísticas se hubieran empleado en perfeccionar su producción; si, durante estos tres siglos, su genio creativo y su poder analítico habían ido enriqueciendo su literatura y cultivando su ciencia; si su sabiduría guiaba sus consejos, su valentía peleaba sus batallas, y su equidad hacía sus leyes, y si la religión de la Biblia

para fortalecer el intelecto y gobernar la conciencia de su pueblo, ¡qué gloria envolvería hoy a Francia! ¡Qué nación tan grande, próspera y feliz, modelo para otros países, hubiera sido!

"Pero el fanatismo ciego e inexorable expulsó de su territorio a todo maestro de la virtud, a todo paladín del orden, a todo honesto defensor del trono, diciendo a los hombres que habrían dado al país 'renombre y gloria' en la Tierra: 'Elegid lo que queráis'. : la hoguera o el exilio.' Al final, la ruina del Estado fue completa; ya no quedaban más conciencias que proscribir, ni más religión que arrastrar a la hoguera, ni más patriotismo que desterrar." Y la Revolución, con todos sus horrores, fue el resultado calamitoso.

"Con la huida de los hugonotes, se produjo una decadencia general en Francia. Las prósperas ciudades manufactureras se hundieron en la decadencia; los distritos fértiles volvieron a su inculto natural; El embotamiento intelectual y el declive moral siguieron a un período de progreso inusual. París se convirtió en un gran hospicio y se estima que, al estallar la Revolución, doscientos mil pobres pidieron caridad a manos del rey. Sólo los jesuitas prosperaron en medio de una nación decadente y gobernaron con terrible tiranía iglesias, escuelas, prisiones y galeras."

El evangelio habría permitido a Francia encontrar una solución a los problemas políticos y sociales que desconcertaban la competencia de su clero, su rey y sus legisladores, y que finalmente precipitaron a la nación a la anarquía y la ruina. Sin embargo, bajo el gobierno de Roma, el pueblo había perdido las benditas lecciones del Salvador sobre la abnegación y el amor desinteresado. Habían sido desviados de la práctica de la abnegación por el bien de los demás. Los ricos no habían sido reprendidos por su opresión de los pobres; los pobres no recibieron ayuda para su servidumbre y degradación. El egoísmo de los ricos y poderosos se ha vuelto cada vez más evidente y opresivo. Durante siglos, la codicia y el libertinaje de la nobleza resultaron en una opresiva extorsión por parte de los campesinos. Los ricos explotaban a los pobres y los pobres odiaban a los ricos.

En muchas provincias, las propiedades estaban en manos de los nobles y las clases trabajadoras eran sólo inquilinos. Se encontraron a merced de los propietarios y obligados a someterse a sus exorbitantes exigencias. La carga de sostener tanto a la Iglesia como al Estado recaía sobre los hombros de las clases media y baja, que soportaban fuertes impuestos por parte de las autoridades civiles y el clero. "El placer de los nobles era considerado ley suprema; los agricultores y campesinos podían morir de hambre sin que sus opresores se preocuparan por ello... El pueblo estaba obligado a consultar en todo momento el interés exclusivo del propietario. La vida de los trabajadores agrícolas era de trabajo incesante y miseria sin alivio; si se atrevían a quejarse, sus quejas eran tratadas con insolente desprecio. Los tribunales de justicia siempre adjudicaban el caso al noble, con preferencia al campesino. Los sobornos eran abiertamente aceptados por los jueces, y el más mínimo capricho de la aristocracia tenía fuerza de ley, debido a este sistema universal de corrupción. De los impuestos robados al ciudadano común por los magnates seculares por un lado y el clero por el otro, ni siquiera la mitad se asignaba al tesoro real o episcopal. el resto se desperdiciaba en moralidad libertinaje. Y los hombres que así empobrecían a sus compatriotas estaban exentos de impuestos y nombrados por ley o costumbre para todos los cargos del Estado. Las clases privilegiadas sumaban alrededor de ciento cincuenta mil individuos, y para su satisfacción Millones fueron condenados a llevar una vida de degradación y desesperanza."

La corte estaba entregada a la lujuria y el libertinaje. Existía poca confianza entre el pueblo y los gobernantes. Se levantaron sospechas sobre todas las medidas gubernamentales, calificándolas de casuísticas y egoístas. Más de medio siglo antes de la Revolución, el trono lo ocupaba Luis XV, quien incluso en aquellos malos tiempos,

Se destacó como un monarca indolente, frívolo y sensual. Con una aristocracia depravada y cruel, una clase baja pobre e ignorante, un Estado financieramente sacudido y un pueblo enfurecido, no era necesario tener ojo de profeta para prever una terrible e inminente insurrección. A las advertencias de sus consejeros, el rey solía responder: "Intenta que las cosas sigan mientras yo pueda vivir; después de mi muerte, pase lo que pase". Fue en vano que se insistiera al rey en la necesidad de una reforma. Vio los males, pero no tuvo el coraje ni la energía para afrontarlos. La ruina que se avecinaba para Francia quedó, sin embargo, verdaderamente configurada en su respuesta indolente y egoísta: "¡Después de mí, la inundación!"

Aprovechando los celos de los reyes y de las clases dominantes, Roma había influido en ellos para que mantuvieran al pueblo en esclavitud, sabiendo bien que el Estado se debilitaría, y con la intención, por estos medios, de atrapar tanto a los príncipes como al pueblo en cautiverio. Mediante una política muy astuta se dio cuenta de que, para esclavizar eficazmente a los hombres, los grilletes debían aplicarse a sus almas, y que la forma más segura de impedirles escapar de su esclavitud era hacerlos incapaces de liberarse a sí mismos. Mil veces más terrible que el sufrimiento físico resultante de su política fue la degradación moral. Despojados de las Sagradas Escrituras y abandonados a las enseñanzas del fanatismo y el egoísmo, el pueblo quedó sumergido en la ignorancia y la superstición y sumergido en el vicio, de modo que era totalmente incapaz de gobernarse a sí mismo.

Pero el resultado de todo esto fue totalmente diferente al que Roma había planeado. En lugar de mantener a las masas en ciega sumisión a sus dogmas, su trabajo resultó en convertirlas en incrédulos y revolucionarios. Despreciaban el romanismo como politiquería clerical. Consideraban al clero como un partido opresivo. El único dios que conocían era el dios de Roma; su enseñanza era la única religión. Concebían su ambición y crueldad como el fruto legítimo de la Biblia y no querían tener nada que ver con ello.

Roma había tergiversado el carácter de Dios y pervertido Sus afirmaciones, y ahora los hombres rechazaban tanto la Santa Biblia como su Autor. Había exigido una fe ciega en sus dogmas, bajo la supuesta sanción de las Escrituras. En reacción, Voltaire y sus correligionarios dejaron completamente de lado la Palabra de Dios, esparciendo el veneno de la incredulidad por todas partes. Roma había pisoteado al pueblo con su tiranía de hierro; ahora las masas, degradadas y brutalizadas, en su desapego de la tiranía, se han deshecho de todas las restricciones. Furiosos por el flagrante fraude al que habían honrado durante tanto tiempo, rechazaron la verdad y la mentira a la vez; y, confundiendo libertinaje con libertad, los esclavos del vicio se regocijaban en su libertad imaginaria.

Al comienzo de la Revolución, mediante una concesión del rey, se permitió al pueblo tener una representación mayor que la de la nobleza y el clero juntos. De modo que el equilibrio de poder estaba en sus manos. Pero no estaban dispuestos a utilizarlo con prudencia y moderación. Deseosos de reparar los males que habían sufrido, decidieron emprender la reconstrucción de la sociedad. Una multitud maltratada, cuya mente estaba llena de amargos recuerdos alimentados durante mucho tiempo, decidió cambiar radicalmente aquella insoportable situación de miseria, vengándose de quienes consideraban los autores de su sufrimiento. Los oprimidos pusieron en práctica la lección que habían aprendido de la tiranía y se convirtieron en opresores de quienes los habían pisoteado.

La desgraciada Francia recogió con sangre la cosecha que había sembrado. Terribles fueron los resultados de su sumisión al poder subyugador de Roma. Donde Francia, bajo

La influencia del romanismo, erigió la primera hoguera, al inicio de la Reforma, la Revolución montó su primera guillotina. Exactamente en el mismo momento en que fueron quemados los primeros mártires de la fe protestante en el siglo XVI, las primeras víctimas fueron guillotinas en el siglo XVIII. Al rechazar el evangelio que le habría traído sanidad, Francia había abierto la puerta a la incredulidad y la ruina. Cuando se dejaron de lado las restricciones de la ley de Dios, se descubrió que las leyes de los hombres eran inadecuadas para detener las poderosas mareas de la pasión humana, y por eso la nación se hundió en la rebelión y la anarquía. La guerra contra la Biblia marcó el comienzo de una era que permanece en la historia mundial como el "Reinado del Terror". La paz y la felicidad fueron desterradas de los hogares y de los corazones de los hombres. Nadie se sintió seguro. Lo que hoy tuvo éxito, mañana será blanco de sospechas y condenas. La violencia y la codicia ejercían un control innegable.

El rey, el clero y la nobleza se vieron obligados a someterse a las atrocidades de un pueblo excitado y enloquecido. Su sed de venganza sólo fue saciada con la ejecución del rey; y los que habían decretado su muerte pronto lo siguieron en el cadalso. Se ordenó una ejecución general de todos los sospechosos de hostilidad contra la Revolución. Las cárceles estaban superpobladas, con una población carcelaria de más de doscientos mil presos. Las ciudades del reino estaban llenas de escenas de horror. Un partido de revolucionarios estaba contra otro, y Francia se convirtió en un vasto campo de contienda para las masas opositoras controladas por la furia de sus pasiones. "En París, los disturbios se sucedieron y los ciudadanos se dividieron en una mezcolanza de facciones que parecían no tener más en mente que la eliminación mutua". Y para empeorar la miseria general, la nación se vio envuelta en una guerra prolongada y devastadora con las grandes potencias de Europa. "El país estaba casi en quiebra, el ejército protestaba contra la morosidad en el pago de los salarios, los parisinos pasaban hambre, las provincias estaban assoladas por bandidos y la civilización estaba casi extinguida por la anarquía y el libertinaje".

El pueblo había aprendido bien las lecciones de crueldad y tortura que Roma había enseñado con tanta diligencia. Finalmente había llegado el día de la retribución. Ahora ya no eran los discípulos de Jesús los que ocupaban las mazmorras y sufrían torturas. Los creyentes hacía tiempo que habían perecido o habían sido enviados al exilio. Roma sentía ahora el poder despiadado de aquellos a quienes había entrenado para deleitarse en actos sedientos de sangre. "El ejemplo de persecución que el clero francés había dado durante tantos siglos, se volvió ahora contra sí mismo con tremendo vigor. Los patíbulos se volvieron rojos con la sangre de los sacerdotes. Las galeras y prisiones, antes llenas de hugonotes, ahora estaban abarrotadas con sus perseguidores. Encadenado al banco o trabajando en los remos, el clero católico romano experimentó todas las desgracias que su iglesia había infligido tan libremente a los pacíficos herejes".

"Luego vinieron los días en que el más salvaje de todos los códigos era implementado por los tribunales más bárbaros, en los que ningún hombre podía saludar a sus vecinos u ofrecer oraciones... sin peligro de cometer un crimen capital, en los que los espías acechaban en cada rincón. ; donde cada mañana la guillotina trabajaba rápida e ininterrumpidamente; donde las cárceles estaban tan llenas como la bodega de un barco negrero; donde sangre espumosa corría de las alcantarillas al río Sena... Mientras carros llenos de víctimas eran conducidos hacia su destino fatal por las calles de París, los procónsules, que la comisión soberana había enviado a las provincias, se regocijaban con un espectáculo de crueldad desconocido incluso en la capital. La hoja de la máquina mortal subía y bajaba muy lentamente para realizar su trabajo mortal. Largas filas de prisioneros fueron abatidas por disparos de ametralladora. Había agujeros en el fondo de los barcos llenos de gente. Lyon se ha convertido en un desierto. En Arras, a los prisioneros se les negaba incluso la cruel misericordia de una muerte rápida. Hacia

A lo largo del Loira, desde Saumur hasta el mar, grandes bandadas de cuervos y milanos se alimentaban de los cadáveres desnudos, entrelazados en espantosos abrazos. No se tuvo piedad ni del sexo ni de la edad. El número de chicos y chicas de diecisiete años que fueron asesinados por ese gobierno execrable debe calcularse en centenares. Los niños pequeños separados violentamente de sus madres fueron arrojados de lanza en lanza a lo largo de las filas jacobinas." En el corto espacio de diez años, millones de seres humanos fueron asesinados.

Todo esto sucedió como quería Satanás. Por eso había trabajado durante siglos. Su política es el engaño desde el principio hasta el fin, y su firme propósito es traer desgracia y miseria a los hombres, desfigurar y contaminar la obra de Dios, pervertir los propósitos divinos de la benevolencia y el amor, y así producir dolor en los seres humanos. mundo, el Cielo, y luego, con sus artes engañosas, ciega las mentes de los hombres y los lleva a acusar a Dios por los males de su obra, como si toda esta miseria fuera el resultado del plan del Creador. De manera similar, cuando aquellos que han sido degradados y brutalizados por su cruel poder obtienen su libertad, los incita a cometer excesos y atrocidades. Así pues, los tiranos y opresores señalan este cuadro de libertinaje desenfrenado como una ilustración de los resultados de la libertad.

Cuando se descubre un error disfrazado, Satanás sólo lo enmascara bajo una apariencia diferente, y las multitudes lo reciben con tanto entusiasmo como al principio. Cuando el pueblo descubrió que el romanismo era un engaño, y que Satanás ya no podía inducirlos a transgredir la ley de Dios a través de este agente, los instigó a considerar todas las religiones como un truco y las Sagradas Escrituras como una fábula; y, marginando los estatutos divinos, se entregaron a la iniquidad rampante.

El error fatal que trajo tanta desgracia a los habitantes de Francia fue la ignorancia de esta única y gran verdad: que la libertad legítima está dentro de las prescripciones de la ley de Dios. "¡Ah! ¡Si hubieras escuchado Mis mandamientos! Entonces vuestra paz será como el río, y vuestra justicia como las olas del mar." "Los impíos no tienen paz, dijo el Señor." "Pero el que me escucha habitará seguro, y estará tranquilo del temor del mal." (Isaías 48:18 y 22; Proverbios 1:33).

Ateos, incrédulos y apóstatas se oponen a la ley de Dios y la acusan; pero los resultados de su influencia prueban que el bienestar del hombre está relacionado con la obediencia a los estatutos divinos. Aquellos que no hayan leído esta lección en el Libro de Dios están invitados a leerla en la historia de las naciones.

Cuando Satanás obró a través de la iglesia de Roma para desviar a los hombres de la obediencia, hizo que su actividad quedara oculta, y su obra estaba tan disfrazada que la degradación y la miseria resultantes no se consideraban fruto de la transgresión. Y su poder quedó tan neutralizado por la operación del Espíritu de Dios que se impidió que sus propósitos alcanzaran su pleno cumplimiento. El pueblo no pensó en el efecto en relación con la causa ni descubrió el origen de sus miserias. Pero en la Revolución, la ley de Dios fue abiertamente ignorada por el Consejo Nacional. Y en el reinado de terror que siguió, todos pudieron ver la operación de causa y efecto.

Cuando Francia prohibió públicamente la Biblia, los hombres malvados y los espíritus oscuros se regocijaron al lograr su objetivo largamente deseado: un reino libre de las limitaciones de la ley de Dios. Debido a que la sentencia contra la mala obra no se aplicó inmediatamente, los corazones de los hijos de los hombres estaban "plenamente dispuestos a hacer el mal" (Ecl. 8:11). Pero la transgresión de una ley justa y recta debe resultar inevitablemente en miseria y ruina. Aunque no fue inmediatamente visitada por juicios, la impiedad de los hombres seguramente estaba desarrollando su condena. Siglos de apostasía y crimen habían estado acumulando ira para el día de la retribución. Y cuando la copa de su iniquidad estuvo llena, los que menospreciaban

Dios aprendió demasiado tarde lo terrible que es haber agotado la paciencia divina. El Espíritu moderador de Dios, que pone límites al cruel poder de Satanás, fue eliminado en gran medida, y aquel cuyo único deleite es la desgracia humana quedó libre para realizar su voluntad. Aquellos que habían elegido el servicio de la rebelión quedaron para cosechar sus frutos, hasta que la tierra se llenó de crímenes demasiado horribles para que la pluma los pudiera describir. Desde las provincias devastadas y las ciudades arruinadas se escuchó un grito terrible, un grito de amarga angustia. Francia fue sacudida como por un terremoto. La religión, las leyes, el orden social, la familia, el Estado y la Iglesia, todo fue destruido por la mano malvada que se había levantado contra la ley de Dios. En verdad dijo el sabio: "El impío caerá por su propia maldad". "Aunque un pecador haga el mal cien veces, y sus días se prolonguen, sé con certeza que a los que temen a Dios les irá bien, a los que temen delante de Él. Pero no les irá bien a los impíos". (Ecl. 8:12 y 13).

"Odiaron el conocimiento y no prefirieron el temor del Señor"; "Por tanto, comerán del fruto de su camino y se saciarán de sus propios consejos". (Proverbios 1:29 y 31).

Los testigos fieles de Dios, asesinados por el poder blasfemo que surgió "del abismo", no deben permanecer en silencio por más tiempo. "Después de aquellos tres días y medio, entró en ellos el espíritu de vida de Dios; y se pusieron de pie, y gran temor cayó sobre los que los veían". (Apocalipsis 11:11). Fue en 1793 cuando el decreto que abolía la Biblia pasó por la asamblea francesa. Tres años y medio después, la misma cámara legislativa adoptó una resolución que derogaba el decreto y concedía tolerancia a las Escrituras. El mundo quedó asombrado ante la enormidad de la culpa resultante del rechazo de los Oráculos Sagrados, y los hombres reconocieron la necesidad de la fe en Dios y su Palabra como fundamento de la virtud y la moralidad. Dice el Señor: "¿A quién habéis desafiado y blasfemado? ¿Y contra quién has alzado tu voz y alzado tus ojos en alto? Contra el Santo de Israel". (Isaías 37:23).

"Por tanto, he aquí, yo les haré saber, esta vez les haré saber mi mano y mi poder, y sabrán que mi nombre es Jehová". (Jeremías 16:21).

Respecto a los dos testigos, el profeta también declaró: "Y oyeron una gran voz del cielo que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos los vieron". (Apocalipsis 11:12). Desde que Francia hizo la guerra a los dos testigos de Dios, han sido honrados como nunca antes. En 1804 se organizó la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. Luego surgieron organizaciones similares con numerosas filiales en el continente europeo. En 1816 se fundó la Sociedad Bíblica Estadounidense. Cuando se formó la Sociedad Británica, la Biblia se imprimió y distribuyó en cincuenta idiomas. Desde entonces ha sido traducido a más de doscientos idiomas y dialectos. Gracias a los esfuerzos de las Sociedades Bíblicas, desde 1804 se han distribuido más de 187.000.000 de ejemplares de la Biblia.

Durante los cincuenta años anteriores a 1792 se había prestado poca atención al trabajo de las misiones extranjeras. No se instituyó ninguna sociedad nueva y sólo unas pocas iglesias hicieron algún esfuerzo por propagar el cristianismo en tierras paganas. Pero a finales del siglo XVIII se produjo un gran cambio. Los hombres estaban insatisfechos con los resultados del racionalismo y comprendieron la necesidad de una revelación divina y una religión experimental. El devoto Carey, que en 1793 se convirtió en el primer misionero inglés en la India, reavivó la llama del esfuerzo misionero en Inglaterra. En Estados Unidos, veinte años después, el celo de una sociedad de estudiantes, entre los que se encontraba Adoniram Judson, dio como resultado la formación de la Junta Estadounidense de Misiones Extranjeras, bajo cuyos auspicios Judson viajó como misionero desde Estados Unidos a Birmania. Desde entonces, el trabajo de las misiones extranjeras ha experimentado un crecimiento sin precedentes.

Las mejoras en la imprenta han dado impulso a la obra de hacer circular la Santa Biblia. La creciente facilidad de comunicación entre diferentes países, la ruptura de viejas barreras de prejuicios y exclusivismo nacional, y la pérdida de poder secular por parte del pontífice de Roma, han abierto el camino para la entrada de la Palabra de Dios. Durante algunos años la Biblia se vendió sin obstáculos en las calles de Roma y ahora se lleva a todas partes del mundo habitable.

El incrédulo Voltaire dijo una vez con arrogancia: "Estoy cansado de oír a la gente decir que doce hombres establecieron la religión cristiana. Voy a demostrar que un solo hombre es suficiente para ponerle fin". Han pasado más de doscientos años desde su muerte. Millones de personas se han alistado en la guerra contra la Biblia. Pero está tan lejos de ser destruido que, donde en tiempos de Voltaire había cien, hoy hay diez mil, o más bien cien mil ejemplares del Libro de Dios. En palabras de un antiguo reformador acerca de la iglesia cristiana: "La Biblia es un yunque que ha desgastado muchos martillos". El Señor dijo: "Todo instrumento preparado contra ti no prosperará; y toda lengua que se levante contra ti para juzgar, condenarás". (Isaías 54:17).

"La Palabra de nuestro Dios permanece para siempre". "Todos sus mandamientos son fieles. Permanecen por los siglos de los siglos; se cumplen en verdad y justicia". (Sal. 111:7 y 8). Todo lo que esté construido sobre la autoridad del hombre será derribado; pero aquello que está fundado sobre la roca de la inmutable Palabra de Dios permanecerá para siempre.

Capítulo 16

Los padres Peregrinos

Los reformadores ingleses, a pesar de renunciar a las doctrinas del romanismo, habían conservado muchas de sus formas. Así, aunque se rechazaba la autoridad y el credo de Roma, no pocas de sus costumbres y ceremonias fueron incorporadas al culto de la Iglesia Anglicana. Se argumentó que estas cosas no implicaban cuestiones de conciencia. Aunque no están ordenados en las Escrituras y, por lo tanto, no son esenciales, no deben prohibirse, ya que no contienen nada intrínsecamente malo. Su observancia tendió a reducir el abismo que separaba a las iglesias reformadas de Roma. Se concluyó que promoverían la aceptación de la fe protestante por parte de los romanistas.

Estos argumentos parecieron concluyentes para los conservadores y los conciliadores. Había, sin embargo, otra clase que no pensaba así. El hecho de que estas costumbres tendieran a salvar el abismo entre Roma y la Reforma era, en su opinión, un argumento irrefutable contra su conservación. Consideraban estas formas como distintivas de la esclavitud de la que habían sido liberados y a la que no sentían ninguna disposición a regresar. Razonaron que Dios, en Su Palabra, estableció pautas para la dirección de Su adoración, y que los hombres no están en libertad de agregarles o eliminarlas. El comienzo de la gran apostasía consistió en hacer de la autoridad de la iglesia un complemento de la autoridad de Dios. Roma comenzó a imponer lo que Dios no había prohibido y terminó prohibiendo lo que Él había ordenado explícitamente.

Muchos deseaban ardientemente volver a la pureza y sencillez que caracterizaban a la iglesia primitiva. Consideraban muchas de las costumbres establecidas por la Iglesia Anglicana como monumentos a la idolatría y no podían, en conciencia, unirse a su culto. Pero la iglesia, con el apoyo de la autoridad civil, no permitió ningún desacuerdo sobre sus formas. La asistencia a los servicios era obligatoria por ley y las reuniones no autorizadas estaban prohibidas bajo pena de prisión, exilio y muerte.

A principios del siglo XVII, el recién ascendido monarca de Inglaterra declaró su decisión de hacer que los puritanos "se conformaran o fueran afligidos, fuera del país o algo peor". Perseguidos y encarcelados, no veían ningún atisbo de días mejores en el futuro y se entregaron a la convicción de que, para quienes querían servir a Dios según los dictados de su conciencia, "Inglaterra había dejado para siempre de ser un lugar habitable". ". Después de todo, algunos decidieron buscar refugio en los Países Bajos. Allí terminaron encontrando dificultades, pérdidas y encarcelamiento. Sus propósitos fueron frustrados, traicionados y entregados en manos de sus enemigos. Pero finalmente triunfó la inflexible perseverancia y encontraron refugio en las costas amigas de la república holandesa.

En su huida, abandonaron sus hogares, posesiones y medios de vida. Eran extraños en una tierra extraña, entre un pueblo con lenguas y costumbres diferentes. Se vieron obligados a recurrir a nuevas y diferentes ocupaciones a las que no estaban acostumbrados, para ganarse el pan. Los hombres de mediana edad que habían dedicado su vida a cultivar la tierra ahora tenían que aprender oficios mecánicos. Pero aceptaron gustosos la situación y no perdieron el tiempo en ociosidades o lloriqueos. Aunque a menudo se sentían oprimidos por la pobreza, agradecían a Dios por las bendiciones que todavía les había concedido y encontraban gozo en una comunión espiritual tranquila. "Ellos sabían

que eran peregrinos y no miraban mucho estas cosas, sino que alzaban los ojos al Cielo, a su patria más querida, y calmaban sus espíritus."

En medio del exilio y las dificultades, su amor y su fe se fortalecieron. Confiaron en las promesas del Señor y Él nunca les falló en momentos de necesidad. Sus ángeles estaban a su lado para animarlos y apoyarlos. Y cuando la mano de Dios pareció señalarles, al otro lado del mar, una tierra en la que podrían fundar un Estado y dejar a sus hijos una preciosa herencia de libertad religiosa, siguieron adelante sin dudar por el camino que les indicó la Providencia. .

Dios había permitido que sobrevinieran pruebas a su pueblo para prepararlo para el cumplimiento de su misericordioso propósito. La iglesia había sido humillada para poder ser exaltada. El Señor estaba a punto de revelar Su poder a favor de ella, para darle al mundo otra demostración de que Él no abandonará a quienes confían en Él. Había ejercido control sobre los acontecimientos, para hacer que la ira de Satanás y las conspiraciones de los hombres malvados redundaran en su gloria y condujeran a

Lleva a tu gente a un lugar seguro. La persecución y el exilio estaban allanando el camino hacia la libertad.

Cuando inicialmente se vieron obligados a separarse de la Iglesia Anglicana, los puritanos se unieron en un pacto solemne como pueblo libre del Señor, "para andar en todos Sus caminos, dados a conocer o para ser conocidos". Aquí estaba el verdadero espíritu de la Reforma, el principio vital del protestantismo. Fue con este propósito que los peregrinos abandonaron Holanda en busca de un hogar en el Nuevo Mundo. John Robinson, su pastor, a quien providencialmente se le impidió acompañarlos, dijo en su discurso de despedida a los exiliados:

"Hermanos, estamos a punto de partir, y el Señor sabe si viviré para volver a ver vuestros rostros. Pero, lo permita el Señor o no, os exhorto delante de Dios y de sus santos ángeles a que no me sigáis más de lo que yo he seguido a Cristo. Si Dios os revela algo a través de cualquier otro instrumento suyo, estad tan preparados para recibirlo como siempre lo habéis recibido cualquier verdad a través de mi ministerio; porque estoy seguro que el Señor tiene más verdad y luz que emanar de Su Palabra".

"Por mi parte, no puedo lamentar lo suficiente la condición de las iglesias reformadas, que han llegado a un punto en su religión y no han ido más allá de los instrumentos de su reforma. No se puede inducir a los luteranos a ir más allá de lo que vio Lutero, y los calvinistas, como comprenderán, se detuvieron donde los dejó ese gran hombre de Dios, que, sin embargo, no había visto todas las cosas. Ésta es una miseria de la que tenemos mucho que lamentar; porque aunque fueron luces brillantes en su tiempo, no penetraron todo el consejo de Dios. Pero si estuvieran vivos hoy, estarían tan dispuestos a abrazar la luz adicional como lo hicieron con la que recibieron por primera vez".

"Acordaos del pacto de vuestra iglesia, en el cual os comprometisteis a andar en todos los caminos del Señor, ya sean conocidos o por conocer. Acordaos de la promesa y el pacto que hicisteis con Dios y entre vosotros, de acoger con agrado cualquier luz y la verdad que os ha sido dada a conocer por su Palabra escrita. Pero además, os ruego, guardaos de lo que recibís como verdad. Examinadlo, considéralo, compáralo con otros versículos de la verdad antes de que lo recibieran, porque no es posible que el mundo cristiano debería emerger tan recientemente de la pesada oscuridad espiritual, y que la perfección del conocimiento debería alcanzarse de inmediato".

Fue el deseo de libertad de conciencia lo que inspiró a los peregrinos a afrontar los peligros del largo viaje a través del mar, a soportar las dificultades y

peligros de las selvas y poniendo, con la bendición de Dios, en las playas de América, los cimientos de una nación poderosa. Por sinceros y temerosos de Dios que fueran, los peregrinos aún no habían comprendido el gran principio de la tolerancia religiosa. La libertad por la que tanto sacrificaron no estaban igualmente dispuestos a concederla a otros. "Muy pocos, incluso entre los pensadores y moralistas más eminentes del siglo XVII, tenían una concepción correcta del gran principio resultante de las enseñanzas del Nuevo Testamento, que reconoce a Dios como el único juez de la fe humana". La doctrina de que Dios ha confiado a la iglesia el derecho de gobernar la conciencia y de definir y castigar la herejía es uno de los errores papales más profundamente arraigados.

Aunque los reformadores rechazaron el credo de Roma, no estaban completamente libres de su espíritu intolerante. La densa oscuridad en que, a lo largo de sus largos siglos de predominio, el papado había envuelto a toda la cristiandad, aún no se había disipado por completo. Uno de los principales ministros de la Colonia de la Bahía de Massachusetts dijo: "Fue la tolerancia lo que hizo al mundo anticristiano; y la iglesia nunca sufrió daño por el castigo de los herejes". Los colonos adoptaron un reglamento que establecía que sólo los miembros de la iglesia podían participar en el gobierno civil.

Se formó una especie de iglesia estatal y todo el pueblo estaba obligado a contribuir al mantenimiento del clero; a los magistrados se les dio autoridad para erradicar la herejía.

Así, el poder secular quedó en manos de la iglesia. No pasó mucho tiempo para que estas medidas condujeran a un resultado inevitable: la persecución.

Once años después de la fundación de la primera colonia, Roger Williams viajó al Nuevo Mundo. Como los primeros peregrinos, llegó a disfrutar de la libertad religiosa; pero, a diferencia de ellos, vio lo que tan pocos en su tiempo habían visto: que esta libertad era un derecho inalienable de todos, cualquiera que fuera su credo. Era un ardiente buscador de la verdad y, junto con Robinson, sostenía que era imposible que alguna vez se hubiera recibido toda la luz de la Palabra de Dios.

Williams "fue la primera persona de la cristiandad moderna en afirmar, en su plenitud, la doctrina de la libertad de conciencia, la igualdad de opiniones ante la ley". Declaró que era deber del magistrado restringir el crimen, pero nunca controlar la conciencia. "El público o los magistrados pueden decidir", dijo, "lo que el hombre debe al hombre; pero cuando intentan prescribir los deberes del hombre para con Dios, están fuera de su lugar y no puede haber seguridad; porque es Está claro que si el magistrado tiene este poder, puede decretar un conjunto de opiniones o creencias hoy y otro mañana, como hicieron en Inglaterra diferentes reyes y reinas, y diferentes papas y concilios de la Iglesia Romana, de modo que esta creencia se convierta en Sería un montón de confusión."

La asistencia a los servicios religiosos oficiales era obligatoria bajo pena de multa o prisión. "Williams condenó la ley; el peor estatuto del código inglés era el que hacía obligatoria la asistencia a la iglesia parroquial. Consideraba que obligar a los hombres a unirse a aquellos de un credo diferente era una violación abierta de sus derechos naturales; arrastrar a los hombres al culto público, los irreligiosos y los que no estaban dispuestos a hacerlo, parecía exigir hipocresía. También dijo que "nadie debe ser obligado a proporcionarlo o pagarlo en contra de su voluntad. '¿Qué?', exclamaron sus oponentes, aterrorizados por su doctrinas, '¿no es el trabajador digno de su salario?' "Sí", respondió, "de aquellos que lo contratarían".

Roger Williams fue respetado y amado como un ministro fiel y un hombre de dotes excepcionales, de integridad inquebrantable y verdadera benevolencia; sin embargo, su inalterable negación del derecho de los magistrados civiles a tener autoridad sobre la iglesia y su petición de libertad religiosa no podían ser tolerados. Se insistió en que la aplicación de esta nueva doctrina "subvertiría el Estado y el gobierno fundamental del país". Williams fue condenado al destierro de las colonias y, finalmente, para evitar la prisión, fue

obligados a huir a un bosque inexplorado, en medio del frío y las tormentas invernales.

Dijo: "Durante catorce semanas fui dolorosamente golpeado por las inclemencias del tiempo, sin saber qué era pan o cama. Pero los cuervos me alimentaron en el desierto". Y un árbol hueco a menudo le servía de refugio. Así Roger Williams continuó su dolorosa huida a través de la nieve y bosques inexplorados, hasta que encontró refugio en una tribu india, cuya confianza y afecto se había ganado mientras se esforzaba por enseñarles las verdades del evangelio.

Dirigiéndose finalmente, tras meses de cambios y vagabundeos, hacia las playas de la bahía de Narragansett, Williams sentó allí las bases del primer Estado de los tiempos modernos que, en el sentido más amplio, reconoció el derecho a la libertad religiosa. El principio fundamental de la colonia de Roger Williams era "que todo hombre debería tener la libertad de adorar a Dios según los consejos de su propia conciencia". Su pequeño estado, Rhode Island, se convirtió en el refugio de los oprimidos, y creció y prosperó hasta que sus principios básicos —libertad civil y religiosa—

se convirtieron en las piedras angulares de la República Americana.

En el noble y antiguo documento que nuestros antepasados establecieron como su carta de derechos, la Declaración de Independencia, declararon: "Consideramos que es evidente por sí misma la verdad de que todos los hombres son creados iguales; que su Creador los ha dotado de ciertas derechos inalienables, que entre ellos se encuentran el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad". Y la Constitución garantiza, en los términos más explícitos, la inviolabilidad de la conciencia: "Nunca se exigirá ningún prerrequisito religioso como requisito para ningún cargo de confianza pública en los Estados Unidos". "El Congreso no dictará ninguna ley respecto del establecimiento de una religión o que prohíba su libre ejercicio".

"Los autores de la Constitución reconocieron el principio eterno de que la relación del hombre con su Dios está por encima de la legislación humana y que su derecho a la conciencia es inalienable. No fue necesario ningún razonamiento elaborado para establecer esta verdad. Somos conscientes de ello en nuestras propias profundidades. Es esta conciencia la que, desafiando las leyes humanas, ha sostenido a tantos mártires en la tortura y en las llamas. Sentían que su deber para con Dios era superior a los decretos humanos y que ningún hombre podía ejercer autoridad sobre su conciencia. Es un principio innato que nada puede erradicar."

Cuando la noticia se difundió por los países europeos, hablando de una tierra donde cada hombre podía disfrutar del fruto de su propio trabajo, prestando atención a las convicciones de su conciencia, miles de personas acudieron en masa a las costas del Nuevo Mundo. Las colonias se multiplicaron rápidamente. "Massachusetts, por ley especial, dio la bienvenida y brindó asistencia, a expensas del Estado, a los cristianos de cualquier nacionalidad que huyeron a través del Atlántico 'para escapar de la guerra o el hambre, o de la opresión de sus perseguidores'. Y los oprimidos fueron, por ley, invitados de la comunidad." Veinte años después del primer desembarco en Plymouth, miles de otros peregrinos se habían establecido en Nueva Inglaterra.

Para lograr el objetivo que perseguían, "se contentaban con obtener ingresos limitados a cambio de una vida de parsimonia y trabajo duro. No exigían nada de la tierra más que el retorno razonable de su propio trabajo. Ninguna visión de oro proyectaba una solución engañosa". Luz en su camino... Estaban contentos con el progreso lento pero seguro de su política social. Soportaron pacientemente las privaciones de las regiones incultas, regando el árbol de la libertad con sus lágrimas y el sudor de su frente, hasta que tomó profundamente raíces en la tierra."

La Biblia era considerada el fundamento de la fe, la fuente de la sabiduría y la carta de libertad. Sus principios se enseñaban diligentemente en el hogar, la escuela y la iglesia, y sus frutos se manifestaban en ahorro, inteligencia, pureza y templanza.

Uno podía residir durante años en los asentamientos puritanos "y no ver a un borracho ni oír una maldición ni encontrarse con un mendigo". Se ha demostrado que los principios de la Biblia son la salvaguardia más segura de la grandeza nacional. Las colonias débiles y aisladas se convirtieron en una confederación de estados poderosos, y el mundo observó con admiración la paz y la prosperidad de "una iglesia sin papa y un estado sin rey".

Pero las playas de América eran continuamente atraídas por multitudes, impulsadas por motivos diametralmente opuestos a los que movieron a los primeros peregrinos. Si bien la fe y la pureza primitiva ejercieron un poder amplio y formador, su influencia fue cada vez menor a medida que aumentaba el número de aquellos que buscaban sólo ventajas mundanas.

La legislación adoptada por los primeros colonos, que permitía que sólo los miembros de la iglesia tuvieran derecho a votar y ocupar cargos públicos, tuvo los resultados más desastrosos. Esta medida había sido aceptada como un medio para preservar la pureza del Estado, pero resultó en la corrupción de la iglesia. Como la profesión religiosa es la condición para el derecho a votar y a ocupar cargos públicos, muchos, impulsados únicamente por razones de interés mundano, se unieron a la iglesia sin experimentar, sin embargo, un cambio de opinión. Así, las iglesias llegaron a estar compuestas, en gran medida, por personas no convertidas. Incluso en el ministerio había quienes no sólo tenían errores doctrinales, sino que ignoraban el poder renovador del Espíritu Santo. Así quedaron nuevamente demostrados los malos resultados, tan a menudo presenciados en la historia de la iglesia, desde los días de Constantino hasta el presente, del intento de edificar la iglesia con la ayuda del Estado, apelando al poder secular en apoyo de la Iglesia. evangelio de Aquel que declaró: "Mi reino no es de este mundo". (Juan 18:36). La unión de Iglesia y Estado, por leve que sea, y aunque parezca acercar al mundo a la Iglesia, en realidad sólo la acerca al mundo.

Sus descendientes han perdido de vista el gran principio tan noblemente defendido por Robinson y Roger Williams: que la verdad es progresiva, que los cristianos deben estar dispuestos a aceptar toda la luz que pueda brillar de la Santa Palabra de Dios. Las iglesias protestantes de América, así como las de Europa, tan favorecidas al recibir las bendiciones de la Reforma, no lograron avanzar en el camino que se había trazado. Aunque de vez en cuando surgía una lucha de hombres fieles para proclamar una nueva verdad y exponer el error tan acariciado, la mayoría, como los judíos de la época de Cristo o los papistas de la época de Lutero, se contentaban con creer como creían. y vivir como ellos vivieron.

En consecuencia, la religión degeneró nuevamente en formalismo, y los errores y supersticiones que se habrían dejado de lado si la iglesia hubiera continuado caminando a la luz de la Palabra de Dios, quedaron retenidos en el corazón. Así, el espíritu inspirado por la Reforma desapareció gradualmente, hasta que hubo una necesidad de reforma tan grande en las iglesias protestantes como en la iglesia romana de la época de Lutero. Había la misma mundanalidad y estupor espiritual, la misma reverencia por las opiniones de los hombres y la sustitución de las enseñanzas de la Palabra de Dios por teorías humanas.

La amplia circulación de las Sagradas Escrituras a principios del siglo XIX, y la gran luz que así se derramó sobre el mundo, no fueron seguidas por un avance correspondiente en el conocimiento de la verdad revelada y en la religión experimental. Satanás no pudo, como en siglos anteriores, privar al pueblo de la Palabra de Dios. esto fue colocado

al alcance de todos. Sin embargo, con la intención de seguir cumpliendo su objetivo, llevó a muchos a considerarlo de poca importancia. Los hombres descuidaron investigar las Escrituras y, por lo tanto, continuaron aceptando interpretaciones falsas y apreciando doctrinas que no tenían fundamento en la Biblia.

Al observar el fracaso de sus esfuerzos por aplastar la verdad mediante la persecución, Satanás utilizó nuevamente el plan de compromiso, que resultó en la gran apostasía y la formación de la Iglesia de Roma. Indujo a los cristianos a aliarse, no con los paganos, sino con aquellos que, por su devoción a las cosas de este mundo, habían demostrado ser verdaderamente idólatras como lo eran los adoradores de imágenes talladas. Y los resultados de esta unión no fueron entonces menos perniciosos que los de siglos anteriores: se alentaron el orgullo y la extravagancia bajo el disfraz de la religión, y las iglesias se corrompieron. Satanás continuó pervirtiendo las doctrinas de las Sagradas Escrituras, y las tradiciones que habían sido la ruina de millones estaban echando raíces profundas. La iglesia sostuvo y defendió estas tradiciones, en lugar de luchar por "la fe que una vez fue dada a los santos". Así se degradaron los principios por los cuales los reformadores habían hecho tanto y sufrido tanto.

Capítulo 17

Los heraldos de la mañana

Una de las verdades más solemnes y gloriosas reveladas en la Biblia es la de la segunda venida de Cristo para completar la gran obra de la redención. Al pueblo de Dios, que durante tanto tiempo ha vagado en "la región y la sombra de la muerte", se le da una esperanza valiosa e inspiradora de gozo, en la promesa de la aparición de Aquel que es "la resurrección y la vida", para "tomar sus vidas". niños exiliados de nuevo en casa. La doctrina de la segunda venida es verdaderamente la nota clave de las Sagradas Escrituras.

Desde el día en que la primera pareja dio la espalda al Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido para romper el poder del destructor y devolverlos nuevamente al Paraíso perdido. Los santos hombres de la antigüedad esperaban con ansias el advenimiento glorioso del Mesías, como la consumación de su esperanza. A Enoc, sólo el séptimo descendiente de los que habitaron el Edén, y que durante tres siglos caminaron con Dios en la Tierra, se le permitió contemplar desde lejos la venida del Libertador. "He aquí, el Señor viene", declaró, "con miles de sus santos, para ejecutar juicio sobre todos". (Judas 14 y 15). El patriarca Job, en la noche de su aflicción, exclamó con confianza inquebrantable: "Sé que mi Redentor vive, y que al fin resucitará sobre la tierra... pero en mi carne veré a Dios. Lo veré". por mí mismo, y mis ojos, y nadie más, le verán." (Job 19:25-27).

La venida de Cristo para inaugurar el reino de justicia ha inspirado las declaraciones más sublimes y conmovedoras de los escritores sagrados. Los poetas y profetas de la Biblia insistieron en ello con palabras inflamadas por el fuego celestial. El salmista cantó sobre el poder y la majestad del Rey de Israel: "Desde Sión, la perfección de la belleza, resplandeció Dios. Nuestro Dios vendrá, y no callará... Llamará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo." (Sal. 50:2-4). "Alégrense los cielos, y alégrense. ¡alegraos! si la tierra... delante de la faz del Señor, porque él viene, porque viene a juzgar la tierra: él juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad." (Sal. 96:11- 13).

El profeta Isaías dijo: "Despiertad y alegraos, vosotros que moráis en el polvo, porque vuestro rocío será como el rocío de las hierbas, y la tierra arrojará muertos". "Tus muertos vivirán, tus muertos resucitarán". "Él quitará la muerte para siempre, y el Señor Jehová enjugará las lágrimas de todos los rostros, y quitará el oprobio de su pueblo de toda la tierra; porque el Señor lo ha dicho. Y en aquel día se dirá , He aquí, éste es el Dios nuestro, a quien hemos esperado, y él nos salvará; éste es el Señor, a quien hemos esperado; en su salvación gozaremos y nos alegraremos." (Isaías 26:19; 25:8 y 9).

Y Habacuc, atrapado en una visión santa, contempló su aparición. "Dios vino de Temán, y el Santo del monte Parán. Su gloria cubrió los cielos, y la tierra se llenó de su alabanza. Y su resplandor era como la luz". "Él se detuvo y midió la tierra; miró y separó las naciones; y los montes eternos fueron desmenuzados, los collados eternos fueron inclinados; suyo es el camino eterno". "Sobre tus caballos has caminado y sobre tus carros de salvación". "Las montañas te vieron y temblaron:... el abismo dio su voz, alzó sus manos en alto. El sol y la luna se detuvieron en sus moradas; caminaron a la luz de tus flechas, en el resplandor del relámpago de Tu lanza." "Tú saliste a salvar a tu pueblo, a salvar a tu Ungido". (Hab. 3:3-13).

Cuando el Salvador estaba a punto de dejar a sus discípulos, los consoló en su tristeza con la seguridad de que volvería: "No se turbe vuestro corazón... En la casa de mi Padre muchas moradas hay... Yo os prepararé lugar". .y si voy yo y tu

Preparad lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo." (Juan 14:1-3). "Y cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y todas las naciones serán reunidas delante de él." (Mateo 25:31 y 32).

Los ángeles que estaban en el Monte de los Olivos después de la ascensión de Cristo repitieron a los discípulos la promesa de su regreso: "Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo..." (Hechos 1:11). Y el apóstol Pablo, hablando por el Espíritu de inspiración, testificó: "El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de Arcángel y con trompeta de Dios". (I Tes. 4:16). Dice el profeta de Patmos: "He aquí, él viene con las nubes, y todo ojo le verá". (Apocalipsis 1:7).

Alrededor de su venida se reúnen las glorias de esa "restauración de todas las cosas, de la cual Dios habló por boca de todos sus santos profetas desde el principio". (Hechos 3:2). Luego del dominio prolongado del mal, "los reinos del mundo vendrán a ser reinos de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 11:15). "La gloria de Jehová será revelada, y toda carne juntamente la verá (...). El Señor Jehová traerá justicia y alabanza entre todas las naciones (...). Él será corona de gloria, y guirnalda hermosa, para el resto de su pueblo" (Isaías 40:5; 61:11; 28:5).

Será entonces cuando se establecerá bajo todo el cielo el pacífico y tan esperado reino del Mesías. "El Señor consolará a Sion; consolará todos sus lugares desolados, y hará de sus desiertos como el Edén, y sus desiertos como el jardín del Señor". "Le fue dada la gloria del Líbano, la excelencia del Carmelo y de Sarón". "Nunca más te llamarán: Desamparada, ni tu tierra será llamada: Desolada; sino que te llamarán: Mi delicia; y a tu tierra: Beulah". "Como el esposo se regocija por la novia, así se regocijará vuestro Dios por vosotros". (Isaías 51:3; 35:2; 62:4 y 5).

La venida del Señor ha sido en todas las épocas la esperanza de Sus verdaderos seguidores. La promesa de despedida del Salvador en el Monte de los Olivos, de que volvería, iluminó el futuro de sus discípulos, llenó sus corazones de gozo y esperanza, que la tristeza no pudo extinguir ni las pruebas oscurecer. En medio del sufrimiento y la persecución, "la manifestación del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" era la "esperanza bienaventurada". Cuando los cristianos tesalonicenses se llenaron de tristeza al enterrar a sus amados muertos, que esperaban vivir para presenciar la venida del Señor, Pablo, su maestro, les señaló la resurrección que tendría lugar en el momento del advenimiento del Salvador. Entonces los muertos en Cristo resucitarían, y junto con los vivos serían arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire. "Y así", dijo, "siempre estaremos con el Señor. Por tanto, consolaos unos a otros con estas palabras". (I Tes. 4:16-18).

En la isla rocosa de Patmos, el discípulo amado escucha la promesa: "Ciertamente vendré pronto", y su anhelante respuesta resume la oración de la iglesia a lo largo de su peregrinación: "Amén. Ven ahora, Señor Jesús". (Apocalipsis 22:20).

Desde el calabozo, la hoguera, la horca, donde santos y mártires dieron testimonio de la verdad, llega a través de los siglos la manifestación de su fe y esperanza. "Estando seguros de la resurrección personal de Cristo, y por tanto de la suya propia, en la venida de Jesús", dice uno de estos cristianos, "despreciaron la muerte y pensaron que estaban por encima de ella". Estaban dispuestos a descender al sepulcro que pudiera "resucitarse libre". Esperaban que "el Señor viniera del cielo, en las nubes, con la gloria de su Padre", "trayendo a los justos los tiempos del reino". Los valdenses acariciaban la misma fe. Wycliffe esperaba la aparición del Redentor como esperanza de la iglesia.

Lutero declaró: "Estoy verdaderamente convencido de que el día del juicio no tardará más de trescientos años. Dios no quiere ni puede soportar este mundo.

malvados por mucho más tiempo." "El gran día está cerca cuando el reino de las abominaciones será derribado."

"Este viejo mundo no está lejos de su fin", dijo Melanchthon. Calvino invita a los cristianos a "no dudar, deseando ardientemente el día de la venida de Cristo como el más auspicioso de todos los acontecimientos", y declara que "toda la familia de los fieles tendrá presente ese día". "Debemos tener hambre de Cristo, debemos buscarlo, contemplarlo", dice, "hasta el amanecer de ese gran día, cuando nuestro Señor manifestará ampliamente la gloria de su reino".

"¿No llevó nuestro Señor Jesús nuestra carne al cielo?", dijo Knox, el reformador escocés, "¿y no regresará? Sabemos que regresará, y pronto".

Ridley y Latimer, quienes entregaron sus vidas por la verdad, esperaron con fe la venida del Señor. Ridley escribió: "Creo indudablemente que el mundo llegará a su fin.

Junto con Juan, el siervo de Dios, clamemos en nuestro corazón a nuestro Salvador, Cristo: Ven, Señor Jesús, ven".

Baxter dijo: "Los pensamientos sobre la venida del Señor son muy dulces y alegres para mí". "Es obra de la fe y el carácter de sus santos amar su manifestación y esperar la esperanza bienaventurada. Si la muerte es el último enemigo en ser destruido en la resurrección, podemos saber cuán ardientemente deben anhelar los creyentes la segunda venida de Dios. Cristo y orar por su cumplimiento, cuando se cumpla la conquista plena y final, ese es el día que todos los creyentes deben anhelar y esperar, como el cumplimiento de toda la obra de su redención, y de todos los deseos y esfuerzos de sus almas." "¡Date prisa, oh Señor, en este día bendito!" Ésa era la esperanza de la iglesia apostólica, la "iglesia en el desierto" y de los reformadores.

La profecía no sólo predice la manera y el objeto de la venida de Cristo, sino que también presenta señales mediante las cuales los hombres pueden conocer su cercanía. Jesús dijo: "Habrán señales en el sol, en la luna y en las estrellas". (Lucas 21:25). "El sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz. Y las estrellas caerán del cielo, y las potestades que están en el cielo serán conmovidas. Y entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes, con gran poder y gloria." (Marcos 13:24-26). Juan, el revelador, describe así la primera de las señales que preceden al segundo advenimiento: "Hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como cilicio, y la luna se volvió como sangre". (Apocalipsis 6:12).

Estos signos fueron presenciados antes de principios del siglo XIX. En cumplimiento de esta profecía, en el año 1755 ocurrió el terremoto más terrible jamás registrado en los anales de la historia. Aunque generalmente se conoce como el terremoto de Lisboa, se extendió por la mayor parte de Europa, África y América del Norte. Se sintió en Groenlandia, las Indias Occidentales, la isla de Madeira, Noruega y Suecia, Gran Bretaña e Irlanda. Alcanzó una extensión de más de diez millones de kilómetros cuadrados. En África, la conmoción fue casi tan intensa como en Europa. Gran parte de Argelia quedó destruida; y, a poca distancia de Marruecos, un pueblo que contaba entre ocho y diez mil habitantes fue absorbido. Una enorme ola barrió las costas de España y África, sumergiendo ciudades y provocando una gran destrucción.

Fue en España y Portugal donde el shock alcanzó su mayor impetuosidad. Se dice que en Cádiz el reflujo del mar alcanzó los 20 metros de altura. Las montañas, "algunas de las más grandes de Portugal, fueron sacudidas impetuosamente, como desde sus cimientos; y algunas de ellas tenían sus cumbres agrietadas y partidas de manera asombrosa, y desde ellas inmensas masas fueron arrojadas a los valles subyacentes. Incluso se vio que estas montañas emitían llamas".

En Lisboa, "se escuchó un ruido como de trueno bajo tierra e inmediatamente después se produjo una violenta sacudida que destruyó la mayor parte de la ciudad. En el transcurso de unos seis minutos, murieron sesenta mil personas. Primero el mar se retiró

dejando la barra seca; luego volvió, elevándose unos quince metros por encima de su nivel habitual." "La circunstancia más extraordinaria que se produjo en Lisboa durante la catástrofe fue el hundimiento del nuevo muelle, construido íntegramente en mármol, a un coste enorme. Una gran cantidad de personas se habían reunido allí por seguridad, ya que era un lugar donde podían protegerse de la caída de escombros; De repente, sin embargo, el muelle se hundió con toda la gente en él, y ninguno de los cuerpos volvió a salir a la superficie".

El impacto del terremoto "fue seguido instantáneamente por el colapso de todas las iglesias y conventos, de casi todos los grandes edificios públicos y de una cuarta parte de las casas. En unas dos horas, se produjeron incendios en diferentes barrios, y con tales Furia durante casi tres días, que la ciudad quedó completamente desolada. El terremoto ocurrió en un día santo, cuando las iglesias y conventos estaban llenos de gente, y muy pocos escaparon. "O terror das pessoas era além do que se podia descrever. Ninguém chorava; a tragédia estava além das lágrimas. Corriam de um lado para outro em delírio, com horror e espanto, batendo em seus rostos e peito clamando: 'Misericórdia! É o fim del mundo!' Las madres olvidaron a sus hijos y corrieron aterrorizadas cargando crucifijos. Desgraciadamente, muchos corrieron a las iglesias buscando protección; pero en vano el sacramento fue expuesto; en vano las pobres criaturas abrazaron los altares; imágenes, sacerdotes y personas fueron sepultadas en la ruina común."

Se calcula que en aquel fatídico día murieron noventa mil personas.

Veinticinco años después apareció la siguiente señal mencionada en la profecía: el oscurecimiento del Sol y la Luna. Lo que hizo este hecho más impresionante fue que el tiempo de su cumplimiento estaba fijado con precisión. En la conversación del Salvador con Sus discípulos en el Monte de los Olivos, después de describir el largo período de prueba de la iglesia (los 1.260 años de persecución papal, que prometió acortar), mencionó ciertos acontecimientos que precederían a Su venida y fijó el tiempo en que se presenciaría el primero de ellos: "En aquellos días, después de aquella aflicción, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz". (Marcos 13:24). Los 1.260 días o años terminaron en 1798. Un cuarto de siglo antes, la persecución había cesado casi por completo. Entre estas dos fechas, según las palabras de Cristo, el Sol debería oscurecerse. El 19 de mayo de 1780 se cumplió esta profecía.

"Casi el único de su tipo como fenómeno más misterioso y aún inexplicable... ocurrió el oscuro día del 19 de mayo de 1780: la oscuridad más inexplicable que se apoderó de todo el cielo y la atmósfera visible en Nueva Inglaterra". Que la oscuridad no se debió a un eclipse es evidente por el hecho de que la Luna estaba llena. No fue producido por las nubes ni por la densidad atmosférica, ya que en algunos lugares afectados por la oscuridad el cielo estaba tan claro que se podían ver las estrellas. Respecto a la incapacidad de la ciencia para indicar una causa satisfactoria para esta manifestación, el astrónomo Herschel declaró: "El día oscuro de América del Norte fue uno de esos maravillosos fenómenos de la naturaleza, que la filosofía se confunde al tratar de explicar".

"La amplitud de la oscuridad también fue notable. Se observó en la mayoría regiones orientales de Nueva Inglaterra; hacia el oeste hasta las partes más distantes de Connecticut y Albany, Nueva York; al sur, el fenómeno se observó en toda la costa; al norte, hasta donde se extendían los asentamientos americanos. Negror probablemente excedió estos límites, pero los términos exactos nunca se conocieron con certeza. En cuanto a su duración, en las cercanías de Boston duró al menos catorce o quince horas".

"La mañana estaba clara y agradable, pero alrededor de las ocho se observó algo inusual en el Sol. No había nubes, pero el aire estaba pesado y tenía una apariencia inusual.

lleno de humo, y el Sol tenía un tinte amarillo pálido, y pronto se volvió más y más oscuro hasta que quedó completamente oculto a la vista". Había "oscuridad de medianoche en el mediodía".

"Lo que sucedió causó intensa alarma y angustia a las multitudes, así como horror a toda la creación. Los pájaros domésticos se retiraron desconcertados a sus posaderos y los pájaros a sus nidos; el ganado regresó a sus establos". Las ranas empezaron a croar y los halcones nocturnos a graznar. Los gallos cantaron como el alba. Los agricultores se vieron obligados a dejar su trabajo en el campo. Se suspendieron todos los negocios y se encendieron velas en los hogares. "La Legislatura de Connecticut estaba en sesión en la ciudad de Hartford, pero no pudo continuar su trabajo. Todo tenía el aspecto y la oscuridad de la noche".

A la intensa oscuridad del día le siguió, una o dos horas antes del anochecer, un cielo parcialmente despejado y apareció el sol, aunque todavía oscurecido por una densa niebla negra. Pero este intervalo fue seguido por el regreso de una oscuridad muy cercana, que hizo que la primera mitad de la noche fuera terriblemente oscura, más allá de la experiencia anterior que probablemente habían tenido millones de personas. Desde el atardecer hasta la medianoche, ningún rayo de luz de la Luna o de las estrellas penetró en la atmósfera. A esto se le llamó "la oscuridad de todas las tinieblas". Un testigo de la escena dijo: "Sólo podía imaginar en ese momento que si todos los cuerpos luminosos del Universo hubieran sido envueltos por una neblina impenetrable o eliminados de la existencia, la oscuridad no habría sido más completa". noche, parecía plena, "no produjo el menor efecto para dispersar las sombras de la tumba". Pasada la medianoche, la oscuridad desapareció y la Luna, cuando se hizo visible, tenía apariencia de sangre.

El poeta Whittier describió este día memorable de la siguiente manera:

"Fue un día de mayo del lejano año
De mil setecientos ochenta que cayeron,
Sobre la dulce vida floreciente de la primavera,
Sobre la tierra fresca y el cielo nocturno,
El horror de la gran oscuridad.
Los hombres oraron y las mujeres lloraron.
Todos los oídos estaban atentos.
Para escuchar el sonido de destrucción de la trompeta
Sacude el cielo oscuro".

El 19 de mayo de 1780 está registrado en la Historia como "el Día Oscuro". Desde los tiempos de Moisés, nunca se ha registrado ningún período de oscuridad de igual densidad, extensión y duración. La descripción de este acontecimiento, tal como la dan el poeta y el historiador, no es más que un eco de las palabras del Señor registradas por el profeta Joel, dos mil quinientos años antes de su cumplimiento: "El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre antes que venga el día del Señor, grande y terrible" (Joel 2:31).

Cristo había ordenado a su pueblo observar las señales de su advenimiento y regocijarse al contemplar las señales de su Rey venidero: "Cuando estas cosas comiencen a suceder", dijo, "mirad y alzad vuestras cabezas para vuestra redención". está cerca." Señaló a sus seguidores los árboles que florecían en primavera, y dijo: "Cuando hayan florecido, vosotros mismos, al verlos, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca." (Lucas 21:28, 30 y 31).

Pero a medida que el espíritu de humildad y devoción en la iglesia dio paso al orgullo y al formalismo, el amor por Cristo y la fe en su venida se enfriaron. Absortos en el materialismo y la búsqueda del placer, el profeso pueblo de Dios se volvió ciego a las instrucciones del Salvador acerca de las señales de su venida. La doctrina de

la segunda venida había sido descuidada; los textos que hacían referencia a ella quedaron oscurecidos por interpretaciones erróneas, hasta el punto de ser, en gran medida, ignorados y olvidados. Este fue especialmente el caso en las iglesias de América. La libertad y la comodidad que disfrutaban todas las clases de la sociedad; el ambicioso deseo de riquezas y lujos, que genera una absorbente devoción por ganar dinero; La ansiosa búsqueda de popularidad y poder, que parecía al alcance de todos, llevó a los hombres a centrar sus intereses y esperanzas en las cosas de esta vida, y a situar en un futuro muy lejano aquel día solemne en que pasará el orden actual de las cosas.

Cuando el Salvador llamó la atención de Sus seguidores sobre las señales de Su regreso, predijo el estado de deterioro espiritual que existiría justo antes de Su segunda venida. Habría, como en los días de Noé, la actividad y el bullicio de los negocios mundanos y la búsqueda de placeres (comprar, vender, plantar, construir, casarse, dar en matrimonio) con olvido de Dios y de la vida venidera. Para aquellos que viven en ese tiempo, la amonestación de Cristo es: "Mirad por vosotros mismos, que vuestro corazón no se llene de glotonería y de embriaguez y de los afanes de la vida, y venga sobre vosotros aquel día de repente". "Por tanto, velad en todo tiempo orando para que seáis tenidos por dignos de evitar todas estas cosas que sucederán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre". (Lucas 21:34 y 36).

La condición de la iglesia en este tiempo está indicada por las palabras del Salvador registradas en el Apocalipsis: "Tienes nombre de que vives, y estás muerto". Y a aquellos que se niegan a despertar de su descuidado sentido de seguridad se dirige esta solemne advertencia: "Si no veláis, vendré sobre vosotros como ladrón, y no sabréis a qué hora vendré sobre vosotros". (Apocalipsis 3:1 y 3).

Era necesario despertar a los hombres al peligro que correrían; levantarse con la intención de prepararse para los eventos solemnes relacionados con el final del tiempo del juicio. El profeta de Dios declara: "El día del Señor es grande y muy terrible, ¿y quién podrá sufrirlo?" ¿Quién estará de pie cuando "El que es tan puro de ojos que no puede ver el mal ni contemplar el aflicción"? (Joel 2:11; Hab. 1:13). Por los que gritan: "¡Dios mío! Nosotros...

Te conocemos", y sin embargo han quebrantado su pacto y se han apresurado tras otro dios (Oseas 8:2 y 1; Sal. 16:4), escondiendo la iniquidad en sus corazones y amando los caminos de la injusticia, porque estos son los El día del Señor es oscuridad y no luz, "tinieblas completas sin ningún brillo." (Amós 5:20) "Y sucederá en aquel tiempo", dice el Señor, "con linternas registraré a Jerusalén y castigaré los hombres que se sientan sobre su estiércol, diciendo en su corazón: Jehová no hace ni bien ni mal." (Sof. 1:12). "Visitaré la maldad sobre el mundo, y sobre los impíos su iniquidad; y pondré fin a la arrogancia de los valientes, y derribaré la soberbia de los tiranos".

(Isaías 13:11). "Ni su plata ni su oro podrán salvarlos"; "Sus granjas serán saqueadas y sus casas devastadas". (Sof. 1:18 y 13).

El profeta Jeremías, previendo este tiempo terrible, exclamó: "¡Estoy herido en mi corazón!" "No puedo permanecer en silencio, porque tú, alma mía, has oído el sonido de la trompeta y el estruendo de la guerra. Se proclama quebrantamiento sobre quebrantamiento". (Jeremías 4:19 y 20).

"Ese día es día de ira, día de angustia y de anhelo, día de alboroto y desolación, día de oscuridad y de oscuridad, día de nubes y de espesa oscuridad, día de trompeta y de aclamación". (Sof. 1:15 y 16). "He aquí, el día del Señor viene... para asolar la tierra y destruir a sus pecadores". (Isaías 13:9).

En vista del gran día, la Palabra de Dios, en el lenguaje más solemne e impresionante, llama a su pueblo a despertar del letargo espiritual y buscar su rostro con arrepentimiento y humillación: "Tocad trompeta en Sion, y clamad con gran voz". voz en el monte de mi santidad, turbémonos todos los habitantes de la tierra, porque el día del Señor

Venid, él está cerca." "Santificad un ayuno, proclamad un día de prohibición. Reúna al pueblo, santifique la congregación, reúna a los ancianos, reúna a los niños... salga el novio de su alcoba, y la novia de su alcoba. Lloren los sacerdotes, ministros del Señor, entre el pórtico y el altar".

"Vuélvete a mí con todo tu corazón, y esto con ayuno, y con llanto y con lamento. Y rasga tu corazón, y no tus vestiduras, y vuélvete a Jehová tu Dios, porque él es misericordioso, compasivo, tardo para la ira. , y abundante en benevolencia." (Joel 2:1, 15-17, 12 y 13).

A fin de preparar a un pueblo para estar firme en el día de Dios, debe llevarse a cabo una gran obra de reforma. Dios vio que muchos de Su profeso pueblo no estaban construyendo para la eternidad, y en Su misericordia estaba a punto de enviar un mensaje de advertencia diseñado para despertarlos de su estupor y guiarlos.

a estar preparados para la venida de su Señor.

Esta advertencia está registrada en Apocalipsis 14. Allí se representa el triple mensaje proclamado por seres celestiales, e inmediatamente seguido por la venida del Hijo del hombre "para traer la cosecha de la tierra". La primera de estas advertencias proclama el juicio venidero. El profeta contempla a un ángel que vuela "en medio del cielo, teniendo el evangelio eterno, para proclamarlo a los moradores de la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed Dios., y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio. Y adorad al que hizo los cielos y la tierra, el mar y los manantiales de agua." (Apocalipsis 14:6 y 7).

Se declara que este mensaje es parte del "evangelio eterno". La obra de predicar el evangelio no fue confiada a los ángeles, sino a los hombres. Se han empleado santos ángeles en la dirección de esta obra; se han hecho cargo de los grandes movimientos por la salvación de los hombres; pero la verdadera proclamación del evangelio la llevan a cabo los siervos de Cristo en la tierra.

Hombres fieles, que fueran obedientes a los impulsos del Espíritu de Dios y a las enseñanzas de Su Palabra, debían proclamar esta advertencia al mundo. Eran los que habían escuchado la segura "palabra de los profetas", la "luz que alumbra en lugar oscuro, hasta que despunta el día y aparece el lucero de la mañana" (II Pedro 1,19). Habían estado buscando el conocimiento de Dios por encima de todos los tesoros escondidos, considerándolo "mejor que las mercancías de plata, y sus ingresos que el oro fino" (Proverbios 3:14). Y el Señor les reveló las grandes cosas del reino. "El secreto del Señor es para los que le temen; y él les hará notorio su pacto". (Sal. 25:14).

No fueron los líderes de la iglesia quienes comprendieron esta verdad y se comprometieron a proclamarla. Si hubieran sido atalayas fieles, escudriñando las Escrituras con diligencia y oración, habrían sabido la hora de la noche; las profecías les habrían revelado los acontecimientos que estaban a punto de suceder. Ellos, sin embargo, no ocuparon su puesto y el mensaje lo dio otra clase. Jesús dijo: "Camina mientras tienes luz, no sea que las tinieblas te sorprendan". (Juan 12:35). Aquellos que se alejan de la luz que Dios les ha dado, o que descuidan buscarla cuando está a su alcance, quedan en la oscuridad. Pero el Salvador declara: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". (Juan 8:12). Quien esté, con sencillez de propósito, atendiendo sinceramente a la luz ya recibida, recibirá mayor luz. Alguna estrella de brillo celestial será enviada a esa alma para guiarla a toda la verdad.

En el momento de la primera venida de Cristo, los sacerdotes y los escribas de la ciudad santa, a quienes estaban confiados los oráculos de Dios, habrían podido discernir los signos de los tiempos y proclamar la venida del Prometido. La profecía de Miqueas indicó con precisión el lugar de su nacimiento (Miqueas 5:2); Daniel especificó el tiempo de su venida (Dan. 9:25). Dios había confiado estas profecías al cuidado de los líderes hebreos. Ellos serían

No tendrían excusa si no supieran o no declararan al pueblo que la venida del Mesías estaba cerca. Su ignorancia fue el resultado de una negligencia pecaminosa. Los judíos erigían monumentos a los profetas muertos, mientras que, por respeto a los grandes hombres de la tierra, rendían homenaje a los siervos de Satanás. Abstraídos en sus ambiciosas luchas por la posición y el dominio entre los hombres, perdieron de vista los honores divinos que les ofrecía el Rey del Cielo.

Con profundo y reverente interés, los ancianos de Israel deberían haber estudiado el lugar, el tiempo y las circunstancias del acontecimiento más grande de la historia mundial: la venida del Hijo de Dios para llevar a cabo la redención del hombre. Todo el pueblo debía observar y esperar para encontrarse entre los primeros en recibir al Redentor del mundo.

¡Pero entonces! En Belén, dos viajeros cansados procedentes de las colinas de Nazaret recorrieron toda la calle estrecha hasta el extremo oriental de la ciudad, buscando en vano un lugar de descanso y refugio para pasar la noche. No se abrieron puertas para darles la bienvenida. Bajo una miserable choza preparada para el ganado, finalmente encuentran refugio, y allí nace el Salvador del mundo.

Los ángeles celestiales habían contemplado la gloria que el Hijo de Dios compartía con el Padre antes de que existiera el mundo, y deseaban con intenso interés su aparición en la Tierra, como un acontecimiento lleno de inmensa alegría para todo el pueblo.

Se designaron ángeles para llevar la gozosa nueva a aquellos que estuvieran preparados para recibirla y que con gusto la darían a conocer a los habitantes de la tierra.

Cristo se había humillado a sí mismo al tomar sobre sí la naturaleza de hombre. Debe soportar un peso infinito de desgracia al hacer de su alma una ofrenda por el pecado.

Sin embargo, los ángeles desearon que incluso en Su humillación, el Hijo del Altísimo pudiera aparecer ante los hombres con dignidad y gloria acordes a Su carácter.

¿Se reunirían los grandes hombres de la Tierra en la capital de Israel para darle la bienvenida a Su venida? ¿Le presentarían legiones de ángeles ante la multitud expectante?

Un ángel visita la Tierra para ver quién está listo para saludar a Jesús. Sin embargo, no puede distinguir ningún signo de expectación. No escucha ninguna voz de alabanza y triunfo, que diga que el tiempo de la venida del Mesías está cerca. El ángel se cierne durante algún tiempo sobre la ciudad elegida y el templo donde la presencia divina se había manifestado durante siglos; pero incluso allí nota la misma indiferencia. Los sacerdotes, en su pompa y orgullo, ofrecen sacrificios contaminados en el templo.

Los fariseos hablan al pueblo en voz alta o ofrecen oraciones presuntuosas en las esquinas. En los palacios reales, en las asambleas de filósofos, en las escuelas rabínicas, todos ignoran el hecho maravilloso que ha llenado todo el Cielo de alegría y alabanza: que el Redentor de los hombres está a punto de aparecer en la Tierra.

No hay evidencia de que se espere a Cristo y no se han hecho preparativos para el Príncipe de la Vida. Com assombro, o mensageiro celestial está em vias de voltar para o Céu com as vergonhosas novidades, quando descobre alguns pastores que vigiavam seus rebanhos à noite e, contemplando os céus estrelados, ponderam a profecia do Messias vindouro à Terra, ansiando pelo advento do Redentor del mundo.

Hay un grupo preparado para recibir el mensaje celestial. Y de repente aparece el ángel del Señor anunciando la buena noticia de gran alegría. La gloria celestial inunda toda la llanura; Aparece una multitud innumerable de ángeles y, como si la alegría fuera demasiado inmensa para que un solo mensajero la trajera del Cielo, una multitud de voces irrumpen en un himno que un día cantarán todas las naciones de los salvos: "Gloria a Dios en las alturas, la paz en la tierra, la buena voluntad para con los hombres." (Lucas 2:14).

¡Oh! ¡Qué lección trae esta maravillosa historia de Belén! ¡Cómo reprende nuestra incredulidad, nuestro orgullo y nuestra autosuficiencia! ¿Cuánto nos advierte que tengamos cuidado, para que no suceda eso por nuestra negligencia criminal?

¡No sepamos también nosotros discernir los signos de los tiempos y, por tanto, no sepamos el día de nuestra visita!

No fue sólo en las colinas de Judea o entre los humildes pastores donde los ángeles encontraron personas esperando la venida del Mesías. En la tierra de los gentiles también había quienes lo esperaban. Eran filósofos sabios, ricos y nobles de Oriente. Estudiantes de la Naturaleza, los magos habían visto a Dios en Su obra. Por las Escrituras Hebreas habían aprendido de la Estrella que debía surgir de Jacob, y con ansias esperaban Su venida, Aquel que sería no sólo el "Consuelo de Israel", sino una "Luz para iluminar a los gentiles", y "salvación hasta los confines de la tierra" (Lucas 2:25 y 32; Hechos 13:47). Eran buscadores de luz, y la luz del trono de Dios iluminaba el camino de sus pies. Mientras los sacerdotes y rabinos de Jerusalén, los guardianes designados y expositores de la verdad, estaban envueltos en la oscuridad, la estrella enviada desde el cielo guió a los extranjeros gentiles hasta el lugar de nacimiento del Rey recién nacido.

Es a "los que esperan en él para salvación" (Heb. 9:28) a quienes Cristo aparecerá por segunda vez, sin pecado. Al igual que la noticia del nacimiento del Salvador, el mensaje de la segunda venida no fue confiado a los líderes religiosos del pueblo.

No lograron preservar su conexión con Dios y rechazaron la luz del cielo.

Por lo tanto, no fueron contados con los descritos por el apóstol Pablo: "Pero vosotros, hermanos, ya no estáis en tinieblas, para que aquel día os alcance como ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas." (I Tes. 5:4 y 5).

Los centinelas sobre los muros de Sión debieron haber sido los primeros en comprender la noticia del advenimiento del Salvador, los primeros en alzar la voz por su proximidad, los primeros en advertir al pueblo para que pudieran prepararse para su venida. Estos, sin embargo, estaban ociosos, soñando con la paz y la seguridad, mientras el pueblo dormía en sus pecados. Jesús vio su iglesia como una higuera estéril, cubierta de hojas pretenciosas y, sin embargo, desprovista de frutos preciosos. Había una observancia jactanciosa de las formas religiosas, mientras faltaba el espíritu de verdadera humildad, penitencia y fe, que eran los únicos que podían hacer que el servicio fuera aceptable a Dios. En lugar de las gracias del Espíritu, se manifestaban el orgullo, el formalismo, la vanagloria, el egoísmo y la opresión. Una iglesia apóstata cerró los ojos a los signos de los tiempos. Sin embargo, Dios no los abandonó ni permitió que les fallara su fidelidad; pero se alejaron del Señor y se separaron de su amor. Como si se negaran a cumplir las condiciones, las promesas divinas no se cumplieron para ellos.

Este es el resultado seguro de descuidar y no disfrutar la luz y los privilegios que Dios da. Si la Iglesia no sigue el camino que la Providencia le abre, aceptando cada rayo de luz, cumpliendo cada deber que le es revelado, la religión degenerará inevitablemente en la observancia de las formas y el espíritu de piedad vital desaparecerá. Esta verdad ha sido ilustrada repetidamente en la historia de la iglesia.

Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia correspondientes a las bendiciones y privilegios conferidos. La obediencia requiere sacrificio e implica una cruz, razón por la cual muchos de los seguidores profesos de Cristo se niegan a recibir la luz del cielo y, como los judíos de la antigüedad, no conocen el tiempo de su visita (Lucas.

19:44). Por su orgullo e incredulidad, el Señor los hace a un lado y revela su verdad a aquellos que, como los pastores de Belén y los sabios de Oriente, han prestado atención a toda la luz que recibieron.

Capítulo 18

Un reformador americano

Un granjero honorable y honesto que había sido inducido a dudar de la autoridad divina de las Escrituras, pero que deseaba sinceramente saber la verdad, fue el hombre especialmente elegido por Dios para comenzar la proclamación de la segunda venida de Cristo. Como muchos reformadores, William Miller luchó contra la pobreza a temprana edad, aprendiendo así las grandes lecciones de la actividad y la abnegación. Los miembros de la familia a la que pertenecía se caracterizaban por un espíritu independiente y amante de la libertad, por la capacidad de resistencia y un ardiente patriotismo, rasgos que también eran preeminentes en su carácter. Su padre había sido capitán del ejército durante la Revolución, y a los sacrificios que hizo en las luchas y sufrimientos de ese período atormentado se pueden atribuir las difíciles circunstancias de los primeros años de la vida de Miller.

Miller estaba dotado de una constitución física saludable y ya en la infancia había demostrado una fuerza intelectual superior. A medida que creció y se desarrolló, esta dotación se volvió aún más sorprendente. Su mente era activa y bien desarrollada y Miller poseía una aguda sed de conocimiento. Aunque no disfrutó de las ventajas de una educación académica, su amor por el estudio y el hábito de pensar cuidadosamente y su agudo sentido de la crítica lo convirtieron en un hombre de buen juicio y amplitud de visión. Tenía un carácter moral irreprochable y una reputación envidiable, siendo generalmente estimado por su integridad, parsimonia y benevolencia. A costa de mucha energía y dedicación, al principio pudo adquirir competencias, manteniendo al mismo tiempo sus hábitos de estudio. Miller asumió con honores varios cargos civiles y militares, y el camino hacia la riqueza y el honor le pareció abierto de par en par.

Su madre era una mujer de notoria piedad y en su infancia había estado bajo la influencia de impresiones religiosas. Sin embargo, al llegar a la edad adulta temprana, terminó asociándose con deístas, cuya fuerte influencia se originó en el hecho de que en general eran buenos ciudadanos y hombres de carácter generoso y benévolo. Al vivir en medio de instituciones cristianas, su carácter había sido, hasta cierto punto, moldeado por su entorno. Los buenos dones que les ganaron respeto y confianza se debieron a la influencia de las Escrituras, pero estos buenos dones fueron pervertidos para volverse contra la Palabra de Dios. La asociación con estos hombres llevó a Miller a adoptar sus sentimientos. Las interpretaciones escriturarias de la época presentaban dificultades que le parecían insuperables; sin embargo, su nueva creencia, aunque dejaba de lado la Biblia, no ofrecía nada mejor para reemplazarla y estaba lejos de satisfacerlo. A pesar de todo, siguió manteniendo estas opiniones durante unos doce años. Pero a la edad de treinta y cuatro años, el Espíritu Santo imprimió en su corazón el sentimiento de su condición de pecador. No encontró en su antigua creencia ninguna garantía de felicidad más allá de la tumba. El futuro era oscuro y trágico. Refiriéndose más tarde a sus sentimientos en aquel momento, dijo:

"La aniquilación era un pensamiento frío y deprimente, y la rendición de cuentas significaba una destrucción segura para todos. El cielo era como bronce sobre mi cabeza y la tierra era como hierro bajo mis pies. Eternidad, ¿qué era? ¿Y por qué existía la muerte? Cuanto más Mientras reflexionaba, más me alejaba de la solución. Cuanto más pensaba, más dispersas estaban mis conclusiones. Intenté dejar de pensar, pero mis pensamientos no podían ser controlados. Realmente sentí

miserable, pero no entendí la razón. Murmuré y me quejé, sin saber quién. Sabía que algo andaba mal, pero no tenía idea de dónde ni cómo encontrar lo correcto. Lo lamenté, pero sin esperanza".

Miller continuó en este estado durante unos meses. "De repente", dice, "el carácter de un Salvador quedó vívidamente grabado en mi mente. Parecía que podía haber un Ser tan bueno y compasivo como para hacer expiación por nuestras transgresiones, salvándonos así de sufrir el castigo del pecado. Inmediatamente sentí lo bondadoso que debía ser este Salvador e imaginé que podía arrojarme en sus brazos y confiar en su misericordia, pero surgió la pregunta: ¿cómo se podría probar la existencia de este Ser? Aparte de la Biblia, encontré que No pude obtener ninguna prueba de tal cosa: Salvador, ni siquiera el estado futuro.

"Vi que la Biblia revelaba exactamente al Salvador que necesitaba; y quedé perplejo al descubrir cómo un libro sin inspiración desarrollaba principios tan perfectamente adaptados a las necesidades de un mundo caído. Me vi obligado a admitir que se suponía que las Escrituras eran una revelación de Dios. Se convirtieron en mi deleite, y encontré en Jesús un amigo. El Salvador llegó a ser para mí el primero entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, ahora se convirtieron en lámpara para mis pies y luz para mis pies. alma, camino, mi mente se calmó y quedé satisfecho, descubrí que el Señor Dios es una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia se convirtió en mi estudio principal y puedo decir verdaderamente que la examiné con gran deleite. Vi que no me habían contado ni la mitad. Me asombró no haber visto antes su belleza y gloria; y me sorprendió haberlo rechazado. Descubrí que todo lo que en él se revelaba era lo que mi corazón podía desear y un remedio para cada enfermedad del alma. Perdí todo gusto por otras lecturas y apliqué mi corazón a obtener la sabiduría de Dios."

Ahora profesaba públicamente su fe en la religión que había despreciado. Pero sus compañeros incrédulos no tardaron en recordar todos los argumentos y no tardaron en producir todas aquellas concepciones que el propio Miller había creado contra la autoridad divina de las Escrituras. Entonces no estaba preparado para responderlas, pero razonó que si la Biblia era una revelación de Dios, debía ser coherente consigo misma, haber sido dada para instrucción del hombre y, por tanto, adaptada a su entendimiento. Decidió estudiar las Escrituras por sí mismo y descubrir si las aparentes contradicciones no podían armonizarse.

Esforzándose por dejar de lado todas las opiniones preconcebidas y renunciando a los comentarios consultivos, comparó versículo tras versículo, buscando ayuda en referencias marginales y una concordancia bíblica. Continuó su estudio de manera sistemática y metódica. Comenzando con el libro de Génesis y leyendo versículo por versículo, Miller no procedió más rápido de lo que le permitiría aclarar el significado de muchos pasajes y liberarlo de todas las dificultades. Cuando encontraba algo nebuloso, tenía por costumbre compararlo con todos los demás textos que parecían tener alguna relación con el tema en estudio. Permitted que cada palabra formara su propia relación con el tema del texto y, si su punto de vista sobre el pasaje armonizaba con cada texto paralelo, la dificultad quedaba resuelta. Así, cada vez que encontraba un pasaje que era difícil de entender, encontraba la explicación en algún otro lugar de las Escrituras. Mientras estudiaba con ferviente oración para obtener la iluminación divina, lo que antes le había parecido confuso a su entendimiento ahora se volvió claro. Experimentó la verdad de las palabras del salmista: "La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples". (Sal. 119:130).

Con intenso interés estudió los libros de Daniel y Apocalipsis, empleando los mismos principios de interpretación utilizados al examinar las otras partes del

Escrituras y descubrió, para su gran alegría, que los símbolos proféticos podían entenderse. Vio que las profecías, en la medida en que se cumplían, eran tan literalmente; que todas las variadas figuras, metáforas, parábolas, símiles, etc., fueron explicadas por su contexto inmediato o los términos en los que se expresaron fueron definidos en otros textos bíblicos; y cuando así se explican, deben entenderse literalmente. Dijo: "De esta manera quedé persuadido de que la Biblia es un sistema de verdad revelada, presentado de manera tan clara y sencilla que el viajero, aunque sea un tonto, no tiene por qué equivocarse". Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad recompensó sus esfuerzos. , como en el que, paso a paso, investigaba las grandes líneas proféticas, los ángeles celestiales guiaban su mente y abrían las Escrituras a su entendimiento.

Adoptando la forma en que se habían cumplido las profecías en el pasado como criterio para analizar las que aún estaban en el futuro, se convenció de que la visión popular del reino espiritual de Cristo -un milenio temporal antes del fin del mundo- no fue sustentado por la Palabra de Dios. Esta doctrina, que apunta a mil años de justicia y paz antes de la venida personal del Señor, aleja los terrores del día de Dios. Pero, por agradable que esto pueda ser, es contrario a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles, quienes declararon que el trigo y la cizaña deben crecer juntos hasta la cosecha, el fin del mundo (Mateo 13:30, 38-41).); que "los hombres malos y engañosos irán de mal en peor"; que "en los postreros días vendrán tiempos difíciles" (II Tim. 3:13 y 1); y que el reino de las tinieblas continuará hasta el advenimiento del Señor, siendo consumido por el espíritu de Su boca y destruido con el resplandor de Su venida (II Tes. 2:8).

La doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo no fue defendida por la iglesia apostólica. Los cristianos no lo aceptaron generalmente hasta principios del siglo XVIII. Como todos los demás errores, sus resultados fueron negativos. Enseñó a los hombres a esperar la venida del Señor en un futuro muy lejano y les impidió escuchar las señales que anunciaban su proximidad. Creó en ellos un sentimiento de confianza y seguridad no bien fundamentado, llevando a muchos a descuidar la preparación necesaria para el encuentro con su Señor.

Miller descubrió que la venida personal y literal de Cristo se enseña plenamente en las Escrituras. Pablo dice: "El Señor mismo con voz de mando, con voz de Arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo". (I Tes. 4:16). Y el Salvador declara: "Verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria". "Como el relámpago viene del Oriente y llega al Occidente, así será la venida del Hijo del Hombre". (Mateo 24:30 y 27). Debe estar acompañado por todas las huestes celestiales. "El Hijo del Hombre vendrá en su gloria, y todos los santos ángeles con él." (Mateo 25:31). "Enviaré a sus ángeles con fuerte trompeta, y juntarán a sus escogidos". (Mateo 24:31).

En Su venida, los justos muertos resucitarán y los justos vivos serán transformados. "No todos dormiremos", dice Pablo, "sino que todos seremos transformados, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros será transformado. Porque es necesario que esto sea corruptible si se reviste de incorruptibilidad, y esto que es mortal se reviste de inmortalidad". (I Corintios 15:51-53).

Y en su epístola a los Tesalonicenses, después de describir la venida del Señor, el apóstol dice: "Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para recibir a los Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor." (I Tes. 4:16 y 17).

El pueblo de Dios no podrá recibir el reino antes del advenimiento personal de Cristo. Dijo el Salvador: "Y cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria, y todas las naciones serán reunidas delante de él, y separará a uno de otro, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha, pero las cabras a su izquierda, entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre. heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". (Mateo 25:31-34). Hemos visto en los textos ya citados que cuando venga el Hijo del Hombre, los muertos resucitarán incorruptibles y los vivos serán transformados. Por esta gran transformación están preparados para recibir el reino, porque Pablo dice: "La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción puede heredar la incorrupción". (I Corintios 15:50). El hombre, en su estado actual, es mortal y corruptible, pero el reino de Dios será incorruptible y perdurará por los siglos de los siglos. Por tanto, el hombre, en su estado actual, no puede entrar al reino de Dios. Pero cuando Jesús venga, conferirá la inmortalidad a su pueblo; y luego los llamará a poseer el reino del que, hasta entonces, eran sólo herederos.

Estos y otros textos mostraron claramente a la mente de Miller que los acontecimientos que generalmente se esperaba que ocurrieran antes de la venida de Cristo, como el reino universal de paz y el establecimiento del reino de Dios en la tierra, debería ocurrir después del segundo advenimiento. Además, todas las señales de los tiempos y las condiciones del mundo correspondían a la descripción profética de los últimos días. Se llegó a la conclusión, a partir del estudio de las Escrituras únicamente, de que el período señalado para la existencia continua de la Tierra en su estado actual estaba a punto de terminar. "Otro elemento de evidencia que impresionó de manera vital mi mente", dice Miller, "fue la cronología de las Escrituras. Descubrí que los eventos predichos que habían tenido lugar cumplido en el pasado, a menudo ocurrió dentro de un tiempo determinado. Los ciento veinte años del diluvio (Gén. 6:3), los siete días que lo precedieron, con cuarenta días de lluvia predichos (Gén. 7:4), los cuatrocientos años de estancia temporal de la descendencia de Abraham (Gén. . 15:13), los tres días del sueño del jefe de los coperos y del jefe de los panaderos (Gén. 40:12-20); los siete años de Faraón (Gén. 41:28-54), los cuarenta años en el desierto (Núm. 14:34), los tres años y medio de hambre (I Reyes 17:1; ver Lucas 4:25) ; el cautiverio de setenta años (Jer. 25:11), los siete tiempos de Nabucodonosor (Dan. 4:13-16), y las siete semanas, sesenta y dos semanas, y la semana, que hace setenta semanas, determinada para los judíos. (Dan. 9:24-27), los acontecimientos limitados por aquellos tiempos que eran asuntos proféticos, se cumplieron después según sus predicciones".

Por lo tanto, cuando encontró en su estudio de la Biblia varios períodos cronológicos que, según su entendimiento, se extendían hasta la segunda venida de Cristo, no pudo dejar de considerarlos como los "tiempos ya determinados" que Dios reveló a Su Señor. servicio. Moisés dijo: "Las cosas secretas son para Jehová nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre" (Deuteronomio 29:29); y el Señor declara a través del profeta Amós que "no hará nada sin haber revelado su secreto a sus siervos los profetas" (Amós 3:7). Por lo tanto, los estudiantes de la Palabra de Dios pueden esperar con confianza que ocurran los acontecimientos más estupendos de la historia de la humanidad, como se indica en las Escrituras de verdad.

"Como estaba plenamente convencido", dice Miller, "de que 'toda Escritura es divinamente inspirada' es útil; que nunca procedió de la voluntad del hombre, sino que fue hecha cuando los hombres santos fueron inspirados por el Espíritu Santo (II Pedro 1). :21), y escrito 'para nuestra enseñanza', 'para que mediante la paciencia y el consuelo de las Escrituras tengamos esperanza', no podía dejar de considerar las porciones cronológicas de la Biblia como algo más que dirigido a nuestra seria consideración como cualquier otra cosa. otra porción

su. Sentí, por tanto, que, al esforzarme por comprender lo que Dios, en su misericordia, decidió revelarnos, no tenía derecho a ignorar los períodos proféticos".

La profecía que más claramente pareció revelar el tiempo de la segunda venida fue la de Daniel 8:14: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado". Siguiendo su regla de hacer de las Escrituras su propio intérprete, Miller descubrió que un día en la profecía simbólica representa un año (Números 14:34; Ezequiel 4:6); Vio que el período de 2.300 días proféticos, o años literales, se extendería mucho más allá del fin de la dispensación judía, por lo tanto, ese tiempo no podía referirse al santuario de esa dispensación. Miller estuvo de acuerdo con la opinión generalmente aceptada de que, en la era cristiana, la Tierra es el santuario y, por lo tanto, entendió que la limpieza del santuario predicha en Daniel 8:14 representaría la limpieza de la Tierra por fuego en la segunda venida de Cristo. . Miller concluyó que si fuera posible entonces encontrar el punto de partida correcto para los 2.300 días, sería posible determinar fácilmente el tiempo de la segunda venida. Así se revelaría el tiempo de esa gran consumación, "el tiempo en que el estado actual, con todo su orgullo y poder, pompa y vanidad, maldad y opresión, llegaría a su fin... cuando la maldición sería eliminada del tierra, la muerte sería destruida, cuando los siervos de Dios, los profetas, los santos y todos los que temen su nombre serían recompensados, y los que destruyen la tierra serían destruidos".

Con un celo nuevo y más profundo, Miller continuó su examen de las profecías, dedicando días y noches enteros al estudio de lo que ahora le parecía de tremenda importancia y absorbente interés. En el capítulo 8 de Daniel no encontró ninguna pista sobre el punto de partida de los 2.300 días. El ángel Gabriel, aunque le habían ordenado que hiciera entender a Daniel la visión, sólo le dio una explicación parcial. Cuando la terrible persecución que vendría sobre la iglesia fue presentada ante la visión del profeta, su fuerza física lo abandonó. No pudo soportarlo más y el ángel lo abandonó por algún tiempo. Daniel se desmayó y estuvo enfermo por algunos días. "Me maravillé de la visión", dijo, "y nadie la entendió".

Sin embargo, Dios ordenó a su mensajero: "Dale a este hombre la visión para entender". Esta comisión debe cumplirse. En obediencia a ella, el ángel, algún tiempo después, volvió a Daniel, diciéndole: "Ahora he salido para hacerte entender el sentido"; "Toma el significado completo de la palabra y comprende la visión". (Dan. 9:22 y 23). Sólo había un punto en la visión del capítulo 8 que había quedado sin explicar, a saber, el relativo al tiempo: el período de los 2.300 días. Luego el ángel, retomando la explicación, enfatizó principalmente el tema del tiempo:

"Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad... Conoce y entiende: desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén, hasta el Mesías Príncipe, siete semanas, y sesenta y dos semanas; las calles y las calles serán reedificadas, pero en tiempos de angustia. Y después de sesenta y dos semanas el Mesías será quitado, y ya no será más... Y hará pacto con muchos por una semana; y a mitad de la semana hará el sacrificio y la ofrenda". (Dan. 9:24-27).

El ángel había sido enviado a Daniel con el propósito expreso de explicarle el punto que no había comprendido en la visión del capítulo 8: la declaración acerca del tiempo: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; y el santuario será purificado". . Después de invitar al profeta Daniel a considerar "la cosa y entender la visión", las primeras palabras del ángel fueron: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad". La palabra aquí traducida como "determinada" significa literalmente "cortada" o "separada". El ángel afirma que setenta semanas, que representan 490 años, están apartadas como pertenecientes especialmente a los judíos. Pero ¿separados de qué?

Dado que los 2.300 días fueron el único tiempo mencionado en el capítulo 8, deben ser el período del cual se separaron las setenta semanas. Por tanto, las setenta semanas deben formar parte de los 2.300 días, y los dos períodos deben comenzar al mismo tiempo. El ángel declaró que las setenta semanas debían fecharse a partir de la emisión de la orden de restaurar y construir Jerusalén. Si se pudiera encontrar la fecha de esta orden, se descubriría el punto de partida del período de 2.300 días.

En el capítulo 7 de Esdras se registra el decreto (Esd. 7:12-26). En su forma más completa fue emitida por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 a.C. Pero en Esdras 6:14, se dice que la casa del Señor en Jerusalén fue construida "según el mandato [o decreto] de Ciro, Darío y de Artajerjes, rey de Persia." Estos tres reyes, al originar, confirmar y completar el decreto, lo perfeccionaron según lo exigía la profecía que marcaba el comienzo de los 2.300 años. Tomando el año 457 a.C., época en la que se completó el decreto, como fecha de la orden, parece que toda la especificación profética se cumplió plenamente.

"Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén, hasta el Mesías Príncipe, siete semanas y sesenta y dos semanas", es decir, sesenta y nueve semanas, o 483 años. El decreto de Artajerjes entró en vigor en el otoño del año 457 a.C. Desde esa fecha transcurren 483 años hasta el otoño del año 27 d.C. En ese momento se cumplió esta profecía. La palabra "Mesías" significa "Ungido". En el otoño del año 27 d. C., Cristo fue bautizado por Juan el Bautista y recibió la unción del Espíritu. El apóstol Pedro testifica que "Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder".

(Hechos 10:38). Y el Salvador mismo declaró: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres". (Lucas 4:18). Después de su bautismo, Jesús fue a Galilea, "predicando el evangelio del reino de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido". (Marcos 1:14 y 15).

"Y hará pacto con muchos durante una semana". La "semana" aquí mencionada es la última de las setenta; Estos son los últimos siete años del período designado especialmente para los judíos. Durante este tiempo, que se extendió desde el año 27 al año 34 d.C., Cristo, primero en persona y luego a través de Sus discípulos, extendió la invitación evangélica especialmente a los judíos. Cuando los apóstoles partieron con las buenas nuevas del reino, la instrucción del Salvador fue: "No vayáis por las sendas del pueblo, ni entréis en las ciudades de los samaritanos, sino id a las ovejas descarriadas de la casa de Israel". (Mateo 10:5 y 6).

"A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda de cereal".

En el año 31 d. C., tres años y medio después de Su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, puso fin al sistema de ofrendas que durante 4.000 años había señalado al Cordero de Dios. El tipo se encontró con el antitipo y cesaron todos los sacrificios y oblações del sistema ceremonial.

Las setenta semanas o 490 años especialmente conferidos a los judíos terminaron, como hemos visto, en el año 34 d.C. En ese momento, por acto del Sanedrín judío, la nación selló su rechazo del evangelio como resultado del martirio de Esteban. y persecución de los seguidores de Cristo. Así, el mensaje de salvación, que ya no estaba restringido al pueblo elegido, fue dado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, "iban por todas partes proclamando la Palabra".

"Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicó a Cristo". (Hechos 8:5).

Pedro, divinamente guiado, abrió el evangelio a Cornelio, el centurión de Cesarea, que era un hombre temeroso de Dios; y el celoso Pablo, ganado para la fe cristiana, recibió el encargo de llevar la gozosa nueva a los gentiles desde lejos (Hechos 8:4 y 5; 22:21).

Hasta ahora se han cumplido estrictamente todas las especificaciones de la profecía, y el comienzo de las setenta semanas se estableció más allá de toda duda en el año 457 a.C., con su

terminando en el año 34 d.C. Con base en estos datos, no hay dificultad para encontrar el final de los 2.300 días. Separando las setenta semanas o 490 días de los 2.300 días, todavía quedaban 1.810 días. Después del final de los 490 días, aún quedaban por completar los 1.810 días. A partir del año 34 de nuestra era, los 1.810 años se extenderían hasta 1844. En consecuencia, los 2.300 días de Daniel 8:14 terminaron en 1844. Al final de este gran período profético, según el testimonio del ángel de Dios, "el santuario será purificado". Así quedó definitivamente fijado el tiempo de la purificación del santuario, que casi universalmente se creía que ocurriría en el momento de la segunda venida de Cristo.

Miller y sus compañeros, al principio, creyeron que los 2.300 días terminarían en la primavera de 1844, mientras que la profecía apuntaba al otoño de ese año. La mala interpretación de este punto trajo desilusión y perplejidad a quienes habían fijado la primera fecha como el tiempo de la venida del Señor. Pero esto no afectó en lo más mínimo la fuerza del argumento de que los 2.300 días terminaron en el año 1844, y que entonces debería tener lugar el gran acontecimiento representado por la purificación del santuario.

Dedicándose a estudiar las Escrituras con la intención de demostrar que eran una revelación divina, Miller no tenía, al principio, la más mínima expectativa de llegar a la conclusión a la que había llegado. Él mismo difícilmente podría dar crédito a los resultados de su investigación. Pero la evidencia bíblica era demasiado clara y poderosa para dejarla de lado.

Ya había dedicado dos años al estudio de la Biblia cuando, en 1818, llegó a la solemne conclusión de que en unos veinticinco años Cristo aparecería para la redención de su pueblo. Miller lo expresó de esta manera: "No es necesario decir del gozo que llenó mi corazón ante la placentera perspectiva, ni del ardiente deseo de mi alma de participar en los gozos de los redimidos. La Biblia era para mí, entonces, un libro nuevo. Fue, en verdad, un festín para la razón. Todo lo que para mí era oscuro, místico o nebuloso en sus enseñanzas, fue disipado de mi mente ante la luz clara que ahora brillaba en sus páginas sagradas. Y ¡Oh!, ¡qué brillante y gloriosa me pareció la verdad!, desaparecieron todas las contradicciones e inconsistencias que antes había encontrado en la Palabra, y aunque había muchas partes de las cuales aún no tenía una comprensión satisfactoria, aún tanta luz había emanado de él para la iluminación de mi mente previamente oscurecida, que sentí deleite al estudiar las Escrituras, una satisfacción que nunca antes supuse que podría derivar de sus enseñanzas".

"Con la solemne convicción de que estos trascendentales acontecimientos predichos en las Sagradas Escrituras pronto se cumplirían, surgió ante mí una pregunta con gran poder, relativa a mi deber para con el mundo, en vista de la evidencia que había afectado mi propia mente." Miller No podía dejar de sentir que era su deber compartir con los demás la luz que había recibido. Esperaba encontrar oposición de los malvados, pero confiaba en que todos los cristianos se regocijarían con la esperanza de ver al Salvador, a quien profesaban ser. Su único temor era que, en su gran gozo ante la perspectiva de la gloriosa liberación que pronto tendría lugar, muchos recibirían la doctrina sin examinar suficientemente las Escrituras como prueba de su verdad.

Por lo tanto, dudó en presentarlo por temor a equivocarse y convertirse en un medio para desviar a otros. De este modo se vio inducido a revisar las pruebas que respaldaban las conclusiones a las que había llegado y a considerar cuidadosamente cada dificultad que se le presentaba. Descubrió que las objeciones desaparecían ante la luz de la Palabra de Dios, como la niebla ante los rayos del Sol. Cinco años transcurridos de esta manera lo dejaron plenamente convencido de la exactitud de sus opiniones.

Y ahora el deber de dar a conocer a otros lo que él creía que se enseñaba tan claramente en las Escrituras lo presionaba con nueva fuerza. Miller confesó: "Cuando estaba en mis asuntos, seguía sonando en mis oídos: 'Ve y cuéntale al mundo el peligro que corre'. El texto que constantemente se me ocurría era: 'Si digo al impío: Oh impío, ciertamente morirás; y no hablas para desviar al impío de su camino, ese impío morirá en su iniquidad, pero yo demandaré su sangre de tu mano... Pero cuando hayas hablado para hacer volver al impío de su camino, para que se aparte de él, y no se aparte de su camino, morirá en su iniquidad, pero tú habrás librado tu alma. .' (Ezequiel 33:8, 9). Sentí que si los malvados podían ser advertidos eficazmente, multitudes de ellos se arrepentirían; y que si no eran advertidos, su sangre podría ser requerida de mi mano."

Comenzó a presentar sus puntos de vista en privado cuando se le presentó la oportunidad, orando para que algún pastor pudiera sentir su fuerza y dedicarse a su promulgación. Pero Miller no pudo desterrar la convicción de que tenía un deber personal que cumplir al dar la advertencia. Esas palabras resonaban siempre en su mente: "Ve y dile esto al mundo; su sangre demandaré de tus manos". Esperó nueve años, con el peso presionando su alma, hasta que en 1831, por primera vez, dio públicamente razones de su fe.

Así como Eliseo fue llamado cuando estaba arando con sus bueyes en el campo, para recibir el manto de consagración al oficio profético, así también William Miller fue invitado a dejar el arado y abrir al entendimiento los misterios del reino de Dios. de la gente. Con temor comenzó su obra, guiando a sus oyentes paso a paso a través de los períodos proféticos hasta la segunda aparición de Cristo. Con cada esfuerzo ganaba fuerza y coraje, viendo el gran interés que despertaban sus palabras.

Sólo a petición de sus hermanos, en cuyas palabras escuchó el llamado de Dios, Miller accedió a presentar sus puntos de vista en público. Tenía entonces cincuenta años y no estaba acostumbrado a hablar en público. Se sintió abrumado por la sensación de su incapacidad para el trabajo que tenía por delante. Pero desde el principio sus labores por la salvación de las almas fueron bendecidas de manera notable. A su primera conferencia siguió un despertar religioso, en el que se convirtieron treinta familias enteras, con excepción de dos personas. Inmediatamente lo convencieron de hablar en otros lugares, y casi en todas partes su obra resultó en un avivamiento de la obra de Dios. Los pecadores se convirtieron, los cristianos despertaron a una mayor consagración y los deístas y los incrédulos reconocieron la verdad de la Biblia y la religión cristiana. El testimonio de aquellos entre quienes trabajó fue: "Llegó a una clase de personas que no estaban bajo la influencia de otros hombres". Su predicación estaba calculada para despertar la opinión pública a los grandes temas de la religión y controlar la creciente mundanalidad y sensualidad de la época.

En casi todas las ciudades hubo muchas, incluso cientos, de conversiones como resultado de su predicación. En muchos lugares, iglesias protestantes de casi todas las denominaciones le abrieron sus puertas, y las invitaciones para trabajar procedían generalmente de los pastores de las distintas congregaciones. Miller estableció como regla invariable no trabajar en ningún lugar al que no fuera invitado; sin embargo, pronto le resultó imposible atender la mitad de las peticiones que le hacían.

Muchos de los que no aceptaron sus puntos de vista sobre el tiempo exacto de la segunda venida estaban convencidos de la certeza y cercanía de la venida de Cristo y de la necesidad de preparación. En algunas de las grandes ciudades, su obra causó una marcada impresión. Los vendedores de bebidas abandonaron su oficio y convirtieron sus tiendas en salas de reuniones; Los garitos de juego estaban cerrados. Se transformaron incrédulos, deístas, universalistas y los más libertinos, algunos de ellos

que durante años no había entrado a un lugar de culto. Las distintas denominaciones celebraban reuniones de oración en diferentes barrios, casi a todas horas del día; Los empresarios se reunieron al mediodía para orar y alabar. No había ninguna excitación extraña, sino una solemnidad casi universal en la mente de la gente. Su obra, como la de los primeros reformadores, tendía más bien a convencer al entendimiento y a despertar la conciencia que simplemente a excitar las emociones.

En 1833, Miller recibió una licencia para predicar de la Iglesia Bautista, a la que pertenecía. Un gran número de pastores de su denominación también aprobaron su trabajo. Y fue con esta aprobación formal que continuó su trabajo.

Viajó y predicó incesantemente, aunque sus labores personales se limitaron principalmente a Nueva Inglaterra y los Estados Centrales. Durante muchos años sus gastos los cubrió íntegramente con sus propios recursos. Posteriormente nunca recibió lo suficiente para cubrir los gastos de viaje a los lugares a los que fue invitado. Así, sus obras públicas, lejos de ser un beneficio pecuniario, constituían una pesada carga para sus bienes, que fueron disminuyendo paulatinamente durante este período de su vida. Miller tenía una familia numerosa; pero como todos allí eran económicos y trabajadores, su granja era suficiente para sustentar a todos.

En 1833, dos años después de que Miller comenzara a presentar públicamente la evidencia de la próxima venida de Cristo, apareció la última de las señales que había prometido el Salvador como indicativas de Su segundo advenimiento. Jesús dijo: "Las estrellas caerán del cielo". (Mateo 24:29). Y Juan, en el Apocalipsis, declaró al contemplar en visión las escenas que anunciaban el día de Dios: "Y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como cuando la higuera, sacudida por un fuerte viento, arroja sus higos verdes". (Apocalipsis 6:13). Esta profecía tuvo un cumplimiento sorprendente en la gran lluvia de meteoritos del 13 de noviembre de 1833. Esta fue la exhibición de estrellas fugaces más extensa y maravillosa jamás registrada en la historia. "Todo el firmamento sobre los Estados Unidos estuvo en una ardiente conmoción durante horas. Ningún fenómeno celeste ha ocurrido jamás en este país, desde las primeras fases de la colonización, que haya sido visto con tanta admiración por una clase, o con tanto miedo y alarma por otra". "Su sublimidad y su terrible belleza aún perduran en muchas mentes... Nunca cayó una lluvia más intensa que la caída de meteoros hacia la Tierra. Este, Oeste, Norte y Sur, todo era igual. En una palabra, todo el cielo parecía estar en movimiento... El espectáculo, como lo describe el Prof. Silliman, fue visto en toda América del Norte... Desde las dos de la tarde hasta el amanecer, estando el cielo perfectamente tranquilo y despejado, se mantuvo un incesante juego de luces deslumbrantes en todo el firmamento."

"Ningún idioma puede describir verdaderamente el esplendor de esa magnífica presentación... nadie que no haya sido testigo de ella puede formarse una concepción adecuada de su gloria. Parecía como si todo el cielo estrellado se hubiera reunido en un punto cerca del cenit, y las estrellas fueron simultáneamente liberadas con la velocidad del relámpago, a todas partes del horizonte, y sin embargo, no se agotaron. Miles siguieron rápidamente a miles, como si hubieran sido creados para la ocasión". "No sería posible contemplar una imagen más correcta de la higuera soltando sus higos cuando es arrastrada por un fuerte vendaval".

El día después del espectáculo, Henry Dana Ward describió así el maravilloso fenómeno: "Supongo que ningún filósofo o erudito ha hablado o registrado un evento similar al de ayer por la mañana. Un profeta, mil ochocientos años antes, lo predijo exactamente, si no tenemos dificultad para entender que las estrellas fugaces significan estrellas fugaces, en el único sentido en el que es posible que esto sea literalmente cierto."

Así se conoció el último de los signos de su venida, acerca del cual Jesús declaró a sus discípulos: "Cuando veáis todas estas cosas, sabed que él está cerca, a las puertas". (Mateo 24:33). Después de estas señales, Juan contempló el próximo gran acontecimiento inminente: los cielos se enrollaron como pergamino, la tierra se estremeció, las montañas y las islas fueron removidas de sus lugares, y los malvados, presas del terror, trataron de huir de la presencia del Hijo de hombre.

Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas la vieron como un heraldo del juicio venidero: "un tipo terrible, un heraldo seguro, una señal misericordiosa del día grande y terrible". De esta manera se dirigió la atención del pueblo al cumplimiento de la profecía, y muchos fueron inducidos a prestar atención a la advertencia del segundo advenimiento.

En el año 1840 otro notable cumplimiento profético despertó el interés general. Dos años antes, Josiah Litch, uno de los principales ministros que predicaban la Segunda Venida, publicó una exposición de Apocalipsis 9, prediciendo la caída del Imperio Otomano y especificando no sólo el año, sino el día exacto en que tendría lugar. Según su explicación, que se trataba simplemente de calcular los períodos proféticos de las Escrituras, el gobierno turco renunciaría a su independencia el día once de agosto de 1840. La predicción fue ampliamente publicitada y miles de personas siguieron el curso de los acontecimientos con intenso interés.

En el momento que ella misma precisa, Turquía, a través de sus embajadores, aceptó la protección de las potencias aliadas de Europa, y así se puso bajo el control de las naciones cristianas. El evento cumplió la profecía exactamente. Cuando esto se supo, multitudes quedaron convencidas de la exactitud de los principios de interpretación profética adoptados por Miller y sus asociados, y se dio un maravilloso impulso al movimiento adventista. Hombres de conocimiento y posición se unieron a Miller, tanto en la predicación como en la publicación de sus puntos de vista, y de 1840 a 1844 la obra se difundió rápidamente.

Guilherme Miller tenía grandes facultades intelectuales, disciplinadas por la reflexión y el estudio. A estas capacidades añadió la sabiduría del Cielo, uniéndose a la Fuente de la sabiduría. Miller era un hombre de gran valor, que imponía respeto y estima dondequiera que se considerara la integridad de carácter y la excelencia moral. Combinando la verdadera bondad de corazón con la humildad cristiana y el poder del autocontrol, era atento y afable con todos, dispuesto a escuchar las opiniones de los demás y sopesar sus argumentos. Sin pasión ni entusiasmo, demostró todas las teorías y doctrinas mediante la Palabra de Dios. Su sólido razonamiento y su profundo conocimiento de las Escrituras le permitieron refutar el error y exponer la falsedad.

Él, sin embargo, no llevó a cabo su trabajo sin una amarga oposición. Como ocurrió con los primeros reformadores, las verdades que presentó no fueron recibidas con el favor de los maestros religiosos populares. Como no podían apoyar su posición a través de las Escrituras, se vieron obligados a utilizar citas y doctrinas de hombres, de las tradiciones de los padres de la iglesia. La Palabra de Dios, sin embargo, fue el único testimonio aceptado por los predicadores de la verdad del Adviento. "La Biblia, y sólo la Biblia", era su contraseña. La falta de argumentos bíblicos por parte de los oponentes fue compensada por el ridículo y la burla. Se gastaron tiempo, medios y talentos en difamar a aquellos cuya única ofensa era esperar con alegría el regreso de su Señor y esforzarse por vivir vidas santas y exhortar a otros a prepararse para Su aparición.

Diligentes fueron los esfuerzos hechos para desviar la mente de la gente de la cuestión del segundo advenimiento. Se hizo parecer como un pecado, algo de lo que los hombres deberían avergonzarse, estudiar las profecías acerca de la venida de Cristo y el fin del mundo. Así, el ministerio popular buscó socavar la fe en la Palabra de Dios. Tu enseñanza

Convirtió a los hombres en incrédulos y muchos se sintieron autorizados a actuar según sus propios deseos impíos. Entonces los autores atribuyeron todo este mal a los adventistas.

Aunque llenó los hogares de oyentes atentos e inteligentes, el nombre de Miller rara vez fue mencionado por la prensa religiosa excepto con fines de acusación y ridículo. Los descuidados e impíos, alentados por la posición de los maestros religiosos, recurrían a expresiones infamatorias, blasfemias y bromas vulgares, en sus esfuerzos por ofenderlo a él y a su obra. El hombre de cabello gris que había dejado un hogar confortable para viajar por su cuenta de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, trabajando incesantemente para llevar al mundo la solemne advertencia del juicio venidero, fue vilmente denunciado como un fanático, un mentiroso, y un sinvergüenza.

Las burlas, las falsedades y los insultos que se le infligieron provocaron protestas indignadas, incluso por parte de la prensa secular. Los hombres mundanos declararon que tratar un tema de tan tremenda majestad y terribles consecuencias con ligereza y cinismo no era simplemente divertirse con los sentimientos de sus defensores, sino "burlarse del día del juicio, burlarse de Dios mismo, y ridiculizar los terrores de su corte."

El instigador de todo mal buscó no sólo contrarrestar el efecto del mensaje del advenimiento, sino también destruir al mensajero mismo. Miller hizo una aplicación práctica de la verdad de las Escrituras a los corazones de sus oyentes, reprendiendo sus pecados y perturbando su autosatisfacción. Sus palabras claras y tajantes despertaron enemistad. La oposición expresada por los miembros de la iglesia a su mensaje animó a las clases bajas a ir más allá. Los enemigos conspiraron para quitarle la vida cuando abandonó el lugar de encuentro. Pero los ángeles de Dios estaban entre la multitud, y uno de ellos, en forma humana, tomó del brazo a este siervo del Señor y lo condujo sano y salvo lejos de la multitud enojada. Su obra aún no había terminado y Satanás y sus emisarios quedaron decepcionados por el fracaso de sus planes.

A pesar de toda la oposición, el interés en el movimiento adventista siguió creciendo. De docenas y cientos, las congregaciones crecieron hasta convertirse en muchos miles. Hubo un gran acceso a las diversas iglesias, pero después de algún tiempo el espíritu de oposición contra estos conversos se manifestó y las iglesias comenzaron a tomar medidas disciplinarias contra aquellos que habían abrazado los puntos de vista de Miller. Esta acción provocó una respuesta de su pluma dirigida a los cristianos de todas las denominaciones, exigiendo que, si sus doctrinas eran falsas, su error les fuera mostrado por las Escrituras.

Dijo: "¿Qué hemos creído que no nos haya sido mandado por la Palabra de Dios, que vosotros mismos admitís que es la regla, la única regla, de vuestra fe y de vuestra práctica? ¿Qué hemos hecho que haya provocado denuncias tan violentas contra ¿Nos tanto? desde el púlpito y desde la prensa, y les dio una razón justa para excluarnos [a los adventistas] de sus iglesias y confraternidades?" "Si estamos en el error, te pido que nos muestres en qué consiste nuestro error. Muéstranos desde la Palabra de Dios que estamos en el error. Ya hemos sido ridiculizados lo suficiente. Eso nunca podrá convencernos de que estamos trabajando en el error. Sólo la Palabra de Dios puede cambiar nuestros puntos de vista. Nuestras conclusiones se sacaron con deliberación y oraciones, tal como vimos su evidencia en las Escrituras".

En todas las épocas, las advertencias que Dios ha enviado al mundo a través de sus siervos han sido recibidas con incredulidad e incredulidad similares. Cuando la iniquidad de los antediluvianos obligó al Señor a traer el diluvio sobre la tierra, primero les dio a conocer su propósito: que tuvieran la oportunidad de volverse de sus malos caminos. Durante ciento veinte años sonó en los oídos de aquella generación la advertencia de que se arrepintieran, so pena de que la ira de Dios tuviera que manifestarse.

para poder destruirlos. Pero el mensaje les pareció un cuento vano y no lo creyeron. Alentados por su propia impiedad, se burlaron del mensajero de Dios, restando importancia a sus súplicas e incluso acusándolo de presunción. ¿Cómo se atreve un hombre a levantarse contra todos los grandes de la Tierra? Si el mensaje de Noé era cierto, ¿por qué el mundo entero no lo vio y no lo creyó? ¡La Palabra de un hombre contra la sabiduría de miles! No quisieron dar crédito al aviso, ni buscar refugio en el arca.

Los burladores señalaron las cosas de la naturaleza (la invariable sucesión de las estaciones, el cielo azul que nunca había llovido, los verdes campos refrescados por el suave rocío de la noche) y exclamaron: "¿No habla en parábolas?" Declararon burlescamente que el predicador de la justicia era un entusiasta loco; y continuaron buscando más ansiosamente el placer, más decididos que nunca en sus malos caminos. Pero su incredulidad no impidió el acontecimiento profetizado. Dios soportó durante mucho tiempo su impiedad, dándoles amplias ocasiones para el arrepentimiento. Pero en el tiempo señalado, los juicios del Señor cayeron sobre aquellos que habían rechazado Su misericordia.

Cristo declara que habrá idéntica incredulidad respecto de su segunda venida. Como la gente de los días de Noé no lo conocía, "hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será", en palabras de nuestro Salvador, "la venida del Hijo del Hombre" (Mateo 24:39). . Cuando el profeso pueblo de Dios se une al mundo, vive como viven los del mundo y se une a ellos en placeres prohibidos; cuando el lujo del mundo se convierta en el lujo de la iglesia; cuando suenen las campanas nupciales y todos miren hacia el futuro esperando muchos años de prosperidad mundana, entonces, de repente, como relámpagos del cielo, llegará el fin de sus brillantes visiones y esperanzas engañosas.

Así como Dios encargó a su siervo advertir al mundo sobre el diluvio venidero, también envió mensajeros escogidos para dar a conocer la cercanía del juicio final. Y así como los contemporáneos de Noé se reían para burlarse de las predicciones del predicador de justicia, así en los días de Miller muchos incluso entre el profeso pueblo de Dios se mofaban de las palabras de advertencia.

¿Y por qué la doctrina y predicación de la segunda venida de Cristo fueron tan mal recibidas por las iglesias? Mientras que para los malvados el advenimiento del Señor trae miseria y desolación, para los justos está lleno de alegría y esperanza. Esta gran verdad ha sido el consuelo de los fieles de Dios a través de todos los tiempos. ¿Por qué ella, como su Autor, se ha convertido en "piedra de tropiezo y roca de escándalo" para su profeso pueblo? Fue nuestro Señor mismo quien prometió a sus discípulos: "Si voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo". (Juan 14:3). Fue el Salvador misericordioso quien, anticipando la soledad y la tristeza de sus seguidores, encargó a los ángeles que los consolaran entonces con la seguridad de que volvería en persona, tal como había ascendido al cielo. Para captar una última escena [de Aquel](#) a quien amaban, su atención se centró en las palabras: "Varones galileos, ¿por qué miráis al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de entre vosotros al cielo, vendrá como vosotros". Lo vi ir al cielo." (Hechos 1:11). La esperanza se encendió nuevamente con el mensaje angelical. Los discípulos "regresaron a Jerusalén con gran alegría, y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios" (Lucas 24:52 y 53). No se regocijaron porque Jesús se había separado de ellos y fueron abandonados a luchar con las pruebas y tentaciones del mundo, sino por la seguridad dada por el ángel de que Él volvería.

El anuncio de la venida de Cristo debe ser ahora, como cuando lo hicieron los ángeles a los pastores de Belén, una buena nueva de gran alegría. Aquellos

aman verdaderamente al Salvador, no pueden dejar de acoger con alegría el anuncio que se encuentra en la Palabra de Dios, de que Aquel en quien están centradas sus esperanzas de vida eterna, viene otra vez, para no ser insultado, despreciado y rechazado, como sucedió en su primera venida. , pero con poder y gloria para redimir a Su pueblo. Son aquellos que no aman al Salvador los que desearían que no viniera. Y no puede haber evidencia más concluyente de que las iglesias se han alejado de Dios que la irritación y animosidad suscitadas por este mensaje enviado del Cielo.

Aquellos que aceptaron la doctrina del advenimiento fueron despertados a la necesidad de arrepentirse y humillarse ante Dios. Muchos habían dudado durante mucho tiempo entre Cristo y el mundo; Ahora entendieron que había llegado el momento de tomar una posición. Las cosas de la eternidad adquirieron para ellos una realidad inusual. El cielo estaba cerca y se sentían culpables ante Dios. Los cristianos fueron despertados a una nueva vida espiritual. Sentían que el tiempo era corto y que lo que tenían que hacer por sus semejantes debía realizarse rápidamente. La Tierra retrocedió y la eternidad pareció abrirse ante ellos; y el alma, con todo lo que está relacionado con su eterna felicidad o desgracia, sentía que todo objetivo mundano se eclipsaba. El Espíritu de Dios descansó sobre ellos, dotando de poder los fervientes llamamientos hechos a sus hermanos y a los pecadores para que se prepararan para el día de Dios. El testimonio silencioso de su vida diaria fue una reprimenda constante para los miembros formales y no consagrados de la iglesia. Estos no querían ser perturbados en su búsqueda del placer, su dedicación al beneficio y la ambición de los honores mundanos. Por esta razón surgió enemistad y oposición contra la fe adventista y quienes la proclamaban.

Como los argumentos sobre los períodos proféticos resultaron irrefutables, los oponentes se esforzaron por desalentar la investigación de este tema enseñando que las profecías estaban selladas. De esta manera, los protestantes siguieron los pasos de los romanistas. Mientras que la iglesia papal impedía que la gente tuviera la Biblia, las iglesias protestantes defendían la idea de que una parte importante de la Santa Palabra, parte que presentaba verdades especialmente aplicables a nuestro tiempo, no podía entenderse.

Los ministros y el pueblo declararon que las profecías de Daniel y el Apocalipsis eran misterios incomprensibles. Pero Cristo llamó la atención de sus discípulos sobre las palabras del profeta Daniel acerca de los acontecimientos que sucederían en su tiempo, y dijo: El que lee, entienda . (Mateo 24:15). Y la afirmación de que el Apocalipsis es un misterio que no se puede entender, se contradice con el título mismo del libro: "Revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos las cosas que pronto deben suceder... Bueno - Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía y guardan lo que en ella está escrito; porque el tiempo está cerca." (Apocalipsis 1:1-3).

Dice el profeta: "Bienaventurado el que lee". Hay quienes no quieren leer; la bendición no es para estos. "Y los que oyen". También hay algunos que se niegan a escuchar nada acerca de las profecías; la bendición no es para esa clase. "Y guardan las cosas que en él están escritas". Muchos se niegan a prestar atención a las advertencias e instrucciones contenidas en el Apocalipsis. Ninguno de ellos puede reclamar la bendición prometida. Todos los que ridiculizan a los sujetos de la profecía, burlándose de los símbolos que allí se muestran solemnemente; Todos los que se niegan a reformar sus vidas y prepararse para la venida del Hijo del Hombre no serán bendecidos.

Frente al testimonio de la Inspiración, ¿cómo se atreven los hombres a enseñar que el Apocalipsis es un misterio más allá del alcance del entendimiento humano? Él es un misterio revelado, un libro abierto. El estudio del Apocalipsis dirige la mente a la

profecías de Daniel, y ambas presentan la instrucción más importante dada por Dios al hombre, y concerniente a los acontecimientos que sucederán al final de la historia de este mundo.

A Juan se le mostraron escenas de profundo y emocionante interés en la experiencia de la iglesia. Vio la situación, los peligros, los conflictos y la liberación final del pueblo de Dios. Él registra los mensajes finales que madurarán la cosecha de la Tierra, ya sea como gavillas para el granero celestial o como gavillas para los fuegos de destrucción. Le fueron revelados asuntos de tremenda importancia, especialmente para la última iglesia, para que aquellos que se apartaran del error y se acercaran a la verdad pudieran ser instruidos respecto de los peligros y conflictos que enfrentarían. Nadie necesita estar a oscuras con respecto a lo que vendrá sobre la Tierra.

¿A qué se debe entonces este desconocimiento generalizado respecto de una parte importante de las Sagradas Escrituras? ¿A qué se debe esta renuencia general a investigar sus enseñanzas? Este es el resultado de un estudiado esfuerzo del príncipe de las tinieblas, por ocultar a los hombres aquello que muestra claramente sus errores. Por esta razón, Cristo Revelador, anticipando la lucha que se libraría contra el estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición sobre todos los que leyeran, oyeran y observaran las palabras de la profecía.

Capítulo 19

Luz a través de la oscuridad

La obra de Dios en la Tierra presenta, siglo tras siglo, una sorprendente similitud en cada gran reforma o movimiento religioso. Los principios del trato de Dios con los hombres son siempre los mismos. Los movimientos importantes del presente tienen paralelos en los del pasado, y la experiencia de la iglesia en los primeros tiempos tiene lecciones de gran valor para nuestro tiempo.

Ninguna verdad se enseña más claramente en la Biblia que la que Dios, por su Espíritu Santo, dirige especialmente a sus siervos en la tierra, en los grandes movimientos que llevan adelante la obra de salvación. Los hombres son instrumentos en las manos de Dios, empleados por Él para cumplir Sus propósitos de gracia y misericordia. Cada uno tiene su parte que desempeñar; a cada uno se le concede una medida de luz adaptada a las necesidades de su tiempo, y suficiente para permitirle realizar la obra que Dios le ha encomendado. Pero ningún hombre, aunque honrado por el Cielo, ha llegado jamás a una comprensión plena del gran plan de redención, ni siquiera a una apreciación perfecta del propósito divino en la obra asignada para su propio tiempo. Tú

Los hombres no comprenden completamente lo que Dios quiere lograr mediante la obra que les encomienda. No pueden comprender, desde todos sus ángulos, el mensaje que proclaman en Su nombre.

"¿Obtendrás los caminos de Dios o alcanzarás la perfección del Todopoderoso?" "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son Mis caminos, dice el Señor. Porque como son más altos los cielos que la tierra, así son Mis caminos más altos que vuestros caminos y Mis pensamientos son más fuertes que vuestros pensamientos." "Yo soy Dios, y no hay otro dios, no hay nadie como Yo, que anuncio el fin desde el principio, y desde la antigüedad las cosas que aún no han sucedido". (Job 11:7; Isaías 55:8 y 9; 46:9 y 10).

Incluso los profetas que fueron favorecidos con una iluminación especial del Espíritu no captaron plenamente el significado de las revelaciones que se les habían confiado. El significado debe aclararse a medida que pasa el tiempo y el pueblo de Dios necesita las instrucciones contenidas en él.

Pedro, escribiendo acerca de la salvación revelada por el evangelio, dice: "De esta salvación, los profetas que profetizaban de la gracia que os había sido dada, fueron diligentemente inquiridos y examinados, preguntando en qué tiempo o en qué ocasión el Espíritu de Cristo, que estaba en ellos, indicó, antes de testificar los padecimientos que habían de venir a Cristo, y la gloria que había de seguirlos. A quienes se les reveló que, no a ellos mismos, sino a nosotros, ministraban." (I Pedro 1:10-12).

Aunque a los profetas no se les dio una comprensión completa de las cosas que les fueron reveladas, buscaron ardientemente obtener toda la luz que Dios tuvo a bien manifestar. "Preguntaron y obraron diligentemente", "preguntando qué tiempo u ocasión les indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos". ¡Qué lección para el pueblo de Dios en la era cristiana, para cuyo beneficio fueron dadas estas profecías a Sus siervos! "A quienes se les reveló que no servían a ellos mismos, sino a nosotros". Observe cómo los santos hombres de Dios "inquirieron y manejaron diligentemente" las revelaciones que les habían sido dadas para las generaciones venideras. Contrasta tu santo celo con la apática despreocupación con la que

Los favorecidos de los últimos tiempos tratan este regalo celestial. ¡Qué reprimenda a la indiferencia autoindulgente y amante del mundo que se contenta con declarar que las profecías no se pueden entender!

Aunque la mente finita del hombre no está capacitada para penetrar los consejos del Infinito, ni para comprender plenamente la operación de Sus propósitos, sucede con frecuencia que, por algún error o negligencia de su parte, comprende tan vagamente los mensajes del Cielo. Rara vez la mente del pueblo, e incluso la de los siervos de Dios, está tan cegada por las opiniones, tradiciones y falsas enseñanzas de los hombres, que sólo pueden captar parcialmente las grandes cosas que Él ha revelado en Su Palabra. Así sucedió con los discípulos de Cristo, incluso cuando el Salvador estaba personalmente con ellos. Sus mentes habían quedado tan impregnadas de la idea popular del Mesías como un príncipe temporal, que exaltaría a Israel al trono de un imperio universal, que no percibieron el significado de Sus palabras prediciendo Sus sufrimientos y muerte.

Cristo mismo los había enviado con el mensaje: "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed en el evangelio". (Marcos 1:15). Ese mensaje se basó en la profecía de Daniel 9. El ángel había declarado que las sesenta y nueve semanas se extenderían hasta "el Mesías Príncipe" y, con grandes esperanzas y gozosas expectativas, los discípulos esperaban con ansias el establecimiento del reino del Mesías. ... en Jerusalén, para gobernar sobre toda la tierra.

Predicaron el mensaje que Cristo les había confiado, aunque no entendieron su significado. Aunque su anuncio se basó en Daniel 9:25, no vieron en el siguiente versículo del mismo capítulo que el Mesías iba a ser quitado. Desde su nacimiento, los corazones de los discípulos habían estado dirigidos hacia la gloria anticipada de un imperio terrenal, y esto les impidió comprender los detalles específicos de la profecía y las palabras de Cristo.

Cumplieron con su deber presentando a la nación judía la invitación de la misericordia, y luego, en el mismo momento en que esperaban ver al Señor ascender al trono de David, lo vieron apresado como malhechor, azotado, burlado, condenado y levantado sobre la cruz de Dios, Calvario. ¡Qué desesperación y angustia oprimieron el corazón de los discípulos durante los días en que su Señor dormía en el sepulcro!

Cristo había venido en el momento exacto y de la manera predicha en la profecía. El testimonio de las Escrituras se había cumplido en cada detalle de Su ministerio. Había predicado el mensaje de salvación y "su palabra tenía autoridad". Los corazones de sus oyentes habían testificado que Ella era del Cielo. La Palabra y el Espíritu de Dios dieron testimonio de la comisión divina de Su Hijo.

Los discípulos todavía se aferraban con afecto inquebrantable a su amado Maestro. Y a pesar de ello, sus mentes estaban envueltas en incertidumbre y duda. En su angustia no recordaron, entonces, las palabras de Cristo que señalaban de antemano su sufrimiento y muerte. Si Jesús de Nazaret fuera el verdadero Mesías, ¿se habrían hundido en la amargura y la desilusión? Ésta fue la duda que torturó sus almas mientras el Salvador yacía en la tumba, durante las horas desesperadas de ese sábado que transcurrió entre Su muerte y Su resurrección.

Aunque la noche de aflicción trajo oscuridad sobre estos seguidores de Jesús, no fueron abandonados. Dice el profeta: "Si habito en tinieblas, el Señor será mi luz... Él me sacará a la luz y veré su justicia". "Las tinieblas aún no me ocultan de ti, sino que la noche brilla como el día; las tinieblas y la luz son lo mismo para ti". Dios dijo: "Al justo le nace la luz en las tinieblas". "Y guiaré a los ciegos por un camino que nunca conocieron, los haré andar por senderos que no conocieron; convertiré las tinieblas en luz delante de ellos, y lo torcido enderezaré. Estos

Haré cosas por ellos, y nunca los desampararé." (Miq. 7:8 y 9; Sal. 139:12; 112:4; Isa. 42:16).

El anuncio que habían hecho los discípulos, en el nombre del Señor, era correcto en todos sus detalles, y los acontecimientos a los que apuntaba estaban ocurriendo ahora. "El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca", había sido su mensaje. Al final del "tiempo", las sesenta y nueve semanas de Daniel 9 que debían extenderse al Mesías, "el Ungido", Cristo había recibido la unción del Espíritu, después de Su bautismo en el río Jordán por Juan el Bautista. Y "el reino de Dios", que declararon que estaba cerca, fue establecido por la muerte de Cristo. Este reino no era, como les habían enseñado a creer, un imperio terrenal. Tampoco fue el futuro reino inmortal que se establecerá cuando "el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo sean dados al pueblo de los santos del Altísimo", un reino eterno, en el cual "todos los dominios le servirán y obedecerán" (Dan. 7:27). Tal como se usa en la Biblia, la expresión "reino de Dios" se usa tanto para el reino de gracia como para el reino de gloria. El reino de la gracia lo muestra Pablo en la epístola a los Hebreos. Después de señalar a Cristo, el Intercesor compasivo que puede "simpatizar con nuestras debilidades", el apóstol dice: "Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia". (Hebreos 4:16).

El trono de la gracia representa el reino de la gracia; porque la existencia de un trono implica la de un reino. En muchas de sus parábolas, Cristo usa la expresión "el reino de los cielos" para designar la obra de la gracia divina en los corazones de los hombres.

Así, el trono de gloria representa el reino de gloria; y a este reino se hace referencia en las palabras del Salvador: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas todas las naciones". Antes que él." (Mateo 25:31 y 32). Este reino todavía está en el futuro. No será establecido hasta la segunda venida de Cristo.

El reino de la gracia fue instituido poco después de la caída del hombre, cuando se ideó un plan para la redención de la raza culpable. Él existía entonces en el propósito de Dios y por Su promesa, y mediante la fe los hombres podían llegar a ser sus súbditos. Pero en realidad no se estableció hasta la muerte de Cristo. Incluso después de comenzar su ministerio terrenal, el Salvador, cansado de la obstinación y la ingratitud de los hombres, podría haber abandonado el sacrificio del Calvario. En Getsemaní, la copa de la aflicción tembló en Su mano. Entonces podría haberse secado el sudor sangriento de la frente y dejar que la raza culpable pereciera en su iniquidad. Si hubiera hecho esto, no habría habido redención para el hombre caído. Pero cuando el Salvador entregó su vida y con su último aliento gritó: "Consumado es", quedó entonces garantizado el cumplimiento del plan de redención. Se ratificó la promesa de salvación hecha a la pareja pecadora en el Edén. El reino de la gracia, que anteriormente había existido por la promesa de Dios, ahora estaba establecido.

Por lo tanto, la muerte de Cristo—el evento mismo que los discípulos habían visto como la destrucción final de sus esperanzas—fue lo que los confirmó para siempre. Aunque esto les produjo una atroz decepción, fue la prueba suprema de que su creencia era correcta. El acontecimiento que les trajo lágrimas y desesperación fue el que abrió la puerta de la esperanza a cada hijo de Adán, y en el que se centró la vida futura y la felicidad eterna de todos los fieles de Dios, de todos los tiempos.

Los propósitos de la infinita misericordia fueron llegando a su cumplimiento, aunque causaron desilusión a los discípulos. Aunque sus corazones habían sido ganados por la gracia divina y el poder de las enseñanzas de Aquel que hablaba como ningún hombre había hablado jamás, mezclado con el oro puro de su amor por Jesús estaba la amalgama del orgullo humano y de las ambiciones.

egoísta. Incluso en el cenáculo, en la hora solemne en que su Maestro estaba a punto de entrar bajo la sombra de Getsemaní, hubo "entre ellos discordia, acerca de cuál de ellos parecía ser el mayor" (Lucas 22:24). Su visión estaba ocupada por el trono, la corona y la gloria, mientras que ante ellos estaban la vergüenza y la agonía del huerto, el atrio, la cruz del Calvario. Fue el orgullo de su corazón y su sed de gloria mundana lo que los llevó a aferrarse tan tenazmente a las falsas enseñanzas de su época y a pasar por alto las palabras del Salvador que mostraban la verdadera naturaleza de Su reino y señalaban Su agonía y muerte. . Y estos errores resultaron en la prueba, aguda pero necesaria:

permitido para su corrección. Aunque los discípulos habían entendido mal el significado de Su mensaje y habían visto frustradas sus expectativas, habían predicado la advertencia que Dios les había dado, y el Señor recompensaría su fe y honraría su obediencia. Se les confió la tarea de anunciar el glorioso evangelio del Señor resucitado a todas las naciones. Fue con el objetivo de prepararlos para este trabajo que se les permitió la experiencia que les pareció tan amarga.

Después de su resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos en el camino a Emaús, y "comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó todo lo referente a él en todas las Escrituras" (Lucas 24:27). Los corazones de los discípulos se conmovieron. Su fe fue despertada. Fueron engendrados de nuevo "para una esperanza viva" (1 Pedro 1:3), incluso antes de que Jesús se revelara a ellos. Su propósito era iluminar su entendimiento, establecer su fe en "la segura palabra profética". Quería que la verdad echara raíces profundas en sus mentes, no simplemente porque estaba respaldada por su testimonio personal, sino por la evidencia incuestionable presentada por los símbolos y sombras de la ley ceremonial y las profecías del Antiguo Testamento. Era necesario que los seguidores de Cristo tuvieran una fe inteligente, no sólo para su propio beneficio, sino para poder llevar el conocimiento de Cristo al mundo. Y como primer paso para comunicar este conocimiento, Jesús dirigió a sus discípulos a "Moisés y los profetas". Éste fue el testimonio dado por el Salvador resucitado respecto del valor y la importancia de las Escrituras del Antiguo Testamento.

¡Qué cambio se produjo en los corazones de los discípulos al contemplar una vez más el amado rostro del Maestro! (Lucas 24:32). En un sentido más pleno y perfecto que antes, habían "hallado a Aquel de quien Moisés escribió en la ley y los profetas". La incertidumbre, la angustia y la desesperación dieron paso a una seguridad perfecta y a una fe iluminada. No es de extrañar que, después de la ascensión del Señor, los discípulos estuvieran "siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios". El pueblo, sabiendo sólo de la ignominiosa muerte del Salvador, intentó ver en su rostro la expresión de tristeza, confusión y derrota, pero vio allí alegría y triunfo. ¡Qué preparación recibieron estos discípulos para la obra que les esperaba! Habían pasado por la prueba más terrible que les fue posible experimentar, y vieron cómo, cuando para el entendimiento humano todo estaba perdido, la Palabra de Dios se había cumplido triunfalmente. A partir de entonces, ¿qué podría hacer tambalear su fe o enfriar el ardor de su amor? En la tristeza más severa tenían "un firme consuelo" y una esperanza que era "como un ancla del alma segura y firme" (Heb. 6:18 y 19). Habían sido testigos de la sabiduría y del poder de Dios y estaban convencidos "de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura". ", podría separarlos "del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro". "En todas estas cosas", decían, "somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó". (Romanos 8:38, 39 y 37). "La Palabra del Señor permanece para siempre". (I Pedro 1:25). Y "¿quién los condenará? Porque Cristo es el que murió, o mejor dicho, el que resucitó de entre los muertos, el que está a la diestra de Dios, y también intercede por nosotros" (Rom. 8:34).

Dice el Señor: "Mi pueblo no será avergonzado para siempre". (Joel 2:26).
"El llanto puede durar una noche, pero la alegría llega por la mañana". (Sal. 30:5).
Cuando, en el día de la resurrección, estos discípulos se encontraron con el Salvador y sus corazones ardieron al escuchar Sus palabras; cuando miraban la cabeza, las manos y los pies heridos por su amor; cuando, antes de su ascensión, Jesús los llevó a Betania, y levantando las manos para bendecirlos, les mandó: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio", y añadió: "He aquí, yo estoy con vosotros siempre" (Marcos 16:15; Mateo 28:20); cuando, en el día de Pentecostés, el Consolador prometido descendió y les fue dado poder de lo alto, y las almas de los creyentes temblaron ante la presencia consciente del Señor que había ascendido al Cielo, entonces, incluso si su camino hubiera sido pasar, como el de ¿Jesús, a través del sacrificio y el martirio, cambiaría el ministerio del evangelio de su gracia, con la "corona de justicia" que se recibiría en la venida de Cristo, por la gloria de un trono terrenal que había sido ¿La esperanza de su primer discipulado? Aquel que es "poderoso para hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos" les había dado, junto con la participación de sus sufrimientos, la comunión de su alegría - gozo de "llevar a la gloria a muchos hijos", gozo inexpresable: "el peso eterno de la gloria", con el cual, dice Pablo, "nuestra ligera aflicción por un momento" no se puede comparar.

La experiencia de los discípulos que predicaron "el evangelio del reino" en la primera venida de Cristo tiene su contraparte en la experiencia de aquellos que proclamaron el mensaje de su segunda venida. Así como los discípulos salieron a predicar: "El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca", Miller y sus compañeros proclamaron que el período profético más largo y último presentado en la Biblia estaba por terminar, que el juicio estaba cerca y que se establezca el reino eterno. La predicación de los discípulos sobre el tiempo se basó en las setenta semanas de Daniel 9. El mensaje presentado por Miller y sus compañeros anunció el cierre de los 2.300 días de Daniel 8:14, de los cuales forman parte las setenta semanas. La predicación de cada uno se basó en el cumplimiento de una parte diferente del mismo gran período profético.

Al igual que los primeros discípulos, William Miller y sus compañeros no entendieron completamente el significado del mensaje que estaban difundiendo. Errores establecidos y apreciados desde hace mucho tiempo en la iglesia nos han impedido alcanzar una interpretación correcta de un punto muy importante de la profecía. Por eso, a pesar de proclamar el mensaje que Dios les había encargado dar al mundo, sufrieron desilusión porque tenían una comprensión errónea de su significado.

Al explicar Daniel 8:14, "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado", Miller, como ya se dijo, adoptó la opinión generalmente aceptada de que la tierra era el santuario, y llegó a creer que su La purificación representaba la purificación de la Tierra por el fuego en la venida del Señor. Por lo tanto, cuando descubrió que el plazo de 2.300 días estaba definitivamente predicho, concluyó que esto revelaba el tiempo de la segunda venida. Su error resultó de aceptar la concepción popular de lo que constituía el santuario.

En el sistema típico, que era una sombra del sacrificio y sacerdocio de Cristo, la limpieza del santuario era el último servicio realizado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de ceremonias administradas. Fue la obra final de expiación: una eliminación o eliminación del pecado de Israel. Representaba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, al quitar o borrar los pecados de su pueblo, que estaban fielmente registrados en los registros celestiales. Este servicio implica un trabajo de investigación y un juicio; y esto precede inmediatamente a la venida de

Cristo en las nubes del cielo con poder y gran gloria, porque cuando Él venga ya todos los casos habrán sido decididos. Jesús dice: "Mi recompensa está conmigo, para dar a cada uno según su obra". (Apocalipsis 22:12). Es esta obra de juicio que precede inmediatamente al segundo advenimiento la que se anuncia en el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14:7: "Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio."

Quienes proclamaron esta advertencia dieron el mensaje correcto en el momento correcto. Pero así como los primeros discípulos declararon: "El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado", basándose en la profecía de Daniel 9, sin darse cuenta de que la muerte del Mesías estaba predicha en el mismo texto, Miller y sus compañeros también predicaron el mensaje basado en Daniel 8:14 y Apocalipsis 14:7, y no vieron que había otros mensajes revelados en Apocalipsis 14, que también debían ser presentados antes del advenimiento del Señor. Así como los discípulos se equivocaron con respecto al reino que se establecería al final de las setenta semanas, así también los adventistas se equivocaron con respecto al evento que ocurriría al final de los 2.300 días. En ambos casos hubo aceptación o apego a errores populares, que nublaron sus mentes ante la verdad. Ambas clases cumplieron la voluntad de Dios al presentar el mensaje que Él quería que dieran, y ambas, debido a su propia mala comprensión de sus respectivos mensajes, sufrieron desilusión.

A pesar de esto, Dios cumplió Su propósito misericordioso, permitiendo que la advertencia del juicio se diera exactamente como era. El gran día estaba cerca y, por divina providencia, el pueblo fue probado en relación al tiempo definido, para revelarles lo que había en sus corazones. El mensaje tenía como objetivo probar y purificar la iglesia. El pueblo debía ser guiado a ver si sus afectos estaban puestos en este mundo o en Cristo y el cielo. Profesaban amar al Salvador; ahora deben demostrar su amor. ¿Estaban dispuestos a renunciar a las esperanzas y ambiciones mundanas, aclamando con alegría el advenimiento del Señor? El mensaje tenía como objetivo permitirles discernir su verdadero estado espiritual.

Ella fue enviada en misericordia para despertarlos para que buscaran al Señor con arrepentimiento y humillación.

Además, su decepción, aunque causada por una mala comprensión del mensaje que transmitían, debería haberles hecho bien. Probaría los corazones de aquellos que profesaban haber recibido la advertencia. Ante su decepción, ¿rechazarían apresuradamente su experiencia, abandonando su confianza en la Palabra de Dios? ¿O buscarían con oración y humildad discernir dónde no entendieron el significado de la profecía? ¿Cuántos se habían sentido movidos por el miedo, el impulso o la excitación? ¿Cuántos estaban indecisos e incrédulos?

Multitudes profesaban amar la aparición del Señor. Cuando fueran llamados a soportar el desprecio y la condenación del mundo, y la prueba de la demora y la desilusión, ¿renunciarían a su fe? Debido a que inicialmente no comprendieron las acciones de Dios hacia ellos, ¿rechazarían las verdades sustentadas en el testimonio más claro de la Palabra divina?

Esta prueba revelaría la fortaleza de aquellos que con verdadera fe habían obedecido lo que creían que era la enseñanza de la Palabra y el Espíritu de Dios. Les enseñaría –lo que sólo esta experiencia podría hacer– el peligro de aceptar las teorías e interpretaciones de los hombres, en lugar de hacer de la Biblia su propio intérprete.

Para los hijos de la fe, la perplejidad y la tristeza resultantes de su error proporcionarían la corrección necesaria. Serían conducidos a un estudio más profundo de la palabra profética. Aprenderían a examinar más cuidadosamente el fundamento de su fe y a rechazar todo

la cual, aunque ampliamente aceptada por el mundo cristiano, no estaba basada en las Escrituras de verdad.

Para estos creyentes, como para los primeros discípulos, lo que en el momento de la prueba parecía oscuro para su entendimiento, se aclararía más tarde. Cuando vieran el "fin del Señor" (Santiago 5:11), sabrían que, a pesar de la prueba resultante de sus errores, los propósitos divinos de amor hacia ellos se habían cumplido firmemente. Aprenderían, a través de una bendita experiencia, que Él es "muy misericordioso y misericordioso"; que todos sus caminos "son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios".

Capítulo 20

Un gran despertar religioso

El gran despertar religioso bajo la proclamación del inminente regreso de Cristo se predice en la profecía del mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14. Se ve a un ángel volando "en medio del cielo, y tenía el evangelio eterno, para proclamarlo a los moradores de la tierra, y a toda nación, y linaje, lengua y pueblo." "En alta voz" proclama el mensaje: "Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio. Y adorad al que hizo los cielos y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas." (Apocalipsis 14:6 y 7).

Es significativo que se afirme que un ángel es el heraldo de esta advertencia. Por la pureza, la gloria y el poder del mensajero celestial, la sabiduría divina consideró adecuado representar el carácter exaltado de la obra que debía realizar el mensaje, y el poder y la gloria que debían asistirlo. Y el vuelo del ángel "por en medio del cielo", "la gran voz" con la que se pronuncia la advertencia, y su promulgación a todos "los que habitan la tierra... a toda nación, tribu, lengua y pueblo". ", demuestran la velocidad y el alcance mundial del movimiento.

El mensaje mismo arroja luz sobre el momento en que debe producirse este movimiento. Se declara parte del "evangelio eterno" y anuncia la apertura del juicio. El mensaje de salvación ha sido predicado en todos los siglos; pero este mensaje es una parte del evangelio que sólo podría proclamarse en los últimos días, porque sólo entonces sería cierto que había llegado la hora del juicio. Las profecías presentan una sucesión de acontecimientos que conducen a la apertura del juicio. Esto es especialmente cierto en el libro de Daniel. Sin embargo, en esta parte de su profecía acerca de los últimos días, a Daniel se le ordenó cerrar y sellar el libro hasta "el tiempo del fin". El mensaje concerniente al juicio no podría proclamarse hasta que llegara el tiempo del juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías. Sin embargo, en el tiempo del fin, dice el profeta, "muchos correrán de un lugar a otro, y la ciencia se multiplicará" (Dan. 12:4).

El apóstol Pablo advirtió a la iglesia que no esperara la venida de Cristo en sus días. "Porque no será así", dijo, "a menos que venga primero la apostasía y se manifieste el hombre de pecado". (II Tes. 2:3). No podremos esperar el advenimiento de nuestro Señor hasta después de la gran apostasía y del largo período de reinado del "hombre de pecado". El "hombre de pecado", a quien también se le llama el "misterio de iniquidad", "hijo de perdición" y "el inicuo", representa el papado que, como lo predijeron los profetas, mantendría su supremacía durante 1.260 años. Este período terminó en 1798. La venida de Cristo no podía ocurrir antes de ese tiempo. Pablo abarca, con su advertencia, toda la dispensación cristiana hasta el año 1798. Es en este momento cuando debe proclamarse el mensaje de la segunda venida de Cristo.

En los siglos pasados no se proclamó ningún mensaje semejante. Pablo, como hemos visto, no lo predicó. Indicó a sus hermanos que la venida del Señor se produciría en un futuro muy lejano. Los reformadores no lo predicaron. Martín Lutero pensó que el juicio ocurriría unos 300 años en el futuro, a partir de su época. Pero desde 1798, el libro de Daniel ha sido abierto y el conocimiento de las profecías ha aumentado; Muchos han proclamado el mensaje solemne del juicio inminente.

Al igual que la gran reforma del siglo XVI, el movimiento adventista surgió simultáneamente en diferentes países de la cristiandad. Tanto en Europa como en

En Estados Unidos, hombres de fe y oración fueron inducidos a estudiar las profecías y, al escudriñar el informe inspirado, descubrieron que había evidencia convincente de que el fin de todas las cosas estaba cerca. En diferentes países hubo grupos aislados de cristianos que, únicamente a través del estudio de las Escrituras, descubrieron que el advenimiento del Salvador estaba cerca.

En 1821, tres años después de que Miller llegara a su interpretación de las profecías que señalaban el tiempo del juicio, el Dr. Joseph Wolff, "el misionero para el mundo", comenzó a proclamar la pronta venida del Señor. Wolff nació en Alemania, de ascendencia judía, y tenía un rabino judío por padre. Cuando aún era muy joven, se convenció de la verdad de la religión cristiana. Poseedor de una mente inquisitiva y activa, había sido un oyente insaciable de las conversaciones que tenían lugar en la casa de su padre, cuando los judíos piadosos se reunían diariamente para contar las esperanzas y expectativas de su pueblo, la gloria del Mesías venidero y la restauración de Israel. . Al oír un día hablar de Jesús de Nazaret, el niño preguntó quién era.

"Un judío de incomparable talento", fue la respuesta; "pero como afirmó ser el Mesías, el tribunal judío lo condenó a muerte". "¿Por qué entonces", respondió el interrogador, "Jerusalén sigue destruida y nosotros estamos en cautiverio?" "¡Ay de nosotros! ¡Ay de nosotros!", respondió su padre, "porque los judíos asesinaron a los profetas".

Inmediatamente, un pensamiento cruzó por la mente del niño: "Quizás Jesús de Nazaret era un profeta, y los judíos lo mataron a pesar de que era inocente". Este sentimiento era tan fuerte que, aunque no se le permitía entrar a una iglesia cristiana, a menudo se quedaba afuera para escuchar la predicación.

Con sólo siete años, Wolff se jactaba ante un anciano vecino cristiano sobre el futuro triunfo de Israel con la llegada del Mesías, cuando el anciano amablemente le dijo: "Mi querido niño, te diré quién era el Mesías legítimo. Era Jesús". de Nazaret, a quien vuestros antepasados crucificaron como a los profetas de la antigüedad. Id a casa y leed el capítulo 53 de Isaías, y os convenceréis de que Jesús es el Hijo de Dios". Inmediatamente, una fuerte convicción se apoderó del pequeño Wolff. Regresó a su casa, leyó el texto y se maravilló de cómo se había cumplido perfectamente en Jesús de Nazaret. ¿Estaba diciendo la verdad el viejo cristiano? El niño le pidió a su padre una explicación del profecía, pero se encontró con un silencio tan austero que nunca se atrevió a volver sobre el tema, pero esto sólo aumentó su deseo de saber más sobre la religión cristiana.

El conocimiento que buscaba se mantuvo cuidadosamente fuera de su alcance en su hogar judío; pero, cuando sólo tenía once años, Wolff dejó la casa de sus padres y salió al mundo para educarse y elegir su religión y profesión. Encontró un hogar temporal entre sus familiares, pero no pasó mucho tiempo antes de que fuera desterrado de allí por apóstata y, solo y sin un centavo, tuvo que trazar su propio rumbo entre extraños. Iba de un lugar a otro, estudiando con diligencia y ganándose el apoyo enseñando hebreo. Gracias a la influencia de un profesor católico, llegó a aceptar la fe romana. Entonces decidió ser misionero entre su propio pueblo. Con este objetivo, unos años más tarde continuó sus estudios en el Colegio de Propaganda, en Roma. Allí se le imputó como herejía su hábito de pensamiento independiente y su franqueza al hablar.

Wolff atacó abiertamente los abusos de la iglesia e insistió en la necesidad de reformas. Aunque al principio los dignatarios papales lo trataron con especial favor, después de algún tiempo lo expulsaron de Roma. Bajo la atenta mirada de la iglesia, fue de un lugar a otro, hasta que se hizo evidente que nunca podría someterse a la esclavitud romana. Fue declarado rebelde y dejado en libertad de ir dondequiera que encontrara.

mejor. Luego se dirigió a Inglaterra y, confesando la fe protestante, se unió a la Iglesia Anglicana. Después de dos años de estudio, inició su misión en 1821.

Cuando Wolff aceptó la gran verdad del primer advenimiento de Cristo como "varón de dolores y experimentado en trabajos", también vio que las profecías presentaban con igual claridad su segundo advenimiento con poder y gloria. Y mientras buscaba conducir a su pueblo a Jesús de Nazaret como el Prometido, y señalarles su primera venida en humillación como sacrificio por los pecados de los hombres, también les enseñaba su segunda venida como rey y libertador.

"Jesús de Nazaret, el verdadero Mesías", dijo, "cuyas manos y pies fueron traspasados; quien fue llevado como cordero al matadero; que era varón de dolores y experimentado en el trabajo; el cual, después que fue quitado el cetro de Judá, y la potestad legisladora de entre sus pies, vino la primera vez, vendrá la segunda vez en las nubes del cielo, y con trompeta de arcángel, y estará en pie en el monte de Aceitunas"; "y el dominio sobre la creación que una vez fue dado a Adán y que él perdió (Génesis 1:26; 3:17), será dado a Jesús. Él será rey sobre toda la Tierra. Cesarán los gemidos y lamentos de la creación, y se oirán cánticos de alabanza y acción de gracias... Cuando Jesús venga en la gloria de su Padre, con los santos ángeles... los creyentes muertos resucitarán primero (I Tes. 4: 16; 1 Corintios 15:23). Esto es lo que los cristianos llamamos la primera resurrección. Entonces, el reino animal cambiará de naturaleza (Isaías 11:6-9) y se someterá a Jesús (Salmo 8). La paz universal prevalecerá... El Señor volverá a mirar la Tierra y dirá: He aquí todo está muy bien".

Wolff creía que la venida del Señor estaba cerca y su interpretación de los períodos proféticos situaba la gran consumación dentro de unos pocos años del tiempo indicado por Miller. A quienes insistieron en el versículo: "Nadie sabe acerca de ese día y hora", afirmando que los hombres no deberían querer saber nada sobre la proximidad del Adviento, Wolff respondió: "¿Dijo nuestro Señor que el día y la hora nunca deben ser ¿Nos ha dado señales de los tiempos, para que sepamos al menos la proximidad de su venida, como se conoce el presagio del verano por las hojas de la higuera (Mateo 24:32)? no sólo leer al profeta Daniel, sino también entenderlo? Y en el mismo libro de Daniel, donde se dice que las palabras estarían cerradas hasta el tiempo del fin (como fue el caso en su tiempo), es declaró que "muchos correrán de un lugar a otro" (expresión hebrea que significa observar y pensar en el tiempo), y que "el conocimiento" (en relación con el tiempo) "se multiplicará" (Dan. 12:4). Además, nuestro Señor No pretende decir que no se conocería la proximidad del tiempo, pero sí que el día y la hora exactos no estarían al alcance del conocimiento de los hombres. Dijo que sería suficientemente conocido por las señales de los tiempos, con el propósito de inducirnos a prepararnos para su venida, así como Noé preparó el arca."

Respecto al sistema popular de interpretación o mala interpretación de las Escrituras, Wolff escribió: "La mayor parte de la iglesia cristiana se ha alejado del sentido claro de las Escrituras y se ha vuelto hacia el sistema fantasioso de los budistas. Creen que el futuro la felicidad de la humanidad consistirá en volar, y supongamos que cuando lean a los judíos debe entender a los gentiles; y cuando leen Jerusalén deben entender la iglesia. Cuando se dice Tierra, significa Cielo; y por la venida del Señor deben comprender el progreso de las sociedades misioneras; y subir al monte de la casa del Señor significa una inmensa reunión de metodistas".

Durante veinticuatro años, de 1821 a 1845, Wolff viajó extensamente por África, visitando Egipto y Etiopía; a través de Asia, atravesó Palestina, Siria, Persia, Uzbekistán y la India. También visitó Estados Unidos y durante su viaje

Predicó en la isla de Santa Elena. Llegó a Nueva York en agosto de 1837, y después de hablar en esa ciudad, predicó en Filadelfia y Baltimore y finalmente fue a Washington. Allí, dijo, "mediante una propuesta presentada por el ex presidente John Quincy Adams en una de las cámaras del Congreso, esa casa legislativa me permitió el uso del salón del Congreso para una conferencia, que di un sábado, con la presencia de todos los miembros del Congreso, el obispo de Virginia, el clero y los ciudadanos de Washington, y el mismo honor me concedieron los miembros del gobierno de Nueva Jersey y de Pensilvania, en cuya presencia hablé de mis investigaciones en Asia y también de mis investigaciones en Asia. el reino personal de Jesucristo."

El Dr. Wolff viajó por los países más bárbaros sin la protección de ninguna autoridad europea, enfrentándose a muchas dificultades y rodeado de innumerables peligros. Lo golpearon y lo mataron de hambre, lo vendieron como esclavo y lo sentenciaron a muerte tres veces. Fue víctima de ladrones y en ocasiones casi muere de sed. En una ocasión le asaltaron y le quitaron todo lo que tenía. Lo dejaron recorrer cientos de kilómetros a pie a través de las montañas, con la nieve cayendo sobre su rostro y sus pies descalzos y congelados por el contacto con el suelo helado.

Cuando se le advirtió que no entrara desarmado en medio de tribus salvajes y hostiles, declaró que estaba armado de oración, celo por Cristo y confianza en su ayuda. Declaró: "También tengo el amor de Dios y de mi prójimo en mi corazón, y la Biblia en mis manos". Llevaba consigo, dondequiera que iba, la Biblia en hebreo e inglés. De uno de sus últimos viajes, dijo: "Mantuve la Biblia abierta en mi mano. Sentí que mi poder estaba en el Libro y que su fuerza me sostendría".

Así perseveró en sus labores hasta que el mensaje del juicio fue llevado a gran parte del globo habitable. Entre judíos, turcos, persas, hindúes y muchas otras nacionalidades y razas, distribuyó la Palabra de Dios en estos diversos idiomas y proclamó por todas partes el inminente reino del Mesías.

En sus viajes por Uzbekistán encontró la doctrina del pronto regreso del Señor profesada por un pueblo remoto y aislado. De los árabes de Yemen, dijo: "tienen en su poder un libro llamado 'Seera', que contiene información sobre la segunda venida de Cristo y su reino en gloria, y esperan que ocurran grandes acontecimientos en el año 1840". "En Yemen pasé seis días con los recabitas. No beben vino, no plantan viñas, no siembran semillas y viven en tiendas; se acuerdan de las palabras de Jonadab hijo de Recab. Entre ellos estaban los niños. de Israel de la tribu de Dan... que esperan, junto con los hijos de Recab, la pronta venida del Mesías en las nubes del cielo."

Otro misionero en Tartaria encontró una creencia similar. Un sacerdote tártaro preguntó al misionero cuándo vendría Cristo por segunda vez. Cuando el misionero respondió que no sabía nada al respecto, el sacerdote pareció muy sorprendido por tal ignorancia en alguien que profesaba ser un maestro de la Biblia, y declaró su propia creencia, basada en profecía, de que Cristo vendría alrededor del año 1844.

Ya en 1826, el mensaje del Adviento comenzó a predicarse en Inglaterra. El movimiento allí no tomó una forma definida como en Estados Unidos. Generalmente no se enseñaba mucho el tiempo exacto del Adviento, pero se proclamaba en voz alta la gran verdad de la inminente venida de Cristo en poder y gloria. Y esto no ocurre sólo entre disidentes e inconformistas. Mourante Brock, un escritor inglés, afirma que unos setecientos pastores de la Iglesia Anglicana participaron en la predicación de este "evangelio del reino". El mensaje que señalaba el año 1844 como el tiempo de la venida del Señor también fue dado en Gran Bretaña. Las publicaciones adventistas de Estados Unidos tuvieron amplia difusión. Se volvieron a publicar libros y revistas en Inglaterra. Y

En 1842, Robert Winter, un inglés de nacimiento que había recibido la fe adventista en América, regresó a su país de origen para anunciar la venida del Señor. Muchos se unieron a él en la obra y el mensaje de juicio fue proclamado en varias partes de Inglaterra.

En América del Sur, en medio de la barbarie y la malicia de los sacerdotes, Lacunza, un jesuita español, conoció las Escrituras y recibió así la verdad sobre la proximidad del regreso de Cristo. Obligado a dar la advertencia y deseando, sin embargo, escapar de las censuras de Roma, publicó sus opiniones bajo el seudónimo de "Rabino Ben-Israel", presentándose a sí mismo como un judío converso. Lacunza vivió en el siglo XVIII, pero fue hacia 1825 cuando su libro, tras penetrar en la ciudad de Londres, fue traducido al idioma inglés. Su publicación sirvió para profundizar el interés que ya estaba despertando en Inglaterra por el tema del segundo advenimiento.

En el siglo XVIII, Bengel, un pastor luterano, célebre erudito y crítico bíblico, enseñó la doctrina en Alemania. Después de completar su educación, Bengel se había dedicado al estudio de la teología, "al que le inclinaba naturalmente el carácter serio y religioso de su espíritu, profundizado y fortalecido por su educación y disciplina. Como otros jóvenes de carácter contemplativo que le precedieron y sucedieron, tuvo que afrontar dudas y dificultades de carácter religioso. Y hace mención, con mucha emoción, de las 'muchas flechas que atravesaron su pobre corazón e hicieron muy difícil soportar la época de su juventud'". Al prestar juramento como miembro del consistorio de Wuerttemberg, defendió la causa de libertad religiosa, insistiendo en "que se conceda toda libertad razonable a aquellos que se sientan impelidos, por la fuerza de conciencia, a retirarse de la iglesia establecida". Los buenos efectos de esta política todavía se sienten en su provincia natal.

Fue mientras preparaba un sermón sobre Apocalipsis 21, para el "Domingo de Adviento", que la luz de la segunda venida de Cristo destelló en la mente de Bengel. Las profecías del Apocalipsis fueron reveladas a su entendimiento como nunca antes. Presionado por la sensación de estupenda importancia y superexcelente gloria de las escenas presentadas por el profeta, se vio obligado a desviarse, por un tiempo, de la contemplación del tema. En el púlpito, este tema se le presentó nuevamente con toda su fuerza y vivacidad. Desde entonces se dedicó a estudiar las profecías, especialmente las del Apocalipsis, y pronto concluyó y creyó que señalaban la proximidad de la venida de Cristo. La fecha que determinó como el tiempo del segundo advenimiento fue sólo unos pocos años diferente de la que más tarde sostendría Miller.

Los escritos de Bengel se propagaron por toda la cristiandad. Sus opiniones sobre la profecía fueron en general bien recibidas en su Wuerttemberg natal y, hasta cierto punto, en otras partes de Alemania. El movimiento continuó después de su muerte y el mensaje del Adviento se escuchó en Alemania y al mismo tiempo atrajo la atención de personas en otros países. Al principio, algunos creyentes fueron a Rusia y formaron colonias allí. Por lo tanto, las iglesias alemanas en ese país todavía mantienen la creencia en la próxima venida de Cristo.

La luz también brilló en Francia y Suiza. En Ginebra, donde Farel y Calvino habían difundido las verdades de la reforma, Gausson predicó el mensaje del segundo advenimiento. Como estudiante, Gausson se encontró con el espíritu racionalista que invadió toda Europa durante la última parte del siglo XVIII y principios del XIX. Al ingresar al ministerio, no sólo ignoraba la verdadera fe, sino que también era propenso al escepticismo. En su juventud se había interesado por el estudio de las profecías. Después de leer la Historia antigua de Rollin, su atención se centró en el segundo capítulo de Daniel, y Gausson quedó sorprendido por la maravillosa precisión con la que se había cumplido la profecía, como él mismo había visto en el relato del historiador. Allá

Fue un testimonio de la inspiración de las Escrituras, que le sirvieron de ancla en medio de los peligros de los últimos años. No podía estar satisfecho con las enseñanzas del racionalismo y, estudiando la Biblia y buscando una luz más clara, después de cierto tiempo, fue llevado a una fe positiva.

Mientras continuaba investigando las profecías, llegó a comprender que la venida del Señor estaba cerca. Impresionado por la solemnidad e importancia de esta gran verdad, quiso llevarla al pueblo; pero la creencia popular de que las profecías de Daniel eran misterios y no podían entenderse fue un serio obstáculo en su camino. Finalmente tomó una decisión, como lo había hecho Farel en el pasado en evangelización de Ginebra, empezando por los niños, con la que esperaba interesar a los padres.

Dijo, hablando de sus objetivos en esta tarea: "Quiero que se entienda que no es porque lo considere de menor importancia, sino, al contrario, por su gran valor, que he querido presentarlo en de manera familiar y que me dirigía a los niños. Quería que me escucharan y temía que no me escucharan si me dirigía a los adultos primero. Por eso decidí acudir a los más jóvenes. Reúno una audiencia de niños; si el grupo crece; si ves que escuchan con interés y están contentos; Si entienden y explican el tema, me aseguro de que pronto podré realizar una segunda sesión y los adultos, a su vez, verán que vale la pena sentarse y estudiar.

Cuando esto se hace, la causa está ganada".

El esfuerzo fue exitoso. Cuando hablaban con los niños, las personas mayores venían a escucharlos. Las galerías de su iglesia se llenaron de oyentes atentos. Entre ellos se encontraban hombres de alto estatus social y conocimiento, también había extraños y extranjeros que visitaban Ginebra. Entonces el mensaje fue llevado a otras partes.

Animado por su éxito, Gausson publicó sus lecciones con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos en las iglesias de habla francesa. "Publicar instrucciones dadas a niños", dijo Gausson, "es decir a los adultos que a menudo descuidan esos libros con el falso pretexto de que son incomprensibles: '¿Cómo pueden ser difíciles de entender cuando nuestros niños los entienden?'", añade. : "Tenía un gran deseo de popularizar, si fuera posible, el conocimiento de las profecías entre nuestros rebaños". "Realmente no hay ningún estudio que me parezca que se ajuste mejor a las necesidades de la época". "Es a través de él que debemos prepararnos para la tribulación inminente, y velar y esperar a Jesucristo".

A pesar de ser uno de los predicadores más distinguidos y queridos en lengua francesa, Gausson, después de algún tiempo, fue suspendido del ministerio por el principal delito de utilizar la Biblia en la enseñanza de los jóvenes, en lugar del catecismo de la iglesia: un manual aburrido y racionalista. casi desprovisto de fe positiva. Más tarde se convirtió en profesor en una escuela de teología y, los domingos, continuaba su trabajo como catequista, dirigiéndose a los niños e instruyéndolos en las Escrituras. Sus trabajos sobre profecía también despertaron un gran interés. Desde su cátedra, a través de la prensa y a través de su ocupación favorita como maestro de niños, Gausson continuó ejerciendo durante muchos años una vasta influencia y sirvió como instrumento para llamar la atención de muchos sobre el estudio de las profecías que hablaban de próxima venida del Señor.

En Escandinavia también se predicó el mensaje del advenimiento y despertó gran interés. Muchos han despertado de su descuidada seguridad para confesar y abandonar sus pecados, buscando el perdón en el nombre de Cristo. Pero el clero de la iglesia estatal se opuso al movimiento y, gracias a su influencia, algunos de los que predicaban el mensaje fueron encarcelados. En muchos lugares donde los predicadores de la inminente venida del Señor han sido silenciados, Dios ha considerado oportuno enviar el mensaje en un

milagroso, a través de los niños pequeños. Como eran menores de edad, la ley estatal no podía imponerles ninguna prohibición y, por lo tanto, se les permitía hablar sin ser molestados.

El movimiento se desarrolló principalmente entre las clases más humildes, y la gente se reunió en las casas de los trabajadores más sencillos para escuchar la advertencia. Los propios niños predicadores eran, en su mayor parte, habitantes pobres de chozas. Algunos de ellos no tenían más de seis u ocho años; y, si bien sus vidas testificaban que amaban al Salvador y procuraban vivir en obediencia a los santos mandamientos de Dios, en general, sólo mostraban la capacidad y la inteligencia que generalmente se ven en los niños de esa edad. Sin embargo, cuando estaban ante el pueblo, era evidente que estaban movidos por una influencia que iba más allá de sus dones naturales. Su tono de voz y sus modales fueron transformados, y con poder solemne dieron la advertencia del juicio, empleando las mismas palabras de las Escrituras: "Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio". Reprendían los pecados del pueblo, no sólo condenando la inmoralidad y el vicio, sino también censurando la mundanalidad y la apostasía, y aconsejando a sus oyentes que huyeran apresuradamente de la ira venidera.

El pueblo escuchaba temblando. El Espíritu convincente de Dios habló a sus corazones. Muchos fueron inducidos a escudriñar las Escrituras con un interés nuevo y más profundo; los intemperantes e inmorales enderezaron sus vidas; otros abandonaron sus prácticas deshonestas. Se hizo tal trabajo que incluso los pastores de la iglesia estatal se vieron obligados a reconocer que la mano de Dios estaba en el movimiento.

Fue voluntad divina que la noticia de la venida del Salvador se diera en los países escandinavos; y cuando la voz de Sus siervos fue silenciada, Él puso Su Espíritu sobre los niños para que la obra pudiera realizarse. Cuando Jesús se acercó a Jerusalén acompañado de la multitud jubilosa que con voces de triunfo y agitando palmas lo aclamaban como Hijo de David, los celosos fariseos le pidieron que los silenciara. Pero Jesús les respondió que todo esto era el cumplimiento de la profecía, y que si aquellas voces callaran, las mismas piedras clamarían. El pueblo, intimidado por las amenazas de los sacerdotes y príncipes, cesó su alegre proclamación al entrar por las puertas de Jerusalén; pero entonces los niños, en los atrios del templo, agitando ramas de palma, cantaron el coro gritando: "¡Hosanna al Hijo de David!" (Mateo 21:8-16). Cuando los fariseos, muy disgustados, le dijeron: "¿Oyes lo que dice esta gente?" Así como Dios obró a través de los niños en el momento de la primera venida de Cristo, así obró a través de ellos al comunicar el mensaje de su segunda venida. La Palabra de Dios debe cumplirse para que el anuncio de la venida del Salvador se dé a todos los pueblos, lenguas y naciones.

Guilherme Miller y sus colaboradores recibieron la misión de predicar esta advertencia en Estados Unidos. Este país llegó a ser el centro del gran movimiento adventista. Fue allí donde la profecía del mensaje del primer ángel tuvo su cumplimiento más directo. Los escritos de Miller y sus compañeros fueron llevados a tierras lejanas. A todo el mundo, dondequiera que penetraron los misioneros, se envió la gozosa noticia del pronto regreso de Cristo. Por todas partes se difundió el mensaje del evangelio eterno: "Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio".

El testimonio de las profecías que parecían apuntar a la venida de Cristo en la primavera de 1844 caló profundamente en la mente del pueblo. A medida que el mensaje pasó de un estado a otro, hubo gran interés en todas partes. Muchos estaban convencidos de que los argumentos extraídos de los períodos proféticos eran correctos y, sacrificando el orgullo de sus propias opiniones, recibieron con alegría la verdad. Alguno

Los pastores dejaron de lado sus ideas y sentimientos sectarios y, renunciando a sus salarios e iglesias, se unieron para proclamar la venida de Jesús. Sin embargo, hubo comparativamente pocos pastores que aceptaron este mensaje. Así pasó a manos, en gran parte, de humildes laicos. Los agricultores abandonaron los campos, los mecánicos sus herramientas, los comerciantes sus productos, los profesionales sus puestos. A pesar de todo ello, el número de trabajadores era reducido en comparación con el trabajo a realizar. La condición de una iglesia impía y de un mundo sumido en la maldad era una pesada carga para las almas de los verdaderos centinelas, y ellos voluntariamente soportaron trabajos, privaciones y sufrimientos para poder llamar a los hombres al arrepentimiento para salvación. Aunque Satanás se opuso, la obra continuó firmemente y muchos miles de personas aceptaron la verdad del advenimiento.

Por todas partes se escuchó el testimonio desgarrador, advirtiendo a los pecadores, tanto del mundo como de la iglesia, que huyeran de la ira venidera. Como Juan el Bautista, el precursor de Cristo, los predicadores pusieron el hacha a la raíz del árbol e instaron a todos a dar frutos dignos de arrepentimiento. Sus conmovedores llamamientos contrastaban marcadamente con las garantías de paz y seguridad que habían escuchado desde los púlpitos populares; y dondequiera que se transmitió el mensaje, conmovió a la gente. El testimonio sencillo y directo de las Escrituras, que llegaba al alma por el poder del Espíritu Santo, llevaba consigo un peso de convicción al que pocos podían resistir plenamente. Los religiosos profesos fueron sacudidos de su falsa seguridad. Vieron su apostasía, mundanalidad e incredulidad, su orgullo y egoísmo. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento y humillación. Los afectos que durante tanto tiempo se habían aferrado a las cosas terrenales ahora estaban fijados en el cielo. El Espíritu de Dios descansó sobre ellos y, con corazones ablandados y subyugados, se unieron para dar el clamor: "Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio."

Entre lágrimas, los pecadores preguntaban: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" Aquellos cuyas vidas habían estado marcadas por la deshonestidad estaban deseosos de hacer restitución. Todos los que encontraron paz en Cristo querían que otros también compartieran esta bendición. Los corazones de los padres se convirtieron a sus hijos, y los de los hijos a sus padres. Las barreras del orgullo y la reserva fueron derribadas. Se hicieron confesiones sinceras y los familiares trabajaron por la salvación de sus seres más cercanos y queridos. A menudo se escuchaba la voz de ardiente intercesión. Por todas partes había almas en profunda angustia, rogando a Dios. Muchos lucharon toda la noche en oración por la certeza del perdón de sus pecados, o por la conversión de sus familiares o vecinos.

Todas las clases se concentraron en las reuniones adventistas. Ricos y pobres, grandes y humildes, estaban, por diversas razones, ansiosos de escuchar por sí mismos la doctrina del segundo advenimiento. El Señor mantuvo bajo control el espíritu de oposición mientras Sus siervos explicaban las razones de su fe. A veces el instrumento era débil; pero el Espíritu de Dios dio poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se sentía en estas asambleas, y muchos se unían a los creyentes diariamente. Mientras se repetían las evidencias de la próxima venida de Cristo, las grandes multitudes escuchaban en completo silencio las solemnes palabras. El cielo y la tierra parecían acercarse el uno al otro. El poder de Dios se sintió tanto en los viejos como en los jóvenes y en los de mediana edad. Los hombres iban a sus casas con alabanzas en los labios y el alegre sonido resonaba en el silencioso aire de la noche. Ninguno de los que asistieron a esas reuniones pudo olvidar jamás las escenas de profundo interés.

La proclamación de un tiempo definido para la venida de Cristo despertó gran oposición de muchas personas de todas las clases, desde el pastor, en el púlpito, hasta el

pecador más audaz. Se cumplieron las palabras de la profecía: "En los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio del siglo. creación." (II Pedro 3:3 y 4). Muchos de los que profesaban amar al Salvador declararon que no se oponían a la doctrina de la segunda venida. Sólo eran contrarios a la fijación de un tiempo definido. Pero los ojos escrutadores de Dios leen sus corazones. No querían oír hablar de la venida de Cristo para juzgar al mundo con justicia. Habían sido sirvientes infieles; sus obras no resistieron el examen del Dios que escudriña los corazones y temieron encontrarse con el Señor. Al igual que los judíos en los días del primer advenimiento de Cristo, no estaban preparados para saludarlo. No sólo se negaron a escuchar los argumentos claros de la Biblia, sino que también ridiculizaron a los que esperaban al Señor.

Satanás y sus ángeles se regocijaron y lanzaron insultos contra Cristo y los santos ángeles, porque su profeso pueblo le tenía tan poco amor que no deseaban su aparición.

"Nadie sabe ese día ni esa hora", fue el argumento más frecuentemente presentado por los que rechazaban la fe adventista.

El texto sagrado dice: "De aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo mi Padre". (Mateo 24:36). Quienes esperaban en el Señor dieron una explicación clara y armoniosa de este pasaje, y quedó claro su uso erróneo por parte de los oponentes. Estas palabras fueron dichas por Cristo en la memorable conversación con los discípulos en el Monte de los Olivos, después de haber abandonado el templo por última vez. Los discípulos habían hecho la pregunta: "¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?" Jesús les dio señales y les dijo: "Cuando veáis todas estas cosas, sabed que él está cerca a las puertas". (Mateo 24:3 y 33). Una declaración del Señor no se pronuncia para destruir otra. Aunque nadie sabe el día ni la hora de su venida, se nos instruye sobre ella y se nos exige que sepamos cuándo está cerca. Además, se nos enseña que ser indiferentes a la advertencia, negarnos a saber acerca de ella o descuidar saber cuándo está cerca Su advenimiento, será tan fatal para nosotros como lo fue para aquellos que vivieron en los días de Noé. sin saber cuándo vendría el diluvio. Y la parábola registrada en el mismo capítulo contrasta al siervo fiel con el infiel y pronuncia una maldición sobre aquel que decía en su corazón: "Mi Señor llegará tarde". Revela bajo qué luz Cristo observará y recompensará a quienes encuentre observando y predicando su venida, así como a quienes la nieguen. "Velad, pues", dice Él; "Bienaventurado aquel siervo a quien el Señor, cuando viene, lo encuentra sirviendo de esta manera". (Mateo 24:42-

51). "Si no vigiláis, vendré sobre vosotros como ladrón, y no sabréis a qué hora vendré sobre vosotros". (Apocalipsis 3:3).

Pablo habla de una clase para quienes la aparición del Señor será inesperada: "El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; porque cuando digan: Hay paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina. .. y de ninguna manera escaparán." Y agrega, para aquellos que prestan atención a la advertencia del Salvador: "Vosotros, hermanos, ya no estáis en tinieblas, para que aquel día os alcance como ladrón; porque todos sois hijos de la luz, e hijos del día; nosotros somos no de la noche ni de las tinieblas." (I Tes. 5:2-5).

Quedó así demostrado que la Escritura no ofrece ninguna garantía a los hombres que permanecen en la ignorancia sobre la inminencia de la venida de Cristo. Pero aquellos que sólo querían una excusa para rechazar la verdad cerraron sus oídos a esta explicación; y las palabras: "De aquel día y hora nadie sabe", continuaron siendo repetidas por los audaces burladores e incluso por los profesos ministros de Cristo.

Cuando el pueblo despertó y comenzó a preguntar por el camino de la salvación, el

Los maestros religiosos se interpusieron entre ellos y la verdad, buscando calmar sus temores mediante falsas interpretaciones de la Palabra de Dios. Los centinelas infieles se sumaron a la obra del gran engañador, clamando: "¡Paz, Paz!", cuando Dios no había hablado de paz. Al igual que los fariseos de los días de Cristo, muchos se negaron a entrar en el reino de los cielos y obstaculizaron la entrada a quienes lo hacían. La sangre de estas almas será requerida de vuestra mano.

Los más humildes y consagrados de las iglesias solían ser los primeros en recibir el mensaje. Aquellos que estudiaron la Biblia por sí mismos no pudieron dejar de ver el carácter antibíblico de las opiniones populares acerca de la profecía, y dondequiera que la gente no estuviera controlada por la influencia del clero, dondequiera que buscaran la Palabra de Dios por sí mismos, la doctrina del advenimiento Sólo necesitaba ser comparado con las Escrituras para establecer su autoridad divina.

Muchos fueron perseguidos por sus hermanos incrédulos. Para mantener su posición en la iglesia, algunos acordaron no decir nada sobre su esperanza. Otros, sin embargo, sintieron que la lealtad a Dios les impedía ocultar las verdades que Él les había confiado. No pocos han sido separados de la comunidad de la iglesia, por la única razón de expresar su creencia en la venida de Cristo. Muy preciosas para aquellos que soportaron la prueba de su fe fueron las palabras del profeta: "Vuestros hermanos que os odian y os separan de vosotros por causa de mi nombre, dicen: Sea glorificado el Señor; pero él aparecerá para vuestro gozo". , y serán confundidos." (Isaías 66:5).

Los ángeles de Dios observaron con el mayor interés el resultado de la advertencia. Cuando hubo un rechazo general del mensaje por parte de las iglesias, los ángeles se retiraron con gran dolor. Sin embargo, había muchos que aún no habían sido probados respecto de la verdad del Adviento. Muchas personas fueron engañadas por esposos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era pecado incluso escuchar las herejías predicadas por los adventistas. A los ángeles se les ordenó velar fielmente por esas almas; porque otra luz del trono de Dios aún debería brillar sobre ellos.

Con indescriptible deseo, los que habían recibido el mensaje esperaban la venida de su Salvador. El tiempo en que esperaban encontrarse con Él estaba cerca. Esperaban esta hora con serena solemnidad. Descansaron en dulce comunión con Dios, garantía de la paz que debería ser suya en un futuro brillante. Nadie que haya experimentado esta esperanza y confianza puede olvidar esas preciosas horas de expectación. Unas semanas antes de la fecha señalada, las ocupaciones seculares fueron en su mayor parte dejadas de lado. Los creyentes sinceros examinaron cuidadosamente cada pensamiento y emoción en sus corazones, como si estuvieran en su lecho de muerte y a pocos minutos de cerrar los ojos ante escenas terrenales.

No se confeccionaron "vestiduras para la ascensión", pero todos sintieron la necesidad de una evidencia interior de que estaban preparados para encontrarse con el Salvador; sus vestiduras blancas eran la pureza del alma: caracteres limpiados del pecado por la sangre expiatoria de Cristo. ¡Ojalá hubiera todavía en el profeso pueblo de Dios el mismo espíritu de introspección, la misma fe decidida y ardiente! Si hubieran continuado humillándose ante el Señor y enviando insistentemente sus peticiones al propiciatorio, habrían poseído una experiencia mucho más rica que la que poseen ahora.

Hay muy poca oración, muy poca convicción real de pecado, y la falta de una fe viva deja a muchos desprovistos de la gracia tan ricamente proporcionada por nuestro Redentor.

Dios tenía la intención de probar a su pueblo. Su mano ocultó un error en el cómputo de los períodos proféticos. Los adventistas no descubrieron este error, ni tampoco lo descubrieron los más eruditos de sus oponentes. Estos dijeron: "Vuestra cuenta de los períodos proféticos es correcta. Algún gran acontecimiento está a punto de ocurrir.

lugar; pero no es lo que predice el señor Miller; sino la conversión del mundo y no la segunda venida de Cristo."

El tiempo de espera ha pasado y Cristo no ha aparecido para la liberación de su pueblo. Aquellos que con fe y amor sinceros habían esperado al Salvador experimentaron una amarga desilusión. Sin embargo, los propósitos de Dios se cumplieron. Estaba probando los corazones de aquellos que profesaban esperar su venida. Había muchos entre ellos que no habían sido movidos por ningún motivo superior al del miedo. Su profesión de fe no había afectado sus corazones ni sus vidas. Al no ocurrir el hecho esperado, declararon que no estaban decepcionados. Nunca habían creído que Cristo vendría. Estos fueron de los primeros en ridiculizar la tristeza de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial miraron con amor y simpatía a los probados y fieles, a pesar de su decepción. Si se hubiera quitado el velo que separa lo visible de lo invisible, se habrían visto ángeles acercándose a esas almas leales y protegiéndolas de las flechas de Satanás.

Capítulo 21

Una advertencia rechazada

Al predicar la doctrina del segundo advenimiento, William Miller y sus asociados habían trabajado con el único propósito de despertar a los hombres para que se prepararan para el juicio. Habían buscado abrir los ojos de personas religiosas profesas a la verdadera esperanza de la iglesia y a la necesidad de una experiencia cristiana más profunda. También trabajaron para despertar a los inconversos para imponer el arrepentimiento inmediato y la conversión a Dios. "No intentaron convertir a los hombres a una secta o partido religioso. Por lo tanto, trabajaron duro entre todos los partidos y sectas, sin interferir con su organización o disciplina".

Miller dijo: "En todo mi trabajo nunca he tenido el deseo o pensamiento de establecer ningún interés separado del de las denominaciones existentes, o de beneficiar a una en detrimento de otra. Pensé en favorecerlas a todas. Suponiendo que todos los cristianos Alégrate— estaban en la perspectiva de la venida de Cristo, y que aquellos que no veían las cosas como yo las veía, no amarían menos a los que aceptaban esta doctrina, no pensé que fuera necesario celebrar reuniones separadas. Mi deseo era convertir las almas a Dios, avisar al mundo del juicio venidero y convencer a mis semejantes para que hicieran la preparación de corazón que les permitiera encontrar la paz con su Dios. La gran mayoría de los que se convirtieron a través de mis obras se unieron las diversas iglesias existentes."

Como su trabajo tendía a reconstruir iglesias, durante algún tiempo fue visto con buenos ojos. Pero como los ministros y líderes religiosos decidieron contra la doctrina del advenimiento y desearon sofocar toda agitación sobre el tema, no sólo se opusieron desde el púlpito, sino que también negaron a sus miembros el privilegio de asistir a predicaciones sobre el segundo advenimiento, o incluso hablar de tal esperanza en las reuniones de la iglesia. Así los creyentes se encontraron en una situación de gran tribulación y perplejidad. Amaban a sus iglesias y se negaron a separarse de ellas. Pero cuando vieron el testimonio de la Palabra de Dios dejado de lado y se les negó el derecho de investigar las profecías, sintieron que su lealtad a Dios no les permitía someterse. Aquellos que buscaban bloquear el testimonio de la Palabra de Dios no podían ser vistos como parte de la iglesia de Cristo, "columna y fundamento de la verdad". En consecuencia, se sintieron justificados a romper sus vínculos con ellos. En el verano de 1844, unos cincuenta mil miembros abandonaron sus iglesias.

En ese momento, se observó un cambio notable en la mayoría de las iglesias de los Estados Unidos. Durante muchos años se había observado una conformidad gradual pero invariable con las prácticas y costumbres mundanas y una correspondiente disminución de la auténtica vida espiritual. Pero ese año, surgió evidencia de una disminución repentina y marcada en casi todas las iglesias del país. Aunque nadie pudo precisar la causa, el hecho en sí fue ampliamente comentado y señalado, tanto en la prensa como en el púlpito.

En una reunión del presbiterio de Filadelfia, el señor Barnes, autor de un comentario muy usado y pastor de una de las principales iglesias de esa ciudad, declaró "que había estado en el ministerio durante veinte años y nunca, hasta la última comunión, si hubiera administrado la ordenanza sin recibir un mayor o menor número de conversos. Pero ahora no hay despertares, ni conversiones, ni crecimiento aparente en la gracia entre los cristianos profesos, y nadie acude a su oficina.

trabajan para hablar de la salvación de sus almas. Con el aumento de los negocios y las brillantes perspectivas del comercio y la industria, hay una inclinación cada vez mayor hacia la mundanalidad. Esto ocurre en todas las denominaciones".

En febrero del mismo año, el Prof. Finney, del Oberlin College, dijo: "Hemos tenido ante nosotros los hechos de que, en general, las iglesias protestantes de nuestro país son apáticas y hostiles a casi todas las reformas morales de la época. Hay ciertas excepciones, pero no suficientes para el situación deje de ser generalizada. También tenemos otro hecho que lo corrobora: la ausencia casi universal de una influencia revitalizadora en las iglesias. La apatía espiritual lo invade casi todo y es terriblemente profunda; Esto es lo que atestigua la prensa religiosa de todo el país. En gran medida, los miembros de la iglesia se están volviendo amantes de la moda, uniéndose a los malvados en celebraciones de placer, bailes y festividades, etc. Pero no es necesario que nos detengamos en este doloroso tema. Basta saber que las evidencias se acumulan y caen pesadamente sobre nosotros, para mostrar que las iglesias, en general, se están degenerando tristemente. Se han alejado del Señor y Él se ha alejado de ellos."

Y uno de los editores del Telescopio Religioso testificó: "Nunca hemos sido testigos de tal decadencia religiosa como en la actualidad. En verdad, la iglesia debe despertar y buscar la causa de lo que la aqueja, porque todo aquel que ama a Sión debe hacerlo. Cuando recordamos los pocos y ocasionales casos de verdadera conversión que hay, y desde la casi incomparable impenitencia y dureza de los pecadores, exclamamos casi involuntariamente: '¿Se ha olvidado Dios de ser misericordioso?; o: ¿está cerrada la puerta de la misericordia?'"

Tal condición nunca existe en la iglesia sin una causa. La oscuridad espiritual que azota a las naciones, las iglesias y los individuos no se debe a una retirada arbitraria de la ayuda de la gracia divina por parte de Dios, sino al descuido o rechazo de la luz divina por parte de los hombres. Un ejemplo sorprendente de esta verdad se presenta en la historia del pueblo judío en la época de Jesucristo. Por su devoción al mundo y el olvido de Dios y Su Palabra, su entendimiento se oscureció y sus corazones se volvieron mundanos y sensuales. Así, ignoraban el advenimiento del Mesías y en su orgullo e incredulidad rechazaron al Redentor. Ni siquiera entonces Dios retiró a la nación judía el conocimiento o la participación en las bendiciones de la salvación. Pero aquellos que rechazaron la verdad perdieron todo deseo por el don celestial. Habían "cambiado tinieblas por luz, y luz por tinieblas", hasta que la luz que había en ellos se convirtió en tinieblas; ¡Y cuán grande era esta oscuridad!

Es parte de la política de Satanás hacer que los hombres conserven las formas de la religión, aunque el espíritu de piedad vital pueda estar completamente ausente. Después de haber rechazado el evangelio, los judíos continuaron manteniendo celosamente sus antiguos ritos; Conservaron rigurosamente el exclusivismo nacional, a pesar de no admitir que la presencia de Dios ya no estaba entre ellos. La profecía de Daniel señaló tan inequívocamente el tiempo de la venida del Mesías y predijo su muerte tan directamente, que hicieron todo lo posible para desalentar su estudio, y finalmente los rabinos pronunciaron la maldición sobre todos los que intentaran calcular el tiempo. El pueblo de Israel permaneció en su ceguera e impenitencia durante mil novecientos años, indiferente a la generosa oferta de salvación, olvidándose de las bendiciones del evangelio y como una solemne y terrible advertencia del peligro de rechazar la luz del cielo.

Dondequiera que exista tal causa, se producirán los mismos efectos. Aquel que reprime deliberadamente sus convicciones del deber porque interfieren con sus inclinaciones, acabará perdiendo la capacidad de distinguir entre la verdad y el error. El entendimiento se oscurece, la conciencia se vuelve insensible, el corazón se endurece y

El alma está separada de Dios. Donde el mensaje de la verdad divina es menospreciado y tratado a la ligera, allí la iglesia queda envuelta en oscuridad; la fe y el amor se enfrían y entran la disensión y la alienación. Los miembros de la iglesia centran sus intereses y energías en esfuerzos mundanos, y los pecadores se endurecen en su impenitencia.

El mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14, anunciando la hora del juicio divino y llamando a los hombres a temer y adorar a Dios, fue diseñado para separar al profeso pueblo de Dios de las influencias corruptoras del mundo y despertarlos a la conciencia de su verdadero yo, condición de mundanalidad y apostasía. En este mensaje, Dios envió a la iglesia una advertencia que, de haber sido aceptada, habría corregido los males que la separaban de Él. Si hubieran recibido el mensaje del cielo, hubieran humillado sus corazones ante el Señor y hubieran buscado fervientemente permanecer en Su presencia, el Espíritu y el poder de Dios se habrían manifestado entre ellos. La iglesia habría alcanzado nuevamente el bendito estado de unidad, fe y amor que existía en los días apostólicos, cuando los creyentes eran "de un solo corazón y alma" y "proclamaban con valentía la Palabra de Dios", cuando "el Señor añadió a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 4:32 y 31; 2:47).

Si el profeso pueblo de Dios hubiera recibido la luz que brillaba sobre ellos de Su Santa Palabra, habrían alcanzado la unidad por la que Cristo oró, y que el apóstol describe como "la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz". "Hay", dice, "un cuerpo y un Espíritu, así como fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo". (Efesios 4:3-5).

Tales fueron los benditos resultados que experimentaron quienes aceptaron el mensaje del advenimiento. Ellos "venían de diferentes denominaciones y sus barreras denominacionales fueron derribadas; Los credos en conflicto quedaron reducidos a átomos. Se dejó de lado la esperanza antibíblica de un milenio terrenal y se corrigieron los puntos de vista falsos acerca del segundo advenimiento; el orgullo y la conformidad con el mundo fueron barridos. Se han solucionado errores. Los corazones se unieron en dulce compañía, y el amor y la alegría reinaron supremos. Si esta doctrina hizo esto para los pocos que la recibieron, habría hecho lo mismo para todos si también la hubieran aceptado.

Pero las iglesias, en general, lo rechazaron. Sus ministros, que como "vigilantes de la casa de Israel" deberían haber sido los primeros en discernir las señales de la venida de Jesús, no supieron aprender la verdad, ni por el testimonio de los profetas ni por las señales de los tiempos. A medida que las esperanzas y ambiciones mundanas llenaban sus corazones, su amor por Dios y su fe en Su Palabra se enfriaron; y, cuando se presentó la doctrina del advenimiento, sólo despertó sus prejuicios e incredulidad. Como argumento en contra se presentó el hecho de que el mensaje fue predicado en gran medida por laicos. Como en el pasado, el claro testimonio de la Palabra de Dios se opuso a la pregunta: "¿Ha creído alguno de los príncipes o de los fariseos?" Y al encontrar difícil la tarea de refutar los argumentos extraídos de los períodos proféticos, muchos desalentaron el estudio de las profecías, enseñando que los libros proféticos estaban sellados y no debían entenderse. Multitudes, confiando implícitamente en sus pastores, se negaron a escuchar la advertencia; y otros, aunque convencidos de la verdad, no se atrevieron a confesarla por temor a ser "expulsados de la sinagoga". El mensaje que Dios había enviado para probar y purificar a la iglesia revelaba con toda certeza cuán grande era el número de los que habían puesto su afecto en este mundo en lugar de en Cristo. Los vínculos que los unían a la Tierra eran más fuertes que las atracciones celestiales. Prefirieron escuchar la voz de la sabiduría mundana y se alejaron del mensaje escrutador de la verdad.

Al rechazar la advertencia del primer ángel, desdeñaron los medios que el Cielo había provisto para su restauración. Desestimaron al misericordioso mensajero que habría corregido los males que los separaban de Dios, y con mayor ímpetu buscaron una vez más la amistad del mundo. Aquí estaba la causa de la terrible condición de mundanalidad, apostasía y muerte espiritual que existía en las iglesias en 1844.

En Apocalipsis 14, al primer ángel le sigue un segundo, que proclama: "Ha caído Babilonia, ha caído aquella gran ciudad, que hacía beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación". (Apocalipsis 14:8). El término "Babilonia" se deriva de "Babel" y significa confusión. Se utiliza en las Escrituras para designar diversas formas de religión falsa o apóstata. En Apocalipsis, capítulo 17, Babilonia es representada por una mujer, imagen utilizada en la Biblia como símbolo de la iglesia; una mujer virtuosa que representa a la iglesia pura, una mujer vil que metaforiza a la iglesia apóstata.

En la Biblia, el carácter sagrado y permanente de la relación entre Cristo y Su iglesia está representado por la unión conyugal. El Señor unió a su pueblo consigo mismo mediante un pacto solemne, prometiendo ser su Dios, y ellos se comprometieron a ser **suyos** y sólo **suyos**. El Señor dijo: "Y os desposaré conmigo para siempre; os desposaré conmigo en justicia, en juicio, en bondad y en misericordia". (Oseas 2:19). Y de nuevo: "Me casaré contigo". (Jeremías 3:14). Y Pablo emplea la misma figura en el Nuevo Testamento cuando dice: "Porque te he preparado para presentarte como una virgen pura a un solo marido, a Cristo". (II Corintios 11:2).

La infidelidad de la iglesia a Cristo al permitir que su confianza y afecto se desvíen **de Él** y al permitir que el amor por las cosas mundanas ocupe el alma se compara con la violación del voto matrimonial. Bajo esta imagen se presenta el pecado de Israel al alejarse del Señor; y el maravilloso amor de Dios que despreciaban se describe conmovedoramente: "Os juré, y entré en pacto con vosotros, dice el Señor Jehová, y fuisteis míos". "Y fuiste sumamente hermosa y próspera, hasta que llegaste a ser reina. Y tu fama se extendió entre las naciones a causa de tu hermosura, porque eras perfecta a causa de mi gloria que había puesto sobre ti...

Pero tú confiaste en tu hermosura, y te corrompiste a causa de tu fama." "Como la mujer se aparta traicioneramente de su compañero, así ustedes se rebelaron contra mí, oh casa de Israel, dice el Señor"; "como mujer adúltera, en lugar de su marido, recibe a los extraños." (Ezequiel 16:8, 13-15 y 32; Jer. 3:20).

En el Nuevo Testamento se utiliza un lenguaje muy similar contra los cristianos profesos que buscan la amistad del mundo y la colocan por encima del favor de Dios. El apóstol Santiago dice: "Vosotros, adúlteros y adúlteras, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios? Por tanto, el que quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios".

La mujer de Apocalipsis 17, Babilonia, es descrita como "vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas; y tenía en su mano una copa de oro llena de abominaciones e inmundicias... y sobre ella En la frente estaba escrito el nombre: Misterio, Babilonia la grande, madre de las fornicaciones. Dice el profeta: "Vi que la mujer estaba ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los testigos de Jesús". También declara que Babilonia es "la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra" (Apocalipsis 17:4-6 y 18). El poder que durante tantos siglos ha mantenido un control despótico sobre los monarcas de la cristiandad es Roma. El color púrpura y escarlata, el oro, las perlas y las piedras preciosas representan vívidamente la magnificencia y la pompa real mostrada por la arrogante Sede Romana. Y de ningún otro poder podría declararse tan verdaderamente que está "ebrio con la sangre de los santos", como el de esa iglesia que tan cruelmente ha perseguido a los seguidores de Cristo. Babilonia también es acusada de pecado de conexión ilegal con "los reyes de la tierra". Fue debido a la remoción del Señor y

alianza con los paganos que la iglesia judía se prostituyó; y Roma, corrompiéndose de manera similar al buscar el apoyo de las potencias del mundo, recibe una condena idéntica.

Se dice que Babilonia es la "madre de las prostitutas". Sus hijas deben simbolizar iglesias que se aferran a sus doctrinas y tradiciones, siguiendo su ejemplo de sacrificar la verdad y la aprobación de Dios para formar una alianza ilícita con el mundo. El mensaje de Apocalipsis 14 que anuncia la caída de Babilonia debe aplicarse a las organizaciones religiosas que alguna vez fueron puras y luego se pervirtieron. Dado que este mensaje sigue a la advertencia sobre el Juicio, debe ser proclamado en los últimos días; por lo tanto, no puede referirse sólo a la Iglesia de Roma, porque esa iglesia ha estado en una condición caída durante muchos siglos.

Además, en el capítulo 18 del Apocalipsis, en un mensaje que aún está en el futuro, se invita al pueblo de Dios a salir de Babilonia. Según este texto bíblico, muchos del pueblo de Dios deben estar todavía en Babilonia. ¿Y en qué corporaciones religiosas se encuentran hoy la mayoría de los seguidores de Cristo? Sin duda, en las diversas iglesias que profesan la fe protestante. En el momento de su surgimiento, estas iglesias asumieron una posición noble del lado de Dios y la verdad y Su bendición estaban con ellas. Incluso el mundo incrédulo se ha visto obligado a reconocer los resultados beneficiosos que han seguido a la aceptación de los principios del Evangelio. En palabras del profeta a Israel: "Y se extendió tu fama entre las naciones a causa de tu hermosura, porque eras perfecta a causa de mi gloria que había puesto sobre ti, dice el Señor Jehová".

(Ezequiel 16:14). Pero cayeron en el mismo deseo que fue la maldición y la ruina de Israel: el deseo de imitar las prácticas y buscar la amistad de los malvados. "Confiaste en tu belleza y te corrompiste a causa de tu fama".

Muchas de las iglesias protestantes están siguiendo el ejemplo de Roma en la malvada alianza con los "reyes de la tierra". Las iglesias estatales, a través de relaciones con gobiernos seculares y con otras denominaciones, buscan el favor del mundo. Y el término "Babilonia" -confusión- puede aplicarse apropiadamente a estas instituciones; Todos profesan derivar sus doctrinas de la Biblia, sin embargo, están divididos en innumerables sectas, con credos y teorías totalmente contradictorias.

Además de la unión pecaminosa con el mundo, las iglesias que se separaron de Roma tienen otras características de la misma. Una obra católica romana – Catholic Christian Instructed – acusa: "Si la Iglesia de Roma fue culpable de idolatría en relación con los santos, su hija, la Iglesia Anglicana, comete el mismo crimen, pues tiene diez iglesias dedicadas a María por una dedicada a Cristo." Y el Sr. Hopkins, en un tratado sobre el Milenio, declara: "No hay razón para considerar el espíritu y la práctica anticristianos restringidos a lo que ahora se llama la Iglesia de Roma. Las iglesias protestantes tienen mucho del anticristo en ellas y están lejos de haber sido completamente reformadas de la corrupción y la maldad".

Respecto a la separación de la Iglesia Presbiteriana de la Iglesia de Roma, escribe el Dr. Guthrie: "Hace trescientos años nuestra iglesia, con una Biblia abierta en su pancarta y este lema, 'Escudriña las Escrituras' en su registro, salió por las puertas de Roma". Luego hace una pregunta importante: "¿Salieron limpios de Babilonia?"

Charles Spurgeon dijo: "La Iglesia Anglicana parece ser devorada enteramente por el sacramentalismo; pero el inconformismo parece estar casi malignamente desgarrado por la infidelidad filosófica. Aquellos de quienes esperábamos cosas mejores se están desviando, uno por uno, de los fundamentos de la fe. "Creo que el corazón mismo de Inglaterra está corroído por la deplorable deslealtad que todavía se atreve a subir al púlpito y llamarse cristiana".

¿Cuál es el origen de esta gran apostasía? ¿Cómo se apartó por primera vez la Iglesia de la sencillez del evangelio? Mediante la conformidad con las prácticas del paganismo, facilitar la aceptación del cristianismo por los paganos. El apóstol Pablo declaró que incluso en sus días, "el misterio de la injusticia está obrando" (II Tes. 2:7). Durante la vida de los apóstoles, la Iglesia permaneció relativamente pura. "Pero hacia el final del segundo siglo, la mayoría de las iglesias asumieron una nueva forma. La simplicidad primitiva desapareció, e imperceptiblemente, después de que los viejos discípulos descendieron a la tumba, sus hijos, junto con los nuevos conversos... tomaron la iniciativa y remodelaron la causa." Para asegurar la llegada de nuevos conversos, se rebajó el estándar exaltado de la fe cristiana y, como resultado, "una inundación pagana invadió la iglesia, trayendo consigo sus costumbres, prácticas e ídolos". Como la religión cristiana se había ganado el favor y el apoyo de los gobernantes seculares, las multitudes la aceptaron nominalmente, pero, aunque tenían apariencia cristiana, muchos "seguían siendo paganos en esencia, especialmente en la adoración secreta de sus ídolos".

¿No se ha repetido el mismo proceso en casi todas las iglesias que se dicen protestantes? Cuando fallecen sus fundadores, quienes poseyeron el verdadero espíritu reformista, sus descendientes toman el relevo y dan un nuevo modelo a la causa. Si bien se adhieren ciegamente al credo de sus padres y se niegan a aceptar cualquier verdad de antemano, los hijos de los reformadores se alejan enormemente del ejemplo de humildad, abnegación y renuncia al mundo establecidos por sus padres. Desaparece así la simplicidad primitiva. Un diluvio de mundanalidad inunda la iglesia y se lleva consigo sus costumbres, prácticas e ídolos.

¡Allá! ¡Hasta qué punto espantoso es la amistad del mundo, que es "enemistad contra Dios", siendo apreciada entre los profesos seguidores de Cristo! ¡Cuán lejos se han apartado las iglesias populares de toda la cristiandad de la norma bíblica de humildad, abnegación, sencillez y piedad! Juan Wesley lo expresó así al hablar del uso correcto del dinero: "No desperdicies parte de tan precioso talento, en la mera gratificación del deseo de los ojos, en ropas superfluas o costosas o en adornos innecesarios. cualquier parte de ella en la ornamentación de vuestras casas; en muebles innecesarios o costosos; en cuadros, pinturas y dorados costosos". "No planees nada para satisfacer los deseos de la vida, para ganarte la admiración o el elogio de los hombres". "Mientras os hagáis bien a vosotros mismos, los hombres hablarán bien de vosotros". "Mientras te vistas de púrpura y lino fino, y vivas suntuosamente cada día, no hay duda de que muchos aplaudirán tus gustos elegantes, tu generosidad y hospitalidad. Pero no compres el aplauso de los hombres a un precio tan alto. Más bien, contentaos con el honor que viene de Dios." Pero en muchas iglesias de su época, esa enseñanza era tratada con indiferencia.

La profesión de una religión se ha vuelto popular en el mundo. Gobernantes, políticos, abogados, médicos, comerciantes se unen a la iglesia como un medio para asegurar el respeto y la confianza de la sociedad y promover sus propios intereses mundanos. De esta manera buscan encubrir sus transacciones injustas bajo la profesión del cristianismo. Las variadas denominaciones religiosas, reforzadas por la riqueza y la influencia de las personas mundanas bautizadas, hacen aún más para lograr mayor popularidad y patrocinio. En las avenidas más conocidas se levantan espléndidas iglesias, adornadas de la manera más extravagante. Los fieles se visten con costosos atuendos de moda. Al pastor talentoso se le paga un salario alto para entretener y atraer a la gente. Sus sermones no pueden mencionar los pecados populares, pero deben ser suaves y agradables a oídos sofisticados. De esta manera, los impíos amantes de la moda quedan registrados en los libros de la iglesia y sus pecados se ocultan bajo la profesión de piedad.

Al comentar sobre la actitud actual de los cristianos profesos hacia el mundo, uno de los principales periódicos seculares dice: "Imperceptiblemente, la iglesia se ha sometido al espíritu de la época y ha adaptado sus formas de culto a las necesidades modernas". "La Iglesia utiliza ahora como instrumentos todas las cosas que realmente contribuyen a hacer atractiva la religión". Y un escritor del New York Independent dice esto con respecto al metodismo actual: "La línea de separación entre los devotos y los irreligiosos desaparece en una especie de crepúsculo, y hombres celosos de ambos lados están empeñados en eliminar toda diferencia entre vuestra manera de vivir". actuación y entretenimiento." "La popularidad de la religión tiende en gran medida a aumentar el número de quienes desean obtener sus beneficios, sin atender honestamente a sus deberes".

Dice Howard Crosby: "La iglesia de Dios hoy corteja al mundo. Sus miembros están tratando de llevarlo al nivel de los impíos. Los bailes, el teatro, el arte nudista y lascivo, los lujos sociales con todas sus moralidades liberales están invadiendo los límites sagrados. cosas de la iglesia. Y, para satisfacer toda su mundanalidad, los cristianos están haciendo grandes negocios con respecto a los períodos de ayuno y Pascua y la ornamentación de la iglesia. La iglesia judía se hundió en esa roca. La iglesia romana se hundió de la misma manera. , y los protestantes se están acercando rápidamente al punto de sufrir la misma ruina".

En esta marea de mundanalidad y búsqueda del placer, la abnegación y el sacrificio por amor a Cristo se pierden casi por completo. "Algunos de los hombres y mujeres que ahora están activos en nuestras iglesias fueron educados, cuando eran niños, para hacer sacrificios a fin de poder dar o hacer algo por Cristo". Pero "si se necesitan fondos ahora... no se debería pedir a nadie que los done. ¡Oh, no! Hagan una feria, obras de teatro, comedias, cenas a la antigua, o algo de comer, algo que divierta a la gente".

El gobernador Washburn de Wisconsin, en su mensaje anual, afirmó: "Las exhibiciones en las iglesias, los sorteos benéficos, las loterías con fines benéficos y de otro tipo, los paquetes de premios y otros tipos de distribución de premios son un verdadero foco de delincuencia, considerando que prometen algo a cambio de nada. ; son juegos de azar practicados por ellos." Dice que estas agencias estimulan, animan y mantienen vivo el espíritu pernicioso del juego, en un grado casi desconocido para los buenos ciudadanos.

El espíritu de conformidad con el mundo está invadiendo las iglesias en toda la cristiandad. Robert Atkins, en un sermón predicado en Londres, pinta un cuadro sombrío de la decadencia espiritual que prevalece en Inglaterra: "Los verdaderos justos están desapareciendo de la tierra, y nadie los toma en sus corazones. Hoy, en cada iglesia, los profesos religiosos son amadores del mundo y se conforman a él; son también amadores de las comodidades y aspiran a ser objeto de respeto. Están llamados a sufrir con Cristo, pero retroceden ante todo reproche... Apostasía, apostasía, apostasía, es grabado en la fachada de cada iglesia. Si se dieran cuenta de esto, si sintieran esto, podría haber esperanza; pero luego exclaman: 'Soy rico, y estoy enriquecido, y nada me falta'."

El gran pecado declarado de Babilonia es que "dio a beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación". Esta copa embriagadora que presenta al mundo representa las falsas doctrinas que ha adoptado como resultado de su conexión ilícita con los grandes de la Tierra. La amistad con el mundo corrompe su fe y ella, a su vez, ejerce una influencia corruptora sobre el mundo, enseñándole doctrinas que se oponen a las afirmaciones más claras de las Sagradas Escrituras.

Roma suprimió las Sagradas Escrituras del pueblo y exigió que todos los hombres aceptaran sus enseñanzas en lugar de la Biblia misma. Fue obra de la Reforma traer la Palabra de Dios de regreso al pueblo. Pero, ¿no es también cierto que en las iglesias de

¿Se enseña a los hombres en nuestro tiempo a poner su fe en sus credos y enseñanzas de su denominación en lugar de en las Escrituras? Charles Beecher, hablando de las iglesias protestantes, dijo: "Los hombres retroceden ante cualquier palabra grosera pronunciada contra sus creencias, con la misma sensibilidad con la que los santos padres retrocedían ante una palabra agresiva pronunciada en oposición a la veneración de los santos y mártires, que ellos se alimentan... Las denominaciones evangélicas protestantes se han atado las manos unas a otras, así como las suyas propias, de tal manera que, entre todas ellas, un hombre no puede convertirse absolutamente en predicador en ningún lugar sin aceptar algunos libros además de la Biblia. ... No hay nada imaginario en la declaración de que el poder del credo está comenzando ahora a prohibir las Escrituras, tan verdaderamente como lo hizo Roma, aunque con mucha más sutileza".

Cuando maestros fieles exponen la Palabra de Dios, surgen hombres eruditos, pastores que profesan entender las Escrituras, que denuncian la sana doctrina como herejía, ahuyentando así a los buscadores de la verdad. Si el mundo no hubiera estado desesperadamente intoxicado con el vino de Babilonia, multitudes habrían sido convencidas y convertidas por las verdades claras e incisivas de la Palabra de Dios. Pero la fe religiosa parece tan confusa y discordante que la gente no sabe qué creer como verdad. El pecado de impenitencia del mundo está a la puerta de la iglesia.

El mensaje del segundo ángel de Apocalipsis 14 fue predicado por primera vez en el verano de 1844, y luego tuvo una aplicabilidad más directa a las iglesias de los Estados Unidos, donde la advertencia del juicio había sido más ampliamente proclamada y generalmente rechazada, y donde la decadencia de las iglesias habían sido más rápidas. Sin embargo, el mensaje del segundo ángel no alcanzó su pleno cumplimiento en 1844. Las iglesias de esa época experimentaron una decadencia moral como resultado de rechazar la luz del mensaje adventista; pero esta caída no fue completa. Al continuar rechazando las verdades especiales para este tiempo, han caído cada vez más bajo. Sin embargo, todavía no se puede decir que "ha caído Babilonia... que hizo beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación". Aún no ha hecho beber este vino a todas las naciones. Hay un espíritu de conformidad con el mundo y de indiferencia ante las verdades que prueban nuestro tiempo, y está ganando terreno en las iglesias de fe protestante en todos los países de la cristiandad. Y estas iglesias están incluidas en la solemne y terrible denuncia del segundo ángel. Pero la obra de la apostasía aún no ha llegado a su culminación.

La Santa Palabra declara que antes de la venida del Señor, Satanás obrará "con gran poder, y señales, y prodigios mentirosos, y con todo engaño de injusticia"; y "los que no reciben el amor de la verdad para ser salvos" quedarán a merced de "la operación del error, de modo que creen la mentira" (II Tes. 2:9-11). Hasta que se logre esta condición y la unión de la iglesia con el mundo se complete plenamente en toda la cristiandad, no se efectuará la caída total de Babilonia. El cambio es progresivo y el perfecto cumplimiento de Apocalipsis 14:8 aún está en el futuro.

A pesar de la oscuridad espiritual y el alejamiento de Dios que existe en las iglesias que constituyen Babilonia, la gran mayoría de los verdaderos seguidores de Cristo todavía están en su comunión. Hay muchos de ellos que nunca han oído hablar de las verdades especiales para este tiempo. No pocos están insatisfechos con su situación actual y anhelan una luz más clara. Miran en vano la imagen de Cristo en las iglesias a las que están vinculados. A medida que estas denominaciones se alejen cada vez más de la verdad y se alíen más estrechamente con el mundo, la diferencia entre las dos clases se ampliará y esto, en última instancia, resultará en la separación. Llegará el tiempo en que los que aman a Dios supremamente ya no permanecerán vinculados a los que son "amadores de los deleites más que de Dios, que tienen apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella".

El capítulo 18 de Apocalipsis señala el tiempo cuando, como resultado del rechazo de la triple advertencia de Apocalipsis 14:6-12, la iglesia alcanzará plenamente la condición predicha por el segundo ángel, y el pueblo de Dios que aún está en Babilonia será llamado a separados- de su comunión. Este mensaje es el último que se dará al mundo y completará su obra. Cuando aquellos que "no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad" (II Tes. 2:12) sean desviados para aceptar el gran engaño y creer la mentira, la luz de la verdad brillará sobre todos aquellos cuyos corazones estén abiertos. para recibirla, y todos los hijos del Señor que permanezcan en Babilonia atenderán el llamado: "Salid de ella, pueblo mío". (Apocalipsis 18:4).

Capítulo 22

Profecías cumplidas

En la primavera de 1844, cuando había pasado el tiempo en que se esperaba por primera vez la venida del Señor, aquellos que habían esperado con fe su venida fueron por un tiempo presa de la duda y la incertidumbre. A pesar de que el mundo los consideraba totalmente derrotados y sentía que habían albergado una ilusión, su fuente de consuelo seguía siendo la Palabra de Dios. Muchos continuaron investigando las Escrituras, estudiando cuidadosamente las profecías para obtener mayor luz. El testimonio de la Biblia en apoyo de su posición parecía claro y concluyente. Signos que no podían ser mal interpretados señalaban la incuestionable proximidad de la venida de Cristo. La bendición especial del Señor, tanto en la conversión de los pecadores como en el reavivamiento de la vida espiritual entre los cristianos, testificó que el mensaje venía del cielo, y aunque los creyentes no podían explicar su desilusión, se sentían seguros de que Dios los había guiado en tu experiencia pasada.

Intercalada con las profecías que habían considerado aplicables al tiempo de la segunda venida, había una instrucción especialmente adaptada a su estado de incertidumbre y suspenso, animándolos a esperar pacientemente con la seguridad de que lo que ahora era oscuro para su comprensión se haría realidad. claro, a su debido tiempo.

Entre estas profecías estaba la de Habacuc, capítulo 2:1-4: "Estaré bajo mi guardia, y estaré sobre la fortaleza y velaré, para ver al que me habla, y qué responderé cuando me acusen". "Entonces el Señor me respondió y dijo: Escribe la visión y escríbela en tablas, para que el que pase la lea; porque la visión es para el tiempo señalado, y hablará hasta el fin, y no mentira. Si tarda, espéralo, porque ciertamente vendrá, no tardará. Y he aquí, su alma se hincha, no es recta en él; pero el justo vivirá por su fe.

Ya en 1842, la guía dada en la profecía de escribir la visión y hacerla claramente legible en tablillas, para que cualquiera que pasara por allí pudiera leerla, había sugerido a Charles Fitch la preparación de un diagrama profético con el propósito de ilustrar las visiones de Daniel y el Apocalipsis. La publicación de esta imagen ilustrativa se consideró como cumplimiento de la orden dada por Habacuc. En ese momento, nadie se dio cuenta de que en la misma profecía se presentaba un aparente retraso en el cumplimiento de la visión, un tiempo de demora. Después del chasco, este texto me pareció muy significativo: "La visión aún está por llegar al tiempo señalado, y hasta el fin hablará, y no mentirá. Si se demora, espéralo, porque ciertamente vendrá, no Tarda... El justo por su fe vivirá."

Parte de la profecía de Ezequiel también fue una fuente de fortaleza y consuelo para los creyentes. "Y vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué dicho es éste que tenéis en la tierra de Israel, diciendo: Los días se prolongarán, y toda visión perecerá? Diles, pues,: Así dice el Señor Jehová:... Han llegado los días y la palabra de toda visión... hablaré, y la palabra que hablo se cumplirá; no será diferida." "Dicen los de la casa de Israel: La visión que éste ve es para muchos días, y profetiza para tiempos lejanos; por tanto, diles: Así ha dicho el Señor Jehová: Ninguna de mis palabras será más postergada. , y se cumplirá la palabra que he dicho." (Ezequiel 12:21-25, 27 y 28).

Los creyentes expectantes se regocijaron, creyendo que Aquel que conoce el fin desde el principio había mirado a través de los siglos y, previendo su desilusión,

les había dado palabras de aliento y esperanza. Si no hubiera sido por esas porciones de las Escrituras, que les advertían que esperaran pacientemente y mantuvieran una confianza firme en la Palabra de Dios, su fe habría fracasado en esa hora de prueba.

La parábola de las diez vírgenes en Mateo 25 también ilustra la experiencia del pueblo adventista. En Mateo 24, en respuesta a la pregunta de los discípulos sobre las señales de su venida y el fin del mundo, Cristo señaló algunos de los eventos más importantes en la historia del mundo y de la iglesia, desde su primera hasta la segunda venida. , tales como: la destrucción de Jerusalén, la gran tribulación de la iglesia bajo la persecución pagana y papal, el oscurecimiento del Sol y la Luna y la caída de las estrellas.

Después de esto, habló de Su venida en Su reino, y propuso la parábola que describe las dos clases de siervos que esperan Su aparición. El capítulo 25 comienza con estas palabras: "Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes". Aquí se señala la iglesia que vive en los últimos días, la misma indicada al final del capítulo 24. En esta parábola su experiencia se ilustra con los incidentes de una boda oriental.

"Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro de su esposo. Y cinco de ellas eran prudentes, y cinco insensatas. Las locas, tomando sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas junto con las lámparas. Y cuando el esposo llegó tarde, todas se adormecieron y se durmieron, pero a medianoche se oyó un grito: Aquí viene el esposo, salid a recibirlo".

Se entendió que la venida de Cristo, anunciada por el mensaje del primer ángel, representaba la venida del novio. La amplia reforma bajo la proclamación de su inminente venida tuvo su paralelo en la partida de las vírgenes. En esta parábola, como en Mateo 24, se representan dos clases. Todas habían tomado sus lámparas, las Sagradas Escrituras, y bajo su luz salieron al encuentro del esposo. Pero mientras "las insensatas tomaron sus lámparas, y no llevaron consigo aceite", "las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, junto con sus lámparas". La última clase había recibido la gracia de Dios y el poder regenerador e iluminador del Espíritu Santo, que hace de Su Palabra una lámpara para los pies y una luz para el camino. En el temor de Dios estudiaron las Escrituras para aprender la verdad y con gran fervor buscaron la pureza de corazón y de vida. Tenían experiencia personal, fe en Dios y Su Palabra, que no podían ser subvertidas por la desilusión y la demora. Otros, "tomando sus lámparas, no llevaron consigo aceite". Estos habían sido movidos por impulso. Sus temores habían sido excitados por el mensaje solemne, pero habían dependido de la fe de sus hermanos y estaban satisfechos con la luz vacilante de las buenas emociones, desprovistos de una comprensión más plena de la verdad y de la genuina obra de la gracia en el mundo. corazón. Habían salido al encuentro del Señor, llenos de esperanza ante la perspectiva de una recompensa inmediata; pero no estaban preparados para el retraso y la decepción. Cuando llegaron las pruebas, su fe falló y su luz se oscureció.

"Y cuando el esposo se retrasó, todas se adormecieron y se durmieron". La demora del esposo representa el paso del tiempo en que se esperaba al Señor, el desengaño y la tardanza aparente. En este tiempo de incertidumbre, el interés de lo superficial y Los indiferentes pronto comenzaron a desmoronarse y sus esfuerzos debilitaron, pero aquellos cuya fe se basaba en un conocimiento personal de la Sagrada Escritura tenían una roca bajo sus pies, que las olas del desengaño no podían sacudir: "Todos se adormecieron y se durmieron"; una clase en la indiferencia y el abandono de su fe, otra esperando pacientemente hasta que se les diera una luz más clara, sin embargo, en la noche de la prueba, estos últimos parecieron perder, en cierta medida.

punto, su celo y devoción. Los frívolos y apáticos ya no podían mantenerse firmes en la fe de sus hermanos. Todos necesitaban mantenerse en pie o caer por sí solos.

En ese momento empezó a surgir el fanatismo. Algunos que habían profesado ser creyentes celosos en el mensaje rechazaron la Palabra de Dios como única guía infalible y, afirmando ser guiados por el Espíritu, se entregaron al control de sus propios sentimientos, impresiones e imaginación. Hubo algunos que manifestaron un celo ciego y fanático, condenando a todos los que no sancionaban su proceder. Sus ideas y actos fanáticos no encontraron simpatía entre la gran hermandad de los adventistas, pero sirvieron para traer ignominia a la causa de la verdad.

Satanás buscaba, por estos medios, oponerse a la obra de Dios y llevarla a la destrucción. El movimiento adventista había conmovido mucho al pueblo y miles de pecadores se habían convertido. Hombres fieles se dedicaron a la obra de proclamar la verdad, incluso en tiempos de demora. El príncipe del mal estaba perdiendo a sus súbditos, y para causar oprobio sobre la causa de Dios, trató de engañar a algunos que profesaban la fe, llevándolos a practicar extremos. Sus agentes estaban listos para detectar cada error, falta y acto inconveniente, y publicarlos en las opiniones más exageradas para hacer abominables a los adventistas y su fe.

Por lo tanto, cuanto mayor fuera el número que él indujo a hacer una profesión de fe en la segunda venida, mientras su poder controlaba sus corazones, mayor sería la ventaja que obtendría al llamar la atención sobre ellos como representantes de todo el cuerpo de creyentes.

Satanás es el "acusador de nuestros hermanos", y es su espíritu el que inspira a los hombres a espiar los errores y defectos del pueblo del Señor y sacarlos a la luz, mientras se pasan por alto sus buenas obras. Él está siempre activo cuando Dios obra por la salvación de las almas. Cuando los hijos de Dios se presentan ante el Señor, Satanás también va entre ellos. En cada avivamiento está preparado para introducir a los no santificados de corazón y desequilibrados de mente. Cuando estos aceptan algunos puntos de verdad y obtienen un lugar entre los creyentes, él trabaja a través de ellos para introducir teorías que engañarán a los descuidados. Ningún hombre demuestra ser un verdadero cristiano al estar en compañía de los hijos de Dios, ni siquiera en la casa de adoración y alrededor de la mesa del Señor. A menudo se encuentra allí a Satanás en las ocasiones más solemnes, en la forma de aquellos a quienes puede utilizar como sus agentes.

El príncipe del mal disputa cada centímetro de terreno por el que avanza el pueblo de Dios en su viaje hacia la ciudad celestial. En toda la historia de la Iglesia no se ha llevado a cabo ninguna reforma sin encontrar serios obstáculos. Así fue en los días de Pablo.

Dondequiera que el apóstol erigió una iglesia, había algunos que profesaban recibir la fe, pero se infiltraban en herejías que, de ser aceptadas, acabarían extinguiendo el amor a la verdad. Lutero también sufrió gran perplejidad y angustia por el comportamiento de personas fanáticos, que decían ser portavoces directos de Dios y que, por tanto, anteponían sus propias ideas y opiniones al testimonio de las Escrituras. Muchos que carecían de fe y experiencia, pero que poseían considerable confianza en sí mismos y amaban oír o contar algunas noticias, fueron engañados por las pretensiones de los nuevos maestros y se unieron a los agentes de Satanás en su obra de derribar lo que Dios había impulsado a levantar a Lutero. Y los Wesley y otros que bendijeron al mundo por su influencia y fe, enfrentaron a cada paso los engaños de Satanás, quien llevó a personas desequilibradas, extremistas y no santificadas al fanatismo de todo tipo.

Guilherme Miller no sentía ninguna simpatía por las influencias que conducían al fanatismo. Declaró, al igual que Lutero, que todo espíritu debe ser probado por la Palabra de Dios. "El diablo tiene gran poder sobre las mentes de algunos en nuestros días. ¿Y cómo sabremos de qué espíritu son? La Biblia responde: 'Por sus frutos los conoceréis'". mundo, y se nos ordena

Pruébalos. El espíritu que no nos lleva a vivir sobria, justa y piadosamente en el mundo de hoy no es el Espíritu de Cristo. Estoy cada vez más convencido de que Satanás tiene mucho que ver en estos movimientos desordenados". "Muchos de nosotros que afirmamos estar totalmente santificados seguimos las tradiciones de los hombres y aparentemente somos tan ignorantes de la verdad como otros que no hacen tales afirmaciones". "El espíritu del error nos alejará de la verdad, y el Espíritu de Dios nos guiará a la verdad. Pero, decís, un hombre puede estar en el error y pensar que tiene la verdad. ¿Y entonces qué? Respondemos: El Espíritu y la Palabra están de acuerdo. Si un hombre se juzga a sí mismo por la Palabra de Dios y encuentra perfecta armonía en toda la Palabra, entonces puede creer que está en la verdad; pero, si descubre que el espíritu que lo guía no armoniza con todo el contenido de la ley o del Libro de Dios, entonces que camine con cuidado para no caer en las trampas del diablo". "A menudo he obtenido más evidencia de piedad interior de una mirada iluminada, un rostro lloroso, una expresión entrecortada, que de todo el ruido de la cristiandad".

En los días de la Reforma, sus enemigos imputaron todos los males del fanatismo a quienes trabajaban más diligentemente para combatirlo. Los opositores del movimiento adventista adoptaron una actitud similar. Y no contentos con tergiversar y extrapolar los errores de extremistas y fanáticos, difundieron rumores desfavorables que no tenían la menor apariencia de verdad. Estas personas estaban impulsadas por los prejuicios y el odio. Su paz fue perturbada por la proclamación de que Cristo estaba a la puerta. Temían que esto pudiera ser cierto y esperaban que no lo fuera, y esta fue la razón de su guerra contra los adventistas y su fe.

El hecho de que algunos fanáticos se hubieran infiltrado en las filas de los adventistas no era motivo mayor para decidir que el movimiento no provenía de Dios, dada la presencia de fanáticos y engañadores en la iglesia en los tiempos de Pablo o Lutero, lo que tampoco era excusa suficiente para condenar su trabajo. Que el pueblo de Dios despierte del sueño y comience fervientemente la obra de arrepentimiento y reforma; que escudriñe las Escrituras para conocer la verdad tal como es en Jesús; hagan una consagración completa a Dios, y no faltarán pruebas de que Satanás sigue activo y vigilante. Con todos los engaños posibles manifestará su poder, llamando en su ayuda a los ángeles caídos de su reino.

No fue la proclamación del segundo advenimiento lo que creó fanatismo y división. Estos aparecieron en el verano de 1844, cuando los adventistas estaban bajo dudas y perplejidad respecto de su verdadera posición. La predicación del mensaje del primer ángel y el "clamor de medianoche" tendieron directamente a suprimir el fanatismo y la disensión. Quienes participaron en estos movimientos solemnes estaban en armonía. Sus corazones estaban llenos de amor unos por otros y por Jesús, a quien esperaban contemplar pronto. Una fe, una esperanza bendita, los elevó por encima del control de cualquier influencia humana, demostrando ser un escudo contra los ataques de Satanás.

"Y cuando el esposo se detuvo, todas se adormecieron y se durmieron. Pero a medianoche se oyó un grito: Aquí viene el esposo; salí a recibirlo. Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas". (Mateo 25:5-7). En el verano de 1844, a medio camino entre el tiempo que se había considerado como el final de los 2.300 días, y el otoño del mismo año, hasta donde se suponía que se extendería el período, como se descubrió más tarde, el mensaje fue proclamado según las mismas palabras de la Escritura: "¡Aquí viene el Esposo!"

Lo que impulsó este movimiento fue el descubrimiento de que el decreto de Artajerjes para la restauración de Jerusalén, que constituyó el punto de partida del período de la

2.300 días, entró en vigor en el otoño del año 457 a. C., y no a principios de año, como se había considerado al principio. Comenzando la cuenta desde el otoño de 457, los 2.300 años terminan en el otoño de 1844.

Los argumentos basados en los símbolos del Antiguo Testamento también indicaban el otoño como la época en la que debía tener lugar el acontecimiento representado por la "purificación del santuario". Esto quedó muy claro cuando la atención se centró en la forma en que se habían cumplido los símbolos relacionados con el primer advenimiento de Cristo.

El sacrificio del cordero pascual fue una sombra de la muerte de Cristo. Dice Pablo: "Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros". (I Corintios 5:7). La gavilla de primicias, que en el tiempo de Pascua era mecida ante el Señor, tipificaba la resurrección de Cristo. Pablo declara, hablando acerca de la resurrección del Señor y de todo su pueblo: "Cristo, las primicias, después los que son de Cristo en su venida". (I Corintios 15:23). Similar a la gavilla mecida, que fue la primera cosecha de grano maduro antes de la cosecha, Cristo es las primicias de la cosecha inmortal de los redimidos, quienes en la futura resurrección serán recogidos en el granero divino.

Estos tipos se cumplieron, no sólo en cuanto al acontecimiento, sino también en cuanto al tiempo. El decimocuarto día del primer mes judío, el mismo día y mes en el que, durante quince largos siglos, se había inmolado el cordero pascual, Cristo, habiendo participado de la Pascua con sus discípulos, instituyó la fiesta que debía conmemorar su propia Pascua. muerte como el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Esa misma noche, fue encarcelado por manos malvadas, para ser crucificado y asesinado. Y, como antitipo de las gavillas mecidas, nuestro Señor resucitó de entre los muertos al tercer día, como "primicias de los que duermen" (1 Cor. 15:20), un ejemplo de todos los justos resucitados cuyo "cuerpo inmolado". "será transformado, "para ser conformado a su cuerpo glorioso" (Filipenses 3:21).

De manera similar, los tipos que se refieren a la segunda venida deben cumplirse en el momento indicado por el servicio simbólico. En el sistema mosaico, la purificación del santuario o el gran día de la expiación ocurría el décimo día del séptimo mes judío (Levítico 16:29-34), cuando el sumo sacerdote, habiendo hecho expiación por todo Israel y así quitó sus pecados del santuario, salió y bendijo al pueblo. Así, se creía que Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, aparecería para purificar la tierra destruyendo el pecado y a los pecadores, y recompensando a su pueblo expectante con la inmortalidad. El décimo día del séptimo mes, el gran día de la expiación, el tiempo de la purificación del santuario, que en el año 1844 cayó el veintidós de octubre, se entendía como el tiempo de la venida del Señor. Esto estaba en armonía con la evidencia ya presentada de que los 2.300 días terminarían en otoño, y la conclusión parecía irresistible.

En la parábola de Mateo 25, al tiempo de espera y somnolencia le sigue la venida del Esposo. Esto estaba de acuerdo con los argumentos presentados, tanto de la profecía como de los tipos. Transmitían una fuerte convicción de su veracidad; y el "clamor de medianoche" fue proclamado por miles de creyentes.

Como las olas del mar, el movimiento se extendió por todo el país. Fue de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, y hasta los lugares más remotos de la nación, hasta que el pueblo expectante de Dios despertó por completo. El fanatismo desapareció ante esta proclamación, como la escarcha matinal ante la salida del sol. Los creyentes encontraron disipadas sus dudas y perplejidades, y la esperanza y el coraje animaron sus corazones. La obra estuvo libre de los extremos que siempre se manifiestan cuando hay entusiasmo humano sin la influencia controladora de la Palabra y el Espíritu de Dios. Se parecía en carácter a los períodos de humillación y regreso al Señor que, en el antiguo Israel, seguían a los mensajes de advertencia de sus siervos. Trajo las características que siempre han marcado la obra de Dios en todas las épocas. Había

poca alegría extática, pero más profunda búsqueda del corazón, confesión de los pecados y abandono del mundo. Prepararse para encontrarse con el Señor era la carga de los espíritus moribundos. Hubo oración persistente y consagración sin reservas a Dios.

Al describir esa obra, Miller declaró: "No hay expresión de gozo; es, por así decirlo, diferido para un tiempo futuro, cuando todo el Cielo y la Tierra se regocijarán juntos, con un placer inexpresable y lleno de gloria. No hay aclamaciones: éstos también están reservados para el Cielo. Los cantantes guardan silencio; esperan unirse a las huestes angelicales, al coro celestial. No hay choque de sentimientos: todos son del mismo corazón y mente". Otro participante en el movimiento testificó: "Produjo en todas partes la búsqueda más profunda del corazón y la humillación del alma... Engendró el desprecio por las cosas de este mundo, el aislamiento de las controversias y animosidades, la confesión de las faltas, el abatimiento ante Dios y las súplicas de corazones arrepentidos a Él en busca de perdón y aceptación. La predicación causó humillación y postración del alma como nunca antes habíamos presenciado. Como Dios ordenó por medio del profeta Joel, cuando el gran día de Dios estaba cerca, produjo el desgarramiento de corazones y no de vestidos, y un retorno al Señor en ayunos, lágrimas y lamentos. Como Dios había hablado por medio del profeta Zacarías, un espíritu de gracia y de súplica se derramó sobre sus hijos; miraron a aquel a quien habían traspasado, hubo gran lamento en la tierra... y los que esperaban al Señor afligieron sus almas delante de Él."

De todos los grandes movimientos religiosos desde los días de los apóstoles, ninguno ha estado más libre de las imperfecciones humanas y los engaños de Satanás que el del otoño de 1844. Incluso hoy, después del lapso de muchos años, todos los que formaron parte de ese movimiento y quienes se mantienen firmes en la plataforma de la verdad, todavía sienten la santa influencia de esa bendita obra y dan testimonio de que procedió de Dios.

Al grito: "Aquí viene el Esposo; salid a su encuentro", la expectante "se levantó y reparó sus lámparas"; Estudiaron la Palabra de Dios con una intensidad de interés nunca antes vista. Se enviaron ángeles del cielo para despertar a los que se habían desanimado y prepararlos para recibir el mensaje. La obra no fue realizada por la sabiduría y el conocimiento de los hombres, sino por el poder de Dios. No fueron los más talentosos, sino los más humildes y consagrados los primeros en escuchar y obedecer la llamada. Los agricultores dejaron sus cultivos en los campos, los mecánicos dejaron sus herramientas y con lágrimas y alegría salieron a dar el aviso.

Quienes inicialmente habían gestionado la causa estuvieron entre los últimos en unirse a este movimiento. Las iglesias, en general, cerraron sus puertas a este mensaje, y un gran número de quienes lo recibieron se retiraron de entre ellas. En la providencia de Dios, esta proclamación se unió al mensaje del segundo ángel y dio poder a la obra.

El mensaje "Aquí viene el Esposo" no era tanto una cuestión de argumento, aunque la prueba de las Escrituras era clara y concluyente. La acompañaba un poder impulsor que tocaba el alma. No hubo dudas ni cuestionamientos. Con motivo de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, la gente de todas partes de la Tierra que se había reunido para participar en la fiesta, acudió en masa al Monte de los Olivos y, uniéndose a la multitud que escoltaba a Jesús, quedaron abrumados por la emoción de aquel acontecimiento. hora, y contribuyó a aumentar el grito: "Bendito el que viene en el nombre del Señor". (Mateo 21:9). De manera similar, los incrédulos que se reunían en las reuniones adventistas—algunos por curiosidad, otros simplemente con el propósito de burlarse—sintieron el poder persuasivo del mensaje: "¡Aquí viene el Esposo!"

En ese momento existía esa fe que obtenía respuestas a la oración, fe que apuntaba a una recompensa. Como lluvia torrencial sobre la tierra reseca, el Espíritu de gracia descendió

sobre aquellos que lo buscaban fervientemente. Quienes esperaban encontrarse pronto cara a cara con su Redentor sintieron una alegría solemne e indescriptible. El poder conmovedor del Espíritu Santo ablandó los corazones a medida que sus bendiciones fueron otorgadas en gran medida a los creyentes fieles.

Con cuidado y solemnidad, quienes recibieron el mensaje llegaron al momento en que esperaban encontrarse con su Señor. Cada mañana sentían que era su primer deber asegurarse de su aceptación ante Dios. Sus corazones estaban estrechamente unidos y oraron mucho el uno por el otro. A menudo se reunían en lugares aislados para comunicarse con Dios, y la voz de intercesión ascendía al cielo desde los campos y bosques. La certeza de la aprobación del Salvador les era más necesaria que el alimento diario, y si algo oscurecía su espíritu, no descansaban hasta desaparecer. Sintiendo el testimonio de la gracia perdonadora, anhelaron contemplar a Aquel a quien amaban sus almas.

Pero nuevamente estaban destinados a la decepción. Pasó el tiempo de espera y el Salvador no apareció. Con confianza inquebrantable habían esperado su venida, y ahora se sentían como María llegando a la tumba del Salvador y encontrándola vacía, exclamando entre lágrimas: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". (Juan 20:13).

Un sentimiento de temor, el temor de que el mensaje pudiera ser cierto, sirvió por un tiempo para contener al mundo incrédulo. Después de un tiempo, este sentimiento no desapareció del todo de una vez. Al principio no se atrevieron a triunfar sobre los decepcionados. Pero, como no se vio ninguna señal de la ira de Dios, se recuperaron de sus temores y retomaron sus actitudes de reproche y burla.

Una inmensa clase que había profesado creer en la pronta venida del Señor renunció a su fe. Algunos que habían tenido confianza estaban tan profundamente heridos en su orgullo que parecían alienados del mundo. Como Jonás, se quejaron de Dios y prefirió la muerte a la vida. Aquellos que habían basado su fe en las opiniones de otros y no en la Palabra de Dios estaban ahora nuevamente dispuestos a cambiar de opinión. Los burladores ganaron a los débiles y cobardes para sus filas, y todos ellos se unieron para declarar que ahora no habría más temores ni expectativas. El tiempo había pasado, el Señor no había venido y el mundo podría seguir igual durante miles de años.

Los creyentes fervientes y sinceros lo habían abandonado todo por Cristo, y sentían su presencia como nunca antes. Según creían, habían transmitido la última advertencia al mundo y esperaban ser pronto recibidos en compañía del divino Maestro y de los ángeles celestiales. Se habían separado en gran medida de la compañía de quienes no recibieron el mensaje. Con intenso deseo habían orado: "Ven, Señor Jesús, ven pronto". Pero Él no había venido. Y ahora, soportar nuevamente la pesada carga de las preocupaciones y perplejidades de la vida, soportar el sarcasmo y el desprecio de un mundo burlón, fue una terrible prueba de fe y paciencia.

Sin embargo, esta desilusión no fue tan grande como la que experimentaron los discípulos en el momento de la primera venida de Cristo. Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus seguidores creyeron que estaba a punto de ascender al trono de David y liberar a Israel de sus opresores. Llenos de esperanza y gozosa anticipación, compitieron entre sí por la oportunidad de honrar a su Rey. Muchos extendieron sus vestiduras exteriores como una alfombra a lo largo del camino de Cristo, o colocaron frondosas ramas de palma ante Él. En su entusiasmo entusiasta, se unieron a la gozosa aclamación: "¡Hosanna al Hijo de David!" Cuando los fariseos, perturbados e irritados por este estallido de alegría, quisieron que Jesús reprendiera a los discípulos, Él respondió: "Si callan, las piedras mismas gritarán". (Lucas 19:40). La profecía debería ser

cumplido. Los discípulos estaban cumpliendo el propósito divino. Sin embargo, estaban destinados a sufrir una amarga decepción. A los pocos días serían testigos de la muerte agonizante del Salvador y lo enterrarían en la tumba. Sus expectativas no se habían cumplido en ningún detalle y sus esperanzas murieron con Jesús.

Hasta que su Señor se levantó triunfalmente de la tumba, no pudieron darse cuenta de que todo había sido predicho en la profecía y "que el Cristo debía sufrir y resucitar de entre los muertos" (Hechos 17:3).

Cinco siglos antes, el Señor había declarado por medio del profeta Zacarías: "Alégrate mucho, hija de Sión; alégrate, hija de Jerusalén; he aquí, tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, pobre y montado en un asno, sobre un asno, hijo de asno." (Zacarías 9:9). Si los discípulos se hubieran dado cuenta de que Cristo se dirigía hacia su juicio y muerte, no habrían cumplido esta profecía.

De manera similar, William Miller y sus compañeros cumplieron la profecía y anunciaron el mensaje que la Inspiración había predicho que darían al mundo, pero si habían entendido completamente las profecías que revelaban su desilusión y que otro mensaje debía ser proclamado a todas las naciones. antes de que viniera el Señor, no habrían hecho la obra. Los mensajes del primer y segundo ángel fueron dados a su debido tiempo y cumplieron la obra que Dios quería que realizaran.

El mundo había estado observando, esperando que si pasaba el tiempo y Cristo no viniera, todo el sistema adventista sería abandonado. Pero mientras muchos, bajo poderosa tentación, capitularon en su fe, hubo algunos que permanecieron firmes. Los frutos del movimiento adventista: el espíritu de humildad y examen de conciencia, de renuncia al mundo y de reforma de la vida, que había acompañado la obra, testificaban que era de Dios. No se atrevieron a negar que el poder del Espíritu Santo había dado testimonio de la predicación del segundo advenimiento, y no pudieron encontrar ningún error en su cálculo de los períodos proféticos. Los más capaces de sus oponentes no pudieron demoler su sistema de interpretación profética. No podían, sin evidencia bíblica, renunciar a posiciones que habían alcanzado mediante el estudio ferviente y dedicado de las Escrituras, emprendido por mentes iluminadas por el Espíritu de Dios y corazones resplandecientes con Su poder vivo; posiciones que habían resistido las críticas más severas y la oposición más amarga de los maestros religiosos populares y los sabios de este mundo, y que se habían mantenido firmes frente a las fuerzas combinadas de la ciencia y la elocuencia, y las afrentas y desprecios de personas ilustres y de aquellos de clase humilde.

Verdaderamente hubo un error en cuanto al evento esperado, pero ni siquiera esto pudo debilitar su fe en la Palabra de Dios. Cuando Jonás proclamó en las calles de Nínive que dentro de cuarenta días la ciudad sería destruida, el Señor aceptó la humillación de los ninivitas y extendió su tiempo de gracia. Sin embargo, el mensaje de Jonás vino de Dios y Nínive fue probada según Su voluntad. Los adventistas creían que de la misma manera Dios los había enviado para dar la advertencia del juicio. Dijeron: "Ella probó los corazones de todos los que la oyeron, despertando deseo por la aparición del Señor, o generando odio más o menos manifiesto, pero conocido por Dios, en su venida. Ella marcó una línea, para que los que examinaban Ella, sus propios corazones habrían sabido de qué lado habrían estado si el Señor hubiera venido entonces: si habrían exclamado: "He aquí, éste es nuestro Dios, a quien hemos esperado, y él nos salvará", o si Habrían clamado a las rocas y a los montes para que cayesen sobre ellos, para esconderlos del rostro del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero. Así creemos que Dios probó al pueblo y su fe, y vio si se retirarían del

posición en la que había considerado conveniente colocarlo; y abandonarían este mundo, poniendo una confianza implícita en la obra de Dios."

Los sentimientos de quienes todavía creían que Dios los había guiado en su experiencia se expresan en estas palabras de William Miller: "Si hubiera tenido que vivir mi vida nuevamente, con la misma evidencia que entonces tuve de ser honesto con Dios y con los hombres, Habría hecho todo como lo hice". "Espero haber lavado mis vestiduras de la sangre de las almas. Siento que, en la medida de lo posible, estoy libre de toda culpa en su condena". "Aunque me he decepcionado dos veces", escribió este hombre de Dios, "todavía no estoy abatido ni desanimado". "Mi esperanza en la venida de Cristo es tan firme como siempre. Sólo he hecho lo que, después de años de sobria consideración, he sentido que era mi deber solemne realizar. Si me he equivocado, ha sido por el lado de la caridad, de amor a mis semejantes y de convicción del deber para con Dios." "Una cosa sé: no prediqué más que lo que creía, y la mano de Dios me acompañó. Su poder se manifestó en la obra y se realizó mucho bien". "Parece que muchos miles fueron llevados a estudiar las Escrituras a causa de la profecía de la época; y por este medio, mediante la fe y la aspersión de la sangre de Cristo, fueron reconciliados con Dios". "Nunca he cortejado la sonrisa de aprobación de los orgullosos, ni me he desanimado cuando el mundo nos miró con desdén. No compraré su favor hoy, ni iré más allá del deber para aplacar su odio. Lo haré Nunca les pediré que me perdonen la vida, ni me retiraré. Si Dios así lo requiere en su providencia, estaré dispuesto a deponerla."

Dios no ha abandonado a su pueblo. Su Espíritu aún permaneció con aquellos que no rechazaron imprudentemente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. En la Epístola a los Hebreos hay palabras de aliento y advertencia para los probados y expectantes en esta crisis: "No perdáis vuestra confianza, que tiene grande y grande recompensa. Porque necesitáis paciencia, para que después de haber hecho las voluntad de Dios, que alcances la promesa. Porque aún falta un poco de tiempo, y lo que ha de venir vendrá, y no tardará. Pero el justo por la fe vivirá; y si se retira, Mi alma no se complace en él. Pero nosotros, no somos de los que se retiran a la perdición, sino de los que creen para la conservación del alma." (Hebreos 10:35-39).

Que esta advertencia está dirigida a la iglesia de los últimos días es evidente por las palabras que señalan la cercanía de la venida del Señor: "Porque aún falta un poco de tiempo, y el que ha de venir vendrá, y no tardará." Se indica claramente que habría una demora aparente, y que el Señor parecería demorarse. La instrucción dada aquí encaja perfectamente con la experiencia de los adventistas en ese momento. Las personas aquí mencionadas estaban en peligro de hundirse en la fe. Habían cumplido la voluntad de Dios siguiendo la dirección de Su Espíritu y Palabra. Sin embargo, no pudieron comprender Su propósito en experiencias pasadas ni ver el camino que tenían ante ellos. Entonces se sintieron tentados a dudar de si Dios realmente los había guiado. En aquel tiempo se aplicaban las palabras: "Pero el justo por la fe vivirá". A pesar de la luz resplandeciente del "clamor de medianoche" que brillaba en su camino, a pesar de ver la apertura de los sellos de las profecías y el pronto cumplimiento de las señales que anunciaban la próxima venida de Cristo, habían caminado, por así decirlo, por vista. Pero ahora, oprimidos por sus esperanzas frustradas, sólo podían resistir mediante la fe en Dios y Su Palabra. El mundo burlón decía: "Han sido engañados. Abandonen su fe y digan que el movimiento adventista vino de Satanás". Sin embargo, la Palabra de Dios declaró: "Si retrocede, Mi alma no se complace en él". Renunciar a su fe ahora y negar el poder del Espíritu Santo que había sostenido el mensaje sería retirarse a la perdición. Las palabras de Pablo los animaron a permanecer firmes: "No perdáis vuestra confianza"; "hay que tener paciencia", "porque aún queda un poquito de

tiempo, y el que ha de venir, vendrá y no tardará". Su única manera segura era aferrarse a la luz que ya habían recibido de Dios, aferrarse a sus promesas y continuar estudiando las Escrituras, velando y esperando pacientemente para recibir mayor luz.

Capítulo 23

¿Qué es el Santuario?

El texto que, por encima de todos los demás, se convirtió en el fundamento y el pilar central de la fe adventista, fue la declaración: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado". (Dan. 8:14). Estas palabras eran familiares para todos los creyentes ante la próxima venida del Señor. A través de labios de miles se repitió esta profecía como contraseña de su fe. Todos sintieron que sus expectativas más brillantes y sus más entrañables esperanzas dependían de los acontecimientos que en él se predecían. Se demostró que estos días proféticos terminarían en el otoño de 1844. Al igual que el resto del mundo cristiano, los adventistas sostenían en esa época que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario. Entendieron que la purificación del santuario era la purificación de la Tierra bajo los fuegos del último gran día, y que esto tendría lugar en el momento del segundo advenimiento. De ahí la conclusión de que Cristo regresaría a la Tierra en 1844.

Pero pasó el tiempo recomendado y el Señor no vino. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; Su interpretación de la profecía debe estar equivocada. Pero ¿dónde estaba el error? Muchos imprudentemente han cortado el nudo de la dificultad al negar que los 2.300 días terminaron en 1844. No se pudo dar ninguna razón para esto excepto que Cristo no había venido en el tiempo esperado. Argumentaron que si los días proféticos hubieran terminado en 1844, Cristo habría regresado para purificar el santuario purificando la Tierra con fuego; y como no apareció, los días no podrían haber terminado.

Aceptar esta conclusión equivalía a renunciar al recuento anterior de períodos proféticos. Se encontró que los 2.300 días comenzaron cuando entró en vigor la orden de Artajerjes para la restauración y construcción de Jerusalén, en el otoño del 457 a.C. Tomando esa fecha como punto de partida, se encontró que había perfecta armonía en la aplicación de todos los eventos predichos en la explicación de Daniel 9:25-27. Las sesenta y nueve semanas, los primeros 483 años del gran período de 23 siglos, debían alcanzar al Mesías, el Ungido. El bautismo y unción de Cristo por el Espíritu Santo, en el año 27 de nuestra era, cumplió estrictamente con esta especificación. A mediados de la semana setenta el Mesías sería llevado. Tres años y medio después de Su bautismo; En la primavera del año 31, Cristo fue crucificado. Las setenta semanas, o 490 años, deberían referirse especialmente a los judíos. Cuando terminó este período, la nación selló su rechazo a Cristo, mediante la persecución de Sus discípulos y, en el año 34, los apóstoles dirigieron su obra a los gentiles. Con el fin de los primeros 490 años, separados del gran período de 2.300, todavía quedaban 1.810 años. Tomando como base el año 34 de nuestra era, los 1.810 años llegan a 1844. Y el ángel dijo: "Entonces el santuario será purificado". Todas las especificaciones anteriores de la profecía se cumplieron indiscutiblemente en el tiempo señalado. Todo se volvió claro y armonioso con este cálculo, con la excepción de que, en ese momento, no se vio ningún evento que cumpliera con la purificación del santuario a realizarse en 1844. Negar que los días terminaran en ese momento era envolver toda la cuestión en confusión y renunciar a cargos que había sido establecido mediante el cumplimiento infalible de la profecía.

Pero Dios estaba guiando a su pueblo en el gran movimiento adventista. Su poder y gloria habían acompañado la obra, y no permitiría que terminara en oscuridad y desilusión, que fuera difamada como excitación falsa y fanática. Él no dejaría Su palabra envuelta en dudas e incertidumbre. A pesar de que muchos tienen

descartando el cálculo anterior de los períodos proféticos, negando la precisión del movimiento fundado en él, otros no estaban dispuestos a renunciar a los puntos de fe y experiencia que estaban respaldados por las Escrituras y el testimonio del Espíritu de Dios. Creían que habían adoptado principios legítimos de interpretación en el estudio de las profecías y que era su deber adherirse a las verdades ya descubiertas y continuar con los mismos criterios de la investigación bíblica. Con ferviente oración revisaron su posición y estudiaron las Escrituras para descubrir su error. Como no pudieron ver ningún error en el cálculo de los períodos proféticos, se vieron inducidos a examinar más particularmente el tema del santuario.

En su investigación, descubrieron que no había evidencia bíblica que respaldara la interpretación popular de que la Tierra era el santuario. Descubrieron en la Biblia, sin embargo, una explicación completa del tema del santuario, su naturaleza, ubicación y servicios. El testimonio de los escritores sagrados fue tan claro y amplio que dejó el asunto fuera de toda duda. El apóstol Pablo, en la Epístola a los Hebreos, dice: "Y los primeros tenían también las ordenanzas del culto divino, y un santuario terrenal. Porque el primero estaba preparado un tabernáculo, en el cual estaban el candelero, la mesa y el pan de la proposición, que se llama santuario; pero después del segundo velo estaba el tabernáculo que se llama el lugar santísimo, el cual tenía el incensario de oro, y el arca del pacto cubierta de oro alrededor, en la cual estaba un vaso de oro, que contenía el maná, y la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre el arca, los querubines de gloria, que cubrían el propiciatorio.

(Hebreos 9:1-5).

El santuario al que Pablo se refiere aquí era el tabernáculo erigido por Moisés por mandato de Dios, como morada terrenal del Altísimo. "Y me harán un santuario, y habitaré entre ellos" (Éxodo 25:8), fue la dirección dada a Moisés, mientras estaba en la montaña con Dios. Los israelitas viajaban por el desierto y el tabernáculo estaba construido de tal manera que podía ser transportado de un lugar a otro. Sin embargo, su estructura era de gran magnificencia. Las paredes estaban hechas de tablas perpendiculares ricamente recubiertas de oro y cuyos herrajes de base eran de plata. Su techo estaba formado por una serie de cortinas o cubiertas, siendo las exteriores de pieles y las interiores de lino fino bellamente trabajadas con figuras de querubines. Además del atrio exterior, donde estaba ubicado el altar de los holocaustos, el tabernáculo mismo tenía dos compartimentos, llamados lugar santo y lugar santísimo, separados por una rica y hermosa cortina o velo; un velo similar cerraba la entrada al primer compartimento.

En el lugar santo estaba el candelero, ubicado al lado sur del tabernáculo, con sus siete lámparas para alumbrar el santuario tanto de día como de noche. Al lado norte estaba la mesa del pan de la presencia; y delante del velo que separaba el lugar santo del santísimo, estaba el altar de oro del incienso y desde el cual la nube fragante, con las oraciones de Israel, se elevaba diariamente a la presencia de Dios.

En el lugar santísimo estaba el arca, cofre de madera preciosa recubierta de oro, y depósito de las dos tablas de piedra en las que Dios inscribió la ley de los Diez Mandamientos. Sobre el arca, formando la cubierta de lo sagrado. contenedor, se encontraba el propiciatorio, una espléndida obra de arte coronada por dos querubines, uno a cada lado, enteramente de oro macizo. En este compartimento, la presencia divina se manifestaba en una nube de aparente gloria entre los querubines.

Después del asentamiento de los hebreos en Canaán, el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón, que, aunque era una estructura permanente y de mayor escala, observaba las mismas proporciones y estaba provisto de manera similar al

anterior. De esta forma el santuario existió, excepto mientras estuvo en ruinas en la época de Daniel, hasta su destrucción por los romanos en el año 70 a.C.

Este es el único santuario que alguna vez existió en la Tierra y sobre el cual la Biblia nos da alguna información. Pablo declaró que este era el santuario del primer pacto. ¿Pero el nuevo pacto no tiene santuario?

Volviendo nuevamente al libro de Hebreos, los buscadores de la verdad han encontrado la existencia de un segundo santuario, o santuario del nuevo pacto, implícito en las palabras de Pablo antes mencionadas: "Ahora también el primero tenía ordenanzas del culto divino, y un terreno santuario". Y el uso de la palabra "también" determina que Pablo había mencionado previamente este santuario. Volviendo al principio del capítulo anterior, leen: "Ahora bien, el resumen de lo que hemos dicho es que tenemos tal sumo sacerdote, que se sienta en el cielo a la diestra del trono de la Majestad, ministro del santuario, y del verdadero tabernáculo, que fundó el Señor, no el hombre." (Hebreos 8:1 y 2).

Aquí se revela el santuario del nuevo pacto. El santuario del primer pacto fue erigido por el hombre, construido por Moisés. Este último fue construido por el Señor y no por el hombre. En ese santuario realizaban su servicio los sacerdotes terrenales; en esto, Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, ministra a la diestra de Dios. Un santuario estaba en la Tierra, el otro en el Cielo.

Además, Moisés construyó el tabernáculo según un modelo.

El Señor le ordenó: "Conforme a todo lo que te mostraré para el modelo del tabernáculo, y para el modelo de todos sus utensilios, así harás." Y nuevamente se le dio la orden: "Mira, pues, que lo hagas. conforme a su modelo, que os fue mostrado en el monte." (Éxodo 25:9 y 40). Y Pablo dice que el primer tabernáculo era "una alegoría del tiempo presente en el que se ofrecían ofrendas y sacrificios"; que sus lugares santos eran "figuras de las cosas del cielo"; que los sacerdotes que ofrecían ofrendas según la ley servían como "ejemplo y sombra de las cosas celestiales", y que "Cristo no entró en un santuario hecho de mano, figura del verdadero, pero en el mismo Cielo, para presentarse ahora por nosotros delante de Dios" (Heb. 9:9 y 23; 8:5; 9:24).

El santuario celestial en el que Jesús ministra a nuestro favor es el gran original, del cual el santuario construido por Moisés fue una copia. Dios puso Su Espíritu sobre los constructores del santuario terrenal. La habilidad artística empleada en su construcción fue una manifestación de la sabiduría divina. Las paredes tenían la apariencia de oro macizo, reflejando la luz de las siete lámparas del candelabro dorado en todas direcciones. La mesa de los panes de la proposición y el altar del incienso brillaban como oro pulido. El hermoso telón que formaba el techo, decorado con figuras de ángeles en colores azul, violeta y escarlata, aumentaba la belleza de la escena. Y más allá del segundo velo estaba la santa shekinah, la manifestación visible de la gloria de Dios, ante la cual nadie excepto el sumo sacerdote podía entrar y vivir. El incomparable esplendor del tabernáculo terrenal reflejaba a la vista humana las glorias del templo celestial donde Cristo, nuestro Precursor, ministra por nosotros ante el trono de Dios. La morada del Rey de reyes, en la que miles de miles le sirven y millones de millones están delante de Él (Dan. 7:10); Este templo, lleno de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus refulgentes guardianes, cubren sus rostros en adoración, no podría encontrar en ninguna estructura magnífica jamás construida por manos humanas más que un pálido reflejo de su inmensidad y gloria. Sin embargo, el santuario terrenal y sus servicios enseñaron verdades importantes acerca del santuario celestial y la gran obra emprendida allí para la redención del hombre.

Los lugares santos del santuario celestial están representados por los dos compartimentos del santuario terrenal. Al apóstol Juan se le concedió una visión del templo de Dios en el cielo. Allí vio siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono (Apocalipsis 4:5). Vio un ángel "que tenía un incensario de oro, y le fue dado mucho incienso para ponerlo con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está delante del trono" (Apocalipsis 8:3). Al profeta se le permitió contemplar el primer compartimento del santuario celestial. Allí vio "siete lámparas de fuego" y el "altar de oro", representado por el candelero de oro y el altar del incienso del santuario terrenal.

Nuevamente "el templo de Dios se abrió en el cielo" (Apocalipsis 11:19), y miró hacia el lugar santísimo, detrás del velo interior. Allí observó "el arca de su alianza", representada por el vaso sagrado construido por Moisés para albergar la ley de Dios.

Así, quienes estudiaban el tema encontraron pruebas indiscutibles de la existencia de un santuario en el cielo. Moisés hizo el santuario terrenal según el modelo que le mostraron. Pablo enseña que este modelo era el verdadero santuario en el cielo, y Juan testifica que también lo vio en el cielo.

En el templo celestial, la morada de Dios, su trono está establecido en la justicia y el juicio. En el lugar santísimo está Su ley, la gran regla de justicia por la cual toda la humanidad es probada. El arca que guarda las tablas de la ley está cubierta por el propiciatorio, ante el cual Cristo ora, a través de su sangre, a favor del pecador. Así está representada la unión de la justicia y la misericordia en el plan de la redención humana. Sólo la sabiduría infinita podría idear esta unión, y sólo el poder infinito podría realizarla. Esta es una conexión que llena todo el Cielo de asombro y adoración. Los querubines del santuario terrenal, contemplando con reverencia el propiciatorio, representan el interés con el que las huestes celestiales observan la obra de la redención. Éste es el misterio de misericordia al que los ángeles desean atender: que Dios pueda ser justo justificando al pecador arrepentido y renovando su relación con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para levantar innumerables multitudes del abismo de la ruina y [vestirlas](#) con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, para que pudieran unirse a los ángeles que nunca cayeron y habitar para siempre en la presencia de Dios.

La obra de Cristo como intercesor del hombre se expone en la hermosa profecía de Zacarías acerca de Aquel "cuyo nombre es el Renuevo". Dice el profeta: "Él mismo edificará el templo del Señor, y llevará gloria, y se sentará y gobernará en su trono, y será sacerdote en su trono, y habrá consejo de paz entre ambos".

(Zacarías 6:13).

"Él mismo construirá el templo del Señor". Por su sacrificio y mediación, Cristo es tanto el fundamento como el constructor de la iglesia de Dios. El apóstol Pablo lo señala como "la principal piedra del ángulo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. Él dice: "En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Efesios 2:20-22).

Él "tomará la gloria". A Cristo pertenece la gloria de la redención de la raza caída. A través de las edades eternas, el cántico de los redimidos será: "Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él gloria y poder por los siglos de los siglos". (Apoc. 1: 5 y 6).

"Y él se sentará y gobernará en su trono, y será sacerdote en su trono". Él todavía no está "en el trono de su gloria"; el reino de gloria aún no ha sido establecido. Sólo después del fin de su obra como mediador Dios le dará "el trono de David su padre", un reino que "no tendrá fin" (Lucas 1:32 y 33). Como sacerdote, Cristo ahora está sentado con el Padre en Su trono (Apocalipsis 3:21). En el trono, con el Ser eterno y existente por sí mismo, fue Él quien "tomó sobre sí nuestras debilidades y los

llevó nuestros dolores"; el cual "fue tentado en todo, pero sin pecado"; para poder "ayudar a los que son tentados". "Si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre." (Isa. 53:4 ; Heb. 4:15; 2:18; I Juan 2:1). Su intercesión es la de un cuerpo herido y macerado, de una vida inmaculada. Las manos heridas, el costado traspasado, los pies traspasados, suplican por el hombre caído. , cuyo rescate se compró a costo infinito.

"Y habrá consejo de paz entre ambos." El amor del Padre, no menos que el del Hijo, es la fuente de salvación para la raza perdida. Jesús dijo a los discípulos, antes de dejar este mundo: "Yo No os digáis que yo oraré al Padre por vosotros; porque el Padre mismo os ama." (Juan 16:26 y 27). "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo." (II Cor. 5:19). Y en el ministerio del santuario celestial, "el consejo habrá paz entre ambos." "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no perezca, sino que tenga vida eterna." (Juan 3:16).

La pregunta: "¿Qué es el santuario?" tiene una respuesta clara en las Escrituras. El término "santuario", tal como se usa en la Biblia, se refiere en primer lugar al tabernáculo construido por Moisés como modelo de las cosas celestiales; y, en segundo lugar, al "verdadero tabernáculo" en el cielo, al que apuntaba el santuario terrenal. , terminó el servicio típico. El "verdadero tabernáculo" en el Cielo es el santuario del nuevo pacto. Y como la profecía de Daniel 8:14 se cumple en esta dispensación, el santuario al que se refiere sólo puede ser el santuario del nuevo pacto. Al final de los 2.300 días, no quedó ningún santuario en la Tierra durante muchos siglos. Así, la profecía "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; y el santuario será purificado", apunta indiscutiblemente al santuario celestial.

Sin embargo, la pregunta más importante aún no ha sido respondida: ¿qué es la limpieza del santuario? En las Escrituras del Antiguo Testamento se afirma que hubo tal servicio en relación con el santuario terrenal. ¿Pero podría haber algo en el Cielo que pudiera ser purificado? En Hebreos 9 se enseña plenamente la purificación tanto del santuario terrenal como del celestial. "Casi todas las cosas, según la ley, son purificadas con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Por eso era muy necesario que las figuras de las cosas que están en el Cielo fueran purificadas de esta manera [con la sangre de los animales]; sino las cosas celestiales mismas con mejores sacrificios que éstos" (Heb. 9:22 y 23), es decir, con la preciosa sangre de Cristo.

La purificación, tanto en el servicio típico como en el actual, debía lograrse con sangre. En el primero, con sangre de animales, en el último, con sangre de Cristo. Pablo da como razón por la cual esta purificación debe efectuarse con sangre el hecho de que sin derramamiento de sangre no hay remisión. La remisión, o el acto de purgar el pecado, es una obra que debe realizarse. Pero ¿cómo podría haber pecado relacionado con el santuario, ya sea en el Cielo o en la Tierra? Esto puede entenderse con una referencia al culto simbólico; ya que los sacerdotes que oficiaban en la Tierra servían como "ejemplo y sombra de las cosas celestiales" (Heb. 8:5).

El ministerio del santuario terrenal constaba de dos partes: los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote realizaba una obra especial de expiación en el lugar santísimo, para la purificación del santuario. Día tras día, el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo y, poniendo su mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así en figura de sí mismo al sacrificio inocente. Luego mataron al animal. "Sin derramamiento de sangre", dice el apóstol, "no hay remisión del pecado". "La vida de la carne está en la sangre". (Levítico 17:11). La ley de Dios transgredida exige la vida del transgresor. La sangre, que representa la vida perdida del pecador, cuya cu

asumido por la víctima, era llevado por el sacerdote al lugar santo y rociado ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido.

A través de esta ceremonia, el pecado era figurativamente transferido al santuario. En algunos casos la sangre no era llevada al lugar santo; pero la carne de la víctima debía ser comida por el sacerdote, tal como Moisés había ordenado a los hijos de Aarón, diciendo: "El Señor os la ha dado para que llevéis la iniquidad de la congregación". (Lev.

10:17). Ambas ceremonias simbolizaban igualmente la transferencia del pecado del penitente al santuario.

Este fue el trabajo que continuó, día tras día, durante todo el año. Los pecados de Israel fueron así transferidos al santuario, y se hizo imperativa una obra especial para eliminarlos. Dios ordenó que se hiciera expiación por cada uno de los compartimentos sagrados. "Y hará expiación por el santuario por las inmundicias de los hijos de Israel, y por sus transgresiones, conforme a todos sus pecados; y lo mismo hará por la tienda de reunión que habita con ellos en medio de sus inmundicias. "

También se debía hacer expiación por el altar, para limpiarlo "a causa de las inmundicias de los hijos de Israel, y de sus transgresiones y de todos sus pecados".

(Levítico 16:16 y 19).

Una vez al año, en el gran día de la expiación, el sacerdote entraba al lugar santísimo para purificar el santuario. Los trabajos allí realizados completaron el ciclo anual del ministerio. En el día de la expiación, se llevaban dos machos cabríos a la puerta del tabernáculo y se echaban suertes sobre ellos: "una suerte para el Señor, y otra suerte para el macho cabrío expiatorio" (Levítico 16:8). El macho cabrío sobre el cual cayó la suerte del Señor debía ser sacrificado como ofrenda por el pecado para el pueblo. Y el sacerdote debía traer la sangre del macho cabrío detrás del velo y rociarla sobre el propiciatorio y delante de este objeto de misericordia. La sangre también debía ser rociada sobre el altar del incienso, que estaba delante del velo.

"Y Aarón pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, conforme a todos sus pecados; y las pondrá sobre la cabeza del macho cabrío vivo. macho cabrío, y enviará que lo llevará al desierto, por mano de un hombre designado para tal fin, para que ese macho cabrío lleve todas sus iniquidades a la tierra desierta. (Levítico 16:21 y 22). El chivo expiatorio ya no podía regresar al campamento de Israel, y el hombre que lo guiaba necesitaba lavarse y lavar su ropa antes de regresar al campamento.

Toda esta ceremonia tenía como objetivo impresionar a los israelitas con la santidad de Dios y su repulsión hacia el pecado. Y, además, mostrarles que no pueden entrar en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería que cada hombre afligiera su alma mientras continuaba la obra de expiación. Se debían dejar de lado todas las actividades comunes y se convocaba a toda la congregación de Israel a pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y profundo examen del corazón.

En el servicio típico se enseñaban verdades importantes acerca de la expiación. Se aceptó un sustituto en lugar del pecador; pero el pecado no fue cancelado por la sangre de la víctima. De esta manera se proporcionó un medio por el cual fue trasladado al santuario. Al ofrecer sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa en la transgresión y expresaba su deseo de perdón mediante la fe en el Redentor venidero. Pero todavía no estaba completamente libre de la condena de la ley. En el día de la expiación, el sumo sacerdote tomaba una ofrenda de la congregación, entraba en el lugar santísimo con la sangre de esa ofrenda y la rociaba sobre el propiciatorio, directamente sobre la ley, para satisfacer sus demandas. Luego, en el papel de mediador, tomó sobre sí los pecados y los sacó del santuario.

Poniendo sus manos sobre la cabeza del chivo expiatorio, confesó todos estos pecados.

transfiriéndolos en sentido figurado de él mismo a la cabra. Luego los llevó lejos y se los consideró separados para siempre del pueblo.

Este era el servicio realizado como "ejemplo y sombra de las cosas celestiales". Y lo que se hizo en tipos en el ministerio del santuario terrenal se cumple en realidad en el ministerio del santuario celestial. Después de Su ascensión, nuestro Salvador comenzó Su obra como nuestro Sumo Sacerdote. Pablo dice: "Cristo no entró en un santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante el rostro de Dios por nosotros". (Hebreos 9:24).

A lo largo del año, el ministerio sacerdotal en el primer compartimiento del santuario, "detrás del velo" que constituía la puerta y separaba el lugar santo del atrio exterior, representa la obra del ministerio que Cristo inició al ascender al Cielo. el sacerdote en el ministerio diario, para presentar ante Dios la sangre de la ofrenda por el pecado, así como el incienso que ascendía con las oraciones de Israel. Así, Cristo intercede ante el Padre y por medio de su sangre a favor de los pecadores, y presenta también ante él, con la preciosa fragancia de su propia justicia, las oraciones de los creyentes arrepentidos. Ésta era la obra del ministerio en el primer departamento del santuario celestial.

Allí la fe de los discípulos acompañó a Jesús cuando ascendió al cielo ante sus ojos. Allí se centraban entonces sus esperanzas, y esta esperanza, dice Pablo, "la tenemos como ancla del alma, segura y firme, que llega hasta el interior del velo, donde Jesús, nuestro Precursor, entró por nosotros, hecho eternamente". Gran sacerdote."

"No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre entró una sola vez en el santuario, habiendo realizado una redención eterna". (Hebreos 6:19 y 20; 9:12).

Durante dieciocho siglos esta obra ministerial continuó en el primer compartimiento del santuario. La sangre de Cristo, ofrecida a favor de los creyentes arrepentidos, les aseguró el perdón y la aceptación ante el Padre; sin embargo, sus pecados todavía permanecen en los libros de registro. Así como en el servicio típico había una obra de expiación al final de cada año, así antes de que se complete la obra de Cristo para la redención del hombre, también hay una obra de expiación para eliminar el pecado del santuario. Este es el servicio que se inició cuando finalizaron los 2.300 días. En aquella ocasión, tal como lo predijo el profeta Daniel, nuestro Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo para llevar a cabo la última fase de Su obra solemne:

purificar el santuario.

Así como los pecados del pueblo una vez fueron colocados por fe sobre la ofrenda por el pecado, y a través de la sangre de la víctima transferida en figura al santuario terrenal, así en la dispensación del nuevo pacto los pecados del arrepentido son, por fe, colocados sobre Cristo y transferido, de hecho, al santuario celestial. Y así como la purificación típica del santuario terrenal se completó con la eliminación de los pecados con los que había sido contaminado, así la purificación real del santuario celestial debe efectuarse mediante la eliminación o eliminación de los pecados que allí están registrados. .

Pero antes de que esto pueda lograrse, debe realizarse un examen de los libros de registro para determinar quién, mediante el arrepentimiento de los pecados y la fe en Cristo, tiene derecho a los beneficios de Su expiación. Por lo tanto, la limpieza del santuario implica una investigación: un juicio. Esta obra debe realizarse antes de que Cristo venga a rescatar a Su pueblo, porque cuando Él venga, Su recompensa estará con Él para dar a cada uno según sus obras (Apocalipsis 22:12).

Por lo tanto, quienes siguieron la luz de la palabra profética vieron que, en lugar de que Jesús viniera a la Tierra, al final de los 2.300 días, en 1844, nuestro Señor entró en el lugar santísimo del santuario celestial, para realizar la obra de cerrando la expiación. , preparatorio para Su venida.

También se vio que, mientras la ofrenda por el pecado señalaba a Cristo como el sacrificio, y el sumo sacerdote lo representaba como mediador, el chivo expiatorio tipificaba a Satanás, el autor del pecado y sobre quien finalmente recaerán los pecados de los verdaderos penitentes. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre de la ofrenda por la culpa, quitaba los pecados del santuario, los colocaba sobre el chivo expiatorio. Cuando Cristo, por la virtud y el mérito de su propia sangre, quite los pecados de su pueblo del santuario celestial, al final de su ministerio, los pondrá sobre Satanás quien, en la ejecución del juicio, deberá llevar la pena final. . El chivo expiatorio fue enviado a una tierra deshabitada, para nunca regresar a la congregación de Israel. Así, Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y eliminado de la existencia en la destrucción final del pecado y de los pecadores.

Capítulo 24

En el Lugar Santísimo

El tema del santuario fue la clave que reveló el misterio del chasco de 1844. Develó un sistema completo de verdades interconectadas y armoniosas, mostrando que la mano divina había dirigido el gran movimiento adventista, revelando el deber presente y sacando a la luz el posición y obra de su pueblo. Al igual que los discípulos de Jesús después de la terrible noche de angustia y desilusión, los adventistas "se alegraron mucho cuando vieron al Señor", y aquellos que, por fe, habían esperado su segunda venida, se regocijaron. Habían esperado que apareciera en gloria para recompensar a sus siervos. Al verse frustradas sus esperanzas, perdieron de vista a Jesús y, como María en el sepulcro, se lamentaron: "Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto". Ahora, en el Lugar Santísimo, volvieron a verlo a Él, su compasivo Sumo Sacerdote, listo para aparecer como su Rey y Libertador. La luz proveniente del santuario iluminaba el pasado, el presente y el futuro.

Sabían que Dios los había guiado a través de Su infalible providencia. Aunque, al igual que los primeros discípulos, no habían comprendido el mensaje que llevaban, éste había sido correcto en muchos aspectos. Al proclamarlo habían cumplido el propósito divino y su trabajo no había sido en vano [ante el Señor](#).

Regenerados "a una esperanza viva", exultaban "con gozo inefable y lleno de gloria".

Tanto la profecía de Daniel 8:14: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado", como el mensaje del primer ángel: "Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio", señaló el ministerio de Cristo en el lugar santísimo, el Juicio Investigador, y no a la venida de Cristo para la redención de su pueblo y la destrucción de los impíos. El error no fue en el conteo de los períodos proféticos, sino en el evento a ocurrir al final de los 2,300 días, por este error los creyentes sufrieron decepciones, sin embargo, todo lo predicho por la profecía y todo lo que los textos bíblicos les aseguraban, se cumplió fielmente, al mismo tiempo que lamentaban la frustración de sus esperanzas, ocurrió un evento que había sido predicho por el mensaje y que debía cumplirse antes de que el Señor apareciera para recompensar a Sus siervos.

Cristo había venido, no a la Tierra como se esperaba, sino, como se predijo en el servicio típico, al lugar santísimo del templo celestial de Dios. El profeta Daniel lo presenta viniendo en ese momento al Anciano de los Días: "Miré en las visiones de la noche, y he aquí uno como el Hijo del Hombre que venía en las nubes del cielo, y no iba" hacia la Tierra, sino "al Anciano de Días, y lo acercó a Él". (Dan. 7:13).

Esta venida también la predice el profeta Malaquías: "De repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, el ángel del pacto a quien deseáis; he aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos". (Mal. 3:1). La venida del Señor a Su templo fue repentina e inesperada para Su pueblo. Allí no lo buscaron. Esperaban que el Señor regresara a la Tierra, "como una llamarada de fuego, para vengarse de los que no conocen a Dios y de los que no obedecen el evangelio" (II Tes. 1:8).

Pero el pueblo no estaba preparado para encontrarse con su Señor. Todavía les quedaba un trabajo preparatorio que realizar. Se había derramado luz para dirigir sus mentes al templo de Dios en el cielo, y mientras seguían por fe al Sumo Sacerdote en

Durante su ministerio allí, se les estaban revelando nuevos deberes. Otro mensaje de advertencia e instrucción debía ser dado a la iglesia.

El profeta dice: "¿Pero quién podrá soportar el día de su venida? ¿Y quién podrá sobrevivir cuando Él aparezca? Porque Él es como el fuego de un orfebre y como la potasa de los bataneros. Se sentará como fundidor y purificador de plata; Él purificará a los hijos de Leví y los refinará como al oro y a la plata; traerán ofrendas justas al Señor". (Mal. 3:2 y 3). Aquellos que viven en la tierra cuando cesa la intercesión de Cristo en el santuario celestial deben estar de pie ante los ojos de un Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deben estar sin mancha, su carácter limpio del pecado por la sangre rociada. Mediante la gracia de Dios y sus propios esfuerzos diligentes, deben salir victoriosos en la batalla contra el mal. Mientras el Juicio Investigador continúa en el Cielo, mientras los pecados de los creyentes arrepentidos son removidos del santuario, debe haber una obra especial de purificación o separación del pecado entre el pueblo de Dios en la tierra. Esta obra se presenta más claramente en los mensajes de Apocalipsis 14.

Cuando esta obra esté completa, los seguidores de Cristo estarán listos para Su aparición. "Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será agradable al Señor, como en los días antiguos y como en los primeros años". (Mal. 3:4). Por lo tanto, la iglesia que nuestro Señor debe recibir para Sí mismo en Su venida debe ser "una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa y sin mancha".

(Efesios 5:27). ¿Entonces se levantará como el amanecer, hermosa como la luna, pura como el sol, formidable como un ejército con estandartes? (Cnt. 6:10).

Además de la venida del Señor a Su templo, Malaquías también predice en estas palabras Su segunda venida, Su venida para ejecutar juicio, en estas palabras: "Y me acercaré a vosotros para juzgar; seré testigo rápido contra Hechiceros, y contra los adúlteros, y contra los que juran en falso, y contra los que defraudan al viajero, y pervierten los derechos de la viuda, del huérfano y del extranjero, y no me temen, dice Jehová de los ejércitos." (Mal. 3:5). Judas hace referencia a la misma escena cuando dice: "He aquí, el Señor viene con miles de sus santos para ejecutar juicio sobre todos y condenar a todos los impíos entre ellos por todas sus malas obras". (Judas 14 y 15). Esta venida y la venida del Señor a Su templo son eventos diferentes y separados.

Tanto la venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al lugar santísimo para la purificación del santuario y referida por el profeta Daniel en el capítulo 8, verso 14; también la venida del Hijo del Hombre al Anciano de Días, según consta en Daniel 7:13; así como la venida del Señor a Su templo predicha por Malaquías, son descripciones del mismo evento. Esto también está representado por la llegada del marido a la boda, descrita por Cristo en la parábola de las diez vírgenes, presentada en el capítulo 25 de Mateo.

En el verano y otoño de 1844 se proclamó: "¡Aquí viene el Esposo!" Luego se desarrollaron las dos clases representadas por las vírgenes prudentes y las vírgenes insensatas. Una clase esperaba con gozo la aparición del Señor y se había preparado diligentemente para encontrarse con Él. Otra clase que, influenciada por el miedo y actuando por impulso, había estado satisfecha con la teoría de la verdad, se encontró desprovista de la gracia de Dios. En la parábola, cuando se produjo la venida del Esposo, "las que estaban preparadas entraron con Él a las bodas". La venida del Esposo aquí mencionada ocurre antes de la boda. La boda representa la recepción del reino por parte de Cristo. La ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que es la capital y representante del reino, es llamada "la novia, la esposa del Cordero". El ángel dijo a Juan: "Ven, te mostraré la esposa, la esposa del Cordero". "Y me llevó en espíritu", dice el profeta, "y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios". (Apocalipsis 21:9 y 10). En

Muy claramente, por tanto, la novia representa la ciudad santa, y las vírgenes que salen al encuentro del Esposo son un símbolo de la iglesia. Está escrito en Apocalipsis que el pueblo de Dios está invitado al banquete de bodas (Apocalipsis 19:9). Al ser los invitados, no pueden ser representados también como la novia. Según lo declarado por el profeta Daniel, Cristo recibirá del Anciano de Días en el Cielo dominio, honra y reino"; recibirá la Nueva Jerusalén, capital de Su reino, "preparada como una novia ataviada para su marido" (Dan. 7 :14; Apocalipsis 21:2) Habiendo recibido el reino, vendrá en gloria como Rey de reyes y Señor de señores, para la redención de Su pueblo, que se sentará "con Abraham, Isaac y Jacob", en Su mesa en Su reino (Mateo 8:11; Lucas 22:30), para poder participar de la cena de las bodas del Cordero.

El anuncio: "¡Aquí viene el Esposo!", pronunciado en el verano de 1844, llevó a miles de personas a esperar la inmediata venida del Señor. A la hora señalada vino el Esposo, no a la Tierra, como esperaba el pueblo, sino al Anciano de los Días en el Cielo, a las bodas, a la recepción de Su reino. "Los que estaban preparados entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta". No deberán estar presentes personalmente en la boda; ya que estos tienen lugar en el Cielo, mientras ellos están en la Tierra. Los seguidores de Cristo deben esperar a "su Señor cuando regrese de las bodas" (Lucas 12:36). Pero deben entender Su obra y seguirlo por fe a medida que Él se acerca a Dios. Es en este sentido que se dice que van a la boda.

En la parábola, fueron los que tenían aceite en sus vasijas y los que tenían las lámparas quienes entraron a la boda. Aquellos que, con un conocimiento de la verdad obtenido de las Escrituras, tenían también el Espíritu y la gracia de Dios, y que, en la noche de su amarga prueba, habían esperado pacientemente, buscando en la Biblia una luz más clara sobre este asunto, estos discernieron la verdad acerca del santuario celestial y el cambio en el ministerio del Salvador, y por fe lo siguieron en Su obra en ese santuario.

Y todos los que, basándose en el testimonio de las Escrituras, aceptan las mismas verdades, siguiendo a Cristo por la fe, cuando Él entra en la presencia de Dios para realizar la última obra de mediación, y al final recibe Su reino, todos ellos están representados como yendo a la boda.

En la parábola dada en Mateo 22, se presenta la misma imagen de una boda, y se representa que el Juicio Investigador tiene lugar antes de la boda. Antes de las nupcias, el rey viene a observar a los invitados (Mat. 22:11), y ver si todos están adornados con los vestidos nupciales, las vestiduras inmaculadas de carácter lavadas y blanqueadas en la sangre del Cordero (Apoc. 7: 14). Quien se encuentra sin estos vestidos es desechado, pero todos los que, después del examen, están vestidos con el traje de bodas son aceptados por Dios y considerados dignos de participar en Su reino y sentarse en Su trono. Esta obra de examinar el carácter, de determinar quién está preparado para el reino de Dios, es la del Juicio Investigador, la obra final del santuario celestial.

Cuando la obra de investigación llegue a su fin, cuando se hayan examinado los casos de todos los que en todos los siglos han profesado ser seguidores de Cristo, entonces y sólo entonces se cerrará el tiempo de la prueba, se cerrará la puerta de la misericordia. Así, en una breve frase: "Los que estaban preparados entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta", somos llevados a través del ministerio final del Salvador, al tiempo en que se realizará la gran obra para la salvación del hombre. será completado.

En el servicio del santuario terrenal, que, como hemos visto, es un tipo del servicio realizado en el santuario celestial, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, en el día de la expiación, cesaba el ministerio del primer compartimento. Dios había ordenado: "Y nadie estará en la tienda de reunión cuando entre para hacer expiación en el santuario, hasta que salga". (Levítico 16:17). Entonces cuando Cristo entró

en el lugar santísimo para realizar la obra de cerrar la expiación, concluyó Su ministerio en el primer compartimiento. Sin embargo, cuando terminó el ministerio en el primer compartimiento, inmediatamente comenzó el del segundo compartimiento. Cuando, en el servicio típico, el sumo sacerdote abandonaba el lugar santo en el día de la expiación, iba ante Dios para presentar la sangre de la ofrenda por el pecado a favor de cada israelita que verdaderamente se arrepintiera de sus pecados. De esta manera, Cristo solo completó una parte de Su obra como nuestro Intercesor, para comenzar otra, y aún suplicar ante el Padre con Su sangre a favor de los pecadores.

Los adventistas de 1844 no entendían este asunto. Después del paso del tiempo en que se esperaba al Salvador, todavía creían que su venida estaba cerca. Defendieron la idea de que habían llegado a una crisis importante y que la obra de Cristo como Intercesor del hombre ante Dios había terminado. Parecían enseñarles la Sagrada Escritura que el tiempo de prueba concedido al hombre terminaría poco antes de la venida del Señor en las nubes del cielo. Pensaron que esta doctrina era evidente en los pasajes que señalaban el tiempo en que los hombres buscarán, llamarán y gritarán a la puerta de la gracia, pero no se abrirá. Hubo una pregunta entre ellos, si la fecha en la que habían esperado la venida de Cristo no podría marcar más bien el comienzo del período inmediatamente anterior a su venida. Habiendo dado la advertencia de la cercanía del juicio, sintieron que su trabajo para el mundo estaba hecho, y perdieron en sus almas esa carga de trabajar por la salvación de los pecadores, mientras les parecía que el desprecio audaz y blasfemo de los malvados ser otra evidencia de que el Espíritu de Dios había sido retirado de quienes rechazaban su gracia. Todo esto les confirmó en la creencia de que el tiempo de la prueba había terminado, o como ellos mismos decían: "La puerta de la prueba se había cerrado".

Sin embargo, la investigación del asunto del santuario arrojó una luz más clara. Luego vieron que tenían razón al creer que el final de los 2.300 días en 1844 marcó una crisis importante. Si bien era cierto que se había cerrado aquella puerta de esperanza y gracia por la que los hombres, durante dieciocho siglos, tuvieron acceso a Dios, otra puerta se abrió y por ella se ofreció a los hombres el perdón de los pecados, por intercesión de Cristo en el lugar más sagrado. Había terminado una parte de Su ministerio, sólo para dar paso a otra. Todavía había una "puerta abierta" al santuario celestial, donde Cristo estaba ministrando a favor del pecador.

Ahora se comprendía la aplicación de las palabras de Cristo en el Apocalipsis, dirigidas a la Iglesia en ese mismo tiempo: "Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David; el que abre y nadie cierra. ; y cierra, y nadie abre. Yo conozco tus obras; y he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie puede cerrarla."

(Apocalipsis 3:7 y 8).

Aquellos que por fe siguen a Jesús en la gran obra de expiación reciben los beneficios de su mediación a favor de ellos; mientras que aquellos que rechazan la luz presentada en este ministerio intercesor no se benefician de él. Los judíos que rechazaron la luz dada en el primer advenimiento de Cristo y se negaron a creer en Él como Salvador del mundo no pudieron recibir perdón a través de Él. Después de su ascensión, cuando Jesús entró por los méritos de su propia sangre en el santuario celestial para derramar sobre los discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos quedaron en total oscuridad y continuaron ofreciendo sacrificios y ofrendas inútiles. El ministerio de tipos y sombras había terminado. La puerta por la que los hombres, en tiempos pasados, encontraban acceso a Dios, ya no estaba abierta. Los judíos se habían negado a buscarlo como el único medio por el cual podrían encontrarlo: a través del ministerio en el santuario celestial. En consecuencia, no lograron ninguna comunión con Dios. Para ellos la puerta estaba cerrada. No

tenían conocimiento de Cristo como verdadero sacrificio y único mediador ante Dios; por lo tanto, no pueden recibir los beneficios de Su mediación.

La condición de los judíos incrédulos ilustra el estado de los descuidados e incrédulos entre los cristianos profesos, que voluntariamente ignoran la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba al lugar santísimo, se requería que todo Israel se reuniera alrededor del santuario y de la manera más solemne humillara sus almas ante Dios, para recibir el perdón de sus pecados y no ser eliminados de la congregación. Cuánto más esencial en este antitípico día de expiación es que comprendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote y sepamos qué deberes se requieren de nosotros.

Los hombres no pueden rechazar impunemente las advertencias que Dios en su misericordia les envía. El mensaje fue enviado por el Cielo al mundo en los días de Noé, y la salvación del pueblo dependía de la forma en que él lo tratara. Debido a que rechazaron la advertencia, el Espíritu de Dios fue retirado de la raza pecadora y los hombres perecieron en las aguas del diluvio. En los días de Abraham, la misericordia dejó de suplicar a los habitantes culpables de Sodoma, y todos, excepto Lot, su esposa y sus dos hijas, fueron consumidos por el fuego del cielo, como sucedió en los días de Cristo. El Hijo de Dios había declarado a los judíos incrédulos de esa generación: "Vuestra casa os será dejada desolada". (Mateo 23:38). Mirando a los últimos días, el mismo Poder infinito declara respecto de aquellos que "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos": "Por tanto, Dios les enviará la operación del error, para que crean la mentira; para que sean juzgado a todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en ella" (II Tes. 2:10-12). Debido a que rechazan las enseñanzas de Su Palabra, Dios retira Su Espíritu y permite que sean atrapados por los mismos engaños que tanto aman.

Pero Cristo todavía intercede a favor del hombre, y se dará luz a quienes la busquen. Aunque los adventistas no entendieron esto al principio, más tarde quedó claro cuando se les comenzaron a revelar los textos de las Escrituras que definían su verdadera posición.

Al paso del tiempo en 1844 le siguió un período de grandes pruebas para quienes aún mantenían la fe adventista. Su único alivio, en lo que respecta a su verdadera posición, fue la luz que dirigió sus mentes al santuario celestial. Algunos renunciaron a la fe en el recuento anterior de períodos proféticos y atribuyeron a fuerzas humanas o agentes satánicos la poderosa influencia del Espíritu Santo que había acompañado al movimiento adventista. Otra clase se aferró tenazmente a la enseñanza de que el Señor los había guiado en su experiencia pasada, y mientras esperaban, observaban y oraban para conocer la voluntad de Dios, vieron que su gran Sumo Sacerdote había comenzado otra parte de Su ministerio, y , acompañándolo por la fe fueron llevados a ver también la obra final de la iglesia. Tenían una comprensión más clara de los mensajes del primer y segundo ángel y estaban preparados para recibir y dar al mundo la solemne advertencia del tercer ángel de Apocalipsis 14.

Capítulo 25

La ley inmutable de Dios

"El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto fue vista en su templo". (Apocalipsis 11:19). El arca del pacto de Dios está en el lugar santísimo, o lugar santísimo, el segundo compartimento del santuario. En el servicio del tabernáculo terrenal, que servía como "ejemplo y sombra de las cosas celestiales", a este compartimento sólo se podía entrar en el gran día de la expiación, para la purificación del santuario.

Por lo tanto, el anuncio de que el templo de Dios había sido abierto en el Cielo y el arca de su pacto había sido vista allí apunta a la apertura del lugar santísimo del santuario celestial en 1844, cuando Cristo entró allí para realizar la obra de cerrando la expiación. Los que por fe acompañaron a su gran Sumo Sacerdote, cuando comenzó Su ministerio en el lugar santísimo, contemplaron el arca de Su pacto. Después de haber estudiado el tema del santuario, llegaron a comprender el cambio operado en el ministerio del Salvador, y lo vieron ahora oficiando ante el arca de Dios, entregando Su sangre a favor de los pecadores.

El arca del tabernáculo terrenal contenía las dos tablas de piedra, sobre las cuales estaban inscritos los preceptos de la ley de Dios. El arca era simplemente un contenedor de las tablas de la ley, pero la presencia de estos preceptos divinos le daba valor y carácter sagrado. Cuando se abrió el templo celestial, se pudo ver el arca del pacto. En el Lugar Santísimo, en el santuario celestial, se conserva sagradamente la ley divina: la ley que fue pronunciada por Dios mismo en medio de los truenos del Sinaí y escrita con su propio dedo en tablas de piedra.

La ley de Dios en el santuario celestial es el gran original, del cual los preceptos inscritos en las tablas de piedra, registrados por Moisés en el Pentateuco, fueron una transcripción infalible. Los que entendieron este importante punto fueron llevados así a ver el carácter sagrado e inmutable de la ley divina. Se dieron cuenta, como nunca antes, de la fuerza de las palabras del Salvador: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley". (Mateo 5:18). La ley de Dios, siendo la revelación de su voluntad, una traducción de su carácter, debe perdurar por los siglos de los siglos, "como testigo fiel en el cielo". Ningún mandamiento fue anulado; no se cambió ni un ápice ni una tilde. Dice el salmista: "Para siempre, oh Señor, tu palabra permanece en el cielo". "Todos sus mandamientos son fieles. Permanecen por los siglos de los siglos" (Sal. 119:89; 111:7 y 8).

En el corazón mismo del Decálogo está el cuarto mandamiento, tal como se proclamó por primera vez: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es sábado de Jehová tu Dios; No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas.

Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y en el séptimo día descansó; Por tanto, el Señor bendijo el día del sábado y lo santificó" (Éxodo 20:8-11).

El Espíritu de Dios impresionó los corazones de quienes estudiaron Su Palabra. Les llegó la persuasión de que, por ignorancia, habían transgredido este mandamiento al faltarle el respeto al día de descanso del Creador. Luego comenzaron a examinar las razones para observar el primer día de la semana en lugar del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar ninguna evidencia en el

Escrituras que el cuarto mandamiento había sido abolido o que el sábado había sido cambiado. La bendición que primero santificó el séptimo día nunca había sido quitada. Habían buscado sinceramente conocer y cumplir la voluntad divina.

Ahora, al verse a sí mismos como transgresores de Su ley, la tristeza llenó sus corazones y manifestaron lealtad a Dios al observar Su santo sábado.

Se hicieron numerosos y enormes esfuerzos para poner fin a su fe.

Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era figura o modelo del celestial, la ley depositada en el arca terrenal era una copia exacta de la ley encontrada en el arca celestial; y que la aceptación de la verdad del santuario celestial implicaba el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación del sábado del cuarto mandamiento. Ahí reside el secreto de la oposición amarga y decidida a la exposición armoniosa de las Escrituras, que revelaban el ministerio de Cristo en el santuario celestial.

Los hombres buscaron cerrar la puerta que Dios había abierto y abrir la que Él había cerrado.

Pero "El que abre y nadie cierra; y cierra y nadie abre", había declarado: "He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie puede cerrarla". (Apocalipsis 3:7 y 8).

Cristo había abierto la puerta, o ministerio, del lugar santísimo. La luz brillaba desde esta puerta abierta en el santuario celestial, y se mostraba el cuarto mandamiento incluido en la ley que allí estaba consagrada. Lo que Dios ha establecido ningún hombre puede destruirlo.

Aquellos que aceptaron la luz acerca de la mediación de Cristo y la perpetuidad de la ley de Dios descubrieron que éstas eran verdades expuestas en el capítulo 14 del Apocalipsis. Los mensajes de este capítulo constituyen una triple advertencia que debe preparar a los habitantes de la Tierra para la segunda venida del Señor. El anuncio: "La hora de su juicio viene", apunta a la obra de clausura del ministerio de Cristo para la salvación de los hombres. Proclama una verdad que debe ser proclamada hasta que termine la intercesión del Salvador y Él regrese a la Tierra a buscar a Su pueblo. La obra de juicio, que comenzó en 1844, debe continuar hasta que se decidan los casos de todos, tanto de los vivos como de los muertos. De ello se deduce que durará hasta el fin del tiempo de gracia para los seres humanos. Para que los hombres puedan estar preparados y comparecer en el juicio, el mensaje ordena temer a Dios y darle gloria, "y adorar al que hizo los cielos y la tierra, el mar y los manantiales de agua". El resultado de la aceptación de estos mensajes se da en las palabras: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Para prepararse para el juicio, es necesario que los hombres guarden la ley de Dios. Esta ley será la norma de carácter en el juicio. El apóstol Pablo declara: "Todos los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados... En el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres por medio de Jesucristo". Y dice además: "Los que practican la ley serán justificados" (Rom. 2:12-16). La fe es esencial para obedecer la ley de Dios; porque "sin fe es imposible agradarle". "Y todo lo que no es de fe es pecado". (Hebreos 11:6; Romanos 14:23).

A través del mensaje del primer ángel, los hombres son llamados a temer a Dios y darle gloria, y adorarlo como Creador del cielo y de la tierra. Para hacer esto, deben obedecer Su ley. El sabio dice: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque este es el deber de todo hombre". (Ecl. 12:13). Sin obediencia a Sus mandamientos, ninguna adoración puede agradar a Dios. "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos". "Cualquiera que aparte su oído para no escuchar la ley, incluso su oración será abominación". (I Juan 5:3; Proverbios 28:9).

El deber de adorar a Dios se basa en el hecho de que Él es el Creador y que todos los demás seres le deben su existencia. Y en la Biblia, dondequiera que se presenta Su derecho a reverenciar y adorar por encima de los dioses de los paganos, se citan pruebas de Su poder creativo. "Todos los dioses del pueblo son cosas vanas; pero el Señor hizo los cielos". (Sal. 96:5). "¿A quién, pues, me harás semejante a mí, para que sea

¿similares?, dice el Santo. Alzad vuestros ojos a lo alto, y ved quién creó estas cosas." "Así dice el Señor, que creó los cielos, el Dios que formó la tierra y la hizo; ...Yo soy el Señor, y no hay otro." (Isaías 40:25 y 26; 45:18). El salmista dice: "Sabed que Jehová es Dios: Él fue, y no nosotros, quien nos has hecho un pueblo tuyo." "Oh venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos ante el Señor que nos creó." (Sal. 100:3; 95:6). Y los seres santos que adoran a Dios en el Cielo declaran por qué le deben homenaje: "Digno eres, Señor, de recibir gloria, honor y poder; porque tú creaste todas las cosas" (Apocalipsis 4:11).

En Apocalipsis 14, los hombres son llamados a adorar al Creador; y la profecía destaca una clase que, como resultado del triple mensaje, está guardando los mandamientos de Dios. Uno de estos mandamientos apunta directamente a Dios como Creador. El cuarto precepto dice: "El séptimo día es sábado de Jehová tu Dios... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y en el séptimo día descansó; Por eso bendijo al Señor el día del sábado y lo santificó". (Éxodo 20:10 y 11). Respecto al sábado, el Señor dice que también es "una señal... para que sepáis que yo soy el Señor vuestro Dios" (Ezequiel 20:20). Y la razón dada es: "Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, y en el séptimo día descansó y reposó". (Éxodo 31:17).

"La importancia del sábado como memorial de la creación es que mantiene siempre presente el verdadero motivo de adorar a Dios", porque Él es el Creador y nosotros somos sus criaturas. "El sábado, por lo tanto, es el fundamento mismo del culto divino, porque enseña esta gran verdad de la manera más impresionante, y ninguna otra institución lo hace. La verdadera base del culto divino, no simplemente el culto rendido en el séptimo día, pero de toda adoración radica en la distinción entre el Creador y Sus criaturas. Este hecho importante nunca puede volverse obsoleto y nunca debe olvidarse". Para mantener esta verdad siempre en la mente de los hombres, Dios instituyó el sábado en el Edén; y mientras el hecho de que Él es nuestro Creador siga siendo la razón por la que debemos adorarlo, el sábado seguirá siendo su señal y su memorial. Si el sábado hubiera sido observado universalmente, los pensamientos y afectos de los hombres se habrían dirigido al Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría existido un ídolo, un ateo o un incrédulo. La observancia del sábado es un signo de lealtad al Dios verdadero, "el que hizo los cielos y la tierra, el mar y los manantiales de agua". Resulta que el mensaje que ordena a los hombres a adorar a Dios y guardar Sus mandamientos, los llama especialmente a la obediencia al cuarto mandamiento.

En contraste con aquellos que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús, el tercer ángel señala otra clase de hombres, contra cuyos errores pronuncia una solemne y terrible advertencia: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios." (Apocalipsis 14:9 y 10). Es necesaria una interpretación correcta de los símbolos utilizados en este mensaje. ¿Qué representa la bestia, la imagen y la señal?

La cadena de profecías en las que se encuentran estos símbolos comienza en el capítulo 12 del Apocalipsis, con el dragón que buscó destruir a Cristo en Su nacimiento. Se declara que el dragón es Satanás (Apocalipsis 12:9); fue él quien actuó sobre Herodes para matar al Salvador. Pero el principal agente de Satanás en la guerra contra Cristo y su pueblo durante los primeros siglos de la era cristiana fue el Imperio Romano, en el que el paganismo era la religión dominante. Así, aunque el dragón representa principalmente a Satán, es, en un sentido secundario, un símbolo de la Roma pagana.

En el capítulo 13 se describe otra bestia "parecida a un leopardo", a la que el dragón le dio "su poder, su trono y su gran poder". Este símbolo, como la mayoría

Como creían los protestantes, representa el papado, que fue el sucesor del poder, el trono y la autoridad que una vez poseyó el antiguo Imperio Romano. De la bestia semejante al leopardo se declara: "Le fue dada boca para hablar grandes cosas y blasfemias... Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y los que habitan en él. el Cielo. Y le fue dado hacer guerra contra los santos, y vencerlos; y le fue dado poder sobre toda tribu, lengua y nación." Esta profecía, que es casi idéntica a la descrita como la pequeña punta de Daniel 7, apunta incuestionablemente al papado.

"Se le dio poder para continuar durante cuarenta y dos meses". Y el profeta dice: "Vi una de sus cabezas como si hubiera sido herida de muerte". Y nuevamente: "Si alguno lleva cautivo, irá cautivo; si alguno mata a espada, a espada será muerto". Los cuarenta y dos meses son lo mismo que "tiempo, tiempos y medio tiempo", tres años y medio o 1.260 días de Daniel 7, tiempo durante el cual el poder papal oprimiría al pueblo de Dios. Este período, como se indicó en los capítulos anteriores, comenzó con el establecimiento del papado en el año 538 d.C. C., y finalizó en 1798. En aquella ocasión, cuando el papado fue abolido y el papa fue hecho cautivo por el ejército francés, el poder papal sufrió una herida mortal y se cumplió la predicción: "Si alguno es tomado cautivo, cautivo será".

En este punto, se introduce otro símbolo. El profeta dice: "Vi otra bestia que surgía de la tierra y tenía dos cuernos como los de un cordero". (Apocalipsis 13:11). Tanto la apariencia de esta bestia como la forma en que emerge indican que la nación que representa es diferente de las identificadas bajo los símbolos anteriores. Los grandes reinos que han gobernado el mundo fueron presentados al profeta Daniel como bestias depredadoras, que se levantaron cuando "los cuatro vientos del cielo peleaban en el gran mar" (Dan. 7:2). En Apocalipsis 17, un ángel aclaró que las aguas representan "pueblos, multitudes, naciones y lenguas" (versículo 15). Los vientos son símbolos de conflictos.

Los cuatro vientos del cielo luchando en el gran mar representan las terribles escenas de conquista y revolución, mediante las cuales los reinos obtienen poder.

Pero la bestia con cuernos como los de un cordero fue vista "levantándose de la tierra". En lugar de aniquilar otras potencias para establecerse, la nación así representada debe emerger en un territorio previamente deshabitado, creciendo gradual y pacíficamente. Por lo tanto, no podría surgir de entre las naciones densamente pobladas y beligerantes del Viejo Mundo, ese mar turbulento de "pueblos, multitudes, naciones y lenguas". Este país hay que buscarlo en el continente occidental.

¿Qué nación del Nuevo Mundo se encontró, en 1798, ascendiendo al poder, agitando indicadores de fuerza y grandeza y atrayendo la atención del mundo? La aplicación del símbolo no admite dudas. Una nación, y sólo una, cumple con las especificaciones de esta profecía que apunta inequívocamente a los Estados Unidos de Norteamérica. Repetidamente el pensamiento, casi las palabras exactas del escritor sagrado, parecen ser utilizados inconscientemente por el hablante y el historiador para describir el surgimiento y desarrollo de esta nación. La bestia fue vista "levantándose de la tierra"; y, según los traductores, la palabra aquí traducida "levantarse" significa literalmente "crecer o brotar como una planta". Y, como ya hemos tenido la oportunidad de comprobar, la nación debería surgir en un territorio previamente deshabitado. Un distinguido escritor, al describir el surgimiento de Estados Unidos, habla del "misterio de su origen en el vacío" y dice: "Como una semilla silenciosa, nos convertimos en un imperio". En 1850, un periódico europeo hablaba de los Estados Unidos como un imperio maravilloso emergente, y "en medio del silencio de la tierra, creciendo diariamente en poder y orgullo". Edward Everett, en una conferencia sobre los peregrinos fundadores de su país, dijo: "No No buscar un lugar apartado, inofensivo por su oscuridad y

¿Protegida por la distancia de las persecuciones de los déspotas, donde la pequeña iglesia de Leyden pudiera disfrutar de la libertad de conciencia? He aquí las poderosas regiones sobre las cuales, en pacífica conquista... ¡plantaron los pabellones de la cruz!

"Y tenía dos cuernos como los de un cordero". Los cuernos con forma de cordero indican juventud, inocencia y docilidad, y representan acertadamente el carácter de los Estados Unidos cuando se los presentó al profeta como "en ascenso" en 1798. Los cristianos exiliados que huyeron por primera vez a Estados Unidos buscaron asilo de la opresión real y la intolerancia sacerdotal, y decidido a establecer un gobierno sobre la amplia base de la libertad civil y religiosa. La Declaración de Independencia establece la gran verdad de que "todos los hombres son creados iguales" y están dotados del derecho inalienable a "la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad". Y la Constitución garantiza al pueblo el derecho a establecer un gobierno autónomo, asegurando que los representantes elegidos por voto popular formulen y administren las leyes. También se garantizaba la libertad de fe religiosa, permitiéndose a cada hombre adorar a Dios según los dictados de su conciencia.

El republicanismo y el protestantismo se convirtieron en los principios fundamentales de la nación. Estos principios son el secreto de vuestro poder y prosperidad. Los oprimidos y desamparados de toda la cristiandad han vuelto a esta tierra con interés y esperanza. Millones de personas han llegado a sus costas y Estados Unidos se ha ganado un lugar preeminente entre las naciones más poderosas de la Tierra.

Pero la bestia con cuernos semejantes a los de un cordero "hablaba como un dragón. Y ejerció todo el poder de la primera bestia en su presencia, e hizo que la tierra y los moradores de ella adoraran a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. E . . . diciendo a los moradores de la tierra que le hagan una imagen a la bestia que recibió la herida de espada y vivió" (Apoc. 13:11-14).

Los cuernos parecidos a los de un cordero y la voz de dragón de este símbolo señalan una sorprendente contradicción entre lo que la nación así representada profesa y lo que practica. La "habla" de una nación es la acción de sus autoridades legislativas y judiciales. Con tal acción contradecirá los principios liberales y pacíficos que estableció como fundamento de su política. La predicción de que hablará "como un dragón" y ejercerá "todo el poder de la primera bestia" anticipa claramente el desarrollo de un espíritu intolerante y persecuidor que se manifestó a través de las naciones representadas por el dragón y la bestia parecida a un leopardo. La declaración de que la bestia de dos cuernos hace que "la tierra y los que en ella habitan adoren a la primera bestia", indica que la autoridad de esa nación debe ejercerse para hacer cumplir alguna observancia que sea un acto de homenaje al papado.

Semejante actitud sería directamente contraria a los principios de este gobierno, al carácter de sus instituciones libres, a las declaraciones directas y solemnes de la Declaración de Independencia y a la Constitución. Los fundadores de la nación trataron sabiamente de evitar el uso del poder secular por parte de la iglesia, con su resultado inevitable: intolerancia y persecución. La Constitución establece que "el Congreso no dictará ninguna ley respecto del establecimiento de una religión o que prohíba su libre ejercicio" y que "nunca se exigirá ninguna prueba de naturaleza religiosa como requisito para ocupar ningún cargo de confianza pública en los Estados Unidos". ". Sólo en flagrante violación de estas salvaguardias de la libertad de la nación la autoridad civil puede imponer cualquier observancia religiosa. Pero la inconsistencia de tal postura no es mayor que la representada por el símbolo. Es la bestia con cuernos parecidos a los de un cordero, que profesa ser pura, benévola e inofensiva, que habla como un dragón.

"Decir a los moradores de la tierra que hagan una imagen de la bestia". Aquí se presenta claramente la forma de gobierno en la que el poder legislativo procede del pueblo; la prueba más convincente de que Estados Unidos es la nación indicada en la profecía.

Pero ¿cuál es la "imagen de la bestia"? ¿Y cómo debería formarse? La imagen está hecha por la bestia de dos cuernos y es una imagen de la primera bestia. También se le llama la imagen de la bestia. Por lo tanto, para saber qué es la imagen y cómo se forma, necesitamos estudiar las características de la bestia misma: el papado. Cuando la iglesia primitiva se corrompió al alejarse de la simplicidad del evangelio y aceptar ritos y costumbres paganos, perdió el Espíritu y el poder de Dios. Y para controlar la conciencia del pueblo, buscó el apoyo del poder secular. El resultado de esta actitud fue el papado, una iglesia que controlaba el poder del Estado y lo utilizaba para sus propios fines, especialmente en el castigo de la "herejía". Para que Estados Unidos se forme una imagen de la bestia, el poder religioso debe controlar el poder civil, de modo que la iglesia utilice la autoridad estatal con el fin de lograr sus propios objetivos.

Cada vez que la Iglesia obtuvo poder secular, lo utilizó para castigar a quienes no estaban de acuerdo con sus doctrinas. Las iglesias protestantes que han seguido los pasos de Roma formando alianzas con poderes seculares manifiestan el mismo deseo de restringir la libertad de conciencia. Un ejemplo de esto puede verse en la prolongada persecución de los disidentes por parte de la Iglesia Anglicana. Durante los siglos XVI y XVII, miles de ministros inconformistas se vieron obligados a abandonar sus iglesias, y muchos, tanto pastores como personas, fueron sujetos a multas, encarcelamiento, tortura y martirio.

Fue la apostasía lo que llevó a la iglesia primitiva a buscar ayuda del gobierno civil, y esto allanó el camino para el desarrollo del papado: la bestia. Pablo dijo que vendría la "apostasía" y que "el hombre de pecado" sería revelado (II Tes. 2:3). Así, la apostasía en la iglesia preparará el camino para la formación de la imagen de la bestia. Y la Biblia declara que antes de la venida del Señor habrá un estado de decadencia religiosa similar al de los primeros siglos. "En los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, fanfarrones, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres y a las madres, ingratos, profanos, sin cariño natural, irreconciliables, calumniadores, incontinentes, crueles. , sin amor para con el bien, traidores, obstinados, soberbios, amadores de los deleites más que de Dios, teniendo apariencia de piedad pero negando la eficacia de ella". (II Timoteo 3:1-5). "Pero el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios". (I Tim. 4:1). Satanás obrará "con gran poder, y señales, y prodigios mentirosos, y con todo engaño de injusticia". Y todos los que "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos" quedarán libres de aceptar "la operación del error, de modo que crean la mentira" (II Tes. 2:9-11). Cuando se alcance tal estado de impiedad, se manifestarán los mismos resultados que en los primeros siglos.

Muchos consideran que la amplia diversidad de creencias en las iglesias protestantes es una prueba definitiva de que jamás se podrá emprender ningún esfuerzo para garantizar la uniformidad impuesta. Pero ha habido durante años, en las iglesias de fe protestante, un sentimiento fuerte y creciente a favor de una unión basada en puntos doctrinales comunes. Para garantizar tal adhesión, se debe evitar cualquier discusión sobre temas sobre los cuales no haya acuerdo, a pesar de su importancia desde el punto de vista bíblico.

Charles Beecher, en un sermón pronunciado en 1846, declaró que el ministerio de las "denominaciones protestantes evangélicas" "no sólo se forma bajo condiciones terribles

presión del simple miedo humano, pero también vive, se mueve y respira en un ambiente de cosas radicalmente corruptas, y en todo momento apela a cada elemento más bajo de su naturaleza, para ocultar la verdad y doblar la rodilla ante el poder de la apostasía. ¿No fue así como sucedieron las cosas con Roma? ¿No estamos caminando una vez más en sus caminos? ¿Y qué podemos ver justo delante de nosotros? ¡Otro consejo general! ¡Una convención mundial! ¡Un pacto evangélico y un credo universal!" Cuando esto se logre, entonces, en un esfuerzo por asegurar una uniformidad completa, no habrá más que un paso para recurrir a la fuerza. Cuando las principales iglesias de los Estados Unidos, uniéndose entre sí en torno a puntos doctrinales comunes, Si influyen en el Estado para que haga cumplir sus decretos y apoye sus instituciones, entonces la América protestante se formará una imagen de la jerarquía romana, y el resultado será inevitable la aplicación de sanciones civiles a los disidentes.

La bestia de dos cuernos "hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga un signo en la mano derecha o en la frente, de modo que nadie pueda comprar ni vender, excepto el que tiene el signo, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre" (Apoc. 13:16 y 17). La advertencia del tercer ángel es: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá el vino de la ira de Dios". "La bestia" mencionada en este mensaje, cuya adoración es ordenada por la bestia de dos cuernos, es la primera bestia parecida a un leopardo de Apocalipsis 13: el papado. La "imagen de la bestia" representa la forma de protestantismo apóstata que se desarrollará cuando las iglesias protestantes busquen la ayuda del poder civil para imponer sus dogmas. La "marca de la bestia" aún no se ha definido.

Después de la advertencia contra la adoración de la bestia y su imagen, la profecía declara: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Considerando que los que guardan los mandamientos de Dios se sitúan así en contraste con los que adoran a la bestia y su imagen y reciben su marca, se deduce que la observancia de la ley de Dios, por un lado, y su violación, por el otro, Debemos distinguir entre los adoradores de Dios y los adoradores de la bestia.

La característica especial de la bestia, y por tanto de su imagen, es la transgresión de los mandamientos de Dios. Respecto al cuerno pequeño, el papado, el profeta Daniel dice: "Él se encargará de cambiar los tiempos y la ley". (Dan. 7:25). Y Pablo calificó este mismo poder como "el hombre de pecado", que pretendería exaltarse por encima de Dios. Una profecía es el complemento de la otra. Sólo cambiando la ley de Dios podría el papado exaltarse por encima del Señor. Quiquiera que observe concienzudamente una ley así modificada estará haciendo honor supremo al poder por el cual se efectuó el cambio. Tal acto de obediencia a las leyes papales sería una señal de lealtad al Papa más que a Dios.

El papado intentó cambiar la ley de Dios. El segundo mandamiento, que prohíbe el culto a imágenes, fue eliminado de la ley, y el cuarto fue cambiado para autorizar la observancia del primer día como sábado en lugar del séptimo. Pero los papistas insisten, como razón para la omisión del segundo mandamiento, en que es innecesario porque está incluido en el primero, y que están dando a la ley exactamente lo que Dios pretendía hacer entender a los hombres. Este no puede ser el cambio predicho por el profeta. Se presenta un cambio deliberado e intencionado. "Él se encargará de cambiar los tiempos y la ley". El cambio en el cuarto mandamiento cumple exactamente la profecía. La única autoridad alegada para esto es la de la Iglesia. Aquí el poder papal se sitúa abiertamente por encima de Dios.

Si bien los adoradores de Dios se distinguirán especialmente por su respeto al cuarto mandamiento, ya que éste es signo de su poder creador y testimonio de

En su derecho a la reverencia y al homenaje del hombre, los adoradores de la bestia se destacarán por sus esfuerzos destinados a derribar el memorial del Creador y la exaltación de una institución romana. Fue debido a su posición a favor del domingo que el papado comenzó a hacer afirmaciones arrogantes. El primer recurso que solicitó al poder del Estado fue imponer la observancia del domingo como "el día del Señor". Pero la Biblia señala el séptimo día, no el primero, como el día del Señor. Cristo dijo: "El Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado". El cuarto mandamiento dice: "El séptimo día es sábado del Señor". Y por el profeta Isaías el Señor lo llama: "Mi día santo". (Mar.

2:28; Es un. 58:13).

La afirmación tan frecuente de que Cristo cambió el sábado es refutada por sus propias palabras. En su sermón del monte dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogarla, sino para cumplirla. Porque de cierto os digo, que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde será omitida de la ley, sin que todo se cumpla. Por tanto, cualquiera que transgreda uno de estos mandamientos más pequeños y así enseñe a los hombres, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos; pero el que los cumpla y los enseñe será llamado grande en el reino de los cielos." (Mateo 5:17-19).

Es un hecho generalmente aceptado por los protestantes que las Escrituras en ninguna parte autorizan cambiar el sábado. Esto se afirma francamente en las publicaciones publicadas por la American Tract Society y la American Sunday School Union. Una de estas obras reconoce "el completo silencio del Nuevo Testamento sobre un mandamiento explícito para el domingo o reglas definidas para su observancia".

Otro dice: "Hasta el momento de la muerte de Cristo, no se había hecho ningún cambio en el día"; y, "hasta donde lo muestra el registro, ellos [los apóstoles] no dieron ninguna orden explícita que ordenara el abandono del séptimo día sábado y su observancia el primer día de la semana".

Los católicos romanos reconocen que el cambio del sábado fue hecho por su iglesia y declaran que los protestantes, al observar el domingo, están reconociendo el poder de la iglesia romana. En el Catecismo Católico de la Religión Cristiana, en respuesta a una pregunta sobre el día que debía observarse en obediencia al cuarto mandamiento, se hace esta declaración: "Bajo la antigua ley, el sábado era el día santo, pero la iglesia, instruida por Jesucristo, y dirigido por el Espíritu de Dios, reemplazó el sábado por el domingo; así ahora santificamos el primer día y no el séptimo. Domingo ahora significa el día del Señor."

Como señal de la autoridad de la Iglesia católica, los escritores papistas citan "el acto mismo de cambiar el sábado al domingo, lo cual los protestantes admiten... porque al observar estrictamente el domingo reconocen el poder de la iglesia para ordenar fiestas e imponerlas". bajo pena de que el infractor incurra en pecado." ¿Qué es entonces el cambio del sábado sino la señal de la autoridad de la Iglesia de Roma o "la marca de la bestia"?

La iglesia de Roma no renunció a sus pretensiones de supremacía. Y cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un día de descanso desde su creación, aunque rechazan el sábado bíblico y prácticamente admiten estas afirmaciones. Pueden invocar la autoridad de la tradición y de los padres de la iglesia para el cambio, pero al hacerlo ignoran el principio mismo que los separa de Roma: que "la Biblia, y sólo la Biblia, es la religión de los protestantes". Los papistas pueden ver que se están engañando a sí mismos, cerrando espontáneamente los ojos ante los hechos relacionados con el caso. A medida que el movimiento dominical gana popularidad, se felicitan, sintiéndose seguros de que reunirá a todo el mundo protestante bajo la bandera de Roma.

Los romanistas declaran que "la observancia del domingo por los protestantes es un tributo que pagan, a pesar de todo, a la autoridad de la Iglesia [católica]". La imposición de la observancia del domingo por parte de las iglesias protestantes es una coerción del culto al papado, a la bestia. Aquellos que, entendiendo las exigencias del cuarto mandamiento, eligen observar el sábado falso en lugar del verdadero, están rindiendo homenaje al poder que es el único que lo ordena. Pero en el mismo acto de imponer un deber religioso a través del poder secular, las iglesias estarían formando una imagen de la bestia. De ahí que la imposición de la observancia del domingo en los Estados Unidos sea una obligación de adorar a la bestia y su imagen.

Pero los cristianos de generaciones anteriores observaban el domingo, asumiendo que al hacerlo guardaban el sábado bíblico. Hoy en día hay verdaderos cristianos en todas las iglesias, sin excepción en la comunidad católica romana, que creen honestamente que el domingo es el sábado divinamente establecido. Dios acepta la sinceridad de propósito y la integridad. Pero cuando la observancia del domingo se vuelva obligatoria y el mundo sea iluminado acerca de la obligación del sábado legítimo, entonces quien transgreda el mandamiento de Dios de obedecer un precepto que no tiene autoridad superior a la de Roma, estará honrando el papado por encima de Dios. Estarás rindiendo homenaje a Roma y al poder que impone una institución ordenada por Roma. Adorarás a la bestia y a su imagen. Cuando los hombres rechazan una institución que Dios declaró como un signo de Su autoridad y honran en cambio lo que Roma eligió como un signo de su supremacía, están aceptando el signo de lealtad a Roma: "la marca de la bestia". Cuando esta pregunta se plantee claramente ante el pueblo y se le haga elegir entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los hombres, entonces aquellos que continúen con su proceder de transgresión recibirán "la marca de la bestia".

La amenaza más temible jamás dirigida a los mortales está contenida en el mensaje del tercer ángel. Será un pecado horrendo que provocará la ira de Dios, sin mezcla de misericordia. No se debe dejar a los hombres a oscuras sobre este importante tema; La advertencia contra tal pecado debe darse al mundo antes de la visita de los juicios divinos, para que todos sepan por qué se imponen estos castigos y tengan la oportunidad de escapar de ellos. La profecía declara que el primer ángel haría el anuncio a "toda nación, tribu, lengua y pueblo". No menos difundida debe ser la advertencia del tercer ángel, que forma parte del triple mensaje. Está representado en la profecía como proclamado a gran voz, por un ángel volando por en medio del cielo y atrayendo la atención del mundo.

Como resultado de esta disputa, toda la cristiandad se dividirá en dos grandes clases: los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y los que adoran a la bestia y su imagen y reciben su marca. Aunque la iglesia y el Estado combinan sus poderes para obligar a "todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos", a recibir "la marca de la bestia" (Apoc. 13:16), sin embargo el pueblo de Dios no lo recibirá. El profeta de Patmos contempla "a los que salieron victoriosos sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre, que estaban junto al mar de vidrio, y tenían las arpas de Dios. Y cantaban el cántico de Moisés y el cántico del Cordero" (Apoc. 15: 2 y 3).

Capítulo 26

Una obra de reforma

La obra de reforma del sábado que se llevará a cabo en los últimos días está predicha en la profecía de Isaías: "Así dice el Señor: Guardad el juicio y haced justicia; porque mi salvación está preparada para venir, y mi justicia ha de ser revelada. . . Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que se apodera de esto, que se guarda de profanar el sábado, y guarda su mano de hacer el mal." "A los hijos de los extranjeros que vienen al Señor para servirle y amar el nombre del Señor, y así son sus siervos, todos los que guardan el sábado y no lo profanan, y abrazan mi pacto, también los que yo Los llevaré a Mi santo monte, y los celebraré en Mi casa de oración". (Isaías 56:1, 2, 6 y 7).

Estas palabras se aplican a la dispensación cristiana, como lo muestra el contexto: "Así dice el Señor Jehová, que reúne a los dispersos de Israel: Yo reuniré a otros con los que están reunidos con él". (Isaías 56:8). Aquí se presagia la reunión de los gentiles promovida por el evangelio. Y se pronuncia una bendición sobre los que honran el sábado. Por lo tanto, la obligación del cuarto mandamiento se extendería más allá de la crucifixión, resurrección y ascensión de Cristo, hasta el momento en que Sus siervos predicaran el mensaje de las buenas nuevas a todas las naciones.

El Señor manda a través de este mismo profeta: "Ata el testimonio, sella la ley entre Mis discípulos". (Isaías 8:16). El sello de la ley de Dios se encuentra en el cuarto mandamiento. Sólo éste, entre los diez, registra no sólo el nombre, sino también el título del Legislador. Lo declara Creador de los cielos y de la tierra, y así muestra Su derecho a reverenciar y adorar por encima de todo. Excepto este precepto, no hay nada en el decálogo que muestre por qué autoridad fue dada la ley. Cuando el poder papal cambió el sábado, se quitó el sello de la ley. Los discípulos de Jesús están llamados a restablecer y exaltar el sábado del cuarto mandamiento a la posición que le corresponde como memorial del Creador y signo de su autoridad.

"¡A la Ley y al Testimonio!" Si bien abundan las doctrinas y teorías contradictorias, la ley de Dios es la única regla infalible mediante la cual todas las opiniones, doctrinas y teorías deben ser probadas. Dice el profeta: "Si no hablan conforme a esta palabra, no verán el amanecer". (Isaías 8:20).

Nuevamente se manda: "Glama a gran voz, no te contengas, alza tu voz como trompeta, y declara a mi pueblo su transgresión, y a la casa de Jacob sus pecados". No es el mundo malvado, sino aquellos a quienes el Señor designa como "Mi pueblo", quienes deben ser reprendidos por sus transgresiones. Declara además: "Sin embargo, me buscan todos los días, se complacen en conocer mis caminos, como pueblo que hace justicia y no abandona la ordenanza de su Dios". (Isaías 58:1 y 2). Aquí se destaca una clase que se considera justa y parece mostrar gran interés en el servicio de Dios; pero la severa y solemne recriminación del Examinador de corazones prueba que están pisoteando los preceptos divinos.

El profeta distingue así el precepto olvidado: "Levantarás los cimientos de generación en generación, y te llamarán reparador de brechas y restaurador de caminos para habitar. Si apartas tu pie del camino, sábado, y de hacer tu voluntad en mi día santo, y si llamas al sábado delicia, día santo del Señor, digno de honra, y hónralo, no siguiendo tus propios caminos, ni pretendiendo hacer tu propia voluntad, ni hablarás tus propias palabras, entonces te deleitarás en el Señor."

(Isaías 58:12-14). Esta profecía también se aplica a nuestro tiempo. La violación de la ley de Dios se produjo cuando el poder romano cambió el sábado. Pero ha llegado el momento en que debe restaurarse la institución divina. Es necesario reparar la brecha y construir las bases para muchas generaciones.

Santificado por el descanso y la bendición del Creador, Adán guardó el sábado en su inocencia en el santo Edén; por Adán después de su caída y arrepentimiento, después de ser desterrado de su feliz morada. Fue custodiada por todos los patriarcas, desde Abel hasta el justo Noé y desde Abraham hasta Jacob. Cuando el pueblo elegido estuvo en cautiverio en Egipto, muchos, en medio de la idolatría imperante, perdieron el conocimiento de la ley de Dios. Pero cuando el Señor liberó a Israel, proclamó Su ley con terrible magnificencia a la multitud reunida, para que conocieran Su voluntad, le temieran y le obedecieran para siempre.

Desde aquel día hasta el presente se ha preservado en la tierra el conocimiento de la ley de Dios y se ha guardado el sábado del cuarto mandamiento. Aunque el "hombre de pecado" logró pisotear el día santo de Dios, hubo, sin embargo, incluso en el período de la supremacía del anticristo, almas fieles escondidas en lugares solitarios, que honraron los santos mandamientos. Desde la Reforma ha habido algunos en cada generación que han mantenido su observancia. Aunque a menudo en medio de acusaciones y persecución, se ha dado un testimonio constante de la perpetuidad de la ley de Dios y la sagrada obligación del sábado de la creación.

Estas verdades, tal como se exponen en Apocalipsis 14, en relación con "el evangelio eterno", distinguirán a la iglesia de Cristo en el momento de Su aparición. Porque como resultado del triple mensaje se anuncia: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Y este mensaje es el último que se dará antes de la venida del Señor. Inmediatamente después de esta proclamación, el profeta ve al Hijo del Hombre viniendo en gloria y para recoger la mies de la tierra.

Aquellos que recibieron la luz acerca del santuario y la inmutabilidad de la ley de Dios se llenaron de gozo y entusiasmo cuando vieron la belleza y armonía del sistema de verdades revelado a su entendimiento. Deseaban que la luz que les parecía tan preciosa se transmitiera a todos los cristianos. Y sólo podían creer que sería felizmente aceptada. Pero las verdades que los pondrían en desacuerdo con el mundo no fueron bien recibidas por muchos que profesaban ser seguidores de Cristo. La obediencia al cuarto mandamiento requería sacrificio, ante el cual la mayoría de la gente retrocedía.

Cuando se presentaron las exigencias del sábado, muchos razonaron desde un punto de vista mundano. Dijeron: "Siempre hemos guardado el domingo, nuestros padres también lo guardaron, y muchos hombres buenos y piadosos murieron felices observándolo. Si ellos tenían razón, nosotros también. La observancia de este nuevo séptimo día sábado nos expondría a armonía con el mundo y no tendríamos ninguna influencia sobre él. ¿Qué puede hacer un pequeño grupo de observadores del séptimo día contra todo el mundo que guarda el domingo? Fue con argumentos similares que los judíos se esforzaron por justificar su rechazo de Cristo. Sus padres habían sido aceptados por Dios presentando ofrendas de sacrificio; ¿Y por qué los niños no pudieron encontrar la salvación siguiendo el mismo proceder? Así también, en la época de Lutero, los papistas argumentaban que los verdaderos cristianos habían muerto en la fe católica y, por lo tanto, que la religión era suficiente para la salvación. Ese razonamiento resultó ser una barrera eficaz contra todo avance en la fe o la práctica religiosa.

Muchos insistieron en que la observancia del domingo había sido una doctrina establecida y una costumbre eclesiástica muy extendida durante muchos siglos. Contra este argumento se demostró que el sábado y su observancia eran más antiguos y más

propagado, incluso siendo tan antiguo como el mundo mismo, y teniendo la sanción tanto de Dios como de los ángeles. Cuando se pusieron los cimientos de la tierra, cuando las estrellas de la mañana cantaron juntas y todos los hijos de Dios se regocijaron, entonces se pusieron los cimientos del sábado (Job 38:6 y 7; Gén. 2:1-3). Esta institución es digna de exigir nuestra reverencia. No fue ordenado por ninguna autoridad humana y no se basa en tradiciones humanas. Fue establecido por el Anciano de los Días y ordenado por Su Palabra eterna.

Cuando se llamó la atención del pueblo sobre el tema de la reforma del sábado, los ministros populares pervertieron la Palabra de Dios, colocando sus interpretaciones de tal manera que aquietaban las mentes inquisitivas. Y aquellos que no buscaron las Escrituras por sí mismos se contentaron con aceptar las conclusiones que estaban en armonía con sus deseos. Con argumentos y sofismas, con las tradiciones de los padres y de las autoridades de la iglesia, muchos se han esforzado en destruir la verdad. Los defensores de la verdad bíblica recurrieron a las Sagradas Escrituras para defender la validez del cuarto mandamiento. Hombres humildes, equipados sólo con la Palabra de verdad, enfrentaron los ataques de los eruditos que, con sorpresa e ira, descubrieron que sus elocuentes sofismas eran impotentes contra el razonamiento simple y directo de quienes conocían mejor las Escrituras que las sutilezas escolásticas. .

A falta del testimonio de la Biblia a su favor, muchos, con infatigable perseverancia, insistieron en sus argumentos, olvidando cómo el mismo razonamiento fue usado contra Cristo y sus apóstoles: "¿Por qué nuestros hombres eminentes no entienden esta cuestión del sábado? Pocos "Simplemente cree como tú. No puedes tener razón y todos los hombres alfabetizados del mundo pueden estar equivocados".

Para refutar tal razonamiento sólo era necesario citar las enseñanzas de las Escrituras y la historia de los tratos del Señor con Su pueblo en todas las épocas. Dios obra a través de quienes escuchan su voz y la obedecen, a través de quienes, si es necesario, dicen verdades desagradables y no temen reprender los pecados populares. La razón por la que el Señor no elige con mayor frecuencia a hombres eruditos y de alto prestigio para liderar movimientos de reforma es que confían en sus credos, teorías y sistemas teológicos, y no sienten la necesidad de ser enseñados por Dios. Sólo aquellos que tienen una conexión personal con la Fuente de la sabiduría son capaces de entender o explicar las Escrituras. Hombres con poca instrucción académica a veces son llamados a proclamar la verdad, no porque sean analfabetos, sino porque no son autosuficientes para ser enseñados por Dios. Aprenden en la escuela de Cristo y su humildad y obediencia los hace grandes. Al confiarles el conocimiento de su verdad, Dios les confiere un honor en comparación con el cual las glorias terrenales y la grandeza humana se vuelven insignificantes.

La mayoría de los adventistas rechazaron las verdades relativas al santuario y la ley de Dios, y muchos también renunciaron a su fe en el movimiento adventista, adoptando puntos de vista equivocados y contradictorios sobre las profecías que se aplicaban a esa obra. Algunos han sido inducidos al error de fijar repetidamente un tiempo definido para la venida de Cristo. La luz que ahora brilla en el asunto del santuario les habría mostrado que ningún período profético se extiende hasta la segunda venida; que no se predice la hora exacta de este evento. Pero, dando la espalda a la luz, siguieron marcando una y otra vez el tiempo de la venida del Señor, y muchas veces quedaron decepcionados.

Cuando la iglesia de Tesalónica escuchó ideas infundadas acerca de la venida de Cristo, el apóstol Pablo les aconsejó que probaran cuidadosamente sus esperanzas y expectativas mediante la Palabra de Dios. Les citó las profecías que revelaban los acontecimientos que sucederían antes de que Cristo viniera y les mostró que no tenían base para esperar al Señor en sus días. "Nadie os engañe en ninguna manera" (II Tes.

2:3), son sus palabras de advertencia. Si cedieran a expectativas no sancionadas por las Escrituras, serían conducidos a un curso de acción equivocado; la decepción los expondría al desprecio de los incrédulos y correrían el peligro de ceder al desánimo, siendo tentados a dudar de las verdades esenciales para su salvación. La amonestación del apóstol a los tesalonicenses contiene una lección importante para quienes viven en los últimos días. Muchos adventistas han sentido que, a menos que pudieran fijar su fe en un tiempo definido para la venida del Señor, no podrían ser celosos y diligentes en la obra de preparación. Pero a medida que sus esperanzas se excitan repetidamente solo para ser destruidas, su fe recibe tal conmoción que les resulta casi imposible quedar impresionados por las grandes verdades de la profecía.

La predicación de un tiempo definido para el juicio, en el anuncio del primer mensaje, fue ordenada por Dios. El cálculo de los períodos proféticos en los que se basó este mensaje, que sitúa el final de los 2.300 días en el otoño de 1844, permanece sin obstáculos. Los repetidos esfuerzos por encontrar nuevas fechas para el comienzo y el fin de los períodos proféticos y el falso razonamiento necesario para apoyar tales posiciones no sólo han desviado las mentes de la verdad presente, sino que han despreciado todos los esfuerzos por explicar las profecías. Cuanto más frecuentemente se fije un tiempo definido para la segunda venida y cuanto más se enseñe, mejor servirá a los propósitos de Satanás. Después del paso del tiempo, instiga el ridículo y el desprecio hacia sus defensores, y así arroja ignominia sobre el gran movimiento adventista de 1843 y 1844. Aquellos que persistan en este error finalmente fijarán una fecha para la venida de Cristo en un futuro muy lejano. De este modo se verán inducidos a descansar en una seguridad falsa y no descubrirán la falsedad hasta que sea demasiado tarde.

La historia del antiguo Israel es un ejemplo sorprendente de la experiencia pasada del grupo de adventistas. Dios guió a su pueblo en el movimiento adventista, así como sacó a los hijos de Israel de Egipto. En la gran desilusión su fe fue puesta a prueba tal como la de los hebreos en el Mar Rojo. Si todavía hubieran confiado en la mano que los había guiado en su experiencia anterior, habrían visto la salvación de Dios. Si todos los que trabajaron juntos en la obra en 1844 hubieran aceptado y proclamado el mensaje del tercer ángel en el poder del Espíritu Santo, el Señor habría obrado poderosamente a través de sus esfuerzos. Un torrente de luz habría sido derramado sobre el mundo. Los habitantes de la Tierra habrían sido advertidos años atrás, la obra de cierre habría sido completada y Cristo habría venido para la redención de Su pueblo.

No era la voluntad de Dios que Israel vagara durante cuarenta años por el desierto. Deseaba [conducirlos](#) directamente a la tierra de Canaán y establecerlos allí como un pueblo santo y feliz. Pero "no pudieron entrar a causa de su incredulidad" (Heb. 3:19). A causa de su temeridad y apostasía perecieron en el desierto, y otros fueron levantados para entrar en la Tierra Prometida. De manera similar, no fue voluntad divina que la venida de Cristo se retrasara tanto, y que su pueblo permaneciera tantos años en este mundo de pecado y tristeza. Pero la incredulidad los separó de Dios. Como si se negaran a hacer la obra que él les había señalado, otros se levantaron para proclamar el mensaje. En misericordia para con el mundo, Jesús retrasa su venida para que los pecadores tengan la oportunidad de escuchar la advertencia y encontrar refugio [en Él](#) antes de que se derrame la ira de Dios.

Hoy, como en épocas pasadas, la presentación de una verdad que reprueba los pecados y errores de los tiempos suscitará oposición. "Todo el que hace el mal aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean vituperadas". (Juan 3:20).

Cuando los hombres ven que no pueden mantener su posición basándose en las Escrituras, muchos

deciden defenderlo a toda costa y con espíritu malicioso atacan el carácter y los motivos de quienes defienden la verdad impopular. Esta es la misma política que se ha seguido en todo momento. Elías fue declarado el alborotador de Israel, Jeremías fue acusado de traidor, Pablo de profanar el templo. Desde aquellos días hasta el día de hoy, quienes desean ser leales a la verdad han sido denunciados como sediciosos, heréticos o facciosos. Multitudes que son demasiado incrédulas para aceptar la segura palabra profética recibirán con incuestionable credulidad la acusación contra aquellos que se atreven a reprender los pecados modernos. Este estado de ánimo aumentará cada vez más. Y la Biblia enseña claramente que se acerca un tiempo en que las leyes del Estado entrarán en tal conflicto con la ley de Dios que cualquiera que desee obedecer todos los preceptos de Dios enfrentará censura y castigo como un malhechor.

En vista de esto, ¿cuál es el deber del mensajero de la verdad? ¿Concluirá que no se debe presentar la verdad, ya que en muchas ocasiones su único resultado es hacer que los hombres eludan o resistan sus exigencias? No; no tiene mayor razón para retener el testimonio de la Palabra de Dios porque despierta oposición que la que tenían los primeros reformadores. La confesión de fe hecha por santos y mártires quedó registrada para beneficio de las generaciones posteriores. Esos ejemplos vivos de santidad e integridad firme han llegado hasta nosotros para inspirar valor a quienes hoy están llamados a ser testigos de Dios.

Recibieron la gracia y la verdad, no sólo para ellos mismos, sino para que a través de ellos el conocimiento de Dios iluminara la tierra. ¿Ha arrojado Dios luz sobre sus siervos en esta generación? Entonces deberían dejarlo brillar ante el mundo.

En la antigüedad, el Señor declaró a quien hablaba en su nombre: "La casa de Israel no te escuchará, porque no me escuchará a mí". Sin embargo, Él dijo: "Les contaréis mis palabras, las escuchen o no las escuchen". (Eze.

3:7; 2:7). Al siervo de Dios, en este momento, se dirige la orden: "Alza tu voz como trompeta y declara a mi pueblo su transgresión, y a la casa de Jacob sus pecados".

Hasta donde se lo permitan sus oportunidades, cada uno que ha recibido la luz de la verdad está bajo la misma solemne y terrible responsabilidad que tuvo el profeta de Israel, a quien vino la palabra del Señor, diciendo: "A ti, pues, hijo de Hombre, he puesto centinela sobre la casa de Israel; por tanto oírás la palabra de mi boca, y de mi parte les declararás. Si digo al impío: Oh impío, ciertamente morirás, y no lo hagas. No hables para apartar al impío de su camino, ese impío morirá por su iniquidad, pero demandaré su sangre de tu mano, pero cuando hayas hablado para apartar al impío de su camino, para que se convierta de él, y no se aparte de su camino, morirá en su iniquidad, pero tú has librado tu alma." (Ezequiel 33:7-9).

El gran obstáculo tanto para la aceptación como para la promulgación de la verdad es el hecho de que implica molestias y vergüenza. Éste es el único argumento contra la verdad que sus defensores nunca han podido refutar. Pero esto no conmueve a los verdaderos seguidores de Cristo. Éstos no esperan a que la verdad se vuelva popular. Convencidos de su deber, aceptan deliberadamente la cruz, considerando al unísono con el apóstol Pablo, que "nuestra tribulación ligera y momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (II Cor. 4:17), "teniendo", como decía uno de los antiguos, "el vituperio de Cristo es mayor riqueza que los tesoros de Egipto" (Heb. 11:26).

Cualquiera que sea su profesión, sólo aquellos que son servidores del mundo en sus corazones actúan según la política y no según principios en asuntos religiosos. Debemos elegir lo correcto porque es correcto y dejar las consecuencias a Dios. Para los hombres de principios, fe y audacia, el mundo está en deuda por los grandes

reformas. A través de tales hombres se debe llevar adelante la obra de reforma para este tiempo.

Así dice el Señor: "Oídme, vosotros que conocéis la justicia, pueblos en cuyas Mi ley está en el corazón: no temáis el oprobio de los hombres, ni os turbéis por sus insultos, porque la polilla os comerá como a un vestido, y las alimañas os comerán como a lana; pero mi justicia permanecerá para siempre, y mi salvación de generación en generación." (Isaías 51:7 y 8).

Capítulo 27

Renacimientos modernos

Dondequiera que se ha predicado fielmente la Palabra de Dios, se han obtenido resultados que atestiguan su origen divino. El Espíritu de Dios acompañó el mensaje de Sus siervos y la palabra fue proclamada con poder. Los pecadores sintieron despertar sus conciencias. La "luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo" aclaró los aposentos secretos de sus almas y las cosas ocultas de las tinieblas se manifestaron. Una profunda convicción se apoderó de sus mentes y corazones. Estaban convencidos del pecado, la justicia y el juicio venidero. Estaban poseídos por un sentido de la justicia de Jehová y sintieron el terror de presentarse en su culpa e impureza ante el Escudriñador de los corazones. Gritaron angustiados: "¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?" Cuando se reveló la cruz del Calvario, con su sacrificio infinito por los pecados de los hombres, vieron que nada más que los méritos de Cristo sería suficiente para expiar sus transgresiones; sólo éstos podrían reconciliar al hombre con Dios. Con fe y humildad aceptaron al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. A través de la sangre de Jesús tuvieron "remisión de todos los pecados pasados".

Las almas produjeron frutos dignos de arrepentimiento. Creyeron, fueron bautizados y resucitaron para caminar en novedad de vida: nuevas criaturas en Cristo Jesús. No para conformarse a sus deseos anteriores, sino por la fe en el Hijo de Dios, seguir Sus pasos, reflejar Su carácter y purificarse así como Él es puro. Las cosas que alguna vez odiaron, ahora las amaban; y las cosas que alguna vez amaron, ahora odiaban. Los orgullosos y arrogantes se volvieron mansos y humildes de corazón. Los vanidosos y altivos se volvieron serios y modestos. Los profanos se volvieron reverentes, los borrachos se volvieron sobrios y los disolutos se volvieron puros. Se dejaron de lado las inútiles modas del mundo. Los cristianos no buscaban "lo externo, como el cabello rizado, los adornos de oro, la ropa; sino el hombre interior del corazón, unido con el manto incorruptible de un espíritu afable y apacible, que es de gran valor delante de Dios" (I Pedro 3:3 y 4).

Los avivamientos produjeron un profundo examen del corazón y humildad. Se caracterizaban por llamamientos solemnes y fervientes al pecador, por una tierna compasión por la adquisición de la sangre de Cristo. Hombres y mujeres oraron y lucharon con Dios por la salvación de las almas. Los frutos de tales despertares se vieron en almas que no rehuyeron la abnegación y el sacrificio, sino que se regocijaron al ser encontradas dignas de sufrir vergüenza y pruebas por causa de Cristo. Los hombres contemplaron la transformación de la vida de quienes profesaban el nombre de Jesús. La comunidad se benefició de su influencia. Se reunieron con Cristo y sembraron en el Espíritu para cosechar vida eterna.

De ellos se podría decir: "Os entristecisteis para el arrepentimiento... Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, el cual no trae dolor a nadie; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque ¡cuánto cuidado produjo esto en vosotros que, según Dios, estabais afligidos! ¡Qué defensa, qué indignación, qué miedo, qué anhelo, qué celo, qué venganza! En todas estas pruebas de que eres inocente en este asunto". (II Corintios 7:9-11).

Este es el resultado de la obra del Espíritu de Dios. No hay evidencia de arrepentimiento genuino a menos que él haga una reforma. Si el pecador devuelve la promesa, devuelve lo que robó, confiesa sus pecados y ama a Dios y a sus semejantes, ¿puede

asegúrese de haber encontrado la paz con Dios. Tales fueron los efectos en los primeros años que siguieron al despertar religioso. Juzgados por sus frutos, fueron conocidos como los bienaventurados de Dios en la salvación de los hombres y la elevación de la humanidad.

Pero muchos de los avivamientos modernos han presentado un marcado contraste con aquellas manifestaciones de la gracia divina que, en los primeros tiempos, acompañaban las labores de los siervos de Dios. Es cierto que se suscita un gran interés, muchos profesan la conversión y hay una gran concurrencia a las iglesias; Sin embargo, los resultados no garantizan que hubiera un interés correspondiente y real por la vida espiritual. La luz que arde por un tiempo pronto se apaga, dejando la oscuridad más espesa que antes.

Los avivamientos populares a menudo se producen mediante apelaciones a la imaginación, la excitación de las emociones y la satisfacción del amor por lo que es nuevo y sorprendente. Los conversos así ganados tienen poco deseo de escuchar la verdad bíblica y poco interés en el testimonio de los profetas y apóstoles. A menos que el servicio religioso tenga un carácter sensacionalista, no resulta atractivo para ellos. El mensaje que apela a la razón desapasionada no suscita respuesta. Las claras advertencias de la Palabra de Dios respecto a Sus intereses eternos no son escuchadas.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será el gran tema de la vida. Pero, ¿dónde está, en las iglesias populares de nuestros días, el espíritu de consagración a Dios? Los conversos no renuncian a su orgullo y amor por el mundo. No están más dispuestos a negarse a sí mismos, a tomar su cruz y a seguir al manso y humilde Jesús que antes de su conversión. La religión se ha convertido en el deporte de infieles y escépticos porque muchos de los que llevan su nombre ignoran sus principios. El poder de la piedad casi ha desaparecido de muchas de las iglesias. Picnics, obras de teatro y exposiciones en iglesias, casas elegantes, exhibiciones personales, han alejado nuestros pensamientos de Dios. Las tierras, las posesiones y las ocupaciones mundanas fascinan la mente, y las cosas de interés eterno apenas reciben atención siquiera momentánea.

A pesar de la disminución generalizada de la fe y la piedad, hay verdaderos seguidores de Cristo en estas iglesias. Antes de la visita final de los juicios divinos sobre la Tierra, habrá entre el pueblo del Señor un resurgimiento de la piedad primitiva como nunca se ha visto desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre Sus hijos. En ese momento, muchos se separarán de aquellas iglesias en las que el amor de este mundo ha suplantado el amor de Dios y Su Palabra. Muchos, tanto ministros como pueblo, aceptarán con gusto las grandes verdades que Dios ha determinado que sean proclamadas en su tiempo, para preparar un pueblo para la segunda venida del Señor. El enemigo de las almas quiere obstaculizar esta obra; y, antes de que se produzca tal movimiento, procurará impedirlo mediante la introducción de una falsificación. En las iglesias que él pueda someter a su poder engañoso, hará que parezca como si se estuviera derramando una bendición muy especial; Ocurrirá lo que muchos piensan que será de gran interés religioso. Multitudes se regocijarán porque Dios está obrando maravillas para ellos, cuando la obra es de otro espíritu. Bajo camuflaje religioso, Satanás buscará extender su influencia sobre el mundo cristiano.

En muchos de los avivamientos que han ocurrido durante el último medio siglo han estado actuando las mismas influencias, en mayor o menor medida, que se manifestarán en movimientos más grandes en el futuro. Hay excitación emocional, una mezcla de verdadero y falso, que es muy adecuada para engañar. Sin embargo, nadie debe dejarse engañar. A la luz de la Palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Cada vez que los hombres descuidan el testimonio de

Biblia, apartándonos de las verdades claras y probatorias que exigen abnegación y renuncia al mundo, podemos estar seguros de que allí no fue concedida la bendición de Dios. Y de la regla que el mismo Cristo dio, "por sus frutos los conoceréis" (Mateo 7:16), se desprende que estos movimientos no son obra del Espíritu de Dios.

En las verdades de Su Palabra, Dios ha dado a los hombres la revelación de Sí mismo, y para todos los que las aceptan son un escudo contra los engaños de Satanás. Es el descuido de estas verdades lo que ha abierto la puerta a los males que ahora están tan extendidos en el mundo religioso. En gran medida se ha perdido de vista la naturaleza y la importancia de la ley de Dios. Una concepción errónea del carácter, la perpetuidad y la naturaleza obligatoria de la ley divina ha llevado a errores en relación con la conversión y la santificación, y ha resultado en una disminución del nivel de piedad en la iglesia.

Este es el secreto de la falta del Espíritu y del poder de Dios en los avivamientos de nuestro tiempo.

Hay, en las diversas denominaciones, hombres notables por su piedad y que reconocen y deploran este hecho. El Prof. Edward Park, al presentar los peligros religiosos actuales, dice acertadamente: "Una fuente de peligro es el descuido del púlpito para hacer cumplir la ley divina. En los primeros tiempos, el púlpito era un eco de la voz de la conciencia...

Nuestros más ilustres predicadores dieron una majestuosidad abrumadora a sus discursos, siguiendo el ejemplo de su Maestro y dando protagonismo a la ley, sus preceptos y amenazas. Repitieron las dos grandes máximas de que la ley es una transcripción de las perfecciones divinas y que el hombre que no ama la ley no ama el evangelio, porque tanto la ley como el evangelio son un espejo que refleja el verdadero carácter de Dios. Este peligro lleva a otro: el de subestimar la malignidad del pecado, su magnitud y su demérito.

En proporción a la justicia del mandamiento es la injusticia de desobedecerlo".

"Relacionado con los peligros ya mencionados está el de despreciar la justicia de Dios. La tendencia del púlpito moderno es separar la justicia divina de la benevolencia divina, sumergiéndola en un sentimiento en lugar de exaltarla a un principio. El nuevo prisma teológico separa lo que Dios ha unido. ¿Es la ley divina un bien o un mal? Es algo bueno. Entonces la justicia es buena, porque es la voluntad de cumplir la ley. Del hábito de subestimar la ley y la justicia divinas y el alcance y el demérito de la desobediencia humana, los hombres fácilmente caen en el hábito de devaluar la gracia que proporcionó expiación por el pecado". Así, el evangelio pierde su valor e importancia en la mente de los hombres, quienes pronto se encuentran dispuestos a prácticamente dejar de lado la Biblia misma.

Muchos profesores de religión afirman que Cristo, con su muerte, abolió la ley y que en adelante los hombres están libres de sus exigencias. Hay quienes lo representan como un yugo mortificante y, en contraste con la esclavitud de la ley, presentan la libertad que se disfruta bajo el evangelio.

Pero los profetas y apóstoles no lo hicieron con respecto a la santa ley de Dios. David dijo: "Caminaré en libertad, porque he buscado tus preceptos". (Sal. 119:45) El apóstol Santiago, que escribió después de la muerte de Cristo, se refiere al decálogo como la "ley real" y la "ley perfecta de la libertad" (Santiago 2:8; 1:25). Y el revelador, medio siglo después de la crucifixión, pronuncia una bendición sobre aquellos que "guardan sus mandamientos, para que tengan poder en el árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad" (Apoc. 22:14-Versión americana revisada y corregida).

La afirmación de que Cristo, con su muerte, abolió la ley de su Padre no tiene fundamento. Si hubiera sido posible cambiar o abrogar la ley, entonces Cristo no habría necesitado haber muerto para salvar al hombre de la pena del pecado. La muerte de Cristo, lejos de abolir la ley, demostró que es inmutable. El Hijo de Dios vino para "magnificar la ley y hacerla gloriosa" (Isaías 42:21). Él dijo: "No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas...", "hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde".

nunca irá más allá de la ley" (Mateo 5:17 y 18). Y respecto de sí mismo declara: "Me place hacer tu voluntad, oh Dios mío; Dentro de Mi corazón está Tu ley". (Sal. 40:8)

La ley de Dios, por su propia naturaleza, es inmutable. Es una revelación de la voluntad y el carácter de su Autor. Dios es amor y su ley es amor. Sus dos grandes principios son el amor a Dios y el amor al hombre. "Seguir la ley es amor". (ROM. 13:10). El carácter de Dios es justicia y verdad; tal es la naturaleza de su ley. Dice el salmista: "Tu ley es la verdad misma... Todos tus mandamientos son justicia". (Sal. 119:142, 172). Y el apóstol Pablo declara: "La ley es santa; y el mandamiento, santo, justo y bueno". (Romanos 7:12). La ley, al ser una expresión de la mente y la voluntad de Dios, debe ser tan duradera como su Autor.

Es una obra de conversión y santificación para reconciliar a los hombres con Dios, poniéndolos en armonía con los principios de su ley. El hombre fue creado, en el principio, a imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la ley de Dios; los principios de la justicia estaban escritos en su corazón. Pero el pecado lo alejó de su Creador. Ya no reflejaba la imagen divina. Su corazón fue a la guerra contra los principios de la ley de Dios. "La mente carnal es enemistad contra Dios, porque no está sujeta a la ley de Dios ni puede estarlo". (Rom. 8:7) Pero "tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito" para que el hombre pudiera reconciliarse con Dios. Por los méritos de Cristo puede recuperar la armonía con su Creador. Tu corazón necesita ser renovado por la gracia divina; necesita una nueva vida desde arriba. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual, dice Jesús, "él No puedo ver el reino de Dios".

El primer paso hacia la reconciliación con Dios es la convicción del pecado. "El pecado es la transgresión de la ley". (I Juan 3:4) "Por la ley viene el conocimiento del pecado". (Romanos 3:20). Para darse cuenta de su culpa, el pecador debe probar su carácter según la gran norma divina de la justicia. Es un espejo que muestra la perfección de un carácter justo y permite al hombre discernir sus propios defectos.

La ley revela al hombre sus pecados, pero no proporciona ningún remedio para ellos. Si bien promete vida a los obedientes, declara que la muerte es la suerte del transgresor. Sólo el evangelio de Cristo puede liberarte de la condenación o contaminación del pecado. El hombre debe ejercitar el arrepentimiento ante Dios, cuya ley ha sido transgredida, y la fe en Cristo y Su sacrificio expiatorio. De esta manera obtiene la "remisión de los pecados pasados" y llega a ser partícipe de la naturaleza divina. Ahora es un hijo de Dios, habiendo recibido el espíritu de adopción, por el cual clama: "¡Abba, Padre!"

¿Es libre ahora para transgredir la ley de Dios? Pablo dice: "¿Luego por la fe anulamos la ley? ¡No, en absoluto! Antes de eso, confirmamos la ley". "¿Cómo viviremos todavía en el pecado, si hemos muerto a él?" (Romanos 3:21 y 6:2). Y Juan afirma: "Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; Ahora bien, sus mandamientos no son gravosos". (I Juan 5:3). En el nuevo nacimiento, el corazón se pone en armonía con Dios a medida que se pone en conformidad con Su ley. Cuando esta poderosa transformación se produce en el pecador, éste pasa de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. La vieja vida de separación de Dios tiene un fin; Comienza una nueva vida de reconciliación, fe y amor. Entonces "la justicia de la ley" se cumple "en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Rom. 8:4). Y el lenguaje del alma será "¡cuánto amo tu ley! ¡Es mi meditación durante todo el día! (Sal. 119:97).

"La ley del Señor es perfecta y restaura el alma". (Sal. 19:7). Sin la ley, los hombres no tienen una concepción exacta de la pureza y santidad de Dios, ni de su propia culpa e impureza. No tienen una convicción real de pecado y no sienten la necesidad.

de arrepentimiento. Al no ver su condición perdida como transgresores de la ley de Dios, no comprenden su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. La esperanza de salvación se acepta sin un cambio radical de corazón o una reforma de vida. Así, las conversiones superficiales son abundantes y multitudes se unen a la iglesia sin unirse a Cristo.

Además, las teorías erróneas sobre la santificación que surgen del descuido o rechazo de la ley divina ocupan un lugar destacado en los movimientos religiosos modernos. Estas teorías son falsas en términos de doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos; y el hecho de que generalmente encuentren receptividad hace que sea doblemente esencial que todos tengan una comprensión clara de lo que las Escrituras enseñan sobre este punto.

La verdadera santificación es una doctrina bíblica. El apóstol Pablo, en su carta a la iglesia de Tesalónica, declara: "Porque ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación". Y suplica: "El Dios de paz os santifique en todo" (I Tes. 4,3 y 5,23). La Biblia enseña claramente qué es la santificación y cómo se puede obtener. El Salvador oró por Sus discípulos:

"Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad". (Juan 17:17). Y Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo (Romanos 15:16). ¿Cuál es la obra del Espíritu? Jesús dijo a sus discípulos: "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad". (Juan 16:13). Y el salmista afirma: "Tu ley es verdad". Por la Palabra y el Espíritu de Dios se abren a los hombres los grandes principios de justicia incorporados en su ley. Y dado que la ley de Dios es "santa, justa y buena", una transcripción de la perfección divina, se deduce que un carácter formado en obediencia a esa ley será santo. Cristo es el ejemplo perfecto de tal carácter. Él dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre". "Siempre hago lo que le agrada".

(Juan 15:10; 8:29). Los seguidores de Cristo, por la gracia de Dios, llegan a ser como Él para formar caracteres en armonía con los principios de Su santa ley. Esta es la santificación bíblica.

Esta obra sólo puede lograrse mediante la fe en Cristo, mediante el poder del Espíritu Santo operando en el creyente. Pablo amonesta a los creyentes: "Ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor; porque es Dios quien produce en vosotros tanto el querer como el hacer según su buena voluntad". (Filipenses 2:12 y 13). El cristiano sentirá los impulsos del pecado, pero mantendrá una guerra constante contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une al poder divino y la fe exclama: "Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo". (I Corintios 15:57).

Las Escrituras muestran claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando, en el momento de la conversión, el pecador encuentra la paz con Dios a través de la sangre expiatoria, su vida apenas ha comenzado. Ahora debe continuar "hasta la perfección"; crecer a la "medida de la estatura de la plenitud de Cristo". Dice el apóstol Pablo: "Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante de mí, prosigo hacia la meta". , hacia el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". (Filipenses 3:13 y 14) Y Pedro nos presenta los pasos para alcanzar la santificación bíblica: "Por esto mismo, juntando toda vuestra diligencia, unid la virtud a la fe; a la virtud, la ciencia; a la ciencia, la auto-autonomía; control; con dominio propio, perseverancia; con perseverancia, piedad; con piedad, hermandad; con hermandad, amor... porque si hacéis esto, nunca tropezaréis." (II Pedro 1:5-10).

Quienes experimenten la santificación bíblica manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, han tenido una visión de la terrible majestad del Santo y ven su propia indignidad en contraste con la pureza y exaltada perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue un ejemplo de verdadera santificación. Su larga vida estuvo llena de noble servicio a su Maestro. Era un hombre "muy amado" por el Cielo. Sin embargo, en lugar de pretender ser puro y santo, este honorable profeta se identificó con la realidad pecaminosa de Israel, cuando suplicó ante Dios en favor de su pueblo: "No presentamos nuestras súplicas delante de ti, confiando en nuestra justicia, sino que en Tus muchas misericordias". "Hemos pecado y hecho maldad". Y declara: "Todavía hablaba, oraba y confesaba mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel..." (Dan. 9:18, 15 y 20). Y cuando, al final de los tiempos, se le apareció el Hijo de Dios para darle instrucción, exclamó: "Me quedé solo y vi esta gran visión, y no quedaron fuerzas en mí; mi cara cambió de color y se desfiguró, y no conservé fuerzas". (Dan. 10:8).

Cuando Job escuchó la voz del Señor que salía del torbellino, dijo enfáticamente: "Por eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza". (Job 42:6). Fue cuando Isaías vio la gloria del Señor y escuchó al querubín clamar: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos", gritó el profeta: "Ay de mí, que perezco". (Isaías 6:3, 5).

Pablo, después de ser trasladado al tercer cielo y escuchar cosas que no era posible que un hombre expresara, habló de sí mismo como "el más pequeño de todos los santos" (II Cor. 12:2-4; Efesios. 3:8). Fue Juan, el discípulo amado, quien se reclinó sobre el pecho de Jesús y contempló su gloria, quien cayó como muerto a los pies del ángel (Apocalipsis 22:8).

No puede haber autoexaltación, ni jactancia de estar libres del pecado por parte de aquellos que caminan a la sombra de la cruz del Calvario. Sienten que fue su pecado el que provocó la agonía que quebrantó el corazón del Hijo de Dios, y este pensamiento los llevará a su propia humillación. Aquellos que viven más cerca de Jesús discernen más claramente la fragilidad y la pecaminosidad humana, y su única esperanza reside en el mérito del Salvador crucificado y resucitado.

La santificación que ahora está ganando prominencia en el mundo religioso trae consigo un espíritu de autoexaltación y falta de respeto por la ley de Dios, que la señala como ajena a la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, mediante la cual, sólo mediante la fe, se puede alcanzar la santidad perfecta. "Sólo cree", dicen, "y la bendición será tuya". No se cree que sea necesario ningún esfuerzo adicional por parte del destinatario. Al mismo tiempo, niegan la autoridad de la ley de Dios, insistiendo en que están libres de la obligación de guardar los mandamientos; Pero, ¿es posible que los hombres sean santos, de acuerdo con la voluntad y el carácter de Dios, sin estar en armonía con los principios que son una expresión de Su naturaleza y voluntad, y que revelan lo que le agrada?

El deseo de una religión fácil, que no requiera lucha, ni abnegación, ni separación de las locuras del mundo, ha hecho de la doctrina de la fe, y sólo de la fe, una enseñanza popular; Pero ¿qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago lo expresa de esta manera: "Hermanos míos, ¿de qué le sirve a alguien decir que tiene fe, pero no tiene obras?

¿Podrá tal fe salvarlo?... ¿Quieres estar seguro, hombre insensato, de que la fe sin obras es ineficaz? ¿No fue por las obras que Abraham, nuestro padre, fue justificado cuando ofreció a su propio hijo, Isaac, sobre el altar? Ves cómo la fe obró junto con sus obras; de hecho, fue por las obras que la fe se cumplió... Ves que una persona es justificada por las obras y no sólo por la fe".

(Santiago 2:14-24)

El testimonio de la Palabra de Dios está en contra de esta engañosa doctrina de fe sin obras. No es fe la que reclama el favor del Cielo sin atender a las condiciones bajo las cuales se concede la misericordia. Esto es presunción, ya que la fe genuina tiene su fundamento en las promesas y disposiciones de las Escrituras.

Que nadie se engañe pensando que puede llegar a ser santo violando deliberadamente una de las exigencias de Dios. La comisión de un pecado conocido silencia la voz testimonial del Espíritu y separa el alma de Dios.

"El pecado es la transgresión de la ley". Y "todo aquel que peca no le ha visto ni le ha conocido" (1 Juan 3:6). Aunque Juan, en sus epístolas, se concentra tanto en el amor, no duda en revelar el verdadero carácter de esa clase que dice ser santificada, mientras vive transgrediendo la ley de Dios. "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado en él". (I Juan 2:4 y 5). Aquí está la prueba de la profesión de fe de cada hombre. No podemos atribuir santidad a un hombre sin antes [compararlo](#) con el único estándar de santidad en el Cielo y en la Tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral; si minimizan y aligeran los preceptos divinos, si transgreden uno de los más pequeños de estos mandamientos y enseñan de esta manera a los hombres, no tendrán ningún valor ante los ojos del Cielo y podemos saber que sus acusaciones carecen de fundamento.

Y su afirmación de no tener pecado es en sí misma evidencia de que están muy lejos de la santidad. Es porque no tienen una idea real de la infinita pureza y santidad de Dios, ni sentido de lo que deben llegar a ser para estar en armonía con Su carácter; Debido a que no tienen una verdadera concepción de la pureza y los exaltados encantos de Jesús, y de la malignidad del pecado, los hombres se ven a sí mismos como santos. Cuanto mayor es la distancia entre ellos y Cristo, y cuanto más impropias son sus concepciones del carácter y las afirmaciones divinas, más justos parecen ante sus propios ojos.

La santificación presentada en las Escrituras involucra a todo el ser: espíritu, alma y cuerpo. Pablo oró por los tesalonicenses, para que "vuestro espíritu, alma y cuerpo sean preservados irreprochables e irreprochables para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (1 Tes. 5:23). Nuevamente escribe a los creyentes: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional". (Romanos 12:1). En los tiempos del antiguo Israel, cada ofrenda presentada como sacrificio a Dios era examinada cuidadosamente. Si se encontraba algún defecto en el animal ofrecido, era rechazado, ya que Dios había ordenado que la ofrenda fuera "sin defecto". Así, se invita a los cristianos a presentar sus cuerpos "como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios". Para ello es necesario conservar todas tus fuerzas en las mejores condiciones posibles. Toda práctica que debilita las fuerzas físicas o mentales incapacita al hombre para el servicio de su Creador. ¿Se complacerá el Señor con algo que no sea lo mejor que podamos ofrecer? Jesús dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón".

Aquellos que aman a Dios con todo su corazón querrán hacerle el mejor servicio de sus vidas y buscarán constantemente armonizar cada facultad de su ser con las leyes que promueven su capacidad para hacer la voluntad divina. No debilitarán ni contaminarán, al complacer el apetito o la pasión, la ofrenda que deben presentar a su Padre celestial.

Dice el apóstol Pedro: "Amados, os exhorto, como peregrinos y extranjeros que sois, a que os abstengáis de las pasiones carnales, que hacen guerra contra el alma". (I Pedro 2:11). Toda indulgencia pecaminosa tiende a embotar las facultades y debilitar las percepciones mentales y espirituales, y la Palabra o Espíritu de Dios no deja más que una débil impresión en el corazón. Pablo, escribiendo a los corintios, dice: "Limpiémonos de toda impureza, así de la carne como del espíritu, perfeccionando nuestra santidad en el temor de Dios". (II Corintios 7:1). Y con los frutos del Espíritu: "Amor, alegría, paz,

paciencia, mansedumbre, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio". (Gálatas 5:22 y 23).

A pesar de estas declaraciones inspiradas, ¿cuántos cristianos profesos están desperdiciando sus fuerzas en la búsqueda de ganancias o en el culto a la moda? cuántos están degradando su virilidad a la semejanza divina con la glotonería, bebiendo vino y buscando placeres prohibidos. Y la iglesia, en lugar de reprender, con demasiada frecuencia fomenta el mal apelando al apetito, el deseo de ganancia o el amor al placer, para llenar su tesoro, que el amor de Cristo es demasiado débil para suplir. Si Jesús entrara en las iglesias de hoy y contemplara las festividades y el comercio profano que allí se explota en nombre de la religión, ¿no expulsaría a estos profanadores como desterró a los cambistas del templo?

El apóstol Santiago declara que la sabiduría de lo alto es "primero pura". Si tuviera que encontrarse con aquellos que toman el precioso nombre de Jesús en sus labios contaminados por el tabaco, cuyo aliento y persona están infectados con su odioso olor, y que contaminan el aire del cielo y obligan a todos a su alrededor a inhalar el veneno, él entrar en contacto con una práctica tan contraria a la pureza del evangelio y no la habría denunciado como "terrenal, sensual y diabólica"? Los esclavos del tabaco, afirmando poseer la bendición de la completa santificación, hablan de su esperanza en el Cielo, pero la Palabra de Dios dice claramente que "Nada contaminado entrará jamás en él". (Apocalipsis 21.27).

"¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque fuiste comprado por precio. Ahora pues, glorificad a Dios en vuestro cuerpo". (I Corintios 6:19 y 20). Aquel cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo no será esclavizado por un hábito pernicioso. Sus energías pertenecen a Cristo, quien lo compró a precio de sangre. Tu propiedad es del Señor. ¿Cómo podría liberarse de la culpa disipando el capital que se le había confiado? Los cristianos profesantes gastan anualmente una suma inmensa en indulgencias inútiles y perniciosas, mientras las almas perecen por falta de la Palabra de vida. A Dios le roban los diezmos y las ofrendas, mientras consumen en el altar de la lujuria destructiva más de lo que dan para ayudar a los pobres o para sostener el evangelio. Si todos los que profesan ser seguidores de Cristo fueran verdaderamente santificados, sus medios, en lugar de gastarse en indulgencias innecesarias e incluso dañinas, serían apropiados para la tesorería del Señor, y los cristianos darían ejemplo de templanza, abnegación y sacrificio. . Entonces serían la luz del mundo.

El mundo está abandonado a su propia condescendencia. "Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida" controlan a las masas. Pero los seguidores de Cristo tienen un llamado más santo. "Vete, vete, sal de allí, no toques nada inmundo". (Isaías 52:11). A la luz de la Palabra de Dios estamos justificados al declarar que la santificación que no opera esta renuncia total a las actividades pecaminosas y a las satisfacciones mundanas no es genuina.

Para aquellos que cumplan las condiciones: "Apartaos, apartaos, salid de allí, no toquéis lo inmundo", la promesa de Dios es: "Yo os recibiré, yo seré vuestro Padre, y vosotros seréis Mis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". (II Cor. 6:17 y 18). Es privilegio y deber de todo cristiano tener una rica y profusa experiencia en las cosas de Dios. Jesús dijo: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no caminará en tinieblas; al contrario, tendrá la luz de la vida". (Juan 8:12). "Pero el camino de los justos es como la luz del alba, que brilla cada vez más hasta que se convierte en un día perfecto". (Proverbios 4:18). Cada paso de fe y obediencia acerca el alma a una conexión más estrecha con la Luz del mundo, en quien no hay oscuridad alguna. Los brillantes rayos de luz del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios y ellos deben reflejarlos. Como las estrellas nos hablan de una gran luz en el

Cielo, cuya gloria los hace resplandecer, por eso los cristianos deben poner de manifiesto que hay un Dios en el trono del Universo, cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. Las gracias de Su Espíritu, la pureza y santidad de Su carácter, se manifestarán en Sus testigos.

Pablo, en su carta a los Colosenses, presenta las ricas bendiciones concedidas a los hijos de Dios. Dice: "Por esto también nosotros, desde el día que lo supimos, no hemos cesado de orar por vosotros y de pedir que reboséis del conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría y entendimiento espiritual; para que viváis de manera digna del Señor, para Su plenitud, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el pleno conocimiento de Dios; siendo fortalecido con todo poder, conforme al poder de su gloria, para toda perseverancia y paciencia; con alegría." (Colosenses 1:9-11).

Nuevamente escribe sobre su deseo de que los hermanos de Éfeso comprendan el colmo del privilegio del cristiano. Les presenta, en el lenguaje más completo, el maravilloso poder y conocimiento que pueden poseer como hijos e hijas del Altísimo. A ellos les correspondía ser "fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior [siendo] arraigados y cimentados en amor, para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura, la profundidad y la profundidad. a conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Efesios 3:16-19).

Aquí se revelan las alturas a las que podemos llegar mediante la fe en las promesas de nuestro Padre celestial. Por los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos dará también con él todas las cosas?" (Romanos 8:32). El Padre entregó Su Espíritu sin medida al Hijo, y nosotros también podemos participar de esa plenitud. Jesús dijo: "Y si vosotros, que sois malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lucas 11:13). "Y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré". (Juan 14:14). "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo". (Juan 16:24).

Si bien la vida del cristiano se caracteriza por la humildad, no debe estar marcada por la tristeza y el autodesprecio. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos siempre bajo condenación y oscuridad. No es evidencia de verdadera humildad caminar con la cabeza inclinada y el corazón lleno de pensamientos acerca de uno mismo. Podemos venir a Jesús y ser limpiados y presentarnos ante la ley sin ignominia ni remordimiento. "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan según la carne, sino según el espíritu". (Romanos 8:1).

A través de Jesús, los hijos caídos de Adán se convierten en "hijos de Dios". "Porque tanto el que santifica como los que son santificados proceden de uno. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos". (Hebreos 2:11). La vida de un cristiano debe ser de fe, victoria y gozo en Dios. "Porque todo aquel que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". (I Juan 5:4).

Nehemías, el siervo de Dios, habló con convicción: "Porque el gozo del Señor es vuestra fortaleza". (Nehem. 8:10). Y Pablo dijo: "Estad siempre alegres en el Señor; De nuevo digo: regocíjense". "Regocíjaos siempre. Orar sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús". (I Tes. 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y santificación bíblica; y debido a que los grandes principios de justicia establecidos en la ley de Dios son tratados con tanta indiferencia en el mundo cristiano, estos frutos rara vez se ven. Esta es la razón por la que se ve tan poco de esa obra profunda y permanente del Espíritu de Dios que marcó los avivamientos de años anteriores.

Es a través de la contemplación que somos transformados. Cuando se descuidan los preceptos sagrados por los cuales Dios mostró a los hombres la perfección y la santidad

De su carácter y de las mentes de la gente atraída por las enseñanzas y teorías humanas, no es sorprendente que haya habido una disminución en la piedad práctica en la iglesia. Dice el Señor: "Dos males ha hecho mi pueblo: me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, y han cavado cisternas, cisternas rotas, que no pueden retener el agua". (Jeremías 2:13).

"Bienaventurado el hombre que no anduvo en consejo de malos... sino que en la ley del Señor se deleita, y en su ley medita día y noche. Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que a su tiempo da su fruto, y cuyas hojas no caen; y todo lo que haga tendrá éxito". (Sal. 1:1-3). "Así dice el Señor: Párate junto al camino y mira, pregunta por las sendas antiguas, cuál es el buen camino; caminad por él y encontraréis descanso para vuestras almas". (Jeremías 6:16).

Capítulo 28

La sentencia investigadora

Dice el profeta Daniel: "Seguí mirando, hasta que se levantaron tronos, y se sentó el Anciano de Días; Su ropa era blanca como la nieve, y el pelo de su cabeza era como lana pura; Su trono era llama de fuego, y sus ruedas eran fuego ardiendo. Un río de fuego brotó de delante de Él; miles de miles le servían, y miríadas de miríadas estaban delante de Él; Se reunió el tribunal y se abrieron los libros".

(Daniel 7:9 y 10).

Así se le presentó al profeta la visión del día grande y solemne, cuando el carácter y la vida de los hombres serían examinados ante el Juez de toda la tierra, y cada hombre debería recibir recompensa "según sus obras". El Anciano de días es Dios Padre, dice el salmista: "Antes que nacieran los montes y se formaran la tierra y el mundo, de eternidad en eternidad, tú eres Dios". (Sal. 90:2). Es Él quien es la fuente de todo ser, de toda ley, quien debe presidir el Juicio. Y los santos ángeles, como ministros y testigos, en número "miríadas de miríadas", asisten a este gran tribunal.

"Estaba mirando en mis visiones nocturnas, y he aquí, uno como el Hijo del Hombre vino con las nubes del cielo, y vino al Anciano de los Días, y lo acercaron a Él. A Él le fue dado dominio y gloria, y el reino, para que los pueblos, naciones y hombres de todas las lenguas le sirvieran; Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino nunca será destruido". (Dan. 7:13 y 14). La venida de Cristo aquí descrita no es su segunda venida a la tierra. Viene al Anciano de los Días en el Cielo para recibir el dominio, la gloria y el reino, que le serán entregados al final de Su obra como mediador. Fue esta venida, y no su regreso a la Tierra, lo que fue predicho en la profecía que se cumpliría al final de los 2.300 días, en 1844. Asistido por los ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote penetra en el Lugar Santísimo y allí aparece. en presencia de Dios para realizar los últimos actos de Su ministerio a favor del hombre, ejecutar el Juicio Investigador y hacer expiación por todos los que se consideren dignos de recibir sus beneficios.

En el servicio típico, sólo aquellos que habían comparecido ante Dios con confesión y arrepentimiento, y cuyas transgresiones, a través de la sangre de la ofrenda por el pecado, fueron transferidas al santuario, participaban en el servicio del día de la expiación. Así, en el gran día final de la expiación y del Juicio Investigador, los únicos casos considerados son los del profeso pueblo de Dios. El juicio de los impíos es una obra distinta y separada y tiene lugar en un momento posterior. "Porque ha llegado el tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; Ahora bien, si a nosotros nos llega primero, ¿cuál será el fin de los que no obedecen el evangelio de Dios?" (I Pedro 4:17).

Los libros de registro en el Cielo, en los que se registran los nombres y los hechos de los hombres, determinarán las decisiones del Juicio. Dice el profeta Daniel: "Se sentó el tribunal y se abrieron los libros". Juan el revelador, al describir la misma escena, añade: "Aún se abrió otro libro, el Libro de la Vida. Y los muertos fueron juzgados según sus obras, según lo que estaba escrito en los libros". (Apocalipsis 20:12).

El libro de la vida contiene los nombres de todos aquellos que han entrado al servicio de Dios. Jesús dijo a sus discípulos: "Alégrate, no porque los espíritus se someten a ti, sino porque tu nombre está escrito en el cielo". (Lucas 10:20). Pablo habla de sus fieles colaboradores, "cuyos nombres se encuentran en el libro de la vida" (Fil. 4:3). Daniel, ante "un tiempo de angustia como nunca ha sido", declara que el pueblo de Dios

“Todo aquel que se encuentre escrito en el libro” será librado de él (Dan. 12:1). Y el revelador dice que sólo aquellos cuyos nombres “estén escritos en el libro de la vida del Cordero” entrarán en la ciudad de Dios (Apoc. 21:27).

“Hay un memorial escrito delante de él”, en el que están registradas las buenas obras de “los que temen al Señor y los que recuerdan su nombre” (Mal. 3:16). Sus palabras de fe y actos de amor quedan registrados en el Cielo, a esto se refirió Nehemías cuando dijo: “Acordaos de mí y no borréis las bondades que he hecho a la casa de mi Dios y a su servicio”. En el libro conmemorativo de Dios cada acto de justicia queda inmortalizado. Allí queda fielmente registrado cada tentación resistida, cada mal vencido, cada palabra de tierna compasión expresada. Y allí está marcado cada acto de sacrificio, cada sufrimiento y tristeza soportados por causa de Cristo. El salmista dice: “Contaste mis pasos cuando fui perseguido; Recogiste mis lágrimas en Tu botella; ¿No están escritos en tu libro?” (Sal. 56:8).

También hay un registro de los pecados de los hombres. “Porque Dios juzgará todas las obras, incluso las ocultas, sean buenas o malas”. (Ecl. 12:14). “Os digo que de cada palabra descuidada que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el Día del Juicio; porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”. (Mateo 12:36, 37). Los propósitos y motivos secretos aparecen en el registro infalible, porque el Señor “aclarará lo oculto de las tinieblas, pero también revelará los pensamientos de los corazones” (1 Cor. 4:5). “He aquí [están escritas] delante de mí... vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente” (Isaías 65: 6 y 7).

La obra de cada hombre es revisada ante Dios y registrada por su fidelidad o infidelidad. Frente a cada nombre de los libros celestiales se sitúa, con terrible exactitud, cada palabra injusta, cada acto egoísta, cada deber incumplido y cada pecado secreto, junto con cada astuta hipocresía, el descuido de las advertencias y reprensiones enviadas por el Cielo, el tiempo y la El ángel escritor toma nota de las oportunidades desperdiciadas, de la influencia ejercida para bien o para mal, con todos sus resultados de largo alcance.

La ley de Dios es la norma mediante la cual el carácter y la vida de los hombres serán evaluados en el Juicio. El sabio Salomón dice: “Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque este es el deber de todo hombre. Porque Dios juzgará todas las obras”. (Ecl. 12:13 y 14). El apóstol Santiago amonesta a los hermanos: “Hablen de tal manera y de tal manera como los que han de ser juzgados por la ley de la libertad”. (Santiago 2:12). Los que sean considerados dignos en el Juicio tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: “Pero los que son tenidos por dignos de alcanzar el siglo venidero y la resurrección de entre los muertos... son iguales a los ángeles y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección”. (Lucas 20:35 y 36). Y una vez más declara que “los que hicieron lo bueno [saldrán] a resurrección de vida” (Juan 5:29). Los justos muertos no resucitarán hasta después del Juicio, en el que serán considerados dignos de la “resurrección de vida”. Por esta razón no estarán presentes personalmente en el tribunal cuando se examinen sus antecedentes y se decidan sus casos.

Jesús aparecerá como su Abogado, para interceder por usted ante Dios. “Pero si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo”. (I Juan 2:1). “Porque Cristo no entró en un santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios por nosotros”. “Por lo tanto, también puede salvar completamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”. (Hebreos 9:24; 7:35).

Cuando se abren los libros de registro en el Juicio, las vidas de todos los que han creído en Jesús se revisan ante Dios. Empezando por aquellos que

Vivió por primera vez en la Tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva y cierra con los casos de los vivos. Se menciona cada nombre y cada caso se investiga rigurosamente. Se aceptan nombres y se rechazan nombres. Cuando alguien tiene pecados no arrepentidos y no perdonados que permanecen en los libros de registros, su nombre será eliminado del libro de la vida y el registro de sus buenas obras borrado del libro conmemorativo de Dios. El Señor le dijo a Moisés: "Borraré de mi libro a todo el que peca contra mí". (Éxodo 32:33). Y le dijo al profeta Ezequiel: "Pero si el justo se aparta de su justicia y hace iniquidad... las obras de justicia que ha hecho no serán recordadas; en su transgresión que ha transgredido y en su pecado que ha cometido, en ellos morirá". (Ezequiel 18:24).

Todos los que verdaderamente se han arrepentido de sus pecados y por fe reclamaron la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, tienen el perdón escrito junto a su nombre en los libros celestiales. A medida que lleguen a ser partícipes de la justicia de Cristo y que su carácter sea visto en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados y serán hallados dignos de la vida eterna. El Señor declara a través del profeta Isaías: "Yo, yo soy el que borro vuestras transgresiones por amor de Mí mismo, y no me acuerdo de vuestros pecados". (Isaías 43:25). Jesús dijo: "El que venciere será vestido de vestiduras blancas, y de ninguna manera borraré su nombre del Libro de la Vida; al contrario, confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles". (Apoc. 3:5). "Por tanto, a cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; pero al que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos". (Mateo 10:32 y 33).

El interés más profundo manifestado entre los hombres por los veredictos de los tribunales terrenales sólo representa pálidamente el interés mostrado en los tribunales celestiales cuando los nombres inscritos en el Libro de la Vida son revisados ante el Juez de toda la Tierra. El divino Intercesor presenta la súplica para que todos los que han vencido por la fe en Su sangre puedan recibir el perdón de sus transgresiones, ser restaurados a su hogar edénico y coronados como coherederos con Él del "primer dominio". Satanás, en sus esfuerzos por tentar y engañar a nuestra raza, había pensado que podía frustrar el plan divino en la creación del hombre, pero Cristo ahora pide que su plan se lleve a cabo, como si el hombre nunca hubiera caído. Él pide para su pueblo no sólo perdón y justificación plenos y completos, sino también una parte de su gloria y un asiento en su trono.

Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios de transgresores. El gran engañador buscó llevarlos al escepticismo, inducirlos a perder su confianza en Dios, separarlos de su amor y hacerlos violar su ley. Ahora señala el registro de sus vidas, los defectos de carácter, la diferencia con Cristo, que han deshonrado a su Redentor, todos los pecados que él los ha tentado a cometer, y a causa de ellos los reclama como sus súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, sino que muestra su arrepentimiento y fe y, pidiendo perdón por ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: "Os conozco por vuestro nombre. Los tengo grabados en las palmas de mis manos". "Los sacrificios agradables a Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, no lo despreciarás, oh Dios". (Sal. 51:17). Y al acusador de su pueblo le declara: "Jehová te reprende, oh Satanás; sí, el Señor, que escogió a Jerusalén, os reprende; ¿No es esto un tizón arrancado del fuego? (Zacarías 3:2). Cristo vestirá a sus fieles con su propia justicia para poder presentarlos a su Padre como "una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante" (Efesios 5:27). Sus nombres permanecen

registrados en el libro de la vida y sobre ellos está escrito: "caminarán conmigo vestidos de blanco, porque son dignos" (Apoc. 3:4).

De esta manera se cumplirá plenamente la promesa del nuevo pacto: "Perdonaré sus iniquidades y sus pecados no me acordaré más". "En aquellos días y en aquel tiempo, dice el Señor, la iniquidad de Israel será buscada, y ya no será más; los pecados de Judá, pero no serán hallados". (Jeremías 31:34; 50:20). "En aquel día el Renuevo del Señor será de hermosura y gloria; y el fruto de la tierra, orgullo y adorno para los de Israel que se salvan. ¿Será llamado santo el remanente de Sión y los que queden en Jerusalén? todos los que están registrados en Jerusalén de por vida". (Isaías 4:2 y 3).

La obra del Juicio Investigador y la eliminación de los pecados debe llevarse a cabo antes de la segunda venida del Señor. Dado que los muertos deben ser juzgados por las cosas escritas en los libros, es imposible que los pecados de los hombres sean borrados antes del final del Juicio, donde se investigan sus casos. El apóstol Pedro declara inequívocamente que los pecados de los creyentes serán borrados cuando "lleguen los tiempos del refrigerio, y... él enviará al Cristo designado para vosotros, Jesús" (Hechos 3:20). Cuando se cierre el Juicio Investigador, Cristo vendrá y Su recompensa estará con Él para dar a cada uno según sus obras.

En el servicio típico, el sumo sacerdote, después de haber hecho expiación por Israel, salía y bendecía a la congregación. Así, Cristo, al concluir su obra como Mediador, se aparecerá "por segunda vez, sin pecado, a los que en él esperan para salvación" (Heb. 9:28), para bendecir a su pueblo expectante con vida eterna. Así como el sumo sacerdote, después de sacar los pecados del santuario, los confesaba sobre la cabeza del chivo expiatorio, así Cristo cargará todos estos pecados sobre Satanás, el creador e instigador del pecado. El chivo expiatorio, que cargó con los pecados de Israel, fue enviado al desierto (Levítico 16:22). De esta manera, Satanás, ante la culpa de todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios, quedará confinado en la Tierra durante mil años, que luego quedará desolada, sin habitantes y sufrirá, al final, la pena total de pecado en nosotros. fuegos que destruirán a todos los malvados. Así, el gran plan de redención alcanzará su cumplimiento en la erradicación final del pecado y la liberación de todos los que estuvieron dispuestos a renunciar al mal.

En el momento señalado para el Juicio, el fin de los 2.300 días, en 1844, se inició la obra de investigación y eliminación de los pecados. Todos los que alguna vez hayan profesado el nombre de Cristo deben pasar su minucioso escrutinio. Tanto los vivos como los muertos deben ser juzgados "según sus obras, según lo que está escrito en los libros".

Los pecados de los que no se haya arrepentido y abandonado no serán perdonados ni borrados de los libros de registro, sino que permanecerán allí para testificar contra el pecador en el día de Dios. Puede que haya cometido sus actos malvados a la luz del día o en la oscuridad de la noche, pero estos serán abiertos y manifiestos ante Aquel con quien tenemos que tratar. Los ángeles de Dios presenciaron cada pecado y lo registraron en registros infalibles. El pecado puede haber sido escondido, negado, encubierto del padre, la madre, la esposa, los hijos y los compañeros. Nadie más que el propio culpable puede tener la más mínima sospecha del mal hecho, pero es evidente ante las inteligencias celestiales. La oscuridad de la noche más oscura, los secretos de todas las artes engañosas no son suficientes para encubrir un solo pensamiento del conocimiento del Eterno. Dios tiene un registro exacto de cada cuenta injusta y cada trato deshonesto. No se deja engañar por la apariencia de piedad. Él no comete errores en su evaluación del carácter. Los hombres pueden ser engañados por aquellos que son corruptos de corazón, pero Dios penetra todos los disfraces y lee la vida interior.

¡Qué solemne es este pensamiento! Día tras día, pasando a la eternidad, lleva su volumen de registros a los libros celestiales. Las palabras una vez pronunciadas, los hechos una vez perpetrados, ya no pueden ser revocados. Los ángeles registran tanto el bien como el mal. El conquistador terrenal más poderoso no puede hacer retroceder el récord de un solo día. Nuestras acciones, nuestras palabras e incluso nuestros motivos más secretos desempeñan un papel a la hora de decidir nuestro destino de felicidad o desgracia. Aunque olvidados por nosotros, darán su testimonio para justificar o condenar.

Así como los rasgos faciales se reproducen con precisión infalible en la fotografía, el carácter se delinea fielmente en los libros celestiales. Sin embargo, ¡qué poca atención se presta a este registro que está ante la atenta mirada de los seres celestiales! Si se quitara el velo que separa los mundos visible e invisible y los hijos de los hombres contemplaran al ángel registrando cada palabra y acto, que debe ser enfrentado nuevamente en el Juicio, cuántas palabras que se dicen diariamente se detendrían, cuántos actos quedarían. ¡deshecho!

En el Juicio se comprobará minuciosamente el uso de cada talento. ¿Cómo hemos utilizado el capital que nos ha confiado el Cielo? ¿Recibirá el Señor, en su venida, lo que es suyo con interés? ¿Hemos mejorado las facultades manuales, físicas e intelectuales que nos han sido confiadas para gloria de Dios y bendición del mundo? ¿Cómo hemos usado nuestro tiempo, pluma, voz, dinero e influencia? ¿Qué hemos hecho por Cristo en la persona de los pobres, los afligidos, los huérfanos o las viudas? Dios nos ha hecho depositarios de Su Santa Palabra; ¿Qué hemos hecho con la luz y la verdad que se nos han dado para hacer a los hombres sabios para la salvación? No hay ningún valor en la mera profesión de fe en Cristo, sino que sólo el amor revelado a través de las obras se cuenta como genuino. Es sólo el amor, a los ojos del Cielo, lo que hace que cualquier acto tenga valor. Todo lo que se hace con amor, aunque parezca pequeño a la consideración de los hombres, es aceptado y recompensado por Dios.

El egoísmo oculto de los hombres permanece revelado en los libros celestiales. Hay un registro de deberes incumplidos hacia los demás, de olvido de las exigencias del Salvador. Allí verán con qué frecuencia el tiempo, el pensamiento y las fuerzas que eran de Cristo fueron entregados a Satanás. Es triste el registro que llevan los ángeles al Cielo: Seres inteligentes, profesos seguidores de Cristo, están enfocados en adquirir posesiones mundanas o disfrutar de los placeres terrenales. Se sacrifica dinero, tiempo y fuerzas en ostentación y autocomplacencia; Son pocos, sin embargo, los momentos dedicados a la oración, a la investigación de las Escrituras, a la humillación del alma y a la confesión de los pecados.

Satanás inventa innumerables artimañas para ocupar nuestras mentes, de modo que no se detengan en el trabajo que deberíamos conocer mejor. El archiengañador odia las grandes verdades que revelan un sacrificio expiatorio y un Mediador Todopoderoso. Él sabe que todo depende de apartar las mentes de Jesús y Su verdad.

Aquellos que intentan disfrutar de los beneficios de la mediación del Salvador deben permitir que nada interfiera con su deber de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Horas preciosas, en lugar de gastarlas en placeres, ostentación o búsqueda de ganancias, deben dedicarse al estudio ferviente y devoto de la Palabra de verdad. El pueblo de Dios debe entender claramente el tema del santuario y el juicio investigador. Todos necesitan conocer la posición y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De lo contrario, les será imposible ejercer esa fe que es imprescindible para este tiempo o ocupar el puesto que Dios quiere que asuman. Cada individuo tiene un alma para salvar o para

perder. Cada uno debe enfrentarse cara a cara al gran Juez. Cuán importante, entonces, que cada uno contemple con frecuencia la escena solemne donde se sienta el Juicio y se abren los libros, cuando, junto con Daniel, cada individuo debe estar en su suerte al final de los días.

Todos los que han recibido luz sobre estos temas deben dar testimonio de las grandes verdades que Dios les ha encomendado. El santuario celestial es el verdadero centro de la obra de Cristo a favor de ellos. Conciérne a todas las almas vivientes de la Tierra. Revélanos el plan de redención, transportándonos al fin de los tiempos y revelándonos la conclusión triunfante del conflicto entre la justicia y el pecado. Es sumamente importante que todos investiguen a fondo estos asuntos y sepan responder a todo aquel que les pida que les explique la esperanza que tienen en ellos.

La intercesión de Cristo a favor del hombre en el Santuario celestial es tan esencial para el plan de salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con Su muerte comenzó esta obra y, después de Su resurrección, ascendió al Cielo para completarla. Por la fe debemos entrar con Él más allá del velo "donde Jesús, como precursor, entró por nosotros" (Hebreos 6:20). Allí se refleja la luz del Calvario. Allí podemos obtener una percepción más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se logra a un costo infinito para el Cielo; el sacrificio realizado es igual a las exigencias más plenas de la ley de Dios transgredida. Jesús abrió el camino al trono del Padre, y mediante su mediación el deseo sincero de todos los que acuden a Él con fe puede ser presentado ante Dios.

"El que encubre sus transgresiones nunca prosperará; pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia". (Proverbios 28:13). Si aquellos que ocultan y excusan sus faltas pudieran ver cómo Satanás se regocija por ellos y cómo se burla de Cristo y de los santos ángeles con su conducta, se apresurarían a confesar sus pecados y abandonarlos. Mediante defectos de carácter, Satanás obra para obtener el control de toda la mente, y sabe que si los aprecia tendrá éxito en su empresa. Por lo tanto, busca constantemente engañar a los seguidores de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible ganar. Pero Jesús presenta a su favor sus manos y su cuerpo heridos, y declara a todos los que lo siguen: "Bástate mi gracia". (II Corintios 12:9). "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. porque el mio

El yugo es fácil y ligera Mi carga". (Mateo 11:29, 30). Que nadie vea vuestros defectos como incurables. Dios dará fe y gracia para vencerlos.

Ahora vivimos en el gran día de la expiación. En el servicio típico, mientras el sumo sacerdote hacía expiación por Israel, todos debían afligir sus almas mediante el arrepentimiento del pecado y la humillación ante Dios, por temor a ser excluidos del pueblo. De la misma manera, todos los que tienen sus nombres grabados en el libro de la vida deberían ahora, en los pocos días que les quedan de su tiempo de prueba, afligir sus almas ante Dios con dolor por el pecado y verdadero arrepentimiento. Debe haber un escrutinio profundo y fiel del corazón. Se debe abandonar el espíritu ligero y frívolo que albergan muchos cristianos profesos. Hay una lucha tremenda ante todos los que quieren someter las tendencias malignas que luchan por el dominio. El trabajo de preparación es de carácter individual. No somos salvos en grupos. La pureza y la devoción de una persona no satisfacen la necesidad de estas cualidades en otra. Aunque todas las naciones deben comparecer ante Dios en juicio, Él examinará el caso de cada individuo con un escrutinio tan cuidadoso y penetrante como si no hubiera otra persona sobre la tierra. Cada uno hay que probarlo y encontrarlo sin mancha ni arruga ni nada por el estilo.

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de expiación. Los intereses involucrados en ello son trascendentales. La Sentencia se está dictando ahora en el

santuario celestial. Durante más de cuarenta años este trabajo ha estado en marcha. Pronto (nadie sabe qué tan rápido) pasará al caso de los vivos. Nuestra vida debe ser revisada ante la majestuosa presencia de Dios. En este momento, más que en cualquier otro, es apropiado que cada alma preste atención a la advertencia del Salvador: "Velad y orad, porque no sabéis cuándo llegará el momento". (Marcos 13:33). "Y si no vigiláis, vendré sobre vosotros como ladrón, y no sabréis a qué hora vendré sobre vosotros". (Apocalipsis 3:3).

Cuando concluya la labor del Juicio Investigador, la suerte de todos se habrá decidido de vida o muerte. El juicio termina justo antes de la aparición del Señor en las nubes del cielo. Cristo, mirando este tiempo, declara en el Apocalipsis: "Quien es injusto, es necesario que lo sea todavía; y quien esté sucio debe ensuciarse aún; y el que es justo todavía hace justicia; y el que es santo, santifíquese todavía. Y he aquí yo vengo pronto, y mi recompensa conmigo, para dar a cada uno según su obra". (Apocalipsis 22:11 y 12).

Los justos y los malvados seguirán viviendo en la Tierra en su estado mortal; los hombres estarán plantando y construyendo, comiendo y bebiendo, sin saber todos que la decisión final e irrevocable ha sido pronunciada en el santuario celestial. Antes del Diluvio, después de que Noé entró en el arca, Dios lo encerró dentro de la inmensa nave y dejó afuera a los malvados, pero durante siete días el pueblo, sin saber que su destrucción estaba determinada, continuó en su vida descuidada de amor a los placeres y burlándose de los advertencias de una catástrofe inminente. Dijo el Salvador: "Así también será la venida del Hijo del Hombre". (Mateo 24:39). Silenciosamente, desapercibido como el ladrón a medianoche, llegará la hora decisiva que marcará la fijación del destino de cada hombre, la retirada definitiva de la ofrenda de misericordia a los culpables.

"Mirad, pues, que no venga de repente y os encuentre durmiendo". (Marcos 13:35 y 36). Peligrosa es la condición de aquellos que, cansados de mirar, recurren a las atracciones del mundo. Mientras el hombre de negocios está absorto en la búsqueda de ganancias, mientras el amante del placer busca satisfacer sus deseos, mientras la esclava de la moda se adorna, puede ser el momento en que el Juez de toda la Tierra pronuncie la sentencia: "Pesado fuiste pesado en la balanza y hallado deficiente". (Dan. 5:27).

Capítulo 29

El origen del mal

Para muchas personas, el origen del pecado y la razón de su existencia son motivo de gran perplejidad. Ven la obra del mal con sus terribles resultados de desgracia y desolación y se preguntan cómo todo esto puede existir bajo el gobierno de un Ser que es infinito en sabiduría, poder y amor. Este es un misterio para el que no pueden encontrar una explicación. Y, en su incertidumbre y duda, están ciegos a las verdades plenamente reveladas en la Palabra de Dios, que son esenciales para la salvación. Hay quienes, en sus investigaciones sobre la existencia del pecado, se esfuerzan por sondear lo que Dios nunca ha revelado; por lo tanto, no encuentran solución a sus dificultades. Aquellos que se sienten movidos por una disposición a la duda y la contestación se aferran a esto como excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras. Otros, sin embargo, no logran obtener una comprensión satisfactoria acerca del gran problema del mal porque la tradición y la mala interpretación han oscurecido la enseñanza de las Escrituras acerca del carácter de Dios, la naturaleza de su gobierno y los principios de su trato con el pecado.

Es imposible explicar el origen del pecado de tal manera que se proporcionen razones de su existencia. Sin embargo, se puede entender lo suficiente en relación con su origen así como con su disposición final, para que la justicia y la benevolencia de Dios en todos sus tratos con el mal se manifiesten plenamente. Nada se enseña más claramente en las Escrituras que el hecho de que Dios no fue de ninguna manera responsable de la entrada del pecado. Y que no hubo ninguna retirada arbitraria de la gracia divina, ni deficiencia en el gobierno divino, que diera ocasión al levantamiento de la rebelión. El pecado es un intruso por cuya presencia no se puede dar ninguna razón. Es misterioso e inexplicable; disculparlo equivale a defenderlo. Si se pudiera encontrar alguna excusa para su aparición, o se pudiera dar la causa de su existencia, dejaría de ser pecado. Nuestra única definición de pecado es la dada en la Palabra de Dios, es decir: "quebrantar la ley". Él es la operación de un principio en guerra con la gran ley del amor, que es el fundamento del gobierno divino.

Antes de la penetración del mal, había paz y alegría en todo el Universo. Todo estaba en perfecta armonía con la voluntad del Creador. El amor a Dios era supremo y el amor mutuo era imparcial. Cristo, el Verbo, el Unigénito de Dios, era uno con el Padre eterno, uno en naturaleza, carácter y propósito, el único Ser en todo el Universo que podía participar en todos los consejos y propósitos de Dios.

A través de Cristo, el Padre obró en la creación de todos los seres celestiales. "En Él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos... ya sean tronos, ya sean dominios, ya sean principados, ya potestades (Col. 1:16). A Cristo, así como al Padre, todo el Cielo dedicó lealtad.

Como la ley del amor es el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres creados depende de su perfecta armonía con sus grandes principios de justicia. Dios desea de todas sus criaturas un servicio amoroso: el homenaje que surge de una apreciación inteligente de su carácter. No se complace en la obediencia forzada y da a todos libre albedrío para que puedan prestarle servicio voluntario. Hubo, sin embargo, alguien que prefirió corromper esta libertad. El pecado se originó en aquel que, después de Cristo, había sido el más honrado por Dios y el más alto en poder y gloria entre los habitantes del cielo. Antes de su caída, Lucifer

Él fue el primero de los querubines cubridores, santos e inmaculados. "Así dice el Señor Jehová: Tú eres el medidor, llena de sabiduría y perfecta en hermosura. Estabas en el Edén, el jardín de Dios; toda piedra preciosa era tu cubierta." "Eras querubín ungido para proteger, y yo te establecí; en el santo monte de Dios estabas, en medio de las piedras de fuego caminabas. Perfecto eras en tus caminos, desde el día que fuiste creado, hasta que la iniquidad fue encontrado en ti." (Ezequiel 28:12-15).

Lucifer podría haber permanecido en el favor de Dios, amado y honrado por toda la hueste angelical, ejerciendo sus nobles facultades para bendecir a otros y glorificar a su Creador. Pero, dice el profeta: "Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor". (Ezequiel 28:17). Poco a poco, Lucifer llegó a satisfacer el deseo de exaltación personal. "Estimas tu corazón como si fuera el corazón de Dios." "Y dijiste... Exaltaré mi trono sobre las estrellas de Dios, y me sentaré en el monte de la congregación... Subiré sobre las nubes más altas, y seré como el Altísimo." (Ezequiel 28:6; Isaías 14:13 y 14). En lugar de buscar hacer de Dios supremo en los afectos y la lealtad de sus criaturas, fue el esfuerzo ingenioso de Lucifer el de ganarse su servicio y homenaje.

Codiciando el honor que el Padre infinito había conferido a su Hijo, este príncipe angélico aspiraba al poder que era prerrogativa exclusiva de Cristo.

Todo el Cielo se regocijó al reflejar la gloria del Creador y proclamar Su alabanza. Y mientras Dios era así honrado, todo era paz y alegría. Pero una nota discordante frustró ahora las armonías celestiales. El servicio y la exaltación de uno mismo, contrarios al plan del Creador, despertaban malos presentimientos en las mentes para las cuales la gloria de Dios era suprema. Los concilios celestiales apelaron a Lucifer. El Hijo de Dios le presentó la grandeza, la bondad y la justicia del Creador, y la naturaleza sagrada e inmutable de su ley. Dios mismo había establecido el orden del Cielo; y, al alejarse de ella, Lucifer deshonoraría a su Creador y se traería la ruina. Pero la advertencia dada con infinito amor y misericordia sólo despertó un espíritu de resistencia.

Lucifer permitió que prevaleciera la envidia hacia Cristo y se volvió más decidido.

El orgullo por su propia gloria alimentó el deseo de supremacía. Los altos honores conferidos a Lucifer no fueron apreciados como un regalo de Dios y no despertaron gratitud hacia el Creador. Se gloriaba en su resplandor y exaltación, y aspiraba a ser igual a Dios. Fue amado y reverenciado por las huestes celestiales.

Los ángeles se deleitaban en cumplir sus órdenes, y él estaba revestido de sabiduría y gloria sobre todos ellos. Sin embargo, el Hijo de Dios era el Soberano reconocido del Cielo, uno en poder y autoridad con el Padre. Cristo participaba en todos los consejos de Dios, mientras que a Lucifer no se le permitía penetrar los propósitos divinos.

El ángel poderoso preguntó: "¿Por qué Cristo debería tener supremacía? ¿Por qué es Él más honrado que Lucifer?"

Dejando su lugar en la presencia inmediata de Dios, Lucifer salió a difundir el espíritu de descontento entre los ángeles. Actuando bajo un misterioso secreto y ocultando durante algún tiempo su verdadero propósito bajo la apariencia de reverencia a Dios, se esforzó por despertar el descontento con las leyes que gobernaban a los seres celestiales, sugiriendo que les imponían restricciones innecesarias. Considerándolos constituidos por una naturaleza santa, insistió en que los ángeles deben obedecer los dictados de su propia voluntad. Trató de atraerse simpatía hacia sí mismo, proclamando que Dios lo había tratado injustamente al conferirle el honor supremo a Cristo. Sostuvo que al aspirar a mayor poder y honor, no tenía como objetivo la exaltación propia, sino que buscaba asegurar la libertad para todos los habitantes del Cielo, para que por estos medios pudieran alcanzar un estado superior de existencia.

Dios, en su gran misericordia, soportó a Lucifer durante mucho tiempo. No fue removido inmediatamente de su alta posición cuando se entregó por primera vez al espíritu de descontento, ni siquiera cuando comenzó a presentar sus falsas afirmaciones ante los ángeles fieles. Durante mucho tiempo estuvo retenido en el cielo y se le ofreció repetidamente el perdón, a condición de arrepentimiento y sumisión. Se hicieron esfuerzos que sólo el amor y la sabiduría infinitos podrían idear para convencerlo de su error. El espíritu de descontento nunca había sido conocido en el Cielo: el propio Lucifer no podía ver, al principio, hacia dónde se dirigía; no entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Pero Lucifer, al ver que su descontento no tenía razón de ser, se convenció de que estaba en un error, que las pretensiones divinas eran justas y que debía reconocerlas ante todo el Cielo. Si lo hubiera hecho, podría salvarse a sí mismo y a muchos ángeles. . En ese momento aún no había descartado por completo su lealtad a Dios. Aunque había perdido su posición como querubín protector, si hubiera estado dispuesto a regresar a Dios, reconociendo la sabiduría del Creador y satisfecho con ocupar el lugar asignado para él en Su gran plan, habría sido reinstalado en su cargo. . Pero el orgullo le impidió someterse.

Defendió persistentemente su propia conducta, alegando que no había necesidad de arrepentimiento, y luego se sumergió por completo en el gran conflicto contra su Creador.

Todas las facultades de su mente privilegiada fueron entonces empleadas en la obra de engaño, con el fin de obtener la simpatía de los ángeles que habían estado bajo su mando. El hecho mismo de que Cristo advirtiera y aconsejara a este ángel exaltado fue distorsionado para servir a sus designios traidores. A aquellos cuya extrema confianza los unía más estrechamente a él, Satanás les manifestó que había sido juzgado injustamente, argumentó que no se respetaba su posición y que se restringía su libertad. De la adulteración de las palabras de Cristo pasó a la prevaricación y a la absoluta falsedad, acusando al Hijo de Dios de tratar de humillarlo ante los habitantes del Cielo, y a todos aquellos a quienes no pudo subvertir y atraer a su lado los acusó de indiferencia hacia los intereses de seres celestiales. La misma obra que él mismo estaba haciendo, la arrojó sobre aquellos que permanecieron fieles a Dios. Y para defender la acusación de injusticia de parte de Dios hacia él, utilizó la distorsión de las palabras y acciones del Creador. Su táctica era causar perplejidad a los ángeles mediante argumentos sutiles sobre los propósitos divinos. Todo lo que era simple lo rodeó de misterio, y mediante astuta perversión puso en duda las declaraciones más claras de Jehová. Su exaltada posición, en tan íntima conexión con la administración divina, dio gran fuerza a sus argumentos, y muchos se sintieron inducidos a unirse a él en rebelión contra la autoridad del Cielo.

Dios, en su sabiduría, permitió que Satanás continuara su obra hasta que el espíritu de descontento maduró hasta convertirse en una rebelión activa. Esto era necesario para que sus planes se desarrollaran plenamente, de modo que todos pudieran ver su verdadera naturaleza y tendencia. Como querubín ungido, Lucifer había sido muy exaltado; Muy amado por los seres celestiales, su influencia sobre ellos fue fuerte. El gobierno de Dios incluía no sólo a los habitantes del Cielo, sino a los de todos los mundos que Él había creado; y Satanás pensó que si podía llevar a los ángeles del Cielo a la rebelión, también podría hacerlo a otros mundos. Había presentado astutamente su versión del asunto, empleando sofismas y fraudes para asegurar el logro de sus objetivos. Su poder para engañar era muy grande; y disfrazándose bajo el manto de la falsedad, pudo obtener ventaja. Ni siquiera los ángeles leales pudieron discernir plenamente su carácter ni ver hacia dónde se dirigía su obra.

Satanás había sido muy honrado y todos sus actos estaban tan envueltos en misterio que era difícil exponer a los ángeles la verdadera naturaleza de su obra. Antes de que se hubiera desarrollado plenamente, el pecado no aparecería en su verdadera malignidad. Hasta entonces no había sucedido en el Universo de Dios, y los seres santos no tenían concepción de su naturaleza y perversidad. No podían discernir las funestas consecuencias que resultarían de dejar de lado la ley divina. Al principio, Satanás había ocultado su obra bajo una astuta profesión de lealtad a Dios. Afirmaba que buscaba promover el honor de Dios, la estabilidad de su gobierno y el bien de todos los habitantes del cielo, y mientras provocaba el descontento en los espíritus de los ángeles bajo sus órdenes, astutamente hacía parecer que buscaba para eliminar la insatisfacción. Cuando insistió en que debían hacerse cambios en el orden y las leyes del gobierno de Dios, fue basándose en que eran necesarios para la preservación de la armonía en el Cielo.

En su trato con el pecado, Dios sólo podía emplear la justicia y la verdad. Satanás podría usar lo que Dios no usaría: la adulación y el engaño. El enemigo había buscado falsificar la Palabra de Dios y representar falsamente Su plan de gobierno ante los ángeles, diciendo que el Señor no era justo al promulgar leyes y reglas a los habitantes del Cielo; que al exigir sumisión y obediencia a sus criaturas, simplemente buscaba exaltarse a sí mismo. Por lo tanto debe demostrarse ante los habitantes del Cielo y también de todos los mundos creados que el gobierno de Dios era justo y Su ley perfecta. Satanás había hecho parecer que buscaba promover el bien del Universo. Todos deben comprender el verdadero carácter del usurpador y su verdadero objetivo.

Satanás atribuyó la discordia que su propio comportamiento había causado en el cielo a la ley y al gobierno de Dios. Declaró que todo mal era resultado de la administración divina. Argumentó que su objetivo era mejorar los estatutos de Jehová. Por lo tanto, era necesario que demostrara la naturaleza de sus afirmaciones y el efecto de sus supuestos cambios en la ley divina. Su propio trabajo debería condenarlo. Satanás afirmó desde el principio que no estaba en rebelión. El Universo entero debería ver el desenmascaramiento del engañador.

Incluso cuando se decidió que ya no podía permanecer en el Cielo, la Sabiduría Infinita no destruyó a Satanás. Puesto que sólo el servicio amoroso puede ser aceptable para Dios, la lealtad de sus criaturas debe descansar en la convicción de su justicia y benevolencia. Los habitantes del Cielo y de otros mundos, al no estar preparados para comprender la naturaleza o las consecuencias del pecado, no podrían haber comprendido en ese momento la justicia y la misericordia de Dios en la eventual destrucción de Satanás. Si hubiera sido inmediatamente eliminado de la existencia, habrían servido a Dios más por miedo que por amor. La influencia del engañador no habría sido completamente destruida, ni el espíritu de rebelión completamente erradicado. Dios permitiría que el mal madurara completamente. Por el bien del Universo entero a lo largo de los siglos interminables, Satanás debería desarrollar más plenamente sus principios, a fin de que sus acusaciones contra el gobierno divino puedan ser vistas por todos los seres creados en su verdadera luz; para que la justicia y la misericordia de Dios y la inmutabilidad de su ley queden para siempre fuera de toda duda.

La rebelión de Satanás iba a ser para todas las edades venideras una lección para el universo entero, un testimonio perpetuo de la naturaleza y los terribles resultados del pecado. Los resultados del gobierno de Satanás, sus efectos tanto sobre los hombres como sobre los ángeles, mostrarían el fruto de hacer a un lado la autoridad divina. Atestiguarían que el bienestar de todos los seres que Él creó depende de la existencia del gobierno de Dios y Su ley. De esta manera, el relato de la terrible experiencia de la rebelión

debería ser una salvaguardia perpetua para todas las inteligencias santas, impidiéndoles ser engañadas en cuanto a la naturaleza de la transgresión y librándolas de cometer pecado y sufrir su castigo.

Hasta que terminó el conflicto en el Cielo, el gran usurpador siguió justificándose. Cuando se anunció que él y todos sus simpatizantes serían expulsados de las moradas celestiales de la felicidad, el líder rebelde declaró audazmente su desprecio por la ley del Creador. Repitió su afirmación de que los ángeles no necesitan ser controlados, sino que se les debe dejar libres para seguir su propia voluntad, que siempre los guiaría rectamente. Denunció los estatutos divinos como una restricción a su libertad, declarando que su propósito era obtener la derogación de la ley. También dijo que, libres de esta restricción, las huestes celestiales podrían alcanzar un estado existencial más exaltado y glorioso.

De común acuerdo, Satanás y sus huestes echaron toda la culpa de su rebelión a Cristo, declarando que si no hubieran sido acusados no se habrían levantado. Así, inflexibles y desafiantes en su deslealtad, buscando en vano derrocar el gobierno de Dios, protestando con blasfemia porque habían sido víctimas inocentes de un poder opresivo, el archi-rebelde y sus simpatizantes fueron finalmente expulsados del Cielo.

El mismo espíritu que dio origen a la rebelión en el Cielo todavía impulsa la rebelión en la Tierra. Satanás ha adoptado hacia los hombres la misma política que hacia los ángeles. Su espíritu ahora reina sobre los hijos de la desobediencia. Siguiendo su ejemplo, los hombres buscan romper con las imposiciones de la ley de Dios y prometen libertad mediante la transgresión de sus santos preceptos. La reprensión del pecado todavía despierta el espíritu de odio y resistencia. Cuando los mensajes de advertencia divina se dirigen a la conciencia, Satanás induce a los hombres a justificarse y a buscar la simpatía de los demás por sus conductas pecaminosas. En lugar de corregir sus errores, se enojan con quien los reprende, como si él fuera la causa de la dificultad. Desde los días del justo Abel hasta nuestros días, tal es el espíritu que se ha manifestado hacia aquellos que se atreven a condenar el pecado.

Mediante la misma distorsión del carácter divino que empleó en el Cielo, haciendo que el Señor fuera visto como despótico e intransigente, Satanás indujo a los hombres a pecar. Y habiendo tenido éxito en su propósito, declaró que las injustas restricciones de Dios habían llevado a la caída del hombre, así como habían producido su propia rebelión.

Pero el Eterno mismo proclama su carácter: "Jehová, el Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado; que no considera culpable al culpable. inocente." (Éxodo 34:6 y 7).

Al desterrar a Satanás del cielo, Dios declaró Su justicia y mantuvo el honor de Su trono. Pero cuando el hombre pecó al ceder a los engaños de este espíritu apóstata, Dios dio evidencia de su amor al ofrecer a su Hijo unigénito para morir por la raza caída. El carácter de Dios se revela en la expiación. El poderoso argumento de la cruz demuestra al Universo entero que el camino del pecado, elegido por Lucifer, nunca podría ser atribuido al gobierno divino.

En el conflicto entre Cristo y Satanás durante el ministerio terrenal del Salvador, quedó desenmascarado el carácter del gran engañador. Nada podría haber erradicado tan eficazmente a Satanás del afecto de los ángeles celestiales y de todo el Universo leal como lo hizo su cruel lucha contra el Redentor del mundo. La audaz blasfemia de su presunción de exigir que Cristo le rinda homenaje, su vana audacia al llevarlo a la cima de la montaña y al pináculo del templo, la intención maliciosa que trascendió de su

La insistencia en que nuestro Señor se arrojara desde lo vertiginoso, la malicia infatigable que lo atacaba de lugar en lugar, inspirando los corazones de los sacerdotes y del pueblo a rechazar su amor, y el grito final: "Crucifícale, crucifícale". Esto despertó el asombro y la indignación del Universo.

Fue Satanás quien instigó el rechazo de Cristo por parte del mundo. El príncipe del mal ejerció todo su poder y perspicacia para destruir a Jesús; porque vio que la misericordia y el amor del Salvador, su compasión y su tierna dulzura representaban al mundo el carácter de Dios. Satanás se opuso a cada declaración que hizo el Hijo del hombre y empleó a hombres como sus agentes para llenar la vida del Salvador de sufrimiento y tristeza. Los sofismas y falsedades con los que buscaba avergonzar la obra de Jesús, el odio manifiesto hacia los hijos de la desobediencia, sus crueles acusaciones contra Aquel cuya vida era de una bondad sin precedentes, todo procedía de un deseo de venganza profundamente arraigado. Los fuegos reprimidos de la envidia y de la malicia, del odio y de la venganza, estallaron en el Calvario contra el Hijo de Dios, mientras todo el Cielo contemplaba la escena con silencioso horror.

Cuando se consumó el gran sacrificio, Cristo ascendió al cielo, rechazando el culto de los ángeles hasta que hubiera presentado la petición: "Quiero que donde yo estoy, donde yo estoy también ellos estén". (Juan 17:24). Entonces con inefable amor y poder vino la respuesta desde el trono del Padre: "Y adórenle todos los ángeles de Dios". (Hebreos 1:6). Ninguna mancha se cernía sobre Jesús. Su humillación terminó, su sacrificio terminó y se le dio un nombre sobre todo nombre.

Ahora la culpa de Satanás se mostró sin excusa alguna. Había revelado su verdadero carácter de mentiroso y asesino. Era evidente el mismo espíritu con el que había gobernado a los hijos de los hombres que estaban bajo su poder, el cual habría manifestado si se le hubiera permitido controlar a los habitantes del Cielo, pretendía mostrar que la violación de la ley de Dios traería libertad. y exaltación. Lo que se vio, sin embargo, fue degeneración y servidumbre.

Las denuncias mentirosas de Satanás sobre el carácter y el gobierno divinos aparecieron en su verdadera luz. Acusó a Dios de simplemente buscar su exaltación exigiendo sumisión y obediencia de sus criaturas y declaró que, si bien el Creador exigía la abnegación de todos los demás, Él mismo no la practicaba ni hacía ningún sacrificio. Ahora ha quedado más que claro que el Gobernador del Universo, para la salvación de la raza caída y pecadora, hizo el mayor sacrificio que el amor podía emprender, porque "Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo" (II Cor. 5:19). También se vio que mientras Lucifer abría la puerta para que entrara el pecado, por su deseo de honor y supremacía, Cristo, para destruir el pecado, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte.

Dios había manifestado su aversión a los principios de la rebelión. Todo el Cielo vio Su justicia revelada tanto en la condenación de Satanás como en la redención del hombre. Lucifer había declarado que si la ley de Dios fuera inmutable y su pena no pudiera ser retroactiva, todos los transgresores deberían quedar excluidos para siempre del favor del Creador. El maligno había argumentado que la raza pecadora se había colocado mucho más allá del alcance de la redención y, por lo tanto, era su legítima presa. Pero la muerte de Cristo fue un argumento irrefutable para el hombre. La pena de la ley cayó sobre Aquel que era igual a Dios, y el hombre quedó libre para aceptar la justicia de Cristo y, mediante una vida de penitencia y humillación, poder triunfar, como el Hijo de Dios victorioso sobre el poder de Satanás. . . Por tanto, Dios es justo y justificador de todos los que tienen fe en Jesús.

Pero no fue simplemente para lograr la redención del hombre que Cristo vino a la tierra para sufrir y morir. Vino a "magnificar la ley" y "hacerla gloriosa". No

sólo para que los habitantes de este mundo puedan apreciar la ley como se debe apreciar, sino para demostrar a todos los mundos del Universo que la ley de Dios es inmutable. Si se dejaran de lado sus reclamos, el Hijo de Dios no necesitaría dar su vida para expiar la violación de los santos preceptos. La muerte de Cristo resultó ser inalterable. El sacrificio al que el amor infinito impulsó al Padre y al Hijo, para que los pecadores pudieran ser redimidos, demuestra al Universo entero (y sólo este plan expiatorio fue suficiente para realizarse) que la justicia y la misericordia son el fundamento de la ley y del gobierno de Dios.

En la ejecución final del juicio se demostrará una vez más que no hay causa para la existencia del pecado. Cuando el Juez de toda la Tierra le pregunte a Satanás: "¿Por qué te rebelaste contra Mí y me robaste los súbditos de Mi reino?", el autor del mal no podrá dar ninguna respuesta. Toda boca se cerrará y todas las huestes rebeldes quedarán mudas.

La cruz del Calvario, al tiempo que declara la inmutabilidad de la ley, proclama al Universo que la paga del pecado es la muerte. En el grito atroz del Salvador moribundo: "Consumado es", se emitió el veredicto de muerte para Satanás. Entonces se decidió la gran controversia que llevaba tanto tiempo desarrollándose y se confirmó la erradicación definitiva del mal. El Hijo de Dios atravesó las puertas del sepulcro, para "destruir mediante la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo" (Heb. 2:14). El deseo de exaltación de Lucifer le había llevado a decir: "Exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios... Seré como el Altísimo". Dios declara: "Y os reduje a cenizas sobre la tierra... y ya no existiréis para siempre". (Isaías 14:13 y 14; Ezequiel 28:18 y 19). Cuando llegue ese día, "ardiendo como un horno... todos los soberbios y todos los que hacen maldad, serán como tamo; y el día que ha de venir los consumirá, dice Jehová de los ejércitos, para no dejarles ni raíz ni rama." (Mal. 4:1).

El Universo entero será testigo de la naturaleza y los resultados del pecado. Y su exterminio definitivo, que al principio hubiera producido temor en los ángeles y deshonra a Dios, ahora reivindicará Su amor y establecerá Su honor ante todo el Universo de los seres que se deleitan en hacer Su voluntad, y en cuyo corazón está Su ley. Nunca más el mal se manifestará. La Palabra de Dios dice: "Los problemas no surgirán dos veces". (Nahúm 1:9). La ley de Dios, sobre la cual Satanás mantiene un yugo de esclavitud, será venerada como ley de libertad. Una creación probada y comprobada nunca más se desviará de la fidelidad a Aquel cuyo carácter se manifestó plenamente ante ellos como expresión de amor insondable y sabiduría infinita.

Capítulo 30

Enemistad entre el hombre y Satanás

“Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la de ella; ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15). La sentencia divina pronunciada contra Satanás después de la caída del hombre fue también una profecía que alcanza todas las edades hasta el tiempo del fin, anticipando el gran conflicto en el que estarían envueltas todas las razas de hombres que vivirían en la Tierra.

Dios declara: "Pondré enemistad". Esta enemistad no es natural. Cuando el hombre violó la Ley Divina, su naturaleza se volvió mala y estuvo en armonía, no en desacuerdo, con Satanás. No existe enemistad natural entre el hombre pecador y el autor del pecado. Ambos se volvieron malvados como resultado de la apostasía. El apóstata no descansa excepto cuando gana simpatía y apoyo induciendo a otros a seguir su ejemplo. Por esta razón, los ángeles caídos y los hombres malvados se unen en un compañerismo desesperado. Si Dios no se hubiera interpuesto especialmente, Satanás y el hombre se habrían aliado contra el Cielo, y en lugar de albergar enemistad contra Satanás en sus corazones, toda la familia humana se habría unido en oposición a Dios.

Satanás tentó al hombre a pecar, tal como había inducido a los ángeles a rebelarse, para poder conseguir cooperación en su lucha contra el Cielo. No hubo disensión entre ellos y los ángeles caídos en cuanto a su odio a Dios. Si bien en todos los demás puntos había desacuerdo, estaban firmemente unidos en oposición a la autoridad del Legislador del universo. Pero cuando Satanás escuchó la declaración de que habría enemistad entre él y la mujer, y entre su descendencia y la de ella, se dio cuenta de que sus esfuerzos por depravar la naturaleza humana serían detenidos; que de alguna manera el hombre debería poder resistir su poder.

Lo que enciende la enemistad de Satanás contra la raza humana es que ella, a través de Cristo, es objeto del Amor y la Misericordia de Dios. Desea frustrar el plan divino de la redención del hombre, deshonrar a Dios, desfigurando y corrompiendo la obra de su mano; Causaría dolor en el Cielo y llenaría la Tierra de maldición y desolación. Y señala todos estos males como resultado de la obra de Dios al crear al hombre.

Es la gracia que Cristo implanta en el alma la que crea en el hombre enemistad contra Satanás. Sin esta gracia convertidora y este poder renovador, el hombre seguiría siendo cautivo de Satanás, un siervo siempre dispuesto a cumplir sus mandatos. Pero el nuevo principio introducido en el alma crea un conflicto donde hasta entonces reinaba la paz. El poder que Cristo imparte permite al hombre resistir al tirano y al usurpador. Quien odia el pecado en lugar de amarlo, quien resiste y vence las pasiones que han reinado en su corazón, muestra que opera en él un principio que viene completamente de arriba.

El antagonismo que existe entre el espíritu de Cristo y el espíritu de Satanás se mostró más marcadamente en la recepción de Jesús por parte del mundo. No fue tanto porque apareció sin riquezas, pompa o grandeza mundanas, que los judíos se vieron inducidos a rechazarlo. Vieron que Él poseía un poder que compensaría con creces la falta de esas ventajas externas. Pero la pureza y santidad de Cristo atrajeron sobre Él el odio de los impíos. Su vida de abnegación y devoción sin pecado fue una reprimenda perpetua para un pueblo orgulloso y sensual. eso es lo que me despertó

enemistad contra el Hijo de Dios. Satanás y sus ángeles malvados se han unido con hombres malvados. Todos los poderes de la apostasía conspiraron contra el defensor de la verdad.

La misma enemistad que se manifestó contra el Maestro se manifiesta contra los seguidores de Cristo. Quien vea el carácter repulsivo del pecado y, con la fuerza de lo alto, resista la tentación, seguramente despertará la ira de Satanás y sus súbditos. El odio a los principios puros de la verdad y la acusación y persecución de sus defensores existirán mientras existan el pecado y los pecadores. Los seguidores de Cristo y los siervos de Satanás no pueden armonizar. El oprobio de la Cruz no ha desaparecido. "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución" (II Timoteo 3:12).

Los agentes de Satanás trabajan continuamente bajo su dirección para establecer su autoridad y edificar su reino en oposición al Gobierno de Dios.

Con este fin buscan engañar a los discípulos de Cristo y seducirlos de su obediencia. Al igual que su líder, tuercen y pervierten las Escrituras para lograr su objetivo. Así como Satanás intentó lanzar acusaciones contra Dios, sus agentes buscan lanzar acusaciones falsas contra el pueblo de Dios. El espíritu que mató a Cristo mueve a hombres malvados a destruir a sus discípulos. Todo esto se anticipa en esa primera profecía: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella". Y así sucederá hasta el fin de los tiempos.

Satanás reúne todas sus fuerzas y pone todo su poder en combate. ¿Cómo es que no encuentras mayor resistencia? ¿Por qué los soldados de Cristo están tan dormidos e indiferentes? ¿Por qué muestran tanta indiferencia? Porque tiene tan poca comunión real con Cristo; porque están tan desprovistos de Su Espíritu. El pecado no es para ellos repulsivo y repugnante, como lo era para su Maestro. No lo afrontan, como lo hizo Cristo, con una resistencia decidida y decidida. No comprenden la extrema maldad y malignidad del pecado, y están ciegos al carácter y al poder del príncipe de las tinieblas. Hay poca enemistad contra Satanás y sus obras porque hay mucha ignorancia acerca de su poder y malicia, y del inmenso alcance de su lucha contra Cristo y Su iglesia. Las multitudes están engañadas a este respecto.

No saben que su enemigo es un poderoso general que controla las mentes de los ángeles malignos y que, con planes bien desarrollados y movimientos muy hábiles, está haciendo la guerra contra Cristo para impedir la salvación de las almas. Entre los cristianos profesantes, e incluso entre los ministros del evangelio, apenas se escucha una referencia a Satanás, excepto quizás una mención incidental en el púlpito. Hacen la vista gorda ante la evidencia de su actividad y éxito continuos; descuidan las muchas advertencias sobre su sutileza; Parecen inconscientes de su propia existencia.

Si bien los hombres ignoran sus errores, este enemigo vigilante se interpone en su camino en todo momento. Él está introduciendo su presencia en cada rincón del hogar, en cada calle de nuestras ciudades, en las iglesias, en los consejos nacionales, en los tribunales de justicia, confundiendo, engañando, seduciendo, arruinando por todas partes las almas y los cuerpos de hombres, mujeres y niños. , separando familias, sembrando odio, rivalidad, luchas y asesinatos. Y el mundo cristiano parece considerar estas cosas como si Dios mismo las hubiera colocado y debieran existir.

Satanás busca continuamente vencer al pueblo de Dios derribando las barreras que lo separan del mundo. El antiguo Israel fue seducido al pecado cuando se aventuró en asociaciones ilícitas con los gentiles. De manera similar, el Israel moderno está siendo engañado. "El dios de este siglo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no resplandezca sobre ellos la luz del glorioso evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (II Corintios 4:4). Todos los

quienes no son seguidores decididos de Cristo, son siervos de Satanás. En el corazón no regenerado hay amor por el pecado y voluntad de apreciarlo y disculparlo. En el corazón renovado hay odio hacia el pecado y una resistencia decidida contra él.

Cuando los cristianos eligen la sociedad de los malvados y los incrédulos, se exponen a la tentación. Satanás se esconde a plena vista y sigilosamente les cubre los ojos con su engañosa venda. No pueden ver que esa compañía está calculada para hacerles daño, y aunque todo el tiempo se parecen al mundo en carácter, palabras y acciones, se vuelven cada vez más ciegos.

La conformidad con las costumbres del mundo convierte a la iglesia al mundo; nunca convierte al mundo a Cristo. La familiaridad con el pecado inevitablemente hará que parezca menos repulsivo. El que decida asociarse con los siervos de Satanás pronto dejará de temer a su Maestro. Cuando, en el camino del deber, somos puestos a prueba, como lo fue Daniel en la corte del rey, podemos estar seguros de que Dios nos protege; pero si nos ponemos a merced de la tentación, tarde o temprano caeremos.

El tentador a menudo actúa con mayor éxito a través de aquellos de los que menos se sospecha que están bajo su control. Quienes poseen talento y educación son admirados y honrados, como si estas cualidades pudieran compensar la falta del temor de Dios o hacer a los hombres dignos de su favor. Considerados en sentido estricto, el talento y la cultura son dones de Dios, pero cuando se utilizan para sustituir la piedad, cuando, en lugar de acercar el alma a Dios, la alejan de Él, entonces se convierten en una maldición y una trampa. Entre muchos prevalece la opinión de que todo aquel que parece ser cortés o refinado debe ser, en algún sentido, cristiano. Nunca ha habido un error mayor. Estas cualidades deben adornar el carácter de todo cristiano, porque ejercerán una poderosa influencia a favor de la verdadera religión; pero deben estar consagrados a Dios, o también son poder para el mal. Hay muchos hombres de intelecto aculturado y de buenos modales que no se detendrían en lo que comúnmente se llama un acto inmoral; no es más que un instrumento pulido en manos de Satanás. El carácter traicionero y engañoso de su influencia y ejemplo los convierte en enemigos más peligrosos para la causa de Dios que aquellos que son ignorantes y sin educación.

A través de la oración ferviente y la confianza dependiente en Dios, Salomón alcanzó una sabiduría que despertó el asombro y la maravilla del mundo. Pero cuando se apartó de la fuente de su fortaleza y avanzó confiando en sí mismo, cayó víctima de la tentación. Entonces las maravillosas facultades que le habían sido concedidas al más sabio de los reyes sólo lo convirtieron en un agente más eficaz del adversario de las almas.

Mientras que Satanás busca continuamente cegar sus mentes ante el hecho de que los cristianos nunca olvidan que ellos "luchan no contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los señores tenebrosos de este mundo, contra espíritus malignos que están en las alturas" (Efesios 6:12). Esta advertencia inspirada está resonando a través de los siglos hasta nuestro tiempo: "sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo ruge como león, buscando a quien devorar" (1 Pedro 5:8). "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del diablo" (Efesios 6:11).

Desde los días de Adán hasta nuestros días, nuestro gran enemigo ha ejercido su poder para oprimir y destruir. Ahora se está preparando para su última campaña contra la iglesia. Todos los que se esfuercen por seguir a Jesús entrarán en conflicto con este enemigo implacable. Cuanto más imita el cristiano el modelo divino, más seguro será blanco de los ataques de

Satán. Todos los que estén activamente comprometidos en la obra de Dios, buscando desenmascarar los engaños del maligno y presentar a Cristo ante el pueblo, podrán unirse al testimonio de Pablo, en el que habla de servir a Dios con toda humildad de mente., con muchas lágrimas y tentaciones.

Satanás atacó a Cristo con sus tentaciones más violentas y sutiles, pero fue repudiado en cada conflicto. Esas batallas se libraron a nuestro favor, esas victorias nos permiten ganar. Cristo dará fuerza a todos los que la busquen. Ningún hombre puede ser vencido por Satanás sin su propio consentimiento. El tentador no tiene poder para controlar la voluntad ni para obligar al alma a pecar. Puede afligir, pero no contaminar. Puede causar agonía, pero no corrupción. El hecho de que Cristo haya ganado debería inspirar a sus seguidores valor para pelear la batalla contra el pecado y Satanás con todas sus fuerzas.

Capítulo 31

Operación de los espíritus malignos

La relación del mundo visible con el mundo invisible, el ministerio de los ángeles de Dios y la operación de los espíritus malignos se revelan claramente en las Escrituras y están inseparablemente entrelazados con la historia humana. Hay una tendencia creciente a no creer en la existencia de espíritus malignos, mientras que muchos consideran que los santos ángeles que “ministran a favor de los que heredarán la salvación” (Heb. 1:14) son espíritus de los muertos. Pero las Escrituras no sólo enseñan la existencia de ángeles, tanto buenos como malos, sino que muestran pruebas incuestionables de que no son espíritus incorpóreos de hombres muertos.

Antes de la creación del hombre, los ángeles ya existían, pues cuando se pusieron los cimientos de la Tierra, “las estrellas de la mañana cantaban alabanzas y todos los hijos de Dios gritaban de alegría” (Job 38:7). Después de la caída del hombre, se enviaron ángeles para proteger el árbol de la vida, y esto fue antes de que muriera el ser humano. Los ángeles son superiores al hombre en naturaleza, porque el salmista dice que el hombre fue hecho “un poco menor que los ángeles” (Salmo 8:6).

Las Sagradas Escrituras nos dan información sobre el número, poder y gloria de los seres celestiales, su conexión con el gobierno de Dios y también su relación con la obra de redención.

“El Señor ha establecido su trono en los cielos, y su reino domina sobre todo”. Y el profeta dice: “Oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono”. Sirven en el salón del trono del Rey de reyes, “ángeles poderosos en poder”, “sus ministros, que ejecutan sus mandamientos”, “y obedecen su palabra” (Salmo 103:19-21; Apocalipsis 5:11). Diez mil veces diez mil y miles de miles fueron los mensajeros celestiales vistos por el profeta Daniel. El apóstol Pablo se refiere a ellos como “innumerables huestes de ángeles” (Hebreos 12:22). Como mensajeros de Dios, avanzan “como un relámpago” (Ezequiel 1:14), tan deslumbrante es su gloria y tan veloz su vuelo. El ángel que apareció en la tumba del Señor, y cuyo “aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve”, hizo temblar de miedo a los guardias, y quedaron “como muertos” (Mateo 28:3 y 4). . . Cuando Senaquerib, el arrogante asirio, blasfemó e insultó a Dios y amenazó a Israel con la destrucción, “sucedió que aquella misma noche salió un ángel del Señor y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres. ” “Todos los hombres valientes y los líderes y capitanes” del ejército de Senaquerib fueron “destruidos”. “Entonces volvió con el rostro avergonzado a su tierra” (II Reyes 19:35; II Crónicas 32:21).

Se enviaron ángeles en misiones de misericordia para con los hijos de Dios. A Abraham, con promesas de bendición para rescatar al justo Lot de la muerte por llamas; a Elías, cuando estuvo a punto de morir de cansancio y hambre en el desierto; a Eliseo, con carros y caballos de fuego rodeando la pequeña ciudad donde estaba rodeado por sus enemigos; a Daniel, cuando buscó la sabiduría divina en la corte de un rey pagano, o lo abandonó para convertirse en presa de los leones; a Pedro, condenado a muerte en la prisión de Herodes; a los prisioneros en Filipos; a Pablo y sus compañeros, en la noche de tormenta en el mar; abrir la mente de Cornelio para recibir el evangelio; enviar a Pedro, con el mensaje de salvación al extraño gentil; así, los santos ángeles, en todas las épocas, han ministrado al pueblo de Dios.

Se asigna un ángel de la guarda a cada seguidor de Cristo. Estos centinelas celestiales protegen a los justos del poder del maligno. El mismo Satanás lo reconoció cuando dijo: “¿Teme Job a Dios en vano?” “¿No le habéis cercado a él, a su casa y a todo lo que tiene?” (Job 1:9 y 10). Los medios por los cuales Dios protege a su pueblo se presentan en las palabras del salmista: “El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los libra” (Salmo 34:7). Dijo el Salvador, hablando de los que creen en Él: “Mirad que no menospreciéis a ninguno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en el cielo no cesan de ver el rostro de mi Padre celestial” (Mateo 18: 10). Los ángeles comisionados para ministrar a los hijos de Dios tienen acceso a Su presencia en todo momento.

Así, el pueblo de Dios, expuesto al poder engañoso y a la continua malicia del príncipe de las tinieblas, y en conflicto con todas las fuerzas del mal, tiene asegurada la guardia incesante de los ángeles celestiales. Y esta protección no se brinda innecesariamente. Si Dios ha garantizado a sus hijos la promesa de gracia y protección es porque hay poderosos agentes del mal a los que enfrentarse: agentes numerosos, decididos e incansables cuya malignidad y poder nadie puede despreciar o ignorar con seguridad.

Los espíritus malignos, creados en el principio sin pecado, eran iguales en naturaleza, poder y gloria a los seres santos que ahora son los mensajeros de Dios. Pero una vez caídos por el pecado, se unieron para deshonrar a Dios y destruir a los hombres. Unidos con Satanás en su rebelión y arrojados con él del cielo, a lo largo de todas las épocas sucesivas han cooperado con él en su guerra contra la autoridad divina. En las Escrituras se nos informa de su confederación y gobierno, de sus diversas órdenes, de su inteligencia y sutileza, y de sus malvados designios contra la paz y la felicidad de los hombres.

La historia del Antiguo Testamento presenta menciones ocasionales de su existencia y actividades; pero fue durante el tiempo que Cristo estuvo en la Tierra que los espíritus malignos manifestaron su poder de la manera más impresionante. Cristo vino a cumplir el plan ideado para la redención del hombre y Satanás decidió hacer valer su derecho a gobernar el mundo. Logró implantar la idolatría en todos los rincones de la Tierra, excepto en la tierra de Palestina. A la única tierra que no se había rendido completamente a la influencia del tentador, Cristo vino para derramar sobre el pueblo la luz del cielo. Dos potencias rivales reclamaron la supremacía. Jesús extendía sus brazos de amor, invitando a todos los que quisieran encontrar en Él el perdón y la paz. Las huestes de las tinieblas vieron que no tenían un control ilimitado y comprendieron que si la misión de Cristo tenía éxito, su reinado pronto terminaría. Satanás rugió como un león enjaulado y mostró desafiante sus poderes tanto sobre los cuerpos como sobre las almas de los hombres.

En el Nuevo Testamento se afirma claramente que ciertos hombres habían sido poseídos por demonios. Las personas así afligidas no padecían simplemente enfermedades cuyas causas eran naturales. Cristo tenía un conocimiento perfecto de aquellos con quienes estaba tratando y reconoció la presencia y acción directa de los espíritus malo.

Un ejemplo sorprendente de su número, poder y malignidad, y también del poder y misericordia de Cristo, se da en el relato bíblico de la curación del pueblo endemoniado de la tierra de los gadarenos. Aquellos desdichados maníacos, desobedeciendo toda restricción, retorciéndose, echando espuma, enfurecidos, llenaban el aire con sus gritos, maltratándose y poniendo en peligro a cuantos se acercaban a ellos. Sus cuerpos ensangrentados y desfigurados y sus mentes perdidas presentaron un espectáculo agradable al príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que controlaba a los enfermos declaró: “Legión es mi nombre, porque somos muchos” (Marcos 5:9). En el

En el ejército romano, una legión estaba formada por entre tres y cinco mil hombres. Las huestes de Satanás también están organizadas en compañías, y la única compañía a la que pertenecían estos demonios contaba nada menos que una legión.

Por orden de Jesús, los espíritus malignos abandonaron a sus víctimas, dejándolas tranquilamente sentadas a los pies del Señor, sumisas, inteligentes y bondadosas. Pero a los demonios se les permitió arrojar una piara de cerdos al mar, y para los habitantes de la tierra de los gadarenos su pérdida fue de mayor valor que las bendiciones que Cristo había otorgado, y el divino Médico fue invitado a partir. Éste era el resultado que Satanás quería lograr. Al culpar a Jesús de su pérdida, despertó los temores egoístas de la gente y les impidió escuchar sus palabras. Satanás acusa constantemente a los cristianos de ser la causa de pérdidas, deshonras y sufrimiento, en lugar de permitir que el reproche recaiga sobre él y sus agentes.

Pero los propósitos de Cristo no quedaron frustrados. Permitted que los espíritus malignos destruyeran la piara de cerdos, como reproche a los judíos que, por afán de lucro, criaban estos animales inmundos. Si Cristo no hubiera refrenado a los demonios, habrían arrojado al mar no sólo a los cerdos, sino también a sus pastores y dueños. La preservación tanto de los pastores como de los propietarios se debió únicamente a Su poder, ejercido misericordiosamente para su liberación. Además de esto, se permitió que ocurriera este evento para que los discípulos pudieran ser testigos del cruel poder de Satanás tanto sobre los hombres como sobre los animales. El Salvador quería que Sus seguidores estuvieran conscientes del enemigo que enfrentarían, para que no fueran engañados ni vencidos por sus engaños. También era Su voluntad que la gente de esa región pudiera contemplar este poder para romper la esclavitud de Satanás y liberar a sus cautivos. Y aunque Jesús partió, los hombres tan maravillosamente liberados permanecieron para proclamar la misericordia de su Benefactor.

Otros acontecimientos de naturaleza similar están registrados en las Escrituras. La hija de la mujer sirofenicia fue miserablemente atormentada por un demonio que Jesús expulsó con su palabra (Marcos 7:26-30). Uno "endemoniado, ciego y mudo" (Mateo 12:22), un joven que tenía un espíritu mudo, que muchas veces lo arrojaba "al fuego y al agua para matarlo" (Marcos 9:17-27), el maníacos que, atormentados por el "espíritu de un diablo inmundo" (Lucas 4:33-36) perturbaron la tranquilidad del sábado en la sinagoga de Cafarnaúm, todos fueron sanados por el compasivo Salvador. En casi todos los casos, Cristo se dirigió al diablo como a una entidad inteligente, ordenándole que dejara a su víctima y no la atormentara más. Los adoradores de Capernaum, al contemplar su gran poder, "quedaron todos asombrados y hablaban entre sí, diciendo: ¿Qué palabra es ésta que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen?" (Lucas 4:36).

A los que están poseídos por demonios se les suele representar en una condición de gran sufrimiento; pero hay excepciones a esta regla. Para obtener poderes sobrenaturales, algunas personas se han sometido voluntariamente a la influencia satánica. Estos, obviamente, no tenían ningún conflicto con los demonios. A esta categoría pertenecen los que poseían espíritu de adivinación: Simón, el mago, Elimas, el mago, y la joven que siguió a Pablo y Silas en Filipos.

Nadie corre mayor peligro de caer bajo la influencia de espíritus malignos que aquellos que, a pesar del testimonio directo y amplio de las Escrituras, niegan la existencia y actuación del diablo y sus ángeles. Si bien ignoramos sus artimañas, ellos tienen una ventaja casi inconcebible, y muchos obedecen sus sugerencias mientras suponen que deben seguir los dictados de su propia sabiduría. Por eso, a medida que se acerca el fin de los tiempos, cuando Satanás obrará con mayor poder para engañar y

destruir, propaga por todas partes la creencia de que no existe. Su método de acción consiste en ocultarse a sí mismo y a su forma de trabajar.

No hay nada que teme tanto el gran seductor como que nos familiaricemos con sus artimañas. Para disfrazar mejor su carácter y sus propósitos, hizo que se le representara de tal manera que no despertara emociones mayores que las de burla y desprecio. Le gusta que lo pinten como ridículo o repugnante, mitad animal y mitad hombre. Es agradable escuchar tu nombre utilizado como objeto de diversión y burla por parte de quienes se creen inteligentes y bien informados.

Debido a que se enmascaró con perfecta habilidad, la pregunta que tanto se formula es: "¿Existe realmente tal ser?" Esto es evidencia de su éxito al lograr que teorías que presentan mentiras contra el claro testimonio de las Escrituras fueran generalmente recibidas en el mundo religioso. Debido a que Satanás puede controlar tan fácilmente las mentes de aquellos que son inconscientes de su influencia, la Palabra de Dios nos da tantos ejemplos de su malvada obra, revelándonos sus fuerzas secretas y poniéndonos así en guardia contra sus ataques. .

El poder y la malignidad de Satanás y sus huestes pueden, con razón, alarmarnos, a pesar de que podamos encontrar refugio y liberación en el poder superior de nuestro Redentor. Aseguramos cuidadosamente nuestros hogares con cerrojos y cerraduras para proteger nuestra propiedad y nuestras vidas de los hombres malvados; pero rara vez pensamos en los ángeles malignos que constantemente buscan acceder a nosotros y contra aquellos cuyos ataques no tenemos, con nuestras propias fuerzas, ningún método de defensa. Si se les permite, pueden distraer nuestra mente, desordenar, atormentar nuestro cuerpo, destruir nuestras posesiones y nuestras vidas. Su único deleite es la miseria y la destrucción. Aterradora es la condición de quienes resisten las demandas divinas y ceden a las tentaciones de Satanás, hasta que Dios los deja bajo el control de los espíritus malignos. Pero aquellos que siguen a Cristo siempre están seguros bajo su cuidado. Ángeles de gran poder son enviados desde el cielo para protegerlos. El maligno no puede vencer la guardia que Dios ha puesto sobre su pueblo.

Capítulo 32

Las trampas de satanás

El gran conflicto entre Cristo y Satanás, que ha continuado durante casi seis mil años, pronto debe llegar a su fin, y el maligno redobla sus esfuerzos para destruir la obra de Cristo a favor del hombre y atrapar a las almas en sus trampas. Quiere encarcelar al pueblo en la oscuridad y la impenitencia hasta que cese la mediación del Salvador y no haya más sacrificio por el pecado; este es el objetivo que busca alcanzar.

Cuando no hay ningún esfuerzo especial para resistir su poder, cuando prevalece la indiferencia en la iglesia y en el mundo, Satanás no se perturba; porque no corre peligro de perder a aquellos a quienes lleva cautivos a su voluntad. Pero cuando se llama la atención sobre las cosas eternas y las almas preguntan: "¿Qué debo hacer para ser salvo?", está atento, tratando de oponer su fuerza al poder de Cristo y contrarrestar la influencia del Espíritu Santo.

Las Escrituras declaran que, en una ocasión, cuando los ángeles de Dios fueron a presentarse delante del Señor, también Satanás fue entre ellos (Job 1:6), no para postrarse ante el Rey eterno, sino para promover sus designios maliciosos contra tú justo. Con el mismo objetivo está presente cuando los hombres se reúnen para adorar a Dios. Aunque está oculto a la vista, está trabajando con toda diligencia para controlar las mentes de los adoradores. Al igual que un general experimentado, planifica sus planes con antelación. Cuando ve al mensajero de Dios examinando las Escrituras, toma nota del tema que se presentará al pueblo. Luego utiliza toda su inteligencia y perspicacia para controlar las circunstancias para que el mensaje no llegue a aquellos a quienes está engañando en este mismo punto. Quien más necesita la advertencia quedará involucrado en alguna transacción comercial que requiera su presencia o, por algún otro medio, se le impedirá escuchar las palabras que podrían ser olor de vida para vida.

Satanás observa con aprensión a los siervos del Señor debido a las tinieblas espirituales que envuelven al pueblo. Escuche las fervientes oraciones de los ministros que imploran la gracia divina y el poder para romper el hechizo de la indiferencia, la negligencia y la indolencia. Luego, con renovado celo, se ocupa de sus artimañas. Tienta a los hombres a satisfacer su apetito o alguna otra forma de autogratificación, amortiguando así su sensibilidad, de modo que no escuchan precisamente las cosas que más necesitan aprender.

Satanás sabe bien que todos aquellos a quienes pueda inducir a descuidar la oración y el examen de las Escrituras serán vencidos por sus ataques. Por lo tanto, inventa todos los trucos posibles para absorber la mente. Siempre ha habido una clase que profesa la piedad y que, en lugar de perseguir el conocimiento de la verdad, hace de su religión la búsqueda de alguna falta de carácter o error de fe en aquellos con quienes no están de acuerdo. Estas personas son la mano amiga de Satanás. Los acusadores de los hermanos no son pocos. Siempre están trabajando cuando Dios está trabajando, y Sus siervos le rinden verdadero homenaje. Darán un color falso a las palabras y acciones de quienes aman y obedecen la verdad. Representarán a los siervos de Cristo más ardientes, celosos y abnegados como engañadores y engañados. Su trabajo es distorsionar los motivos de cada acción verdadera y noble, hacer circular insinuaciones y despertar sospechas en las mentes de los inexpertos. De todas las formas imaginables buscarán hacer que lo que es puro y justo sea visto como odioso y engañoso.

Pero nadie debe dejarse engañar por ellos. Uno puede ver fácilmente de quién son hijos, qué ejemplo y qué trabajo siguen. "Por sus frutos los conoceréis". (Mateo 7:16). Su conducta se parece a la de Satanás, el abominable calumniador, "el acusador de nuestros hermanos" (Apocalipsis 12:10).

El gran engañador tiene muchos agentes dispuestos a presentar todo tipo de errores para atrapar a las almas: herejías preparadas para satisfacer los diversos gustos y capacidades de aquellos a quienes desea arruinar. Su objetivo es traer a la iglesia elementos no sinceros y no regenerados, que fomentarán la duda y la incredulidad, impidiendo que todos los que deseen ver la obra de Dios progresen, y con ella avancen. Muchos que no tienen verdadera fe en Dios o Su Palabra aceptan ciertos principios de verdad y se hacen pasar por cristianos. De esta manera pueden infiltrar sus errores como doctrinas bíblicas.

La posición de que lo que los hombres creen no tiene importancia es uno de los engaños más exitosos de Satanás. Sabe que la verdad recibida con amor santifica el alma de quien la recibe. Por lo tanto, busca constantemente reemplazarlo con teorías y fábulas falsas u otro evangelio. Desde el principio, los siervos de Dios han luchado contra los falsos maestros, no simplemente como hombres pervertidos, sino como propagadores de falsedades fatales para el alma. Elías, Jeremías, Pablo, se opusieron firme y valientemente a aquellos que alejaban a los hombres de la Palabra de Dios. La tolerancia que considera sin importancia una fe religiosa correcta no encontró el favor de aquellos santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones vagas y fantasiosas de las Escrituras y las muchas teorías contradictorias sobre la fe religiosa que se encuentran en el mundo cristiano son obra de nuestro gran adversario para confundir las mentes de modo que no puedan discernir la verdad. Y la discordia y división que existen entre las iglesias de la cristiandad se deben, en gran parte, a la costumbre prevaleciente de distorsionar las Escrituras para apoyar una teoría favorita. En lugar de estudiar cuidadosamente la Palabra de Dios con humildad de corazón para obtener conocimiento de Su voluntad, muchos sólo buscan descubrir algo especial o único.

Para apoyar doctrinas erróneas o prácticas anticristianas, algunos se aferran a pasajes bíblicos separados del contexto, tal vez citando medio versículo como prueba de su punto de vista, cuando la parte restante, si se mostrara, tomaría todo el significado opuesto. Con perspicacia de serpiente, se atrincheraron detrás de declaraciones incoherentes preparadas para satisfacer sus deseos carnales. Muchos pervierten deliberadamente la Palabra de Dios de esta manera. Otros, poseedores de una imaginación activa, se aferran a figuras y símbolos de las Sagradas Escrituras, interpretándolos según su imaginación, teniendo poco en cuenta el testimonio de las Escrituras como su propio intérprete, y luego presentando sus propias fantasías como las enseñanzas de la Biblia. . .

Siempre que se emprenda el estudio de las Escrituras sin oración y sin un espíritu dócil y humilde, los pasajes más claros y simples, así como los más difíciles, quedarán desviados de su verdadero significado. Los líderes papales seleccionan porciones de las Escrituras que mejor sirven a su propósito, las interpretan como mejor les parece y luego las presentan al pueblo, mientras les niegan el privilegio de estudiar la Biblia y comprender sus verdades sagradas por sí mismos. La Biblia completa debe entregarse a la gente tal como está escrita. Después de todo, sería mejor para ellos no recibir instrucción bíblica que recibir enseñanza bíblica tan brutalmente distorsionada.

La Biblia tenía como objetivo ser una guía para todos los que desean familiarizarse con la voluntad de su Creador. Dios ha dado a los hombres la palabra segura de profecía. Los ángeles y

Cristo mismo vino a dar a conocer a Daniel y a Juan las cosas que pronto debían suceder. Estos importantes asuntos que conciernen a nuestra salvación no han quedado envueltos en un velo de misterio. No fueron reveladas de tal manera que causen perplejidad y engañen al buscador honesto de la verdad. El Señor dijo a través del profeta Habacuc: "Escribe la visión y hazla claramente legible... para que el que pase corriendo pueda leerla". (Hab. 2:2). La Palabra de Dios es clara para todo aquel que la estudia con corazón contrito. Toda alma verdaderamente sincera vendrá a la luz de la verdad. "Para los justos se siembra luz" (Sal. 97). : 11) Y ninguna iglesia puede progresar en la santidad a menos que sus miembros busquen fervientemente la verdad, como un tesoro escondido.

Al grito de la liberalidad, los hombres se vuelven ciegos ante los engaños del adversario, mientras éste se encuentra trabajando permanentemente y con firmeza hacia la realización de su objetivo. Cuando logra superar la Biblia a través de la especulación humana, la ley de Dios queda de lado y las iglesias se encuentran bajo la esclavitud del pecado, aunque se proclamen libres de él.

Para muchos, la investigación científica se ha convertido en una maldición. Dios permitió que un torrente de luz se derramara sobre el mundo, en descubrimientos científicos y artísticos. Pero incluso las mentes más brillantes, si no se guían por la Palabra de Dios en sus investigaciones, quedarán desconcertadas en sus intentos de investigar las relaciones entre la ciencia y la Revelación.

El conocimiento humano, tanto de las cosas materiales como espirituales, es parcial e imperfecto. Por lo tanto, muchos no pueden armonizar sus opiniones científicas con las declaraciones de las Escrituras. Muchos aceptan meras teorías y especulaciones como hechos científicos y sienten que la Palabra de Dios debe ser probada por las enseñanzas de la "falsamente llamada ciencia". El Creador y Sus obras están más allá de vuestro entendimiento; y como no pueden explicarlos mediante leyes naturales, la historia bíblica se considera poco confiable. Quienes dudan de la fiabilidad de los registros del Antiguo y Nuevo Testamento muy a menudo van un paso más allá y dudan de la existencia de Dios y atribuyen un poder infinito a la Naturaleza. Habiendo soltado su ancla, se les deja estrellarse contra los arrecifes de la incredulidad.

Por eso muchos se extravían de la fe y son seducidos por el diablo. Los hombres se han esforzado por ser más sabios que su Creador; La filosofía humana ha tratado de penetrar y explicar misterios que nunca serán revelados ni siquiera durante todas las edades eternas. Si los hombres investigaran y entendieran lo que Dios ha dado a conocer acerca de sí mismo y de sus propósitos, obtendrían tal visión de la gloria, la majestad y el poder de Jehová, que llegarían a ser conscientes de su propia finitud, contentándose con lo que les ha sido revelado. ellos mismos y sus hijos.

La obra maestra del engaño de Satanás es mantener las mentes de los hombres buscando y conjeturando acerca de lo que Dios no ha hecho saber y que no desea que entendamos. Así perdió Lucifer su lugar en el Cielo. Estaba insatisfecho porque no le habían sido confiados todos los secretos de los propósitos de Dios. Luego hizo caso omiso por completo de lo revelado acerca de su propia obra, en la exaltada posición que le había sido asignada. Incitando el mismo descontento en los ángeles bajo su mando, provocó su caída. Ahora el arcángel caído busca llenar la mente de los hombres con el mismo espíritu, llevándolos también a faltar el respeto a los mandamientos directos de Dios.

Los que no están dispuestos a aceptar las verdades claras y tajantes de la Biblia buscan continuamente fábulas agradables para calmar sus conciencias. Cuanto menos espirituales, abnegadas y humillantes sean las doctrinas presentadas, mayor será el favor con el que se reciban. Estas personas degradan sus facultades intelectuales a

servir a sus deseos carnales. Demasiado sabios en su propio sentido para examinar las Escrituras con contrición de alma y oración ferviente pidiendo guía divina, quedan sin defensa contra el engaño. Satanás está dispuesto a conceder el deseo del corazón y presenta sus engaños en lugar de la verdad. Así es como el papado ganó su dominio sobre las mentes de los hombres, y al rechazar la verdad, ya que implica una cruz, los protestantes están siguiendo el mismo camino. Todos los que descuidan la Palabra de Dios para estudiar la conveniencia y la política, para no estar en desacuerdo con el mundo, recibirán una herejía deplorable en lugar de la verdad religiosa.

Cualquier forma concebible de error será aceptada por aquellos que deliberadamente rechazan la verdad. Quien mira con horror un error aceptará fácilmente otro. El apóstol Pablo, hablando de personas que "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos", declara: "Por esto Dios les enviará la operación del error, para que crean la mentira, para que todos sean juzgados". que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad" (II Tes. 2:10-12). Con tal advertencia ante nosotros, nos corresponde estar en guardia con respecto a las doctrinas que recibimos.

Entre las actividades más exitosas del gran engañador se encuentran las enseñanzas engañosas y las maravillas mentirosas del espiritismo. Disfrazado de ángel de luz, tiende sus redes donde menos se lo espera. Si los hombres estudiaran el Libro de Dios con ferviente oración para poder comprenderlo, no se quedarían en tinieblas para recibir falsas doctrinas. Pero como rechazan la verdad, caen presa del engaño.

Otro error grave es la doctrina que niega la divinidad de Cristo, afirmando que Él no existía antes de Su venida a este mundo. Esta teoría es recibida con agrado por una inmensa clase que profesa creer en la Biblia; Sin embargo, esta teoría contradice las declaraciones más claras de nuestro Salvador acerca de Su relación con el Padre, Su carácter divino y Su preexistencia. No se puede recibir sin cometer la más irracional perversión de las Escrituras. Esto no sólo rebaja las concepciones que el hombre tiene sobre la obra de la redención, sino que también socava la fe en la Biblia como revelación de Dios. Si bien esto lo hace más peligroso, también lo hace más difícil de afrontar. Si los hombres rechazan el testimonio de las Escrituras inspiradas acerca de la divinidad de Cristo, es inútil discutir con ellos sobre este punto; porque ningún argumento, por concluyente que fuera, podría convencerlos. "El hombre natural no entiende las cosas del Espíritu de Dios, porque le parecen locura; y no puede entenderlas, porque se disciernen espiritualmente". (I Corintios 2:14). Nadie que defienda este error puede tener una concepción verdadera del carácter o misión de Cristo o del gran plan de Dios para la redención del hombre.

Otro error sutil y maligno es la creencia que se está extendiendo rápidamente de que Satanás no existe como ser personal; que este nombre se usa en las Escrituras simplemente para representar los malos pensamientos y deseos del hombre.

La enseñanza tan ampliamente difundida desde los púlpitos populares de que la segunda venida de Cristo es Su venida a cada individuo en el momento de la muerte es un truco astuto para desviar las mentes de los hombres de Su venida personal en las nubes del cielo. Durante años Satanás ha estado diciendo: "He aquí, él está dentro de la casa" (Mateo 24:23-26); y muchas almas se han perdido por aceptar esta mentira.

La sabiduría mundana enseña que la oración no es esencial. Los hombres de ciencia declaran que no puede haber una verdadera respuesta a la oración; que esto sería una violación de la ley, un milagro, y los milagros no existen. El Universo, dicen, se rige por leyes fijas y Dios mismo no hace nada que sea contrario a estas leyes. Así, representan a Dios sujeto a sus propias leyes, como si la operación de las leyes divinas pudiera excluir la libertad de Dios. Tal enseñanza se opone al testimonio.

de las Escrituras. ¿No realizaron Cristo y sus apóstoles milagros? El mismo Salvador compasivo vive hoy y está tan dispuesto a escuchar la oración de fe como cuando caminaba visiblemente entre los hombres. Lo natural coopera con lo sobrenatural. Es parte del plan de Dios concedernos, en respuesta a la oración de fe, lo que Él no nos daría si no lo pidiéramos.

Son innumerables las doctrinas erróneas y las ideas imaginarias que se están arraigando entre las iglesias de la cristiandad. Es imposible estimar los malos resultados de quitar uno de los hitos que han sido fijados por la Palabra de Dios. Son pocos los que se atreven a hacer esto y se detienen en el rechazo de una sola verdad. La mayoría continúa dejando de lado, uno tras otro, los principios de la verdad, hasta convertirse en verdaderos incrédulos.

Los errores de la teología popular han inducido al escepticismo a muchas almas que de otro modo habrían creído en las Escrituras. Les resulta imposible aceptar doctrinas que escandalizan su sentido de justicia, misericordia y benevolencia; y una vez que éstas se presentan como enseñanzas de la Biblia, se niegan a recibirla como la Palabra de Dios.

Y esta es la intención que Satanás busca lograr. No hay nada que desee más que destruir la confianza en Dios y Su Palabra. Satanás está a la cabeza del gran ejército de los que dudan y trabaja con su máximo poder para ganar almas para sus filas. Se está poniendo de moda dudar. Hay una vasta clase que mira con recelo la Palabra de Dios, por la misma razón que su Autor, porque censura y condena el pecado. Los que no están dispuestos a obedecer sus exigencias se esfuerzan por destruir su autoridad. Leen la Biblia o escuchan sus enseñanzas tal como se exponen desde el púlpito sagrado simplemente para encontrar fallas en ellas o en el sermón.

No pocos se vuelven incrédulos para justificar o excusar su negligencia en el deber. Otros adoptan principios escépticos por orgullo o indolencia. Demasiado amantes de la autocomplacencia como para dedicarse al cumplimiento de cualquier cosa digna de honor, que requiera compromiso y abnegación, buscan asegurarse una reputación de poseedores de una sabiduría superior mediante la crítica de la Biblia. Hay muchas cosas en las Escrituras que la mente finita, no iluminada por la sabiduría divina, es incapaz de comprender; y por eso encuentran ocasión de criticarlo. Hay muchos que parecen pensar que es una virtud.

poner del lado de la incredulidad, el escepticismo y la infidelidad. Pero, bajo la apariencia de sinceridad, quedará claro que estas personas están impulsadas por la confianza en sí mismas y el orgullo. Muchos se deleitan en encontrar algo en las Escrituras que confunda la mente de los demás. Algunos inicialmente critican y discuten, por simple amor a la controversia. No entienden que están cayendo en las trampas del depredador.

Pero, habiendo expresado abiertamente su incredulidad, sienten que deben mantener su posición. Así se unen a los malvados y se cierran las puertas del paraíso.

Dios ha dado en Su Palabra evidencia suficiente de Su carácter divino. Se muestran claramente las grandes verdades acerca de nuestra redención. Con la ayuda del Espíritu Santo, prometido a todos los que lo buscan sinceramente, cada hombre puede comprender estas verdades por sí mismo. Dios ha dado a los hombres un fundamento sólido sobre el cual descansar su fe.

Sin embargo, las mentes finitas de los hombres no son capaces de comprender plenamente los planes y propósitos del Infinito. Nunca podremos descubrir a Dios a través de la investigación. No debemos intentar con mano presuntuosa levantar la cortina detrás de la cual Él vela Su majestad. El apóstol exclama: "¡Cuán inescrutables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33). Podemos comprender sus tratos con nosotros y los motivos por los cuales actúa, de modo que podamos discernir su amor y misericordia ilimitados combinados con un poder infinito. nuestro padre celestial

ordena todas las cosas con sabiduría y justicia, y no debemos estar descontentos y desconfiados, sino inclinarnos en reverente sumisión. Él nos revelará mucho de Sus propósitos, por mucho que sea para nuestro bien saberlo, y más que debemos confiar en la Mano que es omnipotente, en el Corazón que está lleno de amor.

Aunque Dios nos ha dado amplia evidencia a favor de la fe, nunca ha eliminado toda excusa para la incredulidad. Todo aquel que busque ganchos para colgar sus dudas los encontrará. Y aquellos que se niegan a aceptar y obedecer la Palabra de Dios hasta que se elimine toda objeción y no haya más lugar para la duda, nunca llegarán a la luz.

La desconfianza en Dios es el resultado natural de un corazón no renovado, que es en enemistad contra Él. Pero la fe es inspirada por el Espíritu Santo y florecerá sólo a medida que se cultive. Ningún hombre puede fortalecerse en la fe sin un esfuerzo decidido. La incredulidad se fortalece cuando se la alienta, y si los hombres, en lugar de insistir en las evidencias que Dios les ha dado para sostener su fe, se permiten cuestionar y cavilar, encontrarán que sus dudas se vuelven aún más confirmadas.

Pero aquellos que dudan de las promesas de Dios y desconfían de la certeza de Su gracia, lo están deshonrando; y su influencia, en lugar de atraer a otros a Cristo, tiende a alejarlos de él. Se trata de árboles improductivos que extienden ampliamente sus ramas oscuras, impidiendo que la luz del sol incida sobre otras plantas y provocando que se atrofien y mueran bajo la sombra gélida. La obra de estas personas aparecerá como un testigo inflexible en su contra. Están sembrando duda y escepticismo y producirán una cosecha inagotable.

Sólo hay un camino a seguir para todos los que sinceramente desean estar libres de sus dudas. En lugar de cuestionar y cavilar sobre lo que no pueden entender, déjenles escuchar la luz que ya brilla sobre ellos y recibirán mayor luz. Cumplid todos los deberes que ya tenéis claros en vuestro entendimiento, y podréis comprender y cumplir aquellos sobre los que todavía tenéis dudas.

Satanás puede presentar una falsificación tan similar a la verdad que engañe a aquellos que están dispuestos a dejarse engañar, que desean escapar de la abnegación y el sacrificio que exige la verdad. Pero le es imposible mantener bajo su poder a una sola alma que sinceramente desee conocer la verdad a cualquier precio. Cristo es la verdad y la "luz que alumbró a todo hombre que viene al mundo" (Juan 1:9). El Espíritu de verdad fue enviado para guiar a los hombres a toda la verdad. Y por la autoridad del Hijo de Dios se declara: "Buscad y encontraréis". "Si alguno quiere hacer su voluntad, por la misma doctrina sabrá si es de Dios". (Mateo 7:7; Juan 7:17).

Los seguidores de Cristo saben poco de las maquinaciones que Satanás y sus huestes están tramando contra ellos. Sin embargo, Aquel que está sentado en los Cielos se encargará de que todas estas estrategias estén dirigidas al cumplimiento de Sus profundos designios. El Señor permite que su pueblo sea sometido a la prueba de fuego de la tentación, no porque se complace en su aflicción y angustia, sino porque este proceso es esencial para su victoria final. Él no pudo, de acuerdo con Su propia gloria, protegerlos de la tentación, porque el propósito de la prueba es prepararlos para resistir todas las atracciones del mal.

Ni los hombres malvados ni los demonios pueden impedir la obra de Dios u ocultar su presencia a su pueblo si ellos, con corazones contritos y sumisos, confiesan y abandonan sus pecados, y con fe reclaman sus promesas. Toda tentación, toda influencia contraria, ya sea abierta o secreta, puede ser vencida con éxito, "no con fuerza ni con violencia, sino con mi Espíritu, dice el Señor de los ejércitos".

(Zacarías 4:6).

"Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones... ¿Y quién es aquel que os hará daño si sois celosos del bien?" (I Pedro 3:12 y 13). Cuando Balaam, atraído por la promesa de ricas recompensas, lanzó hechizos sobre Israel, y mediante sacrificios al Señor trató de invocar una maldición sobre su pueblo, el Espíritu del Señor impidió el mal que pretendía pronunciar, y Balaam se vio obligado a hacerlo. decir: "¿Cómo maldeciré al que Dios no maldice? ¿Y cómo puedo odiar si el Señor no odia?" "Que mi alma muera la muerte de los justos, y mi fin sea como el tuyo". Cuando se ofreció nuevamente el sacrificio, el malvado profeta declaró: "He aquí, se me ha ordenado bendecir, porque él ha bendecido, y yo no puedo revocarlo. No vio iniquidad en Israel, ni vio maldad en Jacob; Jehová su Dios está con él, y en él, y grito de Rey se oye entre ellos." "Porque no hay poder contra Jacob, ni hay uso de adivinación contra Israel.

En este tiempo se dirá de Jacob y de Israel: ¡Qué cosas ha hecho Dios!" (Núm. 23:8, 10, 21 y 23). Aún así se erigió un tercer altar y nuevamente Balaam intentó lanzar una maldición. Pero, a través de los reacios En labios del profeta, el Espíritu de Dios declaró la prosperidad de sus elegidos, y reprendió la necedad y la maldad de sus enemigos: "Bienaventurados los que te bendicen, y malditos los que te maldicen" (Núm. .24:9).

En aquel tiempo, el pueblo de Israel era fiel a Dios y, mientras permanecieran en obediencia a Su ley, ningún poder terrenal o infernal podría prevalecer contra ellos. Pero la maldición que a Balaam no se le permitió pronunciar sobre el pueblo de Dios, finalmente logró traerla sobre ellos seduciéndolos al pecado. Al transgredir los mandamientos de Dios, se separaron de Él y quedaron sintiendo el poder del destructor.

Satanás es muy consciente de que el alma más débil que queda en Cristo es más que suficiente para enfrentar las huestes de las tinieblas, y que, si se revelara abiertamente, sería enfrentado y derrotado. Por lo tanto, busca sacar a los soldados de la cruz de sus poderosas fortalezas, mientras acecha con sus fuerzas, listo para destruir a todo aquel que se aventure en su terreno. Sólo mediante una confianza humilde en Dios y la obediencia a todos Sus mandamientos podemos estar seguros.

Ningún hombre o mujer está a salvo durante un día o una hora sin oración.

Especialmente debemos pedirle al Señor sabiduría para entender Su Palabra. Allí se revelan los engaños del tentador y los medios por los cuales se puede resistir con éxito. Satanás es un experto en citar las Escrituras, dando su propia interpretación a pasajes con los que espera hacernos tropezar. Debemos estudiar la Biblia con humildad de corazón, sin perder nunca de vista nuestra sujeción a Dios.

Si bien debemos protegernos constantemente contra las trampas de Satanás, debemos orar continuamente con fe: "No nos dejes caer en la tentación".

Capítulo 33

El primer gran error

En los primeros tiempos de la historia del hombre, Satanás comenzó sus esfuerzos por engañar a nuestra raza. Aquel que había incitado a la rebelión en el Cielo deseaba llevar a los habitantes de la Tierra a unirse a él en su lucha contra el gobierno de Dios. Adán y Eva habían sido perfectamente felices en obediencia a la Ley de Dios, y este hecho fue un testimonio constante contra la afirmación que Satanás había hecho en el Cielo de que la Ley de Dios era opresiva y contraria al bien de Sus criaturas. Y, además, la envidia de Satanás se despertó al ver la hermosa morada preparada para la pareja sin pecado. Decidió provocar su caída, para que, habiéndolos separado una vez de Dios y puesto bajo su poder, pudiera tomar posesión de la tierra y establecer allí su reino, en oposición al Altísimo.

Si Satanás se hubiera revelado en su verdadero carácter, habría sido rechazado instantáneamente, porque Adán y Eva habían sido advertidos contra este peligroso enemigo, pero él trabajó en las sombras, encubriendo su propósito, para poder lograr su objetivo con mayor eficacia. Empleando como medio a la serpiente, que entonces era una criatura de apariencia fascinante, se dirigió a Eva diciendo: “¿Es así que dijo Dios: No comeréis de todo árbol del jardín?” (Génesis 3:1). Si se hubiera negado a discutir con el tentador, habría estado a salvo; pero ella se atrevió a razonar con él y cayó víctima de sus engaños. Así son muchos los que siempre salen derrotados. Dudan y discuten con respecto a los requisitos de Dios, y en lugar de obedecer los mandatos divinos, aceptan teorías humanas que no hacen más que encubrir los engaños de Satanás.

“La mujer le dijo: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, Dios ha dicho: No comeréis de él, ni tócalo, para que no mueras. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No morirás. Porque Dios sabe que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y conoceréis el bien y el mal como Dios” (Génesis 3:2-5). Declaró que llegarían a ser como Dios, poseedores de mayor sabiduría que antes, y que podrían entrar en un estado superior de existencia. Eva cedió a la tentación; y por su influencia Adán fue inducido a pecar. Aceptaron las palabras de la serpiente de que Dios no quiso decir lo que realmente dijo; desconfiaban de su Creador e imaginaban que Él coartaba su libertad y que podían obtener gran sabiduría y exaltación transgrediendo Su Ley.

Pero, ¿cuál entendió Adán, después de su pecado, que era el significado de las palabras: “el día que de él comieres, ciertamente morirás”? ¿Los vio significar, como Satanás le había hecho creer, que estaba a punto de ser conducido a un estado de existencia más exaltado? Entonces ciertamente se habría obtenido un gran bien mediante la transgresión, y Satanás habría demostrado ser un benefactor de la raza. Sin embargo, Adán demostró que ese no era el significado de la declaración divina. Dios declaró que, como castigo por su pecado, el hombre debe regresar a la tierra de la que fue tomado: “polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19). Las palabras de Satanás, “serán abiertos vuestros ojos”, resultaron ser ciertas sólo en este sentido: después de que Adán y Eva desobedecieron a Dios, sus ojos se abrieron para discernir su necesidad; conocieron el mal y probaron el fruto amargo de la transgresión.

En medio del Edén crecía el árbol de la vida, cuyo fruto tenía el poder de perpetuar la vida. Si Adán hubiera permanecido obediente a Dios, habría tenido derecho a libre acceso a este árbol y habría vivido eternamente. Pero cuando pecó, fue privado de participar del árbol de la vida y quedó sujeto a la muerte. La sentencia divina: “polvo eres, y al polvo volverás”, apunta a la completa extinción de la vida.

La inmortalidad, prometida al hombre a condición de obediencia, se perdió por la transgresión. Adán no pudo transmitir a su posteridad lo que no poseía; y no habría habido esperanza para la raza caída si Dios, mediante el sacrificio de su Hijo, no hubiera puesto la inmortalidad a su alcance. Mientras que “así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, Cristo “sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (Romanos 5:12, II Timoteo 1:10). Y sólo a través de Cristo se puede obtener la inmortalidad. Jesús dijo: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; Pero el que se rebela contra el Hijo no verá la vida” (Juan 3:36). Todo hombre puede adquirir esta inmensurable bendición si cumple las condiciones. Todos “los que, perseverando en hacer el bien, buscan la gloria y la honra y la inmortalidad”, recibirán la vida eterna (Romanos 2:7).

El único que le prometió a Adán vida eterna en desobediencia fue el gran engañador. Y la declaración de la serpiente a Eva en el Edén – “ciertamente no morirás” – Fue el primer sermón predicado sobre la inmortalidad del alma. Y esta misma declaración, fundada únicamente en la autoridad de Satanás, ha resonado desde los púlpitos de la cristiandad y es recibida por la mayoría de la humanidad tan fácilmente como la recibieron nuestros primeros padres. A la sentencia divina: “El alma que pecare, morirá” (Ezequiel 18:20), se le da el siguiente significado: el alma que peca no morirá, sino que vivirá eternamente. No podemos dejar de admirar la extraña obstinación a la que ceden los hombres tan crédulos con respecto a las palabras de Satanás y tan incrédulos con respecto a las palabras de Dios.

Si el hombre, después de su caída, hubiera tenido libre acceso al árbol de la vida, habría vivido para siempre y, por tanto, el pecado habría sido inmortalizado. Pero un querubín y una espada de fuego guardaban “el camino al árbol de la vida” (Génesis 3:24), y a ningún miembro de la familia de Adán se le ha permitido atravesar esta barrera y participar del fruto de la vida. Luego no hay pecadores inmortales.

Pero después de la caída, Satanás ordenó a sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para inculcar la creencia en la inmortalidad natural del hombre; y habiendo inducido a la gente a recibir este error, debían llevarlos a la conclusión de que el pecador viviría en eterna miseria. Ahora el príncipe de las tinieblas, obrando a través de sus agentes, presenta a Dios como un tirano vengativo, declarando que arroja al infierno a todos los que no le agradan, y les hace sentir para siempre los efectos de su ira; y que mientras sufren angustias inexpressables y se retuercen en las llamas eternas, su Creador los mira con satisfacción.

Así el archienemigo revierte al Creador y Benefactor de la humanidad con sus propios atributos. La crueldad es satánica. Dios es Amor; y todo lo que Él creó era puro, santo y hermoso, hasta que el primer gran rebelde introdujo el pecado. El mismo Satanás es el enemigo que tienta al hombre a pecar y luego lo destruye si puede; cuando se asegura de su víctima, se regocija por la ruina que ha causado. Si se le permitiera, encarcelaría a toda la raza humana en su red. Si no fuera por la intervención del poder divino, ningún hijo o hija de Adán escaparía.

Él busca vencer a los hombres hoy, como venció a nuestros primeros padres, sacudiendo su confianza en su Creador y haciéndoles dudar de la sabiduría de su gobierno y de la justicia de sus leyes. Satanás y sus emisarios representan a Dios como peor que ellos mismos, para justificar su propia maldad y rebelión. El Grande

El engañador se esfuerza por atribuir su horrible crueldad de carácter a nuestro Padre celestial, para aparecer como el más perjudicado por su expulsión del cielo, porque no se sometió a un gobierno tan injusto. Presenta al mundo la libertad que pueden disfrutar bajo su tierno gobierno, en contraste con la esclavitud impuesta por los severos decretos de Jehová. De esta manera logra desviar a las almas de su pacto con Dios.

Cuán repugnante para todo sentimiento de amor y misericordia e incluso para nuestro sentimiento de justicia es la doctrina de que después de la muerte los impíos muertos son atormentados con fuego y azufre en un infierno eternamente ardiente, que por los pecados de una corta vida terrenal deben sufrir tormento. mientras Dios viva. Sin embargo, esta doctrina generalmente se ha enseñado ampliamente y todavía está incorporada en muchos de los credos de la cristiandad. Un erudito doctor en teología dijo: “El espectáculo de los tormentos del infierno aumentará para siempre el gozo de los santos. Cuando vean a otros seres de su misma naturaleza y que nacieron en las mismas circunstancias, inmersos en tanta miseria, mientras ellos se encuentran en una situación tan diferente, sentirán en mayor grado el disfrute de su felicidad”. Otro usó las siguientes palabras: “Mientras el decreto de reprobación se ejecuta eternamente sobre los objetos de ira, el humo de sus tormentos estará eternamente elevándose ante los ojos de aquellos que son objetos de misericordia, quienes, en lugar de simpatizar con ellos, se compadecerán de ellos. exclamar: ¡Amén! ¡Aleluya! ¡Adora al Señor!

¿En qué parte de las páginas de la Palabra de Dios se puede encontrar tal enseñanza? ¿Estarán los redimidos en el Cielo desprovistos de todo sentimiento de piedad y compasión, e incluso de una ligera muestra de humanidad? ¿Serán estos sentimientos reemplazados por la indiferencia de los insensibles o la crueldad del bárbaro? No, no, esa no es la enseñanza del Libro de Dios. Las opiniones expresadas anteriormente pueden provenir de hombres educados e incluso honestos, pero están engañados por los sofismas de Satanás. Los lleva a caracterizar erróneamente expresiones claras de las Sagradas Escrituras, dando al lenguaje el color de amargura y malignidad que le pertenece a él, pero no al Creador. “Vivo yo, dice el Señor Dios, que no me complazco en la muerte del impío, sino en que el impío se aparte de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos, porque ¿por qué habéis de morir, oh casa de Israel? (Ezequiel 33:11).

¿Qué ganaría Dios si admitiéramos que se deleita en presenciar torturas incesantes? ¿Quién se alegra de los gemidos, gritos de dolor e imprecaciones de las criaturas sufrientes que mantiene en las llamas del infierno? ¿Pueden estos horribles sonidos ser música en los oídos de Infinite Love? Se alega que imponer una miseria sin fin a los malvados debería mostrar el odio de Dios hacia el pecado como un mal que es ruinoso para la paz y el orden del universo. ¡Oh, terrible blasfemia! Como si el odio de Dios hacia el pecado fuera la razón por la que Él perpetúa el pecado. Porque, según las enseñanzas de estos teólogos, la tortura continuada sin esperanza de misericordia enloquece a sus desafortunadas víctimas, y al expresar su ira con maldiciones y blasfemias, aumentan su carga de culpa. La gloria de Dios no aumenta al aumentar y perpetuar continuamente el pecado a través de los siglos incesantes.

Está más allá del poder de la mente humana estimar el mal que ha causado la herejía del tormento eterno. La religión de la Biblia, llena de amor y bondad y abundante en compasión, está oscurecida por la superstición y revestida de terror. Cuando consideramos con qué falsos colores Satanás ha pintado el carácter de Dios, ¿podemos sorprendernos de que nuestro misericordioso Creador sea incrédulo, temido e incluso odiado? Las impactantes ideas acerca de Dios que se han propagado

acerca del mundo a partir de las enseñanzas desde el púlpito ha hecho que miles, más, millones de escépticos e infieles.

La teoría del tormento eterno es una de las falsas doctrinas que constituyen el vino de abominaciones de Babilonia, que da a beber a todas las naciones” (Apocalipsis 14:8, 17:2). Que los ministros de Cristo pudieran haber aceptado esta herejía y proclamarla desde el púlpito sagrado es verdaderamente un misterio. Que lo reciban de Roma, como también recibieron el falso sábado. Es cierto que ha sido enseñada por grandes y buenos hombres; pero no se les había dado la luz en este asunto como a nosotros. Eran responsables únicamente de la luz que brilló en su época; tenemos que responder por el que brilla en nuestros días. Si nos apartamos del testimonio de la Palabra de Dios y aceptamos falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condenación pronunciada sobre Babilonia, estamos bebiendo el vino de sus abominaciones.

Una gran clase de personas a quienes la doctrina del tormento eterno les resulta repugnante se dirigen hacia el error opuesto. Ven que las Escrituras representan a Dios como un ser de amor y compasión, y no pueden creer que Él entregaría a Sus criaturas a las llamas de un infierno eternamente ardiente. Pero al abrazar la creencia de que el alma es inmortal por naturaleza, no ven otra alternativa que concluir que toda la humanidad finalmente se salvará. Muchos consideran que las amenazas de la Biblia tienen como único objetivo asustar a los hombres para que obedezcan y no tienen que cumplirse literalmente. De esta manera, el pecador puede vivir en placeres egoístas, ignorando los requisitos de Dios y aún esperando ser finalmente recibido en Su favor. Tal doctrina, que presume la misericordia de Dios, pero ignora su justicia, agrada al corazón carnal y alienta a los impíos en su iniquidad.

Para mostrar cómo aquellos que creen en la salvación universal tergiversan el significado de las Escrituras para apoyar sus dogmas que destruyen el alma, simplemente cite sus propias declaraciones. En el funeral de un joven ateo, que murió instantáneamente en un accidente, un ministro universalista seleccionó como texto la declaración de las Escrituras acerca de David: “Se había consolado de Amnón, que estaba muerto” (2 Samuel 13:39). .

“A menudo me preguntan”, dijo el orador, “cuál será el destino de aquellos que dejan el mundo en pecado, muriendo, tal vez, en estado de ebriedad, o que mueren con las manchas de sangre del crimen sin lavar en sus ropas, o que mueren como murió este joven, sin haber hecho nunca una profesión ni haber tenido una experiencia de religión. Contentémonos con las Escrituras, su respuesta resolverá el tremendo problema. Amnón era extremadamente pecador; no se arrepintió, se emborrachó y estando borracho lo mataron. David era un profeta de Dios, debió saber si Amnón sería bueno o malo en el mundo venidero. ¿Cuáles fueron las expresiones de tu corazón? 'El alma del rey David deseaba ver a Absalón, porque se consolaba de Amnón, al ver que estaba muerto.'

“¿Qué debemos deducir de estas palabras? ¿No es que el sufrimiento sin fin no era parte de su creencia religiosa? Así lo entendemos, y aquí encontramos un argumento triunfante en apoyo de la hipótesis más agradable, más ilustrada y más benévola de pureza, paz y universalidad definitivas. Se consoló al ver que su hijo estaba muerto. ¿Es porque? Porque con el ojo de la profecía podía mirar hacia el futuro glorioso y ver a ese hijo alejado de todas las tentaciones, liberado del cautiverio y purificado de las corrupciones del pecado, y después de haber sido suficientemente purificado e iluminado, admitido en la asamblea de espíritus elevados y felices. Su único consuelo fue que, apartado del actual estado de pecado y sufrimiento, su amado hijo había ido a donde se respiraban los más sublimes hálitos del Santo.

El Espíritu se derramaría sobre su alma oscurecida; donde su mente estaría abierta a la sabiduría del Cielo y a los dulces éxtasis del amor inmortal, y así preparada con una naturaleza santificada para disfrutar del descanso y la comunión de la herencia eterna.

“En estos pensamientos damos a entender que creemos que la salvación del Cielo no depende de ninguna manera de lo que podamos hacer en esta vida; ni de un cambio de opinión actual, ni de una creencia actual, o una profesión de religión actual”.

Así, el profeso ministro de Cristo reitera la mentira dicha por la serpiente en el Edén: “No moriréis”. “El día que de él comáis, se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios”. Declara que los pecadores más viles (el homicida, el ladrón y el adúltero) estarán preparados después de la muerte para entrar en la gloria inmortal.

¿De dónde saca sus conclusiones este pervertidor de las Sagradas Escrituras? De una simple frase que expresa la sumisión de David a la dispensación de la Providencia. Su alma “deseaba ver a Absalón, porque estaba consolado por Amnón, que había muerto”. La agudeza de este dolor había desaparecido con el tiempo, y sus pensamientos pasaron de la muerte a su hijo vivo, autodesterrado por el miedo a un castigo justo por su crimen. ¡Esto es evidencia de que el incestuoso y ebrio Amnón al morir fue llevado inmediatamente a la morada de la bienaventuranza, para ser purificado y preparado allí para la compañía de los ángeles inmaculados! ¡Una fábula agradable, sin duda, muy adecuada para satisfacer el corazón carnal! Es la propia doctrina de Satanás y efectivamente tiene efecto. ¿Nos sorprendería que con tal instrucción abunde la iniquidad?

La conducta adoptada por este falso maestro ilustra la de muchos otros. Pocas palabras de las Escrituras están separadas de su contexto, lo que, en muchos casos, significaría exactamente lo contrario de la interpretación que se les da; Estos pasajes desconectados están pervertidos y usados para probar doctrinas que no tienen fundamento en la Palabra de Dios. El testimonio citado como evidencia de que el borracho Amnón está en el Cielo es una mera inferencia, directamente contradicha por la declaración clara y positiva de las Escrituras de que ningún borracho heredará el reino de Dios (1 Corintios 6:10). Así es como los escépticos, los incrédulos y los escépticos convierten la verdad en mentira. Y multitudes han sido engañadas por sus sofismas y adormecidas en la cuna de la seguridad carnal.

Si fuera cierto que las almas de todos los hombres pasan directamente al Cielo en la hora de la muerte, entonces bien podríamos añorarla en lugar de la vida. Muchos se han dejado llevar por esta creencia a poner fin a su existencia. Cuando estamos agobiados por problemas, perplejidades y decepciones, parece fácil romper el delicado hilo de la vida y arrojarnos a la bienaventuranza del mundo eterno.

Dios ha dado en Su Palabra evidencia decisiva de que castigará a los transgresores de Su ley. Aquellos que se jactan de que Él es demasiado misericordioso para ejecutar justicia sobre el pecador, sólo tienen que mirar a la cruz del Calvario. La muerte del inmaculado Hijo de Dios testimonia que “la paga del pecado es muerte”

(Romanos 6:23), que cada violación de la ley de Dios debe recibir su justa retribución.

Cristo, el Inmaculado, se hizo pecado por el hombre. Él cargó con la culpa de la transgresión y de ocultar el rostro de Su Padre, Su corazón fue quebrantado y Su vida aniquilada. Y este sacrificio se hizo para que los pecadores pudieran ser redimidos. De ninguna otra manera podría el hombre ser liberado de la pena del pecado. Toda alma que se niegue a ser partícipe de la expiación obtenida a tal precio deberá soportar, en su propia persona, la culpa y el castigo de la transgresión.

Consideremos lo que la Biblia enseña acerca de los malvados y impenitentes, a quienes los universalistas ubican en el Cielo como ángeles santos y felices.

“Al que tenga sed, le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida” (Apocalipsis 21:6). Esta promesa es sólo para aquellos que tienen sed. Nadie excepto aquellos que sienten la

necesidad del agua de la vida y que la buscan a costa de todas las demás cosas, la recibirán. "El que venciere heredará estas cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo".

(Apocalipsis 21:7). Aquí también se especifican las condiciones. Para heredar todas las cosas debemos resistir el pecado y vencerlo.

El Señor declara a través del profeta Isaías: "Decid a los justos que les irá bien". "¡Ay de los malvados! Les será malo, porque según las obras de sus manos serán pagados" (Isaías 3:10 y 11). "Aunque un pecador haga el mal cien veces", dice el sabio, "y sus días sean largos, sé con certeza que a los que temen a Dios les irá bien. Pero a los impíos no les irá bien" (Eclesiastés 8:12 y 13). Y Pablo testifica que el pecador está acumulando para sí "ira para el día de la ira, cuando se revelará el justo juicio de Dios, el cual recompensará a cada uno según sus obras". "Tribulación y angustia sobre toda el alma de todo hombre que hace lo malo" (Romanos 2:6 y 9).

"Ninguno que sea incontinente, o inmundo, o avaro, o que sea idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios" (Efesios 5:5). "Buscad la paz con todos los hombres y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (Hebreos 12:14). "Bienaventurados los que guardan Sus Mandamientos, para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas de la ciudad. Pero afuera están los perros, los hechiceros, los inmundos, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y practica la mentira" (Apocalipsis 22:14 y 15).

Dios ha dado a los hombres una declaración de su carácter y su método para tratar con el pecado. "Señor, Señor Dios, misericordioso, clemente y paciente, y grande en misericordia y fidelidad; El que guarda misericordia para mil generaciones, el que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, pero no absuelve al culpable. (Éxodo 34:6 y 7). "Él destruirá a todos los malvados". "En cuanto a los transgresores, serán destruidos uno por uno; la descendencia de los impíos será exterminada". (Salmo 145:20, 37:38). El poder y la autoridad del gobierno divino se emplearán para subvertir la rebelión y, sin embargo, todas las manifestaciones de su justicia retributiva estarán perfectamente en armonía con el carácter de Dios como ser misericordioso, sufrido y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad ni el juicio de nadie. No le complace la obediencia servil. Él quiere que las criaturas que están fuera de sus manos lo amen porque Él es digno de amor. Él quiere que le obedezcan porque aprecian inteligentemente su sabiduría, justicia y benevolencia. Y todos los que tengan una concepción justa de estas cualidades le amarán porque se sienten atraídos hacia Él por la admiración de sus atributos.

Los principios de bondad, misericordia y amor enseñados y ejemplificados por nuestro Salvador son una transcripción de la voluntad y el carácter de Dios. Cristo declaró que no enseñó nada excepto lo que había recibido de su Padre. Los principios del gobierno divino están en perfecta armonía con el precepto del Salvador: "Amad a vuestros enemigos". Dios ejecuta Su justicia sobre los malvados, para el bien del universo, e incluso para el bien de aquellos sobre quienes caen Sus juicios. Los haría felices si pudiera hacerlo de acuerdo con las leyes de su gobierno y la justicia de su carácter. Los rodea con los toques de su amor, les concede el conocimiento de su ley y los sigue con el ofrecimiento de su misericordia; pero desprecian su amor, anulan su ley y rechazan su misericordia. Mientras reciben continuamente Sus dones, deshonran al Dador; odian a Dios porque saben que Él odia sus pecados. El Señor soporta por mucho tiempo su perversidad, pero llegará la hora decisiva, cuando se decidirá su destino. ¿Unirá entonces a estos rebeldes a su lado? ¿Los obligará a hacer su voluntad?

Aquellos que han elegido a Satanás como líder y han sido controlados por su poder no están preparados para entrar en la presencia de Dios.

El orgullo, el engaño, el libertinaje, la crueldad, echaron raíces en su carácter. Pueden ellos

¿Entrar al Cielo para vivir eternamente con aquellos a quienes despreciaban y odiaban en la Tierra? La verdad nunca será agradable al mentiroso, la mansedumbre no satisfará la vanidad y el orgullo, la pureza no es aceptable para los corruptos, el amor desinteresado no parece atractivo para los egoístas. ¿Qué tipo de alegrías podría ofrecer el Cielo a quienes están completamente absortos en los intereses egoístas de la Tierra?

¿Podrían aquellos cuyas vidas han transcurrido en rebelión contra Dios ser transportados abruptamente al Cielo y presenciar el alto y santo estado de perfección que siempre existe allí, cada alma llena de amor, cada rostro radiante de alegría, la música extasiada en acordes melodiosos que se elevan hacia lo alto? en honor de Dios y del Cordero, y los incesantes rayos de luz que fluyen sobre los redimidos desde el rostro de Aquel que está sentado en el trono, ¿podrían aquellos cuyos corazones están llenos de odio a Dios, a la verdad y a la santidad, unirse con el multitud celestial y unirse a sus sonidos de alabanza? ¿Podrían soportar la gloria de Dios y del Cordero? – No, no, se les dieron años de prueba para que pudieran formar el carácter para el Cielo, pero nunca entrenaron sus mentes para amar la pureza, nunca aprendieron el lenguaje del Cielo y ahora es demasiado tarde. Una vida de rebelión contra Dios los hizo inadecuados para el cielo. Su pureza, santidad y paz serían para ellos un tormento, la gloria de Dios sería para ellos un fuego consumidor. Anhelarían escapar de ese lugar santo. Con gusto recibirían la destrucción, para poder esconderse del rostro de Aquel que murió para redimirlos. El destino de los malvados está determinado por su propia elección. Su exclusión del cielo es un acto de su propia voluntad y un acto de justicia y misericordia por parte de Dios.

Como las aguas del diluvio, las llamas del gran día proclamarán el veredicto de Dios de que los malvados son incurables. No están dispuestos a someterse a la autoridad divina. Han sido ejercitados en rebelión; y cuando la vida termina, es demasiado tarde para desviar la corriente de vuestros pensamientos en la dirección opuesta, demasiado tarde para pasar de la transgresión a la obediencia, del odio al amor.

Al perdonarle la vida a Caín, el homicida, Dios le dio al mundo un ejemplo de lo que sería el resultado de permitir que un pecador siguiera viviendo una vida de maldad desenfrenada. A través de la influencia de las enseñanzas y el ejemplo de Caín, multitudes de sus descendientes fueron llevados al pecado, hasta que “la maldad del hombre era grande en la tierra, y toda mente de su corazón era continuamente mala” “la tierra se corrompió ante los ojos de Dios”. y lleno de violencia” (Génesis 6:5 y 11).

En misericordia para con el mundo, Dios barrió a sus malvados habitantes en los tiempos de Noé y en misericordia destruyó a los corruptos habitantes de Sodoma. Mediante el poder engañoso de Satanás, los obradores de maldad obtienen simpatía y admiración, y así constantemente atraen a otros a la rebelión. Así fue en los días de Caín y Noé, y en los días de Abraham y Lot; y así es en nuestro tiempo. Es en misericordia hacia el universo que Dios finalmente destruirá a los que rechazan su gracia.

“Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). Mientras que la vida es herencia de los justos, la muerte es porción de los impíos. Moisés declaró a Israel: “Mira, hoy propongo la vida y el bien, la muerte y el mal” (Deuteronomio 30:15). La muerte a la que se refieren estas Escrituras no es la pronunciada sobre Adán, pues toda la humanidad sufre el castigo de su transgresión. Es la “muerte segunda” la que se contrasta con la vida eterna.

Como resultado del pecado de Adán, la muerte pasó a toda la raza humana. Todos descienden por igual al sepulcro. Y mediante las disposiciones del plan de salvación todos serán sacados de sus tumbas. "Habrá resurrección así de justos como de injustos" (Hechos 24:15). "Porque así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados" (1 Corintios 15:22). Pero se hace una distinción entre las dos clases que resucitarán. "...todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán: los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida; y los que hicieron lo malo, a resurrección de juicio" (Juan 5:28 y 29). Aquellos que son "considerados dignos" de la resurrección de vida son "bienaventurados y santos". "La muerte segunda no tiene poder sobre éstos"

(Apocalipsis 20:6). Pero aquellos que, mediante el arrepentimiento y la fe, no han obtenido el perdón, deben recibir la pena de la transgresión: "la paga del pecado". Sufrirán castigos variables en duración e intensidad, "según sus obras", pero que finalmente terminarán en la muerte segunda. Como, según su justicia y su misericordia, a Dios le es imposible salvar al pecador en sus pecados, le priva de la existencia a la que sus transgresiones ya habían comprometido y de la que él mismo se ha mostrado indigno. Un escritor inspirado dice: "Un poco más de tiempo y los inicuos ya no existirán; buscarás tu lugar y no lo encontrarás" (Salmo 37:10). Y otro declara: "Serán como si nunca hubieran existido" (Abdías 16). Cubiertos de infamia, caen en el desesperado y eterno olvido.

Así se pondrá fin al pecado, con toda la maldición y ruina que han resultado de él. El salmista dice: "destruyes a los impíos y borras su nombre por los siglos de los siglos; En cuanto a los enemigos, están acabados, sus ruinas son eternas". (Salmo 9:5 y 6). Juan, en el Apocalipsis, esperando la eternidad, escucha una antifona universal de alabanza, sin ser perturbado por ninguna nota de discordia. Se escuchó a todas las criaturas en el Cielo y en la Tierra dando gloria a Dios (Apocalipsis 5:13). No habrá entonces almas perdidas que blasfemen a Dios, retorciéndose en tormento sin fin, no habrá seres retorciéndose en el infierno uniendo sus gritos con los cantos de los elegidos.

Sobre el error fundamental de la inmortalidad natural descansa la doctrina de la conciencia en la muerte, doctrina que, como la del tormento eterno, se opone a las enseñanzas de las Escrituras, a los dictados de la razón y a los sentimientos de la humanidad. Según la creencia popular, los redimidos en el Cielo están al tanto de todo lo que sucede en la Tierra, y en especial de la vida de los amigos que dejaron atrás. Pero, ¿cómo podría ser fuente de alegría para los muertos conocer las aflicciones y angustias de los vivos, ser testigos de los pecados cometidos por sus propios seres queridos y verlos soportar todos los sufrimientos, desilusiones y angustias de la vida? ¿Cuánto de las bendiciones del Cielo disfrutarían aquellos que estarían rondando por sus amigos en la Tierra? ¡Y qué absolutamente repugnante es la creencia de que tan pronto como el aliento abandona el cuerpo, el alma del impenitente es arrojada a las llamas del infierno! ¡En qué abismos de angustia deben hundirse aquellos que ven a sus amigos pasar desprevenidos a la tumba, para entrar en una eternidad de maldición y pecado! Muchos se han vuelto locos por este pensamiento atormentador. ¿Qué dicen las Escrituras acerca de estas cosas? David declara que el hombre no es consciente en la muerte. "Se les apaga el espíritu, y vuelven al polvo; en ese mismo día perecen todos sus planes" (Salmo 146:4). Salomón da el mismo testimonio: "Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben". "El amor, el odio y la envidia hacia ellos ya perecieron; para siempre no tendrán parte en nada de lo que se hace debajo del sol". "Donde vas no hay trabajo, ni planes, ni conocimiento, ni sabiduría alguna" (Eclesiastés 9:5, 6 y 10).

Cuando en respuesta a su oración la vida de Ezequías se prolongó quince años, el rey agradecido rindió a Dios un tributo de alabanza por su gran misericordia. En su canto cuenta el motivo por el que se alegra: "El sepulcro no puede alabarte, ni la muerte glorificarte; los que descienden al hoyo no esperan tu fidelidad. Los vivos, sólo los vivos, te alaban como yo hoy" (Isaías 38:18 y 19). La teología popular presenta a los justos muertos como si estuvieran en el cielo, habiendo entrado en la bienaventuranza y alabando a Dios con una lengua inmortal; pero Ezequías no pudo ver una perspectiva tan gloriosa en la muerte. Sus palabras concuerdan con el testimonio del salmista: "Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el sepulcro, ¿quién te alabará? (Salmo 6:5). "No alaban al Señor los muertos, ni los que descienden a la tierra del silencio" (Salmo 115:17).

Pedro, el día de Pentecostés, declaró que el patriarca David "murió y fue sepultado, y su sepulcro permanece entre nosotros hasta el día de hoy". "Porque David no ascendió al cielo" (Hechos 2:29 y 34). El hecho de que David permanecerá en la tumba hasta el día de la resurrección prueba que los justos no van al Cielo cuando mueren. Sólo a través de la resurrección, y en virtud del hecho de que Cristo resucitó, David finalmente podrá sentarse a la diestra de Dios.

Y Pablo dijo: "Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana y todavía permanecéis en vuestros pecados. Y es más, los que durmieron en Cristo están perdidos" (1 Corintios 15:16-18). Si durante cuatro mil años los justos al morir hubieran ido directamente al Cielo, ¿cómo pudo Pablo haber dicho que, si no hay resurrección, "también los que durmieron en Cristo están perdidos"? No habría necesidad de resurrección.

El mártir Tyndale, defendiendo la doctrina de que los muertos duermen, declaró: "Tú, al colocarlas [almas de los difuntos] en el cielo, el infierno y el purgatorio, destruyes el argumento mediante el cual Cristo y Pablo prueban la resurrección". "Si las almas están en el Cielo, ¿dime por qué no están en tan buenas condiciones como los ángeles? ¿Y entonces qué motivación habría para la resurrección?

Es un hecho indiscutible que la esperanza de una bienaventuranza inmortal en la muerte ha llevado a un descuido generalizado de la doctrina bíblica de la resurrección. Esta tendencia fue señalada por el Dr. Adam Clarke, quien, a principios de este siglo, dijo: "¡La doctrina de la resurrección parece haber sido considerada de mucha mayor importancia entre los primeros cristianos de lo que lo es ahora! ¿Cómo puede ser? Los apóstoles la instaban continuamente y, a través de ella, instaban a los seguidores de Dios a la diligencia, la obediencia y el valor. ¡Y sus sucesores hoy en día rara vez lo mencionan! Mientras los apóstoles predicaban, los primeros cristianos creían, y mientras nosotros predicamos, nuestros oyentes creen. No hay doctrina en el evangelio que sea más importante; ¡Y no hay doctrina en el actual sistema de predicación que sea tratada con más desprecio!

Esto ha continuado hasta que la gloriosa verdad de la resurrección ha sido casi completamente oscurecida y perdida de vista por el mundo cristiano. Así, un reconocido escritor religioso, comentando las palabras de Pablo en I Tes. 4:13-18, dice: "Para todos los propósitos prácticos de consolación, la doctrina de la bienaventurada inmortalidad de los justos reemplaza para nosotros cualquier doctrina dudosa de la segunda venida del Señor. Cuando morimos, el Señor viene a nosotros. Esto es lo que debemos esperar y ante lo que debemos estar atentos. Los muertos ya entraron en la gloria. No esperan a que suene la trompeta para recibir su juicio y bendición".

Cuando Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos, no les dijo que pronto se unirían a Él. "Voy a preparar lugar para vosotros", dijo. "Y cuando vaya y os prepare lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo" (Juan 14:2 y 3).

Más tarde, Pablo nos dice que “el Señor mismo, con su palabra de mando, con voz de arcángel oída, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; Entonces nosotros, los vivos, los que quedemos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos con el Señor para siempre”. Y añade: “Consuélnense, pues, unos a otros con estas palabras” (I Tesalonicenses 4:16-18). ¡Cuán grande es el contraste entre estas palabras de consuelo y las del ministro universalista citado anteriormente!

Este consoló a sus afligidos amigos con la seguridad de que, por muy pecador que hubiera sido el difunto, después de exhalar su último aliento, será recibido entre los ángeles. Pablo dirige a sus hermanos a la futura venida del Señor, cuando las cadenas serán rotas y “los muertos en Cristo” resucitarán a la vida eterna.

Antes de que alguien entre en la mansión de los bienaventurados, se deben investigar sus casos y revisar su carácter y acciones ante Dios. Cada uno debe ser juzgado según las cosas escritas en los libros y recompensado según sus obras. Este juicio no se ejecuta en el momento de la muerte. Note las palabras de Pablo: “Porque él ha fijado un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de un varón a quien él designó y al que creyó delante de todos, al levantarlo de entre los muertos”. (Hechos 17:31). Aquí el apóstol declaró claramente que se había establecido un tiempo específico, y por lo tanto futuro, para el Juicio del mundo.

Judas se refiere a ese mismo período: “y a los ángeles que no guardaron su estado original, sino que abandonaron su propia casa, los ha mantenido bajo tinieblas, en prisiones eternas, hasta el juicio del gran Día”. Y nuevamente cita las palabras de Enoc: “He aquí, el Señor vino en medio de sus santas miradas para ejecutar juicio sobre todos” (Judas 6, 14, 15). Juan declara que vio “a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono. Luego se abrieron los libros”; “y los muertos fueron juzgados según sus obras, según lo que estaba escrito en los libros” (Apocalipsis 20:12).

Pero si los muertos ya disfrutaban de las bendiciones del Cielo o se retuercen en las llamas del Infierno, ¿qué necesidad hay de un Juicio futuro? Las enseñanzas de la Palabra de Dios acerca de estos importantes puntos no son oscuras ni contradictorias; pueden ser entendidas por mentes comunes y corrientes. Pero ¿qué mente recta puede ver sabiduría o justicia en la teoría actual? ¿Recibirán los justos, después de la investigación de sus casos en el Juicio, la condecoración: “Bien, siervo bueno y fiel”, “entra en el gozo de tu Señor” (Mateo 25,21), cuando ya estarán habitando con Él en Su presencia, ¿quizás durante largos períodos de tiempo? ¿Serán llamados los malvados del lugar de tormento para recibir la sentencia del Juez de toda la Tierra: “Apartaos de mí, malditos, al fuego del infierno?” (Mateo 25:41). ¡Oh, ceremoniosa burla! ¡Vergonzosa ofensa a la sabiduría y la justicia de Dios!

La teoría de la inmortalidad del alma fue una de esas falsas doctrinas que Roma, tomando prestado del paganismo, incorporó a la religión del cristianismo. Martín Lutero la clasificó entre “las innumerables fábulas de los viles decretos romanos”. Al comentar las palabras de Salomón en Eclesiastés de que los muertos no saben nada, el reformador dijo: “Otra prueba de que los muertos son insensibles. Por lo tanto, Salomón piensa que los muertos generalmente duermen y no piensan en nada. Descansan, sin contar días ni años, pero cuando están despiertos les parecerá como si hubieran dormido apenas un momento”.

En ningún pasaje de las Sagradas Escrituras se encuentra la afirmación de que los justos van a su recompensa o los malvados a su castigo en el momento de la muerte. Los patriarcas y profetas no dejaron tal seguridad. Cristo y sus apóstoles no

hizo la más mínima mención a esto. La Biblia enseña claramente que los muertos no van inmediatamente al cielo, sino que se los representa durmiendo hasta el día de la resurrección (1 Tesalonicenses 4:14, Job 14:10-12). El mismo día que se rompe el hilo de plata y se hace añicos la copa de oro (Eclesiastés 12:6), perecen los pensamientos de los hombres. Los que descienden al sepulcro guardan silencio. No saben nada de lo que se hace debajo del sol (Job 14:21). ¡Bendito descanso para los justos cansados! El tiempo, ya sea largo o corto, para ellos no es más que un momento. Duermen y son despertados por la trompeta de Dios a la gloriosa inmortalidad. "Sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles... Y cuando este cuerpo corruptible se haya vestido de incorruptibilidad, y lo mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria." (I Corintios 15:52-54). En el momento en que sean despertados de su sueño profundo, retomarán el curso de sus pensamientos exactamente donde fueron interrumpidos. La última sensación fue la angustia de la muerte, el último pensamiento fue que estaban cayendo bajo el poder de la tumba. Cuando se levanten de la tumba, su primer pensamiento gozoso se reflejará en un grito triunfante: "¿Dónde, oh muerte, está tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, está tu aguijón? (I Corintios 15:55).

Capítulo 34

Espiritismo

El ministerio de los santos ángeles, tal como se presenta en las Sagradas Escrituras, es una verdad muy reconfortante y preciosa para cada seguidor de Cristo. Pero la enseñanza de la Biblia sobre este punto ha sido oscurecida y pervertida por los errores de la teología popular. La doctrina de la inmortalidad natural, primero tomada de la filosofía pagana e incorporada a la fe cristiana en las tinieblas de la gran apostasía, ha sofocado la verdad tan claramente enseñada en las Escrituras de que “los muertos no saben nada”.

Multitudes llegaron a creer que los espíritus de los muertos son “espíritus ministradores, enviados para ministrar a aquellos que serán herederos de la salvación”. Y esto a pesar del testimonio de las Escrituras acerca de la existencia de los ángeles celestiales y su conexión con la historia del hombre, antes de que existieran los muertos.

La doctrina de la conciencia del hombre en la muerte, especialmente la creencia de que los espíritus de los muertos regresan para ministrar a los vivos, allanó el camino para el espiritismo moderno. Si los muertos son admitidos en la presencia de Dios y de los santos ángeles, y favorecidos con un conocimiento que supera con creces lo que poseían anteriormente, ¿por qué no deberían regresar a la Tierra para iluminar e instruir a los vivos? Sí, como enseñan los teólogos populares, los espíritus de los muertos flotan sobre sus amigos en la Tierra; ¿Por qué no se les debería permitir comunicarse con ellos para advertirlos contra el mal o consolarlos en sus sufrimientos? ¿Cómo pueden aquellos que creen en la conciencia del hombre en el momento de la muerte rechazar lo que les llega como luz divina comunicada por espíritus glorificados? Aquí hay un canal considerado sagrado, a través del cual Satanás trabaja para lograr sus propósitos.

Los ángeles caídos que ejecutan sus órdenes aparecen como mensajeros del mundo espiritual. Mientras profesa poner a los vivos en comunicación con los muertos, el príncipe del mal ejerce su fascinante influencia sobre sus mentes.

Tiene poder para presentar ante los hombres la apariencia de sus seres queridos. La falsificación es perfecta: la apariencia, las palabras y el tono familiares se reproducen con maravillosa precisión. Muchos se sienten reconfortados con la seguridad de que sus seres queridos disfrutaban de las bendiciones del Cielo; y sin sospechar peligro, prestan atención a “espíritus engañadores y doctrinas de demonios”.

A cuántos seres humanos se les ha hecho creer que los muertos en realidad regresan para comunicarse con ellos, y así Satanás les hace parecer que quienes bajaron a la tumba no estaban preparados. Éstos dicen ser felices en el Cielo, y hasta ocupan allí puestos exaltados; y por eso se enseña ampliamente el error de que no se hace diferencia entre los justos y los malvados. Los posibles visitantes del mundo de los espíritus a veces dan advertencias y advertencias que resultan ser correctas. Luego, tan pronto como se gana la confianza, presentan doctrinas que destruyen directamente la fe en las Escrituras.

Con una apariencia de profundo interés por el bienestar de sus amigos en la Tierra, insinúan los errores más peligrosos. El hecho de que digan algunas verdades y a veces sean capaces de predecir acontecimientos futuros da a sus declaraciones una apariencia de fiabilidad, y sus falsas enseñanzas son aceptadas por las multitudes con tanta diligencia y creídas tan ciegamente, como si fueran las verdades más sagradas del mundo. Biblia. La ley de Dios es dejada de lado, el Espíritu de gracia despreciado, la sangre del pacto considerada impía. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo e incluso sitúan al Creador al mismo nivel que ellos mismos. Entonces, bajo un nuevo disfraz,

el gran rebelde continúa librando la guerra contra Dios que comenzó en el Cielo y continuó en la Tierra durante unos seis mil años.

Muchos intentan explicar las manifestaciones espíritas atribuyéndolas a fraudes y prestidigitaciones por parte del médium. Pero si bien es cierto que los resultados del fraude a menudo han pasado por manifestaciones genuinas, también ha habido marcadas demostraciones de poder sobrenatural. Los misteriosos lamentos con los que comenzó el espiritismo moderno no fueron resultado de fraudes o astucias humanas, sino que fueron obra directa de ángeles malignos, quienes introdujeron así uno de los engaños más exitosos en la destrucción de las almas. Muchos quedarán atrapados en la creencia de que el Espiritismo es una mera impostura humana; pero cuando se enfrentan a manifestaciones cuyo carácter sobrenatural no se puede negar, serán engañados y llevados a aceptarlas como el gran poder de Dios.

Estas personas descuidan el testimonio de las Escrituras acerca de las maravillas obradas por Satanás y sus agentes. Fue con la ayuda de Satanás que los magos de Faraón pudieron contrarrestar la obra de Dios. Pablo testifica que antes de la segunda venida de Cristo habrá manifestaciones similares de poder satánico. La venida del Señor debe ser precedida por “la obra de Satanás con gran poder, y con señales, y con prodigios mentirosos, y con todo engaño de injusticia” (II Tesalonicenses 2: 9 y 10). Y el apóstol Juan, al describir el poder obrador de milagros que se manifestará en los últimos días, declara: “hace grandes señales, de modo que hasta fuego del cielo desciende a la tierra delante de los hombres. Seduce a los moradores de la tierra a causa de las señales que le ha sido encomendado hacer” (Apocalipsis 13: 13 y 14). Aquí no se prevén meras imposturas. Los hombres son engañados por los milagros que los agentes de Satanás tienen poder para realizar, no los milagros que pretenden realizar.

El príncipe de las tinieblas, que durante tanto tiempo ha dirigido los poderes de su mente superior a la obra del engaño, adapta hábilmente sus tentaciones a hombres de todas las clases y condiciones. Para las personas cultas y refinadas, presenta el Espiritismo en su aspecto más refinado e intelectual, y así logra atraer a muchos a su engaño. La sabiduría que comunica el Espiritismo es la descrita por el apóstol Santiago, que “no es la que viene de arriba, sino la terrenal, animal y diabólica” (Santiago 3, 15). Esto, sin embargo, lo oculta el gran engañador, cuando encubrirlo sirve mejor a su propósito. Aquel que puede presentarse revestido del resplandor de los serafines celestiales ante Cristo en el desierto de la tentación, llega a los hombres de la forma más atractiva, como un ángel de luz. Apela a la razón mediante la presentación de temas elevados, deleita los sentidos con escenas cautivadoras y dirige los afectos a través de elocuentes imágenes de amor y caridad. Excita la imaginación a vuelos sublimes e induce a los hombres a estar tan orgullosos de su propia sabiduría que en sus corazones desprecian al Ser Eterno. Este ser poderoso que supo transportar al Redentor del mundo a una montaña muy alta, y ante su vista todos los reinos de la tierra y su gloria, presentará sus tentaciones a los hombres de tal manera que pervierta los sentidos de todos. que no están custodiados por el poder divino.

Satanás, hoy, seduce a los hombres como sedujo a Eva en el Edén, mediante la adulación, inculcándoles el deseo de obtener conocimientos prohibidos, excitando la ambición mediante la exaltación de sí mismo. Fue la caricia de estos males lo que provocó su caída, y a través de ellos intenta provocar la ruina de los hombres. “Seréis como Dios”, declara, “conociendo el bien y el mal” (Génesis 3:5). El Espiritismo enseña “que el hombre es una criatura en progresión; que tu destino desde tu nacimiento es progresar, incluso hasta la eternidad, hacia la Divinidad”. Y nuevamente: “Cada conciencia se juzgará a sí misma y no a otra”. “El juicio será justo, porque es el juicio de uno mismo. (...) La corte está en ti”. Dijo un maestro espiritista, cuando la “conciencia espiritual” se vuelve

despertó en él: "Mis semejantes eran todos semidioses no caídos". Y otro declara: "Todo ser justo y perfecto es Cristo".

Así, en lugar de la justicia y perfección del Dios infinito, el verdadero objeto de adoración; En lugar de la perfecta justicia de la ley, la verdadera norma de los logros humanos, Satanás ha establecido la naturaleza errada y pecaminosa del hombre como el único objeto de adoración, la única regla de juicio o norma de carácter. Este es un progreso no hacia arriba, sino hacia abajo.

Hay una ley de naturaleza tanto intelectual como espiritual según la cual mediante la contemplación nos transformamos. La mente se adapta gradualmente a los objetos en los que se le permite detenerse. El hombre nunca se elevará más allá de su estándar de pureza, bondad o verdad. Si el yo es tu ideal más elevado, nunca alcanzarás nada más exaltado. Por el contrario, caerá cada vez más bajo. Sólo la gracia de Dios tiene el poder de exaltar al hombre. Si se deja a su suerte, su rumbo será inevitablemente descendente.

Para los autocomplacientes, los amantes del placer, los sensuales, el Espiritismo se presenta bajo un disfraz menos sutil que cuando se presenta a personas más refinadas e intelectuales; en sus formas densas encuentran aquello que está en armonía con sus inclinaciones. Satanás estudia cada indicio de fragilidad en la naturaleza humana, señala los pecados que cada uno está individualmente inclinado a cometer y luego se ocupa de que no falten ocasiones para satisfacer las malas tendencias. Tienta a los hombres a excederse en lo que es legítimo en sí mismo, llevándolos, por la intemperancia, a debilitar sus fuerzas físicas, morales y espirituales. Ha destruido y está destruyendo a miles mediante la complacencia de las pasiones, brutalizando así toda la naturaleza del hombre. Y para completar su obra, declara, a través de los espíritus, que "el verdadero conocimiento coloca a los hombres por encima de toda ley"; que "lo que sea correcto"; que "Dios no condena"; y que "todos los pecados que se cometen son inocentes".

Cuando se induce así a la gente a creer que el deseo es la ley suprema, ¿quién puede sorprenderse de que la corrupción y la depravación abunden en todas partes? Multitudes aceptan con entusiasmo enseñanzas que los dejan libres para obedecer los impulsos del corazón carnal. Las riendas del dominio propio quedan en manos de la lujuria, las facultades de la mente se desvían y quedan sujetas a las propensiones animales, y Satanás atrapa exultantemente en su red a miles de personas que profesan ser seguidores de Cristo.

Pero nadie debe dejarse engañar por las mentiras del Espiritismo. Dios le ha dado al mundo suficiente luz para permitirle descubrir la trampa. Como ya se mostró, la teoría que constituye el fundamento mismo del Espiritismo está en guerra con las declaraciones más claras de las Escrituras. La Biblia declara que los muertos nada saben, que sus pensamientos han perecido; no tienen parte en nada de lo que se hace bajo el sol; No saben nada de las alegrías o tristezas de sus seres queridos en la Tierra.

Además, Dios prohibió expresamente toda supuesta comunicación con los espíritus de los muertos. En los días de los hebreos había una clase de personas que intentaban, como los espiritistas de hoy, mantener comunicación con los muertos. Pero la Biblia declara que los "espíritus familiares", como se llama a estos visitantes de otros mundos, son "espíritus de demonios" (compárese con Números 25:1-2; Sal. 106:28; 1 Cor. 10:20). ; Apocalipsis 16:14). El trabajo de asociarse con espíritus familiares fue declarado abominación al Señor y solemnemente prohibido bajo pena de muerte (Levítico 19:31; 20:27).

Hoy en día se desprecia el nombre mismo de brujería. La afirmación de que los hombres pueden comunicarse con los espíritus malignos se considera una

Fábula de la Edad Media. Pero el Espiritismo, que cuenta con cientos de miles, sí, millones, que se han abierto paso en los círculos científicos, invadido las iglesias y encontrado favor en los congresos legislativos e incluso en las cortes de los reyes, este colosal engaño no es más que un renacimiento. bajo una nueva apariencia, de la brujería condenada y prohibida del pasado.

Si no hubiera otra evidencia del verdadero carácter del Espiritismo, a todo cristiano le bastaría saber que los espíritus no hacen diferencia entre la justicia y el pecado, entre los más nobles y puros de los apóstoles de Cristo y los más corruptos de los siervos de Satanás. Representando a los hombres más viles como si estuvieran en el Cielo, siendo allí muy exaltado, Satanás le dice al mundo: "No importa cuán malvados sean, no importa si creen o no creen en Dios y la Biblia. Vive como quieras; El cielo es tu hogar". Los maestros espiritistas prácticamente declaran: "Quien hace lo malo es considerado bueno a los ojos del Señor, y Él se complace en él; o: ¿dónde está el Dios del juicio? (Mal. 2:17)". La Palabra de Dios dice: "¡Ay de los que a lo malo llaman bueno y a lo bueno malo; ¡Quienes hacen de las tinieblas luz y de la luz tinieblas!" (Isaías 5:20).

Se representa a los apóstoles, personificados por estos espíritus mentirosos, contradiciendo lo que escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo cuando estaban en la tierra. Niegan el origen divino de la Biblia, anulan así el fundamento de la esperanza cristiana y apagan la luz que revela el camino al Cielo.

Satanás está haciendo creer al mundo que la Biblia es una mera ficción, o a lo sumo un libro apropiado para la infancia de la raza humana, pero que ahora debe ignorarse o descartarse por obsoleta. Y para sustituir la Palabra de Dios tiene manifestaciones espíritas. Aquí tienes un canal completamente bajo tu control; por tales medios puede hacer que el mundo crea lo que quiere. Coloca exactamente donde quiere, en las sombras, el Libro que debe juzgarlo a él y a sus seguidores; hace que el Salvador del mundo parezca no más que un hombre común y corriente. Y así como el guardia romano que custodiaba la tumba de Jesús difundió el falso informe que los sacerdotes y ancianos se pusieron en la boca para negar su resurrección, así también los que creen en manifestaciones espiritistas tratan de hacer parecer que no hay nada milagroso en estas circunstancias. .de la vida del Salvador. Después de tratar de desenfocar a Jesús, llaman la atención sobre sus propios milagros, declarando que éstos exceden con creces las obras de Cristo.

Es cierto que el Espiritismo está ahora cambiando de forma y velando algunos de sus aspectos más objetables, está asumiendo un disfraz cristiano. Pero sus declaraciones realizadas desde la plataforma y en la prensa llevan aproximadamente cuarenta años ante el público, y en ellas queda revelado su verdadero carácter.

Estas enseñanzas no se pueden negar ni ocultar.

Incluso en su forma actual, lejos de ser más merecedor de tolerancia que antes, es en realidad más peligroso que antes, debido a la mayor sutileza de su engaño. Si bien anteriormente atacaba a Cristo y a la Biblia, ahora profesa aceptar a ambos. Pero la Biblia se interpreta de una manera que agrada al corazón no renovado, mientras que sus verdades solemnes y vitales quedan sin efecto. El amor se sitúa como el mayor atributo de Dios, pero se lo degrada a un débil sentimentalismo, haciendo poca distinción entre el bien y el mal. La justicia de Dios, sus reprensiones por el pecado y las exigencias de su santa ley se mantienen fuera de la vista.

A la gente se le enseña a considerar el decálogo como letra muerta. Fábulas agradables y encantadoras cautivan los sentidos e inducen a los hombres a rechazar la Biblia como fundamento de su fe. Cristo es tan verdaderamente negado como antes; pero Satanás ha cegado tanto los ojos del pueblo que no se discierne el engaño.

Son pocos los que tienen una idea justa del poder engañoso del Espiritismo y del peligro de caer bajo su influencia. Muchos lo abordan simplemente para satisfacer su curiosidad. No tienen verdadera fe en él y se horrorizarían ante la idea de abandonarse al dominio de los espíritus. Pero se aventuran en terreno prohibido y el poderoso destructor ejerce su poder sobre ellos en contra de su voluntad. Les toma una vez ser inducidos a someter sus mentes a su dirección, y eso los convierte en cautivos. Les resulta imposible, con sus propias fuerzas, romper el hechizo hechicero y seductor. Nada excepto el poder de Dios, otorgado en respuesta a la ferviente oración de fe, puede liberar a estas almas atrapadas.

Todos los que se complacen en rasgos pecaminosos de carácter o acarician deliberadamente un pecado conocido están invitando a las tentaciones de Satanás. Se separan de Dios y del cuidado de Sus ángeles; y cuando el maligno presenta sus engaños, quedan indefensos y caen en presa fácil. Quienes se ponen así bajo su poder no saben dónde terminará su camino. Habiendo logrado su caída, el tentador los empleará como sus agentes para atraer a otros a la ruina.

El profeta Isaías dice: "Cuando os digan: Consultad a los nigromantes y a los adivinos, que chirrían y murmuran, ¿no consultará el pueblo a su Dios? ¿Se consultará a los muertos en nombre de los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no hablan así, nunca verán la aurora" (Isaías 8:19 y 20). Si los hombres hubieran querido recibir la verdad tan claramente expresada en las Escrituras, acerca de la naturaleza del hombre y del estado de los muertos, verían en las declaraciones y manifestaciones del Espiritismo la operación de Satanás con poder y señales y prodigios falsos. Pero en lugar de renunciar a la libertad tan querida por el corazón carnal y renunciar a los pecados que aman, las multitudes cierran los ojos a la luz y siguen adelante sin tener en cuenta las advertencias, mientras Satanás teje sus engaños a su alrededor y se convierten en sus presas. . "Porque no aceptaron el amor de la verdad para ser salvos", por eso "Dios les envía la operación del error, para dar crédito a la mentira" (II Tes. 2:10 y 11).

Quienes se oponen a las enseñanzas del Espiritismo atacan no sólo a los hombres, sino también a Satanás y sus ángeles. Han hecho guerra contra potestades, principados y espíritus malignos en las regiones celestiales. Satanás no cede ni un centímetro de terreno excepto cuando es repelido por el poder de los mensajeros celestiales. El pueblo de Dios puede afrontarlo, como lo hizo nuestro Salvador, con las palabras: "Escrito está". Satanás puede citar las Sagradas Escrituras hoy como en los días de Cristo y pervertirá sus enseñanzas para respaldar sus engaños. Aquellos que quieran mantenerse firmes en este tiempo de peligro deben comprender por sí mismos el testimonio de las Escrituras.

Muchos se enfrentarán a espíritus demoníacos que se harán pasar por familiares o amigos queridos y declararán las herejías más peligrosas. Estos visitantes apelarán a nuestras más tiernas simpatías y realizarán milagros para sostener sus reclamos. Debemos estar preparados para resistirlos con la verdad bíblica de que los muertos no saben nada y que los que aparecen como tales son espíritus de demonios.

La "hora de la prueba que vendrá sobre el mundo entero, para probar a los moradores de la tierra" está ante nosotros (Apocalipsis 3:10). Aquellos cuya fe no esté firmemente establecida en la Palabra de Dios serán engañados y derrotados. Satanás "opera con todo engaño de injusticia" para controlar a los hijos de los hombres; y sus engaños aumentarán continuamente. Pero sólo puede lograr su objetivo cuando los hombres ceden voluntariamente a sus

tentaciones. Aquellos que buscan sinceramente el conocimiento de la verdad y se esfuerzan por purificar sus almas mediante la obediencia, haciendo así lo que puedan para prepararse para el conflicto, encontrarán un refugio seguro en el Dios de la verdad. "Por cuanto habéis guardado la palabra de mi perseverancia, yo también os guardaré".

(Apocalipsis 3:10), es la promesa del Salvador. Preferiría enviar rápidamente a todos los ángeles del cielo para proteger a su pueblo, que dejar que una sola alma que confía en Él sea vencida por Satanás.

El profeta Isaías pone de manifiesto el terrible engaño que sobrevendrá a los malvados, haciéndoles creer que están a salvo de los juicios de Dios: "Hemos hecho pacto con la muerte, y con la otra vida hemos hecho pacto; Cuando pase el diluvio del azote, no nos alcanzará, porque tenemos la mentira por refugio y bajo la mentira nos hemos escondido". (Isaías 28:15). En la clase aquí descrita se incluyen aquellos que, en su obstinada impenitencia, se consuelan con la seguridad de que no hay castigo para el pecador; que toda la humanidad, por corrupta que sea, será exaltada al Cielo para llegar a ser como los ángeles de Dios. Pero, aún más enfáticamente, son aquellos que renuncian a las verdades que el Cielo ha provisto como defensa para los justos en el día de la angustia, y aceptan en su lugar el refugio de las mentiras ofrecidas por Satanás: las pretensiones ilusorias del Espiritismo, haciendo un pacto con la muerte y un trato como el infierno.

Maravillosamente, más allá de toda expresión, es la ceguera de la gente de esta generación. Miles rechazan la Palabra de Dios como indigna de creer, y con ansiosa confianza reciben los engaños de Satanás. Los escépticos y los burladores denuncian el fanatismo de quienes contienden por la fe de los profetas y apóstoles, y se divierten llamando ridículas las declaraciones solemnes de las Escrituras acerca de Cristo y el plan de salvación, y la visita a los que rechazan la verdad. Pretenden tener gran compasión por mentes tan estrechas, débiles y supersticiosas que reconocen las exigencias de Dios y obedecen los requisitos de su ley. Manifiestan tal seguridad como si, de hecho, hubieran hecho un acuerdo con la muerte y un pacto con el infierno, como si hubieran erigido una barrera infranqueable e impenetrable entre ellos y la venganza de Dios. Nada puede despertar tus miedos. Se han rendido tan completamente al tentador, están tan íntimamente unidos a él y tan perfectamente imbuidos de su espíritu, que no tienen poder ni voluntad para escapar de su trampa.

Satanás lleva mucho tiempo preparándose para su último esfuerzo por engañar al mundo. El fundamento de su obra fue la seguridad dada a Eva en el Edén: "No morirás". "El día que lo comas, se te abrirán los ojos y conocerás el bien y el mal como Dios" (Génesis 3: 4 y 5). Poco a poco fue preparando el camino para su obra maestra del engaño en el desarrollo del Espiritismo. Aún no ha logrado el cumplimiento completo de sus designios; pero estos se lograrán en el último tiempo que queda. El profeta dice: "Vi tres espíritus inmundos, como ranas;... son espíritus de demonios, que hacen señales y vienen a los reyes de todo el mundo para reunirlos para la batalla del gran Día del Todo. Dios.-Poderoso" (Apocalipsis 16: 13 y 14). Excepto aquellos que son guardados por el poder de Dios mediante la fe en Su Palabra, el mundo entero quedará atrapado en la red de este engaño. La gente rápidamente está siendo adormecida hacia una seguridad fatal, sólo para ser despertada por el derramamiento de la ira de Dios.

Dice el Señor Dios: "Pondré el juicio por gobernante, y la justicia por plomada; el granizo barrerá el refugio de la mentira, y las aguas barrerán el escondite. Vuestro pacto con la muerte será anulado, y vuestro acuerdo con el más allá no sobrevivirá; y cuando pase el diluvio del azote, seréis aplastados por él" (Isaías 28:17 y 18).

Capítulo 35

El carácter y las intenciones del papado

Los protestantes consideran ahora el romanismo con mucho más favor que en años anteriores. En aquellos países donde el catolicismo no está en ascenso y los papistas están adoptando un rumbo conciliador para ganar influencia, hay una creciente indiferencia hacia las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; Está ganando terreno la opinión de que, después de todo, no discrepamos tanto en puntos vitales como se suponía, y una pequeña concesión de nuestra parte nos permitirá entendernos mejor con Roma. Hubo un tiempo en que los protestantes valoraban mucho la libertad de conciencia adquirida a tan alto precio.

Enseñaron a sus hijos a odiar el papado y sostuvieron que buscar la armonía con Roma sería deslealtad a Dios. ¡Pero cuán diferentes son los sentimientos que se expresan hoy!

Los defensores del papado declaran que la Iglesia ha sido calumniada; y el mundo protestante se inclina a aceptar la declaración. Muchos sostienen que es injusto juzgar a la iglesia hoy por las abominaciones y absurdos que marcaron su dominio durante siglos de ignorancia y oscuridad. Disculpan su horrible crueldad como resultado de la barbarie de la época y afirman que la influencia de la civilización moderna ha modificado sus sentimientos.

¿Han olvidado estas personas las afirmaciones de infalibilidad sostenidas? durante ochocientos años por este poder arrogante? Lejos de abandonarse, esta afirmación ha sido afirmada en el siglo XIX con mayor positividad que nunca. Puesto que Roma afirma que la iglesia "nunca se ha equivocado ni podrá equivocarse jamás", ¿cómo puede renunciar a los principios que moldearon su proceder en épocas pasadas?

La iglesia papal nunca abandonará su pretensión de infalibilidad. Todo lo que hizo en su persecución de quienes refutaban sus dogmas le da razón; ¿Y no repetiría los mismos actos si se presentara la oportunidad? Deroguen las medidas restrictivas actualmente impuestas por los gobiernos seculares y permitan que Roma recupere su antiguo poder, y rápidamente habrá un resurgimiento de su tiranía y persecución.

Un escritor moderno (JOSIAH STRONG, DD, en *Our Country*, págs. 46-48) habla así de la actitud de la jerarquía papal respecto de la libertad de conciencia, y de los peligros que amenazan especialmente a los Estados Unidos en términos del éxito de su política:

"Hay muchos que están dispuestos a atribuir cualquier temor al catolicismo romano en los Estados Unidos al fanatismo o al infantilismo. Tales personas no ven nada en el carácter y la actitud del romanismo que sea hostil a nuestras instituciones libres, ni encuentran nada portentoso en su crecimiento. Entonces, comparemos primero algunos de los principios fundamentales de nuestro gobierno con los de la Iglesia Católica.

"La Constitución de los Estados Unidos garantiza la libertad de conciencia. Nada es más caro ni más fundamental. A Pío IX, en su carta encíclica del 15 de agosto de 1854, le dijo: "Las doctrinas o gritos absurdos y erróneos en defensa de la libertad de conciencia son el error más pestilente; una pestilencia que, entre todas las demás, debe ser la temida en un estado." El mismo Papa, en su carta encíclica del 8 de diciembre de 1864, anatematizó a "quienes afirman la libertad de conciencia".

y culto religioso', y también 'declaraciones como sostener que la iglesia no puede emplear la fuerza'.

"El tono pacífico de Roma en Estados Unidos no implica un cambio de opinión. Es tolerante cuando no tiene poder. Dice el obispo O'Connor: 'La libertad religiosa simplemente se tolera hasta que se pueda llevar a cabo la oposición sin peligro para el mundo católico'". "El arzobispo de Saint Louis dijo una vez: 'La herejía y la incredulidad son crímenes; y en los países cristianos, como en Italia y España, por ejemplo, donde todo el pueblo es católico, y donde la religión católica es parte esencial de la ley del país, se castigan como otros delitos'".

"Todo cardenal, arzobispo y obispo de la Iglesia católica presta juramento de lealtad al Papa, en el que se encuentran las siguientes palabras: "Herejes, extranjeros y rebeldes contra nuestro señor el Papa, o sus sucesores, los perseguiré con todas mis fuerzas, mi poder".

Es verdad que hay verdaderos cristianos en la comunión de la Iglesia católica. Miles de personas en esa iglesia están sirviendo a Dios según la mejor luz que tienen. No se les ha permitido el acceso a Su Palabra y por lo tanto no discernen la verdad. Nunca vieron el contraste entre un servicio vivo y sincero y un círculo de meras ceremonias y formas. Dios observa con tierna compasión a estas almas, mientras son criadas en una fe engañosa e insatisfactoria. Hará que rayos de luz penetren en la densa oscuridad que los rodea. Él les revelará la verdad, tal como es en Jesús, y muchos todavía se pondrán del lado de su pueblo.

Pero el romanismo, como sistema, no está más en armonía con el evangelio de Cristo ahora que en cualquier período anterior de su historia. Las iglesias protestantes se encuentran en una gran oscuridad, de lo contrario discernirían los signos de los tiempos. La Iglesia Romana tiene sus planes y formas de operar de largo alcance. Está empleando cualquier medio para extender su influencia y aumentar su poder en preparación para un conflicto feroz y decidido para recuperar el control del mundo, establecer una vez más la persecución y deshacer lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno por todos lados (Ver Apéndice, Nota 10). Obsérvese la popularidad de sus colegios y seminarios en Estados Unidos, patrocinados en gran medida por los protestantes. Obsérvese el crecimiento del ritualismo en Inglaterra y las frecuentes deserciones a las filas de los católicos. Estas cosas deberían despertar la ansiedad de todos los que valoran los principios puros del evangelio.

Los protestantes se han ocupado de esto y han patrocinado el papado; Han hecho compromisos y concesiones que los propios papistas se sorprenden al ver y no pueden comprender. Los hombres están cerrando los ojos ante el verdadero carácter del romanismo y ante los peligros de su supremacía que aún no se han vislumbrado. Es necesario despertar a la gente para resistir los avances de este enemigo tan peligroso de la libertad civil y religiosa.

Muchos protestantes suponen que la religión católica no es atractiva y que su culto es un tedioso círculo de ceremonias sin sentido. Aquí se equivocan. Aunque el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera y poco elegante. El culto de la Iglesia Romana es un ceremonial muy impresionante. Sus solemnes ritos y exhibiciones fascinan los sentidos del pueblo y silencian la voz de la razón y la conciencia. La vista es encantadora. Magníficas iglesias, imponentes procesiones, altares dorados, relicarios enjoyados, pinturas seleccionadas y exquisitas esculturas apelan al amor por la belleza. La música es incomparable. Las notas profundas del gran órgano de tubos mezcladas con la melodía de muchas voces que resuenan entre los elevados pasillos abovedados y con columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de impresionar las mentes con respetuoso asombro y reverencia.

El esplendor externo, la pompa y las ceremonias, que sólo decepcionan los anhelos del alma enfermiza y pecadora, son evidencia de corrupción interna. La religión de Cristo no necesita tales atractivos para ser encomiable. En los brillantes rayos de la cruz el verdadero cristianismo aparece tan puro y hermoso que ninguna decoración externa puede realzar su verdadero valor. Es la belleza de la santidad, un espíritu apacible y tranquilo, lo que es valioso para Dios.

La brillantez del estilo no es necesariamente un signo de pensamiento puro y elevado. Altas concepciones del arte y delicados refinamientos del gusto existen generalmente en mentes terrenales y sensuales. A menudo son empleados por Satanás para llevar a los hombres a olvidar las necesidades del alma, a perder de vista la vida inmortal futura, a desviarlos de su infinito Ayudador y a vivir sólo para este mundo.

Una religión de ceremonias externas es atractiva para el corazón no renovado. La pompa y la ceremonia del culto católico tienen un poder seductor y encantador, por el cual muchos se dejan engañar; y llegan a considerar a la Iglesia Romana como la misma puerta del Cielo. Nadie excepto aquellos que han plantado sus pies firmemente sobre el fundamento de la verdad y cuyos corazones son renovados por el Espíritu de Dios, están protegidos contra su influencia. Miles de personas que no tienen ningún conocimiento experimental de Cristo serán inducidas a aceptar formas impotentes de piedad. Una religión como esta es precisamente lo que quieren las masas.

La afirmación de la iglesia de tener derecho a perdonar lleva a los romanistas a sentirse libres para pecar; y la ordenanza de la confesión, sin la cual no está asegurado su perdón, tiende también a dar licencia para el mal. El que se arrodilla ante los hombres caídos y abre los pensamientos secretos y las imaginaciones del corazón a un hombre caído, está disminuyendo su humanidad y degradando todo noble instinto de su alma. Al descubrir los pecados de su vida a un sacerdote, un mortal descarriado y pecador, y muy a menudo corrompido por el vino y el libertinaje, su nivel de carácter se rebaja y, en consecuencia, se contamina. Su concepción de Dios está degradada a la semejanza de la humanidad caída; porque el sacerdote sigue siendo un representante de Dios. Esta degradante confesión de hombre a hombre es la fuente secreta de la que ha surgido gran parte del mal que está corrompiendo al mundo y preparándolo para la destrucción final. Sin embargo, para quien ama la autocomplacencia, es más placentero confesarse a un prójimo mortal que abrir el alma a Dios. Es más agradable a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; Es más fácil mortificar la carne con correas, ortigas y cadenas lacerantes que crucificar los deseos carnales. Pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a llevar en lugar de someterse al yugo de Cristo.

Existe una sorprendente similitud entre la Iglesia de Roma y la Iglesia judía en el momento del primer advenimiento de Cristo. Si bien los judíos pisoteaban secretamente todos los principios de la ley de Dios, exteriormente eran rigurosos en la observancia de sus preceptos, cargándola con extorsiones y tradiciones que hacían la obediencia dolorosa y fatigante. Así como los judíos profesaban reverenciar la Ley, los romanistas profesan reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, mientras niegan en sus vidas a Aquel a quien este símbolo representa.

Los papistas colocan cruces en sus iglesias, en sus altares y en sus vestimentas. La insignia de la cruz se ve por todas partes. En todas partes ella es exteriormente honrada y exaltada. Pero las enseñanzas de Cristo están enterradas bajo una masa de tradiciones sin sentido, interpretaciones falsas y extorsiones rigurosas. Las palabras del Salvador acerca de los judíos hipócritas se aplican aún más

fortaleza a los líderes católicos: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar y las ponen sobre los hombros de los hombres; y ni siquiera con los dedos quieren moverlos" (Mateo 23:4). Las almas concienzudas se mantienen en constante terror, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras que los dignatarios de la iglesia viven en la lujuria y el placer sensual.

El culto a imágenes y reliquias, la invocación de santos y la exaltación del Papa son engaños de Satanás para mantener la mente de las personas alejada de Dios y de Su Hijo. Para asegurar su ruina, se esfuerza por desviar su atención de Aquel que es el único que puede encontrar la salvación. Él dirigirá las almas a cualquier objeto que pueda reemplazar a Aquel que dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28).

Es el esfuerzo constante de Satanás por tergiversar el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias en juego en el gran conflicto. Sus sofismas disminuyen la obligación de la ley divina y dan al hombre licencia para pecar. Al mismo tiempo, les hace abrigar concepciones falsas de Dios, de modo que lo miran con miedo y odio en lugar de con amor. La crueldad inherente a su propio carácter se atribuye al Creador; está encarnado en sistemas de religión y expresado en modos de adoración. Así, las mentes de los hombres quedan ciegas y Satanás los considera sus agentes para guerrear contra Dios. Debido a conceptos pervertidos de los atributos divinos, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurar el favor de la Deidad, y se han perpetrado crueldades horribles bajo diversas formas de idolatría. La Iglesia católica, uniendo las formas del paganismo y el cristianismo y, como el paganismo, apenas representando el carácter de Dios, ha recurrido a prácticas no menos crueles y repugnantes. En los días de la supremacía de Roma, existían instrumentos de tortura para obligar a la gente a aceptar sus doctrinas. Había mucho en juego para aquellos que no querían hacer concesiones a sus demandas. Hubo masacres en una escala que nunca se conocerá hasta que se revele en el Juicio. Los dignatarios de la iglesia, liderados por su maestro Satanás, estudiaron para inventar formas de causar la mayor tortura posible, sin acabar con la vida de la víctima. El proceso infernal se repitió hasta el límite máximo de la resistencia humana, hasta que la naturaleza se rindió y el paciente acogió la muerte como un dulce alivio.

Ésa fue la suerte de los oponentes de Roma. Para sus miembros tenía la disciplina de los azotes, el tormento del hambre y todas las mortificaciones corporales imaginables, las más dolorosas que se puedan imaginar. Para asegurarse el favor del Cielo, los penitentes violaron las Leyes de Dios, violando las leyes de la naturaleza. Se les enseñó a disolver todo vínculo que Él instituyó para bendecir y alegrar la estancia del hombre en la Tierra. Los cementerios de las iglesias contienen millones de víctimas, que han gastado sus vidas en vanas empresas para someter sus afectos naturales, para frenar como ofensivos para Dios todo pensamiento y sentimiento de simpatía en favor de sus semejantes. Si queremos comprender la decidida crueldad de Satanás, manifestada durante cientos de siglos, no entre aquellos que nunca han oído hablar de Dios, sino en el corazón mismo de la cristiandad y en toda su extensión, sólo tenemos que mirar la historia del romanismo. A través de este colosal sistema de engaño, el príncipe del mal logra su propósito de traer deshonra a Dios y miseria al hombre.

Cuando vemos que logra disfrazarse y realizar su obra a través de los líderes de la iglesia, podemos comprender mejor por qué tiene tanta antipatía hacia la Biblia. Si se lee este libro, la misericordia y el amor de Dios serán revelados; se verá que Él no impone ninguna de estas pesadas cargas a los hombres.

Todo lo que Él pide es un corazón quebrantado y contrito, un espíritu humilde y obediente.

Cristo no dio ningún ejemplo en su vida para que hombres y mujeres se encerraran en monasterios para prepararse para el cielo, ni enseñó que el amor y la simpatía debían reprimirse. El corazón del Salvador rebosaba de amor. Cuanto más se acerca el hombre a la perfección moral, más refinada es su sensibilidad, más aguda es su percepción del pecado y más profunda es su simpatía por los afligidos. El Papa se declara vicario de Cristo; pero ¿cómo se compara su carácter con el del Salvador? ¿Siempre fue conocido Cristo por transferir a los hombres a prisión o tormento porque no le rendían homenaje como Rey del Cielo? ¿Se escuchó su voz condenando a muerte a quienes no lo aceptaban? Cuando fue despreciado por la gente de la aldea samaritana, el apóstol Juan se llenó de indignación y preguntó: “Señor, ¿quieres que hagamos descender fuego del cielo para consumirlos, como lo hizo Elías?” (Lucas 9:54). Jesús miró a sus discípulos con compasión y reprendió su espíritu endurecido, diciendo: “El Hijo del Hombre no vino para destruir las almas de los hombres, sino para salvarlas” (Lucas 9:56). Cuán diferente del espíritu manifestado por Cristo es el de su vicario profeso.

La Iglesia católica presenta ahora un rostro agradable al mundo, cubriendo con sus disculpas sus antecedentes de horribles crueldades. Ella se vistió con las vestiduras de Cristo; pero no ha cambiado. Todos los principios del papado que existieron en épocas pasadas existen hoy. Las doctrinas inventadas en la edad oscura todavía se mantienen. Que nadie se deje engañar. El papado que ahora los protestantes están tan dispuestos a honrar es el mismo que gobernó el mundo en los días de la Reforma, cuando los hombres de Dios se levantaron, poniendo en peligro sus vidas, para exponer su iniquidad. Posee el mismo orgullo y pretensión arrogante con que dominó a reyes y príncipes y se atribuyó las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es ahora menos cruel ni despótico que cuando destruyó la libertad humana y mató a los santos del Altísimo.

El papado es precisamente lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los últimos días (II Tesalonicenses 2:3 y 4). Es parte de su política asumir el carácter que le permita alcanzar mejor sus fines; pero bajo la apariencia variable del camaleón, se esconde el veneno invariable de la serpiente. Declara: “no tenemos que mantener la fe y las promesas a los herejes”. ¿Este poder, cuyo registro durante mil años ha estado escrito en la sangre de los santos, es ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo?

No en vano se ha declarado en los países protestantes que el catolicismo difiere menos del protestantismo que en épocas anteriores. Ha habido un cambio; pero el cambio no está en el papado. De hecho, el catolicismo se parece mucho al protestantismo que existe hoy, porque el protestantismo ha degenerado mucho desde los días de los reformadores.

Mientras las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, la falsa caridad las ha cegado. Creen que es justo pensar bien de todo mal; y, como resultado inevitable, finalmente pensarán mal de todo bien. En lugar de defender la fe que una vez se les dio a los santos, ahora, según parece, se disculpan ante Roma por su opinión poco caritativa sobre ellos, pidiendo perdón por su fanatismo.

Una clase numerosa, incluso la de aquellos que no ven con buenos ojos al romanismo, comprenden poco del peligro que surge de su poder e influencia. Muchos declaran que la oscuridad intelectual y moral que prevaleció durante la Edad Media favoreció la difusión de sus dogmas, supersticiones y opresión, y que la mayor inteligencia de los tiempos modernos, la difusión general del conocimiento y la creciente liberalidad en materia de religión, prohíben una resurgimiento de la intolerancia y la tiranía. Incluso se ridiculiza la idea de que tal situación exista en esta época ilustrada. Es cierto que brilla una gran luz intelectual, moral y religiosa.

sobre esta generación. En las páginas abiertas de la santa Palabra de Dios, la luz del cielo ha sido derramada sobre el mundo. Pero hay que recordar que cuanto mayor es la luz dada, mayor es la oscuridad de quienes la pervierten o la rechazan.

Un estudio de la Biblia acompañado de oración mostraría a los protestantes el verdadero carácter del papado y los llevaría a aborrecerlo y evitarlo; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no sienten la necesidad de buscar humildemente a Dios para ser guiados a la verdad. Aunque se enorgullecen de su educación, ignoran tanto las Escrituras como el poder de Dios. Necesitan algo que calme sus conciencias y buscan algo menos espiritual y humillante. Lo que quieren es una forma de olvidar a Dios, que se convierta en un método para recordarlo. El papado está bien adaptado para satisfacer las necesidades de todos estos.

Está preparado para dos clases de seres humanos que abarcan a casi todos: los que quieren salvarse por sus propios méritos y los que quieren salvarse en sus pecados. Aquí está el secreto de tu poder.

Un día de gran oscuridad intelectual ha resultado favorable al éxito del papado. Aún quedará demostrado que un día de gran luz intelectual es igualmente favorable a su éxito. En épocas pasadas, cuando los hombres estaban sin la Palabra de Dios y sin el conocimiento de la verdad, tenían los ojos vendados y miles estaban enredados, sin ver la red tendida a sus pies. En esta generación, hay muchos cuyos ojos están deslumbrados por el resplandor de las especulaciones humanas, "la falsamente llamada ciencia"; No discernen la red y entran en ella tan fácilmente como si tuvieran los ojos vendados. Dios diseñó que las facultades intelectuales del hombre fueran consideradas como dones de su Creador, y que fueran empleadas al servicio de la verdad y la justicia; pero cuando se albergan el orgullo y la ambición, y los hombres exaltan sus propias teorías por encima de la Palabra de Dios, entonces la inteligencia puede causar mayor daño que la ignorancia. Así, la falsa ciencia del siglo XIX, que socava la fe en la Biblia, resultará tan eficaz para preparar el camino para la aceptación del papado, con sus formas agradables, como la retención del conocimiento abrió el camino para su engrandecimiento. Edad Oscura.

En los movimientos que ahora están en marcha en los Estados Unidos para asegurar a las instituciones y prácticas de la iglesia el apoyo del Estado, los protestantes están siguiendo los pasos de los papistas (ver Apéndice, Nota 11). Además, están abriendo la puerta para que el papado recupere en la América protestante la supremacía que perdió en el Viejo Mundo. Y lo que da mayor significado a este movimiento es el hecho de que el principal objetivo contemplado es el cumplimiento de la observancia del domingo, costumbre originaria de Roma y que ella declara ser el signo de su autoridad. Este es el espíritu del papado -el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la veneración de las tradiciones humanas por encima de los mandamientos de Dios- que está impregnando las iglesias protestantes y llevándolas a hacer la misma obra de exaltación dominical que hace el papado. hizo antes que ellos.

Si el lector quiere saber qué medios se emplearán en la contienda venidera, sólo tiene que rastrear el registro de los medios que Roma ha empleado para el mismo objetivo en épocas pasadas. Si desea saber cómo tratarán los papistas y protestantes unidos con aquellos que rechazan sus dogmas, vea el espíritu que Roma manifestó con respecto al sábado y sus defensores.

Edictos reales, concilios generales y ordenanzas eclesiásticas apoyadas por el poder secular fueron los pasos mediante los cuales la fiesta pagana alcanzó su posición de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que impuso la observancia del domingo fue la ley promulgada por Constantino (321 d.C.). Este edicto exigía que los habitantes de la ciudad descansaran en el "venerable día del sol", pero permitía

Los campesinos continúan con sus ocupaciones agrícolas. Aunque era prácticamente una ley pagana, fue impuesta por el emperador tras su aceptación nominal del cristianismo.

Como el mandato real no parecía sustituir suficientemente a la autoridad divina, Eusebio, un obispo que buscaba el favor de los príncipes y que era amigo íntimo y adulator de Constantino, promovió la declaración de que Cristo había trasladado el día de descanso del sábado al domingo. Ni siquiera se produjo un simple testimonio de las Escrituras como prueba de la nueva doctrina. Eusebio incluso inconscientemente reconoce su falsedad y señala a los verdaderos autores del cambio.

Todas las cosas", dice, "todo lo que debía hacerse en sábado, lo hemos transferido al día del Señor". Pero el argumento a favor del domingo, por infundado que fuera, sirvió para animar a los hombres a pisotear el sábado del Señor.

Todos los que querían ser honrados por el mundo aceptaron la fiesta popular.

Tan pronto como el papado quedó firmemente establecido, se continuó la obra de exaltación del domingo. Durante un tiempo, la gente se dedicaba a trabajos agrícolas cuando no asistía a la iglesia, y el séptimo día todavía se consideraba sábado. Pero con calma y control se produjo un cambio. A los magistrados involucrados en el oficio sagrado se les prohibió ejecutar sentencia en cualquier controversia civil los domingos. Poco después, se ordenó a todas las personas, de cualquier clase, que se abstuvieran de realizar trabajos ordinarios, bajo pena de multas para los hombres libres y azotes en el caso de los sirvientes. Posteriormente, se decretó que los ricos serían castigados con la pérdida de la mitad de sus posesiones; y finalmente, si insistían en desobedecer, serían hechos esclavos. Los de las clases bajas sufrirían un destierro perpetuo.

También se utilizaron milagros. Entre otras maravillas relatadas, se dijo que un campesino que iba a arar el campo el domingo limpió su arado con un hierro que le penetró la mano, y durante dos años enteros no pudo sacarlo, "para su excesivo dolor y vergüenza". ."

Más tarde, el Papa ordenó a los párrocos que advirtieran a quienes violaran el domingo y los persuadieran a ir a la iglesia a orar, para que no les apareciera una gran calamidad a ellos y a sus vecinos. Un concilio eclesiástico aprobó el argumento tan frecuentemente empleado desde entonces, incluso por los protestantes, de que en vista del hecho de que algunas personas habían muerto a causa de un rayo mientras trabajaban en domingo, ese debía ser el sábado. "Es visible" –

– dijeron los prelados – "cuán grande fue el disgusto de Dios con aquellos que descuidaron este día". Foi então feito um apelo para que os sacerdotes e ministros, reis e príncipes, e todos os fiéis "fizeram tanto quando lhes fosse possível para que esse dia fosse restaurado à sua honra, e, para benefício da Cristandade, fosse mais devotamente observado no tempo por venir."

Como los decretos de los concilios resultaron insuficientes, se pidió a las autoridades seculares que promulgaran un edicto que inspiraría terror en los corazones del pueblo y los obligaría a abstenerse de trabajar los domingos. En un concilio celebrado en Roma, todas las decisiones anteriores fueron reafirmadas con mayor fuerza y solemnidad.

También fueron incorporadas al derecho eclesiástico e impuestas por las autoridades civiles en la mayor parte de la cristiandad.

A pesar de esto, la falta de autoridad bíblica a favor de la observancia del domingo causó muchas dificultades. El pueblo cuestionó el derecho de sus maestros a revocar la declaración positiva de Jehová: "El séptimo día es sábado de Jehová tu Dios" para honrar el día del sol. Para compensar la falta del testimonio de la Biblia, fueron necesarios otros expedientes. Un celoso abogado dominical, que hacia fines del siglo XII visitó las iglesias de Inglaterra, encontró resistencia por parte de testigos fieles a la verdad; y sus esfuerzos fueron tan infructuosos que abandonó el país por algunos

tiempo en busca de formas de reforzar sus enseñanzas. Cuando regresó, la carencia se había llenado y ahora tenía más éxito en su trabajo. Trajo consigo un rollo que presentó como procedente de Dios mismo; que contenía el orden necesario para la observancia del domingo, con terribles amenazas de aterrorizar a los desobedientes.

Se decía que este precioso documento, un fraude tan vil como la institución que pretendía proteger, había caído del cielo y había sido encontrado en Jerusalén, en el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero en realidad, era del palacio pontificio de Roma de donde procedía. En todas las épocas la jerarquía papal ha considerado correcto el fraude y la adulteración para promover el poder y la prosperidad de la Iglesia.

El rollo prohibía trabajar desde la hora novena, las tres de la tarde del sábado, hasta el amanecer del lunes; y su autoridad fue declarada confirmada por muchos milagros. Dijo que las personas que habían trabajado más allá del tiempo designado habían sufrido parálisis. Un granjero que intentaba moler su trigo vio, en lugar de harina, un chorrito de sangre y la rueda del molino se detuvo a pesar del buen volumen de agua. Una mujer había metido masa en el horno y al sacarla la encontró cruda, aunque el horno estaba muy caliente. Otra que había preparado su masa para hornear pan a la hora novena, pero decidió dejarla hasta el lunes, la encontró, al día siguiente, transformada en pan y cocida por poder divino. Un hombre que cocía pan el sábado después de la hora novena, cuando lo partió a la mañana siguiente, vio que de él salía sangre. Con inventos tan absurdos y supersticiosos, los defensores del domingo intentaron hacerlo sagrado.

Tanto en Escocia como en Inglaterra se consiguió una mejor consideración del domingo uniéndolo con una parte del antiguo sábado. Sin embargo, el tiempo que debía mantenerse como sagrado variaba. Un edicto del rey de Escocia declaró que el sábado debería considerarse santo a partir del mediodía y que desde ese momento hasta el lunes por la mañana nadie debería dedicarse a trabajos mundanos.

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos hechos para establecer la santidad del domingo, los mismos papistas confesaron públicamente la autoridad divina del sábado y el origen humano de la institución por la que había sido suplantado. En el siglo XVI, un concilio papal ordenó explícitamente: "que todos los cristianos recuerden que el séptimo día fue consagrado por Dios y aceptado y observado, no sólo por los judíos, sino también por todos los que afirmaban adorar a Dios; sin embargo, nosotros los cristianos hemos cambiado su sábado por el día del Señor". Aquellos que pisoteaban la ley divina no ignoraban el carácter de su trabajo. Se estaban colocando deliberadamente por encima de Dios.

Un ejemplo sorprendente de la política de Roma contra aquellos que no estaban de acuerdo con ella fue la larga y sangrienta persecución de los valdenses, algunos de los cuales guardaban el sábado. Otros sufrieron lo mismo por su fidelidad al cuarto mandamiento. La historia de las iglesias de Etiopía es especialmente significativa. En medio de la oscuridad de la Edad Media, los cristianos de África Central quedaron perdidos de vista y olvidados por el mundo, y durante muchos siglos disfrutaron de libertad en el ejercicio de su fe. Pero al fin Roma se enteró de su existencia, y el emperador de Etiopía pronto se vio inducido a reconocer al Papa como vicario de Cristo. Siguieron otras concesiones. Se proclamó un edicto que prohibía la observancia del sábado, bajo las penas más severas. Sin embargo, la tiranía papal pronto se convirtió en un yugo tan amargo que los etíopes decidieron quitárselo del cuello. Después de una terrible lucha, los romanistas fueron desterrados de sus dominios y la antigua fe fue restaurada. Las iglesias se regocijaron en su libertad y nunca olvidaron la lección que aprendieron acerca del engaño, el fanatismo y el poder despótico de Roma. Ellos estaban

contentos de permanecer en medio de su reino insular, desconocidos para el resto de la cristiandad.

Las iglesias de África observaron el sábado como lo había observado la iglesia papal antes de su completa apostasía. Mientras observaban el séptimo día en obediencia al mandamiento de Dios, se abstendían de trabajar el domingo según la costumbre de la iglesia. Al alcanzar el poder supremo, Roma había pisoteado el día de descanso de Dios para exaltar el suyo propio; pero las iglesias de África, desconocidas durante unos mil años, no tuvieron parte en esta apostasía. Cuando cayeron bajo el gobierno de Roma, se vieron obligados a dejar de lado el verdadero sábado y exaltar el falso sábado, pero sólo recuperaron su independencia y volvieron a la obediencia al cuarto mandamiento.

Estos registros del pasado revelan claramente la enemistad de Roma contra el verdadero sábado y sus defensores, y los medios que emplea para honrar la institución de su creación. La Palabra de Dios enseña que esto se repetirá cuando papistas y protestantes se unan en la exaltación del domingo.

La profecía de Apocalipsis 13 declara que el poder representado por la bestia con cuernos semejantes a los de los corderos haría que "la tierra y los que en ella habitan" adoren al papado, aquí simbolizado por la bestia "como un leopardo". La bestia de dos cuernos también dirá "a los moradores de la tierra que le hagan una imagen a la bestia", y más aún, ordenará a todos, "pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos", que reciban "la marca de la bestia" (Apocalipsis 13:11-16). Está demostrado que los Estados Unidos de América son el poder representado por la bestia con dos cuernos parecidos a los de un cordero, y que esta profecía se cumplirá cuando los Estados Unidos impongan la observancia del domingo, que Roma declara como el reconocimiento especial de su supremacía. Pero en este homenaje al papado, Estados Unidos no estará solo. La influencia de Roma en países que alguna vez reconocieron su gobierno está lejos de ser destruida. Y la profecía predice una restauración de su poder: "Vi una de sus cabezas como si hubiera sido asesinada a golpes, pero esa herida mortal fue sanada; y toda la tierra se maravillaba siguiendo a la bestia" (Apocalipsis 13:3). La incidencia de la herida mortal apunta a la abolición del papado en 1798. Después de esto, dice el profeta: "su herida mortal fue curada, y toda la tierra se maravilló siguiendo a la bestia". Pablo declara claramente que el hombre de pecado permanecerá hasta la segunda venida (II Tesalonicenses 2:8). Hasta el fin de los tiempos continuará su obra de engaño. Y el revelador declara, refiriéndose al papado: "la adorarán todos los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el Libro de la Vida". (Apocalipsis 13:8). Tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, el papado recibirá homenaje a través del honor que se le dará a la institución del domingo, que descansa únicamente en la autoridad de la Iglesia Romana.

Durante casi cuarenta años, los estudiantes de profecía en los Estados Unidos han presentado este testimonio al mundo. En los acontecimientos que se desarrollan actualmente se observa un rápido progreso hacia el cumplimiento de esta predicción. Entre los protestantes existe el mismo reclamo de autoridad divina para la observancia del domingo, y la misma falta de evidencia bíblica, que los gobernantes papales que inventaron milagros para reemplazar un mandamiento de Dios. Se repetirá la afirmación de que los juicios de Dios recaen sobre los hombres por su violación del descanso dominical; Esto ya se está declarando hoy. Y un movimiento para imponer la observancia del domingo está ganando terreno rápidamente.

Maravillosa por su astucia y perspicacia es la Iglesia Romana. Puedes leer el futuro. Ella espera el momento oportuno, viendo que las iglesias protestantes le rinden homenaje al aceptar el falso sábado y que se preparan para imponerlo.

por los mismos medios que ella misma utilizó en los días pasados. Aquellos que rechazan la luz de la verdad seguirán buscando la ayuda de este poder que se llama a sí mismo infalible, para exaltar una institución que se originó con él. No es difícil conjeturar con qué facilidad vendrá a ayudar a los protestantes en esta obra. ¿Quién entiende mejor que los líderes papales cómo tratar con aquellos que son desobedientes a la iglesia?

La Iglesia Romana, con todas sus ramas en todo el mundo, forma una vasta organización, bajo el control del ojo papal, y destinada a servir sus intereses. Sus millones de seguidores, en todos los países del mundo, reciben instrucciones de considerarse unidos en alianza con el Papa. Cualquiera que sea tu nacionalidad o gobierno, debes considerar la autoridad de la iglesia por encima de todas las demás. Aunque pueden prestar juramento prometiendo lealtad al Estado, detrás de él se esconde el voto de obediencia a Roma, que les absuelve de cualquier promesa contraria a sus intereses.

Los protestantes poco saben lo que hacen cuando proponen aceptar la ayuda de Roma en la obra de exaltación del domingo. Mientras ellos están empeñados en establecer su propósito, Roma está decidida a restablecer su poder, recuperando su supremacía perdida. Dejemos que la historia testifique de sus astutos y persistentes esfuerzos por inmiscuirse en los asuntos de las naciones; y ha establecido sus pies para promover sus propios fines, incluso a expensas de la ruina de los príncipes y del pueblo. El romanismo declara abiertamente que el Papa puede "pronunciar sentencias y juicios en contradicción con el derecho de gentes, con el derecho de Dios y de los hombres" (La "Decretalia").

Y recordemos que Roma se enorgullece de no cambiar nunca. Los principios de Gregorio VII e Inocencio III siguen siendo los principios de la Iglesia Católica Romana. Y, si tuviera el poder, las pondría en práctica con tanto vigor ahora como lo hizo en siglos pasados. Dejemos que el principio, una vez establecido en los Estados Unidos, de que la iglesia puede emplear o controlar el poder del Estado; que las observancias religiosas pueden ser impuestas por leyes seculares; en resumen, que la autoridad de la Iglesia y del Estado debe dominar la conciencia, y el triunfo de Roma en este país está asegurado.

La Palabra de Dios ha advertido de un peligro inminente; si no se le presta atención, el mundo protestante aprenderá cuáles son los verdaderos propósitos de Roma sólo cuando sea demasiado tarde para escapar de la trampa. Ella está creciendo silenciosamente en poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en los tribunales legislativos, en las iglesias y en los corazones de los hombres. Ella está construyendo sus altas y macizas estructuras, en los rincones secretos donde se repetirán las persecuciones del pasado. Oculta y confiadamente está aumentando sus fuerzas para lograr sus propios fines cuando llegue el momento de dar el golpe. Lo único que quiere es una oportunidad y ya se la están dando. Pronto veremos y sentiremos cuáles son los propósitos del cuerpo romano. Cualquiera que crea y obedezca la Palabra de Dios incurrirá en censura y persecución.

Capítulo 36

El conflicto inminente – Sus causas

Desde el origen del gran conflicto en el Cielo, el propósito de Satanás ha sido destruir la Ley de Dios. Fue para lograr esto que comenzó su rebelión contra el Creador; y aunque fue expulsado del Cielo, ha continuado la misma guerra en la Tierra. Engañar a los hombres e inducirlos así a transgredir la Ley de Dios es el objetivo que ha perseguido firmemente. Ya sea que se logre dejando de lado toda la ley o rechazando uno de sus preceptos, el resultado finalmente será el mismo. El que transgrede “en un punto”, manifiesta desprecio por toda la ley; su influencia y ejemplo están del lado de la transgresión; se vuelve “culpable de todos” (Santiago 2:10).

Con el objetivo de despreciar los estatutos divinos, Satanás ha pervertido las doctrinas de la Biblia, y ahora se han incorporado errores a la fe de miles de personas que profesan creer en las Escrituras. El último gran conflicto entre la verdad y el error no es más que la lucha final de la larga controversia acerca de la ley de Dios. Estamos entrando ahora en esta batalla: una batalla entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová, entre la religión de la Biblia y la religión de la fábula y la tradición.

Las agencias que se unirán contra la verdad y la justicia en este conflicto están ahora trabajando activamente. Se tiene poco en cuenta la santa Palabra de Dios, que nos ha sido transmitida a costa de tanto sufrimiento y sangre. La Biblia está al alcance de todos, pero pocas personas realmente la aceptan como guía para la vida. La infidelidad prevalece en un grado alarmante, no sólo en el mundo sino también en la iglesia.

Muchos han llegado a negar doctrinas que son los pilares mismos de la fe cristiana. Las grandes verdades de la creación tal como las presentan los escritores inspirados, la caída del hombre, la expiación y la perpetuidad de la ley de Dios, son prácticamente rechazadas, total o parcialmente, por una gran parte del mundo que se profesa ser cristiano. Miles de personas que se enorgullecen de su sabiduría e independencia consideran que depositar una confianza implícita en la Biblia es una prueba de debilidad; piensan que su orgullo es una prueba de un talento superior y aprenden a especular sobre las Escrituras y a espiritualizar y distorsionar sus verdades más importantes. Muchos ministros están enseñando a sus miembros, y muchos maestros y maestras están instruyendo a sus alumnos que la ley de Dios ha sido cambiada o abolida; y aquellos que consideran que sus requisitos siguen siendo válidos, que deben ser obedecidos literalmente, son señalados como merecedores sólo de ridículo o desprecio.

Al rechazar la verdad, los hombres rechazan a su Autor. Al pisotear la ley de Dios, niegan la autoridad del Dador de la Ley. Es tan fácil hacer un ídolo con doctrinas y teorías falsas como tallarlo en madera o piedra. Al tergiversar los atributos de Dios, Satanás induce a los hombres a formarse una idea falsa de su carácter. En muchos, un ídolo filosófico está entronizado en el lugar de Jehová; mientras que el Dios vivo, tal como se revela en Su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación, es adorado por muy pocos. Miles de personas deifican la naturaleza, mientras niegan al Dios de la naturaleza. Aunque en una forma diferente, la idolatría existe en el mundo cristiano hoy tan verdaderamente como existió en el antiguo Israel en los días de Elías. El dios de muchos sabios, filósofos, poetas, políticos y periodistas: el dios de los círculos.

moda refinada, de muchos colegios y universidades, incluso de algunas instituciones teológicas: es poco mejor que Baal, el dios sol de Fenicia.

Ningún error aceptado por el mundo cristiano ataca más audazmente la autoridad del Cielo, ninguno se opone más directamente a los dictados de la razón, ninguno es más pernicioso en sus resultados que la doctrina moderna, que tan rápidamente gana terreno, de que la ley de Dios no. Es más vigoroso para los hombres. Cada nación tiene sus leyes, que exigen respeto y obediencia; ningún gobierno puede existir sin ellos; ¿Y puede concebirse que el Creador de los cielos y de la tierra no tenga ley para gobernar a los seres que ha creado? Supongamos que ministros prominentes enseñaran públicamente que los estatutos que gobiernan su país y protegen los derechos de sus ciudadanos no son vinculantes, que restringen las libertades del pueblo y, por lo tanto, no necesitan ser obedecidos; ¿Cuánto tiempo se toleraría a hombres así en el púlpito? Pero, ¿es un delito mayor ignorar las leyes de los Estados y de las naciones que pisotear los preceptos divinos que son el fundamento de todo gobierno?

Sería mucho más coherente que las naciones abolieran sus estatutos y permitieran a los pueblos actuar como quisieran, que que el Soberano del universo anulara Su ley y dejara al mundo sin una norma para condenar a los culpables o justificar a los culpables. obediente. ¿Sabremos los resultados de anular la ley de Dios? El experimento ya se ha probado. Terribles fueron las escenas que se organizaron en Francia cuando el ateísmo se convirtió en la potencia controladora. Entonces se demostró al mundo que desechar las restricciones que Dios ha impuesto es aceptar el gobierno del peor de los tiranos. Cuando se deja de lado el estándar de la justicia, se abre el camino para que el príncipe del mal establezca su poder en la Tierra.

Dondequiera que se rechazan los preceptos divinos, el pecado deja de parecer pecaminoso o la justicia deseable. Aquellos que se niegan a someterse al gobierno de Dios son completamente incapaces de gobernarse a sí mismos. A través de sus perniciosas enseñanzas, el espíritu de insubordinación se implanta en los corazones de niños y jóvenes, quienes son naturalmente intolerantes al control; y un estado de libertinaje sin ley resulta en la sociedad. Mientras se burlan de la credulidad de quienes obedecen los requisitos de Dios, las multitudes aceptan con entusiasmo los engaños de Satanás. Dan rienda suelta a la lascivia y practican los pecados que trajeron juicios sobre los paganos.

Los que enseñan al pueblo a tomar a la ligera los mandamientos de Dios, siembran desobediencia, para cosechar desobediencia. Dejemos de lado por completo la restricción impuesta por la ley divina, y pronto se ignorarán las leyes humanas. Debido a que Dios prohíbe las prácticas deshonestas, la codicia, la mentira y el fraude, los hombres están dispuestos a pisotear sus estatutos como un obstáculo para su prosperidad temporal; pero los resultados del destierro de estos preceptos serían los que no habían previsto. Si la ley no estuviera vigente, ¿por qué habría que temer que se infrinja? La propiedad ya no sería segura. Los hombres obtendrían las posesiones de sus vecinos mediante la violencia; y los más fuertes se convertirían en los más ricos. La vida misma no sería respetada. El voto matrimonial ya no seguiría siendo un estandarte sagrado para proteger a la familia. El que tuviera fuerza, si quisiera, tomaría por la fuerza a la mujer de su prójimo. El quinto mandamiento sería desechado junto con el cuarto. Los hijos no temerían quitarles la vida a sus padres, si al hacerlo pudieran lograr el deseo de sus corazones corruptos. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos; y la paz, el descanso y la felicidad serían desterrados de la tierra.

La doctrina de que los hombres están exentos de la obediencia a los requisitos de Dios ha debilitado la fuerza de la obligación moral y ha abierto las compuertas de la iniquidad en el mundo. La anarquía, la disipación y la corrupción se están extendiendo sobre nosotros como una trampa opresiva. Satanás está obrando en la familia. Su

La bandera sigue ondeando, incluso en el cristianismo profeso. Hay odio, malas sospechas, hipocresía, riñas, falsedad, disensión, traición de verdades sagradas, indulgencia a la lascivia. Todo el sistema de principios y doctrinas religiosas, que deberían constituir el fundamento y la base de la vida social, parece ser una masa inestable, a punto de colapsar. Los criminales más viles, cuando son encarcelados por sus crímenes, a menudo son objeto de obsequios y atenciones, como si hubieran alcanzado una distinción envidiable. Se da gran publicidad a su carácter y sus crímenes. La prensa publica los repugnantes detalles del vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, el robo y el asesinato; y Satanás se regocija por el éxito de sus planes infernales. El enamoramiento del vicio, la conducta lasciva de la vida, el terrible aumento de la intemperancia y la iniquidad de todo orden y grado, deberían despertar a todos los que temen a Dios a preguntar qué se puede hacer para detener la corriente del mal.

Los tribunales de justicia son corruptos. Los gobernantes están motivados por el deseo de ganancia y el amor al placer sensual. La intemperancia ha oscurecido las facultades de muchos, de modo que Satanás tiene control casi completo sobre ellas. Los juristas son pervertidos, sobornados y engañados. La embriaguez y la orgía, la pasión, la envidia, la deshonestidad de todo tipo, están representadas entre quienes administran las leyes. "La justicia se ha mantenido alejada; porque la verdad tropieza en las calles, y la justicia no puede entrar" (Isaías 59:14).

La iniquidad y la oscuridad espiritual que prevalecieron bajo la supremacía de Roma fueron el resultado inevitable de su supresión de las Escrituras; pero ¿dónde se puede encontrar la causa de la infidelidad generalizada, del rechazo de la ley de Dios y la consiguiente corrupción, bajo la llama plena de la luz del evangelio en una era de libertad religiosa? Ahora que Satanás ya no puede mantener al mundo bajo su control ocultando las Escrituras, recurre a otros medios para lograr el mismo objetivo. Destruir la fe en la Biblia cumple su propósito al igual que destruir la Biblia misma. Al introducir la creencia de que la ley de Dios ya no está en vigor, lleva a los hombres a transgredirla con tanta eficacia como si ignoraran por completo sus preceptos. Y ahora, como en épocas pasadas, ha trabajado a través de la iglesia para promover sus diseños. Hoy en día, las organizaciones religiosas se han negado a escuchar las verdades impopulares que claramente se ponen de manifiesto en las Escrituras y, al combatirlas, han adoptado interpretaciones y posiciones que han sembrado ampliamente las semillas del escepticismo. Aferrándose al error papal de la inmortalidad natural del hombre y de su conciencia en la muerte, rechazaron la única defensa contra el engaño del Espiritismo. La doctrina del tormento eterno ha llevado a muchos a no creer en la Biblia. Y cuando se presentan ante el pueblo las exigencias del cuarto mandamiento, se ve que se ordena la observancia del séptimo día, el sábado; y como única manera de liberarlos de un deber que no están dispuestos a cumplir, los maestros populares declaran que la ley de Dios ya no está vigente. Entonces desechan la ley y el sábado a la vez.

A medida que se difunda la obra de la reforma del sábado, este rechazo de la ley divina para evitar las declaraciones del cuarto mandamiento se volverá casi universal. Las enseñanzas de los líderes religiosos han abierto la puerta a la infidelidad, al Espiritismo, al desprecio de la santa ley de Dios, y estos líderes cargan con una terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Esta misma clase también mantiene la declaración de que la corrupción que se propaga rápidamente es en gran medida atribuible a la profanación del llamado "sábado cristiano", y que la observancia del domingo mejorará enormemente la moral de la sociedad. Esta afirmación se enfatiza especialmente en Estados Unidos, donde la doctrina del verdadero sábado se ha predicado más ampliamente. Aquí se destaca la obra de la templanza, una de las reformas morales más destacadas e importantes.

a menudo se combina con el movimiento dominical, y los defensores de este último se presentan a sí mismos como trabajadores para promover los intereses más elevados de la sociedad; y aquellos que se niegan a unirse con ellos son denunciados como enemigos de la templanza y la reforma. Pero el hecho de que un movimiento para establecer el error esté relacionado con una obra que es buena en sí misma no es un argumento a favor del error. Podemos disfrazar el veneno mezclándolo con comida sana, pero no transformamos su naturaleza. Por el contrario, se vuelve más peligroso ya que es más probable que se tome sin darse cuenta. Uno de los engaños de Satanás es combinar suficiente verdad con falsedad para darle credibilidad. Los líderes del movimiento dominical pueden defender reformas que el pueblo necesita, principios que estén en armonía con la Biblia, pero, sin embargo, hay un requisito que es contrario a la ley de Dios.

Nada puede justificarlos al dejar de lado los mandamientos de Dios en favor de los preceptos de los hombres.

Mediante dos grandes errores, la inmortalidad del alma y la santificación del domingo, Satanás conducirá al pueblo a sus engaños. Mientras el primero sienta las bases del Espiritismo, el segundo crea un vínculo de simpatía con Roma. Los protestantes en Estados Unidos serán los primeros en extender sus manos a través del golfo para estrechar la mano del espiritismo; cruzarán el abismo y tomarán la mano del poder romano; y bajo la influencia de esta triple unión, este país seguirá los pasos de Roma pisoteando los derechos de conciencia.

Al ser el Espiritismo más parecido al cristianismo nominal actual, tiene mayor poder para engañar y cautivar. El mismo Satanás se convierte, según el orden actual de las cosas. Aparecerá en el personaje de un ángel de luz. Por medio del Espiritismo se realizarán milagros: los enfermos serán sanados y se realizarán muchas maravillas innegables.

La línea de distinción entre los cristianos profesos y los malvados ahora es apenas discernible. Los miembros de la Iglesia aman lo que ama el mundo y están dispuestos a unirse a él; y Satanás determinó unirlos (ACENTO RETIRADO) en un solo cuerpo, y así fortalece su causa arrastrándolos a todos a las filas del Espiritismo. Los papistas, que se enorgullecen de los milagros como señal segura de la verdadera iglesia, serán fácilmente engañados por este poder obrador de milagros; y los protestantes, habiendo desechado el escudo de la verdad, también serán engañados. Tanto los papistas como los protestantes y los mundanos aceptarán la forma de la piedad sin el poder, y verán en esta unión un gran movimiento hacia la conversión del mundo y el comienzo del tan esperado milenio.

A través del espiritismo, Satanás aparece como un benefactor de la raza, curando las enfermedades del pueblo y profesando presentar un sistema nuevo y más exaltado de fe religiosa; pero al mismo tiempo trabaja como destructor. Sus tentaciones están llevando a multitudes a la ruina. La intemperancia destrona la razón; Siguen la indulgencia sensual, las peleas y el derramamiento de sangre. Satanás se deleita en la guerra; porque excita las peores pasiones del alma, y luego arrastra a sus víctimas a la eternidad sumergidas en el vicio y la sangre. Su objetivo es incitar a las naciones a la guerra entre sí; porque así puede desviar la mente del pueblo de la obra de preparación para estar en pie en el día de Dios.

Satanás también obra a través de los elementos para recoger la cosecha de su cosecha de almas no preparadas. Ha estudiado los secretos de los laboratorios de la naturaleza y utiliza todo su poder para controlar los elementos tanto como Dios lo permite. Cuando fue a tratar de afligir a Job, con qué rapidez fueron diezmados rebaños y pastores, siervos, casas, niños, un problema tras otro en un momento. Y Dios

quien protege a sus criaturas y las cierra del poder del destructor. Pero el mundo cristiano ha mostrado desprecio por la ley de Jehová; y el Señor hará exactamente lo que declaró que haría: retirará Sus bendiciones de la tierra y quitará Su cuidado protector de aquellos que se rebelan contra Su ley y enseñan y obligan a otros a hacer lo mismo. Satanás tiene control sobre todos aquellos a quienes Dios no protege especialmente. Favorecerá y prosperará a algunos, para promover sus propios designios, traerá desgracias a otros y hará que los hombres crean que es Dios quien los está afligiendo.

Aunque se aparece a los hijos de los hombres como un gran médico que puede curar todas sus enfermedades, traerá enfermedades y desastres, hasta que ciudades populosas queden reducidas a la ruina y la desolación. Incluso ahora está trabajando. En accidentes y calamidades por tierra y mar, en grandes conflagraciones, en feroces tornados y aterradoras granizadas, en tormentas, diluvios, ciclones, tsunamis y terremotos, en todo lugar y en mil formas, Satanás está ejerciendo su poder. Destruye la cosecha que está madura, y le siguen el hambre y la angustia. Estas visitas serán cada vez más frecuentes y desastrosas. La destrucción caerá tanto sobre los hombres como sobre los animales. "La tierra está de luto y se desvanece", "los lugares altos del pueblo... languidecen. De hecho, la tierra está contaminada a causa de sus habitantes, porque transgreden las leyes, violan los estatutos y quebrantan el pacto eterno" (Isaías 24 : 4 y 5).

Y entonces el gran engañador persuadirá a los hombres de que aquellos que sirven a Dios están causando estos males. La clase que ha provocado el disgusto del Cielo atribuirá todas sus desgracias a aquellos cuya obediencia a los mandamientos de Dios es una reprensión perpetua para los transgresores. Se declarará que hombres y mujeres ofenden a Dios al violar el domingo, que su pecado ha traído calamidades que no cesarán hasta que se haga cumplir estrictamente la observancia del domingo, y que aquellos que presentan las exigencias del cuarto mandamiento, destruyendo así la reverencia por El domingo, son agitadores del pueblo, impidiendo su restauración al favor divino y la prosperidad temporal. Así se repetirá, y en un terreno igualmente bien establecido, la acusación lanzada en el pasado contra el siervo de Dios. "Y aconteció que cuando Acab vio a Elías, Acab le dijo: ¿Eres tú el que alborotas a Israel? Y él respondió: Yo no he alborotado a Israel; pero tú y la casa de tu padre, en esto habéis olvidado los mandamientos del Señor, y siguieron a los Baales" (I Reyes 18:17 y 18). Cuando la ira del pueblo se ve excitada por acusaciones falsas, seguirá un proceder con respecto a los embajadores de Dios muy similar al que siguió el Israel apóstata con respecto a Elías.

El poder milagroso que se manifiesta a través del espiritismo ejercerá su influencia contra aquellos que eligen obedecer a Dios en lugar de a los hombres. Las comunicaciones de los espíritus declararán que Dios los envió para convencer a los que rechazaban el domingo de su error, afirmando que las leyes del país deben obedecerse como la ley de Dios. Lamentarán la gran impiedad que hay en el mundo, apoyando el testimonio de los maestros religiosos de que el estado degradado de la moral es causado por la profanación del domingo. Grande será la indignación provocada contra todos los que se nieguen a aceptar su testimonio.

La política de Satanás en este conflicto final con el pueblo de Dios es la misma que empleó al iniciar el gran conflicto en el cielo: profesaba promover la estabilidad del gobierno divino, mientras secretamente dirigía todos los esfuerzos para lograr su subversión. Y la misma obra que se esforzaba por realizar la rindió homenaje a los ángeles leales. La misma política de engaño ha marcado la historia de la Iglesia Romana. Ella ha profesado actuar como representante del Cielo, mientras busca exaltarse por encima de Dios y cambiar Su ley. Bajo el gobierno de

En Roma, los que sufrieron la muerte por su fidelidad al evangelio fueron denunciados como malhechores; se decía que estaban aliados con Satanás; y se emplearon todos los medios posibles para cubrirlos de vergüenza, para hacerlos parecer, a los ojos del pueblo, e incluso a ellos mismos, como los más viles de los criminales. Así será ahora. Cuando Satanás procure destruir a los que honran la ley de Dios, hará que sean acusados de transgresores de la ley, de hombres que deshonran a Dios y traen juicios sobre el mundo.

Dios nunca fuerza la voluntad ni la conciencia; pero el recurso constante de Satanás -para controlar a aquellos a quienes de otro modo no puede seducir- es la oposición mediante la crueldad. A través del miedo o la fuerza opera para gobernar la conciencia y asegurarse homenaje para sí mismo. Para lograrlo, trabaja a través de autoridades religiosas y seculares, llevándolas a imponer leyes humanas desafiando la ley de Dios.

Aquellos que honran el sábado bíblico serán denunciados como enemigos de la ley y el orden, que colapsan las restricciones morales de la sociedad, causan anarquía y corrupción e invitan a los juicios de Dios sobre la Tierra. Sus escrúpulos de conciencia serán llamados terquedad, terquedad y desprecio de la autoridad. Serán acusados de deslealtad al gobierno. Los ministros que nieguen la obligación de la ley divina presentarán desde el púlpito el deber de rendir obediencia a las autoridades civiles como lo ha ordenado Dios. En las salas legislativas y en los tribunales de justicia, los que guardan los mandamientos serán calumniados y condenados. A vuestras palabras se les dará un color falso; La peor interpretación se dará a tus motivos.

A medida que las iglesias protestantes rechacen los claros argumentos de las Escrituras en defensa de la ley de Dios, querrán silenciar a aquellos cuya fe no pueden subvertir mediante la Biblia. Aunque ciegan los ojos ante este hecho, ahora están adoptando un proceder que los llevará a perseguir a aquellos que en conciencia se niegan a hacer lo que el resto del mundo cristiano está haciendo, y a reconocer las exigencias del sábado papal.

Los dignatarios de la Iglesia y del Estado se unirán para sobornar, persuadir u obligar a todas las clases sociales a honrar el domingo. La falta de autoridad divina será suplida por decretos opresivos. La corrupción política está destruyendo el amor a la justicia y el respeto por la verdad; e incluso en los Estados Unidos libres, gobernadores y legisladores, para asegurarse el favor público, cederán a la demanda popular de una ley que imponga la observancia del domingo. La libertad de conciencia, que costó un sacrificio tan grande, ya no será respetada. En el conflicto que se avecina veremos ejemplificadas las palabras del profeta: "El dragón se enojó contra la mujer y fue a pelear contra el resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús, y estaba sobre la arena del mar" (Apocalipsis 12:17).

Capítulo 37

Las Escrituras... una salvaguardia

"¡A la ley y al testimonio! Si no hablan conforme a esta palabra, no habrá mañana para ellos". (Isaías 8:20). El pueblo de Dios es dirigido a las Sagradas Escrituras como su salvaguardia contra la influencia de los falsos maestros y el poder engañoso de los espíritus oscuros. Satanás emplea todos los trucos posibles para impedir que los hombres obtengan conocimiento de las Escrituras, porque las claras enseñanzas de la Palabra de Dios desenmascaran sus engaños. En cada reavivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal se ve impulsado a una actividad más intensa. Ahora usa tus mejores esfuerzos para la lucha final contra Cristo y sus seguidores. Pronto debemos presentarnos ante nosotros el último gran fraude. El anticristo realizará sus maravillosas obras ante nuestros ojos. La falsificación estará tan cerca de la verdad que será imposible distinguir entre las dos excepto a través de las Sagradas Escrituras. A través del testimonio del Libro Sagrado se debe probar cada afirmación y cada milagro.

Aquellos que se esfuercen por obedecer todos los mandamientos de Dios sufrirán oposición y ridículo. Sólo pueden resistir en Dios. Para afrontar la prueba que tienen por delante, necesitan comprender la voluntad de Dios revelada en Su Palabra; Sólo pueden honrarlo si tienen una concepción correcta de Su carácter, gobierno y propósitos, y actúan de acuerdo con ellos.

Nadie, excepto aquellos que hayan fortalecido su mente con las verdades de la Biblia, podrá resistir en el último gran conflicto. A cada alma le sobrevendrá una dura prueba: ¿obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora decisiva está a la vuelta de la esquina. ¿Están nuestros pies plantados sobre la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para mantenernos firmes en defensa de los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?

Antes de Su crucifixión, el Salvador explicó a Sus discípulos que debía ser asesinado y resucitar de la tumba; Los ángeles celestiales estuvieron presentes para grabar las palabras del Señor en las mentes y los corazones de los seguidores de Cristo. Pero los discípulos esperaban la liberación temporal del yugo romano y no podían soportar la idea de que Aquel en quien estaban centradas todas sus esperanzas sufriera una muerte infame. Las palabras que necesitaban recordar se escaparon de sus mentes; y, cuando llegó el momento de la prueba, los tomó desprevenidos. La muerte de Cristo destruyó por completo sus esperanzas, como si no les hubiera advertido de antemano. En las profecías, el futuro se abre ante nosotros con tanta claridad como fue revelado a los discípulos por las palabras de Cristo. Los acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de prueba y el trabajo de preparación para el período de angustia se presentan con clara claridad. Pero las multitudes no tienen mayor

comprensión de estas importantes verdades de la que tendrían si nunca les hubieran sido reveladas. Satanás está atento para arrebatarse toda impresión que los haría sabios para la salvación, y el tiempo de angustia los encontrará desprevenidos.

Cuando Dios envía a los hombres advertencias tan importantes que se presentan como proclamadas por santos ángeles que vuelan en medio del cielo, exige que toda persona dotada de poderes de razonamiento preste atención al mensaje. Los terribles juicios pronunciados contra la adoración de la bestia y su imagen (Apocalipsis 14:9-11), debe llevar a todos a un estudio aplicado de las profecías para aprender cuál es la marca de la bestia y cómo evitar recibirla. Las masas populares, sin embargo, cierran los oídos a la verdad y prefieren las fábulas. El apóstol Pablo, mirando el

últimos días, dijo: "Llegará el tiempo en que no padecerán la sana doctrina". (II Timoteo 4:3). Ese momento ya ha llegado. Las multitudes no desean la verdad bíblica porque interfiere con los deseos de sus corazones pecaminosos y amantes del mundo; y Satanás les proporciona los engaños que aman.

Pero Dios tendrá un pueblo en la Tierra que mantenga la Biblia, y sólo la Biblia, como norma de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Las opiniones de los sabios, las deducciones de la ciencia, los credos o las decisiones de los concilios eclesiásticos, tan numerosos y discordantes como las iglesias representan la voz de la mayoría, ninguna de estas cosas ni todas deben considerarse como evidencia a favor o en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto, debemos exigir un claro "así dice el Señor".

Satanás se esfuerza constantemente por atraer la atención hacia el hombre en lugar de hacia Dios. Él lleva a la gente a considerar a los obispos, pastores y maestros de teología como sus guías, en lugar de buscar en las Escrituras para saber por sí mismos cuál es su deber. Luego, al controlar las mentes de estos líderes, puede influir en las multitudes según su voluntad.

Cuando Cristo vino a hablar palabras de vida, la gente común lo escuchó con alegría; y muchos, aun entre los sacerdotes y los príncipes, creyeron en él. Pero los principales sacerdotes y los hombres de la nación estaban decididos a condenar y repudiar sus enseñanzas. Aunque vieron inútiles todos sus esfuerzos por encontrar acusaciones contra Él; aunque no pudieron evitar sentir la influencia del poder y la sabiduría divinos al observar Sus palabras, se refugiaron en el prejuicio.

Rechazaron la evidencia más clara de su carácter mesiánico, temiendo verse obligados a convertirse en sus discípulos. Estos oponentes de Jesús eran hombres a quienes al pueblo, desde su infancia, se le había enseñado a reverenciar, ante cuya autoridad se habían acostumbrado a inclinarse implícitamente. Preguntaron: "¿Cómo es que nuestros líderes y sabios escribas no creen en Jesús? ¿No lo recibirían estos hombres piadosos si fuera el Cristo?" Fue la influencia de tales maestros lo que llevó a la nación judía a rechazar a su Redentor.

El espíritu que operaba en aquellos sacerdotes y líderes todavía lo manifiestan muchos que hacen una alta profesión de piedad. Se niegan a examinar el testimonio de las Escrituras acerca de las verdades especiales para este tiempo. Señalan su número, riqueza y popularidad, y desprecian a los defensores de la verdad como pocos, pobres e impopulares, y que tienen una fe que los separa del mundo.

Cristo predijo que el cumplimiento indebido de la autoridad por parte de los escribas y fariseos no cesaría con la dispersión de los judíos. Con visión profética, previó la obra de exaltar la autoridad humana para gobernar la conciencia, que ha sido una terrible maldición para la iglesia en todas las épocas. Y sus temibles denuncias de los escribas y fariseos, así como las advertencias al pueblo de que no siguieran a estos líderes ciegos, quedaron registradas como amonestaciones para las generaciones futuras.

La Iglesia Romana se reserva el derecho de interpretar las Escrituras para el clero. Bajo la acusación de que sólo los eclesiásticos son competentes para explicar la Palabra de Dios, la Biblia es arrebatada al pueblo común. Aunque la Reforma hizo que las Escrituras fueran accesibles a todos, el mismo principio que mantuvo Roma también impide que las multitudes en las iglesias protestantes examinen la Biblia por sí mismas. A éstos se les enseña a aceptar sus enseñanzas según la interpretación de la iglesia; y hay miles que no se atreven a recibir nada, aunque esté claramente revelado en las Escrituras, que sea contrario a su credo o a la enseñanza establecida de su iglesia.

Aunque la Biblia está llena de advertencias contra los falsos maestros, muchos están dispuestos a confiar la custodia de sus almas al clero. Hoy en día hay miles de personas que profesan una religión y que no pueden dar otra razón de sus puntos de fe que aquella en la que han sido instruidos por sus líderes religiosos. Pasan por alto las enseñanzas del Salvador casi sin darse cuenta y depositan una confianza implícita en las palabras de los ministros. ¿Pero son infalibles los ministros? ¿Cómo podemos confiar nuestras almas a su dirección a menos que sepamos por la Palabra de Dios que son portadores de luz? La falta de valor moral para desviarse del camino trillado del mundo lleva a muchos a seguir los pasos de hombres eruditos. Y por su renuencia a investigar por sí mismos, están irremediabilmente encadenados por las cadenas del error. Ven que la verdad para este tiempo está claramente revelada en la Biblia y sienten el poder del Espíritu Santo observando su proclamación, pero permiten que la oposición del clero los aparte de la luz. Aunque la razón y la conciencia están convencidas, estas almas engañadas no se atreven a pensar diferente al ministro; y su percepción individual, sus intereses eternos son sacrificados a la incredulidad, el orgullo y el prejuicio de los demás.

Muchos son los medios por los cuales Satanás obra, mediante la influencia humana, para atrapar a sus cautivos. Atrae hacia sí multitudes, uniéndolas con lazos de seda del afecto a aquellos que son enemigos de la cruz de Cristo. Cualquiera que sea su conexión (paterna, filial, conyugal o social), el efecto es el mismo; los opositores de la verdad ejercen su poder para controlar la conciencia, y las almas mantenidas bajo su influencia no tienen suficiente coraje o independencia para obedecer sus propias convicciones del deber.

La verdad y la gloria de Dios son inseparables. Es imposible para nosotros, con la Biblia a nuestro alcance, honrar a Dios manteniendo opiniones equivocadas. Muchos afirman que no importa lo que alguien crea si su vida es justa. Pero la vida está moldeada por la fe. Si la luz y la verdad están a nuestro alcance y no disfrutamos del privilegio de oírlas y verlas, prácticamente las hemos rechazado y elegido la oscuridad en lugar de la luz.

"Hay un camino que al hombre le parece derecho, pero su fin es camino de muerte". (Proverbios 16:25). La ignorancia no es excusa para el error o el pecado cuando existen todas las oportunidades para conocer la voluntad de Dios. Un hombre viaja y llega a un lugar donde hay varios caminos, y un cartel indica hacia dónde conduce cada uno de ellos. Si no tiene en cuenta las indicaciones del cartel y toma el camino que le parece correcto, puede ser muy sincero, pero con toda probabilidad se encontrará en el camino equivocado.

Dios nos dio Su Palabra para que pudiéramos familiarizarnos con Sus enseñanzas y saber lo que Él requiere de nosotros.

Cuando el intérprete de la ley se acercó a Jesús con la pregunta: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?", el Salvador le remitió a las Escrituras, diciendo: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo se lee?" La ignorancia no excusará a jóvenes ni a viejos, ni los librará del castigo debido por su transgresión de la ley de Dios, porque cada uno tiene en sus manos una presentación fiel de esa ley, sus principios y exigencias. No basta con tener buenas intenciones; No basta con hacer lo que el hombre piensa que es correcto o lo que el ministro dice que es verdad. La salvación de sus almas está en juego y deben escudriñar las Escrituras por sí mismos. Aunque tus convicciones puedan ser fuertes; aunque pueden confiar en lo que el ministro sabe que es verdad, esa no debería ser su base. Tienen un mapa que muestra todas las direcciones al Cielo y no deberían hacer suposiciones sobre nada.

El primer y más elevado deber de todo ser racional es aprender de las Escrituras qué es la verdad y luego caminar en la luz, animando a otros a seguir su ejemplo. Día tras día debemos estudiar diligentemente la Biblia, sopesando cada pensamiento y comparando versículo con versículo. Con la ayuda divina, debemos formar nuestras opiniones por nosotros mismos, así como debemos responder por nosotros mismos ante Dios.

Las verdades más claramente reveladas en la Biblia han sido envueltas en dudas y oscuridad por hombres eruditos que, con pretensión de gran sabiduría, enseñan que las Escrituras tienen un significado místico, secreto, un significado espiritual que no es evidente en el lenguaje utilizado. Estos hombres son falsos maestros. Fue a esa clase que Jesús declaró: "Os equivocáis porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios". (Marcos 12:24). El lenguaje de las Sagradas Escrituras debe explicarse según su significado obvio, a menos que se emplee un símbolo o una figura. Cristo hizo la promesa: "Si alguno quiere hacer su voluntad, por la misma doctrina sabrá si es de Dios". (Juan 7:17). Si los hombres tomaran la Biblia tal como es; Si no hubiera falsos maestros que engañaran y confundieran sus mentes, se realizaría una obra que alegraría a los ángeles y traería al redil de Cristo a miles y miles de personas que ahora deambulan en el error.

Debemos aplicar todas las facultades de la mente al estudio de las Escrituras y emplear el entendimiento para comprender, hasta donde sea posible para los mortales, las cosas profundas de Dios. No debemos olvidar, sin embargo, que la docilidad y la sumisión del niño caracterizan el verdadero espíritu de aprendizaje. Las dificultades encontradas en las Escrituras nunca podrán superarse utilizando los mismos métodos utilizados para abordar los problemas filosóficos. No debemos dedicarnos al estudio de la Biblia con la confianza en nosotros mismos con la que muchos entran en los ámbitos de la ciencia, sino más bien con una dependencia piadosa de Dios y un deseo sincero de conocer su voluntad. Debemos venir con un espíritu humilde y dócil para adquirir conocimiento del gran Yo Soy. De lo contrario, los ángeles malos cegarán nuestra mente y endurecerán nuestro corazón para que la verdad no nos impresione.

Muchas porciones de las Escrituras que los eruditos dicen que son un misterio, o que se pasan por alto como sin importancia, están llenas de consuelo e instrucción para quien ha sido enseñado en la escuela de Cristo. Una de las razones por las que muchos teólogos no tienen una comprensión más clara de la Palabra de Dios es que cierran los ojos ante verdades que no desean practicar. Comprender la verdad bíblica depende no tanto del poder intelectual aplicado a la investigación, sino de la unicidad de propósito, de un ferviente deseo de justicia.

La Biblia nunca debe estudiarse sin oración. Sólo el Espíritu Santo puede hacernos sentir la importancia de las cosas fáciles de entender o impedirnos distorsionar verdades difíciles de entender. Es función de los ángeles celestiales preparar el corazón para comprender la Palabra de Dios de tal manera que seamos encantados por su belleza, amonestados por sus advertencias o animados y fortalecidos por sus promesas. Debemos hacer nuestra la petición del salmista: "Abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley". (Sal. 119:18). Las tentaciones a menudo parecen irresistibles porque, al descuidar la oración y el estudio de la Biblia, los tentados no pueden recordar fácilmente las promesas de Dios y enfrentar a Satanás con las armas de las Escrituras. Pero los ángeles rodean a los que están dispuestos a aprender las cosas divinas; y en tiempos de gran necesidad os recordarán las mismas verdades que necesitáis. Así, "cuando el enemigo venga como diluvio de aguas, el Espíritu del Señor alzaré contra él su estandarte" (Isaías 59:19).

Jesús prometió a sus discípulos: "El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho" (Juan 14:26). Pero las enseñanzas de Cristo deben ser previamente memorizadas, para que el Espíritu de Dios pueda recordarlas en tiempos de peligro. David dijo: "En mi corazón he guardado tu palabra, para no pecar contra ti" (Sal. 119:11).

Todos los que valoran sus intereses eternos deben estar en guardia contra las invasiones del escepticismo. Los fundamentos mismos de la verdad serán atacados. Es imposible permanecer fuera del alcance de los sarcasmos y sofismas, de las enseñanzas insidiosas y pestilentes de la infidelidad moderna. Satanás adapta sus tentaciones a todas las clases. Ataca a los analfabetos con burla o desprecio, mientras que a los educados se enfrenta con objeciones científicas y razonamientos filosóficos, calculados igualmente para suscitar desconfianza en las Escrituras o desprecio por ellas. Incluso los jóvenes con poca experiencia se atreven a insinuar dudas sobre los principios fundamentales del cristianismo. Y esta infidelidad juvenil, por superficial que sea, tiene su influencia. Muchos son así inducidos a ridiculizar la fe de sus padres y a despreciar el Espíritu de gracia (Heb. 10:29). Muchas vidas que prometieron ser un honor para Dios y una bendición para el mundo han sido quemadas por el odioso aliento de la incredulidad. Todos aquellos que confían en las decisiones arrogantes de la razón humana, e imaginan poder explicar los misterios divinos y llegar a la verdad sin la ayuda de la sabiduría divina, están atrapados en las ataduras de Satanás.

Vivimos en el período más solemne de la historia de este mundo. El destino de las inconmensurables multitudes de la Tierra está a punto de decidirse. Nuestro propio bienestar futuro, y también la salvación de otras almas, dependen del rumbo que sigamos ahora. Necesitamos ser guiados por el Espíritu de verdad. Todo seguidor de Cristo debe preguntar fervientemente: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Necesitamos humillarnos ante el Señor, con ayuno y oración, y meditar mucho en Su Palabra, especialmente en las escenas del juicio. Ahora debemos buscar una experiencia profunda y viva en las cosas de Dios. No tenemos ni un minuto que perder. A nuestro alrededor se están produciendo acontecimientos de vital importancia; Estamos en el terreno encantado de Satanás. No durmáis, centinelas de Dios; El adversario acecha muy cerca de nosotros, dispuesto en cualquier momento, si te relajas y te adormeces, a saltar sobre ti y convertirte en su presa.

Muchos están equivocados acerca de su verdadero estatus ante Dios. Se felicitan por las malas obras que no hacen y se olvidan de enumerar las buenas y nobles obras que Dios exige de ellos, pero que descuidan realizar. No basta que sean árboles en el jardín de Dios. Deben satisfacer sus expectativas produciendo frutos. Los considera responsables por no haber hecho todo el bien que podrían hacer mediante su gracia fortalecedora. En los libros del Cielo están registrados como molestias en la tierra. Sin embargo, ni siquiera el caso de esta clase es absolutamente desesperado. El corazón de amor sufrido todavía suplica a aquellos que han despreciado la misericordia de Dios y abusado de su gracia. "Por eso dice: Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará. Tened, pues, cuidado en cómo andáis... redimiendo el tiempo, porque los días son malos".

(Efesios 5:14-16).

Cuando llegue el tiempo de la prueba, serán revelados aquellos que han hecho de la Palabra de Dios su regla de vida. En verano, no se nota ninguna diferencia entre los árboles de hoja perenne y otros árboles. Pero cuando soplan las ráfagas invernales, el árbol de hoja perenne permanece sin cambios, mientras que los demás árboles pierden y quedan desprovistos de su follaje. Así, el cristiano profeso de falso corazón ahora no puede distinguirse del verdadero cristiano; pero llegará el momento, y está justo ante nosotros, cuando el

la diferencia será evidente. Surge la oposición, resurgen el fanatismo y la intolerancia, se reaviva la persecución y los insinceros e hipócritas flaquearán y renunciarán a su fe. Pero el verdadero cristiano se mantendrá firme como una roca, su fe se fortalecerá y su esperanza será más brillante que en los días de prosperidad.

El salmista dice: "Medito en tus testimonios". "Por tus mandamientos he llegado a entender; por eso aborrezco todo camino de mentira". (Sal. 119:99 y 104).

"Bienaventurado el hombre que encuentra la sabiduría." "Será como un árbol plantado junto a las aguas, que extiende sus raíces hacia la corriente, y no teme cuando llega el calor, pero su hoja permanece verde; y en el año seco no trabaja, ni deja de dar fruto." (Prov. 3:13; Jer. 17:8).

Capítulo 38

La advertencia final

"Vi a otro ángel descender del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con gran voz, diciendo: Ha caído, ha caído, y ha venido a ser habitación de Babilonia la grande. demonios, y el coito de todo espíritu inmundo, y el coito de toda ave inmunda y aborrecible." "Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas". (Apocalipsis 18:1, 2 y 4).

Este pasaje señala un momento en el que el anuncio de la caída de Babilonia, proclamado por el segundo ángel de Apocalipsis 14, debe repetirse con la mención adicional de las corrupciones que se han infiltrado en las diversas organizaciones que constituyen Babilonia desde que se publicó ese mensaje. dado por primera vez en el verano de 1844. Aquí se describe la terrible condición del mundo religioso. Con cada rechazo de la verdad, las mentes de la gente se volverán más nubladas y sus corazones más contumaces, hasta que los individuos queden atrincherados en una atrevida infidelidad. Desafiando las amenazas divinas, seguirán pisoteando uno de los preceptos del decálogo, hasta verse llevados a perseguir a quienes lo consideran sagrado. Cristo es menospreciado por el desprecio que se proyecta hacia Su Palabra y su pueblo. Cuando las iglesias acepten las enseñanzas del espiritismo, la restricción impuesta al corazón carnal será eliminada y la profesión religiosa se convertirá en un manto para disfrazar la iniquidad más abyecta. La creencia en manifestaciones espirituales abre la puerta a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios, y así la influencia de los ángeles malignos se sentirá en las iglesias.

De Babilonia, en el tiempo señalado por la profecía, se declara: "Sus pecados se han acumulado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades". (Apoc. 18:5). Ha llenado la medida de su culpa y la destrucción está a punto de caer sobre ella. Pero Dios todavía tiene un pueblo en Babilonia; y, antes de la visita de sus juicios, estos fieles deben ser llamados fuera de ella, para no ser partícipes de sus pecados e incurrir en sus plagas. Esta es la razón por la cual el movimiento está simbolizado por el ángel que desciende del Cielo, iluminando la Tierra con su gloria y clamando poderosamente a gran voz, anunciando los pecados de Babilonia. En conexión con su mensaje se escucha el llamado: "Salid de ella, pueblo Mío". Estas advertencias, unidas al mensaje del tercer ángel, constituyen la advertencia final que se dará a los habitantes de la Tierra.

El resultado que el mundo finalmente cosechará es aterrador. Los poderes de la Tierra, uniéndose para hacer la guerra contra los mandamientos de Dios, decretarán que todos, "pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos" (Apocalipsis 13:16), se conformen a las costumbres de la iglesia al observancia del falso sábado. Todos los que se nieguen a someterse serán castigados según las normas del derecho civil y, finalmente, declarados dignos de muerte. Por otro lado, la ley de Dios, que impone el día de descanso del Creador, exige obediencia y, con la justa ira de Dios, amenaza a todos los que transgreden sus preceptos.

Dicho claramente el asunto, cualquiera que transgreda la ley de Dios para obedecer una ordenanza humana recibirá la marca de la bestia. Acepta el signo de lealtad al poder que elige obedecer en lugar de a Dios. La advertencia del Cielo es: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que se sirve puro en la copa. de su ira" (Apoc. 14:9 y 10).

Pero nadie sufrirá la ira de Dios hasta que la verdad haya sido presentada a su mente y conciencia y rechazada por él. Hay muchos que nunca han tenido la oportunidad de escuchar las verdades especiales para este tiempo. La obligación del cuarto mandamiento nunca les fue presentada en su verdadera luz. El que lee cada corazón y sopesa cada motivo no permitirá que nadie que desee el conocimiento de la verdad se engañe en cuanto al resultado de este conflicto. El decreto no se impondrá ciegamente al pueblo. Cada persona recibirá la luz suficiente para tomar su decisión de forma inteligente.

El sábado será la gran prueba de lealtad, ya que es el punto de la verdad especialmente controvertido. Cuando la prueba final sobrevenga a los hombres, entonces se trazará la línea distintiva entre los que sirven a Dios y los que no le sirven. Mientras que la observancia del falso sábado, de conformidad con la ley del Estado y en oposición al cuarto mandamiento, es una confesión de lealtad al poder que se opone a Dios, la observancia del verdadero sábado, en obediencia a la ley divina, es una evidencia de la lealtad al Creador. Mientras que una clase, al aceptar la señal de sumisión a los poderes terrenales, recibe la marca de la bestia, la otra, al preferir la señal de obediencia a la autoridad divina, recibe el sello de Dios.

Hasta ahora, quienes han presentado las verdades del mensaje del tercer ángel han sido vistos a menudo como meros alarmistas. Sus predicciones de que la intolerancia religiosa ganaría control en Estados Unidos, que la Iglesia y el Estado se unirían para perseguir a quienes guardan los mandamientos de Dios, fueron descartadas como infundadas y absurdas. Se declaró con confianza que esta nación nunca podría convertirse en otra cosa que lo que siempre ha sido: una defensora de la libertad religiosa. Pero, a medida que la cuestión de la observancia obligatoria del domingo se agita ampliamente, el acontecimiento, durante tanto tiempo dudado e incrédulo, se confirma, como si estuviera a la puerta; y el tercer mensaje producirá un efecto que no podría haber ocurrido antes.

En cada generación, Dios ha enviado a Sus siervos para reprender el pecado, tanto en el mundo como en la iglesia. Pero el pueblo quiere que se le digan cosas suaves y la verdad pura y simple no es aceptada. Muchos reformadores, al comenzar su obra, decidieron actuar con gran cautela al atacar los pecados de la iglesia y la nación. Esperaban, con el ejemplo de una vida cristiana pura, conducir a la gente de regreso a las doctrinas de la Biblia. Pero el Espíritu de Dios vino sobre ellos, tal como había venido sobre Elías, instándolo a reprender los pecados de un rey impío y de un pueblo apóstata. No podían abstenerse de predicar las expresiones claras de las Sagradas Escrituras, doctrinas que se habían mostrado reacios a presentar. Se sintieron **(MARCA INTELIGENTE ELIMINADA)** impulsados a declarar celosamente la verdad y el peligro que amenazaba sus almas. Las palabras que el Señor les dio, las declararon sin miedo, sin preocuparse por las posibles consecuencias, y el pueblo se vio obligado a escuchar la advertencia.

Así se proclamará el mensaje del tercer ángel. Cuando llegue el momento de que se dé con mayor poder, el Señor obrará a través de instrumentos humildes, dirigiendo la mente de quienes se consagren a Su servicio. Los obreros serán calificados más bien por la unción de su Espíritu que por la preparación académica obtenida en las instituciones educativas. Los hombres de fe y oración se verán obligados a avanzar con santo celo, declarando las palabras que Dios les da. Los pecados de Babilonia quedarán expuestos. Los horribles resultados de las observancias obligatorias de la Iglesia impuestas por la autoridad civil, las invasiones del espiritismo, el progreso clandestino pero rápido del poder papal, serán todos desenmascarados. Estas solemnes advertencias impresionarán al pueblo. Miles y miles de personas que nunca han oído palabras como éstas las escucharán. Con asombro oirán el testimonio de que Babilonia es la iglesia, caída por sus errores y pecados, por su rechazo de la verdad que le fue enviada desde

Cielo. Cuando el pueblo se dirige a sus antiguos maestros, con la angustiosa pregunta: "¿Son realmente las cosas así?", los ministros presentan fábulas, profetizan cosas agradables, para calmar sus temores y silenciar su conciencia elevada. Pero como muchos se niegan a contentarse con la mera autoridad de los hombres, pidiendo un claro "así dice el Señor", el ministerio popular, como los fariseos de antaño, llenos de ira por el cuestionamiento de su autoridad, denunciará que el mensaje viene de Satanás, e incitará a las multitudes amantes del pecado a insultar y perseguir a quienes lo proclaman.

A medida que la controversia se extienda a nuevos campos y que la atención del pueblo sea atraída hacia la ley pisoteada de Dios, Satanás actuará. El poder que respalda el mensaje sólo enfurecerá a quienes se oponen a él. El clero empleará esfuerzos casi sobrehumanos para apagar la luz, temiendo que ilumine a sus rebaños. Por todos los medios a su alcance se esforzarán por evitar la discusión de estos asuntos vitales. La iglesia apelará al brazo fuerte del poder civil, y en esta obra estarán unidos papistas y protestantes. A medida que el movimiento por la imposición del domingo se vuelva más audaz y decisivo, se invocará la ley contra quienes observan los mandamientos.

Se les amenazará con multas y prisión, y a algunos se les ofrecerán puestos de influencia y otras recompensas y ventajas, como incentivo para renunciar a su fe. Pero su respuesta inamovible es: "Muéstranos con la Palabra de Dios nuestro error", la misma petición hecha por Lutero en circunstancias similares. Aquellos que sean procesados ante los tribunales harán una vigorosa vindicación de la verdad, y algunos de los que los escuchen serán inducidos a adoptar una posición firme para observar todos los mandamientos de Dios. De esta manera, la luz llegará a miles de personas que de otro modo no sabrían nada de estas verdades.

La obediencia consciente a la Palabra de Dios será tratada como rebelión.

Cegado por Satanás, el padre será cruel y severo con el hijo creyente; el jefe o la amante oprimirán al empleado que observe los mandamientos. Se retirará el afecto; los niños serán desheredados y expulsados de casa. Se cumplirán literalmente las palabras del apóstol Pablo: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución". (II Timoteo 3:12). Debido a que los defensores de la verdad se negarán a honrar el descanso dominical, algunos de ellos serán encarcelados, exiliados y otros tratados como esclavos. A los ojos de la sabiduría humana, todo esto parece imposible ahora, pero a medida que el Espíritu restrictivo de Dios se retira de los hombres y estos quedan bajo el control de Satanás, quien odia los preceptos divinos, sucederán cosas extrañas. El corazón puede ser muy cruel cuando se le quita el temor y el amor de Dios.

A medida que se acerca la tormenta, una clase numerosa que ha profesado fe en el mensaje del tercer ángel, pero que no ha sido santificada por la obediencia a la verdad, abandona su posición y se une a las filas del adversario. A través de la unión con el mundo y la participación en su espíritu, llegan a ver las cosas casi bajo la misma luz; y, cuando llegue la prueba, se encontrarán preparados para elegir el lado más fácil y popular. Hombres de talento y modales amables, que alguna vez se regocijaron en la verdad, emplean sus facultades para engañar y extraviar a las almas. Se convierten en los enemigos más acérrimos de sus antiguos hermanos. Cuando los observadores del sábado sean llevados ante los tribunales para responder por su fe, estos apóstatas serán los agentes más eficientes de Satanás para presentarlos bajo una luz falsa y acusarlos y, mediante falsos testimonios e insinuaciones, mover a los gobernantes contra ellos.

En este tiempo de persecución, la fe de los siervos del Señor será probada. Ellos dieron fielmente la advertencia, manteniendo sus ojos fijos sólo en Dios y Su Palabra. El Espíritu de Dios, obrando en sus corazones, los obligó a hablar. Estimulados por un celo santo y por un irresistible impulso divino, cumplieron con su deber sin detenerse a calcular fríamente las consecuencias de predicar al pueblo la Palabra que el Señor les había dado.

No consultaron sus intereses temporales, ni buscaron preservar su reputación o su vida. Sin embargo, cuando la tormenta de oposición y agravio estalla sobre ellos, algunos, oprimidos por la ansiedad, estarán dispuestos a exclamar: "Si hubiéramos previsto las consecuencias de nuestras palabras, habríamos permanecido en paz". Se encuentran rodeados de dificultades. Satanás los ataca con feroces tentaciones. El trabajo que han emprendido parece estar mucho más allá de su capacidad de realizar. Están amenazados de destrucción. El entusiasmo que los animaba se ha ido, pero no puede volver. Luego, sintiendo su total impotencia, corren hacia el que es poderoso en busca de fuerza. Recuerdan que las palabras que pronunciaron no eran suyas, sino las de Aquel que les ordenó dar la advertencia. Dios puso la verdad en sus corazones y no pudieron evitar proclamarla.

Los hombres de Dios experimentaron pruebas idénticas en el pasado. Wycliffe, Huss, Lutero, Tyndale, Baxter, Wesley, dijeron enfáticamente que todas las doctrinas deben ser probadas por la Biblia, declarando que renunciarían a todo lo que ella condenara. La persecución se desató contra estos hombres con furia inexorable, sin embargo, no cesaron de declarar la verdad. Cada uno de los diferentes períodos de la historia de la iglesia ha estado marcado por el desarrollo de alguna verdad especial, adaptada a las necesidades del pueblo de Dios en ese momento. Cada nueva verdad ha abierto un camino entre el odio y la oposición. Aquellos que han sido bendecidos con su luz han experimentado tentaciones y pruebas. El Señor da una verdad especial a la gente en emergencias. ¿Quién no se atreve a proclamarlo? Él ordena a sus siervos que presenten la última invitación de misericordia al mundo. No pueden permanecer en silencio excepto a riesgo de sus almas. Los embajadores de Cristo no tienen nada que ver con las consecuencias. Deben cumplir con su deber y dejar los resultados a Dios.

Cuando la oposición aumenta más violentamente, los siervos de Dios vuelven a quedar perplejos; porque les parece que ellos produjeron la crisis. Pero la conciencia y la Palabra de Dios les aseguran que su dirección es correcta, y aunque las pruebas continúan, se fortalecen para soportarlas. El conflicto se vuelve más exacerbado y conmovedor, pero su fe y su coraje crecen con la emergencia. Su testimonio es: "No nos atrevamos a intentar alterar la Palabra de Dios, dividiendo su santa ley, clasificando una parte como esencial y otra no, queriendo ganarnos el favor del mundo. El Señor a quien servimos puede librarnos. Cristo triunfó sobre los poderes de la Tierra.

¿Tenemos miedo de un mundo ya derrotado?"

La persecución en sus diversas formas es el desarrollo de un principio que perdurará mientras exista Satanás y el cristianismo posea poder vital. Nadie puede servir a Dios sin atraer la oposición de las huestes de las tinieblas. Ángeles malvados os asaltarán, temerosos de que su influencia os arrebathe la presa de las manos.

Los hombres malvados, reprochados por el ejemplo de los fieles, se unirán a las fuerzas del mal, buscando separarlas de Dios mediante tentaciones seductoras. Cuando estos no tienen éxito, se apela al poder coercitivo para forzar la conciencia.

Pero mientras Jesús siga siendo el intercesor del hombre en el santuario celestial, tanto los gobernantes como el pueblo sentirán la influencia restrictiva del Espíritu Santo. Todavía ejerce control, hasta cierto punto, sobre las leyes del país. Si no fuera por estos preceptos, la situación en el mundo sería mucho peor de lo que es ahora. Si bien muchos de nuestros gobernantes son agentes activos de Satanás, Dios también tiene sus instrumentos entre los líderes de la nación. El enemigo insta a sus siervos a proponer medidas que impedirían en gran medida la obra de Dios; pero los santos ángeles influyen en los estadistas, que temen al Señor, para oponerse a tales proposiciones con argumentos incontestables. Así, una lucha de hombres frenará la poderosa corriente del mal. La oposición de los enemigos de la verdad será restringida

para que el mensaje del tercer ángel pueda cumplir su obra. Cuando se dé la advertencia final, atraerá la atención de hombres eminentes a través de quienes el Señor está obrando ahora, y algunos de ellos la aceptarán y se unirán al pueblo de Dios durante todo el tiempo de angustia.

El ángel que se una a la proclamación del mensaje del tercer ángel debe iluminar toda la tierra con su gloria. Aquí se augura una obra de alcance mundial y potencia inusitada. El movimiento adventista de 1840 a 1844 fue una manifestación gloriosa del poder de Dios. El mensaje del primer ángel fue llevado a todos los sitios misionales del mundo, y en algunos países se observó el mayor interés religioso que se haya visto en cualquier nación desde la Reforma del siglo XVI. Pero esto debe ser superado con creces por el poderoso movimiento bajo la última advertencia del tercer ángel.

Esta obra será similar a la del día de Pentecostés. Así como la "lluvia temprana" fue dada en el derramamiento del Espíritu Santo, al comienzo de la predicación del evangelio, para producir la germinación de la preciosa semilla, la "lluvia tardía" se dará al final para madurar la semilla. cosecha. "Conozcamos y sigamos conociendo al Señor; su salida será la mañana, y vendrá a nosotros como lluvia, como lluvia tardía que riega la tierra" (Ose. 6:3). "Y vosotros, hijos de Sion, alegraos y alegraos en Jehová vuestro Dios, porque él os dará maestro de justicia, y hará descender la lluvia, la temprana y la tardía" (Joel 2:23). "Y en los últimos días sucederá, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne". "Y sucederá que todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Hechos 2:17 y 21). La gran obra del evangelio no debe terminar con menos manifestación del poder de Dios que la que marcó su comienzo. Las profecías cumplidas en el derramamiento de la lluvia temprana, al comienzo de la proclamación del evangelio, deben cumplirse nuevamente en la lluvia tardía, al concluir. Estos son "los tiempos de refrigerio" a los que se refería el apóstol Pedro cuando dijo: "Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, y de la presencia del Señor vengan tiempos de refrigerio, y enviéis él a Jesucristo" (Hechos 3:19 y 20).

Los siervos de Dios, con los rostros iluminados y resplandecientes de santa consagración, se apresurarán de lugar en lugar a proclamar el mensaje del Cielo. Por miles de voces en toda la Tierra se dará el aviso. Se realizarán milagros, los enfermos serán sanados y señales y prodigios seguirán a los creyentes. Satanás también obra milagros mentirosos, incluso haciendo que descienda fuego del cielo ante los ojos de los hombres (Apoc. 13:13). Así los habitantes de la Tierra serán inducidos a tomar su posición.

El mensaje será transmitido no tanto por argumentos como por la profunda convicción del Espíritu de Dios. Se presentaron argumentos. La semilla ha sido sembrada y ahora brotará y dará fruto. Las publicaciones distribuidas por los obreros misioneros han ejercido su influencia. Sin embargo, a muchos cuyas mentes quedaron impresionadas se les impidió obtener una comprensión plena de la verdad o rendirle obediencia. Ahora los rayos de luz penetran por todas partes, la verdad se ve en su claridad y los sinceros hijos de Dios rompen las ataduras que los tenían cautivos.

Las conexiones familiares y las relaciones eclesiales no pueden detenerlas ahora. A pesar de todos los instrumentos combinados contra la verdad, un gran número se pone del lado del Señor.

Capítulo 39

El tiempo de la angustia

"En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe, que representa a los hijos de tu pueblo, y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo nación hasta entonces; pero en aquel tiempo tu pueblo Será librado todo aquel que se encuentre escrito en el libro." (Dan. 12:1).

Cuando el mensaje del tercer ángel llegue a su fin, la misericordia ya no luchará a favor de los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá completado su trabajo. Ha recibido la "lluvia tardía", el "refrigerio de la presencia del Señor" (Hechos 3:19), y está listo para la hora de la prueba que le espera. En el cielo, los ángeles corren de un lugar a otro. Un ángel que regresa de la Tierra anuncia que su trabajo está hecho; la prueba final se aplicó al mundo y todos los que demostraron ser fieles a los preceptos divinos recibieron "el sello del Dios vivo" (Apocalipsis 7:2). Entonces Jesús termina su ministerio de intercesión en el santuario celestial. Él levanta sus manos y en voz alta dice: "Hecho está", y toda la hueste angelical se quita las coronas mientras Cristo hace el anuncio solemne. "El que es injusto, haga injusticia todavía; y el que es inmundo, ensúciase todavía; y el que es justo, haga justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía." (Apoc.

22:11). Todos los casos se decidieron por vida o muerte. Cristo hizo expiación por su pueblo y borró sus pecados. El número de sus súbditos se completó; "y el reino, y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo" (Dan. 7:27) están a punto de ser dados a los herederos de la salvación, y Jesús ha de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando Él sale del santuario, la oscuridad cubre a los habitantes de la Tierra. En ese tiempo terrible, los justos deben vivir ante los ojos de un Dios santo, sin intercesor. Se ha eliminado la restricción que había estado sobre los malvados, y Satanás finalmente tiene control completo sobre los impenitentes. La paciencia divina ha llegado a su fin. El mundo rechazó Su misericordia, despreció Su amor y pisoteó Su ley. Los impíos han excedido los límites de su libertad condicional; el Espíritu de Dios, continuamente resistido, finalmente fue removido. Sin el amparo de la gracia divina, no tienen protección contra el maligno. Entonces Satanás arrojará a los habitantes de la Tierra a una gran tribulación final. Cuando los ángeles de Dios dejen de controlar los vientos destructivos de las pasiones humanas, todos los elementos de discordia se desatarán. El mundo entero quedará envuelto en una ruina más terrible que la que cayó sobre Jerusalén en el pasado.

Un solo ángel destruyó a todos los primogénitos de los egipcios y llenó la tierra de lamentos. Cuando David ofendió a Dios al hacer un censo del pueblo, un ángel provocó esa terrible destrucción con la que su pecado fue castigado. El mismo poder destructivo usado por los santos ángeles bajo el mando de Dios será ejercido por los ángeles malos cuando Él lo permita. Hay poderes listos ahora, esperando sólo el permiso divino para extender la desolación por todas partes.

Los que honran la ley de Dios han sido acusados de traer juicios sobre el mundo, y serán vistos como causantes de las terribles convulsiones de la Naturaleza, de las guerras y del derramamiento de sangre entre los hombres, de todo lo que está llenando la Tierra de desgracias. El poder que acompaña al último mensaje de advertencia ha enfurecido a los impíos; Su ira se enciende contra todos los que recibieron el mensaje y Satanás llevará el espíritu de odio y persecución a una intensidad aún mayor.

Cuando la presencia de Dios finalmente fue eliminada de la nación judía, los sacerdotes y el pueblo no lo notaron. A pesar de estar bajo el control de Satanás y manipulados por las pasiones más terribles y perversas, todavía se veían a sí mismos como los elegidos de Dios. El ministerio del templo continuó; se ofrecían sacrificios sobre sus altares contaminados y diariamente se invocaba la bendición divina sobre un pueblo culpable de la sangre del amado Hijo de Dios y que perseguía hasta la muerte a sus ministros y apóstoles. Así, cuando se pronuncie la decisión irrevocable del santuario y el destino del mundo quede fijado para siempre, los habitantes de la Tierra lo ignorarán. Las formas de religión seguirán siendo mantenidas por un pueblo al que, eventualmente, se le habrá retirado el Espíritu de Dios; y el celo satánico con que el príncipe del mal los inspirará para llevar a cabo sus malvados designios será similar al celo por Dios.

A medida que el sábado se ha convertido en el punto especial de controversia en toda la cristiandad, y las autoridades religiosas y seculares se han unido para hacer cumplir la observancia del domingo, la negativa persistente por parte de una pequeña minoría a someterse a la demanda popular lo convertirá en objeto de execración universal. . Se alegrará que los pocos que permanecen en oposición a una institución de derecho eclesiástico y estatal no deben ser tolerados con indulgencia; que es mejor que estos sufran que naciones enteras sean arrojadas a la confusión y la anarquía. El mismo argumento fue utilizado contra Cristo por los "líderes del pueblo" hace más de mil novecientos años. Dijo el engañoso Caifás: "Es necesario que un hombre muera por el pueblo, para que no perezca toda la nación" (Juan 11:50). Este argumento parecerá concluyente; y finalmente se emitirá un decreto contra los que santifican el sábado del cuarto mandamiento, denunciándolos como merecedores de los más severos castigos y dando al pueblo la libertad de, después de cierto tiempo, matarlos. El romanismo en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata en el Nuevo seguirán una conducta similar hacia aquellos que honran

Entonces, el pueblo de Dios se verá sumergido en aquellas escenas de aflicción y angustia descritas por el profeta como el tiempo de angustia de Jacob: "Así dice el Señor: Oímos una voz de temblor, de temor, pero no de paz... ¿Han enflaquecido todos los rostros? ¡Ah! Porque tan grande es aquel día, que no hubo otro igual. Y tiempo de angustia será para Jacob; pero de ella será librado" (Jer. 30:5-7).

La noche de angustia de Jacob, cuando luchó en oración por la liberación de las manos de Esaú (Gén. 32:24-30), representa la experiencia del pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Debido al engaño practicado para asegurar la bendición de su padre, originalmente destinada a Esaú, Jacob había huido para salvar su vida, asustado por las amenazas mortales pronunciadas por su hermano. Después de pasar muchos años en el exilio, partió por mandato de Dios para regresar a su ciudad natal con sus mujeres, hijos y rebaños. Al llegar a los límites de la tierra, se llenó de terror ante la noticia del acercamiento de Esaú al mando de un grupo de guerreros y, sin duda, dispuesto a vengarse. La caravana de Jacob, desarmada e indefensa, parecía a punto de caer, víctima de la violencia y la masacre. Y al peso de la ansiedad y el miedo se añadió el peso aplastante del autorreproche; porque fue su propio pecado el que había causado este peligro. Su única esperanza estaba en la misericordia de Dios; vuestra única defensa debe ser la oración. Sin embargo, Jacob no deja nada por hacer, en la medida de sus posibilidades, para reparar la falta cometida y evitar el peligro que amenaza. Por lo tanto, a medida que se acerca el tiempo de angustia, los seguidores de Cristo deben hacer todo lo posible por situarse bajo la luz adecuada a fin de desarmar los prejuicios y evitar el peligro que amenaza la libertad de conciencia.

Habiendo enviado a su familia adelante para que no fueran testigos de su angustia, Jacob quedó solo para interceder ante Dios. Confiesa su pecado y reconoce, con gratitud, la misericordia de Dios hacia él, mientras, con profunda humillación, suplica el cumplimiento del pacto hecho con sus padres, y de las promesas que le hicieron en la visión nocturna de Betel y en la tierra de su exilio. La crisis de su vida había llegado; todo está en juego. En la oscuridad y la soledad continúa orando y humillándose ante Dios. De repente, siente una mano sobre su hombro. Pensando que se trata de un enemigo que intenta acabar con su vida, lucha contra el agresor con toda la energía derivada de la desesperación. Al amanecer, el desconocido utiliza su fuerza sobrehumana. Ante su contacto, el hombre robusto parece paralizado y se arroja, llorando y suplicando, sobre el cuello de su misterioso antagonista. Jacob ahora sabe que había estado luchando con el Ángel del Pacto. Aunque discapacitado y sufriendo el dolor más penetrante, no abandona su propósito. Durante mucho tiempo había soportado perplejidad, remordimiento y angustia por su pecado. Ahora necesitaba estar seguro de que había sido perdonado. El divino Visitador hace salir; Jacob, sin embargo, se aferra a Él suplicando una bendición. El Ángel insiste: "Déjame ir, que ha despuntado el alba"; pero el patriarca exclama: "No te dejaré ir, a menos que me bendigas". ¡Qué confianza, qué firmeza y perseverancia se muestran aquí! Si esta declaración hubiera sido jactanciosa y arrogante, Jacob habría sido destruido instantáneamente. Pero su certeza era la de quien había confesado su debilidad e indignidad, pero aún confiaba en la misericordia del Dios que guarda su alianza.

"Peleó con el ángel y prevaleció" (Ose. 12:4). A través de la humillación, el arrepentimiento y la entrega, este mortal errante y pecador prevaleció sobre la Majestad del Cielo. Se había aferrado tembloroso pero firmemente a las promesas de Dios, y el corazón de Amor Infinito no podía apartarse de las súplicas del pecador. Como prueba de su triunfo y estímulo a otros para imitar su ejemplo, se cambió su nombre de uno que le recordaba su pecado a uno que celebraba su victoria. Y el hecho de que Jacob prevaleciera ante Dios era una seguridad de que prevalecería ante los hombres. Ya no tuvo miedo de enfrentar la ira de su hermano, porque el Señor era su defensa.

Satanás había acusado a Jacob ante los ángeles de Dios, reclamando el derecho de destruirlo a causa de su pecado. Había instigado a Esaú a marchar contra él, y durante la larga noche de lucha del patriarca, Satanás se esforzó por insertar en él un sentimiento de culpa, con el objetivo de desanimarlo y romper su apego a Dios. Jacob casi se sintió llevado a la desesperación; pero sabía que sin la ayuda del Cielo debía sucumbir. Se había arrepentido sinceramente de su gran pecado y apeló a la misericordia de Dios. No abandonó su propósito, sino que se aferró firmemente al Ángel e insistió en su petición con gritos ardientes y agonizantes, hasta que prevaleció.

Así como Satanás incitó a Esaú a marchar contra Jacob, así incitará a los malvados a destruir al pueblo de Dios en tiempos de angustia. Y como acusó a Jacob, denunciará al pueblo de Dios. Considera a los habitantes del mundo como sus súbditos; pero el pequeño grupo que guarda los mandamientos de Dios se resiste a su supremacía. Si pudiera borrar su existencia de la Tierra, su triunfo sería completo.

Ve que los santos ángeles los guardan e infiere que sus pecados les son perdonados; pero no sabe que sus casos fueron decididos en el santuario celestial. El archienemigo tiene un conocimiento exacto de los pecados de aquellos (QUITÓ "ellos" E INSERTE "a") que los tentó a cometer, y presenta estas transgresiones ante el Señor en la luz más extrapolada, diciendo que estas personas son tan merecedoras de exclusión del favor del Cielo como a sí mismo. Declara que el Señor no puede, con justicia, perdonar

sus pecados y destruirlo a él y a sus ángeles. Los reclama como su presa y exige que se los entreguen en sus manos para destruirlos.

Mientras Satanás acusa al pueblo de Dios por sus pecados, el Señor le permite tentarlos al máximo. Tu confianza en Dios, tu fe y tu firmeza serán rigurosamente puestas a prueba. A medida que revisan su pasado, sus esperanzas disminuyen, porque en toda su vida sólo pueden ver muy poco bien. Son plenamente conscientes de su debilidad e indignidad. Satanás se esfuerza por aterrorizarlos con el pensamiento de que sus casos son desesperados y que la mancha de su degradación nunca será eliminada. Espera destruir su fe de tal manera que cedan a sus tentaciones y se aparten de su lealtad a Dios.

Aunque el pueblo de Dios está rodeado de enemigos que se desviven por aniquilarlo, la angustia que sufre no se debe al miedo a la persecución por causa de la verdad. Temen no haberse arrepentido de cada pecado y que, por alguna culpa suya, no se cumpla la promesa del Salvador: "Yo os guardaré de la hora de la tentación que vendrá sobre el mundo entero" (Apocalipsis 3. :10). Si pudieran estar seguros del perdón, no retrocederían ante la tortura o la muerte; pero si fueran indignos y perdieran la vida debido a sus defectos de carácter, el santo nombre de Dios sería menospreciado.

De todas partes oyen los complots traicioneros y observan el funcionamiento activo de la rebelión. Dentro de ellos se enciende un intenso deseo, un ardiente anhelo del alma, de que esta gran apostasía pueda ser detenida y la impiedad de los malvados llegue a su fin. Pero mientras suplican a Dios que ponga fin a la obra de rebelión, con un agudo sentimiento de autorreproche se dan cuenta de que no tienen poder para resistir la poderosa ola del mal y obligarla a retroceder. Sienten que si siempre hubieran comprometido todas sus habilidades al servicio de Cristo, avanzando de fortaleza en fortaleza, las formas de Satanás tendrían menos poder para prevalecer contra ellos.

Contristan sus almas ante Dios, señalando su pasado arrepentimiento de sus muchos pecados y apelando a la promesa del Salvador: "Agarradme de mi fuerza, y haced las paces conmigo; y haga él las paces conmigo" (Isa. 27: 5). Tu fe no falla porque tus oraciones no sean respondidas de inmediato. Aunque sufran la más penetrante ansiedad, un profundo terror y una angustia devoradora, sus intercesiones no cesan. Hacen uso de la fuerza de Dios como Jacob había hecho uso del Ángel; y el lenguaje de su alma es: "No te dejaré ir, a menos que me bendigas".

Si Jacob no se hubiera arrepentido previamente del pecado de obtener la primogenitura mediante fraude, Dios no habría escuchado su oración y misericordiosamente no habría preservado su vida. Por lo tanto, en tiempos de angustia, si el pueblo de Dios tuviera pecados no confesados que aparecieran ante ellos mientras eran torturados por el miedo y la angustia, serían derrotados. La desesperación eliminaría su fe y no podrían tener la confianza para suplicar a Dios por su liberación. Pero aunque tienen un profundo sentido de su indignidad, no tienen errores ocultos que revelar. Sus pecados fueron examinados de antemano y borrados en el juicio y no pueden ser recordados.

Satanás lleva a muchos a creer que Dios pasará por alto su infidelidad en los pequeños asuntos de la vida; pero el Señor demuestra en Su relación con Jacob que de ninguna manera aprobará ni tolerará el mal. Todos los que se esfuerzan en excusar u ocultar sus pecados, permitiéndoles permanecer en los libros del Cielo sin ser confesados ni perdonados, serán vencidos por Satanás. Cuanto más elevada sea su profesión y más honorable el puesto que ocupen, más grave será su comportamiento ante Dios y más seguro será el triunfo del gran adversario. Quienes posponen su

preparación para el día de Dios, no pueden obtenerla en el tiempo de angustia ni en ningún momento posterior. El caso de todos estos es desesperado.

Los cristianos profesos que lleguen sin preparación al último y terrible conflicto confesarán desesperadamente sus pecados con palabras de angustia desesperada, mientras los malvados se regocijan en su agonía. Estas confesiones son del mismo carácter que las de Esaú o Judas, de quienes lamentan el resultado de la transgresión, pero no su culpa. No sienten verdadera contrición ni repulsión hacia el mal.

Reconocen su pecado por temor al castigo, pero, como el faraón de antaño, volverían a desafiar al cielo si los juicios fueran eliminados.

La historia de Jacob es también una certeza de que Dios no repudiará a aquellos que han sido engañados, tentados y seducidos por el pecado, pero que se han vuelto a Él con verdadero arrepentimiento. Mientras Satanás busca destruir esta clase, Dios enviará Tus ángeles para consolarte y protegerte en momentos de peligro. Los ataques de Satanás son feroces y decididos; sus errores, terribles; pero los ojos del Señor están sobre su pueblo, y su oído escucha sus clamores. Su angustia es grande, las llamas del horno parecen listas para consumirlos; pero el refinador los presentará como oro refinado en el fuego. El amor de Dios hacia sus hijos durante el período de su prueba más intensa es tan fuerte y tierno como en los días de su prosperidad más soleada. Pero es necesario que sean echados en el horno de fuego; vuestra naturaleza terrenal necesita ser consumida para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente.

El período de angustia y aflicción que tenemos por delante requerirá una fe que pueda soportar el cansancio, las demoras y el hambre, una fe que no falle aunque sea severamente probada. El período de gracia se le da a todos para que se preparen para ese momento. Jacob prevaleció porque fue perseverante y decidido. Su victoria es una evidencia del poder de la oración importuna. Todos los que se aferran a las promesas de Dios como él lo hizo, y son celosos y perseverantes como el patriarca, tendrán éxito como él. Aquellos que no estén dispuestos a negarse a sí mismos, a agonizar ante Dios, a orar larga y fervientemente por Su bendición, no la obtendrán. Luchar con Dios: ¡cuán pocos saben lo que eso significa! ¡Cuán pocos se han dejado atraer por Dios con contrición de alma, con intensidad de deseo, hasta que cada facultad esté al máximo de su alcance! Cuando olas de desesperación que ningún lenguaje puede expresar inundan al suplicante, ¡cuán pocos se aferran con fe inquebrantable a las promesas de Dios!

Aquellos que ejercen poca fe corren ahora un mayor riesgo de caer bajo el poder de engaños satánicos y decretos que obligan a sus conciencias. E incluso si resisten la prueba, serán arrojados a una agonía y aflicción más profunda en el tiempo de angustia, porque nunca han adquirido el hábito de confiar en Dios. Las lecciones de fe que han descuidado se verán obligadas a aprender bajo la terrible presión del desaliento.

Necesitamos familiarizarnos con Dios ahora demostrando Sus promesas. Los ángeles registran cada oración ferviente y sincera. Más bien deberíamos prescindir de las satisfacciones egoístas que descuidar la comunión con Dios. La pobreza más profunda, la mayor abnegación, con su aprobación, es mejor que las riquezas, los honores, las facilidades y las amistades sin Él. Debemos reservar tiempo para orar. Si permitimos que nuestra mente sea absorbida por intereses seculares, el Señor puede darnos tiempo para quitarnos los ídolos de oro, las casas o la tierra fértil.

Los jóvenes no se dejarían seducir al pecado si se negaran a recorrer cualquier camino excepto aquel en el que pudieran buscar la bendición de Dios. Si los mensajeros que llevan la última y solemne advertencia al mundo oran pidiendo la bendición de Dios, no de manera fría, desinteresada y ociosa, sino fervientemente y con fe, como lo hizo Jacob, descubrirían muchos lugares donde podrían decir: "He visto el

Dios cara a cara, y mi alma fue salva" (Gén. 32:30). Serían considerados por el Cielo como príncipes, teniendo poder para prevalecer con Dios y con los hombres.

El "tiempo de angustia como nunca fue" está a punto de sobrevenir sobre nosotros; y necesitaremos una experiencia que ahora no poseemos y que muchos son demasiado indolentes para obtener. A menudo sucede que se imagina que la angustia es mayor que la realidad; Sin embargo, este no es el caso con respecto a la crisis que tenemos ante nosotros. La narración más vívida no puede alcanzar la magnitud de la prueba. En ese tiempo de prueba, cada alma debe defenderse ante Dios. "Aunque Noé, Daniel y Job estuvieran en la tierra, vivo yo, dice el Señor Jehová, no librarían a hijo ni a hija, sino que sólo librarían sus propias almas mediante su justicia" (Ezequiel 14:20).

Ahora, mientras nuestro gran Sumo Sacerdote hace expiación por nosotros, debemos tratar de llegar a ser perfectos en Cristo. Ni siquiera un pensamiento pudo llevar a nuestro Salvador a someterse a la fuerza de la tentación. Satanás encuentra en los corazones humanos un lugar donde plantar sus pies; algún deseo pecaminoso acariciado, mediante el cual las tentaciones afirman su poder. Pero Cristo declaró de sí mismo: "El príncipe de este mundo viene, y nada tiene en mí" (Juan 14:30).

Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera obtener la victoria. Había observado los mandamientos de su Padre y no había ningún pecado en él que Satanás pudiera utilizar en su beneficio. Esta es la condición en la que deben encontrarse aquellos que resistirán en el tiempo de angustia.

Es en esta vida que debemos separarnos del pecado, a través de la fe en la sangre. expiación de Cristo. Nuestro precioso Salvador nos invita a unirnos a Él, a conectar nuestra debilidad con Su fuerza, nuestra ignorancia con Su sabiduría, nuestra indignidad con Sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la que debemos aprender la mansedumbre y la humildad de Jesús. El Señor siempre nos pone delante, no el camino que elegiríamos, que parece más fácil y placentero, sino las verdaderas metas de la vida. Nuestra parte es colaborar con los agentes que el Cielo emplea en la obra de conformar nuestro carácter al modelo divino. Nadie puede descuidar o postergar este trabajo sin un terrible peligro para su alma.

En una visión, el apóstol Juan escuchó una gran voz en el cielo, que exclamaba: "¡Ay de los que habitan en la tierra y en el mar; porque el diablo ha descendido a vosotros y tiene gran ira, sabiendo que tiene un corto plazo!". tiempo" (Apocalipsis 12:12). Aterradoras son las escenas que producen esta expresión de la voz celestial. La ira de Satanás aumenta a medida que el tiempo se acorta, y su obra de engaño y destrucción alcanzará su culminación en el tiempo de angustia.

Pronto se revelarán en los cielos terribles visiones de naturaleza sobrenatural, como señales de un poder demoníaco que obra milagros. Los espíritus diabólicos saldrán a los reyes de la Tierra y del mundo entero para atraparlos en engaños y persuadirlos a unirse a Satanás en su última lucha contra el gobierno del Cielo. A través de estos agentes, tanto los emperadores como los súbditos serán igualmente engañados. . La gente se levantará afirmando ser el mismo Cristo y reclamando el título y la adoración que pertenece únicamente al Redentor del mundo. Realizarán maravillosos milagros de curación, declarando que tienen revelaciones del Cielo que contradicen el testimonio de las Escrituras.

Como acto culminante del gran drama del engaño, el mismo Satanás personificará a Cristo. La iglesia ha profesado durante mucho tiempo que espera el advenimiento del Salvador como la consumación de sus esperanzas. Entonces el gran engañador hará parecer que Cristo ha venido. En diferentes partes de la Tierra, Satanás se manifestará entre los hombres como un ser majestuoso, de brillo deslumbrante, semejante a la descripción del Hijo de Dios dada por Juan en el Apocalipsis (cap. 1:13-15). La gloria que lo rodea no es superada por nada que los ojos mortales hayan contemplado. Gritos de triunfo

Suenan en el aire: "¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!". El pueblo se postra en adoración a sus pies, mientras él levanta las manos y pronuncia sobre ellos una bendición, así como Cristo bendijo a sus discípulos cuando estuvo en la tierra. Su voz es afectuosa y suave, llena de melodía. En entonaciones suaves y compasivas, presenta algunas de las mismas verdades celestiales llenas de gracia que pronunció el Salvador; cura las enfermedades del pueblo y luego, en su supuesto carácter de Cristo, afirma haber cambiado el sábado por el domingo y ordena a todos que santifiquen el día que él ha bendecido que aquellos que persisten en observar el séptimo día blasfeman su nombre, al negarse a escuchar a sus ángeles enviados a ellos con luz y verdad: este es el engaño poderoso y casi irrefutable. Como los samaritanos que fueron engañados por Simón el Mago, las multitudes, desde el menor hasta el mayor, escuchan estas hechicerías, diciendo: "Esta es la gran virtud de Dios" (Hechos 8:10).

Pero el pueblo de Dios no se dejará engañar. Las enseñanzas de este falso Cristo no están de acuerdo con las Escrituras. Su bendición se pronuncia sobre los adoradores de la bestia y su imagen, la misma clase sobre quienes la Biblia declara que la ira de Dios, sin mezcla de misericordia, será derramada.

Sin embargo, además, a Satanás no se le permitirá falsificar la manera en que se produjo el advenimiento de Cristo. El Salvador advirtió a su pueblo contra el engaño en este punto y predijo claramente la forma de su segunda venida. "Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios tan grandes que, si fuera posible, engañarían hasta a los escogidos... Por tanto, si os dijeren: He aquí, él está en el desierto, no salgáis". ; he aquí, él está dentro de la casa, no creáis. Porque así como el relámpago viene del Oriente y aparece hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre." (Mateo 24:24-27). Esta venida no puede ser falsificada. Será universalmente conocido y presenciado en todo el mundo.

Sólo aquellos que sean estudiantes diligentes de las Escrituras y que reciban el amor de la verdad estarán protegidos del poderoso engaño que tiene cautivo al mundo. A través del testimonio de la Biblia, descubrirán al engañador disfrazado. El tiempo de la prueba llegará a todos. Mediante el zarandeo de la tentación se revelarán cristianos genuinos. ¿Está ahora el pueblo de Dios tan firmemente establecido en Su Palabra que no cederá a la evidencia de sus sentidos? En tal crisis, ¿te aferrarás a la Biblia y sólo a la Biblia? Satanás intentará, si es posible, impedir que obtengan la preparación necesaria para resistir ese día. Dispondrá las circunstancias de tal manera que bloqueen su camino; los avergonzará con tesoros terrenales; Les hará llevar una carga pesada y agotadora, de modo que sus corazones estarán cargados con los afanes de esta vida y el día de la prueba vendrá sobre ellos como ladrón.

Cuando el decreto emitido por los diversos gobernantes de la cristiandad contra los observadores de los mandamientos les quite la protección del gobierno, dejándolos en manos de aquellos que desean su destrucción, el pueblo de Dios huirá de las ciudades y pueblos y se reunirá, juntos en grupos, habitando en los lugares más desolados y solitarios. Muchos encontrarán refugio en la fortaleza de la montaña. Al igual que los cristianos de los valles del Piamonte, harán de los lugares altos de la tierra sus santuarios, dando gracias a Dios por las "fortalezas de las rocas" (Isaías 33:16). Pero muchos, de todas las naciones y de todas las clases altas y bajas, ricos y pobres, blancos y negros, serán arrojados a la esclavitud más injusta y cruel. Los seres queridos de Dios pasarán días dolorosos, esposados, confinados tras los barrotes de la prisión, condenados a muerte y, aparentemente, abandonados a morir de hambre en oscuros y repulsivos calabozos. Ningún oído humano estará abierto para escuchar sus gritos; ninguna mano humana estará dispuesta a ayudarlos.

¿Se olvidará el Señor de su pueblo en esta hora difícil? ¿Se olvidó del fiel Noé cuando los juicios de Dios cayeron sobre el mundo antediluviano? ¿Se olvidó de Lot cuando descendió fuego del cielo para consumir las ciudades de la llanura? ¿Olvidaste a José, rodeado de idólatras en Egipto? ¿Se olvidó de Elías cuando el juramento de Jezabel lo amenazó con el destino de los profetas de Baal? ¿Se olvidó de Jeremías en la cueva oscura y lúgubre de su prisión? ¿Olvidaste a los tres dignos hebreos en el horno de fuego? ¿O Daniel en el foso de los leones?

"Pero Sion dice: El Señor me ha abandonado, y el Señor se ha olvidado de mí. ¿Puede una mujer olvidarse tanto del niño que cría que no sienta lástima por él, el hijo de su vientre? Pero incluso si éste se olvidara, yo, sin embargo, no te olvidaré. He aquí, en las palmas de mis manos te tengo grabada." (Isaías 49:14-16). El Señor de los ejércitos dijo: "El que os toca, toca a la niña de sus ojos" (Zacarías 2:8).

Aunque los enemigos los encierran en prisiones, los muros de las mazmorras no pueden impedir la comunicación entre su alma y Cristo. Aquel que conoce todas sus debilidades, que está familiarizado con cada prueba, está por encima de todos los poderes terrenales. Los ángeles vendrán a ellos en las celdas solitarias, trayendo luz y paz del Cielo. La prisión será como un palacio; porque allí habitarán los ricos en fe, y los muros lúgubres serán iluminados con luz celestial, como cuando Pablo y Silas oraron y cantaron alabanzas a medianoche en los calabozos de Filipos.

Los juicios de Dios visitarán a todos los que busquen oprimir y destruir a su pueblo. Su paciencia hacia los malvados los hace más audaces en el pecado, pero su castigo, aunque postergado por mucho tiempo, no es menos seguro y terrible por ello. "Jehová se levantará como en el monte Perazim, y se enojará como en el valle de Gabaón, para hacer su obra, su obra extraña, y para realizar su obra, su obra extraña" (Isaías 28:21). Para nuestro Dios misericordioso, el acto de castigar es una acción extraña. "Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no me complazco en la muerte de los impíos" (Eze. 33:11). El Señor es "misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en bondad y verdad... que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado". Sin embargo, "los culpables no son considerados inocentes". El Señor es lento para la ira, pero grande en fuerza, y no considera inocente al culpable" (Éxodo 34:6 y 7; Nahúm 1:3). A través de terribles actos de justicia, Él recuperará la autoridad de Sus pisoteados. La severidad de la retribución que espera al transgresor puede juzgarse por la renuencia del Señor a ejecutar la justicia, la nación que Él soporta por tanto tiempo, a la que no castigará hasta que haya llenado la medida de su iniquidad en las cuentas. de Dios, finalmente beberá del cáliz de la ira, sin piedad.

Cuando Cristo cese su intercesión en el santuario, ira sin misericordia será derramada sobre los que adoraron a la bestia y a su imagen, y recibieron su marca (Apocalipsis 14:9 y 10). Las plagas derramadas sobre Egipto cuando Dios estaba a punto de liberar a Israel fueron similares en carácter a esos juicios más intensos y terribles que deben caer sobre el mundo justo antes de la liberación final del pueblo de Dios. Dice el autor del Apocalipsis, al describir estas terribles calamidades: "Una herida maligna y maligna sobrevino a los hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen". El mar "se convirtió en sangre como la de un muerto, y toda alma viviente murió en el mar". Y los ríos y fuentes de agua "se convirtieron en sangre". Por terribles que sean estos flagelos, la justicia de Dios está plenamente justificada. El ángel de Dios declara: "Justo eres tú, oh Señor... ¿por qué has juzgado estas cosas? Ya que ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas, tú también les diste a beber la sangre; porque se lo merecen" (Apocalipsis 16:2-6). Al condenar a muerte al pueblo de Dios, realmente han incurrido en la culpa de su sangre, como si la hubieran derramado con sus propias manos. En

De manera similar, Jesús declaró a los judíos de su tiempo culpables de toda la sangre de hombres santos que había sido derramada desde los días de Abel; porque poseían el mismo espíritu y buscaban hacer la misma obra que los asesinos de los profetas.

En la plaga que sigue, al Sol se le da poder para "quemar a los hombres con fuego. Y los hombres fueron quemados con gran calor" (versículos 8 y 9). Los profetas describen así la condición de la Tierra en aquel tiempo terrible: "Y la Tierra [está] triste (...) porque la mies del campo ha perecido". "Se secaron todos los árboles del campo, y se secó la alegría entre los hijos de los hombres". "La semilla se pudrió bajo los terrones, los graneros quedaron arrasados". "¡Cómo gime el ganado! Los rebaños de vacas están confundidos, porque no tienen pastos: ... los ríos se secaron, y el fuego consumió los pastos del desierto". "Los cánticos del templo serán gritos de dolor en aquel día, dice el Señor Jehová; los cadáveres serán muchos; en silencio serán arrojados por todas partes" (Joel 1:10-12, 17-20; Amós 8:3).

Estas plagas no son universales, de lo contrario todos los habitantes de la Tierra serían completamente consumidos. Sin embargo, serán los flagelos más terribles jamás conocidos por los mortales. Todos los juicios sobre los hombres, antes del fin del tiempo de gracia, estaban mezclados con misericordia. La sangre intercesora de Cristo ha impedido que el pecador reciba la medida plena de su culpa; pero en el juicio final la ira se derramará sin mezcla de misericordia.

Ese día, las multitudes desearán el refugio de la misericordia de Dios, que durante tanto tiempo han despreciado. "He aquí vienen días, dice el Señor Jehová, en que enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras de Jehová. Y se extraviarán de una mar a otro mar, y del norte al oriente; correrán por todas partes buscando la palabra del Señor, y no la encontrarán" (Amós 8:11 y 12).

El pueblo de Dios no estará libre de sufrimiento; pero, aunque sean perseguidos y angustiados, aunque padezcan penurias y falta de alimento, no se les dejará perecer. El Dios que cuidó de Elías no ignorará a ninguno de sus hijos desinteresados. El que cuenta los cabellos de su cabeza los cuidará; y en tiempo de hambre quedarán saciados. Mientras los malvados mueren de hambre y pestilencia, los ángeles protegerán a los justos y suplirán sus necesidades. Al que "camina en justicia" está la promesa: "Su pan le será dado, sus aguas serán seguras.

Los afligidos y necesitados buscan agua, y no la hay, y su lengua se seca de sed; pero yo, el Señor, los oiré; yo, el Dios de Israel, no los desampararé" (Isaías 33:16; 41:17).

"Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en la vid; el producto del olivo yace, y los campos no producen alimento; las ovejas del prado son quitadas, y no hay vacas en los rediles, pero los que le temen se alegrarán. Estarán en el Señor y se alegrarán en el Dios de su salvación" (Hab. 3:17 y 18).

"Jehová es quien te guarda; Jehová es tu sombra a tu diestra. No te hará daño el sol de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; guardará tu alma. "

"Él te librá del lazo del cazador y de la pestilencia mortal. Con sus plumas te cubrirá, y bajo sus alas estarás seguro; su verdad es escudo y adarga. No temerás el terror de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la pestilencia que aceche en las tinieblas, ni la destrucción que destruya al mediodía. Caerán mil a tu lado y diez mil a tu derecha, pero no serás herido. Sólo con tus ojos mirarás, y verás la recompensa de los impíos. ¡Porque Tú, oh Señor, eres mi refugio! El Altísimo es vuestra morada. Ningún mal te sobrevendrá, ni plaga tocará tu tienda" (Sal. 121:5-7; 91:3-10).

Sin embargo, a los ojos humanos parecerá que el pueblo de Dios pronto deberá sellar su testimonio con su propia sangre, tal como sucedió con los mártires que los precedieron. Ellos mismos comienzan a temer que el Señor los haya abandonado para caer en poder de sus enemigos. Es un momento de tremenda agonía. Día y noche claman a Dios por liberación. Los malvados se alegran y se oyen gritos burlones: ¿dónde está ahora su fe? ¿Por qué Dios no os libra de nuestras manos, si realmente sois su pueblo?

Pero los santos expectantes recuerdan a Jesús muriendo en la cruz del Calvario, y a los principales sacerdotes y príncipes gritando burlonamente: "A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse. Si él es el Rey de Israel, desciende ahora de la cruz, y te salvaremos". creed en él" (Mateo 27:42).

Como Jacob, todos están luchando con Dios. tu rostro

Expresa conflicto interno. La palidez está estampada en todos los rostros. Sin embargo, su ferviente intercesión no cesa.

Si los hombres pudieran ver la situación con visión celestial, contemplarían grupos de ángeles de excelente poder, estacionados alrededor de los que guardaban la palabra de la paciencia de Cristo. Con afectuosa ternura los ángeles han sido testigos de vuestra angustia y escuchado vuestras oraciones. Están esperando noticias de su comandante para sacarlos del peligro. Pero tendrán que esperar un poco más. El pueblo de Dios debe beber la copa y ser bautizado con el bautismo. La misma demora, que tanto les angustia, es la mejor respuesta a sus peticiones. Mientras se esfuerzan por esperar con confianza que el Señor actúe, son llevados a ejercitar la fe, la esperanza y la paciencia, que poco utilizaron durante su experiencia religiosa. Sin embargo, por amor a los elegidos, el tiempo de angustia será acortado. "¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche...? Os digo que pronto les hará justicia" (Lucas 18:7 y 8). El fin llegará más rápido de lo que los hombres esperan.

El trigo será recogido y atado en gavillas para el granero de Dios; la cizaña será atada en manojos para los fuegos de destrucción.

Los centinelas celestes, fieles a su depósito, continúan ejerciendo su vigilancia. Aunque un decreto general ha fijado el momento en que los observadores de los mandamientos pueden ser asesinados, sus enemigos, en algunos casos, tratan de anticiparse al decreto y, antes del tiempo especificado, se esforzarán en borrar su existencia. Pero ninguno puede atravesar a los poderosos guardianes apostados alrededor de cada alma fiel. Algunos son atacados cuando huyen de ciudades y pueblos; pero las espadas alzadas contra ellos se hacen añicos y caen al suelo impotentes como paja. Otros son defendidos por ángeles en forma de guerreros.

En todas las épocas, Dios ha obrado a través de santos ángeles para rescatar y liberar a Su pueblo. Los seres celestiales han tomado parte activa en los asuntos humanos. Han aparecido vestidos con vestiduras resplandecientes como relámpagos; Han venido como hombres vestidos de viajeros. Los ángeles se han aparecido en forma humana a los siervos de Dios. Han descansado bajo las encinas al mediodía, como si estuvieran cansados. Han aceptado la hospitalidad de los hogares humanos. Han actuado como guías para los viajeros sorprendidos por la noche. Con sus propias manos encendieron los fuegos del altar.

También abrieron las puertas de la prisión y liberaron a los siervos del Señor. Vestidos con una armadura celestial, vinieron a quitar la piedra del sepulcro donde yacía el Salvador.

En forma de hombres, los ángeles se encuentran a menudo en las asambleas de los justos, y también visitan las asambleas de los malvados, así como fueron a Sodoma para hacer un informe de sus acciones, para determinar si habían pasado los límites de La paciencia de Dios. El Señor se deleita en la misericordia; y gracias a los pocos que verdaderamente le sirven, Él refrena las calamidades y prolonga la tranquilidad de las multitudes. Los pecadores contra Dios poco entienden que están en deuda por sus vidas con los pocos fieles a quienes se deleitan en ridiculizar y oprimir.

A pesar de que los gobernantes de este mundo ignoran el hecho, los ángeles a menudo han sido portavoces en sus concilios. Ojos humanos los han contemplado; los oídos humanos han escuchado sus súplicas; los labios humanos se han opuesto a sus sugerencias y han ridiculizado sus consejos; manos humanas los han enfrentado con insultos y malos tratos. En las cámaras del consejo y en los tribunales de justicia, estos mensajeros celestiales han demostrado una profunda familiaridad con la historia humana. Han demostrado ser más capaces de defender la causa de los oprimidos que los defensores más capaces y elocuentes. Han derrotado propósitos y detenido males que habrían retrasado en gran medida la obra de Dios y causado gran sufrimiento a su pueblo.

En tiempos de peligro y angustia, "el ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra" (Sal. 34:7).

Con ferviente deseo, el pueblo de Dios espera señales de la venida de su Rey. Cuando a los vigilantes de las murallas les preguntan: "Guardia, ¿qué pasó de noche"? La respuesta se da sin dudar: "La mañana viene, y también la noche" (Isaías 21:11 y 12). La luz brilla sobre las nubes sobre las cimas de las montañas. Pronto su gloria será revelada. El sol de la justicia está a punto de salir. La mañana y la tarde están cerca: el amanecer del día interminable para los justos y la caída de la noche eterna para los impíos.

Mientras los creyentes que luchan envían sus peticiones ante el Señor, el velo que los separa de lo invisible parece casi levantarse. Los cielos resplandecen con el amanecer del día eterno y, como la melodía de los cantos angelicales, resuenan en los oídos las palabras: "Estad firmes en vuestra fidelidad. El auxilio viene". Cristo, el todopoderoso Conquistador, extiende a sus cansados guerreros la corona de la gloria inmortal; y Su voz se proyecta a través de los portales entreabiertos: "He aquí, yo estoy contigo. No temáis. Conozco todas tus angustias; Soporté tus penas. No estás luchando contra enemigos no probados. Peleé la batalla por vosotros, y en Mi nombre sois más que vencedores".

El precioso Salvador enviará ayuda justo cuando más la necesitemos. El camino al Cielo está consagrado por Sus huellas. Cada espina que hiere nuestros pies, hiere los suyos. Cada cruz que estamos llamados a llevar, Él la ha llevado delante de nosotros. El Señor permite los conflictos con el fin de preparar el alma para la paz. El tiempo de angustia es una prueba terrible para el pueblo de Dios. Sin embargo, es el momento de que todo verdadero creyente levante los ojos y, por fe, contemple el arco de la promesa que lo rodea.

"Los que han sido redimidos por el Señor volverán, y vendrán a Sion con gozo, y el gozo eterno estará sobre sus cabezas; el gozo y la alegría los alcanzarán, la tristeza y el gemido huirán. Yo, yo soy Quien os consuela; ¿Quién eres, pues, para temer al hombre que es mortal, o al hijo del hombre que se convertirá en heno? ¿Y os olvidáis del Señor que os creó... y teméis continuamente durante todo el día la ira del alborotador, que se prepara para destruir? ¿Dónde está la furia de lo que te turbó? El cautivo desterrado pronto será liberado, y no morirá en la cueva, ni le faltará el pan. Porque yo soy el Señor vuestro Dios, que divide el mar y rugen sus olas. El Señor de los ejércitos es su nombre. Y puse mis palabras en tu boca, y te cubrí con la sombra de mi mano" (Isaías 51:11-16).

"Por tanto, oíd ahora esto, oh vosotros que estáis oprimidos y ebrios, pero no de vino. Así dice vuestro Señor, Jehová, y vuestro Dios, que defenderá la causa de su pueblo: He aquí, tomo de vuestra mano la copa de la vacilación. , el excremento del cáliz de mi ira; no lo beberéis más. Pero lo pondré en manos de los que te afligen, que dicen a tu alma: Inclínate para que pasemos de ti; y has hecho de tu espalda tierra y senda de caminantes" (Isaías 51:21-23).

Los ojos de Dios, que han mirado a lo largo de los siglos, han estado fijos en la crisis que su pueblo debe afrontar cuando los poderes terrenales se organizan contra él. Como el cautivo exiliado, tendrán miedo de morir por hambre o por violencia. Pero el Santo que dividió el Mar Rojo ante Israel manifestará Su poder infinito liberándolos del cautiverio. "Míos serán, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día que me los haré un tesoro; los perdonaré como perdona el hombre a su hijo que le sirve" (Mal. 3:17). Si la sangre de los testigos fieles de Cristo fuera derramada en aquel tiempo, no sería, como la sangre de los mártires, como una semilla sembrada para producir una cosecha para Dios. Tu fidelidad no sería un testimonio para convencer a otros de la verdad; porque el corazón endurecido rechazó las olas de misericordia, hasta que ya no pudieron regresar. Si ahora se dejara a los justos en paz presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. El salmista dice: "En el día de la angustia me esconderá en su pabellón; en lo secreto de su tabernáculo me esconderá" (Sal. 27:5). Cristo ordenó: "Ve, pues, pueblo mío, entra en tus aposentos y cierra tras ti tus puertas; escóndete sólo por un momento, hasta que pase la ira. Porque he aquí, el Señor saldrá de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra, a causa de su iniquidad" (Isaías 26:20 y 21). Gloriosa será la liberación de aquellos que pacientemente esperaron su venida, y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

Capítulo 40

La liberación del pueblo de Dios

Cuando se retire la protección de las leyes humanas a quienes honran la ley de Dios, habrá, en diferentes países, un movimiento simultáneo encaminado a su destrucción. A medida que se acerque el momento determinado en el decreto, el pueblo conspirará para desarraigar a la odiada secta. Se determinará que en una sola noche se consumará el ataque decisivo, que silenciará por completo la voz de la disensión y la desaprobación.

El pueblo de Dios - algunos en celdas de prisión, otros escondidos en retiros solitarios de bosques y montañas - todavía implora la protección divina, mientras en cada localidad grupos de hombres armados, impulsados por huestes de ángeles malignos, se preparan para la desastrosa obra. . . Es ahora, en la hora más extrema, que el Dios de Israel intervendrá para la liberación de sus elegidos. Dice el Señor: Habrá entre vosotros cántico como en la noche de fiesta, y alegría de corazón, como el que sale tocando el flauta, para venir al monte del Señor, a la Roca de Israel. Y Jehová hará oír la gloria de su voz, y mostrará el descenso de su brazo en indignación de ira, y el resplandor de su fuego consumidor, y relámpagos, y diluvios, y piedras de granizo. (Isaías 30:29 y 30).

Con gritos de triunfo, burlas y maldiciones, multitudes de hombres malvados están a punto de precipitarse sobre sus presas, cuando, he aquí, una densa oscuridad, más profunda que la oscuridad de la noche, cae sobre la Tierra. Luego, el arco iris, brillando con gloria desde el trono de Dios, cruzando los cielos, parece envolver a cada grupo en oración. La multitud enfurecida se detiene de repente. Sus rugidos burlones se apagan. Se olvida el objeto de su ira asesina. Con terribles augurios contemplan el símbolo de la alianza divina, anhelando ser protegidos bajo su resplandor avasallador.

El pueblo de Dios escucha una voz clara y melodiosa que dice: "Mira hacia arriba"; y, alzando los ojos al cielo, contemplan el arco de la promesa. Las nubes negras e inspiradoras de temor que cubrían el firmamento se vuelven y, como Esteban, miran fijamente al cielo y contemplan la gloria de Dios y al Hijo del Hombre sentado en su trono. Discernen en Su forma divina las marcas de Su humillación; y de sus labios se oye la petición presentada ante su Padre y los santos ángeles: "Quiero que los que me has dado, donde yo estoy, ellos también estén conmigo". (Juan 17:24). De nuevo se oye una voz melodiosa y triunfante que dice: "¡Vienen! ¡Vienen! Santo, inocente e inmaculado. Guardaron la palabra de mi paciencia; caminarán entre los ángeles"; y los labios pálidos y temblorosos de los que mantuvieron firme su fe, lanzan un grito de victoria.

Es a la medianoche que Dios manifiesta Su poder para la liberación de Su pueblo. El Sol aparece brillando en su fuerza. Las señales y los prodigios se suceden rápidamente. Los malvados contemplan la escena con terror y asombro, mientras que los justos observan con solemne satisfacción las señales de su liberación. Todo en la Naturaleza parece fuera de su curso normal. Las corrientes dejan de fluir. Aparecen nubes oscuras y pesadas que chocan entre sí. En medio de los cielos tormentosos se ve un espacio claro de gloria indescriptible, de donde viene la voz de Dios como el sonido de muchas aguas, que dice: "Hecho es". (Apocalipsis 16:17).

Esta voz sacude los cielos y la tierra. Hay un poderoso terremoto "como nunca lo hubo desde que los hombres están sobre la tierra; tal fue este tan grande

terremoto" (Apocalipsis 16:18). El firmamento parece abrirse y cerrarse. La gloria del trono de Dios parece brillar a través del espacio celestial. Las montañas se mecen como juncos sacudidos por el viento, y rocas escarpadas son arrojadas por todos lados. Hay un rugido como de tormenta inminente, el mar se azota con furia.

Sonido agudo del huracán, como la voz de demonios en misión de destrucción. La Tierra entera se eleva y se expande como las olas del mar. Su superficie está fragmentada.

Sus mismos cimientos parecen ceder. Las cadenas montañosas se están hundiendo. Las islas pobladas desaparecen. Los puertos marítimos, que por su maldad se han vuelto como Sodoma, son tragados por las aguas embravecidas. La gran Babilonia vino a la memoria delante de Dios, "para darle el cáliz del vino de la indignación de su ira" (Apoc. 16:19 y 21). Enormes granizos, cada uno de ellos "del peso de un talento", están realizando su labor de destrucción. Las ciudades más magníficas de la Tierra se enumeran a continuación. Los palacios señoriales en los que los grandes hombres del mundo dispersaron sus riquezas para glorificarse, se convierten en escombros ante sus ojos. Los muros de las cárceles se resquebrajan y el pueblo de Dios, que había estado cautivo a causa de su fe, es liberado.

Los sepulcros se abren y "muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y desprecio eterno" (Dan. 12:2). Todos los que murieron en fe en el mensaje del tercer ángel se levantan glorificados de la tumba para escuchar el pacto divino de paz con aquellos que guardaron su ley. "Los mismos que le traspasaron" (Apocalipsis 1:7), los que se burlaron de la agonía de Cristo, y los más violentos opositores de su verdad y de su pueblo, se levantan de nuevo para contemplarlo en su gloria, y ver el honor otorgado a Él. a los fieles y obedientes.

Nubes compactas aún cubren el cielo; sin embargo, el Sol pasa a través de ellos de vez en cuando, apareciendo como la mirada vengadora de Jehová. Violentos relámpagos caen del cielo y envuelven la Tierra en una sábana de llamas. Por encima del terrible estruendo de los truenos, voces misteriosas y aterradoras declaran la perdición de los malvados. Las palabras dichas no son entendidas por todos; pero los falsos maestros los entienden claramente. Aquellos que antes eran tan despreocupados, tan arrogantes y desafiantes, tan gozosos en su crueldad hacia el pueblo de Dios que guarda los mandamientos, ahora están abrumados por la consternación y temblando de miedo. Sus gritos se escuchan por encima del ruido de los elementos. Los demonios reconocen la divinidad de Cristo y tiemblan ante su poder, mientras los hombres claman pidiendo misericordia y se arrastran en un terror innoble.

Los profetas de la antigüedad decían cuando contemplaban el día de Dios en una visión santa: "Aullad, porque el día del Señor está cerca; viene del Todopoderoso como desolación". (Isaías 13:6). "Ve a las peñas y escóndete en el polvo de la imponente presencia del Señor y de la gloria de su majestad. Los ojos altivos de los hombres serán humillados, y la altivez de los hombres será humillada; y solo el Señor será enaltecido en aquel día. Porque el día del Señor de los ejércitos será contra todo soberbio y altivo, y contra todo el que se enaltece, para ser humillado. "Aquel día el hombre arrojará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que se hizo para postrarse delante, a los topos y a los murciélagos, y entrará en las hendiduras de las peñas y en las cuevas de las peñas. por la presencia del Señor, y por la gloria de su majestad, cuando se levante para recorrer la tierra." (Isaías 2:10, 20 y 21).

A través de una abertura entre las nubes brilla una estrella cuyo brillo se cuadriplica en comparación con la oscuridad. Transmite esperanza y alegría a los fieles, pero también severidad e ira a los transgresores de la ley de Dios. Los que sacrificaron todo por Cristo ahora están a salvo, escondidos como en un lugar escondido.

secreto del pabellón del Señor. Fueron probados y, ante el mundo y ante los que desprecian la verdad, dieron testimonio de su fidelidad a Aquel que murió por ellos. Un cambio maravilloso les llega a aquellos que han mantenido firmemente su integridad, incluso frente a la muerte. Fueron repentinamente liberados de la oscuridad y de la terrible tiranía de los hombres transformados en demonios. Sus rostros, últimamente tan pálidos, ansiosos y demacrados, ahora irradian admiración, fe y amor. Su voz se eleva en un canto triunfante: "Dios es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda muy presente en los problemas. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra se mueva, y aunque las montañas sean arrastradas al medio de los mares. Sin embargo, dejemos que rugen las aguas y se alborotan, aunque los montes se estremecen por su fiereza." (Sal. 46:1-3).

A medida que estas palabras de santa confianza se elevan hacia Dios, las nubes retroceden y los cielos estrellados, indescriptiblemente gloriosos en contraste con el firmamento negro y cargado a cada lado. El resplandor de la ciudad celestial irradia desde sus puertas entreabiertas. Luego aparece una mano recortada contra el cielo que sostiene dos tablas de piedra dobladas una sobre la otra. El profeta dice: "Los cielos declararán su justicia, porque Dios mismo es el juez". (Salmo 50:6). Esa santa ley, la justicia de Dios, que entre truenos y llamas fue proclamada desde el Sinaí como guía de vida, se revela ahora a los hombres como regla de juicio. La mano abre las tablas y así se muestran los preceptos del decálogo, trazados como con una pluma de fuego. Las palabras son tan claras que todos pueden leerlas. Se despierta la memoria, las tinieblas de la superstición y la herejía son barridas de cada mente, y los diez mandamientos divinos, breves, completos y autoritativos, se presentan a la vista de todos los habitantes de la tierra.

Es imposible describir el horror y la desesperación de quienes se regodeaban con los santos mandamientos de Dios. El Señor les dio su ley; podrían haber comparado su carácter con el de ella y haber descubierto sus defectos mientras todavía había oportunidad de arrepentimiento y reforma. Pero para asegurarse el favor del mundo, dejaron de lado sus preceptos y enseñaron a otros a transgredirlos. Se esforzaron por obligar al pueblo de Dios a profanar su sábado. Ahora se encuentran condenados por la ley que alguna vez despreciaron. Con terrible claridad se dan cuenta de que se les acabaron las excusas. Eligieron a quién querían servir y adorar. "Entonces veréis de nuevo la diferencia entre el justo y el impío; entre el que sirve a Dios y el que no le sirve." (Mal. 3:18).

Los enemigos de la ley de Dios, desde el ministro hasta el más pequeño de ellos, tienen una nueva concepción de la verdad y el deber. Demasiado tarde ven que el sábado del cuarto mandamiento es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde ven que el cuarto mandamiento es el sello del Dios vivo. Demasiado tarde descubren la verdadera naturaleza de su sábado espurio y el fundamento arenoso sobre el cual han estado construyendo. Se dan cuenta de que han estado luchando contra Dios. Los maestros religiosos conducían a las almas a la perdición mientras profesaban guiarlas a los portales del Paraíso. Hasta que llegue el día del ajuste de cuentas final, no se sabrá cuán grande es la responsabilidad de los hombres en el oficio sagrado y cuán terribles son los resultados de su infidelidad. Sólo en la eternidad podremos estimar con precisión cuánto cuesta la pérdida de una sola alma. Terrible será la ruina de aquel a quien Dios le diga: Apártate, mal siervo.

La voz de Dios se escucha desde el Cielo, declarando el día y la hora de la venida de Jesús y comunicando la alianza eterna a su pueblo. Como el estallido del trueno más poderoso, Sus palabras resuenan por toda la Tierra. El Israel de Dios los escucha con la mirada fija en lo alto. Su rostro está iluminado con su gloria, brillante como el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. Los malvados no pueden mirarlos. Y cuando la bendición es pronunciada sobre aquellos que han honrado a Dios observando Su sábado, hay un clamor resonante de victoria.

Pronto aparece una pequeña nube negra en el este, aproximadamente la mitad del tamaño de la mano de un hombre. Es la nube que rodea al Salvador y que, desde lejos, parece envuelta en tinieblas. El pueblo de Dios sabe que ésta es la señal del Hijo del Hombre. En silencio solemne mantienen sus ojos fijos en ella mientras se acerca a la Tierra, volviéndose más brillante y gloriosa hasta convertirse en una gran nube blanca, con su base portando una gloria como fuego consumidor, con sobre ella el arco iris del concierto. Jesús avanza como un poderoso conquistador.

No como "Varón de Dolores" ahora, para beber el cáliz amargo de la vergüenza y la miseria, sino como victorioso en el Cielo y en la Tierra para juzgar a los vivos y a los muertos. "Fiel y verdadero", Él "juzga y pelea por la justicia". Y "los ejércitos del cielo le siguieron"

(Apocalipsis 19:11 y 14). Con himnos de melodía celestial, los santos ángeles, en una multitud inmensa e innumerable, lo acompañan en su camino. El firmamento parece rebosar de formas radiantes: miles de miles, millones de millones.

Ninguna pluma humana puede retratar esta escena, ni ninguna mente mortal puede encontrarse calificado para concebir su esplendor. "Su gloria cubrió los cielos" y la tierra se llenó de su alabanza. Y su resplandor era como la luz." (Hab. 3:3, 4). A medida que la nube se acerca aún más, todos contemplan al Príncipe de la vida. Ninguna corona de espinas desfigura ahora la sagrada cabeza, sino que una diadema de gloria descansa sobre la frente santa. El rostro divino excede con creces el brillo deslumbrante del sol del mediodía. "Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores" (Apoc. 19:16).

Ante su presencia "todos los rostros se han vuelto demacrados"; Sobre quienes rechazan la misericordia de Dios cae el terror de la desesperación eterna. "Sus corazones se derriten, sus rodillas tiemblan", "y sus rostros palidecen". (Jer. 30:6; Nahúm 2:10). Los justos temblorosos claman: "¿Quién podrá mantenerse en pie?" El canto de los ángeles calla y hay un momento de silencio terrible. Então é ouvida a voz de Jesus, dizendo: "A Minha graça te basta". A face dos justos é iluminada e o gozo enche cada coração. E os anjos dão uma tonalidade musical mais elevada e cantam novamente, enquanto se aproximam mais e mais de la tierra.

El Rey de reyes desciende sobre la nube, envuelto en llamas de fuego. Los cielos se enrollan como un pergamino, y la tierra tiembla ante Él, y todas las montañas e islas se mueven de sus lugares. "Nuestro Dios vendrá, y no callará; delante de él un fuego consumirá, y habrá alrededor de él una gran tempestad. Él llamará a los cielos de arriba y a la tierra para juzgar a su pueblo". (Sal. 50:3 y 4).

"Y los reyes de la tierra, y los grandes, y los ricos, y los tribunos, y los poderosos, y todo siervo, y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y dijo a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira viene; ¿y quién podrá sostenerse en pie?" (Apocalipsis 6:15-17).

Los chistes burlones cesaron. Los labios mentirosos se cierran. El estruendo de las armas y el tumulto de la batalla "con ruido, y los vestidos revolcándose en la sangre" (Isaías 9:5) enmudecen. Ahora no se oye nada más que la voz de las peticiones y el sonido del llanto y la lamentación. De labios que hasta hace poco se burlaban, se escapa el grito: "El gran día de su ira viene; ¿y quién podrá permanecer en pie?". Los malvados piden ser enterrados bajo las rocas de las montañas, antes que contemplar el rostro de Aquel a quien despreciaron y rechazaron.

Conocen esa voz que penetra en los oídos de los muertos. ¡Cuán a menudo sus dulces y suplicantes llamamientos los invitaron al arrepentimiento! ¡Cuántas veces fue escuchada a través de las conmovedoras súplicas de un amigo, de un hermano, de un Redentor! Para los que rechazan su gracia, ninguna otra voz podría estar tan llena de

condenación, tan llena de denuncias, como aquella que por tanto tiempo suplicó: "Apártate de tus malos caminos; porque ¿para qué morirás?"

(Ezequiel 33:11). ¡Oh, que esta voz pudiera resultarles extraña! Jesús dice: "Os llamé, y vosotros rehusasteis, porque extendí mi mano, y nadie escuchaba; pero desechasteis todo mi consejo, y no quisisteis mi repreensión". (Proverbios 1:24 y 25).

Esa voz evoca recuerdos que con gusto harían desaparecer: advertencias ignoradas, invitaciones rechazadas, privilegios descuidados.

Hay quienes se burlaron de Cristo en Su humillación. Con tremendo poder se evocan en su mente las palabras del Sufriente, cuando, convocado por el sumo sacerdote, declaró solemnemente: "Pronto veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder, y viniendo sobre las nubes del cielo. ".

(Mateo 26:64). Ahora lo contemplan en Su gloria y, sin embargo, deben verlo sentado a la diestra del Poder.

Aquellos que ridiculizaron su afirmación de ser el Hijo de Dios ahora se quedan sin palabras. Está el arrogante Herodes, que satirizó su título real y ordenó a los soldados burlones que lo coronaran rey. Están los mismos hombres que con manos malvadas lo vistieron con un manto de púrpura y sobre su sagrada frente le colocaron la corona de espinas. Quienes también pusieron en su mano sin resistencia algo parecido a un cetro, y se postraron ante él en burla blasfema.

Los hombres que golpearon al Príncipe de la vida y le escupieron ahora apartan el rostro de la mirada penetrante, tratando de huir de la gloria prevaleciente de su presencia. Aquellos que clavaron los clavos en Sus manos y pies, y el soldado que traspasó Su costado, contemplan estas marcas con terror y remordimiento.

Con terrible viveza los sacerdotes y príncipes recuerdan los acontecimientos del Calvario. Temblando de horror, recuerdan cómo, sacudiendo la cabeza con exaltación satánica, exclamaban: "A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Si él es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en Él." ; confiado en Dios; libérenlo ahora, si lo aman." (Mateo 27:42 y 43).

Recuerdan vívidamente la parábola de los agricultores que se negaron a darle a su señor el fruto de la viña, maltrataron a sus sirvientes y mataron a su hijo.

Recuerdan también la sentencia que ellos mismos pronunciaron: el señor de la viña "dará muerte vergonzosa a los impíos". En el pecado y castigo de aquellos hombres infieles, los sacerdotes y ancianos ven su propia conducta y también la justa sentencia. Ahora se eleva un grito de agonía mortal. Más fuerte que el grito: "Crucifícale, crucifícale", que resonó por las calles de Jerusalén, resuena el grito terrible y desesperado: "¡Él es el Hijo de Dios! ¡Él es el verdadero Mesías!".

Buscan escapar de la presencia del Rey de reyes.

En las profundas cuevas de la Tierra, fragmentadas por la guerra de los elementos, intentan esconderse en vano.

En la vida de todos los que rechazan la verdad hay momentos en que la conciencia despierta, cuando la memoria presenta el tortuoso recuerdo de una vida de hipocresía y el alma se turba por vanos dolores. Pero, ¿qué es esto en comparación con el remordimiento de aquel día cuando "el temor viene como destrucción, cuando la destrucción viene como tempestad"? (Proverbios 1:27)? Aquellos que quieren destruir a Cristo y a su pueblo fiel ahora dan testimonio de la gloria que descansa sobre ellos. En medio de su terror escuchan las voces de los santos en alegres melodías, exclamando: "He aquí, éste es nuestro Dios, a quien hemos esperado, y él nos salvará". (Isaías 25:9).

En medio de los movimientos de la tierra, del relámpago y del trueno, la voz del Hijo de Dios llama a los santos dormidos. Mira la tumba de los justos y luego, levantando las manos al cielo, grita: "¡Despierta, despierta, despierta, tú que duermes en el polvo, y levántate!" A lo largo y ancho de la Tierra,

los muertos oirán esa voz, y los que la oigan vivirán. Y en toda la Tierra resonará el sonido de los pasos del ejército extraordinariamente grande de cada nación, tribu, lengua y pueblo. De las mazmorras de la muerte vienen vestidos de gloria inmortal, gritando: "¿Dónde, oh muerte, está tu aguijón? ¿Dónde, oh infierno, está tu victoria?" (I Corintios 15:55).

Y los justos vivientes y los santos resucitados unen sus voces en un largo y gozoso grito de victoria.

Todos salen del sepulcro a la misma altura que cuando entraron. Adán, que está entre la multitud de los resucitados, es de gran estatura y forma majestuosa, pero poco más pequeño que el Hijo de Dios. Presenta un sorprendente contraste con la gente de generaciones posteriores. Sólo desde este único aspecto se muestra la tremenda degeneración de la raza. Todos, sin embargo, aparecen con el vigor y la energía de la eterna juventud. En el principio, el hombre fue creado a semejanza de Dios, no sólo en carácter, sino también en forma y características. El pecado ha desfigurado y casi destruido la imagen divina; pero Cristo vino a restaurar lo que se había perdido. Él cambiará nuestro cuerpo vil, moldeándolo según Su cuerpo glorioso. Las formas mortales, corruptibles, privadas de gracia y manchadas por el pecado, se vuelven perfectas, hermosas e inmortales. Todas las deformidades y deficiencias quedan en la tumba. Restaurados al árbol de la vida en el Edén perdido hace mucho tiempo, los redimidos crecerán hasta alcanzar la plena estatura de la raza en su gloria primitiva. Los últimos restos de la maldición del pecado serán eliminados, y los fieles de Cristo aparecerán "en la hermosura del Señor nuestro Dios", reflejando en espíritu, alma y cuerpo la imagen perfecta de su Señor. ¡Oh!

¡Maravillosa redención! ¡Se ha rumoreado durante tanto tiempo, se ha esperado durante tanto tiempo, se ha contemplado con ansiosa expectación, pero nunca se ha comprendido completamente!

Los justos vivos se transforman "en un momento, en un abrir y cerrar de ojos". A la voz de Dios fueron glorificados; ahora son inmortales y, con los santos resucitados, son arrebatados para encontrarse con su Señor en el aire. Los ángeles "reunirán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro". Los santos ángeles llevan a los niños pequeños a los brazos de sus madres. Amigos separados durante mucho tiempo por la muerte se reúnen para no volver a separarse nunca más, y con cánticos de alegría ascienden juntos a la ciudad de Dios.

A cada lado del carro de nubes hay alas, y debajo se pueden ver ruedas vivientes; y, cuando el auto se eleva, las ruedas gritan: "Santo", y las alas, moviéndose, gritan: "Santo", y el séquito angelical grita: "Santo, santo, santo, Señor Dios todopoderoso". Y los redimidos gritan: "¡Aleluya!" – mientras el auto continúa hacia la Nueva Jerusalén.

Antes de entrar en la ciudad de Dios, el Salvador otorga a sus seguidores los emblemas de la victoria y los inviste con las insignias de su estado real. Las alas resplandecientes de los redimidos están dispuestas en forma de cuadrado hueco, alrededor de su Rey, cuyas formas majestuosas se destacan muy por encima de los santos y ángeles, cuyo rostro irradia la plenitud del amor benigno hacia todos. A través de la innumerable hueste de los redimidos, todos los ojos están fijos en Él, todos los ojos contemplan la gloria de Aquel cuyo "aspecto estaba tan desfigurado más que el de cualquier otro, y su figura más que la de los hijos de los hombres". Sobre las cabezas de los vencedores, Jesús coloca con su diestra la corona de gloria. Para cada uno hay una corona que lleva su "nuevo nombre" (Apocalipsis 2:17) y la inscripción: "Santidad al Señor". En cada mano están colocadas la palma del vencedor y el arpa resplandeciente. Luego, cuando los ángeles gobernantes tocan el tono, todas las manos se mueven con destreza sobre las cuerdas del arpa, haciendo que suene una dulce música con ricos y melodiosos acordes. Un éxtasis indescriptible hace vibrar cada corazón y cada voz se eleva en alabanza agradecida: "Al que nos ama, y en

Su sangre nos lavó de nuestros pecados y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios y su Padre; A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos." (Apoc. 1:5 y 6).

Ante la multitud de rescatados está la ciudad santa. Jesús abre completamente las puertas del cielo y entran las naciones que han observado la verdad. Allí contemplan el Paraíso de Dios, el hogar de Adán en su inocencia. Entonces esa voz, más entusiasta que cualquier música jamás escuchada por los mortales, dice: "Tu conflicto ha terminado". "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

Entonces se cumple la oración del Salvador a favor de sus discípulos: "Quiero que los que me has dado, donde yo estoy, ellos también estén conmigo". "Intachables, con gozo, delante de su gloria" (Judas 24), Cristo los presenta a su Padre como compra de su sangre, declarando: "Heme aquí con los hijos que me has dado". "Yo he guardado los que me diste." ¡Oh! ¡Maravillas del amor redentor! ¡El arrobamiento de esa hora en que el Padre infinito, mirando a los rescatados, contempla Su imagen, sin que la presencia de la discordia del pecado y su maldición se quite, cuando lo humano vuelve a estar en armonía con lo divino!

Con amor inexpresable, Jesús saluda a sus fieles y los acoge en el "gozo de vuestro Señor". El gozo del Salvador consiste en ver en el reino de la gloria a las almas que fueron salvadas por su agonía y humillación. Y los redimidos serán partícipes de su felicidad, al contemplar entre los bienaventurados a los que han sido ganados para Cristo mediante sus oraciones, trabajos y sacrificios de amor. Mientras se reúnen alrededor del gran trono blanco, un gozo indescriptible llenará sus corazones al contemplar a aquellos a quienes han ganado para Cristo, y ver que uno ha ganado a otros, y estos otros más, todos llevados al puerto de descanso, a allí. Pongan sus coronas a los pies de Jesús y alábenlo por los interminables siglos de eternidad.

En el momento en que los redimidos son saludados y bienvenidos en la ciudad de Dios, un alegre grito de adoración resuena en el aire. Los dos Adams están a punto de encontrarse. El Hijo de Dios está de pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza: el ser que Él creó y que pecó contra Su Creador, y por cuyo pecado aparecen las marcas de la crucifixión en el cuerpo del Salvador. Tan pronto como Adán ve las cicatrices de los crueles clavos, no cae sobre el pecho de su Señor, sino que humillado se arroja a sus pies, exclamando: "¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!" Con ternura, el Salvador lo levanta, invitándolo a mirar nuevamente el hogar edénico del que estuvo exiliado durante tanto tiempo.

Después de su expulsión del Edén, la vida de Adán en la Tierra estuvo llena de tristeza. Cada hoja marchita, cada víctima de sacrificio, cada deterioro del hermoso rostro de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre, era un nuevo recordatorio de su pecado. Terrible fue la agonía de su remordimiento al contemplar la iniquidad prevaleciente y, en respuesta a sus advertencias, enfrentar la acusación hecha contra él como la causa del pecado. Con paciente humildad, soportó el castigo de la transgresión durante casi mil años. Se arrepintió fielmente de su pecado, confiando en los méritos del Salvador prometido, y murió con la esperanza de la resurrección. El Hijo de Dios redimió el fracaso y la caída del hombre; y ahora, mediante la obra de expiación, Adán es restaurado a su primer dominio.

En un arrebato de alegría desbordante, contempla los árboles que alguna vez fueron su deleite, los mismos árboles cuyos frutos él mismo había recogido en los días de su inocencia y alegría. Observa las enredaderas que su propia mano había cuidado, las mismas flores que una vez tuvo tanto placer en cuidar. Tu mente se apodera de la realidad de la escena; entiende que éste es verdaderamente el Edén restaurado,

Más hermoso ahora que cuando fue desterrado de allí. El Salvador lo lleva al árbol de la vida, arranca el fruto glorioso y le ordena que coma. Adán mira a su alrededor y ve la multitud de su familia redimida en el Paraíso de Dios. Luego arroja su corona resplandeciente a los pies de Jesús y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor. Toca su arpa de oro y las arcadas celestiales hacen eco del canto triunfante: "¡Digno, digno, digno es el Cordero que fue inmolado y ha vuelto a vivir!" Los descendientes de Adán retoman la melodía y arrojan sus coronas a los pies del Salvador mientras se inclinan ante Él en adoración.

De este encuentro son testigos los ángeles que lloraron cuando Adán cayó y se regocijaron cuando Jesús, después de su resurrección, ascendió al cielo, habiendo abierto las tumbas de todos los que creían en su nombre. Ahora contemplan cumplida la obra de redención y unen sus voces en un cántico de alabanza.

Sobre el mar de cristal, delante del trono, en ese mar de vidrio mezclado con fuego —tan resplandeciente con la gloria de Dios— está reunida la multitud de los que "salieron victoriosos sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de tu nombre" (Apocalipsis 15:2). Con el Cordero en el monte Sión, "teniendo las arpas de Dios", están los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los hombres; y se oye, como sonido de muchas aguas y como sonido de gran trueno, "una voz de arpistas, tocando sus arpas". Y cantaron un "cántico nuevo delante del trono, un cántico que ningún hombre podría conocer excepto los ciento cuarenta y cuatro mil. Es el cántico de Moisés y del Cordero, el himno de liberación. Nadie excepto los ciento cuarenta y cuatro mil, puedes aprender ese cántico, porque es la música de tu experiencia, y nadie ha tenido jamás una experiencia similar. "Estos son los que siguen al Cordero adondequiera que va". "Estos, habiendo sido traducidos del tierra, de entre los vivientes, son considerados como primicias de Dios y del Cordero." (Apoc. 14:1-5; 15:3).

"Estos son los que han salido de la gran tribulación" (Apocalipsis 7:14); han pasado por tiempo de angustia como nunca ha habido desde que hubo nación; soportaron la mortificación del tiempo de la angustia de Jacob; permanecieron sin intercesor durante el derramamiento final de los juicios de Dios. Pero fueron liberados, porque "lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero". "No se halló engaño en su boca; porque son irreprochables" delante de Dios. "Por tanto, están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá con su sombra". (Apocalipsis 7:15). Contemplan la Tierra azotada por el hambre y la pestilencia; vieron al Sol castigar a los hombres con altas temperaturas, y ellos mismos soportaron sufrimiento, hambre y sed. Pero "nunca más tendrán hambre, nunca más tendrán sed; ni el sol ni la calma caerán sobre ellos. Porque el Cordero que está en medio del trono los alimentará, y los guiará a las fuentes de las aguas". de vida; y Dios los limpiará de las lágrimas de sus ojos" (Apoc. 7:16 y 17).

En todas las épocas los elegidos del Salvador han sido educados y disciplinados en la escuela de la prueba. Caminaron por senderos estrechos en la Tierra; fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Jesús soportaron oposición, odio y calumnia. Lo siguieron a través de conflictos conmovedores; ejercieron abnegación y experimentaron amargas desilusiones. A través de su dolorosa experiencia comprendieron la malignidad del pecado, su poder, sus culpas y sus desgracias; y ellos lo miraron con disgusto. El sentimiento del infinito sacrificio hecho por su curación los humilla ante sus propios ojos y llena sus corazones de gratitud y alabanza, que aquellos que nunca han caído no pueden apreciar. Aman mucho, porque mucho les ha sido perdonado. Habiendo sido partícipes de los sufrimientos de Cristo, están calificados para ser partícipes de su gloria.

Los herederos de Dios vinieron de los áticos, de las chozas, de los calabozos, de los cadalsos, de las montañas, de los desiertos, de las cuevas de la tierra y del mar. En la Tierra estaban

"indefensos, afligidos y maltratados". Millones descendieron a la tumba cargados de infamia, porque se negaron firmemente a someterse a las engañosas pretensiones de Satanás. Fueron juzgados como los criminales más viles por tribunales humanos. Pero ahora "Dios mismo es el juez" (Sal. 50:6). Ahora las decisiones terrenales están revertidas. "Él quitará el oprobio de su pueblo". (Isaías 25:8). "Los llamarán: Pueblo santo, redimidos del Señor". Él determinó "que se les dé hermosura en lugar de las cenizas, óleo de alegría en lugar del dolor, vestido de alabanza en lugar del espíritu de tristeza" (Isaías 62:12; 61:3). Ya no son débiles, afligidos, desterrados ni oprimidos. De ahora en adelante estarás con el Señor para siempre. Están ante el trono vestidos con prendas más ricas que las que jamás hayan usado los más exaltados de la Tierra. Están coronados con diademas más gloriosas que las que jamás se colocaron sobre las cabezas de los monarcas terrenales. Los días de dolor y lágrimas han terminado para siempre. El Rey de gloria enjugó las lágrimas de todos los rostros; toda causa de dolor fue eliminada. En medio del vaivén de las ramas de las palmeras cantan un himno de alabanza claro, dulce y melodioso; todas las voces se unen en la armonía que llena las bóvedas celestes con el canto: "Salvación a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Y todos los habitantes del Cielo responden así: "Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honra, poder y fuerza a nuestro Dios, por los siglos de los siglos." (Apocalipsis 7:10 y 12).

En esta vida sólo podemos empezar a comprender el maravilloso tema de la redención. Con nuestro entendimiento finito podemos considerar muy de cerca el oprobio y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia, que se encontraron en la cruz. Sin embargo, incluso con el esfuerzo más intenso de nuestras capacidades mentales, no podemos captar su significado más pleno. La longitud y la amplitud, la profundidad y la altura del amor redentor apenas se comprenden. El plan de redención no se entenderá plenamente ni siquiera cuando los rescatados vean como son vistos y sepan como son conocidos. Pero a lo largo de las edades eternas se revelarán continuamente nuevas verdades a la mente asombrada y encantada. Aunque las penas, los dolores y las tentaciones de la Tierra hayan terminado y sus causas hayan sido eliminadas, el pueblo de Dios siempre tendrá un conocimiento distinto e inteligente de cuánto costó su salvación.

La cruz de Cristo será el conocimiento y el canto de los redimidos por toda la eternidad. En el Cristo glorificado contemplarán al Cristo crucificado. Nunca se olvidará que Aquel cuyo poder creó y mantuvo los innumerables mundos a través de la inmensidad del espacio, el Amado de Dios, la Majestad del Cielo, Aquel a quien los querubines y los resplandecientes serafines se deleitaban en adorar, se humilló para exaltar al hombre. ... caído; que cargó con la culpa y el reproche del pecado y con ocultar el rostro de su Padre, hasta que los ayes de un mundo perdido quebraron su corazón y extinguieron su vida en la cruz del Calvario. Que el Creador de todos los mundos, el Árbitro de todos los destinos, renuncie a Su gloria y se humille por amor al hombre, atraerá la eterna admiración y adoración del Universo. Cuando las naciones de los redimidos miren a su Redentor y contemplen la gloria eterna del Padre brillando en Su rostro; Al contemplar su trono, que es de eternidad en eternidad, y saber que su reino no tendrá fin, estallan en un himno extático: "Digno, digno es el Cordero que fue inmolado y nos redimió para Dios con su preciosísimo ¡sangre!"

El misterio de la cruz explica todos los demás misterios. A la luz que viene del Calvario, los atributos de Dios que nos llenaron de miedo y pavor aparecen hermosos y atractivos. Se confunde la misericordia, la ternura y el amor paternal con la santidad, la justicia y el poder. Al contemplar la majestuosidad de Su elevado y sublime trono, vemos Su carácter en sus graciosas manifestaciones y entendemos, como nunca antes, el significado de ese afectuoso título: "Padre Nuestro".

Se entenderá que Aquel que es infinito en sabiduría no pudo idear ningún plan para redimirnos excepto uno que requiriera el sacrificio de Su Hijo. La compensación de este sacrificio es la alegría de llenar la Tierra de seres redimidos, santos, felices e inmortales. El resultado del conflicto del Salvador con los poderes de las tinieblas es el gozo de los redimidos, que resulta en gloria para Dios por toda la eternidad. Y tal es el valor de cada alma, que el Padre queda satisfecho con el precio pagado; y el mismo Cristo, al contemplar los frutos de su gran sacrificio, queda también satisfecho.

Capítulo 41

La desolación de la tierra

"Sus pecados se han acumulado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades". "En la copa en que ella os dio a beber, dadle el doble. Como ella se glorificó y estuvo en delicias, dadle lo mismo en tormento y luto; porque dice en su corazón: Estoy sentada como una reina, y no soy viuda, y no veré luto. Por tanto, en un día vendrán plagas, y muerte, y llanto, y hambre, y ella será quemada en fuego; porque fuerte es Jehová Dios que la juzga. Y los reyes de la tierra, que fornicaron con ella, y vivieron en deleites, llorarán sobre ella, y se lamentarán sobre ella... diciendo: ¡Ay, ay de aquella gran Babilonia, aquella ciudad fuerte!, porque ha llegado su juicio. en una hora" (Apocalipsis 18:5-10).

"Los mercaderes de la tierra", que "se han enriquecido con la abundancia de sus deleites", "se quedarán lejos, por miedo a su tormento, llorando y lamentándose, y diciendo: ¡Ay, ay de aquella gran ciudad! vestidos de lino fino, púrpura y escarlata, y adornados con oro, piedras preciosas y perlas; porque en una hora fueron arrasadas tantas riquezas. (Apocalipsis 18:3, 15 y 16).

Tales son los juicios que caen sobre Babilonia, el día de la visita de la ira de Dios. Ella colmó la medida de su iniquidad; ha llegado tu hora; está maduro para la destrucción.

Cuando la voz de Dios revierta el cautiverio de Su pueblo, habrá un terrible despertar de aquellos que lo han perdido todo en el gran conflicto de la vida. Mientras el tiempo de gracia estaba en vigor, fueron cegados por los engaños de Satanás y justificaron su conducta pecaminosa. Los ricos se enorgullecían de su superioridad sobre los menos favorecidos; pero habían obtenido sus riquezas transgrediendo la ley de Dios. Se olvidaron de alimentar al hambriento, vestir al desnudo, tratar con justicia y amar la misericordia. Buscaban exaltarse y obtener el homenaje de sus semejantes. Ahora han sido desposeídos de todo lo que los hacía grandes y quedan empobrecidos e indefensos. Miran con terror la destrucción de los ídolos que eligieron en lugar de su Creador. Vendieron sus almas por riquezas y placeres terrenales y no buscaron enriquecerse ante Dios. El resultado: su vida fue un completo fracaso; vuestros placeres se convertirán ahora en amargura de hiel; sus tesoros han sido corrompidos. Los beneficios de toda una vida fueron arrebatados en un solo momento. Los ricos miran con pesar la destrucción de sus palacios, el esparcimiento de su oro y su plata. Pero sus lamentos son acallados por el temor que los posee de perecer con sus ídolos.

Los malvados se llenan de dolor, no por su pecaminosa negligencia hacia Dios y sus semejantes, sino porque Dios los ha vencido. Lamentan que el resultado sea el que ahora presencian; pero no se arrepienten de su maldad. Si pudieran, no dejarían de intentar alguna forma de ganar.

El mundo ve a aquellos de quienes se burlaron y burlaron, a quienes buscaron eliminar, pasar ilesos a través de pestilencias, tormentas y terremotos. El que es para los transgresores de su ley fuego consumidor, es para su pueblo un pabellón seguro.

El ministro que había sacrificado la verdad para ganarse el favor de los hombres ahora discierne el carácter y la influencia de sus enseñanzas. Es manifiesto que ojos omniscientes lo han estado observando mientras permanecía en el púlpito, mientras caminaba por las calles, mientras se mezclaba con los hombres en las diversas escenas de la vida. Cada

emoción del alma, cada línea escrita, cada palabra dicha, cada acto que llevó a los hombres a relajarse en un refugio de falsedad, fueron sembrando semillas; y ahora, en las almas miserables y arruinadas que lo rodean, contempla la cosecha.

Dice el Señor: "Curaron livianamente la herida de la hija de mi pueblo, diciendo: Paz, paz, cuando no hay paz". "Has entristecido el corazón del justo con mentira, cuando yo no lo había entristecido, y has fortalecido las manos del impío, para que no se aparte de su mal camino y viva". (Jeremías 8:11; Ezequiel 13:22).

"Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de Mi prado... He aquí, yo visitaré sobre vosotros la maldad de vuestras obras." "Aullad, pastores, y gritad, y revolcaos en las cenizas, jefe del rebaño, porque vuestros días han llegado para que os maten... Y no habrá huida para los pastores, ni salvación para el jefe del rebaño". el rebaño." (Jeremías 23:1 y 2; 25:34 y 35).

Los ministros y el pueblo ven que no han mantenido una relación adecuada con Dios. Ven que se han rebelado contra el Autor de todo derecho y ley justa. El desprecio de los preceptos divinos dio lugar a miles de fuentes de maldad, discordia, odio e iniquidad, hasta que la Tierra se convirtió en un vasto campo de batalla, un pozo de corrupción. Ésta es la visión que ahora se presenta ante quienes han rechazado la verdad y han preferido apreciar el error. Ningún lenguaje puede expresar el deseo que sienten los desobedientes y desleales por lo que han perdido para siempre: la vida eterna. Hombres a quienes el mundo adoraba por sus talentos y elocuencia ahora ven estas cosas en su verdadera luz. Se dan cuenta de lo que han perdido por la transgresión y caen a los pies de aquellos cuya fidelidad despreciaron y se burlaron, confesando que Dios los amaba.

La gente ve que fueron engañados. Se acusan mutuamente de haber sido arrojados a la destrucción. Pero todos se unen para amontonarse y lanzar sus más amargas condenas sobre los ministros. Los pastores infieles profetizaron cosas agradables; llevaron a sus oyentes a invalidar la ley de Dios y a perseguir a quienes querían santificarla. Ahora, en su desesperación, estos maestros confiesan ante el mundo su labor engañosa. La multitud está muy enfurecida. "¡Estamos perdidos!", gritan; "y vosotros sois las causas de nuestra ruina"; y se vuelven contra los falsos pastores. Aquellos que alguna vez los admiraron mucho pronunciarán sobre ellos las más terribles maldiciones. Las mismas manos que una vez los coronaron de laureles se levantarán para su destrucción. Las espadas que se suponía sacrificarían al pueblo de Dios ahora se dirigen al exterminio de sus enemigos. En todas partes hay conflictos y derramamiento de sangre.

"El ruido llegará hasta los confines de la tierra, porque el Señor tiene disputa con las naciones; entrará en juicio contra toda carne; entregará a los impíos a la espada". (Jer. 25:31). Durante seis mil años el gran conflicto estuvo en marcha; el Hijo de Dios y Sus mensajeros celestiales estaban en lucha contra el poder del maligno, para advertir, iluminar y salvar a los hijos de los hombres. Ahora cada uno ha tomado su decisión; los malvados se han unido completamente a Satanás en su lucha contra Dios. Ha llegado el momento de que Dios reclame la autoridad de su despreciada ley. Ahora la controversia no es sólo con Satanás, sino también con los hombres. "El Señor tiene una controversia con las naciones"; "Él entregará a los impíos a la espada".

La marca de la liberación fue puesta sobre aquellos "que gimen y gimen a causa de todas las abominaciones que se cometen". Ahora sale el ángel de la muerte, representado en la visión de Ezequiel por los hombres con las armas destructivas, a quienes se da la orden: "Matad a viejos, a jóvenes, a vírgenes, a niños y a mujeres, hasta exterminarlos; pero cualquiera que tenga la señal, no se acerque, y comience por mi santuario. El profeta dice: "Y comenzaron por los hombres más ancianos que estaban delante de la casa". (Ezequiel 9:1-6). La obra de destrucción comienza entre aquellos que profesaban ser los guardianes espirituales del pueblo. Los falsos centinelas son los primeros en

caer. No hay nadie a quien compadecer o perdonar. Hombres, mujeres, doncellas y niños pequeños perecen juntos.

"El Señor saldrá de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad, y la tierra descubrirá su sangre, y no cubrirá más a los que fueron asesinados". (Isaías 26:21). "Y esta será la plaga con que Jehová herirá a todos los pueblos que hacen la guerra contra Jerusalén: su carne se consumirá mientras estén en pie, y sus ojos se pudrirán en sus órbitas, y su lengua se pudrirá en sus bocas.

También en aquel día sucederá que habrá entre ellos gran angustia de parte del Señor; porque cada uno tomará la mano de su compañero, y cada uno levantará su mano contra la mano de su compañero." (Zacarías 14:12 y 13). En la loca contienda de sus propias pasiones feroces, y Por el terrible derramamiento de la ira pura de Dios, caen los impíos habitantes de la tierra: sacerdotes, gobernadores y pueblo, ricos y pobres, encumbrados y humildes. "Y los muertos de Jehová estarán en aquel día, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de la Tierra; no serán llorados, ni recogidos, ni sepultados" (Jer. 25:33).

A la venida de Cristo, los malvados serán borrados de la faz de toda la tierra: consumidos por el espíritu de Su boca y destruidos por el resplandor de Su gloria. Cristo conduce a su pueblo a la ciudad de Dios, y la Tierra queda vacía de sus habitantes. "He aquí, el Señor vacía la tierra y la desola, trastorna su superficie y dispersa a sus habitantes". "La tierra será completamente vaciada y completamente saqueada, porque el Señor ha hablado esta palabra". "Porque traspasan las leyes, cambian los estatutos y quebrantan el pacto eterno. Por tanto la maldición consumirá la tierra, y los que en ella habitan serán asolados; por tanto, los habitantes de la tierra serán quemados". (Isaías 24:1, 3, 4 y 6).

Toda la Tierra parece un desierto desolado. Las ruinas de las ciudades y pueblos destruidos por el terremoto, los árboles arrancados de raíz, las piedras toscas arrojadas por el mar o arrojadas desde la misma tierra, esparcen su superficie, mientras vastas cuevas indican el lugar donde las montañas fueron separadas de sus cimientos.

Un acontecimiento presagiado ocurre en la última y solemne ceremonia del día de la expiación. Cuando se completó el ministerio en el lugar santísimo, y los pecados de Israel fueron removidos del santuario en virtud de la sangre de la ofrenda por el pecado, entonces el chivo expiatorio fue presentado vivo ante el Señor; y en presencia de la congregación el sumo sacerdote confesó sobre él "todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, conforme a todos sus pecados", poniéndolas sobre la cabeza del macho cabrío. (Lev.

16:21). De manera similar, cuando se complete la obra de expiación en el santuario celestial, entonces, en la presencia de Dios, los ángeles celestiales y el ejército de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios recaerán sobre Satanás. Será declarado culpable de todo el mal que les hizo cometer. Y así como el chivo expiatorio fue enviado a una tierra deshabitada, Satanás será desterrado a la Tierra desolada, que se encontrará como un desierto despoblado y lúgubre.

Juan el revelador predice el destierro de Satanás y la condición de caos y desolación a la que debe reducirse la tierra; y declara que tal condición existirá durante mil años. Después de presentar las escenas de la segunda venida del Señor y la destrucción de los impíos, la profecía continúa: "Vi un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en la mano, y ató el dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo, y lo encerró allí, y le puso un sello para que nunca más engañe a las naciones, hasta que se acaben los mil años. Y luego es importante que sea liberado por un tiempo." (Apocalipsis 20:1-3).

Que la expresión "abismo" representa la Tierra en un estado de confusión y oscuridad se desprende de otros pasajes. En cuanto a la condición de la tierra "en el principio", el registro bíblico dice que "era desordenada y vacía, y había tinieblas sobre la faz del abismo".

(Génesis 1:2). La profecía enseña que volverá, al menos en parte, a esa condición. Esperando con ansias el gran día de Dios, el profeta Jeremías declara: "Miré la tierra, y he aquí, estaba desolada y vacía; y los cielos no tenían luz. Miré las montañas, y he aquí que temblaban, y todas los montes temblaron. Miré y vi que no había hombre, y que todas las aves del cielo habían huido. También vi que la tierra fértil era un desierto, y que todas sus ciudades estaban arrasadas" (Jer. 4 :23-26).

Aquí será el hogar de Satanás con sus ángeles malignos durante mil años. Limitado a la Tierra, no tendrá acceso a otros mundos para tentar y acosar a quienes nunca han caído. En este sentido está atrapado; no le queda nadie con quien pueda ejercer su poder. Está completamente separado de la obra de engaño y ruina que durante tantos siglos fue su único deleite.

El profeta Isaías, contemplando el tiempo de la caída de Satanás en el futuro, exclama: "¡Cómo caíste del cielo, oh lucero de la mañana, hija de la mañana! ¡Cómo fuiste arrojada a la tierra, tú que debilitabas a las naciones! Y tú dicho en tu corazón: Subiré al Cielo, sobre las estrellas de Dios exaltaré mi trono... Seré como el Altísimo. Y sin embargo, seréis llevados al infierno, a lo más profundo del abismo. Los que te vean te contemplarán, te considerarán y dirán: ¿Es éste el hombre que hizo temblar la tierra, y que hizo temblar los reinos? ¿Quién puso el mundo como un desierto, y asoló sus ciudades? ¿Quién hizo? ¿No dejar que sus cautivos regresen libres a sus hogares? (Isaías 14:12-17).

Durante seis mil años la obra de rebelión de Satanás ha "sacudido la tierra". Hizo "el mundo como un desierto" y destruyó "sus ciudades". Y "no dejaba en libertad a sus cautivos". Durante seis mil años su cadena recibió al pueblo de Dios, y los mantendría cautivos para siempre; pero Cristo rompió sus ataduras y liberó a los prisioneros.

Incluso los malvados están ahora colocados fuera del alcance del poder de Satanás y, a solas con sus ángeles malignos, él permanecerá para observar el efecto de la maldición que el pecado ha causado. "Todos los reyes de las naciones, sí, todos ellos, yacen con honor, cada uno, en su tumba. Pero eres expulsado de tu tumba, como un bastardo fusilado... No serás juntado con ellos en el sepulcro, porque has destruido tu tierra y matado a tu pueblo. (Isaías 14:18-20).

Durante mil años Satanás vagará de un lugar a otro en la desolada Tierra, para contemplar los resultados de su rebelión contra la ley de Dios. Durante este tiempo tus sufrimientos serán intensos. Desde su caída, una vida de incesante actividad ha desterrado la reflexión; ahora está desposeído de su poder y debe contemplar el papel que ha desempeñado desde su primera rebelión contra el gobierno del cielo, y presagiar con miedo y temblor el terrible futuro, cuando deberá sufrir por todo el mal que ha hecho. y ser castigado por los pecados que hizo cometer.

Para el pueblo de Dios, el cautiverio de Satanás traerá contentamiento y regocijo. El profeta dice: "Acontecerá que el día que Dios os dé descanso de vuestro trabajo, y de vuestro temblor, y de la dura servidumbre con que os hicieron servir, hablaréis esta palabra contra el rey de Babilonia. [aquí representando a Satanás], y diréis: ¡Cómo ha cesado el opresor!... El Señor ha quebrado el bastón de los impíos y el cetro de los gobernantes. El que hirió a los pueblos con furor, con plaga incesante, que gobernaba con ira las naciones, ahora es perseguido, sin que nadie pueda detenerlo." (Isaías 14:3-6).

Durante los mil años entre la primera y la segunda resurrección, tiene lugar el juicio de los impíos. El apóstol Pablo señala este juicio como un evento que sigue al segundo advenimiento. "No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual también sacará a la luz lo oculto de las tinieblas, y revelará los pensamientos de los corazones". (I Corintios 4:5). Daniel declara que cuando vino el Anciano de Días, "fue dado juicio a los santos del Altísimo" (Dan. 7:22). En aquel tiempo, los justos reinarán como reyes y

sacerdotes de Dios. Juan, en el Apocalipsis, dice: "Vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado poder para juzgar". "Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años". (Apocalipsis 20:4 y 6). Es en este momento cuando, como predijo Pablo, "los santos juzgarán al mundo" (1 Cor. 6:2). En unión con Cristo, juzgan a los malvados, comparando sus acciones con el código –la Biblia–, decidiendo cada caso según las acciones realizadas en el cuerpo. Luego, el castigo que los malvados deben sufrir se asigna según sus obras y se registra frente a sus nombres en el libro de la muerte.

También Satanás y los ángeles malos son juzgados por Cristo y Su pueblo. Pablo dice: "¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?" (I Corintios 6:3). Y Judas declara que "a los ángeles que no guardaron su gobierno, sino que abandonaron su morada, los reservó en tinieblas y en prisiones eternas hasta el juicio de aquel gran día" (Judas 6).

La segunda resurrección ocurrirá al final de los mil años. Entonces los malvados resucitarán de entre los muertos y se presentarán ante Dios para ejecutar el "juicio escrito". Así, Juan el revelador, después de describir la resurrección de los justos, dice: "Pero los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años". (Apocalipsis 20:5).

E Isaías declara acerca de los malvados: "Serán hacinados como presos en un calabozo, y en prisión serán encerrados, y serán visitados después de muchos días". (Isaías 24:22).

Capítulo 42

El fin del conflicto

Al final de los mil años, Cristo regresa a la Tierra. Lo acompañan las huestes de los redimidos y lo asiste una innumerable comitiva de ángeles. En el momento en que desciende con terrible majestad, ordena a los malvados muertos que se levanten para recibir su sentencia. Estos aparecen como un ejército poderoso, incontable como la arena del mar.

¡Qué contraste con los que vivieron en la primera resurrección! Los justos estaban vestidos de juventud y belleza inmortales. Los malvados llevan los rasgos de la enfermedad y la muerte.

Los ojos de toda esa gran multitud se vuelven para contemplar la gloria del Hijo de Dios. A una sola voz las huestes de los malvados exclaman: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" No es el amor por Jesús lo que inspira esta afirmación. La fuerza de la verdad les obliga a abrir los labios en una confesión involuntaria. Así como descendieron al sepulcro, los malvados salen de él, con la misma enemistad contra Cristo y el mismo espíritu de rebelión. No tendrán ningún nuevo tiempo de gracia para remediar los defectos de su vida pasada. No ganarían nada con ello. Toda una vida de transgresión no ablandó sus corazones. Si hubiera un segundo período de gracia, éste se ocuparía como el primero, en evadir las exigencias divinas e incitar a la rebelión contra Él.

Cristo desciende sobre el Monte de los Olivos, de donde ascendió después de Su resurrección, y donde los ángeles repitieron la promesa de Su regreso. Dice el profeta: "El Señor mi Dios vendrá, y todos los santos contigo". "Y en aquel día se afirmarán sus pies sobre el monte de los Olivos, que está delante de Jerusalén hacia el oriente; y el monte de los Olivos se dividirá por la mitad... y habrá un valle muy grande". "El Señor será Rey sobre toda la tierra; en aquel día uno será el Señor, y uno será Su nombre". (Zacarías 14:5, 4 y 9). Cuando la Nueva Jerusalén, en su fascinante esplendor, reposa sobre el lugar purificado y preparado para recibirla, Cristo, junto con Su pueblo y los ángeles, entran en la ciudad santa.

Entonces Satanás se prepara para la última y sangrienta lucha por la supremacía. Cuando fue despojado de su poder y separado de su obra de engaño, el príncipe del mal se sintió miserable y deprimido; pero con los malvados resucitados, al ver las grandes multitudes a su lado, sus esperanzas reviven y decide no entregarse en el gran conflicto. Formará todos los ejércitos de los perdidos bajo su bandera, y a través de ellos se esforzará por llevar a cabo sus planes. Los malvados son cautivos de Satanás.

Rechazando a Cristo, aceptaron el gobierno del líder rebelde. Están listos para recibir tus sugerencias y poner en práctica tus órdenes. Sin embargo, consistente con su astucia primitiva, no se reconoce como Satanás. Dice ser el príncipe, el legítimo dueño del mundo, cuya herencia le fue desposeída ilegalmente. Se presenta ante sus engañados súbditos como un redentor, asegurándoles que su poder los ha sacado de la tumba y que está a punto de rescatarlos de la tiranía más cruel.

Eliminada la presencia de Cristo, Satanás obra maravillas para respaldar sus afirmaciones. Él fortalece a los débiles e inspira a todos con su propio espíritu y energía. Propone conducirlos contra el campamento de los santos y tomar posesión de la ciudad de Dios. Con júbilo satánico señala a los incontables millones que han resucitado de entre los muertos y declara que, como su líder, es competente para subvertir la ciudad y recuperar su trono y reino.

En esa vasta multitud hay muchos que pertenecían a la raza longeva que existía antes del diluvio; hombres de altísima estatura e inmenso intelecto que, sometiéndose al control y dominio de los ángeles caídos, dedicaron toda su habilidad y conocimiento a la exaltación de sí mismos; hombres cuyas maravillosas obras de arte llevaron al mundo a idolatrar su genio, pero cuya crueldad e invenciones perversas, que corrompieron la tierra y desfiguraron la imagen de Dios, hicieron que Dios los borrara de la faz de su creación. Hay reyes y generales que conquistaron naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros orgullosos y ambiciosos, cuyo acercamiento hizo temblar a los reinos. En la muerte no experimentaron ningún cambio. A medida que se levantan de la tumba, reanudan la corriente de sus pensamientos exactamente donde cesaron. Los mueve el mismo deseo de ganar que los gobernaba antes de caer.

Satanás consulta primero a sus ángeles y luego a estos reyes, conquistadores y valientes. Observan la fuerza y los números de su lado y declaran que el ejército dentro de la ciudad es pequeño en comparación con el de ellos, y que ese también puede ser derrotado. Expusieron sus planes para tomar posesión de las riquezas y la gloria de la Nueva Jerusalén. Todos inmediatamente comienzan a prepararse para la batalla. Artesanos expertos construyen implementos militares. Los líderes militares, famosos por sus éxitos, organizan multitudes de guerreros en compañías y divisiones.

Finalmente se da la orden de avanzar, y las innumerables huestes comienzan a moverse, un ejército como nunca ha sido reunido por conquistadores terrestres, y que nunca podría ser igualado por las fuerzas aliadas de todas las épocas desde que comenzó la guerra sobre la Tierra. Satanás, el más poderoso de los guerreros, comanda la vanguardia y sus ángeles unen fuerzas para esta pelea final. Reyes y guerreros forman su procesión marcial, y la multitud la sigue en grandes compañías, cada una con su comandante designado. Con precisión militar, las filas compactas avanzan por la fragmentada e irregular superficie de la Tierra, hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús, los portales de la Nueva Jerusalén se cierran y los ejércitos de Satanás asedian la ciudad, preparándose para atacar.

Nuevamente Cristo aparece ante los ojos de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre una base de oro pulido, se encuentra un trono alto y majestuoso. Sobre este trono se sienta el Hijo de Dios, y alrededor de Él están los súbditos de Su reino. Ningún idioma puede describir, ninguna pluma puede describir el poder y la majestad de Cristo. La gloria del Padre Eterno rodea a Su Hijo. El resplandor de Su presencia llena la ciudad de Dios y se extiende más allá de los portales, inundando con su luminosidad toda la Tierra.

Los más cercanos al trono son aquellos que alguna vez fueron celosos por la causa de Satanás, pero que, arrancados como tizones del fuego, siguieron a su Salvador con profunda e intensa devoción. Después están los que perfeccionaron un carácter cristiano en medio de la falsedad y la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida y los millones de todas las épocas que han sido martirizados por su fe. Y más allá está la "multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas... vestidos de vestiduras blancas y con palmas en las manos" (Apocalipsis 7:9). Su lucha ha terminado, se ha obtenido la victoria. Compitieron en la carrera y recibieron el premio. La rama de palma en sus manos es un símbolo de triunfo, las túnicas blancas un emblema de la justicia inmaculada de Cristo, que ahora les pertenece.

Los redimidos elevan un cántico de alabanza que resuena y resuena a través de las bóvedas celestiales: "Salvación para nuestro Dios que está sentado en el trono, y para el Cordero". Ángeles y serafines unen sus voces en adoración. Tener (MARCA ELIMINADA INTELIGENTE) contemplando el poder y la maldad de Satanás, los redimidos ven,

como nunca antes, que ningún poder sino el de Cristo podría hacerlos vencedores.

En toda esa multitud resplandeciente no hay nadie que atribuya la salvación a sus propios méritos, como si la hubiera vencido por su propio poder y bondad.

No se dice nada de lo que hicieron ni de lo que sufrieron; el estribillo de cada cántico, la nota tónica de cada himno es: "Salvación a nuestro Dios y al Cordero".

En presencia de los habitantes reunidos de la Tierra y del Cielo, tiene lugar la coronación final del Hijo de Dios. Y ahora, investido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes pronuncia sentencia sobre los rebeldes contra su gobierno y ejecuta justicia sobre aquellos que han transgredido su ley y oprimido a su pueblo. Dice el profeta de Dios: "Vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se encontró lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y fueron abiertos los libros; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida; y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras." (Apocalipsis 20:11 y 12).

Tan pronto como se abren los libros de registro y la mirada de Jesús se fija en el malvados, toman conciencia de cada pecado que han cometido. Ven exactamente dónde resbalaron sus pies en el camino de la pureza y la santidad, y hasta dónde los llevaron la rebelión y el orgullo en la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras atraídas por la indulgencia del pecado, las bendiciones pervertidas, el desprecio por los mensajeros de Dios, las advertencias rechazadas, las olas de misericordia repelidas por el corazón contumaz e impenitente, todo aparece como escrito en letras de fuego.

Sobre el trono se revela la cruz; y, a modo de visión panorámica, se proyectan las escenas de la tentación y caída de Adán, y los sucesivos pasos del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; Su infancia de sencillez y obediencia; Su bautismo en el Jordán; ayuno y tentación en el desierto; Su ministerio público, revelando a los hombres las más preciosas bendiciones del Cielo; los días llenos de actos de amor y misericordia, sus noches de oración y vigilia en la soledad de las montañas; las conspiraciones de envidia, odio y maldad, con las que fueron retribuidos Sus beneficios; la terrible y misteriosa agonía de Getsemaní, bajo el peso aplastante de los pecados del mundo entero; Su traición a manos de la turba asesina; los terribles acontecimientos de esa noche de horror: el Prisionero que no opuso resistencia, abandonado por Sus más amados discípulos, arrastrado rudamente por las calles de Jerusalén; el Hijo de Dios expuesto exultantemente ante Anás, denunciado en el palacio del sumo sacerdote, en el tribunal de Pilato, ante el cobarde y cruel Herodes, burlado, insultado, torturado y condenado a muerte, todo está vívidamente representado.

Y ahora, ante la multitud inquieta, se revelan las escenas finales: el paciente que sufre caminando por el camino del Calvario, el Príncipe del Cielo suspendido en la cruz; los sacerdotes altivos y el populacho burlón burlándose de Su agonía terminal, la oscuridad sobrenatural; la tierra agitada, las piedras fragmentadas, las tumbas abiertas que marcan el momento en que el Redentor del mundo entregó la vida.

El terrible espectáculo se presenta exactamente como sucedió. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no tienen poder para apartar la vista del cuadro que ellos mismos han creado. Cada actor recuerda el papel que desempeñó. Herodes, matando a los niños inocentes de Belén para intentar destruir al Rey de Israel; la execrable Herodías, sobre cuya alma culpable reposa la sangre de Juan Bautista; el débil y oportunista Pilato; los soldados burlones; los sacerdotes y príncipes, y la multitud enojada que gritaba: "¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" — todos contemplan la enormidad de su culpa.

En vano buscan esconderse de la divina majestad de su rostro, más resplandeciente que

el Sol, mientras los redimidos arrojaban sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: "¡Murió por mí!"

Entre la multitud de los rescatados se encuentran los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardiente Pedro, el amado y amoroso Juan, y sus fieles hermanos, y con ellos la gran hueste de mártires, mientras fuera de los muros, con todo lo que es vil. y abominables, son aquellos por quienes fueron perseguidos, encarcelados y asesinados. Ahí está Nerón, ese monstruo de crueldad y vicio, contemplando la alegría y la exaltación de aquellos a quienes una vez había torturado, y en cuya extrema angustia había encontrado un deleite diabólico. Su madre está allí para presenciar el resultado de su propio trabajo; ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos a su hijo, las pasiones estimuladas y desarrolladas por su influencia y ejemplo, dieron fruto en crímenes que hicieron temblar al mundo.

Hay sacerdotes y prelados papistas que afirmaban ser los embajadores de Cristo y, sin embargo, emplearon la tortura, el calabozo y la hoguera para dominar las conciencias de su pueblo. Están los arrogantes pontífices que se exaltaron por encima de Dios y pretendieron cambiar la ley del Altísimo. Esos así llamados padres de la iglesia tienen una cuenta que pagarle a Dios y de la que con gusto se librarían.

Muy tarde llegan a ver que el Omnisciente es celoso de Su ley, y que de ninguna manera absolverá a los culpables. Ahora se dan cuenta de que Cristo identifica su interés con el de su pueblo sufriente; y siente la fuerza de Sus palabras: "Cuanto lo hicisteis a uno de estos Mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis". (Mateo 25:40).

Todo el mundo malvado está procesado ante el tribunal divino, acusado de alta traición contra el gobierno del cielo. No tiene nadie que defienda su causa; no tienen excusa; y se pronuncia sobre ellos la sentencia de muerte eterna.

Ahora es bastante evidente para todos que la paga del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los malvados ven lo que han perdido a causa de sus vidas de rebelión. El excelentísimo peso eterno de gloria fue despreciado cuando se ofreció; ¡Pero qué deseable parece ahora! "Todo esto", grita el alma perdida, "podría haberlo tenido; pero preferí alejarlo de mí. ¡Oh! ¡Extraña necedad! Cambié la paz, la felicidad y el honor por la desgracia, la infamia y la desesperación". Todos ven que su exclusión del Cielo es justa. Con sus vidas declararon: "No queremos que este Jesús reine sobre nosotros".

Como fascinados, los malvados contemplan la coronación del Hijo de Dios. Contemplan en sus manos las tablas de la ley divina, los estatutos que despreciaron y transgredieron. Son testigos de la erupción de asombro, éxtasis y adoración de los salvados y, mientras la ola de melodía se extiende sobre la multitud fuera de la ciudad, todos, como uno solo, exclaman: "¡Grandes y maravillosas son Tus obras, Señor Dios Todopoderoso! Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los santos" (Apoc. 15:3); y caen postrados adorando al Príncipe de la vida.

Satanás aparece paralizado mientras contempla la gloria y majestad de Cristo. El que una vez fue querubín cubridor recuerda dónde cayó. Un serafín resplandeciente, "hijo de la mañana", ¡qué cambiado, qué degradado! Del consejo donde fue honrado, queda excluido para siempre. Ahora veamos a otro que está muy cerca del Padre, velando por Su gloria. Ve la corona colocada sobre la cabeza de Cristo por un ángel de gran estatura y majestuosa presencia, y sabe que la exaltada posición de este ángel podría haber sido la suya.

La memoria evoca el hogar de tu inocencia y pureza, la paz y el contentamiento que eran tuyos hasta que condescendiste a murmurar contra Dios y envidiar a Cristo. Sus acusaciones, rebeliones y engaños para obtener la simpatía y el apoyo de los ángeles, su obstinada perseverancia en no hacer esfuerzos por su propia rehabilitación cuando Dios

habría concedido el perdón: todo aparece vívidamente ante él. Revisa su trabajo entre los hombres y sus resultados: la enemistad del hombre hacia sus semejantes, la terrible destrucción de vidas, el ascenso y caída de reinos, la ruina de tronos, la larga sucesión de tumultos, conflictos y revoluciones. Recuerda sus constantes esfuerzos por oponerse a la obra de Cristo y hundir al hombre cada vez más en la perdición. Mirad que vuestras conspiraciones satánicas fueron impotentes para destruir a quienes depositaron su confianza en Jesús. Al mirar su reino, fruto de su lucha, Satanás sólo ve fracaso y ruina. Había hecho creer a las multitudes que la ciudad de Dios sería presa fácil; pero sabes que esto es falso. En repetidas ocasiones, en el curso del gran conflicto, fue derrotado y obligado a ceder. Él conoce muy bien el poder y la majestad del Eterno.

El diseño del gran rebelde siempre fue justificarse y demostrar que el gobierno divino era responsable de la rebelión. Para ello concentró toda la fuerza de un intelecto gigantesco. Trabajó deliberada y sistemáticamente, y con maravilloso éxito, para dirigir a grandes multitudes a la aceptación de su versión de la gran controversia que llevaba tanto tiempo en marcha. Durante miles de años, este líder de la conspiración ha considerado la verdad como mentira. Pero ha llegado el momento en que la rebelión debe ser finalmente destruida y la historia y el carácter de Satanás deben ser revelados. En su último gran esfuerzo por destronar a Cristo, destruir a su pueblo y tomar posesión de la ciudad de Dios, el archiengañador queda completamente desenmascarado. Quienes se han unido a él ven el fracaso total de su causa. Los seguidores de Cristo y los ángeles leales contemplan el alcance total de sus maquinaciones contra el gobierno de Dios. Es el blanco de la execración universal.

Satanás ve que su rebelión voluntaria lo ha incapacitado para el Cielo y ha entrenado sus facultades para guerrear contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del Cielo serían una tortura extrema para él. Sus acusaciones contra la misericordia y la justicia de Dios ahora han sido silenciadas. El descrédito que se esforzó por provocar a Jehová recayó enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y confiesa la justicia de su sentencia.

"¿Quién no te temerá, oh Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque sólo tú eres santo; por eso vendrán todas las naciones y se inclinarán ante ti, porque tus juicios son manifiestos". (Apocalipsis 15:4). Ahora se han aclarado todas las dudas sobre la verdad y el error en el conflicto de larga data. Los resultados de la rebelión, frutos de la negación de los estatutos divinos, fueron mostrados a la vista de todas las inteligencias creadas. Las consecuencias del gobierno de Satanás, a diferencia del de Dios, se presentaron a todo el Universo. Las propias obras de Satanás lo condenaron. La sabiduría de Dios, su justicia y bondad finalmente quedan reivindicadas.

Es evidente que todos sus tratos en el gran conflicto estuvieron orientados hacia el bien eterno de su pueblo y de todos los mundos que creó. "Todas tus obras te alabarán, oh Señor, y tus santos te bendecirán." (Sal. 145:10). La historia del pecado quedará por toda la eternidad como testimonio de cómo la existencia de la ley de Dios está ligada a la felicidad de todos los seres creados por Él con todos. Ante los hechos del gran conflicto que se avecina, el Universo entero, tanto los leales como los rebeldes, declaran con una sola voz: "Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los santos".

El gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo a favor del hombre fue presentado claramente ante el Universo. Entonces llega la hora de que Cristo ocupe Su posición justa y sea glorificado por encima de principados y potestades, y de todo nombre que se nombra. Fue por el gozo puesto delante de Él (poder llevar a muchos hijos a la gloria) que soportó la cruz y despreció la ignominia. Y aunque el dolor y la ignominia son inconcebiblemente grandes, mayores son el gozo y la gloria. Él mira a los redimidos, renovados a su propia imagen, llevando en cada corazón la impresión perfecta de lo divino, cada rostro reflejando la semejanza de su Rey.

Él contempla en ellos el resultado de la obra de su alma y queda satisfecho. Luego, con una voz que alcanza a todas las multitudes reunidas de justos y malvados, declara: "¡He aquí la compra de mi sangre! Por éstos padecí, por éstos morí, para que habiten en mi presencia por los siglos de los siglos." Y un cántico de alabanza asciende de los vestidos de blanco alrededor del trono: "Digno es el Cordero que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y las obras de gracias".

(Apocalipsis 5:12).

Aunque Satanás se ha visto obligado a reconocer la justicia de Dios y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter permanece sin cambios. El espíritu de rebelión, como un torrente impetuoso, estalla de nuevo. Lleno de frenesí, decide no rendirse en el gran conflicto. Ha llegado el momento de una última y desesperada lucha contra el Rey del Cielo: se precipita en medio de sus súbditos y se esfuerza por inspirarlos con su propia furia, impulsándolos a una batalla inmediata. Pero de todos los incontables millones a quienes sedujo a la rebelión, ahora no hay nadie que reconozca su preeminencia. Su poder ha llegado a su fin. Los malvados están llenos del mismo odio hacia Dios que inspira a Satanás; pero ven que su caso es desesperado, que no pueden prevalecer contra Jehová. Su ira se enciende contra Satanás y contra aquellos que fueron sus agentes en el engaño, y con furia de demonios se vuelven contra ellos.

Dice el Señor: "Por cuanto estimas tu corazón como el corazón de Dios, he aquí, traeré sobre ti extraños, los más formidables entre las naciones, que desenvainarán sus espadas contra la belleza de tu sabiduría y te contaminarán. descende al hoyo... Y te haré perecer, oh querubín protector, entre piedras de fuego... Te arrojé por tierra, te puse delante de los reyes, para que te miren... Y yo Te convertiste en cenizas sobre la Tierra, a los ojos de todos los que te ven... En gran asombro te has convertido y nunca más volverás a estar." (Ezequiel 28:6-8, 16-19).

"Todas las armas de los que pelean con ruido, y los vestidos que se revuelven en sangre serán quemados, serán comida para el fuego". "La ira de Jehová está sobre todas las naciones, y su ira sobre todo su ejército; los destruyó por completo, los entregó al matadero". "Sobre los malvados hará llover trampas, fuego, azufre y viento tempestuoso; he aquí la porción de su copa". (Isaías 9:5; 34:2; Sal. 11:6). El fuego descende de Dios desde el cielo. La Tierra se abre. Se sacan las armas escondidas en sus profundidades. Llamas devoradoras brotan de cada grieta abierta. Las propias rocas están en llamas. Viene el día que arderá como un horno. Los elementos se derriten debido al tremendo calor, y la tierra y las obras que en ella hay también se queman (Mal. 4:1; II Pe. 3:10). La superficie de la Tierra parece ser una masa fundida: un vasto y tormentoso lago de fuego. Ha llegado el tiempo del juicio y la perdición de los malvados: "el día de la venganza del Señor, un año de retribución por la lucha de Sión" (Isaías 34:8).

Los malvados reciben su recompensa en la tierra (Proverbios 11:31). "Serán como tamo; y el día que viene los consumirá, dice el Señor de los ejércitos". (Mal. 4:1). Algunos son destruidos en un momento, mientras que otros sufren durante muchos días. Cada uno es castigado según sus obras. Los pecados de los justos fueron transferidos a Satanás, y él debe sufrir no sólo por su propia rebelión, sino por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios. Su castigo debe ser mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de que mueran aquellos que fueron seducidos por sus engaños, él aún debe vivir y sufrir. En las llamas purificadoras los malvados finalmente son destruidos, raíz y rama: Satanás la raíz y sus seguidores las ramas. Se aplicó toda la pena de la ley; las demandas de la justicia han sido satisfechas, y el Cielo y la Tierra, mirándolo, declaran la justicia de Jehová.

La obra destructiva de Satanás ha terminado para siempre. Durante seis mil años cumplió su voluntad, llenando la Tierra de desgracias y causando dolor en todo el Universo. Toda la creación también gimió y tuvo dolores de parto.

Ahora las criaturas de Dios están para siempre libres de su presencia y de sus tentaciones. "¡Ahora descansa, toda la Tierra está ahora en paz! - exclaman [los justos] con alegría". (Es un. 14:7). Y un grito de alabanza y de triunfo se eleva desde todo el Universo fiel. Se oye "la voz de una gran multitud", "como estruendo de muchas aguas y voz de fuertes truenos", que dice: "¡Aleluya! Porque reina el Señor Dios todopoderoso". (Apocalipsis 19:6).

Mientras la Tierra está cubierta por las llamas de la destrucción, los justos habitan seguros en la Ciudad Santa. Sobre los que tuvieron parte en la primera resurrección, la muerte segunda no tiene poder. Mientras que Dios es para los impíos fuego consumidor, para su pueblo es sol y escudo (Apoc. 20:6; Sal. 84:11).

"Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado". (Apocalipsis 21:1). El fuego que consume a los malvados purifica la Tierra. Todo rastro de maldición desaparece. Ningún infierno eternamente ardiente mantendrá las terribles consecuencias del pecado ante los rescatados.

Sólo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre los signos de su crucifixión. En Su frente herida, en Su costado, en Sus manos y pies, están las únicas huellas de la obra cruel que realizó el pecado. Dice el profeta, contemplando a Cristo en su gloria: "De su mano salían rayos brillantes, y allí estaba el escondite de su fuerza". (Hab. 3:4). Sus manos, su costado herido del que manó la corriente carmesí que reconcilió al hombre con Dios: allí está la gloria del Salvador, allí está "el escondite de su fuerza". "Poderoso para salvar" mediante el sacrificio de la redención, fue por tanto fuerte para ejecutar justicia sobre quienes despreciaban la misericordia de Dios. Y las muestras de Su humillación son Su mayor honor; A través de las edades eternas las heridas del Calvario mostrarán Su alabanza y declararán Su poder.

"Y a ti vendrá, oh torre del rebaño, monte de la hija de Sión; sí, a ti vendrá el dominio primero". (Miqueas 4:8). Ha llegado el tiempo que los hombres santos han esperado con anhelo desde que la espada de fuego cerró las puertas del Edén a la primera pareja: el tiempo "de la redención de la posesión de Dios" (Ef. 1:14). La Tierra, originalmente entregada al hombre como su reino, entregada por él en manos de Satanás y retenida durante tanto tiempo por el poderoso adversario, fue recuperada por el gran plan de redención. Todo lo que se había perdido por el pecado fue restaurado. "Así dice el Señor... que formó la tierra, y la hizo; Él la estableció; No la creó vacía, sino que la formó para ser habitada." (Isaías 45:18). El propósito original de Dios al crear la Tierra se cumple cuando ésta se constituye como el hogar eterno de los redimidos. "Los justos heredarán la Tierra y habitarán en ella para siempre". (Sal. 37:29).

El miedo a hacer demasiado material la herencia futura ha llevado a muchos a espiritualizar las mismas verdades que nos llevan a verla como nuestro hogar. Cristo aseguró a sus discípulos que había ido a prepararles morada en la casa de su Padre. Aquellos que acepten las enseñanzas de la Palabra de Dios no ignorarán por completo lo que respecta a la morada celestial. Y, sin embargo, "ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni entró en el corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor. 2:9). El lenguaje humano es inadecuado para describir la recompensa de los justos. Sólo será conocido por quienes lo contemplan. Ninguna mente finita puede comprender la gloria del Paraíso de Dios.

En la Biblia, la herencia de los salvos se llama tierra (Heb. 11:14-16). Allí el Pastor celestial conduce a su rebaño a manantiales de aguas vivas. El árbol de la vida produce su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para la salud de las naciones. Hay torrentes que fluyen constantemente, claros como el cristal, y junto a ellos los árboles ondulantes arrojan

su sombra sobre los caminos preparados para los redimidos del Señor. Allí las amplias llanuras se elevan hasta convertirse en colinas de belleza, y las montañas de Dios elevan sus eminentes cumbres. En estas apacibles llanuras, junto a esos arroyos vivos, el pueblo de Dios, por tanto tiempo peregrino e itinerante, encontrará un hogar.

"Mi pueblo habitará en morada de paz, en moradas seguras y en lugares tranquilos de descanso". "Nunca más se oirá de violencia en tu tierra, de desolación o destrucción dentro de tus términos; sino que a tus muros llamarás salvación, y a tus puertas alabanzas". "Edificarán casas, y las habitarán; y plantarán viñas, y comerán su fruto. No edificarán para que otros vivan, no plantarán para que otros coman; (...) Mis escogidos gozarán de las obras de sus manos." (Isaías 32:18; 60:18; 65:21 y 22).

Allí, "el desierto y las zonas secas se alegrarán de esto; y el desierto se alegrará y florecerá como una rosa". "En lugar del espino crecerá el haya, y en lugar de la zarza crecerá el mirto". (Isaías 35:1; 55:13). "Y el lobo habitará con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito... y un niño los guiará". "No se hará mal ni daño en todo el monte de Mi santidad", dice el Señor (Isa. 11:6 y 9).

El dolor no puede existir en la atmósfera celestial. Ya no habrá lágrimas, ni ritos funerarios, ni expresiones de dolor. "Ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor... porque las cosas primeras han pasado". (Apocalipsis 21:4). "Y ningún habitante dirá: Estoy enfermo; porque el pueblo que allí habita será consumido por su iniquidad". (Isaías 33:24).

Está la Nueva Jerusalén, la metrópoli de la nueva Tierra glorificada, como "corona de gloria en la mano de Jehová, y diadema real en la mano de vuestro Dios" (Isa. 62:3). "Su luz era como una piedra preciosísima, como una piedra de jaspe, como un cristal resplandeciente". "Las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra traerán a ella su gloria y honra". (Apocalipsis 21:11 y 24). Dice el Señor: "Me alegraré en Jerusalén y me alegraré en mi pueblo". (Isaías 65:19). "He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, porque él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios". (Apocalipsis 21:3).

En la ciudad de Dios "no habrá noche". Nadie necesitará ni querrá descansar. No habrá fatiga en hacer la voluntad de Dios y en alabar Su nombre. Siempre sentiremos el frescor de la mañana y siempre estaremos lejos de su fin.

"No necesitarán lámpara ni luz del sol, porque el Señor Dios les da luz". (Apocalipsis 22:5). La luz del Sol será superada por un brillo que no resultará incómodamente deslumbrante y, sin embargo, excederá enormemente el brillo del mediodía. La gloria de Dios y del Cordero inunda la ciudad santa con una luz imperecedera. Los redimidos caminan en la gloria de un día perpetuo, sin necesidad de la luz del sol.

"No vi en ella ningún templo, porque su templo es el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero". (Apocalipsis 21:22). El pueblo de Dios tiene el privilegio de mantener una comunión abierta con el Padre y el Hijo. "Ahora vemos a través de un espejo en un enigma." (I Corintios 13:12).

Hoy contemplamos la imagen de Dios reflejada como en un espejo, en las obras de la Naturaleza y en su trato con los hombres; pero entonces lo veremos cara a cara, sin velo oscuro de por medio. Estaremos en Su presencia y contemplaremos la gloria de Su rostro.

Allí los redimidos sabrán como son conocidos. El amor y las simpatías que Dios mismo implantó en el alma encontrarán allí su ejercicio más verdadero y más dulce. La comunión pura con los seres santos, la vida social armoniosa con los ángeles bienaventurados y con los fieles de todos los tiempos, que han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero, los vínculos sagrados que unen "a todo

familia en el cielo y en la tierra" (Ef 3,15), todo esto contribuye a constituir la felicidad de los redimidos.

Allí las mentes inmortales contemplarán, con infatigable deleite, las maravillas del poder creador y los misterios del amor redentor. No habrá ningún adversario cruel y engañoso que nos tienta a olvidar a Dios. Cada facultad se desarrollará, cada capacidad aumentará. La adquisición de conocimiento no cansará el espíritu ni agotará la energía. Allí se pueden llevar adelante las empresas más grandiosas, realizar las aspiraciones más elevadas y realizar las ambiciones más elevadas; y todavía aparecerán nuevas alturas que alcanzar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetivos que estimular los poderes de la mente, el alma y el cuerpo.

Todos los tesoros del Universo estarán abiertos al estudio de los redimidos de Dios. Liberados de la mortalidad, emprenderán un vuelo incansable a mundos distantes, mundos que se estremecieron de tristeza ante el espectáculo de la miseria humana y que rebosaron de canciones de alegría al escuchar la noticia de un alma rescatada. Con inexpresable deleite, los hijos de la Tierra toman posesión del gozo y la sabiduría de los seres no caídos. Participar en los tesoros del conocimiento y del saber obtenido a lo largo de siglos. y siglos de contemplación de las obras de Dios. Con una visión clara contemplan la gloria de la creación: soles, estrellas y sistemas, todos en el orden designado, circulando alrededor del trono de la Divinidad. En todas las cosas, desde la más pequeña hasta la más grande, está escrito el nombre del Creador, y en todo se manifiestan las riquezas de Su poder.

Y a medida que pasen los años de la eternidad, traerán revelaciones cada vez más abundantes y gloriosas de Dios y de Cristo. A medida que el conocimiento sea progresivo, también aumentarán el amor, la reverencia y la felicidad. Cuanto más aprenden los hombres acerca de Dios, mayor es su admiración por su carácter. A medida que Jesús les abra las riquezas de la redención y los maravillosos logros del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos temblarán con más ferviente devoción, y con más arrebatador gozo tocarán las arpas de oro; y miles y miles y millones y millones de voces se unen para engrosar el poderoso coro de alabanza.

"Y oíd a toda criatura que está en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, Dad acción de gracias, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos". (Apocalipsis 5:13).

El gran conflicto ha llegado a su fin. El pecado y los pecadores ya no existen. El Universo entero está purificado. Un único pulso de armonía y felicidad pulsa a través de la vasta creación. De Aquel que creó todas las cosas fluye vida, luz y alegría a través de todos los reinos del espacio infinito. Desde el átomo más pequeño hasta el más grande de los mundos, todas las cosas, animadas e inanimadas, en su asombrosa belleza y perfecta alegría, declaran que Dios es amor.

Apéndice

Notas generales

NOTA 1 — pág. 53 – El texto de la ley dominical de Constantino, promulgada en el año 321 d.C., era el siguiente:

“Descansen en el venerable día del Sol todos los jueces y habitantes de la ciudad, y los individuos de todos los oficios comerciales; pero los que viven en el campo tienen plena y total libertad para ocuparse de los asuntos agrícolas, porque muchas veces sucede que ningún otro día es tan apropiado para sembrar maíz y plantar viñas; no sea que pase el momento oportuno y los hombres pierdan los dones concedidos por el Cielo”.

Sobre essa lei, tão plena de autoridade, a Enciclopédia Britânica declara simplesmente: “Foi Constantino, o Grande, quem primeiro baixou uma lei concernente à observância adequada do domingo, e quem, de acordo com Eusébio, determinou que ele fosse regularmente celebrado através do Imperio Romano. Antes de él, e incluso en su tiempo, observaban el sábado judío y también el domingo”. En cuanto al grado de reverencia con el que se guardaba el domingo y la manera de observarlo, Mosheim dice que como consecuencia de la ley ordenada por Constantino, el primer día de la semana se "observaba con mayor solemnidad que antes". 1 Sin embargo, Constantino Permitido todo tipo de trabajos agrícolas el domingo. El obispo Taylor declara que “los cristianos primitivos realizan toda clase de trabajos en el día del Señor”. 2 Morer hace la misma declaración: “El día [domingo] no se observaba plenamente en lo que respecta a la abstención de los asuntos comunes; ni [los cristianos] observaban mayor descanso de sus asuntos comunes (tal era la necesidad de aquellos tiempos) que durante el culto divino”. 3 Cox dice: No hay evidencia de que, ni en su época [de Constantino], ni en el período posterior, la observancia era vista como una institución que correspondía por naturaleza a la Navidad, el Viernes Santo u otras festividades de la iglesia.”4

NOTA 2 — pág. 54. En el capítulo duodécimo del Apocalipsis, tenemos el símbolo del gran dragón rojo. En el noveno versículo de este capítulo, este símbolo se explica de la siguiente manera: “Y fue arrojado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el seductor del mundo entero, sí, fue arrojado abajo a la tierra, y con ella, sus ángeles”. Sin duda, el dragón representa principalmente a Satanás. Pero el archienemigo no aparece en la Tierra en persona; opera a través de agentes. Fue en la persona de hombres malvados que buscaron destruir a Jesús tan pronto como nació. Siempre que Satanás logra controlar un gobierno tan completamente que puede llevar a cabo sus designios, esa nación se convierte, por un tiempo, en su representante. Este fue el caso de todas las grandes naciones paganas. Por ejemplo, vea Ezequiel 28, donde Satanás está representado por el rey de Tiro. Esto ocurrió porque logró controlar completamente este gobierno. En los primeros siglos de la era cristiana, Roma, de todas las naciones paganas, fue el principal agente de Satanás en oponerse al evangelio y, por lo tanto, tiene su representación en el dragón.

Pero llegó el momento en que el paganismo en el Imperio Romano sucumbió al cristianismo formal. Entonces, como se dijo en la p. 54, “el paganismo dio paso al papado. El dragón le dio a la bestia “su poder, su trono y gran autoridad”. Es decir, Satanás comenzó entonces a obrar a través del papado, tal como lo había hecho inicialmente a través del paganismo. Pero el papado no está representado por el dragón, porque es

Es necesario introducir otro símbolo para mostrar el cambio en la forma de oposición a Dios. Antes del surgimiento del papado, toda oposición a la Ley de Dios se concentraba en la forma del paganismo: Dios había sido desafiado abiertamente; pero después de ese tiempo la oposición continuó bajo el pretexto de una alianza con Él. Sin embargo, el papado no fue menos instrumento de Satanás que la Roma pagana, porque todo el poder, el trono y la gran autoridad del papado le fueron dados. .por el dragón. Y así, aunque el Papa profesa ser el representante de Cristo, en realidad es el representante de Satanás: el anticristo.

La bestia que simboliza el papado se presenta en Apocalipsis 13; Siguiéndolo en la misma línea profética, se ve "levantarse" a "otra bestia" (Apocalipsis 13:11-14), que ejerce "toda la potestad de la primera bestia en su presencia", es decir, delante de él. Por lo tanto, esta otra bestia también debe ser una potencia perseguidora; y esto se demuestra en el hecho de que habla "como un dragón". El papado recibió todo su poder de Satanás, y la bestia de dos cuernos ejerce el mismo poder; ella también se convierte en un agente directo de Satanás. Y su carácter satánico se muestra aún más en la acción de forzar la adoración de la imagen de la bestia mediante falsos milagros. "También hace grandes señales, de modo que hasta el fuego del cielo desciende a la tierra delante de los hombres. Seduce a los habitantes de la tierra por las señales que le han sido encomendadas para realizar delante de la bestia".

El primer poder perseguidor está representado por el propio dragón. En el paganismo había una alianza abierta con Satanás y un desafío abierto. En el segundo poder perseguidor, el dragón está enmascarado, pero el espíritu de Satanás actúa en él: el dragón suministra el poder. En el tercer poder de persecución, todos los rastros del dragón están ausentes y aparece una bestia parecida a un cordero. Pero cuando habla, su voz de dragón traiciona el poder satánico escondido bajo la apariencia exterior y demuestra ser de la misma familia que los dos poderes predecesores. En toda oposición a Cristo y su religión pura, "la serpiente antigua que se llama diablo y Satanás" —el "dios de este mundo"— es el poder motivador. Los poderes terrenales perseguidores son simplemente instrumentos en sus manos.

NOTA 3 — pág. 328. Para que el lector pueda ver la posición razonable de William Miller sobre los períodos proféticos, reproducimos el siguiente extracto, publicado inicialmente en el Advent Herald, Boston, en marzo de 1850, en respuesta a un corresponsal:

"Es por el Canon de Ptolomeo que se fija el gran período profético de setenta semanas. Este Canon sitúa el séptimo año de Artajerjes en el 457 a.C.; y la exactitud de este documento queda demostrada por la ocurrencia de más de 20 eclipses. Las setenta semanas datan de la emisión de un decreto relativo a la restauración de Jerusalén. No hubo decretos entre el año séptimo y el vigésimo de Artajerjes. Los cuatrocientos noventa años, a partir del año séptimo, comienzan en el 457 a.C. y terminan en el año 34 d.C. Si comienzan en el año veinte, deben comenzar en el 444 a.C. y terminar en el 47 d.C. Como no ocurrió ningún evento significativo en el año 47 d.C. para marcar su cierre, no podemos calcularlo a partir del año vigésimo. Por tanto, debemos considerar el séptimo año de Artajerjes. No podemos cambiar la fecha del 457 a. C. sin demostrar primero la inexactitud del Canon de Ptolomeo. Para ello sería necesario demostrar que el gran número de eclipses mediante los cuales se ha demostrado repetidamente su exactitud, no habían sido calculados correctamente; y tal conclusión alteraría toda la datación cronológica y dejaría el establecimiento de épocas y el ajuste de eras enteramente a merced de cada soñador, de modo que la cronología no tendría mayor valor que la adivinación. Como las setenta semanas deben terminar en el año 34 d.C., a menos que el séptimo año de Artajerjes sea fijado erróneamente, y como no puede modificarse sin alguna evidencia a tal efecto, nos preguntamos, ¿qué

¿La evidencia marcó el final de este período? El momento en que los apóstoles se dirigieron a los gentiles armoniza con esta fecha mucho mejor que cualquier otra que se haya mencionado. Y la crucifixión, en el año 31 d.C., a mediados de la semana pasada, está respaldada por una masa de testimonios que no pueden ser invalidados fácilmente”.

Como las setenta semanas y los 2.300 días tienen el mismo punto de partida, el cálculo de Miller se verifica inmediatamente restando los 457 años antes de Cristo de los 2.300 años. Así:

$$\begin{array}{r} 2.300 \\ - 457 \\ \hline 1843 \text{ d.C.} \end{array}$$

Por lo tanto, se consideró que el año 1843 se extendía hasta la primavera de 1844. La razón de esto, en resumen, es la siguiente: en la antigüedad el año no comenzaba en pleno invierno, como ahora, sino en la primera luna nueva después de la equinoccio de primavera. En consecuencia, como el período de 2.300 días comenzaba en un año calculado según el método antiguo, era necesario adoptar el mismo método al final. Por lo tanto, se consideró que 1843 terminaba en primavera y no en invierno.

Pero los 2.300 días no pueden contarse desde principios del 457 a. C., porque el decreto de Artajerjes —que es el punto de partida— no entró en vigor hasta el otoño de ese año. Por lo tanto, los 2.300 días, que comenzaron en el otoño de 457 a.C., deben extenderse hasta el otoño de 1844 d.C.

Miller y sus asociados no se dieron cuenta inicialmente de este hecho. Esperaban la venida de Cristo en 1843 o en la primavera de 1844; De ahí la primera decepción y el aparente retraso. Fue el descubrimiento del momento correcto, en conexión con otros testimonios bíblicos, lo que condujo a un movimiento conocido como “el clamor de medianoche” en 1844. Y, hasta el día de hoy, el cálculo profético sitúa el cierre de los 2.300 días en el otoño de 1844. ... sigue siendo indiscutible.

NOTA 4 — pág. 373 — La historia de que los adventistas hacían túnicas con las que ascendían “para encontrarse con el Señor en el aire” fue inventada por aquellos que querían probar su causa. Fue tan hábilmente publicitado que muchos lo creyeron. Pero una cuidadosa investigación demostró su falsedad. Durante muchos años se ofreció una gran recompensa por demostrar que esto había ocurrido. Sin embargo, sin éxito. Nadie que amaba la aparición del Señor ignoraba tanto las enseñanzas de las Escrituras como para suponer que sería necesario confeccionar ropa para esa ocasión. La única vestidura que necesitarán tener los santos para encontrarse con el Señor será la de la justicia de Cristo. Ver Apoc. 19:8.

NOTA 5 — pág. 374 - Dr. Geo. Bush, profesor de literatura hebrea y oriental en la City University de Nueva York, en una carta dirigida a William Miller, publicada en el Advent Herald en marzo de 1844, hizo algunas confesiones importantes respecto de sus cálculos de los tiempos proféticos. Dijo la Dra.

Arbusto:

“Tampoco debería objetarse, según tengo entendido, a usted o a sus amigos, que han dedicado mucho tiempo y atención al estudio de la cronología profética, y han trabajado mucho para determinar las fechas de inicio y finalización de estos grandes períodos. Si en verdad estos fueron dados por el Espíritu Santo en los libros proféticos, no hay duda de que fueron dados con el propósito de que fueran estudiados y, probablemente, en el

finalmente entendido completamente. Y ningún hombre que con reverencia intente dilucidarlos debe ser acusado de necia presunción... Al tomar un día como término profético para un año, creo que os apoyáis en la más sana exégesis, así como en los destacados nombres de Meda, Sir Isaac Newton, el obispo Newton, Kirby, Scott, Keith y muchos otros, que desde hace mucho tiempo han llegado a las mismas conclusiones que usted a este respecto. Todos están de acuerdo en que los períodos principales mencionados por Daniel y Juan en realidad expiran alrededor de esta época del mundo, y sería una lógica extraña convencerlos de herejía sosteniendo los mismos puntos de vista tan prominentes en los comentarios de estos eminentes teólogos". "Sus resultados en este campo de investigación no me impresionan tanto como para afectar ninguno de los grandes intereses de la verdad y el deber". "Su error, según tengo entendido, reside más bien en otra dirección que en su cronología". "Estás completamente equivocado acerca de la naturaleza de los eventos que deberían ocurrir cuando estos períodos terminen. Ésta es la razón principal y frontal de sus explicaciones consideradas ofensivas... El gran acontecimiento ante el mundo no es una conflagración física, sino su regeneración moral. Aunque el significado que Cristo dijo fue en relación con el paso del cuarto imperio, el poder otomano y el establecimiento de Su reino puede ser indudable, sin embargo lo que se verifica es una venida espiritual en el poder de Su evangelio, en el derramamiento generalizado de Su Espíritu y en la gloriosa administración de Su providencia". Evidentemente, el Dr. Bush pensó que la conversión del mundo era el acontecimiento que marcaba el fin de los 2.300 días.

Tanto Miller como Bush tenían razón en la cuestión del tiempo, pero se equivocaron en cuanto al acontecimiento que ocurriría al final del gran período.

Las doctrinas enseñadas por Miller no se originaron con él. Cada punto avanzado en sus exposiciones proféticas, si se considera por separado, fue admitido por algunos de sus oponentes. En consecuencia, no hubo nadie que condenara todos sus puntos de vista, y quienes intentaron refutarlo descubrieron que había una diversidad tan grande entre ellos como entre Miller y estos refutadores. No sólo tuvieron que refutar la teoría de Miller, sino que cada uno se vio obligado a corregir la del otro. En ese caso, sus argumentos ciertamente podrían tener poco peso para quienes habían aceptado las opiniones de Miller.

Para oponerse a Miller, hombres que eran considerados líderes del pensamiento religioso estaban dispuestos a abandonar los principios establecidos desde hacía mucho tiempo de la interpretación protestante. El Boston Recorder (Congregación Ortodoxa) dijo: "Debe reconocerse que nuestra fe en las interpretaciones en las que, al igual que la mayoría de nuestros hermanos, habíamos confiado anteriormente, está muy sacudida y que forman la base de las teorías infundadas de Miller".

En su determinación de refutar las posiciones de Miller, algunos estaban dispuestos a unirse a los universalistas para adoptar métodos indefinidos y espiritualizarlos, en lugar de utilizar los principios de interpretación literal que son una característica esencial de la fe protestante. En cuanto a los argumentos presentados por los profesores Stuart y Bush, el evangelista de Nueva York lo expresó así: "La tendencia de estos puntos de vista es destruir la evidencia bíblica de cualquier doctrina del verdadero fin del mundo, de un día del juicio final o de un juicio general. resurrección del cuerpo.

Afirmamos que el estilo de interpretación tiende, temerosamente, al universalismo. Y estamos preparados para demostrar esta tendencia". Esto es también lo que dijo el universalista Hartford sobre el Prof. Stuart: "Pone un veto intransigente a las interpretaciones populares de Daniel y el Apocalipsis, y se une a los universalistas al afirmar que la mayor parte de su contenido tenía referencia especial, y también su cumplimiento, en escenas y eventos que tuvieron lugar sólo unos pocos años después de estos.

Se han escrito libros. Así fue como los ministros populares prepararon las mentes de miles de personas para observar con ligereza el testimonio de las Escrituras.

NOTA 6 — pág. 411 — El pensamiento de que la Tierra es el santuario se deduce de los textos que enseñan que será purificada y preparada para ser habitación eterna de los santos, según el designio original del Creador. Los adventistas entendieron este tema precisamente como lo enseñaron Wesley y otros. Su mente no podía considerar ninguna otra morada ni otra cosa que necesitara purificación. Los únicos textos que sabíamos presentar a favor de la Tierra o de la habitación del hombre como santuario desaprobaban claramente esta posición. Se limitan a tres, como veremos: “Lo introducirás y lo plantarás en el monte de tu herencia, en el lugar que has preparado, oh Señor, para tu morada, en el santuario, oh Señor.

Señor, que Tus manos han establecido”. (Éxodo 15:17). Sin tomar tiempo ni espacio para dar una explicación del texto, basta para el presente propósito señalar que este texto desaprueba la idea de la Tierra como santuario. Cualquiera que sea el significado que uno quiera darle, la enseñanza es que el pueblo no estaba entonces en el santuario, sino en la Tierra. Luego se alega que el versículo se refiere a esa parte de la Tierra en la que estaban a punto de ser introducidos, es decir, Palestina. Esta postura no es apoyada por el segundo texto.

“Josué escribió estas palabras en el Libro de la Ley de Dios; Tomó una piedra grande y la puso allí debajo de la encina que estaba en el lugar santo [algunas traducciones traducen 'santuario'] del Señor”. (Josué 24:26). La piedra y la encina estaban ubicadas en Palestina, cerca y no en el santuario del Señor. Y el otro texto es aún más restrictivo e igualmente concluyente frente a la inferencia aquí utilizada.

“Los condujo [a su pueblo] a su tierra santa, al monte que su diestra había adquirido”. (Sal. 78.54). Esta montaña era Moriah, sobre la cual se construyó el templo de Salomón. Sin embargo, ser llevado a Él se considera “llevado al umbral de Su santuario”. Así, estos textos no prueban que la Tierra sea el santuario, sino todo lo contrario.

La oración de Josafat da una idea real de la relación entre la Tierra y el santuario: “¿No has echado, oh Dios nuestro, a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y no la has dado para siempre a la posteridad? de Abraham, tu amigo? ? Habitaron en ella y edificaron en ella santuario a tu nombre...” (II Crón. 20:7 y 8). Esto corresponde al orden dado en Éxodo. 25:8: “Y me harán un santuario, y habitaré entre ellos”. En ese mismo libro se da una descripción detallada del santuario, su construcción y aprobación por parte del Señor. El proceso de purificación del santuario se describe en Levítico 16. Después de que los hijos de Israel tomaron posesión de Canaán, Salomón construyó un templo en el cual había un lugar santo y un lugar santísimo; y los utensilios del santuario itinerante, que fue construido en el desierto del Sinaí, fueron trasladados al templo. Esto luego se convirtió en el santuario, la morada de la gloria de Dios en la Tierra.

Algunos entendieron que el santuario terrenal era un símbolo de la iglesia, argumentando en los textos que la iglesia es llamada el templo de Dios. Pero no es raro en las Escrituras que en varias conexiones se utilice la misma figura para representar diferentes objetos. La Biblia enseña claramente que los lugares santos del santuario terrenal eran “figuras de las cosas que están en los cielos” (Heb. 9:23). La expresión “templo de Dios” se usa algunas veces para designar el santuario celestial, y otras veces la iglesia. Su significado, en cada caso, debe estar determinado por el contexto.

NOTA 7 — pág. 429 — Durante un corto tiempo después del chasco de 1844, casi todos los adventistas, incluido Miller, creyeron que el mundo había recibido su último mensaje de advertencia. Dificilmente podrían pensar de otra manera con respecto a su fe en el mensaje que habían dado: “La hora de su juicio viene”. (Apocalipsis 14:6 y 7). Naturalmente, consideraron que esta proclamación debía poner fin a la dispensación.

Pero pronto se renunció a la idea de que la obra del evangelio estaba terminada, excepto por unos pocos fanáticos que no deseaban ser aconsejados ni recibir instrucción alguna. Una clase que había abandonado la opinión de que “la puerta de la prueba estaba cerrada” fue inducida a esta decisión porque descubrieron que se proclamarían otros mensajes después de la declaración “La hora de su juicio viene”, y que el mensaje de el tercer ángel, el último, debía ir a “todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos”. Aprendieron que el juicio ocurre en el Cielo, antes de la venida del Señor; que el juicio de los justos se cumple plenamente mientras Jesús sigue siendo su Abogado ante el trono del Padre; que la vida eterna es concedida inmediatamente a los santos cuando viene su Salvador, lo que prueba que han sido juzgados y absueltos.

A la luz del tercer mensaje, también recibieron iluminación sobre el santuario y su purificación, por lo que aprendieron que la obra antitípica del día de la expiación, que se realizaba en el lugar santísimo, señalaba el mensaje que habían dado. Vieron que había dos velos o puertas en el templo de Dios (Heb. 9:3), y que en aquel tiempo uno de ellos estaba cerrado y el otro abierto. Con ferviente celo y nueva esperanza predicaron estas verdades, e instaron a sus semejantes a buscar por fe la entrada al lugar santísimo, detrás del segundo velo, donde nuestro gran Sumo Sacerdote entró para borrar los pecados de todos sus fieles, de Abel hasta nuestros días don.

NOTA 8 — pág. 435 — Apocalipsis 14:6 y 7 predice la proclamación del mensaje del primer ángel. Luego el profeta continúa: “Otro ángel los siguió, el segundo, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia... Y otro ángel, el tercero, los siguió”. La palabra aquí traducida como “seguido” significa, en construcciones como la de este texto, “ir con”. Liddell y Scott tradujeron así este término: “Lo seguí, para ir detrás de él o con él”. Robinson dice: “Seguir, acompañar o acompañar”. Esta es la misma palabra usada en Marcos 5:24: “Jesús fue con él. Le seguía una gran multitud, apretujándole”. También se usa para los ciento cuarenta y cuatro mil redimidos, de quienes se dice: “Son los seguidores del Cordero donde quiera que vaya”. En ambos casos, queda claro que la idea plasmada es la de ir juntos, en compañía de. Así, en I Cor.

(MARCA INTELIGENTE ELIMINADA) 10:4, donde leemos de los hijos de Israel que “bebieron de la misma fuente espiritual; porque bebieron de una piedra espiritual que los seguía”, la palabra “seguiron” se traduce de la misma palabra griega, y la nota marginal dice: “Fui con ellos”. Así entendemos que la idea de Apoc. 14:8 y 9 no es simplemente que el segundo y el tercer ángel siguieron al primero en cierto momento, sino que fueron con él. Los tres mensajes no son otra cosa que un triple mensaje. Hay tres de ellos solo en el orden de aparición. Pero una vez ocurrido, permanecen juntos y son inseparables.

NOTA 9 — pág. 335 — Los obispos de Roma comenzaron, muy temprano, a exigir obediencia a todas las iglesias. La disputa entre las iglesias de Oriente y Occidente sobre la Pascua es un ejemplo sorprendente de esto. Esta disputa tuvo lugar en el siglo II. Dice Mosheim: “Los cristianos de este siglo celebraban fiestas que conmemoraban la muerte y resurrección de Cristo... El día observado como el aniversario de su muerte.

de Cristo se llamó Día Pascual o Pascua". Al igual que los judíos, los cristianos celebraban "la fiesta sagrada, en la que compartían un cordero pascual en memoria de la santa cena". Los cristianos de Asia Menor observaban esta fiesta el día 14 del primer mes judío, cuando los judíos celebraban su Pascua y cuando se dice que Cristo comió el cordero pascual con sus discípulos. Tres días después se celebró una fiesta en honor de la resurrección. Las iglesias occidentales, por otra parte, celebraban la resurrección de Cristo el domingo siguiente a Pascua, observando la fiesta de la Pascua la noche anterior al domingo, vinculando así la celebración de la muerte de Cristo con la de su resurrección.

"A finales de ese siglo [el segundo], Víctor, obispo de Roma, se esforzó por obligar a los cristianos asiáticos, mediante la supuesta autoridad de sus leyes y decretos, a seguir la regla que observaban los cristianos occidentales a este respecto. En consecuencia... escribió una carta autorizada a los prelados asiáticos, ordenándoles que imitaran el ejemplo de los cristianos occidentales en cuanto al momento de celebrar la fiesta de Pascua. Los asiáticos respondieron a esta exigencia arrogante... con voluntad y determinación, diciendo que de ninguna manera abandonarían la costumbre transmitida por sus antepasados. Entonces empezaron a retumbar los truenos de la excomunión. Víctor, enojado por la resuelta respuesta de los obispos asiáticos, rompió relaciones con ellos, considerándolos indignos del nombre de sus hermanos y excluyéndolos de toda conexión con la Iglesia de Roma". 1 Esta, dice Bower, fue "la primera ensayo de usurpación papal".

Sin embargo, durante un tiempo los esfuerzos de Víctor fueron de poco resultado. No se prestó atención a sus cartas y los asiáticos continuaron siguiendo su antigua práctica. Pero, al obtener el apoyo del poder imperial, que la Iglesia controló durante tantos siglos para cumplir sus propósitos, Roma finalmente ganó. El Concilio de Nicea, "por cortesía de Constantino el Grande, ordenó que la solemnidad de la Pascua se observara el mismo día, en todos los lugares y según la costumbre de Roma". 2 Este decreto, "apoyado en el autoridad de tan gran emperador", fue decisiva. "Nadie, excepto algunos cismáticos dispersos que aparecen de vez en cuando, se atrevió a oponerse a la resolución de este famoso sínodo."3

NOTA 10 — pág. 565 — No hay movimiento más notable en la actualidad, y ninguno cargado de consecuencias más vitales para los hombres y las naciones, que la rápida influencia del papado en los asuntos nacionales. El papado está ascendiendo rápidamente a la posición más influyente de cualquier organización terrenal. En Europa, por no decir en las naciones católicas que, como de costumbre, están sujetas al Papa, el canciller Bismarck ha hecho que Alemania esté prácticamente sujeta a los dictados del papado; Inglaterra invitó a la interferencia del Papa en los asuntos políticos de su disputa con Irlanda; e incluso el zar de Rusia estaba dispuesto a hacer propuestas al papado. Con ocasión de las bodas de oro del primado de León XIII, es bien sabido que, excepto en el reino de Italia y en los reinos unidos de Suecia y Noruega, todas las naciones, protestantes o católicas, rindieron homenaje a Roma.

Si se pudiera esperar que alguna nación se distanciara de las influencias romanas, los Estados Unidos de América deberían estar por encima de todos, ya que esta nación está constitucionalmente comprometida a eximirse del "establecimiento o prohibición del libre ejercicio de una religión". Sin embargo, este país no se queda atrás en absoluto en cuanto a cortejar asiduamente a Roma. Cuando los delegados papales llegaron a Estados Unidos, trayendo al cardenal Gibbons los símbolos de su dignidad romana, un barco del gobierno zarpó del puerto de Nueva York para recibirlos, llevando en el lugar de honor la bandera papal en lugar de la bandera estadounidense. Y en la investidura del Cardenal

Gibbons con la púrpura de un príncipe papal, el presidente Cleveland le envió una carta de felicitación. Católicos conversos dicen que un gran número de senadores y representantes políticos han enviado a sus hijos al Jesuit College de Georgetown, uno de los suburbios de la capital nacional, y no a otras instituciones educativas en Washington, lo que demuestra que este gran número de senadores y representantes políticos son católicos, o que Roma tiene más influencia sobre los senadores y representantes políticos que todas las instituciones educativas de Washington juntas. . En vista de este hecho, no es de extrañar que Roma decidiera construir su universidad nacional en la capital del país.

LQC Lamar, Secretario del Interior de la administración de Cleveland, fue acusado de dar más puestos en su departamento a católicos que a miembros de otras denominaciones. Su respuesta fue que "si se sabía que los católicos romanos eran más numerosos que los miembros de otras denominaciones, era porque pedían más que otros". Y lo explicó diciendo que la Iglesia católica tenía en Washington "un director enérgico e incansable, que está activo en la búsqueda de oportunidades de labor misionera y de extensión educativa entre los indios". La Unión Cristiana dijo que cuatro quintas partes de las escuelas indígenas propiedad del gobierno que están bajo control religioso fueron entregadas a católicos romanos. El Asistente del Procurador General del Departamento del Interior, en la administración de Cleveland, Sr. Zach. Montgomery, es un católico romano con toda la enemistad católica hacia las escuelas públicas, y no duda en utilizar su posición oficial e influencia para demostrarlo. Durante su mandato en el Instituto Carroll, denunció abiertamente el sistema de escuelas públicas como herético, antiparental y destructivo de la felicidad. Y el Senado de los Estados Unidos se dio cuenta plenamente de su enemistad hacia las escuelas públicas cuando se confirmó su nombramiento como Fiscal General Adjunto. El New Yorker Observer dijo que el único hospital público que recibió ayuda del gobierno fue el católico romano.

En una carta enviada al Honorable Warner Miller, uno de los delegados de Nueva York a la Convención Nacional Republicana de 1888, el Honorable John Jay, nuevo embajador de Austria, dijo que los católicos romanos incluso ahora "discuten fríamente la voluntad de hacer de los Estados Unidos un país". un pueblo completamente sujeto al Vaticano, mediante votos irlandeses. El arzobispo Lynch de Canadá escribió a Lord Randolph Henry Spencer Churchill (The Churchman, Nueva York, 2 de abril de 1887): "El voto irlandés es un gran factor en Estados Unidos". "La fuerza de sus organizaciones aumenta cada día". "Ya mantienen el equilibrio de poder en las elecciones presidenciales y de otro tipo". Posteriormente, (MARCA INTELIGENTE ELIMINADA) el Sr. Jay declaró: "El anuncio del nombramiento del Sr. Chamberlain como Comisionado de Pesca fue seguido rápidamente por el recordatorio de que ningún tratado que él firmara estaría sujeto a rectificación. La sugerencia de que el Sr. Phelps, nuestro embajador en Inglaterra, podría ser nombrado ministro de Justicia, provocó un anuncio inmediato de que la nominación podría ser rechazada... Recientemente se declaró que en el Senado de los Estados Unidos (16 de febrero de 1888), en durante un debate sobre el presupuesto de "ayuda nacional para establecer un apoyo temporal a las escuelas comunes... que un senador había mostrado al orador la carta original de un sacerdote jesuita. En esta carta pedía a un miembro del Congreso que se opusiera al presupuesto y lo dejara sin efecto, diciendo que habían organizado todo, en todo el país, para su destrucción; que habían tenido éxito en el Comité de la Asamblea y que inevitablemente destruirían este presupuesto. Y es un hecho que este presupuesto, habiendo pasado tres veces por el Senado, en tres Congresos diferentes, cada vez con más votos a favor, fue repetidamente rechazado en el

Comité de la Asamblea por quienes sabían que había una mayoría en la Cámara a favor del presupuesto; y durante seis años la legislación del Congreso estuvo [así] impedida”.

La Iglesia católica controla masivamente la prensa secular del país; y los principales periódicos religiosos “protestantes”, como el New York Evangelist, Christian at Work, Christian Union y The Independent, rindieron tributo halagador al papado. The Evangelist, 29 de marzo de 1888, reconoce al cardenal Gibbons como su “único cardenal”; el Independent desea al Papa León XIII un “largo reinado y los mejores deseos de éxito en su política liberal”; Christian at Work lo aclama como el “Santo Padre” y en nombre de “todo el mundo cristiano” lo glorifica como “ese venerable hombre cuya lealtad a Dios y celo por el bienestar de la humanidad son tan evidentes como su libertad de los muchos errores e intolerancia hacia sus predecesores”; y la Unión Cristiana del 26 de enero de 1888 lo reconoce como “príncipe temporal” y “supremo pontífice”.

NOTA 11 — pág. 573 — Estos movimientos se manifiestan en diversas formas y diferentes modos, pero la organización que encarna casi cada forma y opera en todos los sentidos para lograr sus fines es la Asociación Nacional de Reforma. Se originó en una conferencia que representaba “once denominaciones cristianas diferentes, de siete Estados de la Unión”. Ahora cuenta con el apoyo de hombres prominentes de “todas las ramas de la iglesia”, la Unión Nacional de Mujeres Cristianas por la Templanza y el Partido de la Prohibición. Propuso una enmienda a la Constitución, “para constituir un gobierno cristiano”, “reconociendo al Dios Todopoderoso como la fuente de toda autoridad y poder en el gobierno civil, al Señor Jesucristo como Gobernador de las naciones, su voluntad revelada como la ley suprema de la Tierra”; colocando así “todas las leyes, instituciones y convenciones gubernamentales cristianas sobre la base innegable de una ley fundamental de la Tierra”. Una de sus propuestas, anunciada por David Gregg, DD, pastor de la Iglesia Park Street, Boston, es que el Estado tiene “el derecho a dominar las conciencias de los hombres”. Otra, anunciada por el Christian Statesman, es que el gobierno “debe imponer a todos los que vienen entre nosotros las leyes de la moral cristiana”. Otra, presentada por el reverendo EB Graham, es que “si los oponentes de la Biblia no aprecian nuestro gobierno y sus características cristianas, que se vayan a alguna tierra desolada y desértica y, en nombre del diablo y por su bien, someterlo y establecer su propio gobierno basado en ideas ateas e infieles, y luego, si pueden permanecer allí, que se queden hasta la muerte”. Otra, expuesta por Jonathan Edwards, DD, es que los judíos y todos los cristianos que observan el séptimo día están clasificados como ateos, y “deben ser tratados en esta cuestión (la Reforma Nacional) como un solo partido, con los ateos que “no pueden vivir del mismo modo”. continente”, con la Reforma Cristiana Nacional.

Cualquiera puede ver inmediatamente que el establecimiento de la teoría de gobierno de la Reforma Nacional no sería otra cosa que la institución de una teocracia. Y esto, de hecho, es lo que se proponen establecer. Dicen que “una república así gobernada es suya, a través del pueblo, y es una teocracia real y verdadera como el gobierno de Israel”. Un comentario mensual de la WCTU Nacional escrito por la Sra. Willard sobre Dios en el gobierno dice: “La verdadera teocracia aún está por llegar, [y] la entronización de Cristo en la ley y los legisladores; por lo tanto, oro con devoción, como cristiana y patriota, por la vida de las mujeres. derecho a votar.” En su discurso anual en la Convención Nacional de la WCTU en 1887, la Sra. Willard dijo: el reino de Cristo “debe entrar en el reino de la ley a través del portal de la política... Hay suficientes hombres templados tanto en [el Partido Demócrata como en el Republicano] , para tomar el gobierno y darnos una prohibición nacional del partido del futuro cercano, que debe ser el Partido de Dios... Rogamos al Cielo que no les de descanso... hasta que... tomen una juramento de obediencia a Cristo en la política, y

marchar como un gran ejército a las elecciones para adorar a Dios... Creo firmemente que el trabajo paciente y constante de las mujeres cristianas reaccionará en la política dentro de la próxima generación, y que el Partido de Dios estará a la vanguardia". Una teocracia hecha por el hombre es sólo un plan de gobierno que pone al hombre en el lugar de Dios. Esa es precisamente la teoría sobre la cual se erigió el papado, y eso es precisamente lo que es el papado. La teoría de Reforma Nacional en este gobierno no será más que la instalación de una imagen viva del papado. Al defender, como lo hacen estos partidos, la teoría papal, no debe sorprender que estén ansiosos por asegurar la cooperación del papado para que este plan tenga éxito. El *Christian Statesman* es el órgano oficial de la National Reform Association, y en el editorial del número del 11 de diciembre de 1884, ese periódico declaró: "Reconocemos cordial y alegremente el hecho de que en las repúblicas de América del Sur, en Francia y en otros lugares En los países europeos, los católicos romanos son defensores reconocidos del cristianismo nacional y se oponen a todas las propuestas de secularismo... Siempre que estén dispuestos a colaborar con la resistencia al progreso del ateísmo político, con gusto les daremos la mano. En la Conferencia Mundial para la Promoción del Cristianismo Nacional, que debe celebrarse en días no muy lejanos, muchos países podrían estar representados únicamente por católicos romanos". Y en ese mismo periódico, en la edición del 31 de agosto de 1881, el reverendo Sylvester Scovil afirmó: "Este interés común [de todos los pueblos]

servicios religiosos de sábado a domingo] deberían fortalecer nuestra determinación de trabajar y nuestra disposición a colaborar en todos los sentidos con nuestros ciudadanos católicos romanos. Es posible que suframos algunos rechazos en nuestras primeras ofertas, y aún no ha llegado el momento en que la Iglesia católica acepte estrechar la mano de otras iglesias; pero ha llegado el momento de hacer avances repetidos y aceptar alegremente la cooperación en cualquier forma que estén dispuestos a brindar. Ésta es una de las necesidades de la situación. El vínculo entre las dos grandes divisiones del cristianismo en cuestiones de legislación moral es algo digno de la consideración de nuestros mejores pensadores y hombres de gran experiencia en tales materias". En perfecto acuerdo con esto está la encíclica del Papa León XIII de 1885, que ordena que "todos los católicos deben hacer todo lo que esté a su alcance para que las constituciones de los Estados y su legislación sigan el modelo de los principios de la verdadera iglesia, y todos los escritores y escritores católicos". Los periodistas nunca deben perder de vista, ni siquiera por un instante, las prescripciones anteriores". Por lo tanto, como el propósito de la Asociación Nacional de Reforma es idéntico al de Roma, es de esperar que demuestren voluntad de "unir sus manos con alegría". Y siempre que el protestantismo consiga el control del poder civil, con o sin ayuda de Roma, será para elevar una imagen al papado.

NOTA 12 — pág. 578 — Todavía hay observadores del sábado bíblico en Abisinia [ahora Etiopía]. Joseph Wolff, en su periódico de 1838, relatando su visita a ese país, decía que "el sábado de los judíos, es decir, el séptimo día, se observa estrictamente entre los abisinios en la provincia de Hamazien".

NOTA 13 — pág. 605, 613 — La palabra "sello" se usa en las Escrituras en varios sentidos, incluso en la vida ordinaria. La definición que da Webster, el diccionario más completo, es la siguiente: "Aquello que confirma, ratifica o establece; seguridad; lo que autentica; lo que garantiza, autoriza o confirma." Los términos "marca" y "señal", también proporcionados por él, se utilizan en las Escrituras como sinónimos de sello, como en Romanos 4:11.

En el pacto hecho con Noé, se usa en el sentido de seguridad o evidencia de estabilidad. El arco en las nubes fue dado como señal o memorial de que Dios ya no

destruiría la Tierra con un diluvio (Génesis 9:13). En el pacto con Abraham, la circuncisión era una señal o un memorial. Ratificó o aseguró; porque los que no tenían esta señal fueron cortados (Génesis 17:11, 14). Este signo o memorial era una institución, un rito. Gesenius da "memorial" como definición de la palabra que se encuentra en los textos originales. Pero un memorial, en el sentido de recuerdo, de conmemoración, es una marca o un signo.

En Éxodo. 31:17 y Ezeq. 20:12, 20, el sábado del Señor se llama señal. Es un memorial de la obra del Creador y por tanto un signo de su poder y divinidad (Rom. 1:20). También es una institución, como la circuncisión; pero hay una distinción: la circuncisión era una señal en la carne, mientras que el sábado es una señal en la mente. "Santificad mis sábados, porque serán una señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy el Señor vuestro Dios". (Ezequiel 20:20).

En Ezek. 9:4, la palabra usada en el original se traduce marca. Gesenius dice que es "una marca, una señal". La Septuaginta presenta en este texto la misma palabra utilizada en el griego original de Romanos 4:11, traducida como "señal". Así, las palabras signo, marca y sello se aplican a las mismas cosas o se usan con un significado similar en las Escrituras.

Ezeq. 9:4 y Ap. 7:2 y 3 dicen que se coloca una marca o señal en la frente de los siervos de Dios. Ambos textos se refieren al tiempo en que caerá sobre los malvados la destrucción total. El sello se coloca sobre el pueblo de Dios como salvaguarda, para preservarlo del mal inminente. Pero es evidente que "la frente" se usa como figura para denotar intelecto o mente, del mismo modo que "corazón" se usa para denotar disposición o afectos. Marcar o sellar en la frente es lo mismo que "escribir en la mente" (Heb. 10:16).

El sábado es la señal de Dios; él es el sello de su ley (Isaías 8:16). Es el símbolo de Su autoridad y poder. Es una señal por la cual podemos saber que es de Dios, y por eso se dice que se coloca en la frente. Se dice que los adoradores de la bestia (Apocalipsis 13) reciben su marca en la frente o en las manos. Así como la frente representa el intelecto, la mano representa el poder (ver Sal. 89:48: "¿O que libraré su alma de las garras del sepulcro?"). El culto obligatorio no es aceptable para Dios; Sus siervos están sellados sólo en la frente. Pero es aceptable para los poderes malvados; siempre ha sido deseado por la jerarquía romana. Véase el capítulo 25 para obtener pruebas de la naturaleza de esta marca. La señal o sello de Dios es Su sábado, y el sello o marca de la bestia está en directa oposición a él. Es un falso sábado del "día del sol". Según Apocalipsis 14:9-12, los que no reciben la marca de la bestia guardan los mandamientos de Dios; y el sábado está en el cuarto precepto. Guardan el sábado del Señor; tienen Su señal o sello. La importancia de este signo se muestra en esto: que el cuarto mandamiento es el único en la ley que distingue al Creador de los dioses falsos. Compárese con Jer. 10:10-12; Hechos 17:23 y 24; Apocalipsis. 14:6, 7, etc. Y él es esa parte de Su ley que, si se observa, hará que Su pueblo sufra persecución. Pero cuando la ira de Dios caiga sobre sus perseguidores que están tratando de imponer la señal o marca de la bestia, entonces comprenderán la importancia del sábado, el sello del Dios viviente.

Aquellos que se apartaron de lo que el Señor habló cuando Su voz sacudió la tierra, confesarán su error fatal cuando Su voz sacuda los cielos y la tierra (Heb. 12:25, 26; Joel 3:9-16, et al.). Ver también págs. 639 y 640 de este libro.

Notas biograficas

COLUMBA — El evangelio llegó a Gran Bretaña en el siglo II; desde entonces, gracias a las obras de Succat, o San Patricio, en el siglo IV, se ha extendido a Irlanda. La invasión de Gran Bretaña por los paganos sajones en el año 449 d.C. provocó el desarraigo casi completo de la fe cristiana en Inglaterra y Escocia. Pero revivió, cien años después, gracias al trabajo de Columba, un irlandés nativo, procedente de una de las iglesias que se habían desarrollado gracias a los esfuerzos de Succat. Columba estaba trabajando arduamente para difundir el evangelio en su propio país, cuando llamó su atención la condición de los paganos pictos (antiguos habitantes de Escocia), y decidió emprender su conversión. Con algunos compañeros, se instaló en la pequeña isla de Iona, frente a la costa occidental de Escocia. Allí surgió una iglesia y un colegio y, a través de los evangelistas enviados allí, el evangelio se predicó en una parte considerable de Europa.

Columba nació en un hogar rico, siendo de “estatura elevada y comportamiento noble. Era un hombre de aguda percepción y gran fuerza de carácter; una de esas mentes maestras que influyen y moldean a los demás”. “Tenía un amor ferviente por la Palabra de Dios y pasaba mucho tiempo leyéndola, estudiándola y copiándola. Dedicó también horas y horas a la oración y a guiar a las comunidades a su cargo, esforzándose por instruirlos en oficios útiles y en conocimientos cristianos”.

Este hombre trabajó personalmente y con gran éxito en Escocia e Inglaterra, y visitó Irlanda muchas veces. Sus últimos días los pasó en Iona, “la isla de su corazón”, como solía llamarla. La escena final de su vida fue muy conmovedora. El día antes de su muerte, cuando lo llevaron a la cima de una colina que dominaba la casa de la misión y su pequeña granja, la examinó de cerca y, levantando ambas manos, invocó la bendición divina sobre ella. “Al regresar a su choza, retomó su tarea diaria de transcribir el Salterio y, dirigiéndose al lugar donde estaba escrito: 'A los que buscan al Señor, ningún bien les faltará',

dijo: Aquí, al final de la página, debo detenerme.' Cuando sonó la campana de la mañana, se dirigió a la iglesia y antes de que sus hermanos pudieran disfrutar de su compañía, Columba se desmayó ante el altar. Incapaz de hablar, hizo un débil esfuerzo, una vez más, para levantar su mano derecha y bendecirlos, y, con la alegría irradiando de su rostro, descansó para siempre”.

Columba nació en Gartan, Condado de Donegal, Irlanda, en el año 521 d.C., y Murió en Iona, Escocia, en el año 597 d.C. W..

OS VALDENSES — Diz-se que o nome “valdense” derivou de Peter Waldo, um mercador de Lion, França, que viveu cerca do ano 1150 dC Tendo a oportunidade de se dedicar ao estudo das letras em meio às suas atividades comerciais, foi conduzido a Bíblia; y, recibiendo las verdades del evangelio, dedicó su vida a la obra de evangelista. Prestó un importante servicio a la causa de la Reforma al tratar, por su cuenta y supervisión, de realizar una traducción del Nuevo Testamento a la lengua romance, entonces la vernácula del sur de Francia. Esta fue la primera traducción completa de las Escrituras a uno de los idiomas de la Europa medieval, y la única disponible para uso popular.

Pero los primeros cristianos, conocidos como valdenses o vaudois, existieron antes de la época de Valdo. Desde los primeros tiempos, hubo cristianos que defendieron la fe de la iglesia apostólica y dieron testimonio contra la tiranía y la corrupción romanistas. La diócesis de Milán (que incluía las llanuras de Lombardía, los Alpes Piamonteses y la

provincias del sur de Francia - excedieron en extensión los dominios temporales de la sede romana; y no fue hasta mediados del siglo XI que Milán reconoció la supremacía del Papa. Incluso entonces muchos repudiaron la acción de sus prelados y en las montañas del Piamonte mantuvieron su independencia de Roma. En el sur de Francia, los albigenses ofrecieron una resistencia similar a las usurpaciones papistas.

La persecución iniciada bajo Inocencio III, en el siglo XIII, tuvo como resultado la extinción de los albigenses; y la continua violencia asesina contra los valdenses durante siglos. En aras de la paz, muchos finalmente recurrieron a la conformidad externa con Roma. Pero con la Reforma, una nueva vida animó a los habitantes de los valles piamonteses. Nuevamente dieron testimonio de su fe y se encendieron nuevamente los fuegos de la persecución. A menudo se enviaban tropas de soldados contra ellos. Masacre tras masacre. Las torturas más horribles fueron perpetradas por demonios con forma humana contra ancianos, mujeres indefensas y niños pequeños. En 1685 se consumó la conquista. Todos los habitantes de los valles que sobrevivieron fueron arrastrados a llenar las prisiones de sus conquistadores. La negligencia, la crueldad y la pestilencia han hecho su obra nefasta; y en menos de un año, de los catorce mil que entraron allí, sólo salieron tres mil cuando se abrieron las puertas de la prisión. Fueron condenados al exilio y, al final del invierno, un gran número cruzó los Alpes en busca de un lugar de refugio. Cientos de personas murieron y, tras terribles sufrimientos, los supervivientes llegaron a las puertas de Ginebra. Unos años más tarde, parte de este grupo regresó a sus montañas y recuperó la posesión de sus hogares abandonados.

En el siglo XVIII la persecución religiosa se calmó. Sin embargo, en 1799, los valdenses todavía estaban sujetos a muchas restricciones civiles; sus hijos a menudo eran secuestrados o arrebatados a la fuerza para ser educados en la fe católica, y se les exigía que pagaran diezmos al clero romano. No fue hasta 1848 que fueron aceptados por los gobernantes del Piamonte, para disfrutar de todos los derechos sociales y políticos. En los Estados Pontificios, sin embargo, el Papa todavía reinaba de forma suprema y su poder constituía una amenaza permanente a la libertad religiosa. Pero en 1870 la fortaleza del Papa se derrumbó. El Nuevo Testamento fue impreso en Roma por manos de jóvenes valdenses, bajo las mismas ventanas del Vaticano. Una de las cárceles fue convertida en editorial, y en la cámara de tortura que un día hizo eco de los gritos de los mártires de Jesús, se instaló la imprenta desde la que se enviaba el evangelio de la paz a toda la tierra.

JOHN WYCLIFFE — O Juan de Wycliffe, “el más grande de los reformadores antes de la Reforma”, nació alrededor del año 1324 en el pueblo del mismo nombre, en Yorkshire, Inglaterra. Murió en 1384. Poco se sabe de los primeros años de su vida. Recibió su educación en la Universidad de Oxford, que ya en ese momento contaba con una matrícula de alrededor de 30.000 estudiantes. Hasta casi el final de su vida, continuó residiendo y enseñando allí. Con su defensa de la acción de Eduardo III al rechazar la demanda de tributo del Papa, y también de los derechos de la población cuando fue designada para tratar con los nuncios papales en los Países Bajos, Wycliffe se ganó la confianza y la aprobación del rey y del pueblo. Aunque perseguido por la enemistad infatigable del Papa y sus colaboradores y finalmente excluido de la universidad, fue nombrado por el rey para la rectoría de Lutterworth, donde se dedicó a traducir la Biblia a su lengua materna. “Wycliffe se distinguió como erudito, diplomático y predicador”. “Su maravilloso conocimiento y capacidad intelectual le permitieron ejercer una influencia dominante en la universidad. Pero la Biblia era su regla y fundamento. Sus sermones estaban realmente saturados de eso. Su propósito siempre fue defender la verdad de Cristo”.

JOHN HUSS, de Hussinetz, Bohemia, nacido en 1378, fue el principal de aquellos a quienes Wycliffe pasó la antorcha de la verdad a los reformadores del siglo XVI. Fue educado en la Universidad de Praga y en 1402 se convirtió en rector.

de esa institución educativa y predicador de la Capilla de Belén. No entendió la verdad tan claramente como Wycliffe; mantuvo las doctrinas papales a las que el reformador inglés había renunciado. Pero defendió la gran verdad fundamental de la infalibilidad de las Escrituras y censuró fielmente los vicios de la iglesia; Dio su vida como testimonio de su fidelidad. Fue quemado en Constanza en 1415.

“Huss se destacó mucho menos por el volumen de sus dones y capacidades mentales que por la franqueza con la que formó sus convicciones, la tenacidad con la que las mantuvo, el entusiasmo altruista con el que las expresó. No se puede decir que haya añadido nada a la riqueza intelectual del mundo. Pero su contribución a su capital moral fue inmensa”. Fue merecidamente declarado “uno de los mártires más valientes que dieron su vida por la causa de la honestidad y la libertad, del progreso y el crecimiento en la luz”.

JERÓNIMO DE PRAGA, el devoto amigo de Hus, era descendiente de una noble familia bohemia. Después de pasar muchos años en la Universidad de Praga, prosiguió sus estudios en las principales universidades de Francia, Alemania e Inglaterra, recibiendo de cada una el título de Doctor en Divinidad. En Oxford se familiarizó con los escritos de Wycliffe y los estudió con gran entusiasmo. Dijo: “Hasta ahora, no hemos visto nada más que la envoltura de la ciencia; Wycliffe fue el primero en abrir el núcleo”. Se esforzó por traducir los escritos de Wycliffe al idioma bohemio y, al regresar a su ciudad, se unió a Hus en la propagación de las doctrinas reformadas. Jerónimo nació hacia el año 1365 y fue quemado en la hoguera en la ciudad de Constanza en 1416.

MARTÍN LUTERO — Eisleben, una pequeña ciudad ubicada en el bosque de Turingia, Sajonia, fue el lugar de nacimiento de Lutero, el más grande de todos los reformadores. Nacido en 1483, cuando ya había comenzado el Renacimiento de las letras y las mentes de los hombres despertaban del estupor del medievalismo, Lutero fue, bajo la mano de Dios, quien los liberó de la esclavitud de la superstición. En su infancia fue enviado a la escuela Mansfeld en Magdeburgo y Eisenach, y ya entonces manifestó un gran poder intelectual. En Eisenach, mientras cantaba frente a las casas y pedía pan para la causa de Cristo, llamó la atención de la bondadosa Úrsula Cotta, quien lo acogió en su casa y dedicó cuidados maternos a aquel pobre joven estudiante. En 1501, Lutero ingresó en la Universidad de Erfurt. Cuatro años más tarde intercambió sus estudios por la vida monástica. Fue ordenado sacerdote en 1507 y al año siguiente fue llamado a ocupar una cátedra en la Universidad de Wittenberg. Las famosas tesis contra las indulgencias se publicaron en 1517 y en 1521 compareció ante la Dieta de Worms. Durante veinticinco años se pronunció sobre él el decreto de proscripción. Sin embargo, al igual que Wycliffe, murió en paz. Aunque casi toda su vida activa transcurrió en Wittenberg, su entierro tuvo lugar en Eisleben, su ciudad natal, donde, agotado por sus labores activas, expiró el 18 de febrero de 1546.

“La vida física de Lutero fue, en su mayor parte, de sufrimiento. Su figura, en sus primeros años, era esbelta, aunque en años posteriores ganó cierta corpulencia. Sin embargo, se dice que la redondez de su rostro que vemos en sus retratos posteriores es el resultado, no de robustez, sino de una tendencia edematosa. acumulación de líquido en los tejidos, debido a dificultades anteriores. Sus hábitos eran abstemios. Su voz no era ni alta ni fuerte; tenía relámpagos, pero no truenos, a través de los cuales se producían los poderosos efectos de sus palabras”.

“El carácter de Lutero es tan transparente en su vida que apenas es necesario trazar sus líneas. Era tan ingenuo que si todo el mundo hubiera conspirado para cubrir sus faltas, su propia mano las habría expuesto. Su impetuosidad procedía de un carácter vigoroso, firme en convicciones, que libraba la batalla de la verdad contra los enemigos.

implacable. Fue desinteresado, celoso, honesto, indomable ante el peligro, lleno de ternura y humanidad. Lutero fue uno de los grandes espíritus creativos de la raza humana, poderoso en palabras y hechos, incomparable como orador popular, miembro del pueblo común y, sin embargo, un príncipe entre príncipes, un hijo de fe, un hijo de Dios, y eso es admitido por todos.”

PHILIP MELÂNCTON, amigo de Lutero y colaborador en la Reforma alemana, nació en 1497. Era hijo de un maestro de armas de Bretten, en el ducado de Baden, y pariente y alumno del célebre Reuchlin, que trabajó tanto difícil introducir el estudio del griego y del hebreo en Alemania. La fuerza y claridad de la comprensión de Melanchthon hicieron que la adquisición de conocimientos fuera un placer. A los doce años ingresó en la Universidad de Heidelberg y a los diecisiete obtuvo el título de doctor. Fue por esta época cuando cambió su nombre de Schwartzerd (“tierra negra”) al antropónimo griego Melanchthon, que significa lo mismo. En aquellos tiempos, no era raro que hombres alfabetizados tradujeran sus nombres del alemán al latín o al griego. A la edad de veintidós años, Melanchthon fue llamado a ocupar la cátedra de griego en Wittenberg y luego comenzó una amistad con Lutero que continuaría hasta la muerte del gran reformador. Melanchthon compara a Lutero con Elías y lo llama “un hombre lleno del Espíritu de Dios”. Y Lutero, comparándose con Melanchthon, escribió: “Yo estaba comprometido en la lucha contra la multitud y los demonios, por eso mis libros son tan beligerantes. Soy un pionero rudo que necesita hacer caminos, pero el Maestro Felipe vino suave y gentilmente, sembrando y regando con todo el corazón, como Dios le dotó de dones”. Fue la mente lógica de Melanchthon y su pluma ilustrada la que escribió la Confesión de Augsburgo, cuya claridad, fuerza, sencillez y elegancia fueron reconocidas incluso por sus enemigos. Melanchthon murió en Wittenberg en 1560 y fue enterrado junto a Lutero en la iglesia del castillo.

ULRICH ZWINGLIO nació el día de Año Nuevo de 1484, en la pequeña ciudad de Wildhaus, en un estrecho valle del suroeste de Suiza. Fue el primero de los reformadores suizos y su obra ejerció una gran influencia. Zurich fue el escenario de sus obras más importantes. Fue llamado a esa ciudad en 1519, y en 1525 la Reforma se estableció allí sin violencia y casi sin disturbios. Mientras que otras ciudades y distritos aceptaron la fe reformada, los cantones papales tomaron las armas para oponerse al derecho a la libertad religiosa. En la lucha que siguió, Zwinglio, que trabajaba como capellán de las fuerzas reformadas, cayó en el campo de Cappel el 11 de octubre de 1531.

“Zwinglio fue un reformador notable, un erudito competente, un predicador elocuente, un republicano patriótico y un estadista con visión de futuro. Carecía del genio y la profundidad de Lutero y Calvino, de la erudición de Melanchthon y Ecolampadio, pero los igualaba en honestidad de propósito e integridad de carácter, coraje heroico y devoción a la causa de la Reforma, y los superaba en liberalidad”.

JOHN OECOLAMPADIUS — A Oecolampadius se le llama “el reformador de Basilea”, pero la enorme extensión de su influencia le otorga una celebración más amplia. En sus cualidades morales e intelectuales tenía un sorprendente parecido con Melanchthon. “Hay muchos ejemplos en el período de la Reforma en los que el Señor se deleitaba en enviar a Sus discípulos en parejas cuando tenía una gran obra que hacer. Lutero estuvo al lado de Melanchthon, Calvino con Beza y Ecolampadio con Zwinglio”.

Ecolampadio nació en 1482, en el entonces reino de Württemberg. Primero, consideró con buenos ojos los escritos de Lutero y en 1522, cuando fue invitado a Basilea, comenzó su trabajo como reformador. En aquella época, la ciudad era el centro intelectual más importante de Suiza, la sede de su única universidad y de su imprenta más grande. Ecolampadio pronto fue designado para ocupar una silla en el

universidad; y, en 1529, la Reforma se afianzó en Basilea. Ecolampadio murió allí en 1531.

JACQUES LEFÈVRE, destacado erudito y uno de los primeros reformadores franceses, nació alrededor de 1450 y murió en 1536. Lefèvre era profesor en la Universidad de París cuando, en 1507, comenzó a estudiar la Biblia. Publicó comentarios sobre diferentes porciones de las Escrituras y en 1521 una de sus obras fue condenada por herética. Pero, por el favor de Francisco I y de la princesa Margarita, el proceso contra él fue suspendido. En 1523 salió a la luz su versión francesa del Nuevo Testamento. Sin embargo, después de la batalla de París y el arresto de Francisco en Madrid, el partido papista tomó las medidas más enérgicas contra los reformadores, y Lefèvre, que entonces tenía setenta y cinco años, huyó a Estrasburgo. Poco después de la liberación del rey, lo trajeron de regreso; y, tras publicar su traducción del Antiguo Testamento, se retiró a Nerac, residencia de Margarita de Navarra, donde murió. Lefèvre aceptó los principios fundamentales de la Reforma y los mantuvo en sus escritos, sin embargo, mantuvo su conexión con la Iglesia Romana esperando que la Reforma pudiera tener lugar en la iglesia misma. Erudito y amante de la paz, evitó los conflictos abiertos. Pero su falta de valor para confesar la verdad le produjo un amargo remordimiento en sus últimas horas. Con lágrimas e intensa angustia exclamó: "Estoy condenado. Oculté la verdad que debería haber proclamado y testificado públicamente". Día y noche siguió llorando, pero terminó echando su carga sobre Cristo y murió confiando en la misericordia de Dios.

GUILHERME FAREL, uno de los pioneros más notables de la Reforma suiza y francesa, nació en Dauphiny, una provincia del este de Francia, en 1489. Fue un estudiante exitoso y dedicado, y se convirtió en profesor en uno de los colegios de París. Al recibir los principios de la fe reformada, se dedicó con toda la fuerza de su naturaleza ardiente a la obra del evangelio. Obligado a huir de París, fijó su residencia en Basilea y entabló una cálida amistad con Zwinglio y Ecolampadio, quienes se sintieron atraídos por su energía y desinterés, aunque notaron su falta de discreción, que lo llevó en ocasiones a la imprudencia e incluso a la temeridad. Pero Erasmo, el político conservador y erudito, no pudo tolerar al reformador intransigente y, a través de su influencia, obligó a Farel a abandonar Basilea. Sin embargo, gran parte de su larga y productiva existencia la pasó en Suiza, en un trabajo que era a la vez extenso y peligroso, y que resultó en el establecimiento de la fe reformada en una parte considerable de ese país.

En 1532, Farel fue nombrado delegado de los reformadores en el Sínodo Valdense que tuvo lugar en el valle de Angrogna. Llegó a ser muy estimado por los valdenses y ejerció una fuerte influencia sobre ellos. A través de muchas vicisitudes, peligros y sufrimientos, continuó trabajando por la Reforma hasta el día de su muerte, acaecida en Neuchâtel, en 1565. "Farel era un hombre ardiente e impulsivo; más misionero que organizador; Más iconoclasta que teólogo". Beza dice que en su predicación "sobresalía en cierta sublimidad, de modo que nadie podía oír su trueno sin temblar".

JUAN CALVINO — En Noyon, Picardía, a unos 110 kilómetros al noroeste de París, nació Calvino en 1509; Murió en la ciudad de Ginebra en 1564. Calvino pronto renunció al romanismo y se vio obligado a huir de Francia en 1534. En 1536 publicó en Basilea la más célebre de sus obras, Las instituciones de la religión cristiana. Ese mismo año inició su trabajo en Ginebra, donde pasó prácticamente el resto de su existencia. Allí se observaron estrictamente sus métodos de gobierno y reforma, siendo ésta la condición bajo la cual consintió en permanecer. Bajo su gobierno, la inmoralidad de todo tipo fue reprimida con

gravedad. Además de los refugiados que llegaban a Ginebra desde todos los rincones de Europa, miles de estudiantes acudían allí, atraídos por la fama de sus discursos y los de Beza.

“Los hábitos de Calvino eran frugales y modestos. Poseía una comprensión muy clara, una memoria extraordinaria y una firmeza e inflexibilidad de propósito que ninguna oposición podía vencer, ninguna variedad de temas derrotaba y ninguna vicisitud podía sacudirse. Era muy dedicado y sincero en sus principios”. Algunos actos de intolerancia ensombrecieron su carrera pública, pero su carácter en la vida privada fue intachable. Como predicador, autor, pastor y líder de la Reforma en toda Europa, el alcance de su obra es casi increíble. Su salud era mala, pero continuó trabajando hasta casi el día de su muerte. Eligió ser pobre, rechazando aumentos de su ya modesto salario y negándose a recibir regalos excepto con el propósito de dárselos a los pobres. Aunque constantemente acusado de acumular riquezas, tras su muerte dejó poco más de 200 dólares en crédito. A petición suya, fue enterrado sin pompas y ningún monumento marca su lugar de descanso.

MENNO SIMONS, “un reformador cuyo espíritu y labor apostólica estuvieron muy lejos del reconocimiento que merecían”. Nació alrededor del año 1492 en la región norte de los Países Bajos. Murió en la ciudad de Holstein en 1559.

En 1536, Menno se retiró de la iglesia romana. Su oposición al bautismo infantil lo separó de las iglesias luterana y reformada. Fue su ardiente esfuerzo, mientras se oponía firmemente al fanatismo, restaurar en la iglesia la pureza y sencillez de los días apostólicos. Se requería una profesión personal de fe en Cristo como requisito previo para el bautismo, y la pureza de vida era la condición para ser miembro de la iglesia.

HANS TAUSEN, nacido en Dinamarca en 1494, muerto en 1561. En 1524 comenzó a predicar las doctrinas reformadas. Fue el primer predicador de la Reforma en Dinamarca y, junto con Bugenhagen, el principal agente de su implantación en ese país.

OLAF Y LAURENTIUS PETRI nacieron en Orebro, Suecia, el primero en 1497 y el segundo en 1499. Olaf murió en Estocolmo en 1552 y Laurentius en Uppsala en 1573. Fueron los principales instrumentos para establecer la Reforma en Suecia bajo la protección del rey Gustavo Vasa.

WILLIAM TYNDALE, uno de los reformadores ingleses más eminentes del siglo XVI, nació en 1484. Poco después de aceptar la fe reformada, expresó su deseo de traducir las Escrituras al idioma inglés y se vio obligado a huir al continente para escapar. . El Nuevo Testamento se imprimió en Colonia y Worms en 1525. Su historia posterior está rodeada de oscuridad. Participó en la traducción e impresión del Antiguo Testamento y en la publicación de varias obras que presentaban las doctrinas de la Reforma. Para evitar a los emisarios del rey y de los prelados, prosiguió su trabajo en secreto y ocultó con tanto cuidado sus lugares de retiro que hasta el día de hoy siguen siendo completamente desconocidos. En 1534 decidió ir a Amberes, donde fue arrestado. En el castillo de Vilvorden, a pocos kilómetros de Bruselas, fue estrangulado y quemado el 6 de octubre de 1536.

No se ha demostrado si Enrique VIII tuvo un papel directo en su ejecución, pero no hizo ningún esfuerzo por salvar al reformador. La última oración del mártir fue: “Señor, abre los ojos del rey de Inglaterra”.

Nunca se ha apreciado adecuadamente el valor del trabajo de Tyndale como traductor de las Escrituras y promotor de la Reforma en Inglaterra. Los millones que, en cada rincón de la tierra, disfrutan de las bendiciones de la Biblia en inglés, tienen una deuda de gratitud con él. La versión autorizada se basa en la Biblia Tyndale. En el momento en que

Sus enseñanzas vividas moldearon las opiniones de muchos líderes de la Reforma inglesa, quienes también sellaron su testimonio con su propia sangre.

HUGH LATIMER, a veces llamado "el John Knox de Inglaterra", nació en 1470. Su padre era un funcionario de la casa real que, como solía decir Latimer, "crió a sus hijos en la piedad y el temor de Dios". Latimer se educó en Cambridge y fue un celoso seguidor del Papa, pero, gracias a los esfuerzos del mártir Bilney, aceptó las doctrinas de la Reforma. Su presentación íntima de la verdad ganó el favor de Enrique VIII, quien lo recomendó al obispo de Worcester. Pero al pasar el "acto sangriento de los seis artículos", que impone la creencia en la transustanciación, junto con otros errores papistas, Latimer rápidamente renunció a su cargo. Posteriormente fue arrestado y mantenido prisionero en la Torre durante seis años. Liberado tras el ascenso al trono del rey Eduardo VI, se le ofreció un obispado, pero él rechazó firmemente el honor y continuó reprendiendo fielmente los vicios seculares.

Cuando la reina María ascendió al trono, fue confinada nuevamente a la Torre. Aunque tenía 80 años, no se le mostró ningún respeto debido a su avanzada edad. Latimer se mantuvo firme en su fe y fue quemado en Oxford en el año 1555. No era un hombre de gran erudición, pero era claro en su discurso y era valiente, honesto y dedicado, un reproche del pecado tanto de los altos como de los las clases bajas.

NICHOLAS RIDLEY, obispo y mártir inglés, destacado por su conocimiento y piedad, nació en 1500. Estudió en Cambridge y también en las más destacadas universidades de Francia y Países Bajos. Gracias al favor de Cranmer, fue nombrado capellán del rey Enrique y durante el reinado de Eduardo se convirtió en obispo de Londres. Después de la ascensión de María, fue quemado en la hoguera junto con Latimer en 1555. Al negarle el permiso para hablar a menos que renunciara, dijo: "Mientras haya aliento de vida en mi cuerpo, nunca negaré a mi Señor Jesucristo y Su verdad. Dios estará conmigo".

En su vida privada, el obispo Ridley era conocido como "un modelo de piedad, humildad, templanza y orden". Fox se refiere a él como "un hombre dotado de excelentes cualidades... piadosamente instruido y ahora, sin duda, inscrito en el Libro de la Vida".

JOHN KNOX, el reformador de Escocia, nació en 1505. Fue educado en la Universidad de Glasgow y fue ordenado sacerdote católico. Los escritos de Jerónimo y Agustín y la influencia del mártir Wishart lo liberaron de las cadenas de Roma y se convirtió en un predicador del evangelio. Cuando los franceses tomaron el castillo de Saint Andrews, Knox fue hecho prisionero y llevado a Rouen, donde sirvió durante 19 meses como galeote. Después de su liberación, la situación en Escocia impidió su regreso y pasó algún tiempo en Inglaterra, actuando como capellán de Eduardo VI. Cuando la reina María asumió el trono, fue a Frankfurt y Ginebra y en cada lugar sirvió como pastor de los exiliados ingleses. Fue muy estimado por Calvino, cuyas doctrinas defendió. Al regresar a Escocia en 1559, fue considerado un proscrito y rebelde debido a la influencia de los romanistas, pero, sin temer nada, continuó su labor tomando parte activa en el establecimiento de la Reforma en ese país hasta su muerte en 1572.

JOHN BUNYAN, el autor de renombre mundial de Pilgrim's Progress, nació en Inglaterra en 1628. Era hijo de un hojalatero de la ciudad de Elstow y fue educado para continuar con la misma línea de negocios que su padre. Sin embargo, Bunyan logró obtener cierta educación básica y aunque poco inclinado hacia la religión, poseía cualidades morales por encima de la mayoría de sus compañeros. Durante algún tiempo sirvió en el ejército del Parlamento. Allí uno de sus compañeros fue asesinado mientras se encontraba en

tu publicación. Bunyan sintió que la mano divina se había interpuesto para salvarle la vida; así se vio inducido a prestar atención a los asuntos religiosos. Después de un largo e intenso conflicto, encontró la paz en Cristo. Se unió a los bautistas y se convirtió en predicador y, después de algún tiempo, en uno de sus oradores más distinguidos.

En 1660, bajo las medidas opresivas para forzar la Restauración, Bunyan fue encarcelado en la cárcel de Bedford, donde permaneció recluido durante 12 años. Para mantener a su familia, comenzó a fabricar cordones para botas, pero se negó rotundamente a sacrificar su fe o escapar de su prisión mediante estratagemas, lo que podría haber hecho fácilmente. Se le ofreció la libertad con la condición de que abandonara su predicación; También le dijeron que si continuaba desafiando la ley, sería sentenciado a destierro y muerte si regresaba a Inglaterra. Su respuesta fue: "Si me dejas ir hoy, mañana predicaré de nuevo". Pero sus perseguidores se sintieron frustrados, porque Pilgrim's Progress, que escribió en prisión, enseñaba las verdades de la salvación dondequiera que se hablara el idioma inglés. Esta obra ha sido traducida a todos los idiomas de la cristiandad. Se convirtió en uno de los libros favoritos que, después de las Sagradas Escrituras, un misionero a los gentiles tradujo para sus consiervos.

Después de su liberación, Bunyan predicó con gran celo y éxito, ganándose el título de "Obispo Bunyan". La Biblia fue su compañera constante, la fuente de su sabiduría y la inspiración de su genio. La abnegación por la verdad y por el bien de los demás fue la regla de su vida. Bunyan murió a la edad de 60 años, como resultado de la exposición a una tormenta mientras regresaba de un exitoso esfuerzo por reconciliar a un padre y su hijo. Hay pocos ejemplos más notables de educación, del poder transformador de las Sagradas Escrituras tanto en el intelecto como en el corazón, que los presentados en la historia de John Bunyan.

JOHN WESLEY, el fundador del metodismo, nació en Epworth, Inglaterra, en 1703. Su padre era ministro de la Iglesia Anglicana. Su madre, de quien recibió sus primeras instrucciones y educación, fue una mujer de gran inteligencia y profunda piedad, firme y sabia en la disciplina y hábil maestra. Estudió en Oxford y se ganó una destacada reputación por su erudición. Allí se formó el famoso "Clube Santo".

John y Charles Wesley, Withfield y otros se unieron para practicar ejercicios devocionales, cuidar a los pobres y enfermos, visitar prisiones, etc.

En 1725, Wesley fue ordenado ministro. Cuando se planeó una misión a Georgia para la conversión de los indios y se hizo un llamado "al clero acostumbrado a despreciar los ornamentos y comodidades de la vida, las austeridades físicas y la vida meditativa", Wesley respondió al llamado. Durante dos años permaneció en la colonia, pero sin tener la oportunidad de cumplir el objetivo de su misión. Wesley regresó a Inglaterra en 1738; ese mismo año aceptó plenamente la doctrina de la justificación por la fe y comenzó a predicarla. Se dedicó especialmente a la labor de llevar el evangelio a las clases pobres y desatendidas. Al ver que las iglesias le cerraban las puertas, finalmente decidió predicar al aire libre. Dijo: "Difícilmente podía reconciliarme con esta extraña manera de predicar en el campo... habiendo sido toda mi vida (hasta hace poco) muy obstinada en todos los puntos relacionados con la decencia y el orden, pensé que era la salvación de las almas casi un pecado si no se hiciera en una iglesia". Hasta el día de su muerte en 1791, continuó trabajando en Escocia, Inglaterra e Irlanda.

Durante toda su vida viajó más de 400.000 km y predicó 40.000 sermones, además de supervisar todas sus iglesias y congregaciones, tratar un inmenso volumen de correspondencia y preparar sus voluminosos escritos.

GEORGE WithFIELD, uno de los más grandes evangelistas de los tiempos modernos, nació en Gloucester, Inglaterra. Educado en Oxford y miembro del Club Metodista, fue el primero entre sus compañeros en profesar la conversión. campo blanco fue

Se ordenó en 1736 y trabajó especialmente para beneficiar a multitudes a las que no llegaban los servicios religiosos ordinarios. Visitó Estados Unidos siete veces y predicó en las principales ciudades. También trabajó extensamente en Inglaterra, Escocia e Irlanda, y también viajó a los Países Bajos. Whitefield no estuvo de acuerdo con Wesley con respecto a la doctrina de la predestinación, y esta separación resultó en el surgimiento de dos ramas: los calvinistas y los metodistas wesleyanos. Murió en 1770, a la edad de 56 años, cuando se preparaba para su séptimo viaje misionero por los Estados Unidos.

El poder de la predicación de Whitefield fue reconocido por todas las clases sociales; Multitudes acudieron en masa para escucharlo y grandes avivamientos siguieron a su obra. No era raro que predicara tres o cuatro veces al día. El día antes de su muerte, habló en Exeter, Massachusetts, manteniendo suspendido el gran auditorio durante dos horas. Whitefield viajó a Newburyport con la intención de predicar allí al día siguiente. Cuando se dirigía a su habitación a descansar, vio una multitud reunida en el pasillo donde se hospedaba. Se detuvo y habló con la gente desde lo alto de las escaleras, hasta que se apagó la vela del candelabro. A la mañana siguiente lo encontraron muerto.

JOHN ROBINSON, el pastor peregrino, nació en Inglaterra en 1575. Fue educado en Cambridge y se convirtió en ministro de la Iglesia establecida. Pero, sintiendo que la supremacía eclesiástica conferida por el rey no estaba acorde con las enseñanzas de Cristo, decidió separarse. La decisión fue dolorosa para él y, refiriéndose a ella, dijo: "Si la verdad no hubiera estado en mi corazón 'como un fuego consumidor en mis huesos', nunca habría roto estos vínculos... pero soportado que la luz de Dios había sido arrebatado de mi corazón ingrato por la oscuridad de otros hombres". Robinson estuvo entre los exiliados que encontraron refugio en Holanda y se convirtió en pastor de la Iglesia de Peregrinos en Leyden, donde fue muy estimado tanto por su piedad como por su erudición. Cuando los Peregrinos decidieron buscar un hogar en América, se consideró necesario dividir el grupo, y como la mayoría permaneció en Leyden para seguir a sus hermanos hasta el final, solicitaron el ministerio de su pastor. Pero Robinson no acompañaría a su rebaño al Nuevo Mundo. Murió en Leyden en 1625.

Más tarde su familia se unió a los exiliados y sus descendientes se contaron entre los colonos de Nueva Inglaterra.

El carácter de Robinson se puede ver en su discurso de despedida a los Peregrinos. Fue uno de los pocos hombres en todas las épocas que abrigó la esperanza de la reforma; hombres que, en lugar de basar su fe en un credo o enseñanza de la iglesia, la fundaron en el fundamento eterno de la Palabra de Dios.

ROGER WILLIAMS, eminente defensor de la libertad religiosa, nació en Gales, alrededor del año 1600. Murió en Rhode Island, en 1683. Fue ordenado clero por la Iglesia Anglicana. Pero pronto, como él mismo dijo, "su conciencia lo removió contra la Iglesia nacional, sus ceremonias y sus obispos". Fue a América en 1631, pero como era demasiado radical y franco, incluso para las colonias puritanas, fue condenado al destierro. Una de las normas elaboradas por aquellos legisladores fue: "Si una persona o personas, dentro de esta jurisdicción... niegan a los magistrados su derecho o autoridad legal... para sancionar violaciones externas a la primera mesa (del decálogo).. ... será sentenciado... al destierro o al destierro". Como Williams negó decididamente la jurisdicción de los magistrados en asuntos religiosos, fue condenado.

Se le había acusado de albergar ideas avanzadas que eran peligrosas para la paz y el orden de la nación. Pero después de fundar Rhode Island, estableció una comunidad en la que prevalecía la perfecta libertad religiosa y donde estas enseñanzas eran

permitido libremente. Sin embargo, allí, como en Massachusetts, la vida, la propiedad y el gobierno civil estaban garantizados. Así quedó demostrado que las enseñanzas de Williams no eran peligrosas para la paz y el orden del Estado; que las acusaciones formuladas contra él eran infundadas y que su destierro de Massachusetts fue injusto.

"El carácter de Williams, como hombre y como cristiano, era irreprochable. Incluso sus más acérrimos oponentes hablaban de él personalmente con gran respeto. Williams era un amigo especial de los indios. Estudió su lengua, respetó y defendió su derecho a la tierra, y cuando la colonia de Massachusetts y otros asentamientos blancos se vieron amenazados por las hostilidades indígenas, pudo, a través de su conocimiento y amistad con los principales jefes, evitar los peligros inminentes." Así resarcó Williams las injusticias sufridas.

GUILHERME MILLER, el conocido expositor de las profecías, nació en Pittsfield, Massachusetts, en 1782. Sin embargo, durante gran parte de su vida, su hogar estuvo en Low Hampton, Nueva York, donde murió en 1849. Hijo de un Oficial del ejército revolucionario, Miller sirvió en la Guerra de 1812 como capitán del ejército. Había absorbido sentimientos deístas antes de ingresar al ejército, pero su integridad de carácter hizo que el libertinaje del campo le resultara tan desagradable que después de que terminó la guerra abandonó felizmente su carrera militar.

El hecho de que el deísmo niegue la existencia futura impidió que Miller estuviera completamente de acuerdo con la doctrina, aunque no aceptó las Escrituras como inspiradas. Sin embargo, al descubrir que la Biblia era su propia intérprete en lugar de aceptar las enseñanzas teológicas actuales como exponentes de la revelación, las dos dificultades desaparecieron. Desde 1818, cuando concluyó que la venida personal de Cristo estaba cerca, continuó durante 13 años investigando fervientemente el asunto, pero expresó sus puntos de vista sólo en privado.

Cuando inició sus presentaciones públicas en 1831 y, desde ese momento hasta 1844, predicó cuatro mil sermones en 500 ciudades diferentes. Alrededor de 200 ministros aceptaron los argumentos de Miller y 500 predicadores participaron en su proclamación. En casi 1.000 localidades se construyeron congregaciones de creyentes, compuestas por unas 50.000 personas. Sólo gracias a la labor de Miller, no menos de 6.000 almas se convirtieron a Cristo, y el número probablemente fue mucho mayor. De los conversos, alrededor de 700 eran abiertamente ateos antes de asistir a sus conferencias.

Aunque estaba equivocado en cuanto al momento exacto de la segunda venida, su creencia era inquebrantable en cuanto a la forma y proximidad de la venida del Señor. En 1845 escribió: "He sopesado imparcialmente las objeciones contra estos puntos de vista, pero encontré que no había ningún argumento respaldado por las Escrituras que, en mi opinión, invalidara mi posición. Por lo tanto, no puedo dejar de esperar conscientemente el regreso de mi Señor y exhortar a mis semejantes a que, mientras tenga oportunidad, estén preparados para ese gran acontecimiento". Sin embargo, sentía que su misión casi había terminado. "Dejaré que mis hermanos jóvenes contiendan por la verdad", dijo Miller. Durante muchos años trabajé solo; Dios ahora ha levantado a aquellos que ocuparán mi lugar". Sin embargo, continuó predicando de vez en cuando, mientras las enfermedades de la edad se lo permitían. Miller murió con plena fe en las doctrinas que había proclamado.

JOSEPH WOLFF, famoso viajero y misionero hebreo, nació en 1795, en Baviera, Alemania. "Favorecido por talentos lingüísticos, agudo poder de percepción, temperamento enérgico y gran prudencia, desde temprana edad mantuvo relaciones con hombres destacados de varios países europeos. En 1812, Wolff fue bautizado en la ciudad de Praga por un monje benedictino. En Roma donde iba a ser

Educado como misionero, se dedicó al estudio de las lenguas orientales, con la intención de llevar el evangelio a judíos y musulmanes. Gozó del favor del Papa Pío VII, pero las opiniones liberales que expresó en varias ocasiones lo hicieron sospechoso ante los ojos de la Inquisición, y Wolff tuvo que abandonar el colegio y la ciudad eterna. En Inglaterra rápidamente hizo amigos. Los fundadores de la Sociedad Judía de Londres, al darse cuenta de su especial aptitud para la labor misional, promovieron su admisión en la Universidad de Cambridge, donde continuó sus estudios orientales.

“Durante su aventurera vida como viajero (en Europa, Asia, América y partes de África), Wolff conoció a reyes y príncipes, así como a hombres eruditos de todos los rangos eclesiásticos. Ante los mayores peligros demostró un coraje indomable y una gran presencia de ánimo. Wolff predicó en todas partes—a veces en su lengua materna, a veces en diferentes idiomas—y dondequiera que iba sabía cómo interesar a los hombres y mujeres más prominentes en el avance de su misión”. Agotado por una vida de trabajo y el mal tiempo de sus viajes, pasó sus últimos años como rector de una parroquia inglesa, donde murió en 1862.

JOHN ALBERT BENDEL nació en Württemberg en 1687 y murió en 1751. Es reconocido mundialmente como un hombre de agudo discernimiento, amplio conocimiento y firme piedad. Fue autor de innumerables libros, tanto críticos como exegéticos, de gran valor sobre la Biblia, que aún forman parte del tesoro del estudiante de la Biblia. La regla interpretativa de Bengel era “no añadir nada a las Escrituras, sino extraer de ellas todo y no permitir que nada de lo que hay en ellas quede oculto”.

LOUIS GAUSSEN, nacido en 1790, era de Ginebra y clérigo de la Iglesia Reformada. Gausсен era conocido en toda Suiza como un sincero partidario del cristianismo evangélico. Se asoció con el Dr. Jean Merle D'Aubigné y otros, buscando reemplazar la filosofía racionalista que invadió Ginebra con la fe en las Escrituras. Enfrentó una feroz oposición y finalmente fue suspendido por el consistorio. En 1834, asumió la cátedra de teología en la recién fundada Escuela Evangélica de Ginebra y se convirtió en autor de varias obras sobre las Escrituras. Su muerte se produjo en 1863.

PÍO IX Y EL DECRETO DE INFALIBILIDAD — Condensamos del Tratado de Gladstone, “Los Decretos Vaticanos”, la narración de la promulgación del decreto de infalibilidad por parte del Papa Pío IX: El Concilio Vaticano fue solemnemente abierto, en medio del repique de innumerables campanas y el Canónigo de San Angelo, el 8 de diciembre de 1869, en la Basílica Vaticana. En la cuarta sesión pública, el 18 de julio de 1870, se proclamó el decreto de infalibilidad papal. Este documento no sólo afirma el poder del Romano Pontífice sobre todas las iglesias, sino que le otorga “una jurisdicción inmediata, a la que todos los católicos, tanto pastores como pueblo, deben someterse en cuestiones no sólo de fe y moral, sino incluso de disciplina y gobierno”. Declara que el Papa, cuando habla “en sus atribuciones oficiales al mundo cristiano, en cuestiones relativas a la fe y a la moral, es infalible”, y que sus decisiones son definitivas e irreversibles.

Este acto supremo de blasfemia papal fue seguido rápidamente por la caída de la soberanía temporal del Papa. En la segunda quincena de septiembre de 1870, seis semanas después de la proclamación del decreto de infalibilidad, “el Imperio francés, que había sido el principal soporte del poder temporal del Papa, se derrumbó con la rendición de Napoleón III, en la antigua fortaleza hugonota de Sedán, al rey protestante Guillermo de Rusia. Y el veinte de septiembre, las tropas italianas, en nombre del rey Victorio Emmanuele, tomaron posesión de Roma, como futura capital de la Italia unificada”. Desde aquel día en que Pío IX se presentó ante el pueblo de Roma, en el pronunciamiento de su

infallibilidad, nunca más fue visto en público. Despojado de su poder temporal y reacio a someterse a la autoridad nacional, el orgulloso pontífice de Roma permaneció, hasta su muerte en 1878, autoprisionero en el Palacio del Vaticano.